

El populismo en el Ecuador

(Antología de textos)

Felipe Burbano / Carlos de la Torre

El populismo en el Ecuador

Alfredo Pareja Diezcanseco

George Blanksten

Agustín Cueva

Pablo Cuví

Oswaldo Hurtado

Rafael Quintero

Amparo Menéndez-Carrión

Lautaro Ojeda

Iván Fernández - Gonzalo Ortiz

John D. Martz

Amparo Menéndez-Carrión

Jorge León



320.58
B891P
E3.2



BIBLIOTECA - FLACSO - E C	
Fecha:	_____
Compra:	_____
Proveedor:	_____
Código:	_____
Donación:	_____

Es una publicación del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales,
ILDIS,

© ILDIS, 1989

1ª Edición, Septiembre/1989

Diseño y Diagramación:
Grupo Esquina editores-diseñadores, S.A.

ILDIS, Av. Colón 1346, Telf.: 562-103, Casilla Postal 367-A
Quito, Ecuador

12 436

Las opiniones vertidas en este libro son de exclusiva responsabilidad del o los autores, y por lo tanto, no representan el criterio institucional del ILDIS sobre el tema.

CONTENIDO

Presentación	9

SECCION I

Reflexiones sobre el estudio del populismo

en el Ecuador	13
I. Introducción al concepto de populismo	13
II. Velasquismo y populismo	27
III. La continua vigencia del populismo en el Ecuador	51
IV. Preguntas para futuras investigaciones	58

SECCION II

Antología de textos sobre populismo	67

1. Populismo o Velasquismo

Teoría y práctica del conductor conducido, Alfredo Pareja Diezcanseco	71
Ecuador: Constituciones y caudillos George Blanksten	99
El Velasquismo: ensayo de interpretación Agustín Cueva	113
¿Caudillismo o populismo? Pablo Cuví	147
Populismo y carisma Osvaldo Hurtado	173
El mito del Populismo Velasquista y la consumación del pacto oligárquico	

Rafael Quintero	199
Hacia una interpretación de la naturaleza del comportamiento electoral urbano en contextos de precariedad estructural: Propuesta para el caso de Guayaquil	
Amparo Menéndez-Carrión	261
Discursos políticos	
Lautaro Ojeda	285
2. <i>La continua vigencia del populismo en el Ecuador</i>	
Crisis económica, pobreza urbana y populismo	
Iván Fernández y Gonzalo Ortiz	307
La expresión regionalista del populismo. Guayaquil y el CFP, 1948-1960	
John D. Martz	323
Estructura y dinámica de la articulación electoral en las barriadas de Guayaquil, 1949-1978: El nivel local	
Amparo Menéndez-Carrión	351
Cientelismo y política en sectores urbanos	
Jorge León	455
SECCION III	
Bibliografía sobre el populismo en el Ecuador	471

PRESENTACION

La gestión de estado y la gobernabilidad de la sociedad presuponen un conocimiento mínimo de las variables que condicionen el sistema político.

En la historia ecuatoriana el populismo es una de aquellas que se presentan con una intensidad y permanencia inusual. Sin embargo, los intentos académicos por explicar el fenómeno son mucho menores que su tratamiento vulgar y, por cierto, muy por debajo de la importancia que el populismo reviste para el sistema político.

El ensayo de Felipe Burbano y Carlos de la Torre que presentamos en este libro tiene la doble virtud de reproponer de una manera sistemática la discusión académica sobre el tema y de repasar analíticamente los textos más relevantes que en la literatura sociopolítica del país han tratado el populismo.

Es un libro sin concesiones, y si bien –como es inevitable la discusión académica– muchas de las apreciaciones de sus autores merecerán observaciones y críticas, lo más importante de él es que contiene los elementos indispensables para un tratamiento serio y alejado de los lugares comunes sobre el populismo.

ILDIS entrega este ensayo a la crítica académica, en el convencimiento de que constituye un real aporte a una discusión sobre un tema de enorme trascendencia para la vida política e institucional del país.

Dr. Reinhart Wettmann

Director del ILDIS

SECCION I

Reflexiones sobre el estudio del populismo en el Ecuador

I. Introducción al concepto de populismo

El término “populismo” ha sido tan usado en los medios de comunicación social y en la literatura sociopolítica, que parecería innecesaria la reflexión sobre él. Existe cierto consenso para entender el populismo como experiencia de movilización socio-política en la cual sectores “marginados” son manipulados por líderes demagógicos. Se asocia este fenómeno a la pobreza y marginación de amplios grupos sociales. Además, se espera que la mejora socioeconómica y la integración de los sectores “marginados”, unidas a la constitución de partidos políticos que canalicen las demandas de la sociedad civil hacia el Estado, terminarán con esta “anomalía”, con esta “hechicería del siglo veinte”.

¿Pero es correcta y suficiente esta interpretación? ¿Puede dar cuenta de por qué se repiten estas experiencias en la región? ¿Es válida la noción de populismo, o es éste un término tan impreciso que debe eliminarse del lenguaje de las ciencias sociales?

Estos interrogantes guían el análisis de este fenómeno sociopolítico. Aunque existen varias interpretaciones y estudios a nivel regional y mundial,¹ hay poco acuerdo conceptual en definir qué es el populismo y cómo debe ser estudiado. Por lo tanto, esta introducción al concepto de populismo en el contexto latinoamericano presenta críticamente los planteamientos de los principales paradigmas de las ciencias sociales e

1. Para un estudio comparativo a nivel mundial consúltese Ionescu y Gellner (1970). A nivel regional, entre otros véase Altman et al (1983), Ianni et al (1973).

hipótesis para el estudio comparativo de las experiencias históricas. El interés por el fenómeno del populismo no es solamente político, sino también teórico. Entender este fenómeno que escapa a las conceptualizaciones fáciles, ayuda a construir una sociología política de la región, pues permite comprender mejor la cultura política de las sociedades latinoamericanas.

Populismo y dependencia

Los teóricos dependentistas entienden el populismo como movimiento social e ideológico que corresponde a determinada fase del desarrollo latinoamericano. El populismo surge con la crisis del modelo agroexportador y del Estado oligárquico, y se asocia a la primera fase del proceso de industrialización por sustitución de importaciones.

Se pueden diferenciar dos corrientes teórico-ideológicas dentro del paradigma dependentista. Estudios que parten de las reflexiones de Guillermo O'Donnell sobre el Estado burocrático-autoritario, y trabajos más influenciados por el marxismo.

Dentro de la primera tendencia se ubican, entre otros, los trabajos de O'Donnell (1972), Malloy (1977), y Collier (1979). Estos autores distinguen tres períodos de desarrollo latinoamericano hasta los años setenta. Las etapas: oligárquica, populista y burocrática-autoritaria. Cada fase se caracteriza por un modelo económico dependiente, una estructura de clases y movimientos de protesta específicos, y por un tipo de estado.

Durante la etapa oligárquica el lazo de las economías dependientes con los países centrales se da a través de la exportación de artículos primarios (minería y agricultura). Debido al predominio de relaciones de producción no capitalistas, todavía no se forman las sociedades de clases, más bien éstas son sociedades estamentales en las que priman relaciones de tipo paternalista. El estado es dominado por élites oligárquicas que controlan las actividades extractivas.

La crisis del sistema capitalista mundial de los años treinta marca el fin del período oligárquico. Los países más avanzados de la región, aquellos que contaban con una infraestructura industrial, se embarcan en procesos de industrialización a través de la sustitución de importa-

ciones. En esta etapa se producen bienes de consumo en empresas predominantemente nacionales, a la vez que empiezan a constituirse las clases sociales modernas. El movimiento social que corresponde a este período histórico es el populismo, concebido como coaliciones interclasis entre élites industriales y el sector popular urbano. A pesar de que los regímenes populistas no son pluralistas ni se sujetan a una forma democrática institucional, se les reconoce el haber desarrollado mecanismos de participación que incorporaron a los sectores populares a la vida política. Ese acceso se da a través de la movilización política controlada dentro de canales corporativos y por medio de medidas económicas distributivas que tienen por objeto la expansión del mercado interno.

La etapa populista se termina con la crisis del período fácil de sustitución de importaciones y la necesidad de garantizar condiciones de estabilidad política y social a las multinacionales, únicos actores económicos que poseen los grados de capital y tecnología requeridos para paliar la crisis. Esta época es superada con una profundización del proceso de industrialización dando paso a la constitución de los llamados regímenes burocrático-autoritarios. Estos se basan en la coalición del capital monopólico extranjero y sus aliados nacionales, con la tecno-burocracia civil-militar. Excluyen y reprimen al sector popular previamente movilizado por las experiencias populistas.

Las interpretaciones dependentista-marxistas² comparten con las anteriores el asociar el populismo con una fase histórica de la región que empieza luego de la crisis del modelo agroexportador y del Estado oligárquico. Se diferencian en que estos autores enfatizan el proceso de formación de las clases sociales y la lucha de clases.

De acuerdo a Ianni, el período populista significa el inicio de la sociedad de clases. Se estructuran los sectores medios y se conforman la burguesía industrial y el proletariado. El populismo se define como un “movimiento de masas que aparece en el centro de las rupturas estructurales que acompañan a las crisis del sistema capitalista mundial y a las correspondientes crisis de las oligarquías latinoamericanas” (Ianni, 1973: 85). Los movimientos sociales populistas reflejan alianzas inter-

2. Nos referimos a los trabajos de Cueva (1988), Ianni (1973, 1975) y Spalding (1977).

clasistas. La participación obrera en el populismo se da dentro de canales corporativos a través de los cuales el Estado controla la organización obrera. Las masas tienen una “presencia activa pero *inorgánica*” (Cueva, 1988: 109) pues no articulan proyectos políticos propios. El populismo es explicado como un proceso de aprendizaje colectivo por medio del cual “*las masas se transforman en clases como categorías políticas*” (Ianni, 1973: 148. Subrayado en el original). Según esta interpretación, el período populista termina no sólo por el agotamiento del proceso de sustitución de importaciones sino también por la creciente movilización popular cuyas demandas más autónomas no pueden canalizarse dentro de los marcos interclasistas de la movilización populista. El populismo no solamente “sirvió como canal para el desarrollo capitalista moderno” (Spalding, 1977: 197), sino que también “resulta ser, en síntesis, una especie de sucedáneo de la revolución democrático-burguesa y antiimperialista no realizada en América Latina (salvo en los casos de revoluciones populares que cumplieron parcial o totalmente dichas tareas)” (Cueva, 1988: 112).

Estas interpretaciones, aunque con grados diferentes presentan un crudo determinismo económico. El tipo de economía dependiente determina cierta estructura de clases, la cual a su vez desencadena movimientos sociales y políticos y un tipo de estado. Además, al relacionar el populismo con una etapa del desarrollo histórico de la región comparte la *teleología* de las interpretaciones funcionalistas. Asumen sin fundamentos “que a mayor nivel de desarrollo económico, hay menos probabilidades de populismo”, y que las formas de protesta heterónomas y manipuladas del populismo, se canalizarán en formas “normales” de protesta clasista (Laclau, 1977: 153-154). Por último, empíricamente este tipo de análisis etapista no tiene ninguna validez fuera de los países grandes de la región. Aún dentro de estos, como lo demuestran las críticas de Serra y Hirschman (en Collier, 1979a), sólo se aplican a la historia argentina.

Teorías funcionalistas del Populismo

La teoría funcionalista considera el populismo como *movimientos sociales e ideológicos* que se producen en la transición de la sociedad tradicional a la moderna. Estos movimientos sociales son causados por cambios estructurales bruscos. Su base social es multclasista con integran-

tes de la clase media y alta, y con base popular obrera y/o campesina. Producto de la “sociedad de masas”, estos movimientos incorporan prematuramente las masas a la vida política latinoamericana. Su ingreso, al contrario de la experiencia europea, se realiza a través de mecanismos extrainstitucionales. Estos movimientos carecen de ideología sistemática y se unifican bajo un líder carismático (Di Tella, 1973; Dix, 1985; Germani, 1971).

El proceso de transición o modernización es interpretado como la ramificación de los cambios técnicos, económicos y ecológicos “por toda la contextura social y cultural” (Smelser, 1970: 879). Se pasa de “técnicas simples

y tradicionales a una aplicación del saber científico”. La agricultura de subsistencia cambia “hacia una producción comercial de bienes agrícolas”. Se desarrolla “una industrialización propiamente dicha o personas que trabajan para obtener un salario con máquinas impulsadas por energía”. “En cuanto a las estructuraciones ecológicas, la sociedad en desarrollo se desplaza desde la granja y el pueblo hacia concentraciones urbanas”... “En la esfera *política* esos cambios tendrán lugar al ceder los sistemas de simple autoridad tribal o aldeana ante los sistemas de sufragio, los partidos políticos, la representatividad, las burocracias civiles, etc.; en el ámbito *educativo*, al esforzarse la sociedad por combatir el analfabetismo y aumentar las aptitudes exigidas por la producción económica; en la esfera religiosa, al comenzar a ser desplazadas las religiones tradicionales por sistemas seculares de creencia; en la esfera *familiar*, al dejar de invadirlo todo las unidades de parentesco extenso y en la esfera *estamental*, al producirse un relajamiento de los sistemas fijos, jerárquicos y adscriptivos gracias a la movilidad geográfica y social” (Ibid: 879-880. Subrayados en el original).

El texto de Smelser, uno de los teóricos más importantes del funcionalismo, demuestra que los conceptos de sociedad tradicional y moderna no han sido teóricamente contruidos. El concepto de sociedad moderna es “el resultado de una simple suma descriptiva de sus características” (Laclau, 1977: 154). Mientras que el de sociedad tradicional es “la mera antítesis de cada una de las características de la sociedad industrial tomadas aisladamente” (Ibid). Además, se observa el fuerte sesgo ideológico y teleológico del paradigma funcionalista que presenta a las sociedades capitalistas industrializadas como el punto de llegada del proceso de modernización. Resulta arbitrario asignar el populismo a un período histórico determinado, en este caso el de transición a la modernidad.

Los fundamentos teóricos de la visión funcionalista del *populismo como movimiento social* provienen de los conceptos durkhemnianos de “anomia” y “sociedad de masas”, y del weberiano de “carisma”. Por lo tanto los conceptos claves de esta interpretación son: cambios estructurales bruscos, privación relativa (*relative deprivation*), masas disponibles, acción heterónoma y líder carismático.

Para Gino Germani estos movimientos sociales surgen por el “proceso rápido de industrialización y urbanización masiva” (1971: 338). Según Di Tella (1973) estos cambios estructurales bruscos son experimentados por los actores sociales como un proceso en el cual sus aspiraciones de mejora social van más allá del adelanto social real. Este proceso de “privación relativa” de las masas y de las élites explica la formación de movimientos sociales populistas.

Los actores son: “una élite ubicada en los niveles medios o altos de la estratificación y provista de motivaciones anti-status-quo” y “una masa movilizada formada como resultado de la “revolución de aspiraciones” (Di Tella, 1973: 47-48). La participación popular es explicada con el concepto de masas disponibles; refiriéndose a actores sociales desarraigados y anómicos que al pasar bruscamente de una forma de vida tradicional a una moderna todavía no se integran a la sociedad. No han tenido tiempo de aprender a ser ni ciudadanos ni proletarios. La acción colectiva de las “masas disponibles” es heterónoma; es decir, no actúan en beneficio de sus intereses y son fácilmente manipulables por líderes carismáticos.

Trasladando los planteamientos teóricos funcionalistas a nivel empírico, esperaríamos encontrar, al menos en los casos más conocidos de populismo —el peronismo, el varguismo y el cardenismo— a los migrantes y obreros jóvenes como la base social del populismo. El comportamiento heterónomo de los obreros jóvenes contrastaría con la acción clasista de los obreros viejos.

Sin embargo, historiadores marxistas, utilizando los conceptos de clase, interés de clase y alianza de clases, han demostrado la falta de rigurosidad del análisis funcionalista del populismo como movimiento

social.³ Por ejemplo, los orígenes del peronismo no se explican por la acción heterónoma de los obreros jóvenes, sino por “un proceso de acumulación capitalista sin distribución del ingreso” (Murmis y Portantiero, 1971: 76). Las reivindicaciones insatisfechas de *la clase obrera en su conjunto* coincidían con “el proyecto de desarrollo económico de un sector propietario. Esta situación es la que hace viable una alianza interclases como la expresada en el peronismo” (Ibid: 116).

Teóricamente, los planteamientos funcionalistas de la acción colectiva y de los movimientos sociales no han resistido las críticas de la escuela norteamericana del conflicto. Charles Tilly (1978, 1988) ha demostrado que ni los cambios estructurales bruscos ni explicaciones sico-sociales dan cuenta de por qué surgen los movimientos sociales. Estos se explican más bien por los recursos y capacidad organizativa de los actores sociales y por su relación conflictiva con los que detentan el poder político. Además, al hablar de masas disponibles se quita a los actores sociales la capacidad de producir la sociedad. Estos no actúan por sus intereses, sino convirtiéndose en masas disponibles para ser manipuladas por élites y líderes demagógicos.

La crítica al análisis funcionalista del populismo como movimiento social no debe llevarnos como a Quintero (1980) y Roxborough (1987) a negar la utilidad teórica de este concepto. Como anota Laclau (1977: 146) “el populismo no es sólo una categoría analítica sino también un dato de la experiencia”.⁴

A pesar de degradar al populismo por no haber generado una “ideología coherente” y explicar la relación líder carismático-masas en términos moralistas de “manipulación” o “demagogia”, los análisis funcionalistas dan elementos para entender el proceso simbólico, no instrumental, a través del cual los sectores populares construyen su identidad.

De acuerdo a Germani, uno de los significados del peronismo fue el de otorgar a las masas “una conciencia de su propio significado como una categoría de gran importancia dentro de la vida nacional” (1971:

3. Para Argentina consúltase: Bergquist (1986), Murmis y Portantiero (1971) y Spalding (1977). El caso ecuatoriano es analizado por Quintero (1980); para Brasil ver Spalding (1977).

4. Las traducciones del inglés corresponde a los autores.

348). No sólo reivindicó los derechos del trabajador contra la oligarquía, sino que fue una experiencia real y simbólica en la que el pueblo conquistó ciertos derechos.

La relación del líder carismático con el pueblo no puede ser reducida a la manipulación demagógica, pues como lo anota Steve Stein (1987: 130) el pueblo se identifica con el líder carismático “sobre todo en términos emocionales”. “El rol de la figura del líder como la fuerza unificadora

del movimiento populista implica que su estilo político puede haber sido más importante que las plataformas políticas concretas en la dinámica de la política populista. Por lo tanto, *para entender la dinámica populista se debe concentrar más en los símbolos políticos generados por el movimiento que en la posición que el partido populista pueda haber tenido sobre asuntos específicos*” (Ibid: 131. El subrayado es nuestro).

Estas consideraciones poco sistemáticas de los aspectos simbólicos y expresivos del populismo abren la puerta a análisis que superen los límites de las interpretaciones dependentistas y funcionalistas. El estudio del populismo como discurso político y las hipótesis sobre la configuración de la identidad de los sectores populares a través del estudio de la cultura política, se sitúan en este terreno.

El Populismo como discurso político

Partiendo de planteamientos postestructuralistas, y fuertemente influenciado por Althusser y Gramsci, Ernesto Laclau (1977) analiza las problemáticas de la ideología y del discurso político. Su intervención teórica no sólo busca explicar fenómenos contemporáneos tales como el fascismo y el populismo, sino, además, construir un marxismo crítico y creativo que supere el economicismo y el reduccionismo de clases del marxismo oficial.

Siguiendo a Althusser, Laclau (1977: 100) anota que “la función básica de toda ideología es la de interpelar/constituir a los individuos como sujetos”... “Los individuos, que son simples soportes de las estructuras, son transformados por la ideología en *sujetos*, es decir, viven la relación con sus condiciones reales de existencia como si ellos constituyeran el *principio autónomo* de determinación de dicha relación. El mecanismo de esta inversión característica es la interpelación” (Ibid. Subrayado en el original).

Los principios interpelativos/constitutivos no se reducen a la determinación clasista y tampoco varían fortuitamente. En las sociedades capitalistas hay dos principios articulatorios. El primero es la constitución de los agentes como clases sociales. Esta interpelación viene dada por el modo de producción y se expresa en las contradicciones de la lucha de clases. El segundo principio articulatorio es producto de la constitución de los sujetos en la formación social. En este nivel la contradicción es la del “pueblo” que lucha por reivindicaciones “popular-democráticas” contra la “oligarquía”.⁵

Laclau deja de lado planteamientos marxistas esencialistas que asignan contenidos ideológicos específicos a las clases sociales, determinando de antemano en qué consiste una ideología burguesa o proletaria. Este tipo de análisis marxista ortodoxo parte de una epistemología positivista que propone una correspondencia uno-a-uno entre el lenguaje y la “realidad objetiva”. Esta visión supone la existencia de “realidades sociales (económicas, políticas, etcétera) “puras”, entendiendo por esto realidades que podrían ser analizadas y explicadas sin tomar en consideración sus condiciones ideológicas-discursivas y, en general simbólicas de existencia” (De Ipola, 1979: 957). Laclau parte de la constatación de que la realidad está socialmente, esto es simbólicamente, constituida. Los agentes sociales comparten un mundo simbólico sin el cual no sería posible la comunicación ni la sociedad. Sin embargo, *la interpretación de este mundo simbólico es conflictiva*, por lo que el carácter de clase de una ideología se da por la *forma* de articular, interpretar, y dar sentido a estos elementos comunes que permiten la comunicación social. El principio articulatorio de una ideología, lo que le da unidad y garantiza la eficacia de estos mecanismos está dado por un proyecto clasista determinado. De esta manera Laclau a la vez que reduce el área de las determinaciones clasistas, expande la arena de la lucha de clases.

5. A pesar de abrir el marxismo a los resultados del estructuralismo lingüístico y antropológico, Laclau todavía conserva planteamientos marxistas que limitan los alcances teóricos y empíricos de su rigurosa y elegante teoría. Laclau explica los dos principios articulatorios que interpelan a los sujetos sociales —clase y pueblo— con la diferenciación marxista ente modo de producción y formación social. Esta dicotomía no puede explicar sin reduccionismos la constitución de fragmentos de identidad tan importantes como género, raza y nación.

Si bien en términos estrictos el populismo no es una ideología debido a que “su status teórico corresponde al de los contenidos y no al de la forma de un discurso ideológico” (de Ipola, 1979: 934), debemos indagar en qué consiste el populismo, o más concretamente, *¿qué transforma un discurso en populista?*

“Lo que transforma un discurso en populista es una *peculiar forma de articulación* de las interpelaciones popular-democrática al mismo. Nuestra tesis es que el populismo consiste en la *presentación de las interpelaciones popular democráticas como conjunto sintético-antagónico respecto a la ideología dominante*” (Laclau, 1977: 172-173. Subrayado en el original).

El discurso populista rearticula las interpelaciones democrático-burguesas como antagónicas con respecto a la ideología dominante. En este sentido lo que produce es una reinterpretación del contenido ideológico en un momento histórico concreto. El populismo es causa y efecto de “una crisis del discurso de la ideología dominante que es parte de una crisis social más general” (Ibid: 175). Crisis social e ideológica que “es necesariamente traducida en una “crisis de identidad” de los agentes sociales” (Ibid: 103). Por lo tanto, el discurso populista expresa esta crisis de identidad y reconstruye identidades a través de la reinterpretación del contenido ideológico y de la incorporación de “nuevos símbolos, nuevos ejes de oposición” (De Ipola, 1979: 950).

La interpretación de Laclau del populismo es demasiado general. No responde preguntas claves del saber sociológico tales como: ¿cuáles son las causas del populismo, su base social, su estilo organizativo, sus políticas? (Roxborough, 1987: 120). Por lo tanto esta interpretación no resuelve el dilema de por qué las clases y estratos subordinados apoyan a líderes populistas? ¿Los respaldan porque dados sus intereses es una *alternativa racional apoyarlos*, o los apoyan porque *aceptan la validez de las interpelaciones del discurso populista?* (Ibid).

Cientelismo político

Una primera aproximación a estos interrogantes constituye el marco conceptual del clientelismo político (Menéndez-Carrión, 1986). Sectores populares que viven en condiciones precarias y en sistemas políticos poco receptivos se relacionan con los partidos políticos y el Estado a través del clientelismo político. Mediante este mecanismo, los sec-

tores populares intercambian su voto y apoyo por la concesión de servicios. La acción política de estos grupos es entendida como *acción racional*, en tanto que su precariedad les lleva a dar “*una respuesta instrumental a la situación concreta en que estos actores se encuentran*” (Ibid: 431. Subrayado en el original). Por lo tanto, la relación de las masas con el líder es contingente, con miras a la obtención de servicios y beneficios que éste pueda otorgarlas.

El concepto de clientelismo explica satisfactoriamente las relaciones del actor individual o de un grupo con los partidos políticos y el Estado. Las relaciones estratégicas entre éstos están supeditadas al intercambio de apoyo por bienes y servicios. Debido al predominio de situaciones de precariedad en las sociedades latinoamericanas, es de esperarse un comportamiento político racional-oportunista-clientista en los sectores populares. Pero si bien el clientelismo explica el tipo de aproximación de los partidos políticos y el Estado hacia los sectores populares, no siempre aclara la preferencia popular por tendencias de tipo populista. Por ejemplo, en el Ecuador, partidos políticos populistas como el CFP y el PRE, y partidos socialdemócratas de tinte modernizante como la ID utilizan estrategias clientelares en su trabajo en el suburbio de Guayaquil (Menéndez-Carrión, 1986; Moser, 1987). A pesar de la similitud en la relación estratégica de los partidos políticos populistas y los “modernos” con los pobladores, éstos constantemente manifiestan su inclinación por las llamadas tendencias populistas. Esto significa que a nivel empírico el concepto de clientelismo no agota el fenómeno que trata de explicar. Las tendencias populistas ofrecen *algo más* que la obtención de bienes y servicios.

Las limitaciones del concepto de clientelismo como marco conceptual *único* para explicar el comportamiento político de los sectores populares se debe a su concepción de la acción racional. El concepto de clientelismo considera la acción racional bajo criterios teleológicos y estratégicos. La *acción racional teológica* presupone la relación entre un actor y el mundo objetivo. El actor logra su fin escogiendo entre medios limitados el más adecuado. Este concepto de racionalidad fin/medios puede expandirse al de *acción estratégica*. Según éste, dos actores racionales (que buscan un fin con medios limitados) se enfrentan en el mundo objetivo (Habermas, 1984: 85-101).

Privilegiar conceptos de “racionalidad formal”, en el sentido weberiano, se justifica por el predominio que éstos han adquirido en el proceso de modernización de Occidente. Los dos subsistemas principales de las sociedades modernas, el mercado capitalista y el Estado, funcionan con criterios de acción racional teleológica y estratégica (Habermas, 1984), por lo que es de esperarse que gran parte de la vida social esté regida por ellos. Pero estos no agotan las prácticas sociales ni los criterios de acción racional. El criterio de racionalidad formal “que rige la integración de la sociedad en tanto “sistema” ...ha de ser vista en conjunto con el horizonte valorativo-normativo y los procesos instintivos-emocionales que orientan las relaciones de la vida social” (Lechner, 1984: 28).

En latinoamérica donde la acción colectiva tiene “una fuerte capacidad expresiva y una marcada debilidad instrumental” (Touraine, 1987: 88) es de limitada utilidad el uso exclusivo de categorías interpretativas basadas en criterios de racionalidad instrumental. Por lo que al generalizar criterios de racionalidad formal el concepto de clientelismo no puede explicar la filiación de los actores políticos a movimientos populistas cuando ésta rebasa las redes clientelares. Además, universaliza una forma de comportamiento político como *la forma de hacer política de los sectores populares*.

Cultura política

Norbert Lechner (1982) ha demostrado que no hay una forma de hacer política. La significación de qué es hacer política es abierta y la construye cada sociedad y grupo social en un momento histórico determinado. La pregunta qué significa hacer política lleva en Lechner a plantearse el problema de la *cultura política*, concebida como “la representación de la política respecto a la sociedad” (Lechner, 1984: 21).

Noción muy general de un fenómeno político-social que parece escapar a las definiciones. El concepto de cultura política desarrollado por la teoría de la modernización en los años sesenta fue rechazado en los setenta por su carácter ahistórico, por su teleología que veía en la democracia, a imagen y semejanza de los E.U., una necesidad histórica, y por su alejamiento o rechazo de las estructuras económicas (Mainwa-

ring y Viola, 1985: 37).⁶ Sin embargo, el rechazo del concepto no borró el fenómeno. Es así como los análisis de la democratización de la región de los años ochenta reintroducen el concepto de cultura política.⁷ Pero, a pesar de los múltiples usos del término, hay poca precisión conceptual.

El concepto de cultura político, como anotan las teorías funcionalistas, no presupone que en cada sociedad haya una cultura política uniforme. En todos los sistemas políticos hay una variedad de culturas políticas. El término cultura política “no sólo se refiere a lo que pasa en el mundo de la política, sino a lo que la gente cree sobre estos hechos” (Verba, 1965: 516). Las creencias son de tres tipos: creencias sobre los valores y metas que deben ser alcanzados y las dimensiones expresivas y emocionales de estas creencias (Ibid).

Aplicando estos planteamientos generales a la realidad latinoamericana, se debe investigar cómo los actores sociales de la región hacen política. Y más concretamente, ¿cómo los sectores populares entienden la política?

La experiencia latinoamericana se diferencia de la de los países capitalistas de modernización temprana. En estos se constata la separación de la sociedad civil del Estado como el rasgo característico de la modernidad, estructurándose actores de clase que se manifiestan a través de los partidos políticos. En latinoamérica la fuerte intervención estatal “no permite la separación nítida del Estado y la sociedad civil” (Touraine, 1987: 131). La desarticulación de estas sociedades se expresa en la *falta de identificación de categorías ocupacionales con políticas*. Lejos de estructurarse las clases sociales como actores políticos, se observa que la “movilización, en el sentido

sociológico de la palabra, manifestada por una urbanización acelerada no fue acompañada de una integración institucional correspondiente, de tal manera que en ausencia de partidos organizados expresando y definiendo las demandas de las nuevas categorías urbanas, líderes políticos ofrecieron un apoyo, a veces de tipo “clientelista”, a veces de tipo ideológico, a masas que no tenían instrumentos propios de defensa” (Ibid: 118).

6. Para la interpretación funcionalista de la cultura y política consúltese: Almond y Powell (1972); Pye y Verba (1965).

7. Mainwaring (1984); Mainwaring y Viola (1985); Lechner (1984); (1987).

Mientras tanto, los grupos organizados se integran al espacio político a través de canales corporativos controlados por el Estado.

La debilidad del sistema político representativo se manifiesta en los actores populares en prácticas políticas populistas. Estos no sólo tienen comportamientos políticos clientelistas. Más bien se observa “una fuerte capacidad expresiva y una marcada debilidad instrumental en su acción colectiva. Se movilizan valores y afectos poderosos para conseguir ventajas limitadas y muchas veces más importantes para la cúpula política que para la base social movilizada” (Ibid: 88). Debido a que el sistema social no brinda condiciones de “arraigo emocional y pertenencia colectiva” (Lechner, 1984: 28) los sectores populares lo buscan en la identificación con un líder carismático. Identificación emocional y expresiva a través de la cual constituyen su identidad colectiva.

Los líderes populistas interpelan a los sectores populares reivindicando su condición de “descamisados” (Perón), de “chusma” (Velasco Ibarra). En situaciones de opresión jerárquica el reivindicar la condición de “chusma” o “descamisado” del oprimido no puede sino conferir a estos la dignidad simbólica de ser gente, de ser ciudadanos. Dejan de ser los “excluidos” para ser sujetos y actores de la historia. Como varios autores lo han anotado, el populismo significa la “irrupción de las masas” en la vida política.

Las identidades colectivas generadas por la relación líder-masa tienen un carácter mimético, no reflexivo (Lechner, 1984: 28). Las masas identifican al líder como “su ideal del yo”...“El individuo de la masa se relaciona con el

líder de forma tal que acepta el discurso del líder como si fuese propio. En el plano de las emociones, se trata de negar toda carencia —sea ésta la propia del sufrimiento, de la renuncia al placer o de la brevedad de la existencia—, en el plano de las ideas, se trata de co-participar en una ideación onnipotente” (Hernández, 1987: 99).

Por su parte el líder rearticula los elementos disociados de la experiencia de las masas. Sólo a través de su interpretación transforma demandas sociales en fuerza política. “Actores sociales, fuerzas políticas, símbolos ideológicos (se) comunican entre sí sólo a través del líder” (Touraine, 1987: 128).

El líder y las masas⁸ actúan con criterios de racionalidad (*dramaturgical action*). “Los participantes interactúan constituyendo un público entre ellos, ante el cual se presentan a si mismos” (Habermas, 1984: 86). Como lo anota Habermas las cualidades de la acción dramática son en cierta forma parasitarias de la estructura de la acción racional fin/medios. Por lo tanto, puede variar de la comunicación sincera de las intenciones del actor a la manipulación y el manejo cínico de las impresiones que el actor despierta en otros (Ibid: 93).

Sin caer en planteamientos objetivistas sobre la constitución de los intereses de los actores sociales, es necesario reconocer que debido a las condiciones de precariedad de las masas que distorsionan sus prácticas comunicativas y al desarrollo incipiente de una sociedad civil en la cual se puedan construir identidades colectivas, las experiencias populistas si bien transforman a las masas en ciudadanos, estos actúan en forma mimética, no reflexiva.

Por lo tanto, es necesario estudiar tanto los símbolos políticos del populismo y la constitución de identidades colectivas de los sectores populares como las prácticas clientelares de estos partidos políticos. Debido a la precariedad estructural de estos actores sociales, *su forma de hacer política no es sólo clientelista*. Además, esta precariedad se manifiesta en la búsqueda de condiciones de arraigo emocional, de pertenencia colectiva. Estos factores explican *el éxito interpelativo del discurso populista que confiere a las masas no sólo la dignidad simbólica de la ciudadanía, sino también el arraigo emocional negado en estas sociedades*.

II. Velasquismo y populismo

Una introducción teórica sobre el populismo se volvía necesaria para presentar la discusión sobre el velasquismo en el Ecuador. Las diversas interpretaciones, como se verá, recurren a varios de los paradig-

8. El uso de la categoría “masas” no significa volver a planteamientos durkheimianos. Siguiendo a Touraine, esta categoría es utilizada para resaltar las diferencias entre las experiencias europeas y latinoamericanas. Mientras en Europa las clases sociales se expresan a través de los partidos políticos, en Latin America no existe correlación entre categorías ocupacionales y políticas.

mas analizados al comienzo para entender el populismo y el velasquismo como una variante de ese fenómeno político.

El libro de Agustín Cueva, *“El proceso de dominación política en el Ecuador”*, tuvo el mérito de iniciar no sólo una nueva época de las ciencias sociales en el país, sino también la virtud de ser el primer esfuerzo sistemático de interpretación del velasquismo.⁹ Desde entonces, la discusión de este fenómeno, que domina la vida política desde 1930 hasta comienzos de la década de los setenta, marca una etapa importante en el avance de las ciencias sociales en el país. Así lo demuestran la serie de investigaciones que se publican a partir de 1977, todas, de una u otra manera, teniendo como referencia el libro de Cueva.

Este texto fue escrito en 1973, cuando Velasco Ibarra tenía 80 años. Sólo dos años antes había sido derrocado por cuarta vez y el quinto velasquismo había terminado abruptamente. La agotada figura del hombre que había cautivado a la “chusma” con su discurso y dominado la escena política llevaba a pensar que el velasquismo, como fenómeno dominante de los últimos 40 años, había terminado. El populismo, fue asociado más con la persona de Velasco que con las circunstancias. Como el caudillo estaba en decadencia, por lo tanto el velasquismo —y de paso el populismo— estaban llegando a su fin. De allí la gran importancia que dieron los primeros trabajos a la figura de Velasco y a sus cualidades como líder. Solo algunos años después, con la publicación del libro de Rafael Quintero, se entrará en un estudio más sistemático sobre el velasquismo como hecho social y político. Importará menos la figura del líder y las condiciones sociales, económicas y políticas, tratadas con mayor rigurosidad y solidez empírica, se irán convirtiendo en los ejes articuladores de la investigación.

Pero si alguna relevancia tiene el debate en torno a Velasco se debe a que marca una etapa dentro del desarrollo de las ciencias sociales en el país por un lado, y por otro, porque a través de esa discusión se está haciendo un esfuerzo por entender un largo período del proceso histórico ecuatoriano: aquella época precisamente que va desde 1930 —cuando empieza a desarticularse la sociedad oligárquica tradicional— hasta

9. Si bien hay dos textos anteriores, el de Pareja Diezcanseco y el de George Blanksten, el primero es un esfuerzo pre-sociológico de interpretación del velasquismo, mientras que el segundo reflexiona únicamente hasta el segundo velasquismo.

mediados de la década de los 60, que señala el comienzo de lo que las ciencias sociales interpretan como el momento de ruptura entre el pasado tradicional y precapitalista, y el futuro moderno y capitalista. Las ciencias sociales, curiosamente, se han preocupado con mayor profundidad de la época cacaotera que concluye precisamente con la crisis de los 30; y posteriormente, ya en la época de despegue, se interesaron por el proceso de modernización capitalista que surge en los años 60. Parecería que entre una y otra etapa hay un vacío, pero en realidad se trata de un período histórico que se analiza a través del velasquismo. El velasquismo es, además, el primer gran tema de interés compartido por los investigadores, tal como fue, algunos años más tarde, el desarrollo capitalista de la costa, la incorporación del Ecuador al mercado mundial y la descomposición de la hacienda serrana.

¿Cuáles son las preocupaciones que están presentes en la discusión sobre Velasco? La más importante reflexión está dirigida a entender la naturaleza de *lo político* en la sociedad ecuatoriana, a través de un esfuerzo por descifrar lo que significa la irrupción del velasquismo en los años 30 y su continuidad a lo largo de 4 décadas. Las preguntas giran en torno a estos temas: ¿Cuáles son los elementos claves de la sociedad oligárquica? ¿Cómo estaba constituida la estructura de poder en aquella época? ¿Cuáles son los mecanismos de participación política? Y también la pregunta inversa: ¿Cuáles son los mecanismos de exclusión política? ¿Significa el velasquismo un cuestionamiento a las formas tradicionales de dominación? ¿Es el velasquismo también un fenómeno populista, con todo lo que ello supone? ¿Cuál es la importancia del carisma en la gestación de un movimiento político? ¿Cuál es la importancia del discurso, del clientelismo y de lo simbólico en el quehacer político de Velasco Ibarra?

Como se podrá ver, estas preguntas tienen una validez que exceden a un solo fenómeno político, como podría ser el velasquismo, y pueden servir como punto de partida para la construcción de una sociología política ecuatoriana.

Aunque no todas esas interrogaciones tienen respuestas claras, de alguna manera fueron lanzadas a la discusión. El valor de cada uno de los trabajos sobre Velasco podrá ser juzgado por el aporte que dio para

desatar ideas que permitan avanzar respuestas a esas preguntas. Y no sólo respuestas sino también problemas que el mismo desarrollo de las ciencias sociales debía recoger para seguir progresando.

Pero con el velasquismo, como veremos más adelante, se plantea un problema. No se sabe si juzgarlo como fenómeno del pasado y por lo tanto declarar cerrado este capítulo de las ciencias sociales; o por el contrario, si conviene retormarlo y a partir de las interrogantes –y no de las respuestas– que todavía subsisten sobre él, abrir un debate de mayor alcance. Por ello creímos conveniente hacer una presentación crítica de los textos que aparecen en esta antología; es decir, ver sobre todo sus límites no solo frente al velasquismo, sino respecto a todas aquellas preguntas destinadas a indagar sobre lo político en la sociedad ecuatoriana.

Un ensayo histórico-político: Pareja Diezcanseco

El texto de Alfredo Pareja Diezcanseco, con el que comienza esta antología, fue escrito en 1962. Se trata de un ensayo histórico y político para comprender el velasquismo y no de una interpretación sociológica de ese fenómeno.

Pareja identifica el velasquismo con el “símbolo de una unidad representativa”, en una nación descompuesta en términos sociales y políticos. Se pregunta sobre el significado de la figura de Velasco Ibarra y responde: “...ha sido capaz de recibir de modo tan espontáneo el movimiento pasional de un subproletariado ansioso de verter, por sublimarse, todo su íntimo malestar, toda su patología de resentimiento y venganza y amargura, sobre el símbolo de una unidad representativa”.

El texto de Pareja Diezcanseco marca el inicio de lo que luego sería un reconocimiento casi general de las ciencias sociales ecuatorianas: la base social del velasquismo es el subproletariado, entendido como un actor “*patológico*”.

La postura política de Pareja Diezcanseco es la de un liberalismo radical. Defiende apasionadamente los principios de la revolución alfarista, pero se lamenta que no haya podido romper “la estructura social de servidumbre” en el país. Para él, la triunfante burguesía liberal –in-

clinada a la libre empresa, mercantil y financiera— terminó por aliarse de modo implícito y práctico con el señor feudal, que permitiría mantener una matriz cultural que era el resultado de una fusión histórica entre las culturas hispánica e indígena. Se trata de una suerte de pacto burgués-terrateniente, del que hablará muchos años después, aunque desde otra perspectiva teórica y política, Rafael Quintero. Para Pareja Diezcanseco, la emergencia del velasquismo debe encontrarse en la crisis del liberalismo, que coincide con una etapa de cambios y agitación política, cuyo desenlace se dará en 1925 con la llamada revolución Juliana, que marca, a su vez, la incorporación del Estado a la modernidad. Es allí cuando surge la figura de Velasco Ibarra y el velasquismo como movimiento político.

Hay tres elementos que están presentes hasta aquí: el subproletariado, la crisis del liberalismo y el inicio de la modernidad. Un período caracterizado además, por una gran inestabilidad política: entre 1925 y 1948 se suceden nada menos que 26 gobiernos. Pareja interpreta esta crisis política como derivada de una crisis ideológica, como una pérdida de confianza en los principios políticos expresados por los partidos de la época. Es allí donde encaja perfectamente la figura de Velasco Ibarra. “Un hombre que prometía mucho y hablaba más, que exhibía gestos e inflexiones enteramente nuevos, era personalmente honesto en cuestiones de dinero y demostraba una agresividad siempre festejada por las masas”. “¿Por qué entonces el gran número de seguidores? Precisamente por la ausencia de principios, la abundancia de palabras y su ataque verbal a los partidos”. Como se ve, hay detrás de Velasco una masa descontenta, cuyo comportamiento político se vuelve irracional, cargado de elementos negativos y patológicos. Es una masa descompuesta, que proyecta su propia descomposición en la figura de Velasco. Por eso, Velasco Ibarra es una suerte de estallido emocional de las masas, que tiene respuesta en la turbulenta personalidad del caudillo, quien siempre actuará contra sí mismo. Recuerda Pareja una declaración de Galo Plaza: “Nadie arroja del poder a Velasco: él mismo se tumba”.

En el texto de Pareja Diezcanseco no hay una respuesta clara a lo que significa el velasquismo interpretado desde una perspectiva ético-política antes que con las herramientas de las ciencias sociales. Para Pa-

reja Diezcanseco el velasquismo representa la imposibilidad de generar un proceso progresista y democrático de cambio social en el país, la irrupción irracional de las masas en la política en una época de crisis ideológica fuerte, a las puertas de una modernidad que nunca llega, configuran el escenario en el que surge y vive el velasquismo.

Pareja interpreta la inestabilidad política de la época a través de la idea del conductor conducido. Son las masas las que en un acto irreflexivo llevan a Velasco al poder y luego lo abandonan. “Pasado el momento del contacto, y cuando el pueblo recupera la aptitud de reflexionar, se le aparta, descansa, y entonces Velasco Ibarra se despierta, pierde sus pies, el fondo vacila, enceguece, y precipítase a tremendos errores de un frenesí creciente, hasta que se derroca a sí mismo...” Esta relación entre el líder y las masas es un fenómeno cíclico que se repite en los cuatro velasquismos analizados por el autor.

Velasco Ibarra como caudillo

El libro de George Blanksten, escrito en 1950, es el primer esfuerzo sociológico por entender la forma que asume el liderazgo político en el Ecuador republicano y sistematizar el concepto de caudillismo.

Blanksten define al caudillo como “el monarca vestido de republicano que conserva la tradición monárquica”. Sostiene que la gran inestabilidad política del Ecuador —recuerda que entre 1830 y 1949 han pasado por el poder 44 jefes de Estado— se debe a que el país nunca logró un sistema legítima de sucesión interna después de la muerte de Bolívar, vacío que se mezcló *con una tradición cultural*. “El caudillismo, ni planificado, ni premeditado, surgió espontánea y caóticamente de la tradición cultural ecuatoriana, como método de selección de líderes ‘naturales’, como mecanismo sustitutivo de sucesión”.

Hay dos ideas importantes en el texto de Blanksten sobre el caudillismo: la primera, que expresa pugnas dentro de la clase dirigente, asociada a su vez con los “blancos”; y la segunda que afirma que esa pugna permanente por el poder impide la institucionalización de un sistema político estable. Velasco es para Blanksten un caudillo más de la política ecuatoriana.

Su concepto de caudillo es una conjugación interesante de la noción weberiana de líder carismático con los elementos que surgen de la tradición cultural ecuatoriana. Así, Blanksten sostiene que los caudillos son hombres que se miran a sí mismos como indispensables, llamados a salvar al país. “Es extremadamente consciente de su significación, y se parece muchísimo a lo Max Weber designa como líder carismático, el líder que siente ‘un llamado interno’”.

Al explicar por qué el Ecuador ha vivido en el caudillismo, Blanksten describe las rivalidades de la clase dirigente a partir de tres elementos: 1) las rivalidades personales que convierten a la política ecuatoriana en “personalista”; 2) el regionalismo que crea pugnas entre los “blancos” serranos y costeños; y 3) las diferencias doctrinales e ideológicas entre las figuras de la clase dirigente. Como complemento de todo esto que define rasgos importantes de la estructura de poder en el Ecuador, está el militarismo. “El caudillismo”, dice Blanksten, “vive en relación simbiótica con el militarismo. Dentro de los instrumentos de poder del caudillo, el ejército ocupa un lugar destacado”.

El juicio que hace de Velasco está sesgado no solo por la fuerte personalidad del caudillo, sino también por la lectura de sus obras, al punto que sostiene que “en gran parte el enigma que es Velasco Ibarra se lo resuelve a través del estudio de su obra escrita”. Afirmación cierta pero que corre el peligro de no interpretar el velasquismo y el discurso velasquista como hecho político, es decir, sometido siempre a un proceso de confrontaciones que escapan a la voluntad individual expresada en los textos.

Blanksten define a Velasco Ibarra como un liberal que busca la democracia política a través de la ciudadanía y que cree que las motivaciones del ser humano son siempre individuales. Sin embargo, según Blanksten, Velasco Ibarra veía que este ideal liberal se enfrentaba en América del Sur a obstáculos que vienen de una cultura dominante y contra la cual la única arma que se tiene es el fortalecimiento del Estado. “Velasco Ibarra”, dice Blanksten, “se sintió desesperanzado en el exasperante dilema de muchos otros pensadores liberales latinoamericanos: el demócrata opuesto a la ‘intervención del Estado’ tuvo que embarcarse en un programa sin precedentes de intervención estatal para establecer un medio ambiente más conducente a la libertad”.

La interpretación del pensamiento de Velasco va acompañada en Blanksten por una descripción de la figura de Velasco y anécdotas de su vida política. Blanksten define las cualidades de líder político de Velasco en los siguientes términos: “La vitalidad y el magnetismo personal de Velasco Ibarra se expresaban en su fenomenal habilidad de orador. Producía un efecto casi hinóptico en las masas y también en los miembros del Congreso”.

A pesar de las cualidades de liderazgo de Velasco, la inestabilidad de su gobierno se explica por tres factores: 1) nunca logró el apoyo de los partidos políticos; 2) no pudo ser un intermediario eficaz entre los intereses de los “blancos” serranos y costeños; y 3) no era un militar y por lo tanto no contó con la lealtad de las fuerzas armadas.

El texto de Blanksten está limitado por haber sido escrito en 1950, es decir, poco después del segundo velasquismo y no abordar toda la historia posterior de este fenómeno político. Es difícil sostener si la noción de caudillismo que define la forma que asume el liderazgo político puede ser válida para otras etapas históricas. Si bien introduce elementos culturales para entender la formación de líderes políticos en la sociedad ecuatoriana, Blanksten carece de rigor metodológico para sustentar el concepto de caudillo. Sus apreciaciones sobre el acontecer político ecuatoriano y su conexión con una determinada matriz cultural, no pasan de ser simples opiniones de un agudo observador extranjero.

Cueva: El velasquismo es un populismo

Cuando se lee la interpretación de Agustín Cueva sobre el velasquismo, se percibe cierta ambigüedad: no se sabe cuál es el alcance y significado político del fenómeno; se trataría de un movimiento funcional a los sectores dominantes, pero también aparece como un desafío a los proyectos más ortodoxos de dominación. Cueva dirá luego que el velasquismo es la nueva fórmula que encuentran las clases dominantes para enfrentar el peligro que significaba para la sociedad de aquella época la aparición del “subproletariado”, un grupo social que no admitía las normas políticas de los grupos dominantes.

La ambigüedad no está tanto en el texto, como en el enfoque de la interpretación. Para Cueva, los orígenes del velasquismo deben buscar-

se en la crisis de los años 30, que abren lo que él denomina un “vacío de poder”. Pero no se trata de una crisis cualquiera, sino de una que ponía de manifiesto la inviabilidad de tres modelos de dominación: la fórmula liberal (1922-1925), la militar reformista (fracaso de la revolución juiana), y la conservadora. Cada uno de estos sistemas de dominación es asociado por Cueva a una determinada clase. Así, la fórmula liberal a la “burguesía guayaquileña”; la militar reformista a la “pequeña-burguesía” y la conservadora obviamente a la clase terrateniente.

Se trata del fracaso de tres fórmulas que debe ser entendido como la imposibilidad de esos tres grupos por convertirse, cualquiera de ellos, en una clase dominante, con clara capacidad de hegemonía sobre las otras, dado que, en esta sociedad los elementos claves de la estructura de poder están separados entre sí: la hegemonía económica la tiene la “burguesía agro-mercantil”, la hegemonía ideológica la detentan los “terratenientes”, mientras la “clase media” está muy vinculada con la oficialidad militar.

“Esta crisis de poder es el primer elemento que debe tenerse presente para una explicación correcta del fenómeno velasquista, pero sin olvidar que ella toma cuerpo en el marco de la crisis económica de los años 30”.

Con esta exposición de los orígenes del velasquismo no están en desacuerdo ni Pablo Cuví ni Osvaldo Hurtado. En su libro *“Velasco, el último caudillo de la oligarquía”*, Cuví plantea una tesis similar a la de Cueva, aunque dándole una proyección más amplia: “En cuatro de los cinco gobiernos de Velasco, (la excepción puede ser el período 1952-56) aparece con nitidez una crisis de hegemonía en el Ecuador... La burguesía agro-exportadora importadora y bancaria, es incapaz de imponer a todo el sistema su régimen de dominación oligárquico”. En estas circunstancias, y dada la ausencia de un desarrollo industrial, las facciones dominantes, dice Cuví, deben contentarse con soluciones temporales, coyunturales, y es ello lo que permite y determina “la práctica política y caudillista de Velasco”.

Cuví es aún más explícito al señalar que el velasquismo expresa la crisis del Estado oligárquico, al que define, siguiendo a Octavio Ianni,

como una “forma particular del Estado capitalista, en el que se combinan elementos patrimoniales con las exigencias de racionalidad capitalista...”

Hurtado se mueve en otra perspectiva, aunque también para él el velasquismo, y de manera mucho más amplia, el populismo, es posible por la aparición de una masa urbana desarraigada que expresa la descomposición del “sistema hacienda”. El autor no explica los orígenes del velasquismo como tal, sino que se limita a señalar los cambios que se dan a partir de la década de los 40 (las migraciones campo-ciudad y el proceso de urbanización) y a dilucidar los efectos de este proceso en la conducta de los migrantes que conforman los “barrios suburbanos”, base de todo populismo, según él.

La influencia de Cueva sobre estos dos autores para entender el velasquismo como un movimiento que expresa la descomposición de las formas tradicionales de dominación y la irrupción de un nuevo actor en el escenario político ecuatoriano, es evidente. Veamos con cierto detenimiento esta idea.

El subproletariado es para Cueva aquel sector que se asienta con preferencia en las importantes ciudades de la Costa y que está constituido por campesinos serranos y costeños, estos últimos expulsados de las haciendas cacaoteras por la crisis. La particularidad de este grupo será su marginalidad, lo que significa, por un lado, que no admite las normas políticas que le quieren imponer los grupos dominantes; y por otro, se constituye, por su condición de marginalidad, en un sector social “disponible y en espera de un redentor”.

Para Hurtado, en cambio, esta masa “marginada”, fruto de las peculiares condiciones que rodean el desarrollo del sistema capitalista en el Ecuador, llegará a la ciudad en busca de un nuevo patrón. “Todavía influidos por la sociedad patriarcal propia del sistema hacienda y empujados por los valores paternalistas, buscan en la ciudad otro ‘patrón’ que atienda sus necesidades y les proporcione amparo y protección”.

Aunque Cuví se limita a señalar la falta de estudios objetivos sobre la “ideología” del “semiproletariado” como para poder afirmar que estos grupos de origen rural reproducen en la ciudad su cultura anterior, coincide con Cueva cuando señala que “el proyecto histórico (del velas-

quismo) consistió en detener la decadencia de la dominación oligárquica presionada por el surgimiento del semiproletariado urbano y de las capas medias y por la crisis del mercado externo”.

Aunque, como veremos, ésta es una de las tesis más duramente combatidas por Quintero, la relación que se plantea entre el velasquismo y el subproletariado en Cueva, Hurtado y Cuvi, tiene importancia en la medida en que lo presentan como un fenómeno que lleva implícito una modificación de las relaciones políticas no solo entre los distintos grupos de la clase dominante, sino también entre esas clases dominantes y los grupos dominados. La política con Velasco ya no es entendida sólo como un juego de las élites, como una disputa entre grupos dominantes; la dominación es repensada a partir de las relaciones de Velasco Ibarra con este grupo particular que es el subproletariado. Lo que se quiere destacar es que con el velasquismo hay —de acuerdo con los tres autores— un nuevo actor social, el subproletariado, que va a replantear la política en su conjunto. De allí se desprende la ambigüedad de la que se hablaba al comienzo: el velasquismo lleva implícito un replanteamiento de la política, pero nunca resulta disfuncional para los sectores dominantes. Esta ambigüedad deriva de un modo particular de entender la política, de su visión instrumental, en la que solo se puede hablar de cambios cuando la clase dominante ha sido eliminada. Mientras siga viva, todas las transformaciones no serán sino juegos de marionetas, en donde los hilos los conduce ella, siempre en su provecho.

Carisma, populismo y caudillismo

Las coincidencias anteriores no significan, sin embargo, que los tres autores conceptualicen de la misma manera el velasquismo. En efecto, Cueva habla de un “populismo”, Cuvi de un “caudillismo”, mientras Hurtado de un movimiento populista que se articula a partir de la figura del líder carismático.

Empecemos por la apreciación de Cueva. Su texto es realmente ambiguo y en ninguna parte desarrolla teórica y conceptualmente lo que entiende por “populismo”. Cueva utiliza indistintamente los términos “solución populista” y “caudillismo” para referirse al velasquismo. Parecería que su apego a la idea de populismo viene dado por ser el velasquismo, al igual que el peronismo y el varguismo, un fenómeno que

expresa la crisis y decadencia de la sociedad oligárquica. En este punto, Cueva coincide con los dependentistas, con la diferencia de que en el velasquismo, aparte del subproletariado, no se expresa una nueva alianza de clases entre grupos sociales emergentes capaces de desafiar el poder de los sectores tradicionales. "...el velasquismo no nació como una fórmula de arbitraje entre burguesía industrial y oligarquía agroexportadora, ni como instrumento de manipulación del proletariado naciente, como parece ser el caso del populismo argentino y brasileño...". No, para Cueva, la particularidad del velasquismo está en ser una "fórmula de transición" entre una burguesía agromercantil en crisis y una aristocracia terrateniente todavía poderosa. A la vez, constituye una respuesta a la emergencia de este grupo desafiante que es el subproletariado.

El hecho de ser una figura a la que recurren los grupos dominantes para resolver sus diferencias, ubica a Velasco por encima de ellos. De allí que Cueva reconozca, aunque luego lo explique con un subterfugio marxista, que "el velasquismo se ha desarrollado en medio de una tensión constante con los principales grupos dominantes y los partidos políticos que más ortodoxamente los representan (conservador y liberal)".

Esta es para Cueva solo una "aparente contradicción", puesto que el proyecto político necesario para defender el sistema en su conjunto, nunca coincide con los proyectos particulares de cada uno de los grupos de la clase dominante. Velasco es, según esta interpretación, el gran conductor de la clase dominante, aunque su presencia mediatice el ejercicio del poder y se vuelva, la mayoría de las veces incómoda.

En la sociología ecuatoriana el concepto de populismo para entender el velasquismo fue utilizado ampliamente por Esteban del Campo,¹⁰ quien a su vez se apoya en los libros de Francisco Weffort, cuya influencia en el pensamiento latinoamericano es muy amplia.

Del Campo, al igual que Cueva, Hurtado y Cuví, cree que el "populismo ecuatoriano" es producto de la crisis que atraviesa la sociedad ecuatoriana desde 1920. Una crisis de hegemonía que permite un mayor juego político de las "masas populares", pero sin nunca llegar a poner en peligro el poder de los sectores dominantes tradicionales. A

10. Para referencias consúltese bibliografía.

lo mucho, para del Campo, el velasquismo reivindicó la “condición humana” y los derechos de ciudadanía del subproletariado, principal actor social que se expresa detrás de ese fenómeno.

Se trata de una forma de participación política que se hará en el marco de la previsión política de las clases dominantes. Si en Cueva es ambigua la explicación del velasquismo como fenómeno que cuestiona sin poner en peligro las bases mismas de la dominación, en Esteban del Campo la ambigüedad es llevada al extremo.

Hurtado, que no se mueve en el paradigma marxista y más bien quiere contestar a los marxistas, destaca que el elemento más importante del populismo —en el que incluye el velasquismo— “constituye la incorporación masiva del pueblo al proceso político...”. Las bases del populismo, dice Hurtado al hablar del Ecuador, la constituyen las masas subproletarias, dado que se trata de un país donde la clase obrera es cuantitativa y cualitativamente débil. A diferencia del populismo argentino y brasileño, dice este autor, el velasquismo “no ha contado con un aparato sindical que lo respalde”.

Sin embargo, se trata de un mecanismo de participación política heterónomo, pues el populismo no lleva a las masas a identificar claramente sus intereses; de allí que pueda convertirse en un instrumento de manipulación de las clases dominantes. La característica del populismo es la de ser un “movimiento político” que se articula alrededor de la figura del líder carismático, término que Hurtado saca de la sociología de Max Weber. El velasquismo sería, pues, el resultado del encuentro del líder carismático, con cualidades extraordinarias y casi mágicas, con una masa compuesta por “poblaciones desarraigadas” que conservan una vocación paternalista. En Hurtado se trata de dos fenómenos externos el uno a otro, pero se convergen en un momento histórico preciso para desatar esto que se llama populismo velasquista. El encuentro se daría gracias al proceso de urbanización que crea y configura un nuevo escenario político. “Velasco interpreta intuitivamente el fenómeno de la urbanización de las ciudades y lo interpreta políticamente”. A la vez responde a la cultura del subproletariado, al punto, dice Hurtado, que la “oratoria” es el recurso que utiliza para llegar “a su corazón y no a la razón”. De allí la importancia que adquiere el “saber hablar” como requisito indispensable para optar a la presidencia de la República.

Siendo un movimiento personalmente afecto a su caudillo, el velasquismo ha sido absolutamente dependiente de la voluntad de su líder. Eso lo ubica como opositor a los partidos políticos, como un hombre que se siente con derecho a romper el orden institucional y declararse dictador. Aquí se plantea un problema en el texto de Hurtado. Una vez que surge este movimiento, parecería que las masas dejan de ser actores para convertirse en masas que siguen incondicionalmente al líder carismático. Es tan fuerte el peso que da Hurtado a la figura de Velasco, que se convierte en un dirigente que deslumbra a las masas, las cautiva y las atrapa, podrá recurrir a ellas cuantas veces sea necesario. Lo que no dice el autor es por qué aquello se vuelve posible.

Es interesante en Hurtado, puesto que no aparece en otras interpretaciones, la relación que establece entre el velasquismo y la modernización. Con un argumento funcionalista, Hurtado dirá que la imposibilidad de Velasco para asumir la modernización de la sociedad ecuatoriana será una de las razones para sus frecuentes caídas. Allí aparece un conflicto entre la “irracionalidad del líder carismático” y la necesidad de conformar un cuadro técnico que organice la administración del Estado moderno, por un lado; y por otro, la oposición entre un discurso que apela a los “sentimientos” y “pasiones” en contraposición a un discurso ideológico, racional y coherente, que asuma la modernización como un proyecto a ejecutarse.

La principal objeción de Cuvi a identificar el velasquismo con un fenómeno populista está en las clases sociales –Cuvi reivindica el marxismo como método científico– que se expresan detrás de ese movimiento político, para lo cual se remite a las interpretaciones que se han hecho de los “movimientos populistas típicos”. El autor cita a Aníbal Quijano: “Los regímenes populistas han sido, en todos los casos, precarias alianzas entre núcleos de burguesía industrial urbana no oligárquica y sectores medios, con el respaldo de núcleos importantes de proletariado urbano industrial”.

“Lo que hace posible la emergencia de movimientos populistas”, dice luego Cuvi, es la crisis (“ruptura”) de la dominación oligárquica y el ascenso de una burguesía nacional modernizante empeñada en lanzar

“la lucha antifeudal y antioligárquica y la modernización del Estado; es decir, impulsaron el desarrollo del capitalismo industrial hacia adentro”.

El velasquismo, a diferencia nuevamente del varguismo y el peronismo, no expresa esta nueva alianza de clases que surge como un desafío a las formas oligárquicas. Todo lo contrario, para Cuví, si bien el velasquismo es una manifestación de crisis de la dominación oligárquica, adopta la forma del “caudillismo”. Aunque este autor nunca desarrolla ni explica lo que se debe entender por “caudillismo” —solamente hace breves referencias cuando comenta el libro de “Mr. Blanksten”— su interpretación del velasquismo convierte este fenómeno en el último recurso de la oligarquía para conservar su condición de clase dominante. Habría, pues, que diferenciar claramente las razones que llevaron a una crisis a las sociedades oligárquicas argentina y brasileña —para entender el peronismo y el varguismo— y las causas que provocaron la crisis oligárquica en el Ecuador, y que indujeron no un populismo, sino un caudillismo.

Aquí conviene hacer una reflexión. El sentido que tiene el uso del término populismo para calificar el velasquismo viene de una cierta percepción de que con Velasco Ibarra hay un cambio en la manera de entender lo político, en la manera de interpelar a los sujetos sociales a través del discurso —que siempre expresa luchas de poder— y la forma de constituirlos como sujetos políticos; o sea el marco desde el cual los sujetos se representan a sí mismos. Quienes recurren al término populismo ponen siempre énfasis en aspectos que sus detractores no mencionan, como son el discurso, la simbología que rodea a la figura de Velasco, etc. Es decir, interesa la representación que el pueblo, a partir de su propia cultura política, tiene de la figura de Velasco. Quienes critican el término populismo es porque ven en Velasco sólo un instrumento recurrente de la clase dominante para defender su posición.

Nótese, sin embargo, cómo la reflexión de Hurtado y la negativa de Cuví a aceptar el velasquismo como un movimiento populista, hace que terminen definiéndolo también respecto a la modernización. Para Hurtado, Velasco Ibarra es un obstáculo a la modernización (que debe entenderse como un deseo por imprimir una racionalidad instrumental a la política) en un país que se va haciendo más complejo y que re-

quiere saltos modernizantes. En Cuvi, la ausencia de un proceso de industrialización en el país sería la principal causa para que la crisis oligárquica se manifieste a través del caudillismo velasquista y no del populismo. De todos modos, en este autor la presencia de Velasco Ibarra pone de manifiesto la imposibilidad de llevar adelante en el Ecuador un proceso de modernización. Estas ideas, que también están en Cueva, plantean que la modernización política será posible sólo cuando el velasquismo y el populismo hayan desaparecido.

La crítica de Rafael Quintero

En 1980 aparece el libro de Rafael Quintero, *El mito del populismo en el Ecuador*. Este texto, el primero que intenta hacer una interpretación del velasquismo desde una perspectiva rigurosamente marxista, con una fuerte base empírica, inicia la crítica a todo el saber sociológico creado alrededor de Velasco Ibarra, y su blanco principal es el libro de Agustín Cueva.

Quintero responsabiliza a Cueva de ser quien creó una serie de mitos alrededor del velasquismo; mitos que fueron aceptados por el pensamiento latinoamericano que se ocupó del populismo y vio en el velasquismo una variante de ese fenómeno. Tales son los casos, mencionados por Quintero, de Octavio Ianni y Francisco Weffort, quienes se refieren al velasquismo a partir de la interpretación de Cueva.

De partida Quintero hace serias objeciones teóricas al trabajo de Cueva y pone en duda su valor científico. “Los científicos sociales”, dice citando a Lenin, “tienen la obligación de buscar las raíces de los fenómenos sociales en las relaciones de producción, y de vincularse con los intereses de clase determinados; deben formular esos consideratos como los ‘deseos’ de determinados elementos sociales que tropiezan con la oposición de otros determinados elementos y clases”.

La cita de Lenin no es casual, ni mucho menos: tiene como objetivo definir el camino metodológico “correcto” para encarar cualquier proceso investigativo desde una posición marxista “correcta”; y es, además, una alusión a quienes recurren al concepto de populismo para explicar fenómenos desde esquemas teóricos que dejan de lado las nociones marxistas elementales.

Lo que más molesta a Quintero es que las ciencias sociales, desde el libro de Cueva, hayan apelado al concepto de populismo sin siquiera explicar lo que se debe entender por él; ausencia grave cuando se trata de un concepto que no tiene una definición unívoca en la literatura sociológica latinoamericana. “Quienes han usado el calificativo de ‘populismo’ para describir los orígenes del llamado ‘velasquismo’ han trastocado los términos de la investigación científica”. Quintero señala que al haber trasladado el concepto de populismo al Ecuador, cuando se trataba de un concepto utilizado para explicar los procesos de Brasil, México y Argentina, se olvidó las particularidades del proceso ecuatoriano, y lo que era una hipótesis de trabajo o debía asumirse como tal, se convirtió, sin más, en tesis.

El trabajo de Quintero plantea una “ruptura” con la problemática planteada por Cueva, a partir de dos elementos: 1) una crítica a la ambigüedad de los conceptos utilizados por Cueva y 2) a través de una investigación empírica que dé solidez a las afirmaciones teóricas.

Lo anterior lleva a la crítica marxista de la sociología latinoamericana funcionalista que difundió el término populismo para explicar fenómenos políticos en la transición de la sociedad tradicional a la moderna no registrados en las sociedades europeas. Para Quintero, esa crítica debe basarse en un análisis que determine las condiciones estructurales o económicas en las que se apoyaba la sociedad; en un examen que especifique la alianza de clases o fracción de clase a la que representaba Velasco Ibarra; y una investigación que establezca la relación de fuerzas en la sociedad civil entre las diversas clases o fracciones de clase. Esto significa que el velasquismo debe entenderse como un fenómeno “orgánico” de la sociedad, es decir, como movimiento que expresa la unidad y vínculo entre la base económica de la sociedad y la superestructura.

Aunque la crítica es muy amplia, el lector podrá apreciarla en esta antología, su discrepancia más importante con Cueva —y de allí con todas las interpretaciones del velasquismo— anteriores tiene que ver con el análisis de la crisis de los años 30. Quintero reconoce, obviamente, que en esa época se produjo una fuerte crisis, pero no está de acuerdo en señalar que a partir de ella se genera un movimiento político (el velasquismo) que signifique un cuestionamiento al sistema de domina-

ción vigente y peor aún que ese movimiento exprese la emergencia de un nuevo y poderoso grupo social, como sería el subproletariado. Lejos de ver en el velasquismo una “ruptura” con el pasado que replantee la misma noción de lo político y la manera de entenderlo en la sociedad ecuatoriana, lo interpreta como la consumación de un *Pacto Oligárquico* que ratifica el poder de los grupos dominantes del Ecuador en aquella época. “Es evidente que para nosotros el triunfo del Dr. Velasco en 1933 no representó un punto de ruptura con el pasado. Todo lo contrario. Ese proceso de crisis que comienza en 1912 fue creando las condiciones para el desarrollo de un *Pacto Oligárquico*, determinando así la aparición de una alianza en cuya cúspide se hallaba la clase terrateniente a nivel nacional, pero fundamentalmente los hacendados serraniegos”.

Para Quintero no sólo que las fracciones burguesas que habían impulsado la Revolución Liberal abandonaron su proyecto renovador, sino que la crisis del cacao debilitó su poder económico, lo cual se puso de manifiesto y quedó ratificado luego de la Revolución Juliana de 1925. “Como es bien conocido, el golpe de Estado de 1925 terminó el control político que conectaba a los bancos y los exportadores de cacao de Guayaquil con el gobierno central de Quito”, dice Quintero.

Esa crisis, lejos de afectar a todos los grupos dominantes en el país, debilitó solamente a los grupos de poder de la Costa, reafirmando al mismo tiempo el poder de la clase terrateniente.

Todo el análisis que hace Quintero del proceso electoral de 1933 y del papel que jugó el Partido Conservador y la Iglesia para lograr el triunfo de Velasco, le lleva a sostener que la clase terrateniente nunca había perdido su poder y las evidencias mostraban más bien una clase con gran capacidad estatal. Este argumento le permite cuestionar la idea de Cueva de que el país vivía en aquella época una crisis de todos los modelos tradicionales de dominación y que el subproletariado era, en los inicios de 1930, una masa disponible que abría la posibilidad de una renovación política en el país. Quintero no duda de que en aquel período se produjeron importantes cambios en la estructura social del país, y que efectivamente apareció un subproletariado urbano, pero sostiene que esos sectores “no escaparon al control político de las clases dominantes”.

A diferencia de las otras interpretaciones para las que el velasquismo constituye una suerte de fenómeno de transición entre una sociedad tradicional y una moderna, en Quintero el velasquismo aparece como el fortalecimiento de los grupos tradicionales de poder, con la hegemonía de la clase terrateniente. La siguiente cita de su libro define bien su tesis: “Es en medio de esa crisis que el Ecuador llega a tener como presidente a un individuo que si bien no había heredado el lugar (...) había asimilado sí las autoritarias costumbres de esos patrones feudales. Y el país llegó así al año en que se sellaría un pacto oligárquico que signará el desarrollo de su historia hasta 1972... Por ello es dable decir que si 1895 parece ser la muerte prematura del siglo XX, 1933 aparece como el nacimiento tardío de un ser engendrado en las entrañas de un organismo social que no había podido extirpar lo viejo, lo arcaico y caduco”.

De todos modos, la figura de Velasco es importante, pero hay que explicarla no desde la idea funcionalista de carisma —término de la sociología weberiana severamente cuestionado por Quintero— sino desde el propio marxismo. Y la respuesta que tiene viene de Gramsci: hablará del velasquismo como un régimen bonapartista o cesarista, en el cual surge una figura individual, casi heroica, que expresa un empate o equilibrio de fuerzas catastrófico, “entre aquellas clases o fracciones de clase en pugna que sí pueden disputarse la consecución u obstrucción de un curso de acción estatal”.

Esta interpretación del velasquismo es posible en Quintero porque antes ha cuestionado la idea de que el subproletariado constituya la base social del velasquismo, tal como lo aseguran Cueva, Cuví y Hurtado, y que las principales ciudades de la Costa hayan sido su bastión electoral.

Quintero demuestra, con suficiente base empírica, que el primer triunfo de Velasco estuvo asentado en la Sierra —cuya población era numéricamente más grande—, que el subproletariado urbano no votó en esas elecciones y que su base de apoyo en Guayaquil —plaza fuerte del velasquismo, donde incluso se había originado—, no era tan amplia y mayoritaria como se creía hasta entonces.

El libro de este autor tiene el mérito de ser el primer estudio sistemático del triunfo electoral de Velasco en 1933, recoge una gran cantidad de datos empíricos, con lo cual fácilmente destruye la idea de que el subproletariado constituyó la base del primer velasquismo. Y con ello realmente da un golpe muy duro a las interpretaciones anteriores que habían partido de la tesis de Cueva.

Sin embargo, los límites del libro de Quintero son claros. Como bien lo anota Amparo Menéndez: si bien las conclusiones a las que llega Quintero sobre la elección de 1933 pueden ser válidas, es difícil aceptaras como base de la explicación de un fenómeno que dura casi 40 años. La interpretación de Quintero aclara muchos aspectos sobre los orígenes del velasquismo, sus relaciones con los grupos de poder y con los partidos políticos, pero difícilmente puede explicar los otros cuatro triunfos de Velasco, muchos de ellos en momentos históricos distintos del de 1930.

El utilitarismo de los sectores urbano marginales

El libro de Amparo Menéndez Carrión es el más reciente en el que se hace referencia al debate sobre el populismo en el Ecuador.¹¹ Obviamente que la entrada que hace la autora es muy distinta a la de los trabajos anteriores. Su propósito es entender los mecanismos por los cuales se reclutan los votos y se crean bases electorales de apoyo en los sectores urbano marginales de la ciudad de Guayaquil.

La crítica de Amparo Menéndez a lo que ella llama la “interpretación convencional” del velasquismo se concentra en dos aspectos: por un lado, la poca atención puesta en los mecanismos de reclutamiento electoral —descuido grave cuando se habla, como Hurtado, del velasquismo como un fenómeno eminentemente electoral—; y por otro, la excesiva importancia que se da a la figura de Velasco, lo que, a su vez, ha sido entendido como el resultado del escaso desarrollo político de los sectores urbano marginales.

11. Si bien hay un libro posterior sobre el populismo *¿La agonia del populismo?* de Iván Fernández y Gonzalo Ortiz, 1988, éste no ofrece ningún aporte nuevo sobre el tema. Desafortunadamente los autores no pudieron obtener el texto de Maiguashca y North del editor del libro (en prensa) *Representación política y región en Ecuador*.

Esta falta de atención a lo que Amparo Menéndez llama los “mecanismos de articulación electoral” —tanto en la reflexión del velasquismo como en la de Concentración de Fuerzas Populares— ha permitido —interpretamos a la autora— crear ideas fantasiosas sobre Velasco sin ninguna sustentación empírica. En lo académico —asumiendo una posición similar a la de Quintero sin ser ella marxista— Menéndez cuestiona la “perspectiva convencional” por haber aceptado tesis que no se fundamentaban en análisis riguroso alguno de la realidad empírica. Una muestra de ello es el poco respaldo que se ha dado a la idea —aceptada casi por todas las interpretaciones, con excepción de Quintero— del nexo entre los contendores populistas y el apoyo de las masas urbanas pobres de la Costa. Menéndez no cuestiona esta tesis; simplemente la desarrolla para darle un sustento científico, pero ese proceso de investigación le lleva, en ciertos aspectos, a distanciarse de Quintero. Dice claramente: “El argumento que avanzaremos aquí es que las afirmaciones de Quintero acerca del comportamiento electoral de los marginados suburbanos en general y de Guayaquil en particular, son un tanto ambiciosos, no reflejan necesariamente sus preferencias electorales reales en 1933, y no pueden ser tomadas como indicativas de la naturaleza de sus preferencias en décadas subsiguientes, como la línea de argumentación del autor lo sugiere”.

La ventaja del trabajo de Amparo Menéndez es que, a diferencia de los anteriores, ella también investiga todo el proceso de Concentración de Fuerzas Populares, lo que le permite tener una comprensión más amplia y sólida del comportamiento electoral de los sectores urbano marginales de la ciudad de Guayaquil. La tesis central de esta escritora es que si bien el subproletariado no constituyó la principal base de sustentación del velasquismo, su preferencia electoral siempre se orientó hacia los contendores populistas.

Pero el análisis de los mecanismos de reclutamiento del voto —que supone de partida un gran escepticismo frente a la idea del líder carismático que surge por la “ignorancia” y el “atraso” político de las masas, tal como aparece según ella en la perspectiva convencional— le llevan a valorar y desarrollar los conceptos de “clientelismo” y “maquinaria política” para explicar la relación electoral de los sectores marginados urbanos de Guayaquil y el populismo. De allí emerge toda una nueva pro-

puesta para entender el comportamiento electoral de esos sectores como “una respuesta utilitaria a una situación concreta” y como “una manifestación de clientelismo en acción”, o sea, el intercambio de votos por servicios. Con ello, el comportamiento electoral, que habría que entender en Amparo Menéndez como una determinada forma de relación política, se orienta a lograr “respuestas (pequeños beneficios o soluciones parciales e inmediatistas) a su situación de “precariedad estructural”. Pero juzgar el velasquismo a partir de la lógica presente en el comportamiento político utilitario, y por lo tanto racional, excluye la posibilidad de entender las prácticas políticas de los sectores urbano marginales –las prácticas políticas y no sólo su comportamiento electoral– a partir de una referencia a su cultura, que posibilite, entre otras cosas, descubrir la importancia del discurso en el velasquismo como movimiento político. La autora se contenta con decir que el comportamiento de sus autores focales (los sectores que viven en una precariedad estructural) lejos de ser “emocional”, como lo ven muchas interpretaciones, es racional, en el sentido que la modernidad da al término: es una práctica que se articula según la lógica medio-fin.

Es difícil sostener que la relación líder-masas en el velasquismo pueda ser entendida como una relación utilitaria. Más bien, toda la expresividad de este fenómeno político, particularmente su discurso, llevan a pensar que excede ampliamente los mecanismos del clientelismo político.

Discurso político y simbolismo

Pese a que el tratamiento que da al tema es insuficiente, el texto de Lautaro Ojeda tiene al menos el mérito de haber abordado el problema del discurso en Velasco Ibarra. Ninguno de los trabajos anteriores y posteriores sobre Velasco se planteó como tema de reflexión el problema del discurso, aunque constituía un elemento central de ese fenómeno político. Los trabajos marxistas –Cuvi y Quintero– lo han considerado poco sustancial y significativo, mientras Hurtado si bien destaca la importancia que tenía la “oratoria” en el quehacer político ecuatoriano, lo hace sin entrar a explicar el por qué.

Ojeda hace un doble análisis del discurso: desde su contenido, los valores que transmite y desde la perspectiva del pueblo como sujeto re-

ceptor del discurso. Su pregunta es la siguiente: “¿Por qué el pueblo alaba, aplaude, discursos que no los entiende?”. Sin entrar a discutir la validez de esa pregunta, solamente hay que señalar que el autor parte de la idea de un pueblo ignorante e inculto y de un interlocutor dotado de un poderoso saber filosófico y una fuerte personalidad carismática. Esta ambigüedad, según Ojeda, plantea una paradoja que debe ser explicada en términos sociológicos.

¿Cómo resuelve este problema Ojeda? Lo hace a través de la noción de mito. Distingue dos niveles en la formación del mito: por un lado, está el “lenguaje objeto” que posee una racionalidad, significación y sentido literal suficientes como para ser comprendido por sí mismo”. Constituye un espacio semántico común de una sociedad en un momento histórico dado. El punto de partida del mito es precisamente este lenguaje objeto, que le sirve como materia prima. “Según Barthes, el mito se apodera de ese lenguaje objeto, vacía su sentido propio, **instante** en el cual nace una nueva significación, un segundo lenguaje, una especie de metalenguaje”.

El mito, agrega el autor, no tiene como función la de ocultar, sino la de formar algo. Esta tesis ubica al lector en una perspectiva distinta del marxismo y la noción de ideología que corresponde al marco conceptual de esa teoría: es decir, permite entender el discurso no como ocultamiento de la realidad, ni como falsa conciencia. No hay el desdoblamiento del lenguaje a través del mito; simplemente hay una forma *distinta* de comunicación. “*El mito va llamar a la existencia, no a la inteligencia; sus receptores no lo vivirán en cuanto a concepto, sino existencialmente*”.

La transformación del lenguaje objeto en mito se produce, según Ojeda, en el momento de los discursos políticos de Velasco al pueblo. En esa oportunidad gracias al contacto entre el pueblo y el líder carismático, el discurso político de Velasco se convierte en discurso mítico.

El texto de Ojeda es poco claro en la explicación de por qué el discurso político se convierte en discurso mítico. Simplemente señala que resulta del encuentro del pueblo —entendido como entidad social, cultural, económica y política— con la figura de Velasco. La pregunta no

resuelta por el autor es si ese discurso se vuelve mítico por la forma cómo el pueblo lo asimila e interpreta, o si es el propio Velasco quien apela a ese tipo de discurso para comunicarse con las masas.

La respuesta de Ojeda es insuficiente, no especifica cuáles son los elementos culturales, sociales y políticos de la sociedad ecuatoriana que permiten esa mutación del lenguaje objeto. Si el solo encuentro entre le pueblo –noción siempre abstracta– y el líder carismático bastan para explicar el cambio del discurso político en mítico, se hace una generalización con poco poder explicativo. Si no es así, hay que aclarar, entonces, qué hace posible esta otra forma de comunicación, que es más expresiva y existencial que racional.

En su ensayo de interpretación del velasquismo, Cueva ahonda esta temática, pero tampoco logra explicarla en forma convincente.

Cueva habla del velasquismo como un fenómeno ideológico que desborda el campo estrictamente político. O más bien, el discurso político de Velasco se asienta en valores morales y religiosos que le impiden, dice Cueva, enfocar los problemas en términos socio-políticos. Hay toda una simbología religiosa que está presente en el discurso y en la propia figura de Velasco, que convierten sus concentraciones políticas en ceremonias “mágico religiosas”. Cuando habla del velasquismo como un fenómeno que rebasa el ámbito político, Cueva lo transforma en un hecho simbólico, pero detrás de esa idea se filtra la noción marxista de ideología. Velasco se vuelve un mago que logra manipular el mundo simbólico, de tal manera que se asegura tanto el orden social existente, como el ingreso del subproletariado, “esta gente desamparada”, a la sociedad. Velasco resuelve así la contradicción entre orden y emergencia de nuevos sujetos sociales.

Lamentablemente, en Cueva todo ese contenido religioso del discurso político es visto como la manipulación de un conjunto de valores presentes en el subproletariado. Lejos de ser un elemento de la propia cultura y por lo tanto ineludible si que quiere producir un discurso con posibilidad de legitimación, el simbolismo de Velasco no es sino una racionalización del poder. A diferencia de Ojeda, Cueva encuentra que el poder y la fuerza del discurso velasquista está, por un lado, en la figura del líder, y por otro, en la masa subproletaria desarraigada. Esta condi-

ción de subproletario, de sujeto excluido, es la que le lleva a valorar e interpretar de un modo particular el discurso de Velasco; a reconocerse en ese discurso como sujeto actuante y no como objeto del poder. Cueva piensa que el discurso de Velasco crea una falsa conciencia en el subproletariado, que lo extravía. “Velasco ha desempeñado, pues, el papel de profeta, sacerdote y padre de nuestros subproletarios, y además el de su abogado. Ha sido la figura simbólica tutelar que les ha permitido tener la ilusión de incorporarse a la sociedad que los marginaba y que después de 40 años de velasquismo, los sigue marginando. Ha sido, en suma, la máscara más sutilmente ideologizada de la dominación”.

El análisis efectuado hasta aquí deja ver cómo las reflexiones de Ojeda y Cueva se complementan para ofrecer una nueva perspectiva de análisis del velasquismo a partir del discurso. Si la interpretación del primero permite, a través de la idea del mito, romper con la noción marxista de ideología, el segundo en cambio da contenido a ese mito al ubicar el discurso y la figura misma de Velasco como expresión de un contexto social, político y cultural determinado. El análisis de Cueva en torno a la dimensión religiosa de Velasco Ibarra y su reflexión sobre los “Contornos del mito” son partes muy lúcidas en las que se siente penetrar en la cultura política de la sociedad ecuatoriana.

Pero aún más, se trata de la reflexión de aspectos siempre olvidados en el análisis del populismo. “La discusión de Cueva sobre el simbolismo religioso en el populismo velasquista y su relación con la cultura católica y rural de los barrios suburbanos, es un magistral análisis de uno de los elementos siempre descuidados en la extensa literatura sobre los movimientos populistas” (Fitch, 1984: 272).

III. La continua vigencia del populismo en el Ecuador: de Guevara Moreno a Abdalá Bucaram

A diferencia del debate sobre el velasquismo, que marca el desarrollo de las ciencias sociales en el Ecuador, existen muy pocos análisis del populismo no velasquista. No se ha estudiado a fondo la presencia del CFP que rige la vida guayaquileña y del país desde los años cuaren-

ta, ni la gran fuerza electoral de sus herederos de los años ochenta. Tampoco se ha reflexionado sobre el populismo en el último proceso de democratización del país.

Este silencio sobre el populismo se explica en gran parte por el sesgo teleológico de la literatura sociopolítica sobre el Ecuador. Se asume que el proceso de modernización económico necesariamente se traducirá en la esfera política y social en nuevas formas de dominación. La tendencia de centro-izquierda no sólo se estabilizará como dominante sino que también señala la crisis de formas tradicionales de dominación. Por lo tanto se espera que el populismo como mecanismo de control social entre en crisis. La literatura sociopolítica de los años ochenta, con muy pocas excepciones, deja de estudiar el populismo, fenómeno que se relega al pasado de la vida nacional.

I

Un ejemplo de lo anterior es el texto “Democracia y Populismo”, que recoge la intervención del Dr. Rodrigo Borja en el seminario “Política, democracia y desarrollo en América Latina en los años 80”, efectuado en Guayaquil del 28 de septiembre al 1º de octubre de 1982. En esa intervención Borja presenta una teoría normativa de la democracia y reflexiona sobre algunos obstáculos para la democratización. No analiza, sin embargo, el funcionamiento de la democracia en el Ecuador, ni el último proceso de democratización; más bien se concentra en presentar su visión de lo que *debe ser* la democracia. Borja presenta —en una visión que revela la actitud de los políticos modernos hacia el fenómeno— al populismo como un obstáculo al proceso de democratización de las sociedades latinoamericanas. Para Borja, el crecimiento demográfico unido a las migraciones campo-ciudad han devenido en la formación de los barrios suburbanos. Los pobladores son excluidos de las ventajas socio-económicas de la sociedad, habitan en condiciones inhumanas y son marginados del sistema político. Su descontento social se expresa en el populismo. “Las masas, en esas condiciones, son muy sensibles a la prédica redentorista, siguen fácilmente el señuelo demagógico y surge así el populismo, que es un fenómeno de raíz económica y efectos políticos”. Lo que el Dr. Borja no se pregunta —como la mayoría de los políticos modernos ecuatorianos— es por qué el populismo es la más importante experiencia de participación política de los

sectores populares y por qué la democracia no desarrolla mecanismos alternativos de participación. Tampoco hay una reflexión que vincule al populismo con la existencia de una determinada forma de cultura política.

Subsiste la vieja idea de una masa manipulada por un líder demagógico, situación que será superada con los nuevos partidos políticos –portadores de un discurso ideológico y un proyecto modernizador– y la extensión de la democracia al ámbito económico. A la democracia Borja la entiende como una “forma organizativa de la sociedad” y no sólo del gobierno. Mientras la primera coincide con una propuesta socialista, la segunda coincide con la noción formal de la democracia que manejan la burguesía.

Iván Fernández y Gonzalo Ortiz comparten y elaboran la interpretación del populismo que hace Borja. De acuerdo a estos autores la base social del populismo es el subproletariado, concebido como los sectores sociales marginados de las estructuras ocupacional y habitacional que tienen comportamientos sociopolíticos anómicos. Debido a su “bajo nivel de organización estable” su conciencia social es primitiva”, siendo fácilmente manipulables por líderes carismáticos. No actúan por sus intereses, pues su situación estructural no les permite reconocerlos. Los movimientos sociales populistas carecen de ideología sistemática por lo que es primordial la figura del líder carismático que da unidad y coherencia a estos movimientos. El populismo es una forma de dominación política, en tanto que “absorbe las contradicciones más visibles de la crisis y termina siendo un elemento de conservación del sistema que lo generó”.

Esta interpretación del populismo divide la acción colectiva en *normal*, clasista, políticamente mediatizada por los partidos políticos y *anómada* de las masas subproletarias, políticamente populistas. Estudios basados en el concepto de clientelismo político han probado que la acción colectiva de los pobladores no es irracional y anómica. Debido a las condiciones de precariedad y la poca receptividad del sistema político los pobladores actúan en forma racional y pragmática al intercambiar su voto y apoyo político por la obtención de bienes y servicios.

Borja, Fernández y Ortiz comparten una visión teleológica de la sociedad. Asumen que la modernización marcará el fin de formas de

movilización sociopolíticas —híbridos de tradición y modernidad— como el populismo. Se espera que estilos de acción colectiva normales, modernos, clasistas y representativos imperen en la sociedad. El desarrollo de un sistema de partidos políticos modernos e ideológicos que canalicen las demandas de la sociedad civil hacia el Estado, se argumenta, significará el fin de prácticas demagógicas y manipuladoras como el populismo. Esta visión teleológica y voluntarista no recoge los resultados de la investigación sociopolítica en el Ecuador. Se ha demostrado la ausencia de un régimen de partidos políticos como el propuesto. Los actores sociales organizados se relacionan con el Estado a través del corporativismo, mientras que las grandes mayorías no organizadas lo hacen a través del clientelismo. La cultura política lejos de ser democrática, privilegia el personalismo sobre las ideologías y apunta a votar por el candidato ganador para de esta manera tener acceso al botín estatal.¹²

Visiones voluntaristas y teleológicas, por más que presenten proyectos normativos democráticos deseables como el del Dr. Borja, si no reconocen primero la especificidad de la forma de hacer política en el país no pasan de ser sino meros planteamientos retóricos. Por lo tanto, el primer paso para entender cómo se hace política en el Ecuador es alejarse de este tipo de propuestas que no permiten el análisis de la especificidad de la acción colectiva en el país.

II

El estudio de John Martz sobre el CFP en Guayaquil entre 1948 y 1960 representa un esfuerzo serio por entender el fenómeno populista a través de teorías funcionalistas-dependentistas. A diferencia de trabajos que se quedan únicamente en el plano descriptivo (El Conejo, 1981; Maier, 1965; Ortiz Villacís, 1977),¹³ Martz plantea una interpretación del fenómeno cefepista. Luego de presentar algunas perspectivas sobre el populismo y de rescatar la validez conceptual del término,

12. Véase, entre otros, el trabajo de Jorge León "Padre, patrón y voto o cómo buscar un Mesías", en *Elé*, N° 1, 1984; Amparo Menéndez-Carrión "El análisis del proceso político en el Ecuador contemporáneo: algunos comentarios a propósito de las reflexiones existentes, en (varios autores) *Estado, Política y Democracia en el Ecuador*, Quito, El Conejo, 1988.

13. Para referencias consúltense la bibliografía.

ofrece una definición de populismo que sigue a Juaguaribe al describirlo como “movimiento político caracterizado por la apelación directa a las masas urbanas”.

Martz estudia al CFP en el período del surgimiento y decadencia de Guevara Moreno a través del análisis de su base social, doctrina política y estilo organizativo y de liderazgo. Al igual que los autores analizados en el punto anterior, Martz sostiene que la base social del populismo es el subproletariado marginal. La acción colectiva de éstos es concebida como heterónoma por lo que son presa fácil de la manipulación por líderes carismáticos. La doctrina política del CFP lejos de articular claramente una postura ideológica representa una apelación populista a los oprimidos. El tercer punto del análisis de Martz, el estilo organizativo y de liderazgo del CFP, es la parte más interesante de su estudio. Demuestra la organización y evolución de la estructura celular, piramidal y jerárquica del CFP, así como el estilo “personalista, mesianista y autoritario” de Guevara Moreno.

Teóricamente Martz privilegia el concepto de líder carismático. El líder carismático no sólo interpela a las masas urbanas, sino que también, debido a la falta de claridad ideológica del populismo, es el que interpreta, da sentido y dirige las movilizaciones populistas. El estudio de Martz si bien demuestra el impresionante éxito de Guevara Moreno en la construcción y liderazgo de su partido político, no explica su decadencia luego de la desastrosa administración municipal de Luis Robles Plaza. Martz describe la caída de Guevara Moreno por su decisión de traspasar el liderazgo cefepista a Robles Plaza y por una serie de decisiones políticas incorrectas. De esta forma este autor cae en la visión tradicional de la historia que entiende a ésta como el drama jugado por personalidades frente a un pueblo dócil y manipulable. La explicación sociopolítica se reduce al chisme y regateo entre personalidades políticas.

Martz no puede demostrar satisfactoriamente el carácter contingente del liderazgo populista, pues al reducir a los actores sociales populares a “masas disponibles” y “manipulables” necesariamente tiene que privilegiar las acciones del líder carismático como marco explicativo de los vaivenes de la política populista. El marco conceptual del

clientelismo político supera estas interpretaciones personalistas de la historia al ofrecer explicaciones sociológicas sobre la contingencia del liderazgo populista.

III

El estudio de Menéndez-Carrión sobre la articulación electoral en las barriadas de Guayaquil demuestra la utilidad del concepto de clientelismo político. A través del análisis de documentos y entrevistas en profundidad a actores políticos de la época, la autora no sólo describe la historia del CFP entre 1949 y 1978, sino también los mecanismos políticos concretos del reclutamiento del voto de los pobladores. Se evidencia cómo la precariedad estructural de los pobladores los lleva a acciones racionales instrumentales y oportunistas. El intercambio de su voto por la obtención de servicios va convirtiéndose en la manera de hacer política de los pobladores de Guayaquil. Por su parte, la maquinaria política cefepista muestra su gran conocimiento de las necesidades de los pobladores. Organiza los comités barriales trabajando con las redes espontáneas de solidaridad de los pobladores y utiliza a los intermediarios como verdaderos agentes-corredores entre el partido y la clientela política. La lealtad de los pobladores al líder es en gran medida contingente de los recursos materiales que éste pueda ofrecer. Si carece de un botín para repartir se esfumará la fidelidad de sus seguidores.

El marco conceptual del clientelismo demuestra su superioridad frente a interpretaciones funcionalistas-dependentistas que degradan la acción colectiva populista como irracional; que esperan la superación de formas de movilización sociopolíticas no modernas, y que teóricamente privilegian las acciones del líder carismático. El estudio de Amparo Menéndez-Carrión evidencia la racionalidad del comportamiento sociopolítico de los pobladores. El clientelismo es interpretado como una respuesta moderna a sus condiciones de precariedad. Además, explica la contingencia del liderazgo por la capacidad del líder de otorgar bienes y servicios a su clientela. Pero cuando la autora considera los aspectos simbólicos y rituales de la relación clientelar expone los límites del concepto de clientelismo político.

Hay momentos en que el análisis de Menéndez-Carrión supera los límites de su marco conceptual. Por ejemplo, la autora señala, “no todos los beneficios derivados de la relación eran materiales. La frecuente presencia

en el barrio y en los hogares de los moradores, de miembros de la cúpula del partido, y en particular, la presencia de Guevara Moreno y Doña Norma, la valentía demostrada por Guevara en confrontar la adversidad, la naturaleza de la lucha política que lideraba —que los moradores podían asociar mentalmente con su propia lucha de supervivencia cotidiana— son elementos que estaban llamados a despertar en ellos un sentido de “solidaridad” y “pertenencia” al movimiento. He aquí un movimiento que no sólo interpelaba al “bajo pueblo”; he aquí un movimiento que el “bajo pueblo” podía considerar “de sí”.

Estos aspectos rituales de la relación pobladores-líderes que evidencian las necesidades de pertenencia y solidaridad del “bajo pueblo” no pueden explicarse con el concepto de clientelismo político, este metateóricamente se basa en criterios de racionalidad teleológica y estratégica. Estos criterios de racionalidad fin/medios conceptualizan la relación de un actor o más frente a un mundo objetivo. Prácticas sociales no cuantificables, si bien son reconocidas en el transcurso del análisis empírico, no pueden entenderse dentro de los límites teóricos del concepto de clientelismo. Razón por la cual es necesario complementarlo con teorías que expliquen la acción normativa, comunicativa y dramatúrgica de los actores sociales.

El artículo de Jorge León se apropia del análisis de Menéndez-Carrión y presenta algunos interrogantes sobre los límites del concepto de clientelismo político como marco conceptual único para explicar el comportamiento político de los sectores populares. Se resaltan los aspectos contestatarios de la relación clientelar. A través del clientelismo sectores excluidos tienen acceso a recursos materiales que, de otra manera, les son negados por la sociedad. El clientelismo es, además, una forma de acceso a la ciudadanía en sistemas políticos excluyentes. Pero como lo anota León el marco conceptual de clientelismo no agota la explicación del fenómeno empírico en consideración. El análisis del velasquismo requiere algo más de lo que el concepto de clientelismo ofrece. Además, León plantea el problema de la cultura política como complemento al clientelismo para entender cómo los sectores populares hacen política.

IV. Preguntas para futuras investigaciones

El análisis crítico de las diversas interpretaciones y estudios del populismo en el Ecuador permite avanzar algunas preguntas que puedan guiar futuras investigaciones. Estudio que necesariamente plantea la necesidad de una reflexión sobre la naturaleza de *lo político* y que constituye un aporte imprescindible en la construcción y desarrollo de la sociología política del Ecuador.

El populismo, como hemos visto, es un fenómeno que no está asociado a una etapa histórica determinada, salvo que el proceso de transición de la sociedad tradicional a la moderna sea prolongado casi infinitamente; ni teorías funcionalistas ni dependentistas puedan justificar el asignar a este fenómeno a una etapa del desarrollo latinoamericano. Lejos de ser una experiencia del pasado, el populismo “sigue siendo, pese a todos sus vicios, la gran experiencia de participación política popular” (Faletto, 1983; 25), por lo cual es necesario ahondar en su estudio. Este fenómeno, pese a los cientistas sociales y a los políticos modernizantes, tampoco puede ser exorcizado ni de la esfera política ni de las ciencias sociales. Al contrario, su profundización es esencial para entender la especificidad de *lo político* en el Ecuador y la forma de *hacer política* de los sectores populares.

I

Las explicaciones funcionalistas y dependentistas del populismo como movimiento social han sido invalidadas por análisis basados en categorías marxistas y en el concepto de clientelismo político. Rafael Quintero y Amparo Menéndez Carrión han destrozado “el mito del populismo” en el Ecuador, en tanto movimiento social. No se puede entender la base social del populismo con las categorías de masas anómicas y disponibles. La acción social de estos actores sociales, lejos de ser irracional, constituye una respuesta racional y moderna a sus condiciones de precariedad.

Pero si bien las críticas de Quintero y Menéndez Carrión a la “perspectiva convencional” del velasquismo y populismo acaban con el mito de la marginalidad, dejan de lado la riqueza interpretativa de ensayos anteriores que integran el análisis del discurso y de lo simbólico para entender el populismo. Al privilegiar categorías de análisis científico—clase y alianza de clase (Quintero) y clientelismo (Menéndez Carrión)—se construye un tipo de sociología con fuerte fundamentación empírica. Esta visión de lo que constituye el saber sociológico, como ciencia cuyos planteamientos empíricos deben verificarse al confrontarla con la realidad “objetiva”, no permite analizar fenómenos sociales tales como la cultura, el simbolismo y el discurso, que por su misma naturaleza no pueden comprenderse dentro de los cánones del conocimiento científico. Por lo tanto, estos análisis deben complementarse desde estas otras perspectivas.

El estudio de Ojeda del mito sitúa el análisis del populismo en el plano expresivo permitiendo entender comportamientos y acciones sociales que escapan a la racionalidad instrumental. El discurso populista no es visto como “racional”, pues no interpela a los actores dentro de los cánones de coherencia lógica del discurso ideológico de los partidos políticos modernos, más bien los sujetos se identifican emocional y vivencialmente con las interpelaciones del discurso populista. Pero este autor no especifica los mecanismos concretos que privilegian esta relación expresiva entre el líder y el pueblo. Agustín Cueva, por su parte, da sustentación sociológica a las prácticas políticas expresivas del subproletariado. Su exclusión y cultura religiosa les lleva a ver en Velasco al profeta y redentor que les confiere simbólicamente la “dignidad humana” que les niega la sociedad.

A pesar de que estos dos estudios abren todo un rico campo para la investigación del discurso, de lo simbólico y lo mítico, no han tenido seguidores. Por lo tanto, es necesario profundizar el discurso político a partir de las herramientas de la lingüística estructuralista, y complementarle con el estudio de la cultura política.

Un tema central para futuras investigaciones sería el análisis del discurso político de los años treinta. En la mayoría de trabajos sobre el velasquismo se relaciona la emergencia de este fenómeno con la crisis ideológica del liberalismo. Esta crisis habría que entenderla como la im-

posibilidad del discurso liberal de producir nuevas interpelaciones y habría que ubicar el contexto del discurso velasquista en una sociedad donde el movimiento liberal había sido derrotado, donde persistían formas tradicionales de dominación y se había iniciado un tímido proceso de modernización.

Ernesto Laclau (1977) da un ejemplo del tipo de estudio que debería hacerse para el caso ecuatoriano. Analiza exhaustivamente la crisis ideológica de los años treinta en Argentina e interpreta el discurso peronista como radicalización de elementos ideológicos antiliberales. Más aún, según Laclau el elemento estrictamente populista del discurso de Perón es la radicalización antiliberal de las interpelaciones populares. Interpelaciones que cuestionan la noción liberal de ciudadanía. En sociedades estamentales y personalizadas donde coexisten un Estado fuertemente centralizado y poderes constituidos a nivel local, la noción de ciudadanía difícilmente estará por encima de la raza, el honor y el prestigio. Son sociedades que se resisten al anonimato implícito en la categoría de ciudadano.

Para entender el velasquismo hay que penetrar en el discurso de la época y ver cómo Velasco Ibarra ofrece nuevas interpelaciones a los sujetos sociales que los llevará al encuentro de nuevas identidades. Habría que reflexionar por qué en aquella época no se pudo constituir un sistema político liberal que incorporara la noción de ciudadano como elemento legitimador de la autoridad. En Velasco se encuentra una crítica frontal a los partidos políticos, en especial al liberal, aunque reivindica un principio liberal para su acción política. Convierte al pueblo en el sujeto de su discurso, y lo define, por oposición a los partidos, como “agrupación política”.

El velasquismo debe estudiarse como un fenómeno situado más allá del conflicto entre liberales y conservadores porque rompe esa dualidad del discurso político y crea un nuevo orden simbólico desde donde interpelará a los distintos grupos sociales.

II

En mayor o menor grado los análisis sociopolíticos sobre el Ecuador comparten un fuerte sesgo teleológico. Se asume que la moderniza-

ción de las estructuras económicas necesariamente se traducirá en nuevas modalidades de dominación política. Por lo tanto, prácticas políticas como el populismo, concebido como híbrido de tradición-modernidad, están llamadas a desaparecer. Se espera que se instaure un sistema de partidos políticos modernos que mediatice las demandas de la sociedad civil con el Estado. Estos partidos políticos modernos e ideológicos, se argumenta, superarán las prácticas demagógicas de los partidos populistas. De esta forma, se asume que el populismo es un fenómeno sociopolítico asociado a un proceso de modernización incompleto, a una sociedad en transición.

Estas interpretaciones al caer en el voluntarismo y teleología de las teorías dependentistas y funcionalistas, que asocian el populismo a un determinado momento histórico, no permiten analizar la especificidad de lo político en el Ecuador. Como se ha anotado anteriormente, el populismo ha sido la manera de hacer política de los sectores populares. Este fenómeno no puede extirparse teóricamente, ni se pueden asumir prácticas políticas modernas donde no existen. Por lo tanto, el primer paso para comprender el populismo es aceptar su vigencia y entender qué significa.

La poca representatividad de los partidos políticos modernos en el Ecuador ha sido explicada por el predominio de prácticas corporativas por parte de los sectores organizados de la sociedad, y por el clientelismo de los sectores sociales excluidos. También sería interesante analizar por qué el discurso político ideológico modernizador tiene poca acogida en los sectores excluidos, mientras que estos se identifican con el discurso populista.

La respuesta a esta inquietud tal vez esté dada por el carácter contestatario y de afirmación de identidades del discurso populista. Al reivindicar la condición de “chusma” de los oprimidos, o usar su lenguaje, el líder populista confiere la dignidad simbólica de pertenencia a los “excluidos”. Dignidad y sentimiento que se manifiesta como contestataria en sociedades estamentales y excluyentes como la nuestra. De esta forma, el populismo no es únicamente un mecanismo de control social, sino también expresa la “irrupción de las masas” en la vida política. La presencia de la “chusma”, de “los longos”, de “los indios alzados” produce escalofríos en las capas sociales “blancas” y “cultas” de

nuestro país, pues señala los límites a su dominación y dramatiza el carácter jerárquico y excluyente de la sociedad ecuatoriana. El populismo modifica la noción de lo político al ofrecer nuevas identidades que a pesar de ser contestatarias, no necesariamente impugnan el sistema.

Estas consideraciones plantean nuevamente la necesidad de estudios sobre la cultura política. Investigar qué significa hacer política para las distintas clases y grupos sociales permitirá no sólo una mejor comprensión del populismo, sino que también se torna imprescindible para el desarrollo del saber socio-político sobre el Ecuador.

Referencias

- G. A. Almond y G. B. Powell *Política Comparada*, Editorial Paidós, Buenos Aires; 1972.
- Altman, Werner (et. al) *El Populismo en América Latina*, Universidad Nacional Autónoma de México, México; 1983.
- Bergquist, Charles *Labor in Latin America. Comparative Essays on Chile, Argentina, Venezuela, and Colombia*, Stanford University Press; 1986.
- Collier, David "Overview of the Bureaucratic-Authoritarian Model" en Collier et. al., *The New Authoritarianism in Latin America*. Princeton University Press, Baltimore; 1979.
- The New Authoritarianism in Latin America*. Princeton University Press, Baltimore; 1979 a.
- Cueva, Agustín "El populismo como problema teórico y político", en "Las Democracias Restringidas en América Latina", Editorial Planeta, Quito; 1988.
- De Ipola, Emilio "Populismo e Ideología", *Revista Mexicana de Sociología*, Año XLI/Vol. XLI/Nº 3, Julio-septiembre; 1979.
- Di Tella, Torcuato "Populismo y Reformismo" en Ianni et. al., *Populismo y Contradicciones de Clase en Latinoamérica*, Editorial Era, México; 1973.
- Dix, Robert "Populism: Authoritarian and Democratic", *Latin American Research Review*, Vol. XX, Nº 2; 1985.
- Drake, Paul "Populism in South America", *Latin American Research Review*, Vol. XVII, Nº 1; 1982.

- Faletto, Enzo "Notas para el análisis del proceso político ecuatoriano 1968-1979" en FLACSO, *Elecciones en el Ecuador 1978-1980*, Oveja Negra, Bogotá; 1983.
- Fitch, John Samuel "Class Structures, Populism and the Armed Forces in Contemporary Ecuador", *Latin American Research Review*, Vol. XIX, N° 1; 1984.
- Gellner, Ernest y Ionescu, Ghita *Populismo*, Amorrortu, Buenos Aires; 1970.
- Germani, Gino *Política y Sociedad en una Epoca de Transición*, Paidós, Buenos Aires; 1971.
- Habermas, Jurgen *The Theory of Communicative Action*, Volume I, Beacon Press, Boston; 1984.
- Hernández, Max "Formación de Masas e Ideología", *Socialismo y Participación*, N° 40; 1987.
- Ianni, Octavio "Populismo y Contradicciones de Clase", en Ianni et al., *Populismo y Contradicciones de Clase en Latinoamérica*. Editorial Era, México; 1973.
La Formación del Estado Populista en América Latina, Editorial Era, México; 1975.
- Laclau, Ernesto *Politics and Ideology in Marxist Theory*, Verso, Londres; 1977.
- Landi, Oscar "Sobre Lenguajes, Identidades y Ciudadanías Políticas". En Norbert Lechner (ed) *Estado y Política en América Latina*, Siglo XXI, México; 1981.
- Lechner, Norbert *¿Qué Significa Hacer Política?*, Desco, Lima; 1982.
"Cultura Política y Democratización", *David y Goliath*, Año XIV, N° 46; 1984.
Cultura política y democratización, Norbert Lechner (compilador), Santiago de Chile, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales e Instituto de Cooperación Iberoamericano; 1987.
- Mainwaring, Scott "Autoritarismo y Democracia en la Argentina: una Revisión Crítica", *Desarrollo Económico*, Vol. 24, N° 95; 1984.
- Mainwaring, Scott y Viola, Eduardo "Los Nuevos Movimientos Sociales, las Culturas Políticas y la Democracia: Brasil y Argentina en la Década de los Ochenta", *Revista Mexicana de Sociología*, Año XLVII/N° 4; 1985.

- Malloy, James "Authoritarianism and Corporatism in Latin America" en Malloy (ed), *Authoritarianism and Corporatism in Latin America*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh; 1977.
- Menéndez-Carrión, Amparo *La Conquista del Voto en el Ecuador: de Velasco a Roldós*, Corporación Editora Nacional, Quito; 1986.
- Moser, Caroline "The Experience of Poor Women in Guayaquil", en Archetti, Cammarck, y Roberts, (ed) *Latin America*, Monthly Review Press, Nueva York; 1987.
- Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos *Estudios Sobre los Orígenes del Peronismo*, Siglo XXI, Argentina; 1971.
- Nun, José "Averiguaciones sobre algunos significados del peronismo". *Revista Mexicana de Sociología*, Año XLVII/Nº 2; 1985.
- O'Donnell, Guillermo *Modernización y Autoritarismo*, Buenos Aires, Paidós; 1972.
- Pye, Lucien y Verba, Sidney *Political Culture and Political Development*, Princeton University Press, Baltimore; 1965.
- Quintero, Rafael *El Mito del Populismo en el Ecuador*, FLACSO, Quito; 1980
- Roxborough, Ian "Latin American Populism", en Archetti (ed) *Latin America*, Monthly Review Press, Nueva York; 1987.
- Smelser, Neil "Procesos de Cambio Social", en Smelser et. al., *Sociología*, Euramérica, Madrid; 1977.
- Spalding, Hobart A. Jr. *Organized Labor in Latin America*, Harper Torchbooks, Nueva York; 1977.
- Stein, Steve "Populism and Social Control", en Archetti et. al., *Latin America*, Mounthly Review Press. Nueva York; 1987.
- Tilly, Charles *From Mobilization of Revolution*, Addison-Wesley; 1978. "Collective Violence in European Perspective", *The Working Paper Series* Nº 56, Center for Studies of Social Change. New School for Social Research; 1988.
- Touraine, Alain *Actores Sociales y Sistemas Políticos en América Latina*, PREALC-OIT, Santiago de Chile; 1987.
- Verba, Sidney "Comparative Political Culture", en Pye y Verba et. al., *Political Culture and Political Development*, Princeton University Press, Baltimore; 1965.

SECCION II

Antología de textos sobre el populismo

1. Populismo o velasquismo

Teoría y práctica del conductor conducido*

Alfredo Pareja Diezcanseco

Una vez había dicho: "el pueblo me eligió a sabiendas de mi temperamento". Dijo la verdad. Y Galo Plaza, preguntado por un periodista respondió: "nadie arroja del poder a Velasco: él mismo se tumba".

*. Artículo publicado en la revista Combate, N° 20, enero-febrero, Costa Rica, 1962, pp. 9-23.

Cuantas veces me detengo en alguna de estas provincias latinoamericanas, se me pregunta por las causas que han provocado o hecho posible cuatro velasquismos en el Ecuador. Nunca he podido ofrecer una respuesta satisfactoria, por lo que me ha tentado, para eludir fatigosas demostraciones, decir que el cuarto se explica por lo mismo que se explicaría el advenimiento del quinto.

En mi “Historia del Ecuador”, en varios artículos y en mi ensayo “La Lucha por la Democracia en el Ecuador”, he intentado una interpretación del fenómeno, que tanto desconcierta, porque no es fácil comprender la reincidencia del éxito demagógico en una sola persona, ganadora, por lo demás, en sus distintas administraciones, del galardón “contenta” de la ineficacia. Por cierto que la recidiva de la demagogia no es ningún prodigio: períodos de ella cubren años de descomposición en la historia, hasta que el aire cambia. Pero no fue sólo Cleón quien sustituyó a Pericles, sino que la cleónida se compuso de cordeleros y lampareros, sucesores del pícaro curtidor, y, según Aristófanes, hubo entre ellos un valiente industrial de salchichas.

Consiste, pues, la sorpresa en la persistencia del mismo hombre, y no en la continuidad del procedimiento por obra de varios, lo cual sería consecuencia nada más de esa descomposición del aire que asola, de época en época, a las naciones. Es obvio, empero, concluir que la repetición del caso unipersonal se debe a que ningún otro, en el Ecuador, pese a grandes esfuerzos, como los de Guevara Moreno, por la izquierda peronizada, o los de Ruperto Alarcón, por la derecha falangizada, ha sido capaz de recibir de modo tan espontáneo el movimiento pasional

de un subproletariado ansioso de verter, para sublimarse, todo su íntimo malestar, toda su patología de resentimiento, venganza y amargura, sobre el símbolo de una unidad representativa.

Digo que no se tome muy a la ligera lo del aire. Respírase oxígeno mezclado a partículas dañinas, como se respiran sentimientos confusos. Cuando la proporción de la tolerancia se altera, las potencias equilibradoras del cuerpo social no alcanzan a destruir los venenos y se cae en dolencia. El aire de una comunidad humana se compone de mil sutilezas de la conducta, de la historia y de la circunstancia actual. Si la conducta, resumen de los otros factores, ha sido frustrada en sus propósitos nobles, por incompetencia de los dirigentes responsables, daña-se el aire, se espesa, permanece gravitando a cielo raso, y comunica la general desazón a las vías respiratorias del país. El aire se limpia, entonces, sólo por conmociones capaces de romper molecularmente el cuerpo formado por la desesperanza; o, en raras oportunidades, por un sople de buen sentido, que más bien es un retorno ventilado, de ordenación elemental, y que, por lo mismo, dará origen a una nueva densificación de las corrientes sombrías.

Y bien, como yo mismo no estoy satisfecho de mis explicaciones anteriores, un tanto dispersas, intentaré ahora una recapitulación de ellas, con la esperanza de alcanzar una suma, lo más orgánica posible, de la experiencia vivida, incluidos los últimos sucesos, que corren, desde el 5 de junio de 1960, hasta el 8 de noviembre de 1961.

Los antecedentes

Después de más de tres decenios de sangrienta lucha, el liberalismo ecuatoriano tomó el poder en 1895. ¿Cuál la ganancia? Mucha, sin duda: libertad y gratuidad de enseñanza, laicismo, libertad de pensamiento, garantías individuales a tono con la época, nacionalización de los bienes del clero para obras de beneficio social, derechos de la mujer, separación de la Iglesia y el Estado, matrimonio civil y divorcio, organización de la hacienda pública, surgimiento de la clase media, incorporación del mestizo a la vida social; y, por sobre todo ello, la abierta posibilidad de acelerar el proceso de occidentalización, retardado por una insegura conciencia colectiva y el doble origen histórico, indígena y es-

pañol, subyugados ambos al paternalismo de Estado, no obstante las arrogancias individuales del segundo, contraluz de un solo juego de carácter, reacios los dos a recibir los movimientos de cambio que sacudían al mundo por varios siglos ya y lo conmoverían radicalmente después.

Sin embargo, la estructura colonial de servidumbre permaneció intacta. La triunfante burguesía liberal, a pesar de su inclinación a la libre empresa de un mercantilismo incipientemente financiero, terminó por aliarse de modo implícito y práctico con el señor feudal, puesto que resultaba más barato el entendimiento, que derrotarlo con una amputación económica que hubiera convulsionado a un país sin técnicos, sin experiencia, sin verdadera historia de ideas, y no diré sin adultez, sino carente hasta de una adolescencia política valedera. Aprovechó así la clase dirigente liberal del esfuerzo agricultor, que explotaba mano de obra a salario de hambre, de manera que la mayor parte del beneficio correspondiese a la operación exportadora y bancaria.

Quedó así la vida social ecuatoriana enajenada a un pasado superviviente. Por entre la vaguedad con que podía expresarse la ansiedad de una tremenda estratificación social, apenas removida por la aparición ascendente del mestizo, sólo distinguíanse los anhelos espontáneos de libertad humana, cuya objetivación realizábase truncamente en el derecho a votar y en el de gritar en montoneras combatientes o en las plazas públicas, garrote en mano como instrumento convincente. Pocos sabían entonces leer y escribir. Muy larga fue la noche del garcianismo. Y la visión universal se hallaba empequeñecida por la rustiquez en la zona montuvia de los ríos tropicales, y por la muralla andina, no sólo in-comunicadora, sino dislocadora de la formación nacional, ásperamente entregada, en el silencio triste del páramo serrano, al cura párroco, al terrateniente, al hechicero-curandero, y al teniente político, tetrafásica personificación del demonio en el nombre de Dios.

Por encima de la estagnación social, el liberalismo realizó sus reformas políticas, convencido de que era menester santificar la revolución con un revestimiento de juridicidad, aunque fuere a descompás de la realidad, expresivo, eso sí, de las proclamas. La otra conducta hubiera sido la dictadura prolongada, para garantizar la profundidad y continuación de las reformas, constantemente amenazadas por un electorado, que aprendía sólo a dibujar el nombre en ciertas circunstancias,

porque lo ordinario era simplemente fabricar actas con mucha gente clamante alrededor, y que funcionaba bajo la relación amo-peón. Por este modo, en el apresuramiento por legalizar la revolución, sentimiento o deseo proveniente de la perentoria conciencia jurídica que vive enraizada en nuestra historia desde la colonia, pues los españoles fueron amigos de muchas leyes y ordenanzas e institucionalizaron hasta el despojo, y en el afán, aparentemente contradictorio de proteger los derechos individuales recién conquistados, el liberalismo en el gobierno se inclinó a la ficción democrática de un sufragio dirigido y prefabricado. La alternativa era que, entonces, en una sociedad eminentemente rural, la reacción conservadora habría ganado los votos.

Diría un observador superficial que así eran traicionados los principios liberales. Si y no. Libertad y democracia no siempre son equivalentes. Sólo a condición de la existencia de la primera, es posible por lo menos esa democracia formal que hoy se halla en las postreras alteraciones de su crisis, aunque abriendo el camino a su dinámica transformación social y económica. Y recuérdense los casos de destrucción de la libertad con el visto bueno democrático, si democracia fuere únicamente contar votos: Hitler, Mussolini, Perón...

Acaso hasta 1918 o 1920, pudo haberse mantenido el formalismo electoral dentro de un club de privilegiados. Después, el partido liberal, abandonado poco a poco de las masas, era o servía a un círculo oligárquico. Transpuesta la edad heroica de la lucha, sin nada que reemplazase en las calles la emoción creadora de la participación del pueblo, pretender la continuación del sistema no obedecía ya a necesidad alguna de la revolución de 1895.

La postguerra primera hizo tambalear la ortodoxia económica del libre cambio. Y cuando nuestros precios de exportación cayeron a niveles de hambre, la ansiedad nacional se dio a buscar soluciones a sacudidas, todavía en la incertidumbre de una sociedad inmadura, no apta para la toma de su conciencia plena. Pero el liberalismo persistió en su impermeabilidad histórica, salvo en las excepciones rarísimas de los disidentes del partido oficial, o antes en dirigentes como Alfredo Baquerizo, que, en 1920, preveía reformas y planeaba ya un estatuto ágil para

las relaciones obrero-patronales, y como Luis Napoleón Dillon, un planificador visionario de la contingencia futura, prácticamente un teórico socialista, en 1925.

En 1922, una huelga de trabajadores en Guayaquil fue reprimida con el asesinato de cerca de dos mil hombres en las calles, sobre una población entonces menor a los cien mil habitantes. Tres años después, se organizaba el partido socialista, todavía dependiente de la tercera internacional. En julio de 1925, una revolución de jóvenes militares idealistas, mal llamados ideólogos, triunfaba contra la trínca liberal. Estos jóvenes impreparados, pero impetuosamente sanos, sufrían de dos influencias principales: la marcha sobre Roma y el éxito beligerante de la revolución rusa, motor histórico, sin duda, que los ilusos convirtieron en una carrera veloz al paraíso de la vuelta de la esquina.

En su intimidad, el fenómeno de la revolución juliana no es más ni menos que la aparición en la superficie de los hechos de la vieja tensión del habitante del subsuelo, de esa corriente subyacente que es donde se elabora la historia.

Los jóvenes militares, sin apetito de poder, obedeciendo a la conciencia jurídica de nuestra formación nacional y desconcertados ante la magnitud de la tarea, entregaron el mando a civiles. De todos modos la insurgencia de 1925 incorporó el Estado a la modernidad. Un médico ilustre, Isidro Ayora, luego de un fracasado ensayo de gobierno plural, dio forma estable a la transformación. Todas las instituciones actuales y progresistas provienen de ese acontecimiento conocido por juliano: Ministerio de Previsión Social y Trabajo, Banco Central, Contraloría del Estado, Superintendencia de Bancos, derecho obrero positivo, Instituto Nacional del Seguro Social, proteccionismo industrial, codificación y tecnificación aduanal, primeros ensayos de planificación económica...

El pueblo se politizaba, maduraba con rapidez. Frente a un partido liberal de cuatro edades geológicas, no por su tiempo de servicio, sino por su cristalización en el pasado que tan rápidamente corría hacia atrás, se expresó la insatisfacción popular en la incertidumbre de gobiernos brevísimos, sucesivamente reemplazados. La crisis fue primero de carácter político, de síntoma más que de profundidad, o, por los menos, así se la pretendía comprender y remediar.

Este es el momento en que hace su aparición el velasquismo.

De 1925 a 1948 se cuentan veintiséis gobiernos en veintitrés años, comprendidos unos pocos que pasaron de una forma más o menos legal a otra dictatorial de mando, de modo que son veinte jefes de Estado distintos. De estos gobiernos, uno fue de conformación plural, diez de Encargados Provisorios del Mando, seis desembezadamente dictadores, incluyéndose a dos elegidos por votación directa, seis designados legalmente por congresos para completar períodos, y tres elegidos por votación directa, no siempre honesta, dos de ellos convertidos en dictadores y sin que ninguno de los tres pudiese terminar el tiempo de su mandato.

A partir de 1934, Velasco Ibarra, y hasta 1948, tuvo dos oportunidades: hizo en ella de magistrado elegido por votación directa, de Encargado de la Jefatura Suprema, de Presidente Provisorio y de dictador.

Desde 1948, la crisis ya no es sólo política; conmueve los fundamentos mismo de la estructura social, entre dos períodos de sensatez gubernativa, que sólo pudieron atender al ordenamiento institucional y a la colocación de bases para el desarrollo económico planificado, especialmente el que llena Galo Plaza de 1948 a 1952. Esto es lo que, al comienzo de estas notas, he llamado retornos ventilados de ordenación elemental, con el riesgo implícito de una recurrencia agravada de las corrientes sombrías de la desesperanza.

Las cuatro jornadas velasquistas

Mediante el auxilio de liberales descontentos de su partido, gracias a una masa de independientes y a la visión de los sectores del centro y la izquierda, en las elecciones de 1932 triunfaron los conservadores, con un candidato que no lo era en exceso y contaba con suficientes virtudes personales para que el pueblo le diese su confianza. Este era Neptalí Bonifaz. El ejército, de tradición liberal, muy radical entonces, se intranquilizó con el suceso. Y como se denunciara documentalmente que el elegido había tenido la nacionalidad peruana hasta su edad madura, aunque nacido en el Ecuador de un diplomático del Perú, fue desconocido por el congreso, Pocos días más tarde, la guarnición de Quito se

insurreccionó a favor de Bonifaz, creyendo de buena fe que el congreso había violado la constitución y que habíansele imputado documentos interesados en la cuestión de su nacionalidad. Todas las otras guarniciones se opusieron al pronunciamiento. Hubo un combate de cuatro días, durante los cuales las izquierdas batieron en las calles a una organización violentamente derechista, llamada de “los compactados”, mientras las tropas se cañoneaban.

Velasco Ibarra, ya diputado, fue bonifacista, fiel a su formación conservadora. Vio en esos días algo que le llamó la atención: cómo se podía organizar rápidamente una chusma. Por eso, su primera base popular fue compuesta por los residuos de “los compactados” de Bonifaz, empleados más adelante, y en las cuatro administraciones, para injuriar y atacar de obra y de palabra a los legisladores a él opuestos.

Convocadas por el interinazgo civil nuevas elecciones, obtuvo el triunfo un honorable y capaz ciudadano liberal. Por desgracia, el liberalismo, preocupado por lo que ocurriera con Bonifaz, cargó la mano en el manejo del fraude electoral. Y Martínez Mera, que hubiera sido un hábil gobernante, pagó el pecado original de su elección con una impopularidad aprovechada con presteza por el entonces Presidente de la Cámara de Diputados, Velasco Ibarra. A Presidente de Diputados llegó por la influencia de los círculos de la derecha, que vieron en él a un futuro campeón de su bando.

Era el flamante político un hombre tímido, periodista introvertido, que sentía temor por los discursos, predicador en su columna de normas éticas y de justicia, con tendencia liberal filosófica, y de severa formación católica. Le salió bien el primer discurso parlamentario. Desde ese instante, su fuerza introvertida se volcó al mundo exterior de los balcones con una energía avasalladora.

El pueblo quería cosas nuevas. Veía incautamente su salvación en el espectáculo.

Velasco Ibarra, desde su tribuna en el Parlamento, paralizó el gobierno de Martínez Mera. Hubo Ministros de Estado, acosados por las interpelaciones, que duraron sólo horas en sus funciones. Presentóse al canto otra coyuntura: la situación bélica entre Colombia y el Perú, por la cuestión de Leticia, en el Oriente. El gobierno ecuatoriano mantuvo

la neutralidad; Velasco Ibarra quiso forzarlo a una decisión que hubiese convertido al país en campo de batalla entre sus dos fuertes vecinos, con el previsible resultado de una ruina económica y una posible destrucción de la misma nacionalidad como precio de la paz entre los mayores. Hechos históricos anteriores, que sobran en estas notas, fundamentan esa posibilidad. El gobierno tuvo la razón, y más porque Colombia no sólo se negó a celebrar una alianza militar con el Ecuador, sino que simplemente pretendía que las tropas de este país avanzaran a ciertas posiciones, de las que los colombianos contribuirían a desalojar a los peruanos. Pero Velasco Ibarra tenía la oportunidad por los pocos cabellos con que a veces la pintan: exaltó el sentimiento nacionalista. Lo cierto fue que, pocos meses después, la cuestión de Leticia, que, durante la iracundia oratoria de Velasco Ibarra, estaba ya negociándose detrás de las escaramuzas, quedó pacíficamente solucionada.

Por fin, luego de graves escenas callejeras, el Senado acogió la acusación de la Cámara de Diputados contra el Presidente: mala conducción de los negocios internacionales e ineficacia administrativa. La primera magistratura fue declarada vacante.

Velasco Ibarra comprometió su palabra de honor en no aceptar la candidatura presidencial. Pero la aceptó, hizo una campaña de nuevo estilo, invocando con hartito despropósito a Ortega y Gasset cada vez que, en muchas, decía que el orden público no estaba en los caballos, y ganó los sufragios de 1934. La masa de “compactados” de la derecha, en la sierra, beneficio del inventario bonifacista, y la afluencia de independientes insatisfechos, le dieron el triunfo.

El motivo conductor de su campaña tuvo tres aspectos: ataque a las trincas, guerra a los Estancos, y clamor por la libertad de sufragio. Los Estancos de alcohol y de tabaco —después el de fósforos— fueron una herencia colonial, expresión del Estado paternalista español. Del aguardiente obtuvieron grandes rentas los gobiernos de la Colonia y los de la República, a trueque de fomentar el vicio.

Llegó y salió del poder meteóricamente. En el poder, se olvidó de los Estancos, apreciable fuerza para la política con sus numerosos empleados y recursos. Se olvidó también de muchas otras cosas. En cambio, desató desde el gobierno una cadena infinita de injurias contra los

izquierdistas, los liberales y el estudiantado universitario, que le combatían. En un solo discurso se cuentan alrededor de cien expresiones como éstas: mentes ratoniles, zambitillos pedantes, comunistoides, rábulas, bastardos, pícaros, políticos de panza, alianzas de vientre, amargados, imbéciles, infelices, forajidos, ruines canallas... Y la amenaza de aplastarlos, pulverizarlos, triturarlos...

No se olvide que un lenguaje así es aplaudido siempre por el resentimiento de la muchedumbre pauperizada. Expresa una corriente psicológica agresiva y participa de la técnica fácil de una ecolalia rudimentaria en los procedimientos de la agitación pública.

Pasaron sólo 353 días de zozobra. Fueron en ellos aceptadas renuncias no presentadas por los Ministros, cancelados funcionarios excelentes, por no haber llegado a las ocho en punto de la mañana a sus oficinas, insultada la prensa, desarticulada la economía, todo en medio de una movilidad casi patológica, una actividad ambulatoria alarmante, y de numerosas obras públicas aceleradamente construidas, meramente iniciadas o sin utilidad. Hacer cosas es una pasión de Velasco Ibarra. Y parte de la explicación de su éxito popular, pues el hombre de la calle las ve y las toca.

En agosto de 1935, se proclamó dictador, después de haber predicado, como García Moreno, la insuficiencia de las leyes. El ejército no lo aceptó. Fue apresado, firmó su renuncia y salió al destierro.

Nadie creyó que tal desvarío retornase.

Siguieron tres años de alternativas políticas inestables, sin que ningún grupo humano organizado extrayese lecciones del pasado acabado de vivir. Las masas populares entraron en un aparente reposo. En 1938, una nueva asamblea constituyente, convocada por un general, que echara por la borda al dictador semi-fascista al que había servido, dio una magnífica oportunidad a las izquierdas. Desaprovechada la oportunidad por ineficacia, y, sobre todo, por circunstancias muy adversas, los legisladores progresistas fueron encerrados en el Penal, y la dictadura, con un revestimiento de remendada legalidad, por la que pasaron tres hombres de interinazgo, convocó a elecciones en 1940.

A estas elecciones presentóse Velasco Ibarra, entonces (¡Dios me lo explique!) con beneplácito y simpatía de ciertos sectores de la izquierda, para quienes todo el mal consistía en la posibilidad del triunfo de la oligarquía liberal.

Con elecciones dirigidas a la manera antigua, se impuso el candidato oficial, que lo era del liberalismo plutocrático. Velasco Ibarra, en el nombre de la libertad de sufragio, se lanzó a una aventura subversiva, dirigiéndose a la base aérea de Guayaquil, que creyó poder sublevar; fue allí aprestado y nuevamente enviado al exilio.

Empezó ya a figurar como el gran ausente.

El nuevo magistrado gobernó con mano dura, aprovisionado de facultades omnímodas, dócil y reincidentemente otorgadas por el parlamento. Esta dictadura, con pudores constitucionales muy débiles, fue la de Arroyo del Río. Había estallado la guerra grande. Y luego la pequeña, que fue nada más una invasión del ejército peruano al territorio del Ecuador. A pesar de la impopularidad y el repudio, el gobierno se mantuvo casi hasta la terminación de su mandato pseudolegal.

Fue ésta la época triste en que las dictaduras latinoamericanas, a la cabeza el “benefactor” de Santo Domingo, salieron a escena con el traje nuevo de ser aliadas importantes en la causa por la libertad humana, muy orondas de tratarse en plano de igualdad con Roosevelt, y siempre bajo la protección de un Departamento de Estado cómplice y coautor de la barbarie. Ocurrió también entonces la vergüenza de la consigna sobre la conciencia, cuando el stalinismo convirtió la guerra imperialista en guerra antifascista y ordenó la colaboración de nuestros pueblos con las dictaduras, para que no mermasen provisiones de materias primas —de todos modos, no hubieran mermado— necesarias al esfuerzo bélico contra el fascismo. Duele recordar el informe de Lombardo Toledano: Prado, en el Perú, tenía pelaje de Stalin criollo, el idolatrado padrecito de entonces; el boliviano Peñaranda, el de la horrible matanza de Cataví, recibía ditirambos; Ubico de Guatemala aparecía hombre de mérito, necesario a la causa de la victoria; y Tacho el viejo, de la Nicaragua desandinada, era “hombre inteligente, constante, que le hace bien a su pueblo, a su modo, y que es, dijéramos, un dictador paternal...”

Pero ocurrió que Arroyo del Río –nunca, en verdad, comparable ni en ferocidad ni en torpeza ni en desvergüenza a los Trujillos, Somozas o Ubicos– no aceptó la colaboración comunista. Antes bien, persiguió a las izquierdas. Las izquierdas, por réplica, empezaron a pensar en el Gran Ausente, que disparaba cartas desde Chile, asegurando que su corazón estaba en la izquierda y que gobernaría con la brillante juventud socialista.

Cercano ya el día de las elecciones de 1944, listo el fraude para la continuidad del régimen con otro liberal del círculo, el 28 de mayo estalló una formidable insurrección popular en Guayaquil, apoyada y dirigida inmediatamente por la guarnición militar de esa plaza, que aniquiló en toda una noche el cuartel de carabineros, convertido en poderoso arsenal del gobierno. Velasco habíase movido, en tanto, de Chile a Colombia. El gobierno provisorio, hasta la convocatoria a nuevas elecciones, debía haberlo ejercido la Alianza Democrática que organizó la conspiración y que fue compuesta por conservadores, comunistas, socialistas, liberales ex-partido e independientes, y, claro, muchos velasquistas puros. Pero Velasco llegó a Quito y se apoderó del gobierno con sólo proclamarlo así delante de una multitud delirante.

El 10 de agosto de 1944, la Asamblea Constituyente designó a Velasco, que venía ejerciendo el mando desde junio, Presidente por cuatro años. Se rodeó en un comienzo de izquierdistas. La gente estaba radiante. Creían haber acertado los jóvenes de la izquierda. A poco, se sacudió de toda ella, como de un traje incómodo, y el corazón se le pasó a la derecha, por un rato, y, por otro, a lo que sería neoperonismo cefepista (Concentración de Fuerzas Populares, de Guevara Moreno). El 30 de marzo de 1946, proclamó la dictadura, y ésta fue construida a garrote, vejaciones, insultos, prisiones, clausura de diarios, bala y piedra. Del Banco Central, se obtuvieron fondos a fuerza. Volvió a descomponerse la economía nacional. Se paralizaron las actividades creadoras de la nación. Fue mayor que en la primera vez la desarticulación administrativa... En agosto de 1947, lo derrocó su Ministro de Defensa. Marchó, pues, a su tercer exilio. En esta ocasión, su tránsito por el poder alcanzó 1178 días.

Sufría el país hartura de trastornos. El deseo más poderoso llegó a ser, por entonces, el de orden y trabajo pacífico, no obstante la miseria

de los menesterosos, porque la demagogia, si bien enciende pasiones, también fatiga, sólo que retorna cuando no se intenta un cambio fundamental a las formas de vida que la época exige. Y bien, el coronel golpista no pudo mantenerse. Hubo un interinazgo civil de breves días, hasta que el congreso designó, para completar el período legal, a un ciudadano de elevada jerarquía moral, que nunca antes habíase entregado a la acción política. Carlos Julio Arosemena hizo un gobierno respetable de transición, recordado por la historia por su sensatez y pulcritud democrática.

En los sufragios de 1948, triunfó Galo Plaza, votado por el Movimiento Cívico Democrático, agrupación de independientes no conservadores, que venció, por estrecho margen, al candidato conservador, y por muy amplio a la coalición liberal-socialista. Significó este triunfo el vivo sentimiento del país, cansado de la zarabanda demagógica y de la congelación partidista.

Arosemena y Plaza —éste en sus cuatro años constitucionales— tipifican esa etapa de retorno al buen sentido, que ya queda dicha, durante la cual se limpia el aire de la atmósfera nacional, se reagrupan las energías humanas, puédense colocar los fundamentos para una reforma posterior, pero, iniciadas transformaciones de estructura, otra vez la desesperanza se prepara a sus oscilaciones capaces de conducir a nuevos períodos de demagogia o a la catástrofe social que acaso la suceda.

Fue el gobierno de Plaza de tolerancia admirable. Quiso él demostrar, como lo prometió, la gobernabilidad del pueblo en libertad. Logró totalmente su propósito. Y esto le permitió planificar para el futuro, dejar colocadas las bases de un posterior desarrollo económico, fomentar en alto grado la agricultura de exportación y la de consumo interno, y rodear su tarea administrativa de una extraordinaria serenidad, señalada por el irrestricto respeto a la dignidad humana.

En 1952, se presentó amenazante la candidatura conservadora-falangista de Ruperto Alarcón. La propia derecha tradicional vio con temor la posibilidad de su triunfo, puesto que Alarcón pertenecía al ala no aristocrática del partido. Las izquierdas, como en otras ocasiones, naufragaron en su búsqueda del mal menor. Y como la candidatura liberal democrática del capaz ciudadano Eduardo Salazar Gómez, no al-

canzara la prosperidad esperada, y él se vio obligado a abandonar la batalla, el torrente de la insatisfacción popular, desde la derecha a la izquierda, y con el beneplácito de algunas órdenes religiosas, volvió a volcarse en Velasco Ibarra, aureolado por la ausencia.

Decíase que antes no había podido gobernar con tranquilidad por la persistencia de la oposición, que había tenido malos colaboradores frustradores de sus buenas intenciones de patriota, y que, sobre todo, esta vez contaba con la experiencia padecida en sus fracasadas intentonas dictatoriales. Es lo que se dice siempre, en casos semejantes de rehabilitación por el absurdo. Y conste que el autor de estas notas no pone en duda las buenas intenciones del doctor Velasco Ibarra. Duda, eso sí, de su eficacia en la gobernación. Y agrega que, en política, no es permisible juzgar de intenciones, sino de hechos claramente objetivados.

En esta ocasión, recibió apoyo del justicialismo argentino. En un libro de Sánchez Zunny, cuyo título completo olvido, por hallarme ausente de mi país y de mis documentos, publicado en Buenos Aires, con autorización oficial del Presidente Aramburu para la reproducción de pruebas, constan unas muy comprometedoras acerca de cierto velasquista, que anduvo por tierras de Perón, siguiendo cursos de justicialismo y solicitando ayuda pecuniaria para la nueva candidatura de quien, según él, fácilmente podía ser inducido a seguir y aplicar en el Ecuador el peronismo. Se equivocaba en esto del medio a la mitad. Velasco no es peronista, no es fidelista, no es conservador ni liberal; Velasco es sólo velasquista. Puede, eso sí, recibir ayudas; y pagarlas, sólo hasta donde se lo permitan las circunstancias.

La verdad es que la intervención peronista en las elecciones ecuatorianas de 1952, denunciadas por Germán Arciniegas en su libro "Entre la Libertad y el Miedo", apareció tan evidente, que el Presidente Plaza declaró persona no grata al Embajador argentino y solicitó su salida del país.

No cuenta repetir ahora los desaciertos del tercer velasquismo, en el poder, al que llegó con apoyo del cefepismo, entre otras fuerzas, pero del que se emancipó a pocos meses y al que persiguió después.

Pero en esta ocasión se esforzó, hasta donde buenamente pudo, por lograr cierta moderación, que esporádicamente rompía cuando arreciaba la oposición. No había de intentar el golpe de Estado, puesto

que ya en dos ocasiones anteriores el ejército habíaselo impedido. Mas fue, sobre todo, el unánime deseo del país lo que evitó que lo precipitaran sus numerosos errores hacia su derrocamiento. Hubo momentos en que pareció hallarse al filo de la caída, como si él mismo se esforzase en derribarse. Una vez, había dicho: “el pueblo me eligió a sabiendas de mi temperamento”. Dijo la verdad. Y Galo Plaza, preguntado por un periodista, respondió: “nadie arroja del poder a Velasco: él mismo se tumba”.

Claro que le fue imposible dejar de violar la ley en varias circunstancias, como cuando clausuró órganos de prensa. A pesar de él, empero, el pueblo y los partidos quisieron que gobernase cuatro años y así se terminase con su influencia. Al final del período, atropelló la constitución de la República, al convertirse, por encima de expresas prohibiciones, en director viajante de la campaña electoral de su candidato, el dirigente conservador-social cristiano, Camilo Ponce Enríquez. Ganó éste, con el apoyo velasquista, y gracias, en últimas horas, a algunas incorrecciones de las autoridades del sufragio, obedientes a Velasco Ibarra, que fueron facilitadas por el estrechísimo margen de diferencia – tres mil votos – entre Ponce y el candidato del Frente Democrático Nacional, Raúl Clemente Huerta.

En esta ocasión, no hubo destierro. Pero él no puede vivir en su país de otro empleo que no sea el de Presidente de la República. Se marchó a Buenos Aires.

Sobraban razones para temer un gobierno autoritario y despótico de Ponce Enríquez. Alimentaban el temor sus antecedentes en el Ministerio de Gobierno, de Velasco, naturalmente, y en su curiosa teoría de derecho público, mantenida en el congreso, según la cual el Poder Ejecutivo cuenta con facultades implícitas, no señaladas por la ley, y el ciudadano, sólo con derechos potenciales, cuando éstos, no obstante constar en la ley, no hubieran sido perfectamente reglamentados, requisito indispensable, según él, para la vigencia del derecho positivo.

Quizás esta vocación autoritaria convenció a Velasco Ibarra para darle la sucesión.

Pero, con la imparcial seriedad de quien fue opositor a ese gobierno, he de reconocer que la responsabilidad de la investidura llevó al nuevo magistrado a vencerse a sí mismo, raro vencimiento en el linaje de los que ejercen el poder, que —¿verdad, Shelley?— envenena las manos de quienes lo tocan. Y aunque hubo errores dignos de censura en esta administración, nunca fueron mayores que su tolerancia por la libertad, pese a ciertos esfuerzos frustrados contra el laicismo, cuestión en la cual la conciencia nacional le ofreció un rechazo rotundo. De este modo, pudo establecerse el contraste con la zozobra y tropelía anteriores.

Como Ponce se divorció inmediatamente de Velasco Ibarra, declarando que no podía convertirse en el síndico de una quiebra, pues la caja fiscal hallábase con el déficit mayor de su historia, el gran ausente encabezó la oposición y llamó ingrato al nuevo Presidente. Las declaraciones de Ponce deben haberle irritado, pero sabídole también a miel sobre hojuelas, puesto que dirigir la oposición contra un régimen de derecha, que la mayoría nacional rechazaba, era el más eficaz medio de retornar por la ancha puerta de la antipopularidad conservadora. Así empezó otra vez, suavemente al principio, la inclinación al sobresalto velasquista.

En 1960, hubo cuatro candidatos: Galo Plaza, por el Frente Democrático Nacional, integrado por socialistas, liberales e independientes; Velasco Ibarra; Gonzalo Cordero, por el partido conservador; y Antonio Parra por una coalición de cefepistas-peronistas, comunistas y un pequeño sector de intelectuales radicalizados. Esta última candidatura, sin el conocimiento de Parra, se organizó con el propósito exclusivo de combatir a Plaza y reforzar a Velasco Ibarra, puesto que mermaba al primero votos izquierdistas que nunca, creíase, hubiéranse vertido, en esta oportunidad, por el segundo.

Fue notable la coincidencia en la fraseología de bajo insulto, que dispararon a unos velasquistas y parristas, nunca Parra. Repetíase el humillante fenómeno de la consigna sobre la conciencia. La táctica, desde el punto de vista de los maniobradores, era clarísima y eficaz: con Velasco, el caos propicio; con Plaza, el orden y las reformas que detienen la insurgencia desesperada y sometida a patrones extraños. Por sobre todo ello, agréguese el oportunismo de algunos, que sólo con Ve-

lasco podrían medrar, y la amargura de algunos resentidos por mínimos errores que, acaso, no hicieron, en determinada ocasión, justicia a méritos.

La combinación quedó desnuda cuando, de los ciento sesenta mil votos que cálculos de adversarios concedían a la candidatura Parra —ellos hablaban de doscientos mil— sólo fueron obtenidos por ella alrededor de cuarenta mil. La diferencia se sumó a la votación velasquista.

Los conservadores, por su parte, en cuanto advirtieron que no triunfarían con su candidato, dieron lo que pudieron de sus votos a Velasco. Se ofreció así el caso —que no extraña demasiado, por cierto— de una coincidencia de propósitos entre la Iglesia, o una parte muy principal de ella, cuando menos, y el extremismo sovietizado. Y algún liberal de pocas luces, de condenable pasado y ambiciones desconcertantes, también hizo lo que alcanzó a hacer para obstaculizar a Plaza y favorecer a Velasco, aunque después de él se haya apartado, porque le fueran cerradas posibilidades o porque los síntomas le indicaron que el velasquismo estaba ya en el plano inclinado de su cuarta liquidación.

El programa de Plaza contenía un plan de reformas sociales y económicas, que significaban, por lo bajo, la iniciación de un cambio fundamental de la estructura semicolonial del país. Pero ya sabéis lo que ocurre en estos casos, por el lado de la reacción y por el de la fanatizada falange de la línea oportunista.

¿No os parece todo esto una verdadera enfermedad? Pues, nuevamente, la base popular de Velasco Ibarra fue caudalosa. Hubiera triunfado de todos modos, creo yo, sin los incrementos de la irresponsabilidad patriótica, que dejó anotados, pero de ningún modo con tan abrumadora mayoría: casi el cincuenta por ciento del electorado.

Hay otras cosas que oportunamente saldrán a luz pública. No faltó, en la cuarta coyuntura, cooperación económica de otras fuentes.

Y la atmósfera heroica del fidelismo jugó también su parte, no haya duda.

Pero abandonemos las intimidades de la tramoya. Velasco Ibarra entró al Palacio el 1º de septiembre de 1960; salió de él el 8 de noviembre de 1961. Fueron ahora 432 días delirantes. Hoy fabrica su nueva ausencia en Buenos Aires.

Es increíble, en absoluto increíble que en tan breve espacio de tiempo cometieran tan gravísimas equivocaciones. La política económica fue de una ignorancia desconcertante, dentro de ella una devaluación monetaria antitécnica, públicamente advertida para placer de la especulación; gastos sin objetivo y alocados; derroche pecaminoso; contradicciones diarias; insultos; proyectos inconexos; una ley agraria, precipitada y escamoteadora de la verdad; descalabro financiero; entrega de grandes negocios a una oligarquía de nuevos empresarios; millones de palabras que perturbaban el aire y el corazón de las gentes; y, por último, el bárbaro sinapismo para el dolor de la quiebra: treinta y siete nuevos impuestos al consumo, sobre un pueblo que viste andrajos.

El 4 de octubre estalló una huelga general de veinticuatro horas. Velasco Ibarra perdió los estribos. Protestaron después las provincias postergadas. El pueblo fue ametrallado en los cuatro lados de la República. Cien heroicidades diarias contemplaron las calles de los pueblos y las ciudades. Salieron los estudiantes a pelear. Los estudiantes morían todos los días. Morían en una ciudad, pero resucitaban en otra. El Vicepresidente, que era, por ley, Presidente del Congreso, Carlos Julio Arosemena, hijo del mandatario de 1947, había pedido a Velasco un cambio de su política. No fue escuchado. El Vicepresidente denunció que en el Gabinete había ministros enloquecidos por una lujuria de dinero. No fue escuchado. Velasco se dedicó a castigar niños, a veces con la muerte, y a encarcelar legisladores, amparados por inmunidad constitucional. El Vicepresidente fue encerrado en el Penal García Moreno. Ya no había Constitución.

El ejército, haciendo honor a su tradición, no aceptó la dictadura. La legitimidad era la Presidencia para Arosemena, por lo que falta de período normal, esto es, hasta 1964. Arosemena salió de la prisión a tomar el mando.

No se puede hablar de lo que está por venir. El Gabinete nombrado por Arosemena satisface, por la excelencia de sus hombres. Las declaraciones del nuevo mandatario son sensatas. ¿Será el actual ministerio tan sólo una fórmula transitoria para salvar la beligerancia entre las fuerzas políticas divergentes? Habrán de transcurrir algunos meses, antes de que la intimidad de la política ecuatoriana de hoy sea esclarecida.

Pero creo que, en gran parte, lo que sucederá depende de dos factores, implicado el uno en el otro: rápida movilización del Plan Kennedy en el Ecuador y reformas fundamentales en el statu quo social y económico del país.

Si no fuere así, todo es posible, aun lo más extravagante: desde una quinta emergencia del velasquismo, hasta una catástrofe que convierta la tensión de otro país latinoamericano en una nueva víctima emisaria de la guerra fría. Velasco trajo el conservadorismo de vuelta al país; por causa de su misma incoherencia, traería una versión andina del fidelismo. No en vano jugó, internacional e internamente, con el amenazante juego del castrismo, quizás obligado por circunstancias que sólo él y unos pocos deben conocer, quizás también por imitar a Janio Quadros.

¿Hay ideas en el velasquismo?

Sí, pero en dispersión. Surgen, a ratos, del vendabal de la palabra, viejas ideas muy usadas de liberalismo ideológico del siglo XVIII, de la intuición creadora del pueblo —así, sin más—, de sufragio universal, derechos humanos, potestad del individuo, nacionalismo declamatorio, latinoamericanismo vago, exaltado, un poco al estilo arcaico de Manuel Ugarte, militarismo leado como una maravilla, referencias cristianas a la justicia social, soberanía indefinida, bolivarismo de academia, es decir, lo menos bolivariano que hay, y otras cosas más, de aquellas innumerables que componen la cartilla elemental de los políticos fineseculares.

No se busquen, que es inútil, principios sólidos, un sistema, una doctrina conexas a problemas humanos contemporáneos, un programa de gobierno siquiera.

No creo yo en esta época, y menos para Latinoamérica, en abstracciones de cuerpos doctrinarios, derivadas de una composición metafísica del mundo y de la larga historia del pensamiento europeo. Pero sí en principios básicos, pragmáticos, si se quiere, que den unidad a la acción política, entrañen una definición de problemas y signifiquen una relación con la circunstancia objetiva dominante y una reacción contra lo adverso de su contenido actual.

¿Por qué entonces el gran número de sus seguidores?

Precisamente, por la ausencia de principios, la abundancia de palabras y su ataque verbal a los partidos.

Me he explicado ya antes, pero recapitularé que, entre 1925 y 1935, se expresa con claridad el malestar de una insatisfacción, que paraliza las energías creadoras de la vida política ecuatoriana. La conclusión inmediata fue la repugnancia por los principios de los partidos, a causa de la no aplicación de ellos por sus dirigentes. Hablo especialmente, del liberalismo. Por extensión, creóse la indiferencia para todos los otros. Esta frustración partidista, reproducida por la indisciplina social fue la primera expresión de la desesperanza, agudizada, de modo acelerado, en nuestros días.

Un hombre que prometía mucho y hablaba más, que exhibía gestos e inflexiones enteramente nuevos, era personalmente honesto en cuestiones de dinero y demostraba una agresividad siempre festejada por la masa, encajaba a maravilla en la psicología social del momento, renuente a creer en principios doctrinarios que habíanse anegado en repeticiones impracticadas en la realidad, y luego de que el socialismo, que pudo haber colmado la necesidad de cambio, habíase debilitado prematuramente, como partido, por exceso esquemático de polémica teórica y debido a la inexperiencia de su intelectualismo.

Podría argüirse que tales condiciones hubieranle facilitado un fácil triunfo sólo en un sector de la sociedad. Pero débese pensar que las fronteras de los grupos humanos son dinámicamente interactivas, que las decisiones emocionales componen una suma de la cual difícilmente escapa la mayoría de los individuos, y que, por otro lado, así en lo relativo a la dirección del velasquismo, como en la designación de funcionarios de alta jerarquía en sus administraciones, Velasco Ibarra prefirió, con pocas excepciones, a gentes de una subalterna mediocridad. Personas que hubieran podido evadirse, a causa del grupo social al que pertenecían, de la influencia de la masa subyugada y subyugante, hallaron en los triunfos velasquistas la única oportunidad de salir del gris anónimo de sus existencias.

Una multitud, formada de grupos inestables, llega con facilidad, apenas es estimulada, a ser activamente agresiva, alcanzando cierta

cohesión transitoria en razón de la emulsión demagógica. La agresividad es contagiosa o inspira temor, situaciones ambas que facilitan la extensión del sentimiento popular por diversos sectores de la vida social. Eso mismo explica que la cohesión, así obtenida, vuelva a la dispersión a poco de haber pasado el entusiasmo electoral. Si se agrega el desencanto por las promesas incumplidas, el cuadro quedará completo.

Y cuando nada se ha ensayado de terapéutica social, ni siquiera en investigar la etiología del malestar, acaso voluntariamente ignorada por las clases dirigentes, el fenómeno tiende a repetirse, no sólo las cuatro veces de nuestra historia, sino todas las que sean provocadas por la profundidad de las causas.

En resumen, la razón de la popularidad de Velasco Ibarra se hunde en la raíz de una área sub-cultural de la nación, alcanza dirigencia, cierta organización, y posibilidades económicas para la propaganda, debido a la ignorancia de las clases altas o al criterio de empresa lucrativa de unos cuantos; y es conmovida brutalmente casi por la necesidad de los desposeídos, aguijoneada por la libre información de nuestra época, que crea una justísima impaciencia por la posesión de bienes materiales, propicia a ser asfixiada en la impostura demagógica.

Velasco Ibarra es, como la masa en muchedumbre, inestable. Padece, como ella, de incertidumbre y orientación ambulatoria. Sus actos y palabras revelan la agresividad del conglomerado decapitado. Su pensamiento recopila automáticamente las desviaciones de la incoherencia extraviada que atraviesa las paredes humanas de la multitud. Y quizás, resentimientos de la época de su timidez, reproducen a lo vivo la insondable amargura de los menesterosos.

Claro que Velasco posee unas pocas de las condiciones del líder: agilidad, respuesta inmediata, repeticiones de conceptos elementales en la oratoria, energía para subrayar expresiones, culto a la palabra en sí, nerviosa captación del sentimiento prevaleciente en un instante, tono mayor exclamativo, y cierta cautivación cortés cuando se halla en grupo reducido. Muchas otras están por el revés en su personalidad: no es claro, no es explícito, no es disciplinado, no coordina propósitos;

pero sí es feísta en la terminología y el aspecto, y no alcanza a devolver la condición carismática que recibe de la masa, por lo que su popularidad no es constante, sino que se espacia entre períodos de desaliento.

La masa no sigue a Velasco, sino que Velasco sigue a la masa. No es conductor; es conducido. La emoción de la multitud lo envuelve, pero se quema en ella, de manera que va y viene erráticamente entre las pasiones callejeras, no sabe cómo cambiar una situación desfavorable o dirigir las energías creadoras de la muchedumbre y termina alimentándose de vagas empresas, que confluyen, como un sucedáneo de la unidad, en su autoritarismo, reflejo nada más de un sentimiento de relación filial en la masa, que, con sus amarguras y deseos vindicativos, quiere contemplarse a sí misma en un símbolo que le dé cohesión.

Si diría que su hábito de hablar, subrayando afirmaciones con el gran índice erguido, es la representación fálica de una paternidad frustrada y, al mismo tiempo, de un carácter imperioso que refluye en él desde los placeres oscuros de “su chusma”.

Es usual en Velasco Ibarra esta expresión de “chusma”. Quizás conocía los trucos del tirano Rosas, de Argentina, o recordaba palabras del conductor —éste sí— chileno, Arturo Alessandri, que empleaba estos recursos para triunfar, pero si ensombrecer sus cualidades de estadista. “Mi chusma querida”, “mi chusma noble”, son frases que paseó como banderas por todo el país.

Se incurre en gravísima irresponsabilidad al querer confundir chusma con proletarios, muchedumbre o masa. La palabra viene de una canción que animaba a los galeotes a remar, y significa sólo un conjunto soez. Perón se comportaba más consideradamente con sus seguidores: los llama “descamizados”. Porque no tener camisa no equivale a ser soez, ni indigno, ni vil.

La chusma es contraria a la democracia, salvo que quiera persistir-se en esa democracia por la cuenta de narices, que repudiaron pensadores progresistas desde la Edad Media.

Pero con chusma o sin ella, con masas auténticas o no, Velasco Ibarra, digo, y se infiere por lo antedicho y el ligero recuento histórico, no es un conductor, sino un conducido. A lo más, llega a ser fermento, sus-

tancia de materia especial que, al ponerse en contacto con la muchedumbre, la hace fermentar por instantes. Pasado el momento del contacto, y en cuanto el pueblo recupera la aptitud de reflexionar, se le aparta, descansa, y entonces Velasco Ibarra se desconcierta, pierde sus pies, el fondo vacila, engeguece, y precipítase a tremendos errores de un frenesí creciente, hasta que se derroca a sí mismo. Recuérdese que las sustancias fermentadoras, antes del contacto y después de él, son amorfas e incoloras.

El sufragio

Es verdad que en 1933, 1952 y 1960, Velasco Ibarra ganó en elecciones libres. Es verdad también que su primera aparición en la vida pública fue en favor de una reivindicación del derecho a votar sin coerciones. Recibió así la corriente popular más evidente de la época. Supo utilizarla, sin duda.

Pero eso no quiere decir que él, por él, haya convertido el sufragio libre en una institución ecuatoriana. Los medios para proteger ese derecho de la voracidad oficial, han sido todos conseguidos en prolongadas luchas de la izquierda democrática, hasta que se pudo llegar a su institucionalización en un Tribunal, equivalente a cuarto poder del Estado. Valga reconocer que, en 1946, las fuerzas conservadoras no se opusieron, y antes bien, cooperaron decisivamente, en el parlamento de ese año, al perfeccionamiento de la institución.

Fue el pueblo quien, irritado por el engaño, impuso el sufragio libre. Considérense estas cifras:

1875.- 45 mil votos, triunfo liberal, elecciones libres, reacción popular a raíz de la muerte de García Moreno.

1931.- 62 mil votos, elecciones libres, triunfo de Bonifaz.

1933.- 62 mil votos, primer triunfo de Velasco Ibarra, con un sesenta por ciento de este total, elecciones libres. No ha crecido aún el electorado.

1948.- 282 mil votos, elecciones libres, triunfo de Galo Plaza, apenas quince años después y con una población que el censo de 1950 señaló en 3.200.000.

1952.- 357 mil votos, elecciones libres, triunfo de Velasco Ibarra, con un 43 por ciento del total. Reducción del porcentaje en un 17 por ciento con relación a 1933.

1956.- 628 mil votos, progreso muy marcado en cuatro años, triunfo de Ponce Enríquez, con apoyo velasquista, pero con sólo cerca del 29 por ciento del electorado, tres mil votos más que el Frente Democrático Nacional y discutibles resoluciones del Tribunal.

1960.- 800 mil votos, elecciones libres, triunfo de Velasco Ibarra con un poco más del 47 por ciento del total, incremento del 4 por ciento sobre 1952, pero una disminución del 13 por ciento en relación con su primera elección, no obstante la maniobra cefepista-comunista-clerical.

La libre votación y el crecimiento del número de electores es un proceso natural de la intervención cívica del pueblo, cada vez más personaje actuante de la historia y menos espectador de ella, aunque, por causa de su rápido progreso, la extensión de la cultura política haya sacrificado a la profundidad por ahora. De este fenómeno deriva el éxito de la demagogia. Sería curioso conocer el número, por ejemplo, de radioreceptores que existían en el país en 1948 y cuál el de 1960. La libre información juega en estos asuntos un rol decisivo.

Por otra parte, no puede ser un campeón del sufragio libre quien lo violó desde el Poder en las elecciones de 1956, imponiendo su sucesor, ni quien se ha proclamado tres veces dictador y constantemente burló las disposiciones legales.

La elocuencia

Posee su técnica, bastante original, probablemente espontánea y fortalecida por la experiencia. Es una técnica de predicador combatiente, con sobrios gestos del cuerpo, movilidad en las manos, derecho índice acusatorio, admonitorio, penetrante, de bruscas agitaciones, grande la boca, recta y echada hacia atrás la cabeza, de cuando en cuando, pero sin exageración. Corta las frases de modo espástico, seco, con numerosas repeticiones y exclamaciones. Cuando es mucha la exaltación, termina moviéndose en un marjal de palabras, del que sale con trabajo, en medio de una multiplicación aplastante de injurias, unas veces, en otras, recuperándose con frases lentas, aceleradas de pronto, o con algunos vítores de circunstancias.

En sus mensajes a los congresos, hay mayor coherencia de ideas, de construcción apreciable. En las improvisaciones, los aplausos se prodigan mientras menos se entiende lo que dice.

Es muy difícil, casi imposible, ofrecer una muestra del género. Es menester escucharlo. Pero si el lector siente curiosidad, van aquí unos fragmentos, incluyéndose unos pocos tomados de libros por él escritos. Deben ser leídos con sacudidas, pausas bruscas en cualquier lugar, sin bajar la voz cuando se debe hacerlo en la normalidad de la expresión.

Sobre acción política

Quien piense que don Quijote puede tener éxito todos los momentos, peca por lo alto y está condenado al fracaso... La moral del político es relativa y se inspira en la biología... La especie humana está amenazada por ladrones y rateros...

Nosotros no tenemos partido... García Moreno no necesitó de partido alguno. ¡Era fuerza única, sola, indiscutible!

Yo soy el único liberal verdadero en este país... Aquí el liberalismo es una muerte podrida, putrefacta... Me combaten los comunistoides? los socialistoides, rábulas, bastardos, mentes ratoniles, zambitillos pretenciosos... Ninguno, ninguno podrá conmigo...

No hay partidos políticos en el Ecuador, oidme bien, no hay partidos políticos ni nada que se parezca a ellos. Sólo hay el partido de las muchedumbres despiertas, intuitivas, fervorosas, el partido de las masas con sus jefes, directores, consejeros, secretarios, etcétera.

Han llegado a pedir esos insolentes que me examine una comisión de psiquiatras. Yo no soy loco, no tengo nada de loco, no me dejaré llamar loco... ¿Qué no estoy satisfecho de mi obra? Ni el propio Miguel Angel quedó satisfecho... Si una revolución estalla, o me aplasta ella, o yo la aplasto a ella...

El socialismo en el país es un caos de pícaros. Ninguno, ninguno ha meditado el enorme libro de Carlos Marx, tan confuso, tan cansado a ratos...

Rusia desafiando a sus enemigos externos... Más de cuarenta años de labor, disciplina... Qué más grande perfección. Qué paciencia en el laboratorio. Qué detalles científicos más perfeccionados. Sube el hombre a la luna, da la vuelta y regresa. Esto tenemos que imitar aquí...

Estamos entrando a la tercera fase, la más peligrosa, una acción conjunta del Congreso y de los estudiantes para derrocarlo. Los estudiantes salen del Congreso, se pasean por el Palacio de Gobierno, lanzan piedras, rompen vidrios, me dicen loco y se van...

Oid alguna pifia... Estoy en Cuenca en medio de esta chusma sublime... Infelices, mentalidades de ratón. Yo desprecio y me burlo de los infelices...

Hoy mismo estamos planteando el ser o no ser de la República... A este dilema del ser o no ser, yo os convoco a todos vosotros a que adoptéis, no el no ser, sino el ser... Si alguien nos ataca, nos defenderemos de rama en rama y de roca en roca...

Sobre las fuerzas armadas

Yo admiro mucho a San Francisco de Asís y a los filósofos de la India, pero sigo creyendo en la necesidad de la fuerza... la nobleza del ejército está en ser lazo de unión entre el cielo y la tierra...

Sólo Alejandro y César, Napoleón y Bolívar, son dignos de vosotros, soldados del mundo, soldados de las fuerzas armadas ecuatorianas.

La aviación es lo más excelso de la especie humana; es el hombre que se desprende de la vulgaridad de la tierra, para comulgar con la pureza del cielo y descender a purificar la tierra, después de haber recibido la comunión con el infinito...

Yo no creo en el pacifismo bonachón y blandengue... El ser General (ceremonia de ascensos) es cargar sobre sí toda la responsabilidad de la Patria, y el hombre que sabe mandar, y el hombre que sabe ser responsable, es para mí el hombre más grande de la tierra, es una imagen de Dios en la tierra... Es saber ser divino aquí en la tierra... Responsabilidad terrible de la cual tendréis que salir muertos o con gloria, pero no quiero divagar, no saldréis muertos, saldréis con gloria...

Nada más eterno ni más científico que el ejército... Las fuerzas armadas son una empresa de arte y sabiduría... Estos tumultos últimos de nuestro país son insignificantes al lado de los tumultos del mundo entero; es la humanidad la que está en estado de tumulto... Es necesario mantener nuestra alma dentro del tumulto...

Sobre varias cuestiones

Estamos en tiempo del dinamismo. Todo se mueve y se mueve rápido, rapidísimo. Ya no hay tiempo para leer grandes libros. Raros, muy raros, los sabios.

No nos preocupan principalmente las llamadas leyes de la moneda sana...

Donde impera la unidad, y donde ésta debe ser reconocida por actos libres para convertirse en benéfica, si es atropellada... se cae en el abismo del infierno. Nadie reniega de su propia naturaleza sin precipitarse en el infierno... Uno de los mayores sabios de este tiempo, Teilhard de Chardin, físico, antropólogo, filósofo y teólogo, proclama que todo, todo en lo cósmico y en lo humano, tiende a la unidad... (Discurso ante una visita del cuerpo diplomático acreditado en Quito).

Para mí, la medicina es la ciencia fundamental del hombre, superada únicamente por una metafísica que sepa ser metafísica o por una teología que sepa ser teología...

Sobre un delirio quiliástico reducido

...Por eso el velasquismo está en el poder y por eso durará 100 años, o 50 años, o 40 años, a pesar de la miseria de los bastardos.

El velasquismo durará 40 años, pese a envidias y a maniobras.

Es muy natural que maquinemos, es muy natural que nos devoremos, pero día y noche estamos trabajando por vosotros... Gobernaremos 40 años, porque 40 años o más merecemos la confianza del pueblo...

El velasquismo va a triunfar 50, 60 o 100 años...

El velasquismo tiene que durar 40 años un ejemplo, 40 años, pero puede durar 100 años... La obligación de ustedes, señores jóvenes, es ir renovando, renovando, renovando, para que esto dure 40, 50, 60 años, que es lo que hace temblar a la gente y por eso quieren socavarme...

Me he extendido ya demasiado. El tema es seductor; perdóneseme haberme rendido a su seducción. Más páginas necesitara, empero, para desarrollarlo, profundizarlo y documentarlo. No dudéis de que se trata de un fenómeno que puede aparecer y caer sobre otro país de los nuestros y en análogas condiciones al que pertenezco.

El tumulto, él lo ha dicho. Por el tumulto de su causa murieron los niños en el Ecuador, y los hombres siguen hambrientos. Por sobre sus muertos, han triunfado ahora los mozos. No sé si el triunfo podrá ser consolidado.

Una vez oí a un conferencista, director de cierta agrupación política en un país amigo. Decía el hombre, muy orondo, lleno de risas en la cara, que lanzaba a su gente a las calles, en pleno tumulto, para buscar un muertito. "Necesitábamos un muertito", repetía, con un placer siniestro "siquiera uno". No os estoy contando un cuento; estas cosas parecen inverosímiles, pero, con harta frecuencia, lo inverosímil es lo cierto, ya lo dijo un escritor penetrante. Me quedó entonces una preocupación profunda.

La demagogia comete más crímenes —con muertos o sin ellos— que lo patológico criminal.

Pido que esta pequeña contribución al estudio de las aventuras de un conductor conducido, sirvan para reflexionar en los peligros que nos acechan, por entre la hojarasca de nuestras instituciones adolescentes.

Ecuador: Constituciones y Caudillos*

George Blanksten

*. Versión abreviada del tercer capítulo de *Ecuador: Constitutions and Caudillos*, University of California Press, U.S.A. 1951. Traducción de Carlos de la Torre.

El Ecuador, como muchas de sus presidentes lo han afirmado, no es un país fácil de gobernar. A pesar de que ninguna de las quince constituciones que el Ecuador ha tenido entre 1830 y 1949 ha estipulado un período presidencial de menos de cuatro años, los cuarenta y cuatro jefes de estado de este período han durado en el poder un promedio de 2,74 años...

Esta condición fluida de inestabilidad política es resultado en parte de la naturaleza del ajuste de los patrones culturales españoles e indígenas desde que Francisco Pizarro y sus seguidores desestabilizaran el balance de la sociedad indo-americana. Deben enfatizarse dos elementos de este proceso de acoplamiento cultural.¹ La institución monárquica de derecho divino fue fundamental en los sistemas de gobierno español e indígena, y ha contribuido a la aceptación mutua del continuo gobierno autoritario.² Las tradiciones indo-americanas de sumisión y obediencia se ajustaron de manera complementaria a algunos elemen-

1. (Nota del traductor) El profesor Blanksten analiza la estructura de clases del Ecuador de los años cuarenta a partir de dos presupuestos. El primero es las diferencias regionales entre las dos regiones principales del país: Costa y Sierra. El segundo es el constatar que en el Ecuador los criterios de clase y etnia van de la mano. Así, en la Sierra, la jerárquica estructura social se compone de los llamados blancos, cholos o mestizos e indios, que tienen determinados estilos de vida y cosmovisiones de la realidad. La estructura social de la Costa comparativamente menos jerárquica, se divide en blancos, montuvios y negros.

2. Rodrigo Jácome Moscoso. *Derecho Constitucional Ecuatoriano*. Quito, Imprenta de la Universidad Central, 1931. p. 33. También consúltese la obra de Angel Modesto Paredes. *Naturaleza del Poder Público y del Sometimiento del Hombre a las Autoridades del País*, Quito, 1989.

tos de la cultura española tales como la altanería y el desprecio de los “caballeros” al trabajo manual, asentando algunas de las bases del sistema de clases anotado en el capítulo anterior.

En el despertar de la monarquía

La monarquía duerme debajo de la república. Las poblaciones indígenas del Reino de Quito y del Imperio Inca se acostumbraron a la monarquía de derecho divino mucho antes de que la versión española del mismo principio fuera introducida en América del Sur. El papel de los indios en el gobierno ha sido ininterrumpidamente el mismo desde la llegada de los Quitus al área que recibiría su nombre. Independientemente de que la unidad política se haya llamado el Reino de Quito, el Imperio Inca, la Real Audiencia de Quito, el Departamento del Sur, o la República del Ecuador, por lo menos por mil años la vida del indio ecuatoriano ha sido controlada por leyes incuestionables. Además, la institución monárquica estaba asentada en la cultura española con igual firmeza. Los conquistadores, los criollos, y sus descendientes del siglo veinte no conocen otra tradición que no sea la monárquica. Hasta cierto punto, el sistema monárquico sólo fue alterado parcialmente con la independencia política de la región.

Es en gran medida una ilusión la noción de que la separación de las colonias españolas de la madre patria significó la substitución de la vieja monarquía por repúblicas democráticas. La mayoría de los líderes de las guerras de independencia creían que el gobierno más adecuado para las excolonias era la monarquía. En México Agustín de Iturbide fue coronado, y el General José de San Martín aspiraba a hacer lo mismo en el Perú. Es un dato frecuentemente olvidado el que *el único* líder principal del movimiento independentista que advocaba gobiernos republicanos en contra de monárquicos, es el Libertador, el General Simón Bolívar...Pero es aparente que las ideas de Bolívar difirieron en varias etapas de su carrera. Durante los últimos años de su vida, alrededor de 1825 a 1830 las ideas “republicanas” de Bolívar tenían un gran parecido a las ideas monárquicas.

No es del todo jocoso el dicho ecuatoriano de que el día de la independencia fue “el último día de despotismo y el primero de lo mismo”. Para la mayoría de personas de todas las clases sociales no hubo una di-

ferencia efectiva entre la monarquía colonial y la nueva república. Si antes se aceptaba la proposición de que la soberanía del Rey viene de Dios, algunos profesaron que la soberanía reside en el pueblo; pero sólo substituyendo un dogma por otro...

A pesar de que la mayoría de las constituciones han declarado que la soberanía reside en el pueblo, las grandes masas de la población de la república todavía no han ejercido ese poder. Las clases bajas, en tanto se identifican con la cultura de los indios, han sido “buenas gentes” – esto es, dóciles y obedientes en tal grado que impacta al observador extranjero. Estas características que no se pueden explicar por la conquista española, han sido parte integral de la manera de vida indígena desde los días del Reino de Quito. En gran parte debido a estos antecedentes históricos, las clases bajas no han disputado en forma organizada los privilegios de los blancos.

El caudillo

El monarca vestido de republicano que lleva la tradición monárquica ecuatoriana es el *caudillo*. Los dos sistemas monárquicos en que en gran parte se basa el proceso político ecuatoriano –el sistema español y el sistema indígena– contienen el principio de herencia como el vehículo legítimo de sucesión. Con el advenimiento de la independencia de España, el Ecuador cortó con el principio hereditario, y al no adoptar la fórmula de Bolívar para Bolivia por la cual el líder agonizante nombra a su sucesor, se quedó sin ningún principio legítimo de sucesión que tenga raíces en las tradiciones española o indígena. El caudillismo, ni planificado ni premeditado, surgió espontánea y caóticamente de la tradición cultural ecuatoriana, como el método de selección de líderes “naturales” como un mecanismo sustitutivo de sucesión.

El caudillo ecuatoriano, el líder “natural”, el “hombre con una misión”, es producido por una especie de interacción sociopolítica que opera en el grupo de los blancos o criollos que es la clase dirigente. Los “blancos” disfrutaban de lo que se ha llamado “democracia en el sentido griego, en la que el pueblo no son las clases bajas sino la gente educada y culta”. La coexistencia dentro del grupo de los “blancos” con su “democracia griega” es en gran medida anárquica. La clase dirigente está en una constante lucha por el poder. Debido a esta rivalidad caótica, al-

gunos de los “blancos” adquieren más poder de el que disfrutaban otros de los miembros del mismo grupo. Estas luchas internas de la clase dirigente se da dentro de por lo menos tres líneas divisorias. La primera y más significativa es la rivalidad personal, siendo la política ecuatoriana notoriamente *personalista*. La segunda es el regionalismo, los “blancos” de la Costa están frecuentemente en rivalidad con los de la Sierra. La tercera, diferencias doctrinales o ideológicas entra a veces en el juego, pero en mucho menor medida que el personalismo y el regionalismo.

Parecería que el caudillo —el hombre que se levanta sobre el caos de esta lucha interclasista— posee algunas características bien definidas. 1.- Por ejemplo, es, pero no necesariamente, un oficial del ejército. Los Generales Juan José Flores y Eloy Alfaro servirían de ejemplos de principales caudillos militares. 2.- La capacidad intelectual es generalmente mayor que la de sus contendientes. Esto no necesariamente significa el que tengan una extensiva educación formal —por ejemplo Flores—, aunque generalmente el caudillo tiene buena educación, y puede ser que como en el caso del Dr. José María Velasco Ibarra sea un doctor. 3.- El caudillo se ve a sí mismo como un hombre indispensable. Normalmente siente que es la única figura nacional que puede “salvar al país”. Es extremadamente consciente de su significación, y se parece muchísimo a lo que Max Weber designa como líder “carismático”, el líder que siente una “llamada interna” (“inner call”). Como Weber lo anotó, el líder es reconocido por sus seguidores como el “líder de los hombres internamente llamado”. “Los hombres no le obedecen por tradición o estatuto, sino porque creen en él”. Gobierna a través de una especie de derecho divino, pero “su misión divina debe probarse por lo que debe mejorar la situación de sus seguidores fieles. Si los seguidores no mejoran su condición, obviamente él no es el líder y señor enviado por los dioses”.³ 4.- El caudillo tiene una vitalidad mayor que la común, es una persona de gran dinámica física, y normalmente da muchos discursos en su carrera. 5.- El caudillo es un hombre de reputación: no es un desconocido para un gran sector de los “blancos” aun antes de asumir el poder nacional.

3. Max Weber (Gerth y Mill, Tr), From Max Weber Essays in Sociology. Nueva York, 1946, p. 79.

El caudillismo vive en relación simbiótica con el militarismo. Dentro de los instrumentos de poder del caudillo, el ejército ocupa un poder destacado...

La inestabilidad política del Ecuador opera dentro de estos fluidos y caóticos antecedentes históricos. Los caudillos vienen y se van, son hechos y deshechos. El caudillo una vez adquirido el poder puede perderlo. El caudillo seguirá en el poder si domina a sus seguidores y su región, mientras posea el mayor número de las características de caudillo, y en cuanto controle una porción apreciable de los instrumentos de poder. Algunos caudillos –por ejemplo, García Moreno y Alfaro– mueren mientras son políticamente poderosos, pero esto es raro. Normalmente el caudillo, debido a la fluidez del proceso, pierde su control y es derrocado, pero por lo general sigue vivo en el exilio.

Por su naturaleza el caudillismo es incierto e impredecible. En algunas ocasiones dos o más caudillos coexisten al mismo tiempo, sus rivalidades incrementan la inestabilidad del proceso político; un caudillo puede permanecer poderoso sólo por un corto período, intensificando el carácter inestable de la situación; a su vez puede haber un período considerablemente largo en el cual sólo un caudillo exista en la escena política y sea capaz de retener el control indisputable de los instrumentos del poder, en este caso se dice que la república experimenta alguna medida de estabilidad; o pueden haber períodos prolongados (estables o inestables, dependiendo de otros factores) en los cuales no exista un caudillo a nivel nacional y en el cual algunos “blancos” se familiarizan con el hábito no ecuatoriano de vivir bajo el contenido de la constitución que esté vigente en ese momento.

El caudillismo, en contra de la monarquía de derecho divino, hace algún uso de la constitución. Este documento se relaciona con el proceso político ecuatoriano en doble forma. Primero, la constitución proporciona alguna legalidad, aunque débil, a los instrumentos de poder...La segunda relación significativa entre el caudillismo y las constituciones está dado por el carácter incierto e impredecible del proceso político. Como se ha señalado, el Ecuador experimenta ocasionalmente períodos largos o cortos en los cuales no existe un caudillo a nivel nacio-

nal, cuando no hay un monarca que se vista de republicano. En estos períodos, la constitución provee la base de la organización de un gobierno interino...

Aparte de esta relación doble con la constitución, el caudillismo opera de una forma bastante independiente del documento y frecuentemente lo viola. Los conflictos específicos entre las acciones del caudillismo y el texto constitucional generalmente se han resuelto desconociendo y hasta destrozando la constitución. No se puede esperar otra cosa, porque el caudillismo está fuertemente incorporado a la historia, tradición y cultura del Ecuador, y es parte orgánica e integral de la forma republicana de vida. La tradición de monarquía absoluta es común a indios y españoles; esto combinando el patrón cultural indígena de humildad, docilidad, y sumisión, y la superioridad de la clase alta tradicional, han formado este complejo que es el Ecuador contemporáneo.

Un estudio de caso del caudillismo: José María Velasco Ibarra

El Dr. José María Velasco Ibarra probablemente es una de las figuras políticas más mal entendidas del Ecuador contemporáneo. Dadas las circunstancias del momento, fue fácil olvidar en la mitad del año 1944 que él fue presidente del Ecuador, y que su primera administración terminó en desastre. Asumiendo el poder en Septiembre de 1934, fue capaz de retenerlo por menos de un año. Su primera administración fue de carácter autoritario, culminando en la disolución del congreso porque el senado se opuso a sus políticas de gobierno. Los críticos que anotaron que su ataque a la legislatura violaba la Constitución de 1929, teóricamente vigente en esa época, fueron respondidos con el argumento de que el senado también había violado la constitución al estar en sesión por más de tres días sin la autorización de la cámara de diputados. Derrocado en 1935, Velasco vivió en exilio en Colombia hasta 1940, en que regresó al Ecuador para las elecciones presidenciales. Fue derrotado por Arroyo del Río, y el "Gran Ausente" volvió al exilio, esta vez a Chile, luego del fracaso de una revuelta organizada por sus seguidores. En los primeros meses de 1944 regresó a Colombia para establecer su centro de campaña electoral cerca de la frontera con el Ecuador. Durante su segundo exilio, el "Gran Ausente" se le pidió el halo adicional de la "Personificación Nacional" cuyo brillo opacó la visión de los creyentes.

Comparado con líderes tales como Flores, García Moreno y Alfaro, Velasco Ibarra fue un caudillo inferior. Ya se han anotado que las características del caudillo ecuatoriano incluyen capacidad intelectual, vitalidad, reputación, y conciencia de su propio significado. Para evaluar el rol de Velasco Ibarra en la política y gobierno del Ecuador es necesario examinar hasta qué punto él posee estas características.

La carrera académica del Dr. Velasco Ibarra fue muy distinguida. La mayor parte de su educación universitaria la realizó en la Universidad de París, y luego de su regreso al Ecuador fue profesor de Derecho intermitentemente en la Universidad de Guayaquil y en la Universidad Central de Quito. Ha escrito prolíficamente, y en gran parte el enigma que es Velasco Ibarra se lo resuelve a través del estudio de su obra escrita.

Sus ideas políticas se asientan en parte en la negación de la existencia de la verdad absoluta, aunque él la busca. Ha dicho que la historia sólo tiene sentido como “un experimento en verdades relativas”, y que por lo tanto el hombre tiene el “derecho perfecto...de intentar varias aproximaciones al problema humano”.⁴ Se ha proclamado liberal y defensor “del liberalismo del siglo dieciocho: individualista y opuesto a la intervención del Estado en nombre de la justicia social”.⁵ Ha sostenido que él es un “devoto de la libertad del hombre, libertad entendida en su sentido más profundo: libertad del hombre como ciudadano, esto es democracia política; libertad del hombre como un todo, esto es, oportunidades para la autoexpresión de sus oportunidades biológicas, económicas y culturales”.⁶ Repetidamente ha afirmado que piensa en el hombre y sus problemas en términos individualistas más que colectivistas o sociales. Ha declarado que “todo en la historia universal se mueve

4. José María Velasco Ibarra, *Un momento de Transición Política*, sin edición, Quito 1935, pág. 8.

5. José María Velasco Ibarra, *Conciencia o Barbarie*, sin edición, Buenos Aires 1938, pág. 65.

6. Citado en Sergio Enrique Girón. *La Revolución de Mayo*, sin edición, Quito, 1945, p. 345. También en William Rex Crawford. *A Century of Latin American thought*, Cambridge, 1944.

hacia la persona individual". "La economía y la ética deben definitivamente subordinarse a la persona individual".⁷

Entonces Velasco Ibarra ha rechazado tanto el comunismo como el fascismo viéndolos como instrumentos de regimentación, como enemigos de la libertad del hombre como individuo. "¿Cuál es la diferencia entre comunismo y fascismo?", escribió. "La misma concepción mecánica del hombre, la misma absorbencia material del hombre... Al paso que el afán fascista se reduce al orgullo prepotente del organismo nacional, según las caprichosas normas del César de ocasión".⁸ Esta parte de su pensamiento es de considerable significancia en el análisis de su administración presidencial de 1944-1947. El creía que el socialismo y comunismo, que se manifestaban en la república, no eran más que "palabrería para la explotación de los trabajadores".⁹ Velasco Ibarra fue llevado al poder en 1944 por la esencialmente izquierdista Alianza Democrática Ecuatoriana, en la cual los partidos Socialista y Comunista tenían gran importancia. Pero la "Personificación Nacional" creía que "todas las injusticias que se cometen en otros países en el nombre del conservadurismo se consuman en el Ecuador en nombre del izquierdismo... Por esto no pertenezco a ningún partido político del Ecuador. Pero mi escuela política es liberal, genuinamente liberal".¹⁰

A pesar de que profesaba un gran amor por la libertad como él la definía, Velasco Ibarra creía que este liberalismo era imposible en el Ecuador que él conocía. "El conflicto entre sueños y realidad... ha sido la tragedia de Hispanoamérica". "Unificados por el alma española, los americanos han deseado la unión, y han chocado con las distancias infinitas, las cordilleras bravías y gigantescas, los climas variados, los valles insalubres, los ríos, las llanuras perpetuamente dilatadas".¹¹ Abrumado por el medio ambiente sudamericano, el hombre es, de acuerdo a la visión de Velasco Ibarra, incapaz de alcanzar una libertad genuina, y

7. J. M. Velasco Ibarra. Mensaje Presentado a la Honorable Asamblea Nacional Constituyente. 10 de Agosto de 1946, Quito, 1946. p. 16.

8. J. M. Velasco Ibarra. *Conciencia o Barbarie*. op. cit., pág. 16.

9. United Press, Julio 13, 1945.

10. Velasco Ibarra, *Conciencia o Barbarie*. op. cit., pág. 11.

11. Velasco Ibarra. *Experiencias Jurídicas Hispanoamericanas*, sin edición, Buenos Aires, 1943, pp. 137-138.

casi siempre se siente sin esperanzas en un estilo de vida regimentado. “En América casi todos viven de fórmulas y sistemas, casi todos son hombres en serie”.¹²

Dados estos obstáculos peculiarmente sudamericanos para libertad individual, ¿cuál es el verdadero rol del político liberal, del líder político que cree en el liberalismo de Velasco Ibarra? La tarea de jefe de estado es la de crear “una nueva democracia...una democracia adaptada a la sicología del “blanco” Americano”.¹³ El indio humilde, como siempre, iba a ser omitido de este nuevo orden. Para crear un ambiente en el cual se pueda perfeccionar la “democracia ecuatoriana en el sentido griego” era necesario que el estado se precipite activamente y sin vacilaciones en un programa de obras públicas dirigidas a remover los obstáculos físicos de la libertad de los “criollos” o “blancos”: el estado debe construir carreteras, conquistar montañas, limpiar selvas. Por lo tanto Velasco Ibarra se sintió desesperanzado en el exasperante dilema de muchos otros pensadores liberales latinoamericanos: el demócrata “opuesto a la intervención del estado” tuvo que embarcarse en un programa sin precedentes de intervención estatal para establecer un medio ambiente más conducente a la libertad.

Velasco Ibarra reconocía que los obstáculos sudamericanos para la libertad individual no eran exclusivamente no humanos. El político, de acuerdo a su visión, tenía que aplicar mano dura para dominar aquellos rasgos humanos que obstruyen el logro de la libertad individual de los “blancos”. Velasco Ibarra creía que el político “tiene que dominar las insurrecciones de intereses creados, de aspiraciones desordenadas, que toman como banderas nobles ideales, pero que en el fondo obedecen a instintos animales de vida simplemente vegetativa, de afanes únicamente nutritivos”.¹⁴ Por lo tanto, Velasco Ibarra no rechazaba la dictadura como tal:

“El mal no está esencialmente en la dictadura ni el bien esencialmente en la democracia. El mal está en buscar la opresión con intenciones perversas o vanidosas. El bien está en tender a la efectividad de los derechos del hombre y del ciudadano y a la creación de instituciones que garanticen esa efectividad...Si no hay institución

12. Velasco Ibarra, *Conciencia o Barbarie*. op. cit., pág. 15.

13. Velasco Ibarra, *Experiencias jurídicas...* op. cit., pág. 66.

14. Velasco Ibarra. *Conciencia o Barbarie*. op. cit., pág. 27.

jurídica alguna y se las debe crear, humana y justa la dictadura para establecerlos...Pero, si hay instituciones jurídicas que garanticen los derechos,...insensata y criminal la dictadura".¹⁵

José María Velasco Ibarra estaba totalmente consciente de su propio significado como el hombre indispensable, el "hombre con una misión". No dudó en admitir: "mi destino está indestructivamente atado al destino de mi país";¹⁶ él estaba "absolutamente convencido de que la gente está conmigo, que son todos conmigo... Vean como olas de humanidad me aclaman proclamando democracia".¹⁷ Alguna vez admitió que sólo el 80 por ciento de la población ecuatoriana le apoyaba. "Esta figura 80 por ciento es modesta al dar a mis enemigos políticos el veinte por ciento...Este ochenta por ciento no pertenece a ningún partido político, estos hombres están conmigo porque saben que no les voy a robar, que no les miento, que trabajo por ellos día y noche".¹⁸ ¿Cuál fue el significado de la revolución de 1944 dentro del esquema universal? Oigan a Velasco Ibarra: "En el 28 de Mayo, el pueblo expresó su confianza en mí, en mí principalmente. Olas humanas me aclamaron y me solicitaron ser su líder y presidente...Es cierto que yo fui el centro de gravitación popular".¹⁹ Cuando se eligió a un congreso hostil al presidente, la "Personificación Nacional" hizo clara su posición: "Las circunstancias determinarán si habrá congreso este año".²⁰ Y ¿qué pasaría si un grupo de ciudadanos protestan por los cambios administrativos en las provincias? "Ustedes no tienen ningún derecho de protestar porque el gobierno ha decidido cambiar al Gobernador de Manabí", Velasco aseveró y continuó: "Estamos creando un verdadero caos en el Ecuador. Todos protestan sobre todo".²¹ Así habló la "Personificación Nacional", José María Velasco Ibarra, descrito por un oficial del ejército que lo apoyaba como "el hombre del pueblo, un hombre puro, el hombre que es...el alma del Ecuador...Velasco Ibarra es una fuerza de la na-

15. Velasco Ibarra. Experiencias jurídicas... op. cit., págs. 64-65.

16. El Comercio, Quito, 10 de marzo de 1944.

17. Citado en Girón, op. cit., pág. 341.

18. Citado en el New York Herald Tribune, Junio 13 de 1946.

19. Velasco Ibarra. Mensaje Presentado a la Honorable Asamblea Nacional Constituyente. 6 de febrero de 1945, Quito, 1945, pág. 5.

20. El Telégrafo. Guayaquil, 3 de Junio de 1947.

21. El Comercio. Quito, 13 de septiembre de 1944.

turaliza, y teníamos que someternos a esa fuerza. La gente lo quería y lo esperaban y lo aclamaban. El ejército tenía que identificarse con sus deseos”.²²

La vitalidad y el magnetismo personal de Velasco Ibarra se expresaban en su fenomenal habilidad de orador. Producía un efecto casi hipnótico en las masas y también en los miembros del congreso. No era raro el que muchedumbres se queden extasiadas en la Plaza de la Independencia oyendo al presidente aparentemente abstraídos del aguacero. “Yo he sido magnetizado por expertos”, un veterano de la Alemania de Hitler y de la Italia de Mussolini dijo al escritor, que él a veces también había caído en los hechizos del presidente. “Yo he estado violentamente opuesto a sus políticas y he votado uniformemente en contra de ellas”, dijo. “Sin embargo un día, el Presidente Velasco Ibarra vino al congreso a dirigir personalmente un mensaje urgiendo la aprobación de uno de sus proyectos. ¡Nunca había oído un discurso así! Cuando terminó, el presidente y el congreso no se avergonzaban de tener lágrimas en los ojos, nos paramos y aprobamos unánimemente su proyecto...Cuando regresaba a casa, me regañé varias veces por haber sido tan insensato, tan bobo de votar por una medida loca”.

Velasco Ibarra tenía tres grandes debilidades como caudillo. Primero, él no podía comandar el apoyo de los líderes de los partidos políticos, todos fueron alienados por él dos años después de la revolución de 1944. Segundo, no fue capaz de mediar la brecha regionalista entre “blancos” de la Sierra y de la Costa. Su revolución la hizo en Guayaquil, pero él no era costeño. Sus colegas serranos lo rechazaron, en parte porque llegó al poder a través de una revolución costeña contra el Gobierno asentado en Quito; los “blancos” costeños se oponían a él, en parte por ser serrano, y en parte porque su revolución se hizo contra el Partido Liberal Radical (el cual se había unido íntimamente a los destinos de la costa) y depuso al Presidente Arroyo del Río, un hombre de peso que tenía seguidores en la costa. Tercero, Velasco Ibarra no era un militar y jamás pudo confiar con certeza en la lealtad del ejército. En efecto, fueron los militares los que le derrocaron esta segunda ocasión el 23 de Agosto de 1947.

22. Girón. op. cit., págs. 54 y 124.

El velasquismo: Ensayo de interpretación*

Agustín Cueva

*. Capítulo del libro *El proceso de dominación política en el Ecuador*. Editorial, Solitierra, Quito, S.A.

1. Introducción

El velasquismo constituye, a no dudarlo, el fenómeno político más inquietante del Ecuador contemporáneo. Baste recordar que Velasco ha logrado triunfar en cinco elecciones presidenciales y acaudillar un movimiento insurreccional (el del 44), fascinando permanentemente a los sectores populares pero sin dejar de favorecer desde el gobierno a las clases dominadoras. Sorprende, además, su habilidad para apoyarse en los conservadores y buena parte del clero sin malquistarse con los liberales ni descartar en determinados momentos una alianza de facto con los socialistas y aún los comunistas.

Así, Velasco ha conseguido dominar el escenario político ecuatoriano por un lapso que bien podría ser de 40 años: desde 1932 en que apareció por primera vez como personaje público relevante, en el Congreso, hasta 1972, año en que debería concluir su quinta administración.

Por lo demás, ¿en qué casilla ideológica ubicar a este hombre que respondió lo siguiente a un periodista que le instó a definirse políticamente?

“Yo me siento ligado a una misión divina del hombre en la vida, cual es la de cooperar para que toda la naturaleza y la humanidad salgan del caos a la organización y de las tinieblas a la luz.”¹

1. Revista *Mañana*, Quito, N° 25.

2. Crisis e impasse político

Lo primero que llama la atención de quien investiga el período histórico inmediatamente anterior al aparecimiento del velasquismo, es el que en un lapso de apenas diez años se haya producido el fracaso de tres fórmulas de dominación en el país. En efecto, entre 1922 y 1925 se desmorona el mecanismo montado por la burguesía de Guayaquil (fórmula liberal); en 1931 cae, abatido por la crisis económica y por sus debilidades propias, el gobierno “juliano” pequeñoburgués (fórmula militar-reformista); en fin, en 1932 fracasa en el campo de batalla la “solución” de los terratenientes de la Sierra (fórmula conservadora).

Desembocamos, con esto, en una especie de “vacío de poder”, que durará largo tiempo y será el terreno abonado para que prospere el velasquismo. Pues, de una parte la burguesía agro-exportadora no podía retomar el poder político por la vía electoral, dada su impopularidad y el debilitamiento sufrido por efecto de las crisis económicas de los años 20 y 30; ni con las armas, ya que el ejército se oponía abiertamente a la llamada dominación “plutocrática”. Por las razones que se analizarán en el numeral siguiente, aun el fraude, sustituto caricaturesco de la democracia “representativa”, y que por sí solo era indicio de debilidad política de nuestra burguesía, se había vuelto inviable.

De otra parte, los terratenientes serranos, que sí estaban en capacidad de triunfar en elecciones, movilizand o a los sectores controlados ideológicamente por el clero, no podían acceder al gobierno sin la aquiescencia de una oficialidad que les era hostil y contando como contaban con la fuerte oposición de la burguesía de la Costa.

En fin y como ya se vio, en el momento en que surgió el velasquismo tampoco cabía que la clase media retomara *manu militari* el control del Estado, luego de que su fracaso de 1931 había puesto de manifiesto la imposibilidad de llevar adelante una política reformista en época de crisis.

Así que la paradoja de una situación que no había permitido la concentración de todos los elementos del poder social en una sola clase, sino que más bien los había distribuido entre varias, al conferir la hegemonía económica a la burguesía agro-mercantil, la hegemonía ideoló-

gica a los terratenientes de la Sierra y la facultad de “arbitrar” con las armas a una oficialidad muy ligada a la clase media, se convirtió en una encrucijada verdadera.

Esta crisis de poder es el primer elemento que debe tenerse presente para una explicación correcta del fenómeno velasquista, pero sin olvidar que ella toma cuerpo en el marco de la crisis económica de los años 30. Dato importante si se recuerda que los triunfos más impresionantes de Velasco han coincidido con coyunturas similares: la apoteosis del 44 ocurrió “cuando se hizo patente en el país el fenómeno de la inflación monetaria con su secuela de especulación, elevación del costo de la vida, depreciación de la moneda”, y el triunfo arrollador del caudillo en 1960 se produjo en un momento crítico para la “economía del banana”.

3. Situación de masas y subproletariado

Sin embargo, ni la crisis económica ni la de hegemonía bastan, por sí solas, para explicar el nacimiento y desarrollo de una solución “populista” como la del velasquismo. Si ésta termina por imponerse es gracias a la conformación de un nuevo contexto social y político en las urbes ecuatorianas a partir de los años 30 (proceso ligado, claro está, a la crisis del sistema en su conjunto). Aquel contexto se caracteriza por lo que denominaremos situación de “masas” sobre la cual disponemos ya de ciertos datos que conviene recapitular.

En 1931-32 la Compactación Obrera Nacional se presenta como movimiento “democrático y de masas”, pese a su carácter eminentemente retrógrado.

El Presidente Martínez Mera, durante el corto lapso de su gobierno (1932-33), sufrió el hostigamiento constante del “populacho”, los “grupos de muchachos” y la “gente del hampa”, según el decir de los historiadores burgueses.

El velasquismo principia, como afirma su líder, “por el mercado de Guayaquil y por las modestas barras que se dignaban escucharme en la Cámara de Diputados.”²

2. Discurso de 27-III-60. Salvo indicación contraria, los textos de los discursos o declaraciones de Velasco son tomados de las siguientes fuentes: a) Para los años 1944-45:

En fin, Velasco triunfa en 1933 gracias a una campaña “dinámica, callejera y exaltada, llena de promesas de acabar con los privilegios, las trincas, los estancos y todos los vicios de la República.”

Urge preguntar, entonces, qué significado puede tener esto de que la propia reacción se haya visto obligada a presentarse como movimiento democrático y de masas; el que un presidente del Ecuador haya sido forzado a abandonar su puesto por el hostigamiento popular y que un movimiento político haya nacido en los mercados y triunfado gracias a una campaña de las características señaladas.

Para nosotros la respuesta es clara: la composición social de las urbes se alteró de tal suerte en esos años que se volvió obsoleta la tradicional política inédita que, sin atentar contra los intereses de la dominación en su conjunto, fuese adecuada al nuevo contexto. Era imprescindible tomar en consideración las reacciones eventuales de las masas, que en adelante ya no intervendrían, como antes, sólo en casos extremos, de insurrección o motín, sino también en las “contendidas cívicas” convencionales. Por ello, el fraude tornóse riesgoso, como poco redituables las decisiones tomadas a nivel de pequeño club electoral. Había, pues, que tolerar cierto grado de participación popular en la política nacional.

¿De qué masas se trataba y cómo se habían desarrollado en los últimos años? Para responder a esta pregunta es necesario analizar, aunque sea en forma somera, los efectos de la crisis capitalista de los años 30 en algunos sectores de nuestra sociedad.

Empecemos por la suerte corrida por los campesinos. Los de la Sierra fueron los menos afectados, no sólo en la medida en que la agricultura de consumo doméstico sufrió menos que la de exportación, sino también porque el sistema de remuneración predominante en el callejón interandino, en recursos naturales o en especies, era menos sensible a las fluctuaciones del mercado. Sin embargo, una parte de esos campesinos, de la provincia de Pichincha sobre todo, que era la de mayor de-

El 28 de mayo: balance de una revolución popular. Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1946, b) para los años 1952-56: *Obra doctrinaria y práctica del gobierno ecuatoriano*, t. I y II, Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1956. Para 1960: *El Velasquismo: una interpretación poética y un violento período de lucha*, Guayaquil, Ed. Royal Print, 1960.

sarrollo por encontrarse en ella la capital de la República, cayeron en la desocupación y tuvieron que emigrar a la ciudad de Quito. Lo cual ocurrió, sin duda, con los trabajadores ocasionales, quienes según una estimación de 1933 ascendían a 300 mil en el país.³

El campesino de la Costa, por su parte, sufrió rápidamente los efectos de la depresión. “En la época de una más o menos normal y satisfactoria actividad de los negocios, los productores de cacao han acostumbrado pagar un jornal diario de 1.20 a 1.40 sucres, mientras que en la actualidad no sólo han disminuido el número de peones ordinariamente empleados en dichas haciendas de cacao, sino que han bajado también su jornal a sólo un sucre por día”, se anota en un informe de 1932.⁴

Mas resulta que ni esa desocupación ni la baja del nivel de vida originaron conflictos graves en el agrocosteño, sino que motivaron el éxodo de campesinos a la ciudad de Guayaquil, por lo cual esta ciudad creció, entre 1929 y 1934, a un ritmo anual de 5.33%, nunca antes alcanzado. De 1909 a 1929 su población había crecido al 1.45% anual; y aun después, entre 1934 y 1946, por ejemplo, aumentó al ritmo de 2.5%. Elevadísima tasa, pues, la de aquel quinquenio clave, que mal podría explicarse por el solo crecimiento vegetativo, muy bajo en ese entonces.

Ahora bien, el éxodo rural a las ciudades de Quito y Guayaquil (a ésta última sobre todo), en un momento en que ninguna de dichas urbes se encontraba en condiciones de emplear esa mano de obra, equivalía a una transferencia de la desocupación del sector rural al sector urbano. Es cierto que con ello se “descongestionaba” el agro, evitándose que el conflicto estallara allí: pero esta descongestión tuvo su precio: la creación de nuevas áreas de tensión en las ciudades por la conformación de un sector marginal urbano.⁵

3. Pío Jaramillo Aludrado: *Del agro ecuatoriano*, Quito, Imp. de la Universidad Central, 1936, p. 127.

4. Luis Alberto Carbo, *Historia monetaria y cambiaria del Ecuador*, Quito, Imp. del Banco Central, 1953, p. 526.

5. Tudor Engineering Company - Junta Nacional de Planificación: *Informe de factibilidad para el proyecto de rehabilitación de terrenos: Guayaquil, Ecuador*, San Francisco, 1967.

Por lo demás, este sector no se constituyó únicamente con dichos migrantes, sino también por el impacto de la depresión en los sectores populares urbanos que no gozaban de empleo estable, remuneración fija y un mínimo de garantías legales como el proletariado. Los vendedores ambulantes, peones de obras, cargadores, estibadores y, en general, todos aquellos pequeños vendedores de bienes ocasionales, que en nuestro país constituyen la mayoría de la población urbana pobre, o cayeron pura y llanamente en la desocupación o vieron reducidos sus ingresos y campo de actividad de manera considerable.

En esta forma se constituyó, por efecto de la crisis capitalista de los años 30 y no por una crisis del “sector tradicional” como corrientemente se afirma, un grupo de específico comportamiento político, al que denominaremos subproletariado.

Al principio, éste fue controlado en Quito, políticamente, por aquellos que secularmente habían dominado a la población andina. Los terratenientes y el clero organizaron, como se recordará, la Compactación Obrera Nacional. Pero tal control se les fue rápidamente de las manos, tan pronto como los subproletariados adquirieron comportamientos más acordes con su situación económica y social.

Si hubo razones para que estos “marginados” escaparan al control clerical-conservador, también las hubo para que no cayesen bajo la férula ideológica de la burguesía liberal. En suma, ninguno de los grupos dominantes logró imponer sus normas de comportamiento político al subproletariado porque la “marginalidad” de éste, que implicaba una desubicación con respecto a los roles económico-sociales básicos y previstos por el sistema, colocaba al subproletariado relativamente al margen, también, de los mecanismos de control social antes usados. El expeón de hacienda, por ejemplo, convertido en “libre” vendedor de servicios ocasionales en la urbe, ya no podía ser dominado ideológicamente del mismo modo y con la misma facilidad que en su antigua situación.

Así que este sector social quedó políticamente “disponible” y en espera de un redentor. Inconformes con su nuevo destino; paupérrimos a la par que psicológicamente desamparados: tanto más insumisos cuanto que en ellos ya no impactaban con suficiente fuerza los controles sociales tradicionales; pero incapaces, al mismo tiempo, de encontrar

una salida revolucionaria, esos subproletarios no podían impulsar otra cosa que un populismo como el que Velasco inauguró y que, por supuesto, no ha sido el único en el Ecuador. La Concentración de Fuerzas Populares, con base en los suburbios de Guayaquil, y otros movimientos de menor envergadura, responden a la misma situación y presentan infinidad de rasgos comunes con el velasquismo, aunque no hayan alcanzado como éste magnitud nacional.

Luego analizaremos la forma en que el caudillismo de Velasco “respondió” a las condiciones objetivas y subjetivas de este sector social. Antes de hacerlo, consignemos algunos datos más, que prueban la relación existente entre los “marginados” y el velasquismo.

En 1952, 1960 y 1968, Velasco ascendió al gobierno gracias a la abrumadora mayoría de votos obtenida en tres provincias: Guayas, Los Ríos y El Oro,⁶ que son justamente las que mayor número de migrantes han recibido en las últimas décadas (por ejemplo, en el período intercensal 1950-62), absorbieron el 80% del total de las migraciones internas del país).⁷

Y el baluarte del velasquismo en Guayaquil han sido los barrios suburbanos, como puede comprobarse analizando a nivel parroquial los resultados de cualquiera de las elecciones en que ha intervenido Velasco. En las demás ciudades, el caudillo ha sentado también sus reales en las circunscripciones habitadas por gente en situación socio-ocupacional comparable a la de los pobladores de los suburbios del puerto. Aun en las áreas no urbanas de la Sierra la votación velasquista parece provenir de aquellos lugares donde las estructuras entran en crisis, permitiendo la formación de grupos sociales que escapan al poder tradicional, en las aldeas, anejos y otros tipos de pueblos. El informe del Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola afirma, refiriéndose a estos últimos, que son ellos los que “bajo una bandera populista, con su apoyo decisivo, han hecho posible que llegase al poder un político (uno de los

6. En 1952 Velasco obtuvo el 80% de los votos del Guayas y Los Ríos y 65% de El Oro. En 1960, 68% de la votación de Los Ríos, 66% de El Oro y 58% del Guayas. En 1968 triunfó en las mismas tres provincias y en ninguna otra; pero la ventaja obtenida en ellas fue tan grande que le permitió ascender a la presidencia una vez más.

7. O. Hurtado, *Ecuador: dos mundos superpuestos*, Quito, Offsetec, 1969, p. 137.

poquísimos presidentes de origen serrano que no es ni ha sido terrateniente), varias veces Presidente de la República, desafiando el esquema tradicional y el poder terrateniente.”⁸

Poca duda cabe, entonces, de que la base social popular del velasquismo está constituida por todos aquellos grupos a los que el desarrollo del capitalismo dependiente convierte en “marginados”, sea arrancándolos de las posiciones antes estables del sector “tradicional”, sea desplazándolos periódicamente de las precarias ubicaciones “modernas” en que él mismo los había colocado.

4. La alternativa revolucionaria en la “Era Velasquista”

Queda, ahora, la inquietud de saber por qué, una vez producida la crisis económica de los años 30, rotos los mecanismos tradicionales de dominación política y creada una situación de masas en las urbes, ello no fue aprovechado por los partidos marxistas.

Al respecto, sólo podría admitirse como explicación parcial la de que se debió a errores cometidos por la dirección comunista o socialista (nos referimos, naturalmente, al ala marxista del socialismo, pues la otra no tenía más interés que el de promover el ascenso de la clase media) o a la incapacidad de adaptar el marxismo a la situación de nuestro país. Sobre lo primero, creemos que en efecto pudo haber habido errores; pero de allí a explicar la debilidad del movimiento marxista por esa sola causa, media un gran trecho. En cuanto a lo segundo, también pensamos que hay parte de verdad. Pero no estaría por demás preguntarse si el proyecto revolucionario marxista es tan flexible como para adaptarse a una base popular predominantemente subproletaria, sin convertirse en populismo puro y simple.

En síntesis, más objetiva parece la hipótesis de que el desarrollo del marxismo en el Ecuador fue incipiente porque los sectores populares urbanos tuvieron, en el período que aquí se analiza, una composición netamente subproletaria; y el subproletariado es un grupo que, dada su ubicación económica y social, se presta mal para una poli-

8. *Tenencia de la tierra y desarrollo socio-económico del sector agrícola: Ecuador*, Washington, Unión Panamericana, 1965, p. 478.

tización en sentido revolucionario, salvo en situaciones en que el proletariado ya ha creado un contexto apropiado. (De las posibilidades revolucionarias del agro diremos algo en la tercera parte de este trabajo).

Sobre el predominio cuantitativo del subproletariado entre la población urbana, nada más elocuente que las cifras. En Guayaquil, que es la ciudad más industrializada del Ecuador, teníamos en una fecha reciente como 1962 la siguiente composición socio-ocupacional: profesionales y técnicos: 7.79% de la población económicamente activa: gerentes y administradores: 1%; oficinistas: 13.06%; vendedores: 20.57%; pescadores: 8%; agricultores y leñadores: 1.97%; madereros, canteros y afines: 0.16%; transportadores, choferes, ferroviarios, etc.: 6.22%; artesanos: 3.79%; obreros y jornaleros: 9.67%; trabajadores domésticos: 18.09%; otros: 9.68%.⁹

Ahora bien, la sola suma de “vendedores” y “trabajadores domésticos”, que en su mayoría son subproletarios, alcanza a cerca del 40% de la población económicamente activa; mientras los obreros y jornaleros ni siquiera representan el 10% (sin contar con que muchos de los “jornaleros” pertenecen de hecho al subproletariado por sus condiciones objetivas de trabajo y de vida).

Sobre la base de datos como estos, que demuestran la casi inexistencia de proletariado urbano en el Ecuador (en los años a que nos venimos refiriendo, hay que insistir), cabe formular algunas preguntas. ¿Será fácil convencer a un vendedor ambulante, por ejemplo, de las ventajas de socializar los medios de producción? ¿Hacer ver a un cargador los beneficios de una reforma agraria o de la estatización de las fábricas? Y ¿qué consigna revolucionaria, válida para el caso concreto de todos y que no se aparte de la meta, lanzar en un medio como el subproletariado? ¿Cómo organizar, si no es en torno a la vecindad, a elementos cuyo trabajo —individual o en el mejor de los casos en pequeño grupo— los dispersa en lugar de concentrarlos? ¿Cómo evitar, si se los organiza en torno al único vínculo “visible”, el que para ellos no sea más concreto el relleno de una calle o la construcción de una escuela o un dispensario médico, es decir, las medidas populistas, que el socialismo? ¿Cómo, en

9. Informe de factibilidad... p. III-13.

fin, lograr que perciban como concreto el problema estructural del país estos marginados cuyo quehacer se desarrolla, precisamente, en el polo marginal de la economía?

Si se acepta el criterio marxista de que para que prospere una conciencia revolucionaria no basta la “pobreza”, sino que es menester la concurrencia de otras condiciones sociales, se impone la conclusión de que era extremadamente difícil que en nuestro subproletariado se desarrollara tal conciencia, a no ser por el “empuje” de otra clase social.

Pero sucede que en el período que venimos analizando los agentes sociales de la revolución eran demasiado débiles para impulsarla. El principal de ellos, el proletariado, ha tenido un carácter incipiente desde todo punto de vista; y el campesinado, por razones que analizaremos en la tercera parte, no ha podido ir más allá de una actuación histórica jalonada de jornadas heroicas, pero sin real perspectiva revolucionaria.

5. Las clases dominantes y el velasquismo

En una visión histórica de conjunto, el velasquismo no puede aparecer sino como lo que objetivamente es: un elemento de conservación del orden burgués, altamente “funcional” por haber permitido al sistema absorber sus contradicciones más visibles y superar al menor costo sus peores crisis políticas, manteniendo una fachada “democrática”, o por lo menos “civil”, con aparente consenso popular. Desde este punto de vista, que es el único válido, puede afirmarse que el velasquismo ha sido la solución más rentable para las clases dominantes. ¿Quién, por ejemplo, habría sido capaz de capitalizar y mistificar mejor que Velasco el movimiento popular de 1944, que alcanzó dimensiones verdaderamente insurreccionales? ¿Cuál de los hombres o partidos habría conseguido, mejor que él, captar primero y disolver después, el sentimiento antiimperialista y antioligárquico de 1960?

Sin embargo, el velasquismo se ha desarrollado en medio de una tensión constante con los principales grupos dominantes y los partidos políticos que más ortodoxamente los representan (conservador y liberal). ¿Cómo explicar esta aparente contradicción?

Ella se disipa teniendo en cuenta que la respuesta histórica concreta tendiente a la autoconservación del sistema nunca coincide de manera estricta por el proyecto particular de dominación de uno solo de los grupos hegemónicos (clase o fracción de clase). Por este hecho el velasquismo adquiere complejidad y aparece como una fórmula no ortodoxa, casi bastarda de dominación, en la medida en que representa, de una parte, un compromiso entre los proyectos de dominio en competencia y, de otra, una adecuación del conjunto de ellos a las posibilidades objetivas de ejercerlo.

Es obvio, por ejemplo, que las clases dominantes hubieran preferido que no se creara en las urbes una situación de masas como la descrita, a fin de seguir aplicando fórmulas más cómodas de dominación política, a través de los partidos “clásicos” y el mecanismo del fraude. Pero, una vez que el proceso de urbanización se aceleró, sin que nada pudieran hacer esas clases para frenarlo, no les quedaba más remedio que adaptarse a la nueva situación, dentro de la cual el caudillismo populista era el mal menor.

Resulta evidente, asimismo, que dichas clases han visto con alarma la elevación periódica de la temperatura política del país, inquietándose, incluso, por el “desfogue” psicológico que Velasco ha desatado en las masas portadoras de malestar social. Pero ya que tal malestar existía independientemente de la presencia de Velasco, la *mise à mort* simbólica de la oligarquía por parte del caudillo era preferible a una *mise à mort* real.

Igual cosa ha sucedido en lo que se refiere al gobierno y la administración del país. Los grupos dominantes no han dejado de protestar por la falta de una política económica “clara” (entiéndase: desarrollista) de Velasco; mas cabe preguntar si esa misma ambigüedad no habrá sido políticamente rentable para ellos, en la medida en que también para el pueblo presentaba una faz ambigua capaz de alimentar ilusiones de transformación. Habida cuenta de que el desarrollismo, como todo proyecto de dominación, sólo es viable en determinadas condiciones económicas, sociales y políticas, que en el Ecuador no se han dado sino contados momentos (durante la administración de Plaza, por ejemplo), puede afirmarse que en realidad la burguesía no ha renun-

ciado a él en favor de la política “intuitiva” de Velasco, sino que ha tenido que allanarse ante situaciones concretas, en las cuales ese proyecto resultaba inaplicable.

En fin, es indiscutible que tanto la burguesía liberal como los terratenientes conservadores habrían preferido gobernar directamente, sin la mediación de un veleidoso caudillo. Pero a falta de un “consenso” para sus partidos y ante la dificultad de superar sus propias contradicciones, les era preferible permitir que gobernase un tercero, que presentaba ventajas tan evidentes como la de haber dado garantías contra las “hambrientas fauces de la demagogia (que pretenden) suprimir la propiedad particular, única creencia real de la burguesía del Ecuador;”¹⁰ de haberse proclamado liberal al mismo tiempo que cristiano y de ser popular entre los sectores más pobres e insumisos de la población urbana. Serrano amado por el subproletariado de la Costa, Velasco hasta resultó una fórmula ideal para superar la oposición “regionalista”.

Por eso Velasco, a pesar de haber representado con acertada intuición y habilidad los intereses de la dominación en su conjunto, ha mantenido tensas relaciones con cada uno de los grupos hegemónicos en particular. Plenamente, el velasquismo sólo ha satisfecho las aspiraciones del sector especulador de la burguesía, es decir, de esa especie de *lumpen* que trafica con divisas, artículos de primera necesidad, etc., o saca tajada de los célebres negociados, al amparo, precisamente, del “caos” velasquista. Es este sector el que ha “financiado” las campañas electorales de Velasco Ibarra.

6. Relaciones con las clases medias

Las relaciones de Velasco con las clases medias también revisten cierta complejidad. De una parte, Velasco ha contado con el apoyo de algunos sectores de ellas, como es el caso de los choferes, cuya fidelidad al caudillo ha sido uno de los fenómenos más notables de las últimas décadas; y, en menor grado, de los pequeños y medianos comerciantes y artesanos, cuando estos últimos han logrado escapar al control tradicional de los terratenientes y el clero.

10. J. M. Velasco Ibarra: *Democracia y constitucionalismo*, p. 292.

Poco interesados en la realización de cambios estructurales, aunque insatisfechos con la dominación oligárquica, estos trabajadores por cuenta propia¹¹ (*pequeña burguesía* propiamente dicha), han encontrado beneficiosa la política populista de construir escuelas, dispensarios médicos, carreteras, etc. Y, dada su extracción generalmente “mestiza”, han visto en el velasquismo una manera de desafiar simbólicamente a una sociedad aristocratizante en muchos aspectos, que antes los despreciaba en forma abierta. El caudillo les ha devuelto, como él diría, el sentido de su “dignidad humana”.

No hay sino que revisar los discursos de Velasco Ibarra para comprobar hasta qué nivel de demagogia ha llegado esta “curación por el espíritu”:

“¡Vuestra profesión es tan sublime! ¡Cuántas veces he pensado si hubiera sido chofer! Por eso, porque vuestra profesión es tan sublime, tiene tanto de sublimidad, por eso vuestra alma es tan independiente y tan libre,”¹² dirá a los choferes. Y hasta les inculcará un ideológico sentido de “grandeza”, alentando sus tendencias individualistas derivadas de la experiencia concreta de un trabajo que no se efectúa en equipo (“Esa es la psicología del chofer: el hombre individual, el hombre solo, el hombre técnicamente solo, amigo del viento”, etc.); y sugiriéndoles insidiosamente que por lo mismo, son muy superiores a la clase obrera: a “esos pobres hombres (que) no son personas, esos pobres hombres (que) a duras penas son un cuarto de ser individual, un décimo de ser individual...”

A estos sectores, Velasco los ha redimido, pues, psicológicamente, del doble pecado original de ser trabajadores manuales y ser mestizos, lo cual ha servido de complemento de su integración técnica y económica en la sociedad “moderna”, en algunos casos (pensamos en los choferes, p. e.), o de sustituto funcional de ésta en otros (caso de los artesanos, p. e.).

En cambio, las relaciones de Velasco con la *clase media* propiamente dicha (intelectuales y tecno-burocracia) han sido sumamente tirantes.

11. Entre nuestros choferes predomina la situación y la mentalidad (aspiración) de trabajador-propietario de vehículo.

12. Discurso de 19-III-55.

La misma coyuntura en que nació el velasquismo explica, siquiera parcialmente, este fenómeno; pues el caudillo se irguió sobre los escombros del reformismo “juliano”, inspirado por esa clase. De suerte que ésta ha tenido la impresión de que Velasco le había arrebatado el liderazgo político al que creía tener derecho, en el momento mismo en que el grupo empezaba a adquirir personalidad y peso político.

Por lo demás, el caudillo ha manifestado siempre y sin tapujos su desprecio por los intelectuales ecuatorianos. “Esclavos del último libro europeo, de la última revista, de la última mala traducción, nuestro anhelo es ostentar erudición, datos y cifras. Incapaces de crear nada, hemos sido ineptos para enseñar a los niños a reflexionar y a meditar poco a poco por cuenta propia”, dice, por ejemplo, a los educadores; y a cierto periodista y escritor no vacila en recordarle que “no hace falta que un mestizo ecuatoriano escriba largos estudios sobre Cervantes, Lope de Vega y Hurtado de Mendoza, si pensadores españoles, verdaderamente doctos y eruditos, han profundizado doctamente estos temas.”¹³

Nuestra *intelligentsia* de clase media, que es la aludida con el término “mestizo”, ha sido tanto más sensible a este tipo de ataques, cuanto que se trataba de un grupo poco seguro de sí, dada su reciente formación (intelectuales de extracción popular en su mayoría, promovidos a raíz de la revolución liberal). Y como ya se habían “redimido” de su condición de “mestizos” gracias al trabajo intelectual y a la ideología del mestizaje como “esencia” de nuestra cultura, Velasco ni siquiera les fue útil en el sentido en que lo fue para el grupo antes analizado.

Al contrario, les resultó perjudicial en la medida en que el populismo velasquista ensanchaba la brecha entre las “ideologías de los doctores” y la idiosincracia popular.

Tampoco es difícil descubrir, en los textos transcritos arriba, el menosprecio del letrado tradicional que es Velasco, por el intelectual mestizo recién promovido. Las mismas frases del caudillo en el sentido de que “el indio del campo no hace males. Alimenta al país con su trabajo. En cambio el indio de las ciudades es sumamente peligroso. Ha leído libros”, etc;¹⁴ no atestiguan su desprecio al pueblo, como han dicho sus

13. J. M. Velasco Ibarra, *Conciencia o Barbarie* p. 39 y 133.

14. *Ibid*, p. 156.

contrincantes, sino a su aversión ella sí evidente, a la nueva clase intelectual del país. Aversión acentuada en la medida en que con defectos y todo, ese grupo ha intentado por lo menos pensar por sí mismo y afirmar su independencia, cosa inadmisibles para un caudillo que jamás ha admirado en los demás otra virtud que la fidelidad para con él.

De otra parte, es necesario recalcar que, para la tecno-burocracia, el “caos” velasquista ha constituido una constante pesadilla. La remoción periódica e indiscriminada de empleados públicos,¹⁵ los caprichos imprevisibles que determinan las sanciones y los ascensos, la poca confianza del caudillo en la burocracia y en los “consejos” técnicos, han mantenido en permanente zozobra a este sector.

Por ello, en la medida en que la tecno-burocracia ha mejorado su situación (a raíz del *boom* del banano sobre todo), su antivelasquismo no ha hecho más que aumentar. Anhelosa de alcanzar un estatus de seguridad, en el año 1960 prefirió sin duda la alternativa desarrollista propuesta por Galo Plaza; en 1963 le pareció más “sensato” un gobierno militar tecnocrático que el populismo equívoco del caudillo. Y en 1968, cuando los empleados públicos agrupados en federación estaban decididos a pasar de la tradicional actitud individualista-clientelista a una conducta clara de grupo organizado, el choque con Velasco se produjo de manera abierta.

Ello no obstante, el velasquismo ha sido útil para los desempleados de clase media, aspirantes a incrustarse en la burocracia por la vía del oportunismo. Gracias a sus célebres “barridas” de empleados, Velasco ha permitido a estos clientes incorporarse a la administración pública, creando así un mecanismo de curiosa “alternabilidad” burocrática que, a fin de cuentas, bien puede haber sido otro elemento de equilibrio, aunque sea precario, del sistema.

Todo ocurre pues como si en este nivel también el velasquismo funcionase como movimiento político de los “marginados”.

15. Jaime Chávez Granja afirma que en 1960: “se dio el caso del Ministerio del Tesoro en el que se impusieron más de dos mil cambios de empleados para satisfacer las frenéticas exigencias de los velasquistas”. *Las experiencias políticas en los últimos diez años*, en *El Comercio*, Quito, 1-I-1970.

7. Relaciones con las agrupaciones de izquierda

En cuanto a las relaciones políticas del caudillo con la izquierda cabe recalcar que, en teoría y como es obvio, tanto los comunistas como los socialistas y marxistas en general se han manifestado siempre anti-velasquistas y han combatido doctrinariamente al líder populista. Pero en la práctica, más de una vez lo han apoyado directa o indirectamente.

Esta flexibilidad se explicaría, naturalmente, por razones tácticas: mas lo curioso está en que también por este lado Velasco ha sacado ventaja casi permanente de su condición de mal menor. Así lo han considerado algunos sectores de izquierda, frente a alternativas de extrema derecha como la de Camilo Ponce en 1968 o a la prepotencia de la burguesía liberal, caso más frecuente aún (1940, 1944 y 1960).

De otra parte, es comprensible que un hombre de tanta popularidad haya tentado siempre a los partidos y grupos de izquierda. Entonces, o bien se ha justificado una alianza de hecho aduciendo razones como la de que ella no es con el líder sino con sus bases, bien arguyendo la posibilidad de “infiltración” o, simplemente, para no perder contacto con el pueblo. Lo cual ha sido, por supuesto, ilusión, de la que ha aprovechado el caudillo para debilitar más aún a la izquierda.

Algunos sectores revolucionarios no han dejado de alimentar la esperanza de que el “caos” velasquista agravara las contradicciones del sistema y creara así una coyuntura favorable a la revolución; y ha existido la convicción de que Velasco, con su demagogia, contribuye a elevar la efervescencia social, o que su falta de planes coherentes de gobierno es preferible al desarrollismo o al reformismo. En fin, no han faltado sectores de izquierda que, proyectando sus anhelos sobre la ambigüedad ideológica de este político dispuesto, según él, a acoger “los enunciados aceptables del comunismo”, han creído que con Velasco se puede avanzar, al menos, por el camino del reformismo y el nacionalismo.

Actitudes muchas veces contradictorias entre sí, que no hacen más que revelar la desorientación y diversidad de posiciones concretas dentro de la izquierda ecuatoriana.

8. Las caídas del caudillo

El hecho de que Velasco-candidato y Velasco-gobernante se mueven en órbitas distintas da cuenta del fenómeno aparentemente insólito de que el ídolo de las multitudes haya sido derrocado tantas veces, con relativa facilidad y sin que nada hicieran sus partidarios para defenderlo.

Además, su misma ambigüedad doctrinaria y programática, tan útil durante el período electoral ya que permite aglutinar a los elementos más heterogéneos en torno de un ideal abstracto en el que cada uno proyecta sus esperanzas e intereses, se vuelve contra el caudillo cuando está gobernado.

Para comenzar, la base propiamente popular se desintegra después del “triumfo” por la falta de organización y metas concretas del subproletariado. El mismo Velasco escribió, después de su primera caída: “Ningún Presidente se mantiene sí, fuera de los elementos burocráticos, no está apoyado por algún grupo social coherente, conocedor del ideal y del sendero.”¹⁶

En segundo lugar, el oportunismo no tarda en aparecer, sobre todo en los sectores medios que lo han apoyado. Aun refiriéndose a las bases aldeanas de Velasco, el informe del CIDA, ya citado, hace notar con razón que, “en buena parte, al basar su apoyo en este tipo de sectores (que poseen una actitud evidentemente oportunista, poco clara y con una visión sólo inmediata de sus perspectivas), sus mismas posibilidades de mantenerse en el poder se han visto amargadas.”¹⁷

Por fin Velasco queda enfrentado ya no a “su” pueblo, sino a los grupos organizados de la sociedad.

La primera parte de sus administraciones ha sido siempre, por eso, un momento incoloro, pero de gran expectación. Todos le solicitan definirse y ejercen presión para llevar el agua a su molino. Al principio el caudillo resiste, tratando de mantenerse “por encima de los intereses particulares, clasistas o partidistas”. Busca la “unidad de todos los ecua-

16. *Conciencia o barbarie*, p. 192.

17. *Tenencia de la tierra...*, p. 487.

torianos” y procura mantener, verbalmente, una línea política suficientemente equívoca como para que ni las oligarquías se alarmen ni el pueblo se desilusione. Pero nadie queda satisfecho con esto. Las presiones aumentan y la situación empieza a deteriorarse en todos los órdenes cuando, cansados de las palabras, algunos grupos organizados, como los sindicatos, toman actitudes de hecho, y los sectores hegemónicos, exasperados por lo que consideran indecisiones y veleidades del caudillo, le lanzan el ultimátum.

Velasco tiene entonces que descender del olimpo y decidirse por uno de los contendores. Termina por pactar abiertamente, sea con los conservadores, sea con los liberales (en todo caso con algún sector hegemónico, pues Velasco nada tiene de revolucionario), o por apoyarse en el ejército y hasta tentar un golpe de Estado. Sólo que, al hacerlo, lanza a la oposición no sólo a los sectores organizados del pueblo, sino también a las fracciones de la clase dominante que no han entrado en el “pacto”.

La oposición de izquierda se hace presente a través de manifestaciones estudiantiles y huelgas obreras y la tensión aumenta. La clase o fracción de clase con que el caudillo ha pactado evalúa entonces la situación: si Velasco, que ha sido aceptado como instrumento de manipulación del pueblo pierde ese papel y se convierte más bien en elemento “perturbador”, lo echan del poder y la clase dominante en su conjunto busca la solución más “cuerda”.

En cuanto al subproletariado, con el que el caudillo ha perdido entretanto contacto, lo abandona con tanta mayor facilidad cuanto que el eco mesiánico del discurso velasquista de la fase electoral se ha diluido ya. Solo y desamparado, el “apóstol” de las multitudes tiene que resignarse a partir.

9. Los “planes” de gobierno

Los intelectuales ecuatorianos han reprochado a Velasco su desconocimiento de las cuestiones económicas y hasta su menosprecio por ellas, en el aspecto técnico; y en las últimas administraciones las clases altas y medias lo han acusado de carecer de planes de gobierno: acusación fundada si lo que se reclama es un plan económico y social aparentemente coherente, en el sentido desarrollista de estos términos.

Por su parte, el caudillo ha expresado abiertamente su desinterés por este tipo de planes, a los que ha opuesto su concepción *asistencialista* del gobierno.

“Ir por calles y plazas y campos buscando donde hay dolores que restañar, casas que construir, puentes que levantar, abismos que cerrar, viviendas, amigos, viviendas, servicios de asistencia social en todas las escuelas, médicos y libros en todo establecimiento agrario... eso es la conciencia nacional que todos debemos tener.”¹⁸

Asimismo, ha llamado la atención que Velasco, en sus últimas campañas, ni siquiera mentara el tema tan en boga de las llamadas reformas estructurales.

A pesar de todo esto, el pueblo no ha visto pecado en ello y lo ha elegido cinco ocasiones. En tal hecho, que a muchos llena de asombro y a no pocos de indignación, nosotros no hallamos misterio alguno. Por el contrario, encontramos estricta correspondencia entre la concepción meramente asistencialista de gobierno que posee Velasco y las aspiraciones *inmediatas* de su base social. En efecto, ¿qué puede ser más atractivo y palpable para el subproletariado que lo sigue: una concepción global y armoniosa del Desarrollo Económico, con mayúsculas, o la promesa de construir obras y ampliar servicios tales como la vivienda, la educación o la atención médica?

Es comprensible que para las poblaciones “marginales” que viven en la más absoluta miseria y abandono, la posibilidad de encontrar trabajo en las obras por construirse o de contar con ciertos servicios, haya sido más tangible que un abstracto plan desarrollista que, por lo demás, implica una visión a por lo menos mediano plazo, que no poseen esos grupos enviscados en su situación de inmediatez. Y, como lo insinuáramos ya, ¿qué puede significar la promesa —aun la verdadera— de cambios estructurales para esos subproletarios cuya experiencia social concreta se realiza precisamente en la periferia de las situaciones estructurales básicas del sistema?

En cuanto a la aversión del caudillo por la técnica, ello corresponde, claro está, a su mentalidad de letrado tradicional. Pero lo que im-

18. Discurso de 27-III-60.

porta recalcar es que tal actitud ha encajado con la de las bases subproletarias, cuya actividad cotidiana está regida por la lógica del *bricolage*, antes que por las normas del trabajo técnico. Además, dichos sectores populares parecen haber intuitido no sin fundamento, que una “racionalización” capitalista de la sociedad ecuatoriana se haría necesariamente a sus expensas.

10. Ruralidad y caudillismo

Muchos de los aspectos aparentemente originales del velasquismo pueden explicarse teniendo en cuenta el origen rural o semirural de sus bases. Para comenzar, el propio fenómeno del *caudillismo* tiene, a nuestro juicio, raíces en ello.

Provenientes del campo o de la aldea, donde las instituciones y funciones tienden a encarnarse en los hombres concretos que las ejercen, mal cabía esperar que nuestros “marginados” se agruparan de inmediato en un partido y en torno a principios ideológicos, antes que alrededor de un caudillo con *carisma*. Al contrario, era normal que trasladaran a la urbe sus modelos de comportamiento socio-político (en este sentido, la urbanización del Ecuador ha implicado también un proceso de ruralización), y que tales modelos se conservasen en el nuevo contexto con tanta mayor fuerza cuanto menores eran las posibilidades objetivas de desarrollo doctrinario y organizativo.

Además, la propia ubicación socio-económica del subproletariado, cuya experiencia cotidiana apenas sobrepasa el marco de las relaciones esencialmente primarias (vecindad, paisaje, familia), parece haberse proyectado al terreno político en forma de caudillismo.

11. La amalgama ideológica

Repetidas veces, los intelectuales y políticos ecuatorianos han manifestado su asombro, por el “caos” ideológico de Velasco Ibarra; quien, ya en 1929, escribió que “en las entrañas de la sociedad guardadas están tendencias de la más diversa índole” y que “entre esas tendencias no hay en el fondo contradicción;”¹⁹ y pocos meses antes de ascen-

19. *Democracia y Constitucionalismo*, p. 1.

der por primera vez a la presidencia ratificó que su “ideología es definitiva: liberal-individualista”, pero que “si el socialismo tiene cuestiones aceptables, benéficas, hay que tomarlas de allí. Si el conservadurismo posee algo que sea conveniente, no debe rechazarse. Ni excluirse tampoco las enunciaciones aceptables del comunismo.”²⁰

Fiel a estos propósitos, Velasco no ha tenido reparos en seguir proclamándose liberal a la par que católico, y hasta en poner de relieve su admiración por el socialismo: “He aquí, señores, lo que es el velasquismo: una doctrina liberal, una doctrina cristiana, una doctrina del socialismo”, ratificó en su discurso del 23 de noviembre de 1960.

Ahora bien, lo asombroso no es que la mente individual de Velasco haya llegado a fabricar tal amalgama, sino el hecho social, él sí inquietante, de que esa mixtura ideológica haya tenido tanto éxito.

Para comprender cómo pudo ocurrir este fenómeno es necesario partir de una constatación fundamental: la de que América Latina, y en este caso particular el Ecuador, es una sociedad dependiente, cuya superestructura ideológica se caracteriza, de una parte por su origen “exótico” (en el sentido de que no ha nacido en la formación histórico-social latinoamericana), y, de otra parte, por la tensión permanente que supone la necesidad de adaptación de esos elementos ideológicos a la realidad particular de América Latina. Ello determina, en primer término, un relajamiento de la cohesión interna de las ideologías teóricas (o una redefinición a veces total de los elementos de las ideologías prácticas), así como la pérdida de muchas de las implicaciones o connotaciones que originariamente tuvieron en la formación social que las produjo. Examinemos algunos ejemplos.

Arturo Usler Pietri habla del carácter “aluvial” de la literatura hispanoamericana, en el sentido de que cada corriente se superpone a la anterior sin cancelarla: “En ella nada termina y nada está separado. Todo tiende a superponerse y a fundirse. Lo clásico con lo romántico, lo antiguo con lo moderno, lo popular con lo refinado, lo racional con

20. *El Comercio*, Quito, 3-XI-1933.

lo mágico, lo tradicional con lo exótico. Su curso es como el de un río, que acumula y arrastra aguas, troncos, cuerpos y hojas de infinitas procedencias. Es aluvial.”²¹

Por su parte, Walter Palm advierte un fenómeno semejante en nuestra arquitectura, al decir que “se habría ganado mucho para el entendimiento de la historia del arte colonial hispánico cuando se llegue a aunar el concepto de la sucesión de estilos históricos con el de su coexistencia.”²² Y, en el terreno de la filosofía, Augusto Salazar Bondy constata que “no es insólito encontrar los mismos filósofos europeos acogidos como mentores doctrinarios a la vez por escritores liberales y conservadores”, y cita el caso aberrante del bergsonismo, “que no sólo es acogido y exaltado por los sectores conservadores sino también por los liberales e incluso por los marxistas.”²³

¿Qué significa todo esto? Que, en suma, los “trasplantes” literarios, artísticos y filosóficos a América Latina se realizan en condiciones tales que hasta pierden el carácter negativo o exclusivo de algo, que tuvieron en su lugar de origen.

Una cosa similar sucede con las doctrinas políticas. Carentes de arraigo histórico suficiente en la sociedad concreta en que tienen que funcionar, devienen entidades equívocas, con resonancias existenciales sumamente vagas. Debilitadas en su rigor teórico, amputadas de muchas de sus proyecciones, esas doctrinas dejan, sin embargo, una impronta a veces importante en la población local. Según el mayor o menor tiempo de afincamiento, llegan a introducir en el subconsciente colectivo ciertos modos de percepción de la realidad (caso del catolicismo); a simbolizar determinadas aspiraciones (ejemplo: el liberalismo), o a despertar penosamente tendencias latentes (caso de las doctrinas socialistas).

Velasco parece haber comprendido o al menos intuido estas evidencias y combinado sabiamente (en función de la dominación) los elementos ideológicos acumulados en nuestra sociedad. Del catolicismo

21. *Las Nubes*, Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1956, pp. 70-71. No aceptamos, por supuesto, las conclusiones que él extrae de esta constatación.

22. Citado en Fernando Chueca Goitia en: “Inventario de la arquitectura hispanoamericana”: *Revista de Occidente*, mayo de 1966, p. 259.

23. *¿Existe una filosofía de nuestra América?* México, Siglo XXI, 1968, pp. 19 y 22.

ha tomado los modelos de percepción y los símbolos, que han devenido, respectivamente, la matriz ideológica y el repertorio semántico fundamental de su mensaje político. Del liberalismo ha retenido una abstracta aspiración a la libertad y, del socialismo, un no menos abstracto anhelo de justicia social (del socialismo no científico, claro está). Reduciéndolos a principios equívocos, a sentimientos meramente formales, no ha tenido dificultad en volverlos compatibles. Después de todo, ¿por qué habrían de excluirse necesariamente un catolicismo definido como “bálsamo para los dolores e inextinguible luz en las tinieblas del humano destino;” un liberalismo que “se reduce” (sic) a “respetar la conciencia del hombre y su personalidad,” y un socialismo que no sería otra cosa que “un sentimiento de amor, de generosidad, de desprendimiento,” según Velasco Ibarra?²⁴

Si los mismos literatos, artistas y filósofos de América Latina, o sea sus “élites” intelectuales, no han tenido reparos en amalgamar las corrientes y estilos más diversos, ¿con qué derecho reprochar al subproletariado ecuatoriano, que por primera vez intervenía en las contiendas “cívicas” organizadas por la burguesía, el que no haya encontrado contradicción en este sincretismo político elaborado con “lo mejor” y “más puro” de cada doctrina?

12. El enfoque religioso de los problemas políticos

Suficientemente perspicaz para advertir que le tocaba actuar en un momento histórico en que el poder *institucional* de la Iglesia se debilitaba, Velasco no intentó, como los partidos políticos del partido conservador, apoyarse en ese poder “temporal”, es decir en el clero. Al contrario, se pronunció desde los comienzos de su carrera contra la intervención de éste en los asuntos del Estado.²⁵ Pero fue, asimismo, bastante sagaz para comprender que el secular proceso de colonización católica había dejado huellas ideológicas indelebles en nuestra población y que a ese nivel convenía actuar. Toda su astucia consistió, pues, en no recurrir al clérigo con hábitos, que poca autoridad ejercía ya sobre la población “marginal”, sobre todo de la Costa, sino más bien al clérigo invisible que subsistía en el “fuero interno” de este sector social.

24. *Conciencia o Barbarie*, pp. 48 y 65.

25. *Ibid*, p. 25.

Examínense con detenimiento los discursos de Velasco y se constatará que el caudillo jamás enfoca los problemas en términos socio-políticos, sino desde un ángulo estrictamente religioso y moral. Aparte de sus múltiples afirmaciones en el sentido de que el problema del Ecuador es moral (cosa que no ha dejado de repetir durante 40 años de actividad política), su “doctrina” consiste en enfocar la problemática del país como resultado del enfrentamiento entre el “bien” y el “mal”. En 1929 invitó ya a los ecuatorianos a “consagrarse a la lucha contra el mal,”²⁶ en 1969 encontramos que no ha modificado un ápice de su visión:

“Los filósofos persas explicaban la trágica agitación humana entre abismos lóbregos y alturas luminosas por la lucha entre el Mal, sustantivamente personificado, y el Bien, asimismo sustantivamente personificado. La batalla debía decidirse en favor del Bien gracias a la cooperación de los hombres. Tal vez esta versión metafísico-poética, como todo lo que es poesía, contenga muy grande verdad.”²⁷

Que una visión como ésta, claramente religiosa, haya podido trasladarse al terreno político y ser acogida y aplaudida hasta el delirio por amplios sectores de la población, sólo se explica por el hecho de que estos se encontraban fuertemente impregnados por los modelos católicos de percepción de la realidad, que han servido, incluso, para redefinir los “principios liberales y socialistas” los interpretados a la amalgama velasquista.

Aun esa tendencia al rescate mítico-ritual que se observa claramente en la conducta del subproletariado ecuatoriano, sólo es comprensible a partir del ceremonial cristiano y su simbología.

Pensemos, por un momento, en lo que tales símbolos pueden representar para nuestros campesinos. En la “tierra” y el “cielo”, por ejemplo, como verdad y espejismo. Y que, entre los dos, la práctica religiosa se ofrece como mediadora. Es ella la que colma el vacío de la tierra arrebatada con la ilusión de una Tierra Prometida la que diluye la imagen del amo rubicundo en la ascética figura del hombre-dios sufrido; la que, trastocando símbolos, articula míticamente el amor, el látigo

26. *Democracia y Constitucionalismo*, p. 287.

27. Mensaje al Congreso Nacional: 10-VIII-69.

y la sangre, en una especie de cruel, confusa poesía. Ella la que convierte al blanco martirizador, en la ceremonia momentánea, en objeto de martirio; la que por medio del ritual salva la distancia entre la realidad y su ideología que de la palabra hace brotar el Verbo, encarnación del carisma. De este modo, el poder terrenal se justifica. Nace de la pasión, del sacrificio del Todopoderoso y no, como en la realidad, del sacrificio de los oprimidos. Gracias a una serie de mediaciones míticas, el sistema se rescata, se bautiza cada día.

Esta es la escuela real y suprarreal en que han sido ideologizados los dominados del país durante tantos siglos. ¿Qué de raro, entonces, que ese modelo de “liberación” los haya guiado en sus primeros pines políticos, como subproletarios, y que en el mismo momento en que parecían designados del sacerdote con hábitos haya reflatado en ellos el clérigo interiorizado?

Incapacitados para transformar la realidad, nuestros “marginados” se limitaron, pues, a exorcizarla con ceremonias y ritos religioso-políticos. Y eligieron como sumo sacerdote a un caudillo que fuera la contraimagen del amo aborrecido y pareciera reunir, más bien, los atributos morales y hasta físicos del hombre ideal del cristianismo.

Por esto, se vuelve imprescindible decir algo siquiera sobre los aspectos mítico-simbólicos del velasquismo.

13. Los contornos del mito

De Velasco “profeta” o “apóstol” guardamos recuerdos muy precisos, que no pueden desprenderse del impresionante repiquetear de campanas que, mezclado a los ensordecedores vitores, constituyó el fondo sonoro de su triunfal arribo al Ecuador, con mayo de 1944. Magro y ascético, el caudillo elevaba sus brazos como queriendo alcanzar igual altura que la de las campanas que lo recibían. Y en el momento culminante de la ceremonia en el éxtasis, su rostro también, y sus ojos, su voz misma apuntaban al cielo. Su tensión corporal tenía algo de crucifixión y todo el rito evocaba una pasión, en la que tanto las palabras como la *mise en scène* destacaban un sentido dramático, si es que no trágico de la existencia. Comprendimos, entonces, que esas concentracio-

nes populares eran verdaderas ceremonias mágico-religiosas y que el velasquismo, hasta cierto punto, era un fenómeno ideológico que desbordaba el campo estrictamente político.

En efecto, ¿no serán los detalles brevemente reseñados indicios inequívocos de la explotación de una simbología de estirpe religiosa? ¿No será la figura distante y austera del mesiánico caudillo, el correlato de la del ascético Cristo en el subconsciente del subproletariado ecuatoriano? ¿No habrían identificado así, al Hombre, esas masas de excam-pesinos desamparados que, como luego se verá, jamás exigieron a Velasco palmadas en la espalda ni sonrisas coquetas, sino únicamente que jugara a comprenderles y a sufrir?

Velasco no ha sido solamente el “profeta” del subproletariado, mas también su sacerdote supremo. En 1933 él mismo escribió: “La profesión especial del clero... es elevar a los humildes indicándoles la trascendencia del racional destino.”²⁸ Tres décadas más tarde, un periodista nos lo describe desempeñando estrictamente ese papel:

“Hace pocos minutos yo había visto, en esa misma casa, llorar a sus partidarios. El les había hablado con acento patético, crispando las manos. ‘La tierra es demasiado pequeña para el ser humano’... ‘El viene del cielo. Vuela hacia el cielo’.”²⁹

Indicarles “la trascendencia del racional destino”, he ahí la primera cosa que Velasco ha hecho con nuestros marginados. Ha sabido hablarles del “paso triunfante de tu dirección sublime hasta el insondable mar de lo bello, de lo integralmente justo y lo profundamente humano;”³⁰ y estas frases huecas, demagógicas para otros sectores sociales, han impresionado a esta gente desamparada, ansiosa de sentirse integrada a la sociedad y de reivindicar aunque sólo fuera una abstracta “dignidad humana”. Rescate subjetivo, ideológico, pero de gran impacto entre aquellos olvidados que alguna vez declararon a un investigador que en Guayaquil no tenían más protección que la de Dios, la Virgen y “una señora del barrio Urdesa que regala plátanos.”³¹

28. *Conciencia o barbarie*, p. 26.

29. *El Tiempo*, Quito, 7-VIII-66.

30. *Conciencia o barbarie*, p. 26.

31. Javier Espinosa: *Aculturación de indígenas en la ciudad de Guayaquil*. Guayaquil, Ed. Casa de la Cultura, 1965, p. 22.

Por lo demás, y explotando el modelo “paternalista” de la religión y de las prácticas rurales tradicionales, Velasco ha procurado encarnar también el papel simbólico o de padre de nuestros marginados. Declaraciones como la siguiente dejan poco lugar a dudas sobre el particular:

“Usted es el padre de los pobres y los desamparados... y por tanto nuestro padre; de ahí que nuestras esposas lucharon por usted en la campaña electoral.”³²

Frases pronunciadas por un policía, en el momento en que Velasco desbarataba una huelga de estos amonestándolos, precisamente, como un indignado padre.

Figura paternalista, pues, pero de padre chapado a la antigua. “Usted sonríe poco, ¿por qué?”, le preguntó un periodista. “Comprendo el dolor de los hombres”, contextó lacónicamente el entrevistado.³³ Y es cierto que, fiel al papel dramático que se ha impuesto desempeñar, el caudillo sonríe rara vez.

Ascético en sus costumbres, la iconografía popular lo ha consagrado como el hombre que no fuma ni ingiere licor. Severo en su vestir, ni siquiera el calor del trópico consiguió hacerle abandonar su traje oscuro en la reunión de presidentes americanos en Panamá hace algunos años. “Magro y austero como un cura de aldea”, como lo retrató entonces la revista *O Cruzeiro*.

Su panegirista Raúl Touceda anota que “tanto en invierno como en verano —quién sabe por qué pudor personal— usa chaleco.”³⁴ Y mal podríamos imaginar a Velasco trivializándose a la manera norteamericana en sus campañas electorales. A sus partidarios les extiende, cuando más, su huesuda mano; de resto, se mantiene siempre distante, circunspecto, rodeado de un hálito de extracotidianidad. Un periodista llegó a afirmar, por esto, que es imposible suponer a Velasco en la silla de un lustrabotas o en el sillón de una peluquería.³⁵

En cuanto a la pobreza del “profeta, ella también ha sido elevada a un plano mítico, o por lo menos colocada en el nivel de una leyenda que

32. *El Comercio*, Quito, 5-I-69.

33. *El Tiempo*, Quito, 7-VIII-65.

34. En: *El Velasquismo una interpretación poética...* p. 16.

35. Luis Monsalve Pozo, “Introducción” a los *Ensayos filosóficos* de José Peralta. Cuenca, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1961, p. 1.

empieza con el relato de una anciana que aseguraba haberlo visto volver de su primer exilio con el mismo vestido con que partió, y termina con la afirmación del propio Velasco en el sentido de que, pese a su amor por las piezas trágicas y dramáticas, se privó de verlas en el teatro Colón, de Buenos Aires, debido al alto costo de las entradas.

Y sus turiferarios no dejan de insistir en detalles como estos: que salió “desterrado a la República de Colombia sin un centavo en los bolsillos”, o que en 1947 “cae de nuevo del poder y lo expatrian a la Argentina en la misma insolvencia económica de antes”,³⁶ situación que le obliga a vender hasta sus medallas y condecoraciones.³⁷

Naturalmente Velasco ha explotado al máximo esta leyenda. “Yo soy tan pobre como vosotros y quiero quedar siempre pobre para no amar otra cosa que el ideal y el combate por el ideal,”³⁸ dirá y repetirá al pueblo, asegurándole: “No busco nada para mí. No busco el bienestar y el dinero. Quiero seguir siendo pobre para tener el alma revolucionaria.”³⁹

Cultiva, pues, una imagen de desapego y renuncia a los bienes de “este” mundo, y a su ascetismo físico y moral, de cuño evidentemente religioso, añade la garantía de una “naturaleza” inmutable, que lo abriga de cualquier contingencia social. “Yo no os he de traicionar moralmente. Es imposible por mi temperamento. En esto no hay mérito alguno, porque mi temperamento es así,”⁴⁰ afirma, y en repetidas ocasiones ha manifestado que no puede dormir más de 4 o 5 horas diarias, porque su “naturaleza” se lo impide.⁴¹

Ser natural y no social, Velasco se yergue entonces, invulnerable, en el ciclo de su mitología. Ubicado en sitial tan alto, ni siquiera le son imputables las inmoralidades o errores cometidos durante sus administraciones: de tales debilidades “humanas” sólo pueden responder sus “malos” colaboradores.

36. Jorge Rivera Larrea: *Veinte y siete años de velasquismo*, Quito, Ed. Santo Domingo, 1960, pp. 14 y 16.

37. Raúl Touceda, op. cit., p. 16.

38. Discurso de 17-XI-45.

39. Discurso de 11-VII-45.

40. *El Comercio*, Quito, 5-VIII-44.

41. *El Comercio*, Quito, 6-VI-68, por ejemplo.

En realidad, el único papel verdaderamente “profano”, de hombre de carne y hueso, que el pueblo haya atribuido a Velasco es el de *Doctorcito*. Es decir, el de letrado. Mas no cabe olvidar que tal papel está revestido en nuestro país de un contenido simbólico especial.

Los libros, las letras, la escritura, se ofrecieron y se ofrecen al aborigen ecuatoriano como un componente importante de la magia extranjera. La biblia del padre Valverde fue la magia negra que secretaba muerte. El misal, con sus efluvios esotéricos, sigue siendo un continente cargado de admoniciones, ilusión y misterio. El papel sellado, es un vaticinio siniestro.

Pero junto a esto también la magia blanca de las letras: la del Código del Trabajo o la Ley de Reforma Agraria, en estos últimos tiempos. Y es precisamente el “doctorcito” el encargado de convencer a la población dominada de que allí, entre tantos jeroglíficos, está la justicia.

Velasco ha desempeñado, pues, el papel de profeta, sacerdote y padre de nuestros subproletarios, y además el de su “abogado”. Ha sido la figura simbólica tutelar que les ha permitido tener la ilusión de incorporarse a una sociedad que los marginaba y que, después de cuarenta años de velasquismo, los sigue marginando. Ha sido, en suma, la máscara más sutilmente ideologizada de la dominación.

Aun el tan mentado “nacionalismo” de Velasco debe ser interpretado en este plano, ya que no ha consistido en una posición doctrinaria coherente, capaz de producir efectos objetivos. Apenas si es un abstracto sentimiento de orgullo “patrio”, ubicado, como lo confiesa el propio caudillo, en el “interior del hombre.”⁴² Verbalismo demagógicamente rentable, sin embargo, en la medida en que ha contribuido a que el subproletariado tenga la sensación, ilusoria por cierto, de incorporarse a la “comunidad” nacional también por ese camino.

14. Para concluir

He aquí los aspectos más relevantes del velasquismo, fenómeno que ha impuesto su marca aparentemente original a la política ecuatoriana durante los últimos cuarenta años. Como hemos tratado de de-

42. Discurso de 28-V-45.

mostrarlo a lo largo de este estudio, no es cuestión de un simple fenómeno de caudillismo, reductible a la personalidad del líder, sino de un hecho complejo, profundamente arraigado en la particularidad histórica de la formación social ecuatoriana.

Esta particularidad, claro está, debe ser definida en primer término por la situación de dependencia, sin la cual resulta imposible explicar un fenómeno político que, como el velasquismo, nace precisamente en el momento en que la gran crisis del sistema capitalista mundial sacude la frágil estructura de una sociedad articulada a él a través del sector agroexportador, predominante en la formación interna de nuestro país. Pero también cabe recalcar que aquella crisis, que de hecho implica un relajamiento temporal de los vínculos con la Metrópoli, no significó para el Ecuador una oportunidad de iniciar el “despegue” industrial ni mucho menos, sino que tuvo por efecto la acentuación de ciertas contradicciones internas específicas, originadas en la profunda heterogeneidad estructural de la sociedad ecuatoriana.

Dada la importancia que aún seguía teniendo el modo de producción servil a nivel nacional, fueron las fuerzas sociales arraigadas en él las que resurgieron en el primer plano de la escena política al amparo de la crisis de 1929. Así que el velasquismo no nació como una fórmula de arbitraje entre burguesía industrial y oligarquía agroexportadora, ni como instrumento de manipulación del proletariado naciente, como parece ser el caso de los populismos argentino y brasileño, sino como una fórmula de “transacción” entre una burguesía agromercantil en crisis y una aristocracia terrateniente todavía poderosa, y, en otro plano, como medio de manipulación de masas predominantemente *subproletarias*. Después, el velasquismo continuó desarrollándose como factor de equilibrio precario entre los intereses de una clase dominante en su conjunto débil y fraccionada hasta el extremo, a la vez que como expresión compleja de aquel fenómeno de “marginalidad”, consecuencia inevitable, tanto de la crisis y avatares del modo de producción capitalista predominante como de la conflictiva articulación de éste con la economía mundial y con los sectores precapitalistas nacionales. Por ello, aun a nivel ideológico, el velasquismo representó una combinación de elementos estructurales heterogéneos, amalgamados al calor de una demagogia mistificadora.

Ligado a un momento preciso de nuestra historia, es natural, entonces, que el velasquismo toque a su fin por razones que van más allá del agotamiento personal del caudillo. Esta forma sutil de perpetuar al menor costo social las condiciones político-ideológicas de la dominación, agoniza no solamente en función de la elevación del nivel de conciencia de las masas, sino de la extinción histórica de la coyuntura que lo engendró.

¿Caudillismo o Populismo*

Pablo Cuvi

*. Capítulo V del libro *Velasco Ibarra: el último caudillo de la Oligarquía*. Instituto de Investigaciones Económicas. Universidad Central del Ecuador, Quito, 1977.

En su precipitada versión de la Conferencia de Guayaquil y refiriéndose a la narración de Bartolomé Mitre, Velasco plantea la ruptura típica de la historia liberal, que se expresaría en la diferencia entre los hechos históricos reales y su interpretación posterior. Según Velasco, en un primer momento Mitre narra la verdad de los hechos, en un segundo los tergiversa. Para nosotros, Mitre —colaborador de Sarmiento en la masacre de las montoneras del interior argentino— en el acto mismo de narrar los hechos ya los está distorsionando de acuerdo con su ideología y con los intereses que defiende. Exactamente lo mismo acontece en la narración que hace Velasco de su actividad política y de los hechos históricos en general. Por esta razón se dice que los hombres hacen la historia hacia adelante y también hacia atrás.

La ideología burguesa impuso la creencia de que la historia era una serie cronológica de hechos aislados, realizados generalmente por individuos notables —esa es “la verdad de los hechos”— a quienes, en determinados casos, acompañaba el “pueblo” como un tono unívoco. En la primera parte analizamos el mecanismo ideológico destinado a hacer aparecer los intereses de la burguesía como los intereses generales. Aquí nos interesa rescatar el objetivo de la ciencia de la historia y la importancia que tiene el estudio del velasquismo en el momento actual.

El triunfo de la burguesía liberal produjo una relectura de los hechos y una reescritura de la historia: basta comparar a Juan de Velasco con Oscar Efrén Reyes para comprobarlo. La nueva clase necesitada de un mundo hecho a su imagen y semejanza: el capital adquirió los atributos divinos y se volvió natural, eterno e inmutable. Hoy, el avance de la clase obrera nos obliga a realizar una lectura objetiva del proceso so-

cial. Si la verdad es revolucionaria, no existe ninguna necesidad de tergiversar los hechos históricos. Al contrario, se trata de descubrir el proceso real de la sociedad ecuatoriana, no simplemente para modernizar su interpretación, sino para colaborar en la transformación de una sociedad dividida en clases en una sociedad socialista. Ese es, en definitiva, el objetivo del análisis histórico.

Lo anterior nos lleva a plantear el estudio desde otro ángulo: ya no se trata de buscar la realidad oculta a partir de lo que Velasco dice en la entrevista y en sus escritos, ni de cotejarlos con los hechos históricos para demostrar las evidentes distorsiones de su discurso. Las ideas y las acciones de los individuos pueden ser importantes, mas nunca son determinantes. El trabajo consiste ahora en responder a una serie de preguntas del tipo siguiente: ¿qué significó el velasquismo? ¿por qué apareció, qué peso tuvo en el subdesarrollo del país y por qué duró más de cuarenta años?, ¿qué importancia tienen factores como la débil industrialización y el régimen oligárquico en ese proceso?, etc.

En síntesis, se trata de enmarcar el velasquismo en el desarrollo del capitalismo ecuatoriano con el objeto de ayudar a esclarecer la situación presente y las tendencias futuras del sistema. Es evidente que el proyecto implica un largo y profundo estudio de nuestra sociedad, y del velasquismo en particular. Existen, por ahora, ensayos parciales que utilizaremos como punto de partida, con una pequeña aclaración. En general, el material sobre el que se trabaja influye en el método de su análisis. La entrevista que es el centro de esta publicación nos obligó a seguir el camino viejo, es decir, a basarnos en el discurso del caudillo y a conceder mayor importancia a los factores ideológicos. Sin embargo, el hecho mismo de analizar la apariencia del fenómeno determinó la necesidad de elaborar un esquema histórico a partir de las relaciones de producción. La investigación demostró la correspondencia entre la ideología católico-liberal de Velasco y la ideología dominante, y entre su moral política práctica y la crisis de hegemonía del sistema.

El resultado obtenido plantea un problema inquietante: la diferencia cualitativa que se observa entre el velasquismo—visto por ahora a través de su líder— y los populismos sudamericanos, cuyo ejemplo típico es el peronismo. No se trata simplemente de una comparación de orden académico-deportivo destinado a buscar el membrete adecuado

para el velasquismo. Como veremos luego, el problema gira alrededor de las relaciones de producción, de la lucha de clases y de la industrialización, factores que determinan el desarrollo de la burguesía industrial y de la clase obrera y ante los cuales el aspecto ideológico y la personalidad de los líderes pasan a segundo plano. No obstante, el análisis ideológico de la entrevista y el hecho de que la gran mayoría de las interpretaciones sigan el camino tradicional nos llevan a realizar primero una breve crítica de los ensayos más significativos sobre el tema, empezando por uno de esos gringos que nos envía el Imperio para que nos expliquen, en inglés, la causa de nuestros sufrimientos.

La democracia ideal frente al caudillismo de Indias

Entre los múltiples técnicos norteamericanos que arribaron al país cuando Mr. Galo Plaza se empeñaba con éxito en convertir al Ecuador en una dependencia de la United Fruit, llegó el día Mr. George Blanksten, un profesor de ciencias políticas muy interesado en descubrir por qué los indios ecuatorianos no podíamos vivir democráticamente. Luego de recorrer el país abusando de la ingenua hospitalidad de los campesinos y de los archivos reservados a los cuales sólo ellos tienen acceso, Blanksten retornó a los Estados Unidos, donde publicó el resultado de su investigación.¹

En la “Advertencia” del libro, un colega destaca la importancia del estudio comparativo de los sistemas políticos como método para superar la ignorancia respecto de América Latina. Estamos en 1950. Estados Unidos es ya la potencia hegemónica del capitalismo mundial y sus relaciones de dominación con estos países empiezan a modificarse: el capital multinacional está interesado en la inversión industrial. Para ello, a nivel político, necesita modernizar y racionalizar el funcionamiento de los Estados dependientes. El modelo ideal no es otro que la democracia del Norte.

Surge entonces la Teoría del Desarrollo. Mr. Rostow descubrirá a poco las cinco etapas que deben transitar los países subdesarrollados para alcanzar el nivel del arquetipo. Obviamente se trata del camino re-

1. George Blanksten, “Ecuador, Constitutions and Caudillos”, University of California Press, 1951. La traducción de las citas que vienen a continuación es nuestra.

corrido por los países capitalistas desarrollados. El take-off (despegue) se produce cuando el producto interno bruto supera el 10% de crecimiento anual (tercera etapa). Obviamente también, Rostow pasa por alto el hecho de que el desarrollo de esos países se hizo a costa del subdesarrollo y de la explotación de nuestros pueblos, razón por la cual su modelo, a más de ser falso, es tendencioso y destinado al fracaso.

De una manera similar se plantea el estudio comparativo de los sistemas políticos. El dólar está en su apogeo, los muertos de Corea refuerzan el macarthismo y la democracia yanky es el mayor y último logro de la humanidad. Entonces, el modelo se opone por un lado a las dos variantes del “totalitarismo”: el fascismo y el comunismo, maquiavélicamente agrupados bajo esa categoría; y por el otro, a los pueblos que están saliendo de la barbarie y cuyos sistemas—por ejemplo, la “monarquía”—son anteriores al tiempo del parlamentarismo.

No interesa refutar aquí el absurdo camino a la libertad que defiende Mr. Blanksten. Lo que importa es revisar su definición y explicación del caudillismo—fenómeno en el cual incluye a Velasco—por cuanto algunos de sus planteamientos son compartidos por los grupos más retrógrados del Ecuador, y otros describen hechos reales interpretados a su manera.

El Capítulo III, *Political Instability in Ecuador*, lleva el título del asunto que más le preocupa: la inestabilidad política del Ecuador. Para Blanksten, el problema surge del acoplamiento de los patrones culturales de los indios con los patrones de los españoles. Ese acoplamiento se da por cuanto los dos pueblos creen en el derecho divino de los gobernantes, creencia que les lleva a la aceptación del autoritarismo. Además, porque la *tradición indoamericana de sumisión y obediencia* (Mr. Blanksten no escuchó jamás la historia de los Araucanos, de Manco Inca y Cahuide, de Rumiñahui, Daquilema y Túpac Amaru) se complementa con el desdén del caballero al trabajo manual. De allí nace la intuición de la monarquía. En definitiva, los factores ideológicos—patrones culturales en su lenguaje—determinan los sistemas políticos y las relaciones sociales de producción.² A partir de ellos, el técnico ha des-

2. En esta visión se basa una receta típica de los demócratas: primero hay que educar al indio, prepararlo culturalmente para el ejercicio de la democracia.

cubierto la clave del dilema: hasta mediados del siglo XX el Ecuador es en realidad una monarquía.

Con ese antecedente ya no puede sorprendernos la definición que da a continuación: “Se llama caudillo al monarca con ropaje republicano que continúa la tradición monárquica del Ecuador”. Sin embargo, la sucesión monárquica no está legalizada formalmente. Por ello, “el caudillismo emerge del medio ambiente cultural, espontánea y caóticamente, como un método de selección de los gobernantes *naturales*”. Con tres plumazos el demócrata ejemplar nos ha situado en el corazón de la barbarie y ha proporcionado la justificación para la intervención yanqui: un pueblo como este sólo puede ser conducido a la democracia por la fuerza. (Así concebía el problema la Junta Militar impuesta por la CIA en 1963).

Por plantear el caudillismo en términos culturales, naturales e individualistas, Blanksten no puede superar la apariencia del fenómeno. Así, cuando anota correctamente que el caudillo es producto de una lucha constante por el poder al interior de la clase dominante (*a constant intra-class struggle for power... within the ruling class*) inmediatamente nos dice que el enfrentamiento se da, primero, a nivel de rivalidad personal, luego, de regionalismo y en tercer plano por diferencias ideológicas. Los factores económicos que determinan la lucha de las fracciones dominantes, como era de esperarse, no aparecen en escena. En definitiva, la historia del país es producto del odio personal entre Urbina, García Moreno, Alfaro y Plaza, a pesar de que los cuatro son costeños y tres de ellos “liberales”.

No obstante, el autor describe algunos aspectos interesantes del caudillismo, por ejemplo, que este “vive en relación simbiótica con el militarismo... una gran fuerza en la vida nacional ecuatoriana”. De allí que el caudillo, a más de ser inteligente y de verse a sí mismo como indispensable, sea generalmente un militar. El caudillismo y el militarismo son, en realidad, la norma orgánica de la forma de vida republicana; la aplicación de las constituciones escritas es la excepción.

Este hecho le lleva a diferenciar entre constitución escrita y constitución “real”. Esta puede ser definida como: “el sistema existente de relaciones de poder que opera al interior de un Estado”. Entre los princi-

prios de la constitución “real” del Ecuador, anota que sólo el 15% de la población participa políticamente y controla el poder público. Se trata del grupo de los “blancos”. (Mr. Blanksten diferencia a las clases sociales por el color de la piel, pero sus observaciones en el terreno le obligan a utilizar las comillas. La ideología imperialista y la ambigüedad de su método no le permiten ser riguroso ni siquiera a nivel de las apariencias). El séptimo principio —en nuestra opinión el más real— consiste en que: “El sistema político es mantenido por instrumentos de poder tales como la propiedad de la tierra, la iglesia católica, las fuerzas armadas, la distribución clasista del alfabetismo, y en menor grado, las leyes de la república”.³

En conclusión, las constituciones escritas no tienen relación con las “reales”. Este desfase explicaría las innumerables “revoluciones” —definidas como cambios inconstitucionales de gobierno— y el loco afán de los doctores urbanos —a quienes Blanksten compara justamente con los brujos indígenas— de solucionar la crisis con nuevas constituciones que no corresponden con la realidad. En ese nivel de análisis su crítica es correcta. Sin embargo, la explicación radica en otros factores: la crisis del Estado oligárquico que se inicia a principios de los 20, y que todavía no ha sido resuelto definitivamente, vuelve imposible el funcionamiento de una constitución a largo plazo por la sencilla razón de que la clase dominante no tiene ningún proyecto real del Estado que pretende legalizar.

Un caso de estudio

A continuación Blanksten realiza una breve descripción del segundo gobierno de Velasco Ibarra, definido como “un estudio de caso del caudillismo”. Fiel a su método, plantea la “conspiración” que se inicia en diciembre de 1943 como una cuestión de rivalidad personal. Para ello cita la respuesta que le da Arroyo del Río en una entrevista personal: “yo odiaba a Velasco Ibarra, yo sabía que si él llegaba a la presidencia, arruinaría el país”.

3. Aquí Blanksten se anotó un punto indiscutible. Si abandonaba el mito monárquico y relacionaba esos y otros instrumentos de poder con las clases sociales podía haber encontrado una interpretación menos tendenciosa del caudillismo.

Luego describe a Velasco como un “caudillo menor” cuyo pensamiento, basado en el individuo, rechaza el comunismo y el fascismo. (Recuérdese la oposición: democracia-totalitarismo). Su forma de gobierno es una democracia adaptada a los “blancos” y orientada a la construcción, por parte del Estado, de obras públicas y de ‘caminos para la libertad’. Sin embargo, y esta es una contradicción que ya analizamos en la primera sección, “Velasco Ibarra cayó inevitablemente en el exasperante dilema de muchos otros liberales latinoamericanos: el demócrata “opuesto a la intervención del Estado” debió embarcarse en un programa de intervención estatal de una magnitud sin precedentes en orden a establecer un ambiente conducente a la libertad”.

Para nosotros, la contradicción entre teoría y práctica no es patrimonio de los liberales. De allí que, sin tergiversar la visión de Blanksten, podemos permutar “capitalismo desarrollado” por “libertad” y anotar que desde los años 20 los Estados latinoamericanos se vieron obligados a incrementar su intervención para impulsar el desarrollo del capitalismo dependiente. Ya veremos qué papel jugó Velasco, cuya política económica no conducía ni siquiera a esa “libertad”.

Finalmente, el autor apunta tres hechos que demuestran la debilidad de Velasco como caudillo: no pudo atraerse el apoyo seguro de los líderes de los partidos políticos; no pudo solucionar el problema del regionalismo (la lucha interna de la clase dominante diríamos nosotros) y, no siendo militar, no podía controlar las fuerzas armadas. Anotemos en favor de Blanksten que esas deducciones, obtenidas luego del segundo velasquismo, conservarían su validez más tarde.

En síntesis, Blanksten interpreta el velasquismo a través de su original definición del caudillismo, término que toma de la historia nacional para convertirlo en sinónimo de monarquía disfrazada. Su método descriptivo parte de los “patrones culturales” y de las apariencias políticas y no supera ese nivel. Si bien reconoce fenómenos políticos importantes, tales como la ruptura entre la estructura de poder real y la democracia formal, ruptura que desemboca en soluciones caudillistas o militaristas, su ideología imperialista proporciona elementos “científicos” para un típico argumento de la burguesía criolla: “nuestra crisis es producto del mestizaje de una raza de esclavos con una raza de vagos, este pueblo no está apto para la libertad. ¿Por qué el Gran Dios no per-

mitió que nos conquistara Sir Frances Drake o Sir William Right, hijos de una cultura rubia buena para el trabajo y para la masacre de indios?”. (De esa manera los técnicos inofensivos preparan el camino para la penetración de la “democracia” norteamericana). Por último, las características que anota respecto a la personalidad del caudillo son una aplicación mecánica del esquema de Max Weber sobre el líder carismático y tienden a centrar la explicación en los aspectos psicológicos “originales” del caudillo, ocultando la lucha de clases.

Un texto sin contexto

En la revisión de algunas interpretaciones del velasquismo nos tomamos con otro trabajo que se dejó atrapar por la personalidad y por el discurso del caudillo y que no logró —o no se propuso— dar una explicación socio-política del caudillismo: nos referimos al estudio de Lautaro Ojeda.⁴ Sin embargo, por tratarse de una tesis de grado realizada en la Universidad Católica de Lovaina, a la cual el autor no ha deseado conceder mayor difusión, limitaremos las observaciones a los aspectos más generales.

Uno de los tres autores en los cuales Ojeda declara haberse inspirado es justamente Blanksten, pero en el estudio no aparece ninguna crítica a su concepción. Eso puede explicar algunas de las debilidades del trabajo. No obstante, la nueva definición del caudillismo como “fruto de una realidad económica social desarticulada, constantemente crítica, conjugada con una fuerte personalidad”, indica otro camino de investigación, aunque los puntos que el autor dice haber dejado de lado, tales como el análisis de las clases sociales y de su lucha política (no menciona siquiera la estructura económica), son para nosotros la clave del fenómeno. Su ausencia determina que el estudio se quede en el aire y que al final no sepamos dónde encajar la supuesta “cosmovisión trágica” de Velasco, ni entendamos cómo un existencialista que terminó respetando a Marx pudo gobernar cinco veces este país, a pesar del buen análisis que realiza Ojeda de la estructura de los discursos “lindos” de Velasco.

4. Lautaro Ojeda. “Mecanismos y Articulaciones del Caudillismo Velasquista”, Junta Nacional de Planificación, Quito, 1971.

Teóricamente, esa ambigüedad es producto de la falta de una teoría social que abarque el fenómeno en su totalidad. Metodológicamente, del uso indiscriminado de algunas categorías arrancadas de dos métodos diferentes e integradas artificialmente. Se trata del estructuralismo genético de Goldman, del cual Ojeda saca las categorías de “cosmovisión” y “visión trágica”; y de los análisis estructurales de Barthes, de quien toma el “lenguaje objeto” y el “metalenguaje”. Pero no interesa entrar aquí en una discusión sobre el estructuralismo. Más importante es anotar que el hecho mismo de partir de “Le Dieu Caché”, libro en el cual Goldman analiza la cosmovisión de Pascal, filósofo francés del siglo XVII, limita profundamente y determina el resultado de la investigación. Si se plantea que Velasco tiene una visión trágica de la vida, lo único que se puede demostrar es que Velasco tiene una visión trágica de la vida.⁵

Para evitar ese aislamiento, cuando estudiamos la ideología de Velasco planteamos su correspondencia con la ideología dominante y no con cualquier tendencia predeterminada de pensamiento. Así descubrimos el amalgamamiento *histórico* de las doctrinas que expresaban la conciencia social de dos fracciones de la clase dominante. Los elementos trágicos del discurso velasquista pueden explicarse a partir de esa matriz y del proceso social. El camino inverso no tiene destino.

El propio autor reconoce la limitación de su trabajo cuando anota que para Goldman el texto solamente es comprensible a través de su relación dialéctica con el contexto o grupo social. Sin embargo, por falta de material, tiempo y equipo, decide “quedarse con los textos”, advirtiendo que la descripción de la realidad ecuatoriana efectuado en la primera parte es incipiente. De esa manera abandona a Goldman y al contexto social.

Una vez demostrada la visión trágica presente en las obras teóricas de Velasco, cuyas características son la paradoja, la muerte y la soledad, Ojeda trata esa visión como el “lenguaje objeto” que va a sufrir un “pro-

5. Algo parecido, aunque más superficial, realiza Eloy Morán cuando plantea seis categorías que según él definen a la ideología fascista y demuestra obviamente que Velasco es fascista. Con categorías ad hoc no sería difícil demostrar que Velasco es pragmatista, cínico, o inclusive, socialista. Eloy Morán, “Estudio Sociológico de Velasco Ibarra”, Revista Economía N° 66, Universidad Central, Quito, 1976.

ceso de mitificación” en los discursos políticos dirigidos a diferentes tipos de audiencia, suponiendo que Velasco convierte en mitos los elementos universales de su cosmovisión. Ello implicaría en buena lógica que en un momento anterior al discurso esos elementos no son todavía mitos sino “objetos” y que Velasco es un “sujeto” creador de mitos. Ojeda lo corrobora cuando afirma que Velasco “el sujeto activo de los discursos... es él quién efectúa una constante evacuación de la realidad en las universalizaciones que utiliza”. Ahora nos explicamos por qué no eran indispensables el proceso de producción ni la lucha de clases y por qué el autor no pudo superar la personalidad del caudillo: el sujeto resulta ser el factor más importante del fenómeno mítico.⁶

Finalmente, en el análisis de la estructura de los discursos de Velasco —que es la mejor parte de la investigación— se anotan algunos mecanismos que hacen más efectiva la comunicación con la audiencia: Velasco atribuye al auditorio los valores *buenos* y a la oposición los valores *malos*, creando un clima afectivo que permite un momento de comunión, que se simboliza en un *don* material o en una promesa, y un momento escatológico en que el auditorio comulga con él en un futuro ideal. En definitiva, la comunicación se produce a nivel de los mitos, punto en el que estamos de acuerdo siempre que se enmarque esta categoría en el proceso ideológico de la sociedad.

En conclusión, Ojeda no supera la visión personalista del caudillismo que nos diera Blanksten, ni logra relacionar la ideología de Velasco con el proceso social. Sin embargo, deja planteada la necesidad de estudiar el contexto. De allí que, luego de comprobar que ni el funcionalismo norteamericano ni el estructuralismo europeo —que pretendieron sobrepasar la visión liberal de la historia— pueden explicar el velasquismo, llegado es el momento de buscar en la otra orilla.

Hacia una sociología materialista

Cuando Agustín Cueva regresó al país con su flamante cartón de sociólogo, la gente se preguntaba para qué, pues, en estos tiempos, al-

6. Refutando esa concepción de la ideología, Mattelart apunta que los mitos no son la construcción abstracta de un individuo o de una clase, sino que están íntimamente relacionados con un modo de producción. Por ello, no puede hablarse de creación de mitos por la clase dominante, sino de administración. op. cit., p. 23.

guien se va a París a estudiar astrología. Eran los años sesenta y las grietas de los viejos Ministerios, que empezaban a cambiar de nombre, se llenaban de kikuyo. La Economía del Desarrollo era la ciencia que todo lo explicaba. Los socialistas de la vieja guardia hacían romerías a Ambato a observar maravillados como las uñas de Juan Montalvo conservaban su eterna vitalidad para luchar contra el pasado feudal, y ahora, gracias a ciertos esmaltes y recortes, contra el futuro socialista. Pero inexplicablemente ninguno se había tomado la molestia de analizar rigurosamente el movimiento político más importante de una larga etapa de crisis: el velasquismo. Los pocos trabajos de interés sobre el tema se movían “entre la ira y la esperanza” de la intelectualidad pequeño-burguesa. En ese contexto Cueva escribió “El Velasquismo: Ensayo de Interpretación”.⁷

La orientación materialista de dicho ensayo abre un nuevo camino a la investigación, camino que estamos empeñados en seguir. Por ello, la crítica debe tomarse como una necesidad común de profundizar en la comprensión de la realidad. Brecht decía que criticar un río es construir un puente. Habría que agregar que ese puente se construye de a poco y en conjunto, y que sólo el movimiento obrero organizado permite avanzar coherentemente en el sentido de la historia. El mismo Cueva anota que esa es “la condición social de producción” de la teoría.

En pocas palabras, el gran mérito del trabajo consiste en plantear el problema en términos de clases sociales y de lucha política; su defecto, en no tocar la base económica —entendida como la articulación contradictoria de las relaciones de producción con las fuerzas productivas y no como una serie de indicadores socio-económicos—, base que determina a las clases sociales y al tipo de Estado, otro punto ausente del análisis. De allí que su lectura deja en el fondo la misma impresión de incertidumbre: no se alcanza a comprender sobre qué bases luchan los diferentes grupos, ni cuáles son sus intereses económicos y sus proyectos políticos respecto principalmente al Estado. Por eso, a pesar de la intención del autor, nuevamente la personalidad de Velasco y los aspectos ideológicos aparecen aquí como factores casi determinantes del caudillismo.

7. Agustín Cueva, “El Proceso de Dominación Política en Ecuador”, Ed. Crítica. Quito, 1973.

Ahora bien, debemos aclarar que la crítica se refiere a un texto de 1970 que el propio Cueva ha superado como puede comprobarse en un ensayo teórico publicado en 1974.⁸ Sin embargo, en nuestro medio, donde su “Proceso de Dominación” y “Ecuador: pasado y presente” – original recopilación de análisis mecanicistas, desarrollistas y marxistas – son los libros de cabecera sobre realidad nacional, y donde la crítica cae atrapada por las oposiciones amistad-elogio-rivalidad política-insulto, es de pesar que todavía no haya revisado sus trabajos prácticos.

Abandonemos por ahora los aspectos generales que sitúan su ensayo para retomar un punto de nuestra búsqueda: la forma y el contenido del velasquismo. Al respecto, Cueva introduce con comillas el término “populista”. Y son justamente las comillas el motivo de nuestra inquietud, ya que en otros párrafos habla indistintamente de populismo caudillista, de caudillismo populista o de caudillismo a secas, ambigüedad que indica el reconocimiento implícito de las serias diferencias entre el velasquismo y los populismos sudamericanos. (Decimos implícito por cuanto no encontramos una caracterización del populismo ni una comparación con el velasquismo).

Ya anotamos que la discusión no es deportiva: se refiere a dos formas diferentes de dominación política que corresponden en Sudamérica a dos etapas del desarrollo del capitalismo. En realidad el autor –y allí estamos de acuerdo– se decide por el caudillismo: el término “populista” parece responder a la necesidad, implícita también, de diferenciar el velasquismo de los caudillismos ecuatorianos anteriores. Sin embargo, el problema queda planteado. Antes de discutirlo, veamos cómo analiza Cueva, bajo el subtítulo de “Ruralidad y Caudillismo”, las raíces del fenómeno:

“Provenientes del campo o de la aldea, donde las instituciones y funciones tienden a encarnarse en los hombres concretos que las ejercen, mal cabría esperar que nuestros ‘marginados’ se agruparan de inmediato en un partido y en torno a principios ideológicos, antes que alrededor de un caudillo con *carisma*. Al contrario, era normal que trasladaran a la urbe sus modelos de comportamiento socio-político (en este sentido, la urbanización del Ecuador ha implicado también un proceso

8. Agustín Cueva, “Problemas y Perspectivas de la Teoría de la Dependencia”, Rev. Difusión Económica N° 3, Universidad de Guayaquil.

de ruralización), y que tales modelos se conservasen en el nuevo contexto con tanta mayor fuerza cuanto menos eran las posibilidades objetivas de desarrollo doctrinario y organizativo".⁹

Lo más importante aquí es que se parte de la base subproletaria y se plantea al caudillismo como una forma tradicional de agrupación y dominación por oposición a los partidos doctrinarios. La diferencia con los caudillismos anteriores radica en el nuevo escenario urbano en el que se produce, mitificada, la relación concreta con el patrón, el cura y la autoridad civil en el campo. El factor dominante sería la ideología "rural" de los "marginados", ideología que se conserva en la ciudad.

Sin embargo, no conocemos en Ecuador algún estudio *objetivo* sobre la ideología del semi-proletario y de la pequeña burguesía tradicional (tenderos, artesanos campesinos, etc.) en su relación específica con los movimientos caudillistas, razón por la cual consideramos sus apreciaciones como hipótesis para futuras investigaciones que deben superar la orientación de ciertos trabajos *sobre el populismo* centrados en los efectos superestructurales y en la contradicción urbano-rural.¹⁰

¿Qué significa el velasquismo?

No hace falta citar a Marx para decir tranquilamente que la trampa está en la pregunta, no en la respuesta. Cuando alguien se pregunta sobre la existencia de Dios es porque todavía no ha dejado de creer en él. Para un materialista congénito —especie posible a pesar de San Ansel-

9. "El Proceso de Dominación Política en Ecuador", p. 102.

10. El libro de G. Ionescu y E. Gellner (compiladores), "Populismo: sus significados y características nacionales", Amorrortu editores, B. A., 1969, reúne ensayos de ese tipo, en particular, "América Latina", de Alistair Hennessy. Las investigaciones de la Junta Nacional de Planificación sobre el estrato popular de Guayaquil y de Machala-Puerto Bolívar proporcionaba elementos aislados que refuerzan la hipótesis, pero que no la comprueban objetivamente: los criterios de estratificación y las deducciones caen en el subjetivismo.

En el estudio de Machal, por ejemplo se unifica en un "grupo ocupacional" a "todos los entrevistados que se dedican a la manufactura o a la artesanía sea en calidad de patronos o de operarios" (p. 121). Y se deduce superficialmente una concepción de la autoridad que daría pie a "prácticas eminentemente populistas" y que sería una "constatación empírica" que coincide con la "concepción mágico-religiosa" del rector planteada por Agustín Cueva (p. 141). "El Estrato Popular Urbano: Machala-Puerto Bolívar", JUNAPLA, Quito, 1976.

mo— la cuestión no tendría sentido. Pero respecto a la política del Ecuador —país donde el hombre nuevo es todavía una esperanza— muchas preguntas “superadas” teóricamente, son en la práctica, a más de permisibles, indispensables.

Por ello no estamos de acuerdo con Alejandro Moreano cuando — en una corta nota marginal— insinúa el fin de la discusión sobre la oligarquía y el populismo. La nota dice así:

“No cabe detenerse en los análisis de Furtado, Ianni, Kaplan, Cardozo y Faletto. En efecto, los estudios de Furtado parten de un núcleo básico: las determinaciones del mercado. Los otros realizan la traducción política de esos estudios. La categoría matriz de esas traducciones es el proceso de creciente ‘racionalización’ del Estado: la esencia originaria que se va realizando en sucesivas frases: oligarquía, de transición, signada por la incorporación de las capas medias, ‘populistas’, en la cual las masas ingresan a la vida política”.¹¹

Tampoco caben aquí las citas tendenciosas, razón por la cual aclaramos el contexto: Moreano está realizando un riguroso análisis de la teoría de la dependencia y no considera necesario analizar la “vertiente de derecha” ya que actualmente no tiene importancia para el desarrollo de la teoría revolucionaria. En general, su crítica a la ideología del desarrollo nacional es válida, aunque algunas proyecciones deben ser discutidas, en especial las que sitúan al Partido Comunista como el “sujeto histórico” y como la “única fuerza mundial de la izquierda” en el futuro.

Respecto a la cita, estamos de acuerdo con su *primer* sentido: no se puede entender a la oligarquía y al populismo como simples efectos de la circulación de mercancías, aunque pensamos que Cardozo, por ejemplo, supera ese mecanismo. El problema surge de un segundo nivel, del rechazo implícito a la utilización de esas categorías. Quizá por esa razón y ante la ausencia de categorías marxistas específicas a esas formas de dominación, Moreano evita definir —en un ensayo anterior—¹² el tipo de Estado que entra en crisis en los años veinte y pasa por alto el velasquismo.

11. A. Moreno, “Latinoamérica: el desarrollo del capitalismo y el pensamiento de la izquierda”. En la Revista “Política y Sociedad”, ed. Solitierra, Quito, 1976. Si se refiere a Octavio Ianni creemos que la agrupación es un poco arbitraria.

12. A. Moreano, “Capitalismo y Lucha de Clases en la Primera Mitad del Siglo XX”, en “Ecuador: pasado y presente”, Instituto de Investigaciones Económicas, Quito, 1975.

En realidad, estamos frente a una limitación común a la primera fase de la investigación marxista en Ecuador: en el intento, científico por lo demás, de ir más allá de los análisis superestructurales, hacia la contradicción fuerzas productivas-relaciones de producción, el investigador se queda huérfano de lenguaje y de material empírico. Esa orfandad unilateral le lleva a profundizar en las fuentes, verbo y gracia: “El Capital”, para reinterpretar los fenómenos políticos a partir de las leyes científicas del capitalismo. El método es correcto, largo y tedioso, pero implica la crítica y la abstracción teórica a un nivel tan “elevado” que dificulta temporalmente la comprensión y la aplicación práctica del marxismo. Se crea así un exceso de estudios concretos y coyunturales. Mientras tanto, la lucha práctica de las clases continúa por sus “canales normales”, dominada por la ideología burguesa y por el reformismo. Esta situación nos obliga a seguir un camino práctico, que no es sinónimo de “empírico”.

Las categorías de “oligarquía, caudillismo y populismo” (lo mismo puede decirse de “fascismo”) obviamente no pertenecen a la teoría clásica de Marx pero se refieren a procesos políticos que deben ser explicados. Para nosotros, el error de los autores nombrados podría radicar en el capital comercial, pero no en la aplicación de categorías que se encuentran, inclusive, en Lenin¹³ y en el discurso político de la clase obrera ecuatoriana. La última huelga nacional fue definida como antioligárquica y ello no es, de ninguna manera, una simple intromisión del reformismo. Si recordamos que “oligarquía” en Ecuador designa la forma de dominación tradicional de la *burguesía* exportadora, importadora y financiera, es decir, de fracciones *capitalistas*, se podría hablar también de intromisión de la ideología proletaria, es decir, anticapitalista.

En definitiva, para responder al significado histórico o al contenido de clase del caudillismo velasquista en sus relaciones con la base económica —respecto a la cual existe escaso material empírico disponible— encontramos útil, luego de las críticas anteriores, comparar el velasquismo con algunas características del modelo oligárquico y del proyecto populista, comparación que ayuda a situar la especificidad del desa-

13. En “El Imperialismo, fase superior del capitalismo”, Lenin no tiene reparo en utilizar la categoría de “oligarquía financiera”.

rollo del capitalismo en Ecuador en esa etapa. El principal objetivo es descubrir las clases que se expresan en dichos movimientos. Al respecto, Manuel Castells anota que el tema de las clases sociales es el centro del análisis sociológico “en la medida en que trata a la vez la forma histórica en que se expresa la estructura de relaciones sociales subyacentes en toda sociedad y los procesos de cambio de dicha estructura”.¹⁴ Con esa orientación intentaremos descubrir el proceso de cambio que se expresa en el velasquismo.

La dominación oligárquica

El término *populismo* se volvió tan ambiguo que permitió a ciertos autores *democráticos* incluir bajo ese membrete a movimientos que van desde el fascismo hasta el socialismo, pasando por el castrismo y el peronismo; tendenciosa clasificación realizada, al estilo de Mr. Blanksten, por oposición al modelo ideal la democracia occidental y eterna. Aunque esa ambigüedad se basa en una serie mundial de movimientos que aparecen desde el siglo XIX y que no calzan en los modelos clásicos, la inclusión de las revoluciones proletarias entre los populismos no responde a ese hecho, sino a la necesidad de la burguesía de distorsionar el contenido de la lucha de clases. Por ello, el terreno es movedizo y la bibliografía sobre el tema amplia y contradictoria en extremo. El mismo Lenin sufrió en su adolescencia la influencia del populismo ruso e inició su lucha política combatiendo justamente a esa ideología. Pero no vamos aquí a profundizar en el tema: simplemente nos interesan algunas características de la oligarquía y del populismo latinoamericanos. Para evitar el eclectismo nos concentraremos en el trabajo de Ianni y en algunas opiniones de Aníbal Quijano.¹⁵

En primer término y a nivel político, los dos autores plantean al populismo como resultado de la crisis de dominación oligárquica. Crisis determinada—según Quijano— por el cambio de modalidad de la dominación imperialista y por el cambio de la estructura interna de nuestras

14. En “Las Clases Sociales en América Latina”, Seminario realizado por la U. de México, en Mérida, 1971, ed. Siglo XXI, 1975, p. 159.

15. Octavio Ianni. “La Formación del Estado Populista en América Latina”, ed. Era, México, 1975. Aníbal Quijano, “Crisis de Hegemonía Política en América Latina”, Rev. Economía N° 58, Instituto de Investigaciones Económicas, Quito, 1973.

sociedades: la burguesía imperialista empieza a operar *directamente* al interior de la economía, acelerando el proceso de diversificación productiva y social.

Para entender el cambio es necesario caracterizar el modelo oligárquico que entra en crisis, teniendo presente que se trata de un modelo general para América Latina. En el capítulo sobre el Estado oligárquico —del libro citado— Ianni anota que este “debe entenderse como una forma particular del Estado capitalista, en el que se combinan elementos patrimoniales con las exigencias de ‘racionalidad’ capitalista ...Allí se combinan la plusvalía absoluta, generada por la extensión de la jornada de trabajo, y la plusvalía relativa, generada en condiciones tecnológicas que intensifican la productividad de la fuerza de trabajo”. Primero: a pesar de la existencia de relaciones pre-capitalistas, se trata —según Ianni— de un Estado capitalista.

El Estado oligárquico se organiza y se impone luego del período anárquico que se origina a partir de la “independencia política nacional”. “Esa nueva estructura de poder corresponde a una combinación de oligarquías, o a una hegemonía de una oligarquía sobre las otras”. Y esas oligarquías corresponden a “organizaciones, técnicas y estilos de liderazgo político característicos de una época en que los partidos políticos no eran sino organizaciones formales”. Entre esas estructuras de poder y estilos de liderazgo, Ianni, anota el caciquismo, el gamonalismo, el coronelismo brasileiro y el *caudillismo*, que eran las manifestaciones de las oligarquías locales y regionales. Segundo: el caudillismo es considerado como una forma de dominación oligárquica en la que el aspecto regional juega un papel importante.

Ahora bien, con relación al Estado se puede diferenciar en Ecuador tres fases del caudillismo:

- El período anárquico que culmina hacia 1860, caracterizado por el enfrentamiento del floreanismo con el urbinismo, representantes de la aristocracia terrateniente y de la burguesía comercial guayaquileña, respectivamente.
- La lucha por la hegemonía en un Estado oligárquico ya consolidado, expresada en el garcianismo, el alfarismo y el placismo.
- La primera crisis del Estado oligárquico y el surgimiento del *caudillismo* velasquista.

Esta ruptura *específica* del proceso ecuatoriano no es considerada por Ianni, quien centra su análisis del populismo en los casos de Argentina, Brasil y Méjico y, a nuestro entender, contradice su propio modelo al incluir superficialmente el velasquismo entre los proyectos populistas. Ese desliz puede deberse a la escasez de bibliografía disponibles sobre otros países, que el autor reconoce en el primer capítulo.¹⁶ Pero ello no invalida de ninguna manera su esquema general; al contrario, demuestra la necesidad de profundizar en lo específico del velasquismo.

A continuación, refiriéndose a las clases que dominan en forma oligárquica, Ianni dice que “el poder político es controlado, o ampliamente monopolizado, por las burguesías ligadas a la agricultura, a la ganadería o a la minería. Naturalmente las burguesías financiera e importadora también se encuentran dentro del sistema político-económico del poder”. Tercero: se trata de fracciones burguesas. Fracciones que en Ecuador dominaron hegemonícamente desde 1895 y que fueron identificadas justamente como “oligarquía” (“guayaquileña”, “agro-exportadora” o “bancocracia” en una etapa). Y sectores de la cual financiaron *siempre* las campañas de Velasco y dirigieron *casi siempre* su política económica. (Luego veremos sus pactos y contradicciones con los terratenientes serranos).

Sin embargo, los gobiernos de Velasco se dan al interior de un Estado oligárquico en crisis *relativa* y ese es uno de los factores que los torna tan específicos. No obstante, el velasquismo comparte las características generales del caudillismo oligárquico, tales como el autoritarismo y el personalismo, la integración con el caciquismo municipal, la combinación de constituciones de inspiración liberal con las prácticas y los valores de tipo patrimonial polarizados en torno al caudillo, las decisiones económicas en conformidad con las relaciones con el imperialismo, las caídas por medio de revoluciones palaciegas, golpes de Estado, cuarte-lazos, etc., y el carácter formal de los partidos.

16. Ianni cita solamente los trabajos de A. Cueva y de G. Blanksten.

La imposibilidad de un populismo velasquista

En la parte final de este libro veremos las fracciones de la clase dominante que se expresan en el caudillismo de Velasco, estudio que permite confirmar su contenido oligárquico. Por ahora y adelantándonos un poco a esa historia, es importante aclarar en qué consiste el populismo y por qué, en términos generales, el velasquismo no puede ser considerado dentro de esa forma de dominación política.

Ya dijimos que el tema es ambiguo; debemos agregar que la etimología misma de la palabra aumenta la confusión ya que se origina en “pueblo”, un concepto típicamente liberal que oculta la división de la sociedad en clases sociales. Por eso es que no basta simplemente con entender por populismo la manipulación de dicho pueblo con fines ajenos a sus intereses; un criterio tan amplio no permite diferenciarlo del liberalismo o del fascismo, por ejemplo. Al contrario, se trata de descubrir los grupos sociales que participan en ese movimiento y de distinguir las características del proyecto que impulsan.

Aníbal Quijano anota que: “los regímenes populistas han sido en *todos* los casos precarias alianzas entre núcleos de burguesía industrial urbana *no oligárquica* y sectores sociales medios, con el respaldo de núcleos *importantes de proletariado* urbano industrial”.¹⁷ Es justamente la presencia de esas clases en el pacto la que va a definir el contenido desarrollista y nacionalista del proyecto y el nuevo papel que se le adjudicará al Estado.

Los movimientos populistas típicos estaban condicionados por la crisis del capitalismo de los años 30-40 y eran causa y efecto de la ruptura de la dominación oligárquica. Aunque en ningún momento de la historia latinoamericana la burguesía nacional dejó de ser una clase subalterna del capitalismo internacional e, inclusive, del sector exportador, en esa coyuntura en que la dominación imperialista estaba debilitada parcial y temporalmente, esa fracción pudo impulsar un proyecto de desarrollo que se basaba en la sustitución de importaciones, en el incre-

17. Op. cit., p. 16, el subrayado es nuestro. El aspecto de “desarrollo nacional” que viene a continuación se basa en el análisis de Ianni; aunque la interpretación difiere en parte.

mento de la intervención del Estado en la economía, en la protección arancelaria, en la transferencia de excedentes a los sectores secundario y terciario, en la redistribución de ingresos, en la regulación de las relaciones capital-trabajo, en la ampliación del mercado interno, etc. Ese plan expresaba, además, el interés de la pequeño-burguesía de aumentar su participación en el ingreso y en el poder, y el interés del proletariado de mejorar sus condiciones de vida y de trabajo.

A *grosso modo*, su carácter desarrollista estuvo definido por la posibilidad real de presentar una estrategia alterna a la crisis de la articulación de la oligarquía exportadora-importadora con el mercado internacional: la fracción moderna de la burguesía y sus aliados aceleraron la lucha “antifeudal y antioligárquica” y la modernización del Estado; es decir, impulsaron el desarrollo del capitalismo industrial “hacia adentro”. Pero el carácter nacionalista de la burguesía fue limitado, entre otros factores, por la base misma de la industrialización que seguía dependiendo de las divisas de la exportación para la importación de insumos.

Sin embargo, *en ese período de transición* el proyecto populista entraba en contradicción con el capital imperialista tradicional que acumulaba más al “exterior” de las economías nacionales, factor que permitió plantear la lucha ant imperialista en términos de Sociedad Nacional vs. Imperio hasta cuando el capital extranjero consolidó sus inversiones directas en la industria, desnacionalizándola y adjudicando el papel de socio menor a las burguesías criollas. En síntesis, a esa etapa corresponde la famosa contradicción reformista entre el sector progresista (semi-feudal, oligárquico e imperialista) y el sector progresista (burguesía industrial nacional, pequeña burguesía, trabajadores, Estado nacional), contradicción que era amortiguada por las múltiples interrelaciones de esos grupos, pero que, por otra parte, expresaba el surgimiento del movimiento popular y el avance del capitalismo industrial en momentos de ruptura del viejo modelo de dependencia.

Hoy, a un ecuatoriano que pase por alto “el nuevo carácter de la dependencia” y que considere el proyecto en términos generales, la descripción anterior le trae más bien la rozagante y parlante imagen de Rodríguez Lara o los brillantes planes de desarrollo de la Junta o los editoriales de “El Pueblo”, pero nunca la imagen del Profeta. Por ello,

estamos de acuerdo con Fernando Velasco cuando dice que: “a diferencia de los líderes populistas que aparecen contemporáneamente a Velasco, este no significa la irrupción de nuevas fuerzas económicas que buscan a través del líder la alianza con las masas a fin de doblegar a los sectores exportadores y posibilitar el desarrollo industrial”.¹⁸

Aunque es necesario aclarar que, a nivel económico, a la burguesía industrial no le interesaba atacar a fondo a la burguesía oligárquica exportadora, ni le era posible doblegar las ambiguas relaciones del peronismo con los cabañeros y agricultores, y del varguismo con los cafeteros responden a las vinculaciones de estos grupos con la industria. En realidad, como puede observarse actualmente en Ecuador, los enemigos irreconciliables de la sustitución de importaciones son justamente los grupos importadores, financieros y representantes de casas extranjeras, que monopolizan el comercio y el crédito comercial.

En definitiva, el hecho objetivo que impidió que el velasquismo se convierta en una especie de populismo fue la ausencia de un firme proceso de industrialización y, obviamente, de una burguesía industrial no oligárquica y de núcleos importantes de proletariado urbano hasta fines de la década pasada. Respecto a la inestable alianza que mencionaba Quijano, podría pensarse que la insurrección popular del 28 de mayo de 1944 refutaría nuestra afirmación. Pero no hay tal: en ADE (Alianza Democrática Ecuatoriana) participaron los grupos oligárquicos conservadores, quienes manipularon desde el principio al movimiento de izquierda compuesto en su gran mayoría por artesanos y empleados públicos y dirigido por la pequeña burguesía “recién llegada”. Y en el quinto velasquismo, la naciente burguesía industrial compartió el poder, no con el proletariado y los sectores medios — que estaban en la oposición— sino más bien con el capital extranjero y la burguesía oligárquica.

El último ensayo trata con más detalle cómo el velasquismo no expresó una alternativa de desarrollo capitalista sino que, al contrario, su proyecto histórico consistió en detener la decadencia de la dominación oligárquica presionada por el surgimiento del semi-proletariado urba-

18. Fernando Velasco. “Para una Historia de la Dependencia”, Rev. “Pro Contra”, N° 2, Quito, 1972, p. 18.

no y de las capas medias y por la crisis del mercado externo. En esta parte nos interesa adelantar algo sobre la supuesta contradicción entre lo tradicional y lo moderno en el Ecuador actual.

En primer lugar, el hecho de que las soluciones populista o reformista no se hayan realizado en el país no implica que *tengan* que realizarse: la historia de una sociedad no es similar al viaje de un bus de pasajeros que deba detenerse en todas las fondas de un trayecto prefijado. En diferentes momentos históricos las condiciones cambian y las contradicciones se resuelven de distinta forma: en abril de 1917 Lenin echó por la borda la teoría de la conciliación con la democracia burguesa y planteó la revolución socialista ante el asombro de algunos dirigentes bolcheviques para quienes no estaban dadas las condiciones objetivas.

En segundo lugar, la oposición entre los grupos reaccionarios y los grupos progresistas de la clase dominante, tal como ha sido planteada por el reformismo ecuatoriano, es falsa.¹⁹ A partir de los años 50 el imperialismo participa directamente en las ramas más modernas de la industria, asociado con la burguesía “nacional” e inclusive con el Estado, y la propia burguesía oligárquica tiene intereses en ambos polos de la supuesta contradicción. Esa es una de las principales razones por las cuales fracasó el Plan de Rodríguez Lara. Pero lo más peligroso es que partidos burgueses como la Democracia Cristiana y la Izquierda Democrática (o ciertos partidos de izquierda que sitúan al proyecto fascista en el sector “tradicional” cuando es en realidad el proyecto más “moderno” de la burguesía) manipulan ese falso dilema para obtener el apoyo de la clase obrera al capitalismo “progresista” (o al desarrollo de las fuerzas productivas, que inexorablemente nos conducirá, de la mano, al paraíso).

En otras palabras, el reformismo pequeño-burgués le exige al proletariado que ayude a la burguesía industrial a implantar su dominación, mientras esta fracción, dependiente del capital extranjero, elabora ya los mecanismos políticos más avanzados para reprimir al movimiento obrero y resolver la crisis de acumulación a nivel latinoamericana-

19. Las contradicciones de clase se definen a partir de las relaciones de producción de una sociedad determinada, y no de la aplicación mecánica de líneas políticas superadas históricamente por el propio desarrollo capitalista.

no y mundial. (Paradoja: el triste tendero sueña con arribar al mundo burgués donde sólo lo espera la gigantesca bota de las multinacionales). En el caso de la social-democracia, ello responde a un proyecto de clase, pero en la izquierda sólo puede explicarse por el oportunismo o por la ingenuidad sin límites de atribuir características revolucionarias a la burguesía, *a estas alturas del partido*.

Para terminar anotemos que, a pesar de sus locas ilusiones, la pequeño-burguesía también está determinada por el proceso productivo y generalmente va a la cola de las clases fundamentales. (No es casual que la veamos al final de esta exposición). Sin embargo, en determinados períodos de crisis *aparece* como vanguardia del proceso de cambio: por ejemplo, en la primera fase de la decadencia de la oligarquía. Al respecto, es reveladora su “lucha por la democracia”, teniéndose presente el origen pequeño burgués de Velasco y su constante prédica a favor de “la libertad y la justicia”, pero nunca en pro de –Dios no quiera– la igualdad.

Ianni anota que el efecto más notorio de la lucha iniciada en el siglo XIX para sustituir la “barbarie” por la “civilización” fue el profundo compromiso de las clases medias con esas consignas. Se trataba de suplantear el Estado oligárquico por el Estado liberal donde las clases “recién llegadas” –políticos, profesionales liberales, burócratas civiles y militares, profesores, periodistas– harían valer sus derechos y asumirían papeles políticos reales aunque subalternos. Eso ocurrió en el yriyoyenismo y en el tenentismo, movimientos argentino y brasileño anteriores al populismo. Pero las clases medias no pudieron destruir el sistema oligárquico: el Estado democrático se realizó sólo en forma precaria y transitoria.

En el caso ecuatoriano el fenómeno fue mucho más contradictorio y se produjo la primera vez entremezclado con gobiernos velasquistas, dictaduras civiles y militares e inclusive con un gobierno oligárquico como el de Arroyo del Río, en el corto lapso de veinte años. En general, esos grupos recién llegados asumieron una ideología socialista preñada de liberalismo y a fuerza de tropiezos y garrotazos terminaron por comprender que Velasco era un representante de la envidiada oligarquía, hábilmente camuflado con las consignas democráticas del momento.

Sus famosas plumas rojas del cuarenta y cuatro no iban más allá del tímido rubor de una izquierda liberal y encubrían el azul eterno de su corazón.

Populismo y Carisma*

Oswaldo Hurtado

*. Este texto forma parte de la tercera parte del libro *El poder político en el Ecuador*, Universidad Católica del Ecuador, Quito, 1977.

1. La presencia popular

Hasta 1949 el crecimiento de la población no superó el 1.5 por ciento anual. En los años siguientes se acelera muy rápidamente cuando en la década del cincuenta sube al 3 por ciento, en la siguiente al 3.2 por ciento y en la presente al 3.4 por ciento. Como consecuencia, la población del país que en 1950 fue de 3.2 millones de habitantes, en 1962 sube a 4.5 millones y en 1974 a 6.5 millones. Esta “explosión demográfica” no se debe a inmigraciones ya que el Ecuador no recibe contingentes importantes de población extranjera —el Censo de 1974 establece la presencia de sólo 39 mil extranjeros— y tampoco al aumento de la tasa de natalidad que se mantiene más o menos estática y que tiende a disminuir: 46.2 por mil en 1950 y 36.3 por mil en 1974. La causa radica en la disminución persistente de la tasa de mortalidad que en 1950 es de 17.3 por mil y en 1974 de 9.8 por mil. El vertiginoso crecimiento de la población a una tasa que se equipara a las más altas del mundo —sumado a otras causas— trae consigo la aceleración de las migraciones cuando se produce una apreciable transferencia de población de la Sierra a la Costa y del campo a las ciudades. En efecto, la participación del litoral en la población del país que en 1950 era del 40.5 por ciento pasa al 49 por ciento en 1974. Lo propio sucede con las ciudades cuya población en 1950 sólo representó el 28.5 por ciento y en 1974 el 42 por ciento. Algunas crecen en una forma más vertiginosa, sobre todo las de la Costa, a tasas superiores al 10 por ciento anual, como por ejemplo son los

casos de Quevedo, Santo Domingo de los Colorados y Machala; otras como Esmeraldas, Portoviejo, Manta, Guayaquil y Quito en la Sierra superan la tasa del 5 por ciento anual.¹

Las migraciones y la urbanización traen consigo consecuencias políticas. En primer lugar contribuyen a acelerar la descomposición del “sistema hacienda”. Como se indicó antes, cuando él rigió hegemónicamente la mano de obra campesina fue absolutamente dependiente y por tanto no pudo abandonar el campo y lo mismo sucedió con otras personas que sin trabajar en dicha unidad agrícola de producción, en virtud de la fuerza del sistema social que originó, de los intereses creados y de los valores culturales transmitidos, tampoco pudieron desprenderse de él. Pero a partir de 1950 —e incluso antes— esta situación comienza a variar sustancialmente. Los medios de comunicación se amplían y se extienden prácticamente a todos los lugares del país, tanto por la construcción de caminos como por la difusión masiva de la radio. Gracias a ellos la sociedad rural entra en contacto con la urbana con la que, en el mejor de los casos, antes sólo había tenido relaciones esporádicas. De esta manera los grupos sociales más permeables, no dependientes absolutamente de la hacienda, constituidos por asalariados, artesanos, pequeños comerciantes y medianos propietarios que habitaban las parroquias rurales serranas o el campo costeño, emigran a las zonas bananeras o a las ciudades vecinas donde crece rápidamente el sector terciario de la economía constituido por el comercio, el transporte y los servicios. Efectivamente, las ciudades que más se urbanizan son las que se constituyen en centros de comercialización del banano: Quevedo, Santo Domingo de los Colorados, Machala, Esmeraldas y Guayaquil. La descomposición del sistema hacienda y el proceso migratorio se acentúan por la expedición de las leyes de Reforma Agraria y de la Abolición del Trabajo Precario en la Agricultura. Como con ellas no siempre el campesino obtiene la propiedad de la tierra —al menos en tamaño suficiente— y en cambio se transforman en libres los antiguos trabajadores dependientes, se abre la posibilidad de que migren a ofrecer su fuerza de trabajo en las plantaciones de la Costa o en los servicios urbanos. Al mismo tiempo, por los nuevos salarios mínimos, muchos ha-

1. Las cifras citadas han sido tomadas de los tres censos de población del país: 1950, 1962, 1974.

cendados se ven obligados a racionalizar el empleo de mano de obra. A esta “expulsión” de campesinos que se traslada desde la zona rural se suma la atracción de la ciudad por el incremento de la industria y de la construcción que a su vez alientan el crecimiento de los servicios, el comercio y el transporte, actividades que se desarrollan gracias a la acumulación de capitales generada primero por el banano y más tarde por el petróleo.

Los migrantes calificados —que son los menos— o que disponen de capitales, fácilmente se integran a los sectores económicos propiamente capitalista —industrial, financiero, grande y mediano comercio, etc.— en los que obtienen ocupación segura, bien remunerada y los beneficios económicos, sociales, culturales y políticos garantizados por las leyes. Distinta es la suerte de las otras poblaciones migrantes. El incipiente desarrollo industrial, el uso de tecnología avanzada, las altas tasas de crecimiento de la población y en general la forma en que está organizado el sistema productivo, no permiten la creación de suficientes plazas de trabajo que absorban estos “excedentes” de mano de obra —en relación con los recursos explotados y no con los explotables— que al no encontrar ocupación en los sectores modernos de la economía, son relegados al desempeño de tareas escasamente remunerativas denominadas subempleos: comercio ambulante, servicios personales, artesanía, construcción, etc. Estas poblaciones constituyen los marginados —también se les denomina subproletariado— a los que el sistema incorpora como fuerza de trabajo, pero en actividades económicas de baja productividad, sin hacerles acreedores a los bienes y beneficios de que gozan los otros grupos sociales. Según la Junta de Planificación, en esta condición de marginalidad² se encuentra el 52 por ciento de la población activa.³

La formación de las poblaciones marginadas es una consecuencia de las peculiares condiciones que rodean al desarrollo del sistema capitalista en el Ecuador y por tanto no les son aplicables los conceptos mar-

2. El reconocimiento de este hecho social que se ha dado en llamar marginalidad no significa desconocer las “relaciones de dominio y explotación entre grupos culturalmente heterogéneos” que se expresan en el “colonialismo interno”.

3. Junta Nacional de Planificación y Coordinación Económica, Ecuador: Plan Integral de Transformación y Desarrollo 1973-77, Ed. Santo Domingo, Quito 1972, p. 9. En dicho porcentaje del 52 por ciento, naturalmente constan tanto los marginados del campo como los de la ciudad.

xistas de “ejército industrial de reserva”, de “superpoblación relativa” y de “lumpenproletariado” y tampoco el de “mano de obra desocupada” de la economía clásica.⁴

En una economía de mercado, como es la urbana, en la que todos los bienes deben comprarse, los escasos ingresos que reciben estos migrantes no les permite satisfacer ni siquiera las necesidades vitales, siendo la más afectada la de vivienda. Es así como en las ciudades de la Costa, a fines de los años cuarenta comienzan a formarse los barrios suburbanos y en la década del sesenta los tugurios centrales en las urbes de la Sierra. Estas poblaciones expelidas por el campo y atraídas por la ciu-

-
4. Carlos Marx (*El Capital*, Fondo de Cultura Económica, México 1972, T. I, C. XXIII) llama indistintamente “superpoblación relativa” o “ejército industrial de reserva” a los trabajadores desplazados por las máquinas convertidas en el “competidor del mismo obrero”. Esta “población sobrante, es decir, inútil por el momento para los fines de la explotación del capital”, según Marx, tiene un destino múltiple: volver a la manufactura tradicional; emigrar a ultramar en “pos del capital emigrante”; incrementar la oferta de mano de obra para así mantener bajos los salarios de los trabajadores ocupados; constituir una reserva disponible de trabajadores para cuando lo exija el crecimiento de la industria, en los períodos de auge. Evidentemente ninguno de estos conceptos —y tampoco el de “desocupados” aportado por la escuela clásica de la economía— encaja en el de población marginada, en los términos en que ésta se da en el Ecuador. Efectivamente, los marginados no son trabajadores cesantes de la actividad industrial a la que nunca han tenido acceso; no tienen ninguna posibilidad de emigrar a otros países por las nuevas condiciones del mundo y precisamente por su situación de marginalidad; no ejercen ninguna influencia en la fijación de los salarios de los trabajadores ocupados que más bien son determinados por la acción de otros factores: escasez de mano de obra calificada, presión sindical, legislación proteccionista; finalmente, es imposible que el desarrollo industrial del país, sujeto a tantos condicionantes internos y externos, pueda crear suficientes ocupaciones para absorber altas proporciones de una población marginada estimada en un 52 por ciento y que crece muy rápidamente a una tasa superior al promedio nacional del 3.4 por ciento. Tampoco es aplicable a los marginados el concepto de “lumpenproletariado”. Dentro de él Marx incluye a los “vagabundos, los criminales, las prostitutas, en una palabra, al proletariado andrajoso” (ob. cit. T. I, p. 545. El subrayado consta en el original), al que, en otra obra (C. Marx y F. Engels, *Manifiesto del Partido Comunista* Ed. Ateneo, Buenos Aires 1973, p. 47), califica como “el producto pasivo de la putrefacción de las capas más bajas de la sociedad”. Evidentemente, la enumeración y la definición no corresponden a los marginados. Sobre el tema se puede consultar: José Nun, *Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal*, Revista Laso, Comentarios sobre los conceptos de sobrepoblación relativa y marginalidad, FLACSO Revista Latino Americana de Ciencias Sociales, Nos. 1/2, junio diciembre de 1971, pp. 132 y ss.; Darcy Ribeiro, *El Dilema de América Latina*, Ed. Siglo XXI, México 1971 pp. 84-85; Ismael Silva, *Marxismo y Marginalidad*, mimeog. Quito 1974.

dad se encuentran con un contexto social diferente al que rodeó su aislamiento rural. En el escenario urbano entran en contacto con otros hombres que se encuentran en la misma situación y por primera vez tienen la posibilidad de constatar de cerca el bienestar de “los ricos”. Para ello sólo tienen que caminar por los barrios residenciales, mirar los locales comerciales y observar los automóviles que recorren las calles. El proceso psicosocial por el que los migrantes, ante la constatación de la pobreza propia y de la riqueza ajena, abandonan la creencia de que su situación constituye una “calamidad natural e insubsanable” y buscan la posesión de los bienes que tienen “los ricos” es muy bien descrito con los nombres de “efecto de demostración”, “efecto de deslumbramiento” y “expectativas crecientes”. Pero las “relaciones de producción” en las que participan múltiples patronos y su condición de no asalariados no les permite individualizar al explotador; el bajo nivel cultural limita la capacidad para comprender las causas de su situación y las condiciones que han de permitir su transformación; sus apremiantes necesidades – trabajo, vestido, alimentación, salud, vivienda– les colocan frente a problemas inmediatos cuya resolución no puede esperar a la llegada de la revolución; finalmente, todavía influenciados por la sociedad patriarcal propia del sistema hacienda y empujados por los valores paternalistas, buscan en la ciudad a otro “patrón” que atienda sus necesidades y les proporcione amparo y protección. Recientemente, un fenómeno parecido está surgiendo en las regiones rurales, cuando los campesinos, gracias a la compra de tierras y a la abolición de las formas de trabajo precario, han quedado fuera del control político de la hacienda.

Naturalmente, el líder carismático es el individuo más adecuado para representar los intereses e interpretar las frustraciones de estas poblaciones desarraigadas. A los ojos del pueblo se presenta con cualidades extraordinarias o al menos extracotidianas⁵ y por tanto con capacidad para comprender y resolver todos los problemas del mundo marginado. Es honesto e incorruptible –“no se casa con nadie”– y por tanto nada le impide defender sus derechos y someter a las leyes a todos los explotadores; su sabiduría le permite conocer y resolver los más diversos asuntos; su abnegación y sentido de sacrificio en el cumplimiento de

5. Ver Max Weber, *Economía y Sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México 1969, T. I, pp. 193 y ss., T. II, pp. 711 y ss.

la suprema misión de servir las causas populares le llevan a atender todo tipo de problemas y a recorrer los lugares más apartados constataando necesidades, desfaciendo entuertos y castigando culpables; los ataques que sufre de la oligarquía —conservadora como es le atemorizan sus proclamas— demuestran la solidez de su compromiso. Al atribuírsele al líder populista cualidades extraordinarias y hasta mágicas,⁶ se forma alrededor suyo una mitología que impide a sus seguidores analizar las acciones en sí mismas. Todo acto es bueno, justo y legítimo si es ejecutado por él, ya que se le considera incapaz de cometer errores, los cuales, en el caso de aceptarse, siempre son atribuidos a sus colaboradores.

Los marginados fijan estas imágenes en su conciencia a través de las actitudes del caudillo —por ejemplo el enfrentamiento con ciertos representantes conspicuos de las clases dominantes— y más frecuentemente mediante la palabra hablada. Como a pesar de su aparente accesibilidad siempre guarda las distancias, el pueblo forma sus criterios masificadamente a través de la comunicación radial, de la manifestación pública, de la reunión barrial, de la concentración popular y de las audiencias. Estos son los únicos momentos en que la masa toma contacto con el “hombre”. Siendo la cultura del “subproletariado” visual y oral es la oratoria la que permite llegar a su corazón y no la razón y el pensamiento escrito. Es natural entonces que el demagogo, antes que por el contenido de sus discursos se interese por su expresión formal —belleza retórica, gesticulaciones, imprecaciones, timbre de la voz, etc.— ya que lo que interesa es mover los sentimientos y las pasiones. Sus palabras siempre van cargadas de promesas, halagos y condenas; jamás hace abstracciones ni emplea tecnicismos de ningún tipo, al contrario, plantea los problemas y necesidades sentidos por el pueblo en los términos más sencillos e inteligibles.⁷ Es tanta la importancia que se da a la orato-

6. Agustín Cueva D. (El proceso... ob. cit., pp. 97 y ss.) describe muy bien como se desarrolla esta mitología en el caso de Velasco Ibarra al que el pueblo llega a considerar como su “apóstol” y “profeta”. Nota del editor: la cita se refiere al libro “El proceso de dominación política en el Ecuador”, Ediciones Crítica, 1973.

7. El siguiente pasaje de un discurso del Dr. Velasco Ibarra ilustra lo que se acaba de decir: “Vosotros, los hombres que estáis aquí, vosotros, los fuertes brazos que ya los quisiera para sí don Galo Plaza, el momento que sois velasquistas sois la despreciable chusma velasquista, pero yo os diré lo que el Presidente Alessandri, un grande hombre de Chile, decía en ocasión análoga: ¡Querida chusma, con vosotros cuento para

ria que el “saber hablar” se considera como un requisito esencial que debe llenar el político que aspira a ser gobernante y aquel que “no sabe hablar” inevitablemente se lo cree privado de todo atributo y por lo tanto sin condiciones para ocupar la Presidencia de la República. Cuando la masa se encuentra con un caudillo carismático que reúna estas características se abandona a su posesión. Establece una relación personal caracterizada por la devoción filial, la lealtad a toda prueba y el respaldo incondicional, a cambio de lo cual aspira a recibir toda suerte de beneficios.

2. Los partidos populistas

Los partidos tradicionales son incapaces de comprender los efectos olíticos de la presencia popular en las ciudades, de la descomposición de la sociedad rural dominada por la hacienda y, por tanto, de interpretar las nuevas condiciones sociales del país. Sus viejas ideas no responden a los problemas sentidos por la base social y sus organizaciones partidarias no son adecuadas para encauzar a las masas populares emergentes. Al perder los notables las instituciones en las que basaron el control político, son privados de sus clientelas electorales que pasan a ser mandadas por los “dirigentes” barriales y parroquiales. A todo ello se suma la eliminación del fraude electoral y el establecimiento del sufragio libre que multiplica sustancialmente el número de votantes. Mediante el sufragio, que constituye la única forma de participación política, las mayorías imponen su voluntad. Como consecuencia, el caudillo contemporáneo para llegar al poder, más que el apoyo de las armas y de

levantar la grandeza internacional del pueblo...! Solemne insolencia: “chusma”, “chusma”. En esta chusma hay artesanos beneméritos, de gran corazón y noble espíritu; en esta chusma hay mujeres abnegadas que sacrifican su existencia para salvar a sus hijos de la pobreza, por educarlos, por redimirlos, por darlos a la patria; en esta chusma hay campesinos que siembran, cosechan y dan la vida práctica que el pueblo tiene: la vida agrícola; en esta chusma hay brazos esforzados, grandes almas, nobles espíritus, hombres que saben morir por su ideal, hombres que saben luchar y vencer por dar al país la libertad electoral; sí, ¡esta chusma es el alma de la patria, esta chusma es la que redime a la República de la corrupción, del estancamiento egoísta, calculador y corrompido en que hoy está; sí, esta chusma es la que nos purifica, nos da fuerzas y nos levanta! ¡Pobres señores del gamonalismo estrecho y miserable! (Discurso del 31 de mayo de 1960 en la Plaza de San Francisco de Quito, Obras Completas, Ed. Santo Domingo, Quito 1974, T. XII B, p. 247).

los notables, requiere de los votos de los ciudadanos. En estas condiciones, se produce la inevitable crisis de hegemonía de la clase política tradicional y la aparición de los partidos populistas.

El “velasquismo” es el primer movimiento populista que aparece en el país. Si bien nunca se ha constituido propiamente como partido político, su influencia ha sido preponderante desde 1933 hasta nuestros días, años en los que su caudillo –José María Velasco Ibarra– ha contado con un multitudinario respaldo popular aglutinado alrededor de sus seis campañas electorales a la Presidencia de la República.⁸ Como es sabido, el origen más remoto del velasquismo radica en la *Compactación Obrera Nacional* (1932) formada para apoyar la candidatura presidencial de Neptalí Bonifaz e integrada por hombres de muy modesta extracción social –artesanos, obreros, pequeños comerciantes, etc.– todos ellos afectados por la crisis económica del país causada por la deflación mundial y la caída de las exportaciones. Cuando el triunfo electoral, que obtienen las masas populares en las primeras elecciones libres que se realizan en cerca de cuarenta años, es desconocido por el Congreso Nacional (cfr. pp. 128 y 157) vuelcan su frustración y su respaldo en favor del hombre que en la legislatura, primero como diputado y luego como Presidente de la Cámara, se alza por los fueros de la libertad de sufragio convirtiéndose en el más vehemente detractor del fraude electoral. Para los pueblos de la Costa, Velasco Ibarra es el adversario implacable del Presidente Juan de Dios Martínez Mera (1932) –elegido fraudulentamente– el odiado ex-gerente de la *Compañía Nacional de Estancos del Litoral* que, durante la “dominación plutocrática”, había dado muerte a la pequeña industria tabacalera del litoral y arruinado a millares de pequeños propietarios.⁹ Después de la renuncia de Martínez Mera forzada por la oposición parlamentaria de Velasco Ibarra, el caudillo popular es elegido Presidente de la República por primera vez (1934). Luego lo será por cuatro ocasiones más, una de ellas plebiscitariamente. Antes, recorrerá el país “palmo a palmo”, tomando contacto personal con la multitud, como nunca lo había hecho

8. Velasco Ibarra ha ocupado la Presidencia en los siguientes periodos: 1934-35; 1944-47; 1952-56; 1960-61; 1968-72. En las elecciones de 1940 perdió la presidencia por el fraude electoral. De los veinte años que le correspondió gobernar, debido a sus repetidos derrocamientos sólo ha podido ejercer el poder por 11 años.

9. Oscar Efrén Reyes, *Brevísima Historia del Ecuador*, Ed. abc, Quito 1970, p. 447.

antes un candidato presidencial, en una campaña en la que promete – como lo hará luego en todas las siguientes– “liquidar” los privilegios, “triturar” la plutocracia y “pulverizar” las trincas. Es así cómo, sin que haya mediado por parte de Velasco el deseo deliberado de constituir un partido, en la interacción política diaria entre un pueblo cargado de problemas económicos que busca una expresión y el líder que recoge e interpreta sus aspiraciones, se produce una natural y espontánea simbiosis que en el andar originará el velasquismo.

En los hasta ahora cuarenta años de velasquismo, su caudillo ha contado con la permanente y leal adhesión de amplios sectores populares representados principalmente por los marginados. En efecto, los bastiones electorales del velasquismo han sido las ciudades de la Costa que han sufrido procesos de urbanización y ciertos campesinos semintegrados a la vida urbana.¹⁰ Ellos han “arrastrado” a los obreros, que se le han adherido individualmente, pues, a diferencia de lo que ha sucedido con otros populismos latinoamericanos –peronismo, varguismo, aprismo– el velasquismo no ha contado con un aparato sindical que le respalde. La oligarquía ha sido su segunda fuerza de apoyo, sobre todo en el III y IV velasquismo, cuando el grupo agroexportador reafirma su tradicional poder gracias al desarrollo de la producción bananera. El financia las campañas electorales y sus representantes ocupan las más altas funciones en los ministerios y organismos públicos que tienen a su cargo la conducción de la economía del país. Siendo tan débiles los partidos políticos, incluso el Conservador y el Liberal que como estructuras partidarias se organizan sólo ocho años antes de la aparición del velasquismo,¹¹ al caudillo no le es indispensable contar con su concurso

10. Un líder campesino (Hammock y Jeffrey, ob. cit. p. 90) dice lo siguiente: “Claro, nosotros los campesinos como grupo político, estamos organizados dentro de la Federación Nacional Velasquista: los indígenas, la comunidad en general, porque esta comuna fue dada por el Dr. Velasco Ibarra. Entonces tenemos que ser siempre velasquistas porque él nos ha enseñado el camino, nos ayuda a ver una mejor manera. En cambio otros presidentes no les importa como vivimos”. Ver además Agustín Cueva D., *El Proceso...* ob. cit. pp. 76 y ss.

Nota del editor: el texto de Hammock y Jeffrey es “Hablan los líderes campesinos”, Gráficas Murillo, Quito, 1970.

11. Consideramos equivocada la afirmación de que el velasquismo destruyó a los partidos Conservador y Liberal, pues, ya se vio antes que sólo en 1925 se constituyen como tales. (cfr. pp. 128 y ss.) Más bien cabe sostener la tesis contraria, esto es, que las limitaciones del conservadurismo y del liberalismo, en todos los órdenes, explican y

y tampoco con el de los otros movimientos que surgen contemporáneamente.¹² Por eso le ha resultado muy fácil manipularlos a su antojo consiguiendo su adhesión sin “beneficio de inventario”, provocando escisiones o desafiliaciones u obteniendo la colaboración de muchos de sus afiliados a “título personal”. Los grandes adversarios del velasquismo han sido el movimiento estudiantil y las centrales sindicales, pero éstas más como una expresión de sus cuerpos directivos políticamente consientizados.

El velasquismo ha constituido un movimiento político personalmente afecto a su caudillo y por tanto absolutamente dependiente de su voluntad. Como dentro de él la fidelidad personal vale más que la adhesión institucional y la disciplina partidaria, aquélla ha sido un requisito indispensable para ingresar al grupo de los colaboradores del Dr. Velasco y los que han perdido su confianza han caído en desgracia siendo excluidos del círculo de fieles y privados de toda ascendencia política. Al formar los velasquistas una clientela electoral personal del caudillo y al reducirse la función de sus dirigentes al reclutamiento de nuevos seguidores y a cumplir con el papel de simples intermediarios entre el “apóstol” y “su pueblo”, ha sido necesario su presencia para que los adeptos se movilicen políticamente. Por ello han fracasado los proyectos de los que han pretendido convertirse en sus herederos o actuar por su propia cuenta. Es que el velasquismo, antes que un partido político ha sido un movimiento eminentemente electoral. Allí ha radicado su fuerza y su debilidad. La *Federación Nacional Velasquista* —también ha te-

facilitan el desarrollo del velasquismo. El mismo Velasco Ibarra se inclina por este punto de vista cuando en 1935 escribía: “concedamos por un momento que haya en el Ecuador partidos políticos. Y para el efecto de mi estudio, voy a tratar del partido conservador, del partido liberal, del partido socialista, del partido comunista y del pueblo ecuatoriano, como agrupación política, única fuerza pura, único elemento vigoroso y noble”. (Conciencia o Barbarie, Ed. Lexigama, Quito 1974, p. 47).

12. Casi todos los partidos políticos han tenido alguna vinculación con el velasquismo. Los conservadores en el I, II y III velasquismo; ARNE en el III y una fracción suya en los siguientes; CFP inicialmente en el III y la fracción guevarista en el V; el poncismo-socialcristianismo en el II y III; el Partido Nacionalista Revolucionario en el V y su caudillo en los anteriores; Liberación Popular y el Partido Patriótico Popular en el V; los partidos Socialista y Comunista en la acción parlamentaria de 1933 y en el II; la Democracia Cristiana con un ministerio en la etapa constitucional del V velasquismo en la que su tradicional adversario, el Partido Liberal, también llega a un acuerdo político con el caudillo.

nido otros nombres—se ha organizado únicamente para enfrentar las elecciones presidenciales y ha desaparecido de hecho una vez alcanzado el objetivo final de la toma del poder por su caudillo que, por lo tanto, en el ejercicio del gobierno se ha visto privado de un aparato político que le respalde. Pasado el aluvión electoral, la arena política ha quedado librada a la acción de sus adversarios crecidos en fuerza y representatividad y atrincherados en el Congreso Nacional. El mismo Velasco se ha opuesto sistemáticamente a que el velasquismo se organice como partido político, institución de la que ha sido su más grande detractor y a la que ha considerado absolutamente inútil.¹³ Cuando en 1968 la *Federación Nacional Velasquista* se constituye legalmente como partido político, lo hace solamente para cumplir con una formalidad que le habilita para participar en la próxima contienda electoral.

Como es corriente en los partidos populistas, también se caracteriza el velasquismo por su incoherencia ideológica que permite confluir en su seno a muy diversas tendencias políticas, tanto de izquierda como de derecha. Entusiasmados por las denuncias que hace Velasco de las injusticias sociales, por sus promesas de “triunfar a las oligarquías corrompidas”, por su política internacional independiente, por la movilización popular que desencadena, por ciertas afirmaciones sobre la necesidad de tomar las “cuestiones aceptables” del socialismo y del comunismo¹⁴ y fatigados por sus fracasos políticos, muchos ven en el velasquismo la posibilidad de que las transformaciones sociales puedan realizarse y se suman a él.¹⁵ Otros, más perspicaces, conocedores de la psicología del demagogo y de su pensamiento económico y social, no precisamente favorable a los cambios, conscientes de que el discurso retóri-

13. En un discurso Velasco dice: “Hay, pues, que formar no partidos porque el mundo no está hecho para partidos. Hay que formar movimientos. Los partidos son instituciones anquilosadas de la etapa burguesa que ya pasó. La hora actual de este siglo, es la vehemente explosión de los reclamos de las muchedumbres, de los reclamos nacionales. Hay que formar grupos, movimientos que penetren muy adentro de esta nueva hora en que los pueblos y las naciones se expresan y quieren fortificarse. Esto no lo van a entender jamás los anquilosados partidos políticos, esos grupos anarquizantes y descentrados que surgen hoy por todas partes”. (Diario El Comercio del 23 de marzo de 1969).

14. Citado por Agustín Cueva D., *El Proceso...* ob. cit. p. 92.

15. Tal cosa sucede en el II, III y IV velasquismo. Pero, apagados los fervores revolucionarios de los primeros meses, Velasco termina acercándose a los tradicionales sectores económicos, gobernando con ellos y enfrentándose a los sectores progresistas.

co es una necesidad de la campaña electoral y seguros de la ascendencia que ejercen sobre el caudillo, no ven posibilidad de que sean afectados sus intereses y también le apoyan. Es que Velasco, como suele suceder con todos los líderes carismáticos, es un “creador de ideología” que la va definiendo pragmáticamente en la política diaria de acuerdo a los acontecimientos y a las circunstancias.

Si bien Velasco no ha llegado a resumir sistemáticamente su pensamiento en un cuerpo doctrinario orgánico,¹⁶ del laberinto ideológico que constituye la doctrina velasquista es posible extraer las siguientes cuatro ideas constantes: defensa de las libertades religiosa y de sufragio, pasión por el progreso, sentido nacional, interés por la participación popular.¹⁷

Como lo ha declarado reiteradamente, doctrinariamente Velasco es un liberal, pero desprovisto de los prejuicios religiosos que han caracterizado a los liberales ecuatorianos. Al estilo de los progresistas y liberales del siglo pasado, es contrario a la utilización de la religión en la política y a la intervención de la Iglesia en las campañas electorales, sin por eso dejar de ser católico practicante. Defiende el laicismo, el Estado laico y las instituciones originadas en la Revolución Liberal, pero se opone a que se restrinja la libertad de la Iglesia Católica. Por ello, elimina la subordinación de los establecimientos educacionales confesionales a los públicos, contribuye al financiamiento de las escuelas y colegios

16. Cuando el Velasquismo es reconocido como Partido por el Tribunal Supremo Electoral presenta una declaración de principios que es obra de los velasquistas y no de Velasco. Sin embargo ella resume bien los principios de este movimiento político que se estudiarán enseguida, para lo que nos valdremos de los ensayos filosóficos y jurídicos, de los mensajes presidenciales y de sus principales discursos contenidos en las Obras completas del Dr. Velasco Ibarra (19 volúmenes) que acaba de publicar la Ed. Lexigama.

17. Refiriéndose a la afirmación de un historiador de que “el velasquismo no tiene doctrina” Velasco responde de la siguiente manera: “El velasquismo tiene una doctrina, señor. Cree usted que no es doctrina el mantener y luchar originalmente, para que la libertad de sufragio sea un hecho definitivo, sistemático, en la República del Ecuador? Cree usted que no es una doctrina el haber luchado en la época de sectarismo más insensato y más ciego, por la libertad de enseñanza, y por la libertad religiosa en la República del Ecuador? Cree usted que no es una doctrina el haber planteado el derecho individual del hombre, con todas las consecuencias... que arrastra en lo económico, en lo social y en lo cultural... y el haber reivindicado los derechos internacionales del pueblo ecuatoriano...?” (Discurso del 27 de enero de 1961, en Obras Completas, T. XII B. Ed. Santo Domingo, pp. 297-98).

misionales y autoriza la creación de las universidades católicas. Consciente de las consecuencias negativas que la lucha religiosa ha tenido para el progreso del país, quiere que el debate político se oriente al tratamiento de los problemas que interesan al pueblo y afectan al Ecuador contemporáneo.

Se preocupa también por el restablecimiento de la libertad de sufragio sistemáticamente conculcada por los gobiernos liberales. En lo demás, busca que el Ecuador entre en contacto con las ideas del siglo, un gobierno democrático y la vigencia de las libertades públicas. Pero aún en estas materias, en las que hace constantes y claras definiciones teóricas, cae en contradicciones flagrantes. Clausura periódicos, persigue periodistas, amilana y coacciona al Congreso Nacional con las “barras velasquistas”, interviene en las campañas electorales a pesar de ejercer la Presidencia, rompe la Constitución y se declara dictador por más de una ocasión. Su temperamento autoritario frecuentemente le lleva a chocar con las leyes y las instituciones a las que considera obstáculos que paralizan la obra de gobierno. Estando de por medio su incansable afán de “servir al pueblo” no puede sujetarse a las “leguleyadas de los abogadillos sin conciencia”.

Igual que los otros presidentes educados en Europa, advierte el notable atraso del Ecuador con respecto a otros países y se propone colocarlo a tono con la época. Considera que el progreso vendrá como una consecuencia de la realización de obras públicas y de la extensión de la educación. Es necesario comunicar la Sierra con la Costa, a los puertos con el interior, al Norte con el Sur, al país con el mundo. Hay que dotar de una escuela a todas las poblaciones aun a las que se encuentran en los más remotos confines. Para ello emprende en una febril construcción de caminos, puentes, puertos, aeropuertos, canales de riego; en la instalación de plantas eléctricas y telefónicas; en la edificación de escuelas y colegios y en la ampliación de la enseñanza universitaria. Promueve la creación de entidades autónomas que atiendan los problemas regionales y provinciales y suplan las insuficiencias del gobierno y de una administración pública centralizada en Quito. No realiza el velasquismo transformaciones estructurales ni se preocupa por los problemas de los trabajadores, quizá por la conciencia que tiene de que su base política no se encuentra en los sindicatos. Velasco no estaba preparado ni intelectual ni políticamente para enfrentar el problema social.

Su formación jurídico-filosófica le lleva a plantearlo en términos asistenciales, morales y éticos o a considerar que su obra de gobierno es el mejor medio para resolverlos.¹⁸ Esta es una de las causas que explica el fracaso del IV y V velasquismo.

En su atropellado afán de progreso y de atención urgente a los requerimientos populares, importan poco los costos de los contratos, la calidad de las obras y la honestidad de las negociaciones.¹⁹ Tampoco los planes, los programas, los estudios de factibilidad y las observaciones de los técnicos. El pueblo sabe cuáles son sus necesidades y la obligación del gobierno de descubrirlas y atenderlas. Velasco en sus discursos peyorativamente se refiere a los “intelectualoides y tecnócratas de escritorio” que desconocen el alma popular. A pesar de ser el fundador de la Junta Nacional de Planificación, llega a tal punto su adversión a la programación que “dilata la ejecución de las obras”, que hace caso omiso del mandato constitucional que le obliga a adoptar el Plan del año 1969 formulado por el organismo que creó. Esta irracionalidad en la acción de gobierno, la no consideración de los aspectos financieros y su desconocimiento de la ciencia económica, han llevado a los gobiernos velasquistas a provocar devaluaciones monetarias y crisis insuperables de la economía.

Otra característica ha sido el contenido nacional e independiente de la política exterior de Velasco Ibarra. Siempre ha defendido la libertad del país para orientar las relaciones internacionales en función de sus intereses y no de los de otra nación, por poderosa que sea. En sus gobiernos, establece relaciones diplomáticas y comerciales con los países socialistas —la primera vez en 1944 con Rusia—, se opone a que Cuba sea expulsada de la OEA, recibe a Fidel Castro, propicia el ingreso de la República Popular China a las Naciones Unidas y, a pesar de la oposi-

18. En los gobiernos de Velasco no se dictan leyes que favorezcan a los trabajadores. Tampoco se plantea el problema de los cambios estructurales. Sólo existe una excepción: la Ley de Abolición del Trabajo Precario en la Agricultura expedida en circunstancias muy particulares. Examinada la obra velasquista en materia social se encuentra lo siguiente: Banco de la Vivienda, Patronato del Niño, Junta de Defensa del Artesanado, Asociaciones Mutualistas, Dirección Nacional de Cooperativas, Almacenes de Subsistencias, relleno de los barrios suburbanos de Guayaquil.

19. Es conocida la absoluta honestidad personal del Dr. Velasco y la poca honradez de algunos de sus colaboradores a los que, un alto dirigente velasquista calificó como hombres “enloquecidos por el dinero”.

ción de las Cámaras de Producción, aprueba la integración del país en el Pacto Andino. De esta política internacional “antimperialista” se ha valido el caudillo para, en muchas ocasiones, neutralizar la oposición de los partidos marxistas en cuya conducta tanto influye el fenómeno internacional.

Pero quizá lo que más define al velasquismo es su empeño por obtener la participación popular en la lucha política. Velasco descubre intuitivamente el fenómeno de la urbanización de las ciudades y lo interpreta políticamente. De alguna manera, los sectores sociales preteridos ingresan en la escena política en la que participan al menos formalmente. Además algunos son llevados al ejercicio de altas funciones públicas que ya no sólo son desempeñadas por hombres provenientes de las clases tradicionales. Este contacto directo entre el pueblo y su líder le permite a Velasco proyectar una imagen popular –a pesar de que cree en las jerarquías sociales y las defiende– y neutralizar la oposición de la prensa escrita que siempre ha sido su adversaria.

Concentración de Fuerzas Populares (CFP) es el segundo partido político populista que se organiza en el país.²⁰ Su doctrina corresponde a la que suele ser corriente en este tipo de movimientos. El contenido “autóctono” queda también definido en los “Diez Puntos Doctrinarios del CFP” cuando afirma que su ideología “no es conservadora, ni totalitaria, ni liberal, ni socialista, ni comunista es decir no se funda en una colección de principios filosóficos abstractos e importados, desvinculados de nuestra realidad; la ideología del Cefepé es popular, porque mira al pueblo como conjunto y fenómeno nacional e histórico; y ecuatoriana, porque su razón de ser es el pueblo ecuatoriano, que vive en el territorio ecuatoriano y con la tradición de la historia ecuatoriana. De ahí su esencia profundamente democrática, progresista, antifeudal,

20. Carlos Guevara Moreno que había participado con los republicanos en la guerra de España y ocupado el Ministerio de Gobierno en el II Velasquismo, funda CFP el año de 1949. Para ello utiliza la Unión Popular Republicana (1947), un movimiento electoral que se había formado para auspiciar la candidatura a la alcaldía de Guayaquil del Dr. Mendoza Avilés. De esta agrupación política, frustrada por la derrota electoral e integrada en gran parte por los habitantes del suburbio que comenzaba a desarrollarse, se vale Guevara Moreno para organizar un partido férreamente disciplinado, con una estructura que llega a nivel de manzana en la ciudad y de parroquia en la zona rural de la provincia del Guayas. Usa técnicas de movilización de masas no co-

contraria al caciquismo de trinca y señorones de influencia, republicana, juricista y de transformación social y nacional de vasta escala”.²¹ Respondiendo a las necesidades sentidas, sobre todo de Guayaquil, propone que las masas sean consideradas deliberantes, su incorporación activa a la vida política y al control de los servicios públicos y su par-

nocidas en el país: propaganda con profusión de símbolos y slogans, himnos, marchas, banderas, pancartas, movilizaciones, brigadas de choque, etc., al estilo de los partidos nacionalistas europeos. Con el grito de “pueblo contra trincas” el “cefepismo” enfrenta al gobierno de Galo Plaza y luego al de Velasco Ibarra a los que ataca despiadadamente a través de la Revista Momento. Se fortalece en la persecución política cuando en el gobierno de Velasco sus dirigentes son descalificados de las funciones para las que son elegidos, apresados y desterrados y muchos militantes mueren en la lucha callejera. Para 1956 Guevara ya había sido elegido Alcalde y Diputado y adquiría los contornos de una figura nacional, con gran influencia en el electorado de la Costa. Es entonces cuando emprende en la campaña presidencial en la que si bien pierde, alcanza un éxito notable al obtener cerca del treinta por ciento de los votos. En las elecciones que se realizan en el año siguiente aumenta su influencia en la ciudad de Guayaquil cuando uno de sus líderes—Luis Robles Plaza—gana la alcaldía con el 73 por ciento de los sufragios. A partir de este momento comienza su declinación: una mala administración municipal sumada a pugnas internas y purgas, debilitan la imagen política del “cefepismo” y minan su estructura interna, de manera que pierde la Alcaldía de Guayaquil, el control hegemónico de esta ciudad y, en las elecciones presidenciales de 1960, a pesar de formar una alianza con otros partidos políticos, la CFP sufre una aparatosa derrota electoral al recibir en todo el país menos del 50 por ciento de los votos que antes obtuvo sólo en la provincia del Guayas. Guevara Moreno abandona la dirección del Partido, se exila voluntariamente y el “cefepismo” aparece liquidado políticamente. Sin embargo resucita liderado por Assad Bucaram, un comerciante viajero de origen libanés elegido diputado suplente por la CFP en 1956 y diputado principal en 1958. Este locuaz e histriónico legislador que por entonces pocos le tomaban en serio, aprovechando la ausencia del “capitán”, el retiro o purga de muchos de sus “tenientes”, asciende desde su puesto de “sargento”, erigiéndose como el nuevo caudillo del CFP cuando en 1962 es elegido alcalde de Guayaquil con el 43 por ciento de los votos emitidos. Su figura crece gracias a una buena administración municipal y a la persecución que sufre de la Junta Militar cuando le destituye de la alcaldía, de manera que cuando se restablece el régimen constitucional es elegido primer diputado por el Guayas a la Asamblea Constituyente (1966) que a su vez le designa Vicepresidente de ella. En 1967 es elegido por segunda vez alcalde de Guayaquil y en 1970 Prefecto Provincial del Guayas con más del 50 por ciento de los votos emitidos. El V velasquismo contribuye a proyectar la figura regional de Bucaram a nivel nacional, cuando lo destituye de la Prefectura Provincial, lo destierra e impugna su nacionalidad ecuatoriana, convirtiéndole en el seguro triunfador de las elecciones presidenciales que debían realizarse en 1972. En estas circunstancias, se produce el golpe de Estado del General Guillermo Rodríguez, entre otras razones, para impedir el acceso al poder del nuevo caudillo populista.

21. Lo citado y lo que se diga a continuación provienen de la publicación: Doctrina, Programa y Estatutos del CFP aprobados en la I y II convenciones del Partido.

ticipación en los beneficios sociales que otorga y debe ampliar el Estado; el imperio igualitario de la Ley para todos a fin de que “proteja a los desvalidos” castigue a las “trincas feudales y plutocráticas” y se constituya “en la norma de convivencia pública”; fiscalización de los bancos y control efectivo de su especulación comercial y usuaria;²² rígido control del comercio exterior para garantizar la estabilidad monetaria y la capitalización del país; programas de vivienda para erradicar las habitaciones miserables y antihigiénicas del campo y de la unidad; desarrollo industrial al que el Estado debe prestar todo su respaldo; construcción de infraestructura física y social que aliente el progreso del país. El programa prevé la organización sindical ya que su clientela electoral está constituida fundamentalmente por los grupos sociales marginados.

En la evolución del CFP es posible distinguir dos etapas, según sea el caudillo que controla la organización política: la “guevarista” (1949-1960) y la “bucaramista” (1961.....) En la primera, a pesar del manifiesto liderazgo del “capitán” —Carlos Guevara Moreno— el partido, como doctrina y estructura influye en la orientación política del CFP. Además, es importante el papel de un equipo de dirigentes nacionales e incluso provinciales, a cuya acción en parte se debe la expansión del cefepismo y la exitosa lucha política en las difíciles condiciones que rodearon sus primeros años. En cambio en la segunda, como organización político-doctrinaria el partido deja de existir, al convertirse en un simple instrumento de los intereses personales de su nuevo caudillo —Asaad Bucaram— que se ha valido de su autocrática autoridad para eliminar cualquier discrepancia. La doctrina del Cefepé, antes que situarse en las nuevas circunstancias del país y avanzar con respecto a la que fue elaborada por sus fundadores, más bien ha involucionado. Bucaram —que es el único que hace definiciones “ideológicas” dentro del CFP— muy claramente ha expresado su opinión poco favorable a la reforma agraria y, como buen comerciante, se ha pronunciado por el librecam-

22. En la ciudad de Guayaquil, en las décadas pasadas y aparentemente en algunos casos todavía ahora, era corriente que los bancos concentraran sus créditos en las empresas de sus grandes accionistas y que en los préstamos otorgados a otras personas, los gerentes recibieran un interés adicional para su beneficio personal, que debía ser cancelado por el cliente en dinero efectivo y sobre el que no se otorgaba ningún comprobante. A esta operación se le llamaba “interés bajo la mesa”.

bismo. Su empirismo le lleva a deducir los principios doctrinarios de su existencia vital—que es muy amplia por su profesión de agente viajero—, de manera que en sus planteamientos políticos revela habilidad para tocar los problemas estructurales y en general los conflictos colectivos.²³ Quizá por su conciencia sobre estas debilidades, por afinidades ideológicas y enfrentando a la inminente posibilidad de ocupar la Presidencia de la República, busca una alianza con el Partido Liberal junto al cual actúa políticamente en las campañas electorales en los últimos años.

23. Extraemos los párrafos más importantes de una reciente entrevista concedida por Bucaram a la Revista Nueva (Nº 20, junio de 1975, Quito), pp, 54 y ss.

— Señor Bucaram, si a Ud. le correspondiera ser Presidente de la República, qué haría?

— “Yo haría lo que estoy diciendo. Lo primero que haría sería frenar la explotación, los privilegios. Distribuir la justicia social, los bienes del Estado entre los ecuatorianos... Bien podemos aprovechar del sistema capitalista lo aprovechable. Y del sistema socialista lo que conviene a la solución de nuestros problemas. Yo no hubiera dejado exportar ganado al Perú para luego traer las minivacas de Costa Rica. Debería haber un control de la producción. Un control de la exportación. Un control del comercio. Respetando la iniciativa privada, porque estamos desenvolviéndonos bajo un sistema capitalista, pero del sistema socialista se puede aprovechar lo que conviene a nuestros intereses”.

— Y qué es lo que a su juicio convendría del sistema socialista, Señor Bucaram?

— “¿Ah? (...) Bueno, una, una, una dirección adecuada de determinados aspectos de la economía, mi estimado amigo”.

— Se refiere a la planificación?

— “¿Ah? (...) No... Dirección de la economía. Claro, tiene que ser a base de planificación. Usted tiene que controlar la producción, por ejemplo. No se puede sembrar en una zona que no es conveniente sembrarlo. Tiene que sembrarse lo que técnicamente es adecuado para esa zona y también lo que necesita el país, sea para su consumo o para su exportación. Eso se llama planificación. Claro, así se llama. Usted me está ayudando a desarrollar mis ideas. Muy agradecido estimado amigo”.

— Qué aprovecharía usted del sistema capitalista señor Bucaram?

— “¿Ah? (...) Bueno, yo alentaría al hombre a que tenga propiedad... Yo respetaría la iniciativa privada, la empresa privada, siempre que no vaya contra el interés colectivo... Un hombre que se conforme con utilidades justas. Que no trate de enriquecerse ilícitamente. Que no trate de duplicar su capital día a día, mes a mes o año a año. A ese hombre hay que alentarle para que siga invirtiendo sus recursos para beneficio de la comunidad, en vez de recurrir a préstamos de afuera, aquí y allá y tratar de atraer empresarios extranjeros, cuando nuestros capitalistas, muchos de ellos, aún, aún, subrayo esa cosa, aún tienen su dinero en otros países”.

Finalmente tenemos el Partido Nacionalista Revolucionario.²⁴ Como los otros movimientos populistas analizados, también éste está determinado por la personalidad de su Fundador –Carlos Julio Arosemena Monroy– que en 1966 organiza una agrupación electoral denominada Movimiento Nacional Arosemenista sobre cuya base estructura el PNR. En él confluyen diversas tendencias ideológicas que van desde las más conservadoras hasta algunas de clara orientación marxista empujadas en constituirlo en una “fuerza aglutinante de la izquierda, hoy dispersa en decenas de grupos atomizados”.²⁵ Probablemente por la influencia que ejercen estas últimas, en su Manifiesto de fundación el PNR afirma que se organiza para representar políticamente a los campesinos, estudiantes y trabajadores y para luchar por la vía revolucionaria contra las oligarquías y los monopolios extranjeros, rescatando y desarrollando “los valores más auténticos de nuestra nacionalidad” encarando “los nobles anhelos de justicia y dignidad humana. En su Declaración de Principios propone una reforma agraria radical que acabe definitivamente con el latifundismo; la nacionalización de los recursos fundamentales de la producción económica a fin de defender las rique-

24. En 1966, en Guayaquil se organiza una agrupación electoral denominada Movimiento Nacional Arosemenista para apoyar la candidatura de diputado a la Asamblea Nacional Constituyente de Carlos Julio Arosemena Monroy. Hijo de un presidente de la República y primo de otro –fundador del Partido CID–, proviene de una familia de banqueros. Muy vinculado con los grandes grupos económicos de Guayaquil, Arosemena siempre había militado en el movimiento velasquista del que fue su director y gracias al cual ocupó altas funciones públicas, como las de Ministro de Estado, legislador y Vicepresidente de la República. Su posición favorable a Cuba cuando fue Presidente, la campaña que en la Asamblea hace contra el militarismo y el imperialismo, a los que responsabiliza por su derrocamiento, y otras posiciones antimperialistas y nacionalistas como la defensa de las 200 millas, del mar territorial, entusiasman a algunos hombres de izquierda. Estos, junto con ex-colaboradores del gobierno de Arosemena y sectores velasquistas, constituyen el Partido Nacionalista Revolucionario (PNR). Su heterogénea composición y la autonomía con que procede su caudillo que ordinariamente prescinde de la organización partidaria, explican la ambivalente conducta política del PNR. En 1967 y 1970 se suma a las coaliciones antibucaramistas integradas por los sectores más tradicionales de Guayaquil que intentan detener el ascenso político de Bucaram; en las elecciones presidenciales de 1968 forma filas con el velasquismo; en 1972 forma el Frente de la Patria junto con los partidos marxistas y el Partido Demócrata Cristiano; en 1975 otra vez se une a los grupos de derecha en la Junta Cívica que intenta derrocar al general Guillermo Rodríguez.

25. Revista Mañana, N° 279, Quito, marzo de 1969.

zas naturales que posee el Ecuador; liquidación de los monopolios nacionales de exportación; política internacional que preserve la soberanía nacional abierta a todos los países del mundo.

3. El populismo

Sin duda el más importante aporte del populismo constituye la incorporación masiva del pueblo al proceso político en el que se convierte en un factor determinante, al menos de las contiendas electorales. Los sectores sociales menos favorecidos ingresan en la escena política y se transforman en actores –pero sólo en forma parecida al coro de las tragedias griegas– cuando son escuchados por el caudillo o visitados por sus intermediarios, al asistir a las manifestaciones públicas, al ser recibidos en audiencias, al ver que se plantean sus necesidades y se denuncia la explotación que sufren, cuando sus candidatos triunfan en las elecciones. Mediante estas nuevas formas de reclutamiento y proselitismo político el caudillo populista forma su clientela electoral y llega al poder. Ahora la autoridad ya no se origina en la fuerza de las armas o en la influencia de los notables; como lo diría Michels, el dominio individual se basa en la voluntad colectiva, esto es, en la “omnipotencia democrática de las masas”.²⁶

Además el populismo constituye el primer intento de dibujar una “ideología nacional” en la medida en que representa los problemas sentidos por los grupos populares y responde a las condiciones objetivas del país. Estos partidos, con mucha razón llamados “autóctonos”, descubren las nuevas condiciones económicas y sociales e interpretan políticamente a los emergentes sectores populares que aluvionalmente llegan a las ciudades. Rechazan explícitamente los aprioris ideológicos cuyo origen europeo les convierte en abstracciones teóricas extrañas a la realidad nacional. Mientras otros partidos buscan organizar a la “clase obrera” en un país en el que el proletariado es cuantitativa y cualitativamente débil, los caudillos populistas claramente ven que la fuerza popular se encuentra entre los marginados y se vuelcan a su movilización política. A este “subproletariado” le hablan en su lenguaje propio,

26. Robert Michels, *Los Partidos Políticos*. Amorrortu Editores, Buenos Aires 1973, T. II pp. 18 y 22.

procurando llegar principalmente a sus sentimientos, sin caer en abstracciones de ningún tipo y sólo empleando ideas simples fácilmente inteligentes, frecuentemente reducidas a slogans de consumo general. A hombres apremiados diariamente por necesidades de todo tipo no puede pedirseles que esperen una ininteligible “nueva sociedad”.

Entre el caudillo y su movimiento político existe una absoluta identificación al punto que incluso llega a darle su nombre: bien podría decir “el partido soy yo” parafraseando al Rey Sol. No se inspira en principios doctrinarios precisos y son de su exclusiva incumbencia las definiciones ideológicas que las va haciendo con el correr de los días y de acuerdo a las circunstancias. El caudillo está excluido de la disciplina partidaria y sobre él la organización política no ejerce ninguna autoridad. Su compromiso con los intereses del pueblo y la magnitud de su misión impiden que se sujete a ningún tipo de control. Además, como lo señala Max Weber, la personalidad carismática es inestable por su propia naturaleza. Como consecuencia, todo el proceso político queda subordinado a la voluntad de un hombre que actúa con absoluta libertad. El poder que el caudillo recibe de la masa se torna irrevocable cuando se emancipa de ella en el ejercicio del gobierno y la convierte en un ente subordinado sin ninguna autonomía. Ejerce una función arbitral entre las fracciones que operan en su organización política y con respecto a las fuerzas económicas y sociales que acceden a la función pública. Sus desplazamientos programáticos y doctrinarios le llevan a realizar las alianzas partidarias menos previsibles y a ejecutar las definiciones políticas más inesperadas. Mientras un día los representantes de los grupos dominantes son perseguidos y se nombran ministros a hombres progresistas, al día siguiente estos pasan al ostracismo y aquellos les reemplazan en las funciones vacantes.

Refiriéndose al velasquismo, Agustín Cueva D. dice que ha constituido un elemento de conservación del sistema al que le ha permitido “absorber sus contradicciones más visibles y superar al menor costo sus peores crisis políticas”.²⁷ En verdad los partidos populistas no han llevado a las masas a identificar claramente sus intereses y han constituido un instrumento del que se han valido los sectores dominantes

27. Agustín Cueva D., *El Proceso...* ob. cit., p. 82.

para manipular a los grupos sociales insatisfechos. Pero en el caso de que tales movimientos no hubieran aparecido, cabe preguntarse si los marginados o los subproletarios —como algunos los denominan— se habrían adherido a posiciones revolucionarias. La respuesta es negativa ya que las causas del populismo radican en la evolución *sui generis* de las “fuerzas productivas”. Un pueblo que participa en relaciones de producción no propiamente capitalistas, movido por sentimientos espontáneos y por intereses inmediatos, es incapaz de identificar sus “intereses de clase” y por tanto alcanzar un nivel político de “conciencia de clase”. Se ha visto con algún detalle que los marginados no atribuyen al sistema vigente la causa de su situación ya que no consideran que sus problemas tengan un origen estructural. Palabras como “capitalismo” o “imperialismo” para muchos de ellos no tienen ningún sentido. Son los problemas personales, circunstanciales y locales los que interesan a estos grupos sociales. Como se ha dicho reiteradamente, las “necesidades sentidas” dentro de una perspectiva bastante estrecha.

Las mayores debilidades del populismo afloran cuando triunfa y en el ejercicio del gobierno es incapaz de responder a las expectativas despertadas por el demagogo en la campaña electoral. En los partidos populistas es evidente la no participación de intelectuales y técnicos cuya racionalidad irremediablemente choca con la irracionalidad del líder carismático y con su autoritarismo que no tolera ninguna discrepancia. Siente fobia por los hombres que pueden hacerle sombra —que aumenta cuando más débil es su estatura política y está de por medio la reelección presidencial— a los que destruye sistemáticamente ya que, consciente o inconscientemente, busca fieles que se reduzcan a cumplir sus indiscutidas e indiscutibles órdenes. Como consecuencia, pierde el concurso de los equipos técnicos sin los cuales no es posible administrar un Estado moderno, sobre todo cuando es necesario concretar las prodigias ofertas realizadas en la campaña electoral. Otras razones también contribuyen a disminuir las posibilidades de éxito del populismo. El radicalismo verbal y las actitudes “efectistas” proyectan una imagen política radical que, si bien no guarda relación con la obra de gobierno —más bien conservadora—, atemoriza a los empresarios que detienen las inversiones, con lo cual el país asume el costo económico y social de todo proceso de cambio, pero sin que éste se realice. Sus pendulares desplazamientos ideológicos y la carencia de definiciones precisas —por

ejemplo sobre el papel de la empresa privada, del Estado y de la inversión extranjera— le llevan a ejecutar políticas contradictorias que imposibilitan la realización de un programa coherente y articulado. Su pensamiento político asistencialista y la mentalidad paternalista de las masas, le hacen perder de vista los problemas de conjunto y quedarse en la atención de asuntos marginales que muchas veces se resumen en el otorgamiento de favores y en la concesión de dádivas. Al no tener claramente delineados sus objetivos y carecer de una idea precisa sobre los medios a emplearse, es desbordado por la vastedad de los problemas populares y por la magnitud de las expectativas despertadas. Muchas veces hasta es incapaz de ordenar una administración, de controlar la ejecución de las leyes, de cortar la anarquía y de impedir la corrupción. Con mucha razón, José Medina Echavarría dice que tales partidos “cualquiera que sea su humana generosidad, son desde el punto de vista técnico tan erráticos e improvisadores que llevan en su mano la esencia misma de la ineficacia”.²⁸

28. José Medina Echavarría, ob. cit., p.100. Nota de editor: el libro citado es “Consideraciones sobre el desarrollo económico”, Solas-Hachette, Buenos Aires, 1964.

El mito del “Populismo Velasquista” y la consumación del pacto oligárquico*

Rafael Quintero

*. Capítulo IX del libro *El mito del populismo en el Ecuador*. FLACSO, Quito, 1980.

I. Introducción

Después de haber analizado la verdadera naturaleza del triunfo electoral del Dr. Velasco Ibarra en 1933 y haber revelado las condiciones históricas que venían preparando ese triunfo, alejándonos de aquella concepción evolucionista de la historia que la visualiza como una voluntariosa barcaza que se desliza únicamente hacia los horizontes del progreso (sin conceder la posibilidad de retrocesos históricos que tiene lo real), es hora de detenernos aquí a reflexionar sobre ese conjunto de tesis que han constituido un mito que todo el mundo consume en su comprensión o análisis del “Velasquismo”. Mito que ha sido aceptado por todos los cientistas sociales del país además de haber influido incluso en la misma literatura sociológica latinoamericana. Un mito que desgraciadamente sigue permitiendo la difusión de otros que se arman hoy en día sobre nuestra realidad contemporánea. Y que sobreviven, se difunden y alcanzan el status de “tesis” que se pronuncian con toda la presunción de verdaderas proposiciones “científicas”. Y ello por la escasa vocación crítica y autocrítica de quienes hacemos las ciencias sociales en nuestro país: No puede negarse que hasta hoy, la interpretación sociológica sobre el llamado “Velasquismo” nunca había sido sometida a la crítica, y tampoco había sido cotejada con el movimiento histórico real que se deriva de una investigación empírica indispensable.

Valga afirmar que mi refutación a los planteamientos de otros autores no constituye ninguna crítica hostil, ni personal. Tampoco me he propuesto, en ninguna parte de este libro, refutar las tesis anteriores de un autor con sus planteamientos más recientes. He respetado en este libro los cambios y evoluciones de los autores y he tomado exclusivamen-

te sus tesis tal como aparecen mantenidas hoy sobre el fenómeno en cuestión. Y señalo esto para esclarecer que si bien he adoptado aquí una posición firme ante las tesis de mis colegas, porque las demuestro falsas eso no significa que no valore yo su aporte a la discusión de otros aspectos de nuestra realidad nacional y latinoamericana. Especialmente cuando se trata de aquellos que exhiben una verdadera vocación avanzada y que en diverso grado han insertado sus aportes sociológicos en ese esfuerzo, tan requerido hoy, por constituir una ciencia social crítica que se aleje definitivamente de la Sociología subjetiva.

En este libro he elevado a la categoría de hechos históricos algunas realidades desconocidas a la ciencia sobre los orígenes del movimiento político signado por aquel “conductor conducido” que fuera el abogado Velasco Ibarra. Si nos hemos dado el arduo trabajo investigativo de ordenar los datos presentados, esto se ha debido a que nuestra investigación ha estado guiada por una metodología que reclamaba una articulación teórica de fenómenos aparentemente inconexos pero en realidad interdependientes en una totalidad en la cual debían destacarse todas las tendencias fundamentales del desarrollo histórico analizado, como también sus formas particulares que hacían relación directa con las condiciones coyunturales. Es únicamente esto lo que nos permite ahora refutar las siguientes tesis mantenidas por la Sociología ecuatoriana.

II. Algunas tesis erróneas sobre el llamado “Velasquismo”

La envergadura del *Mito* aquí cuestionado, se visualiza más claramente si a continuación exponemos algunas de las tesis centrales existentes sobre el “Velasquismo”.

1. Primera Tesis: Sobre los orígenes subjetivos del “Velasquismo

“El Velasquismo principió, como afirma su propio líder —dice Cueva— por el ‘Mercado de Guayaquil y por las modestas barras que se dignaban escucharme en la Cámara de Diputados’ ”.¹ Por cierto Agustín

1. Op. cit., pág. 716. Nota del editor: la cita se refiere a “Interpretación sociológica del Velasquismo”, Revista Mexicana de Sociología Vol. 32, N° 3, mayo-junio 1970.

Cueva se está sólo refiriendo a los orígenes del “Velasquismo” como un fenómeno electoral. Por eso dice a continuación: “Velasco triunfó en 1934 gracias a una campaña electoral ‘dinámica, callejera y exaltada, llena de promesas de acabar con los privilegios, las trincas, los estancos y todos los vicios de la República’ ”.² En sus propios términos, Cueva supone que el movimiento político dirigido por Velasco Ibarra había nacido en 1933 “en un mercado” y “triunfado poco después gracias a una campaña electoral de las características anotadas”.³

Esta tesis suscrita originalmente por Cueva ha recibido un tratamiento teórico en aquella corriente de la sociología ecuatoriana que abraza las doctrinas maxweberianas sobre “carisma”. Su representante más conspicuo en el país es el sociólogo Esteban del Campo, entre otros, ya que Agustín Cueva abandonó en sus escritos más recientes, esas referencias, consideradas anteriormente como válidas, para interpretar el fenómeno en cuestión.⁴

Al haber hecho una glorificación del “caudillo” Velasco Ibarra, la sociología ecuatoriana ha atribuido poderes tan grandes a un individuo en la historia política de nuestro país, que incluso se ha recogido criterios nada autorizados para explicar sus triunfos electorales. Ya hemos señalado como el sociólogo Agustín Cueva, siguiendo acríticamente en esto a una *Historia del Ecuador*, señalaba que “Velasco triunfó” en 1933

2. Ibid. En verdad el triunfo fue en 1933, pues la campaña electoral terminó con las elecciones del 15 y 16 de diciembre de ese año.

3. Ibid.

4. Me refiero a los artículos de del Campo, “Introducción al Velasquismo”, 1971 (reproducido nuevamente en 1975), “El Populismo en el Ecuador”, 1977, en los cuales se erige en un postulante de las doctrinas maxweberianas del “carisma” y en los cuales el autor considera de utilidad teórica ese concepto para interpretar los triunfos electorales de Velasco, incluso, claro está, su primera victoria en los comicios de 1933. Véase también, Lautaro Ojeda, *Mecanismos y articulaciones del caudillismo velasquista*, 1971, Eloy Morán, “Estudio Sociológico de Velasco Ibarra”, *Revista Economía*, N° 66, 1976, entre muchos otros autores nacionales. Comparten en el uso de esta conceptualización weberiana algunos autores extranjeros que han escrito sobre el “velasquismo”. Véase L. E. Norris, *José María Velasco Ibarra. A charismatic Figure in Ecuadorean Politics, 1934-1961*. Tesis de Ph. D., U.N.M., 1969; Georg Meier, “José María Velasco Ibarra. A case study of ‘personalismo’ and the skillfull management of political alienation in Ecuador”, Mimeo, Southern Illinois University at Edwardsville (que puede encontrarse en la Biblioteca del Ildis, Quito).

“gracias a una campaña electoral ‘dinámica, callejera y exaltada, llena de promesas de acabar con los privilegios, las trincas, los estancos y todos los vicios de la República’ ”.

Al lector le debe ser obvio que nosotros no compartimos ese criterio. En realidad no creo que la campaña electoral de 1933 haya sido la causa, ni mucho menos, del triunfo del candidato del PCE, a pesar de haber esa campaña marcado sí un corte en las formas de aglutinamiento tradicionales de una determinada masa electoral llevadas a cabo por la Derecha. Explicitemos este cambio que registra, en la superficie, la existencia de transformaciones sociales más profundas.

El corte del cual hablamos no es otro que la línea divisoria entre un estilo electoral caracterizado por la autosuficiencia autoritaria del gamonalismo (caso de Bonifaz) y un estilo electoral caracterizado por el profesionalismo de un aparato partidista (caso de la llamada “maquinaria velasquista”). Diferenciamos descriptivamente ambos estilos.

Cuando Bonifaz A. fue proclamado candidato en una Asamblea él respondió ignorando dicho pronunciamiento y afirmando que él “no ha prometido nada a nadie ni (que) tomará en cuenta a sus adeptos”.⁵ El hacendado Bonifaz aceptó su candidatura en una carta enviada al Dr. Guillermo Ramos Salazar, en la cual afirma sin tapujos: “Un programa... si no ha de ser una sucesión de bajas adulaciones a los electores y de mentirosas promesas a la nación, no puede hacerse sin el estudio profundo de los remedios que el país requiere...”⁶ Rehusando hacer “adulaciones” a sus electores, Neptalí Bonifaz se negó asimismo a realizar “campaña” electoral alguna: nunca habló en concentraciones, nunca viajó a ciudad alguna en busca de, o para reafirmar a, sus “adeptos”.

En contradistinción al gamonal Neptalí Bonifaz Ascázubi, el abogado José Velasco al ser proclamado candidato comienza una activa campaña electoral. El candidato Conservador de entonces visitó la Sierra y la Costa, las ciudades principales y las parroquias y cantones que le fueron posible visitar en las 6 semanas de campaña con las que disponía. En la Sierra visitó Tulcán y algunas parroquias y cantones del Car-

5. Ver *El Comercio*, 1-X-31.

6. Citado por M. Ortiz, op. cit., pág. 79. Carta del 20-IX-1931. Nota del editor: la cita se refiere a la Ideología Burguesa en el Ecuador, Quito, 1977.

chi e Imbabura; Riobamba, Ambato, Guaranda y Quito el centro de su campaña; en la Costa visitó: Balzapambe, Babahoyo, Guayaquil, Portoviejo, Rocafuerte, Charapotó, Bahía y Milagro.⁷ En todos aquellos lugares dio discursos, o intentó darlos, para arengar a los electores a quienes prometería realizaciones de diversa índole en su inadulterada demagogia.

Calificado de “rey y señor del patriotismo, más dulce que el Corazón de Jesús”⁸ Velasco recorría el país inculcando la aceptación del sufragio como el mecanismo más importante de consenso de la clase dominante. Ya en 1931 la burguesía comercial-bancaria había derrotado con las armas a un candidato Conservador triunfante en elecciones. Desconociendo a las elecciones como un mecanismo válido para la transmisión del mando, los Liberales habían afirmado que no cabía “que las masas incomprensivas lanzadas por el capitalismo quieran imponerse con partículas de papel”.⁹ La campaña electoral pro-Velasco Ibarra, en la cual el mismo candidato participó activamente, se convirtió entonces en un nuevo elemento integrado al mecanismo de creación de un consenso para el Estado burgués-terrateniente. Pero, la campaña de 1933 a nuestro entender no puede explicar por sí misma el triunfo del candidato Conservador, sino que jugó un papel importante en la creación de ese consenso ya referido, en el contexto de una modernización del Estado Ecuatoriano.

De igual manera, el papel de Velasco Ibarra en su campaña fue el de levantar la bandera del más acendrado anticomunismo. En el Ecuador, como en Europa, la aristocracia le achacaba a la burguesía no tanto el hecho de haber creado un proletariado como el de haber creado un proletariado revolucionario.¹⁰ Y en el Ecuador de los años 20 la clase obrera había incursionado ya decididamente en la escena política como una fuerza de resistencia al régimen imperante desplegando su actividad en diversas formas y ejerciendo una cierta influencia en la política

7. Según los informes y reportajes de la prensa nacional.

8. Así se lo calificó en *El Angel*. Véase “Las impresiones de Lucas Noespinto en gira por el Norte”, *El Comercio*, 8-XII-33.

9. Ver *El Comercio*, 23-X-31 que trae noticias de actitud asumida por los “larracistas” (seguidores del candidato liberal) y que se habían abstenido de concurrir a dar sus votos.

10. Véase *El Manifiesto del Partido Comunista*, pág. 148.

de las clases gobernantes y en la pequeña burguesía. “Las acciones del proletariado crecieron en ritmo e intensidad”, nos dice Alejandro Moreano al referirse a esos años. Recibieron el formidable estímulo que venía de las profundidades de los latifundios andinos con los levantamientos indígenas en Quinua, Corral Tanlahua, en 1931; Palmira y Pastocalle, en 1932; Machapata en 1933... (y) el formidable Leito y Pull, dirigidos por Ambrosio Lazo, coronel indígena de las montoneras alfarista”.¹¹

El Partido de la clase obrera ecuatoriana, el Partido Comunista, había surgido en 1931 demandando la expropiación de los expropiadores. Al mes de su fundación formal, en febrero de 1931, se detuvo a varias personas “por hallarse comprometidas en el movimiento comunista de Cayambe”.¹² Se trataba de la Convocatoria al 1er. Congreso Campesino de Cayambe.

Aunque de escasa organización en un comienzo, el PC mostraba un impulso importante en un período de activación política de las clases subalternas. Con su base social obrera el PC fue organizando a muchos obreros en las principales ciudades del país y se aprestaba incluso a participar en las elecciones presidenciales de 1933 con candidatos propios, actitud que le valió una campaña abierta de represión contra sus cuadros.¹³ El PC surgía como una fuerza política organizada y organizadora de un *consenso* revolucionario contrario a los intereses de los terratenientes y de la burguesía. Marx ha señalado que “en su lucha contra el poder colectivo de las clases propietarias, el proletariado no puede actuar *como clase* más que constituyéndose en *partido político* distinto... La coalición de las fuerzas obreras, obtenida ya por la lucha económica, también debe servir de palanca en manos de esa clase en su lucha contra el poder político”.¹⁴

Es contra ese nuevo consenso revolucionario que los terratenientes, y la burguesía levantan una campaña de terror. Ya en 1931 la CON

11. A. Moreano, “El Capitalismo”, op. cit., pág. 187. Nota del Editor: se refiere al artículo que aparece en Ecuador: Pasado y Presente, Quito, 1975.

12. *El Comercio*, 2-II-31.

13. Véase *El Universo* de 28-XI-33; 29-XI-33; 6-XII-33; 7-XII-33; 8-XII-33.

14. Art. 7 de los Estatutos de la Primera Internacional (1866) citado por Poulantzas, op. cit., pág. 63.

se autodefinía como “el azote de quienes se atrevieren a sentar la inmundicia de la tiranía y del despotismo en nuestra patria”.¹⁵ Y en un “Manifiesto a la Nación y a los Poderes Públicos” la CON exige al nuevo gobierno por elegirse (el de Bonifaz) la “adopción de una actitud definitiva frente a la propaganda de principios disolventes: comunistas y bolcheviques sobre todo en la Educación Pública...”¹⁶

Si Velasco Ibarra es elevado al papel de héroe por la aristocracia de 1933 es porque él, un intelectual pequeño burgués de ascendencia aristocrática y ligado al aparato eclesiástico, estaba dispuesto a jugar eficaz-

15. Ver Alberto Reimers, publicación del “Comité de las Parroquias G. Suárez y Salvador Pro Neptalí Bonifaz”, *El Comercio*, 22-X-31. Valga consignar aquí la creciente campaña antimasónica levantada entonces por la Iglesia y la clase terrateniente y su partido. Después de la descalificación de Bonifaz y la derrota militar de agosto de 1932, los Conservadores quedaron muy descontentos con el nuevo Gobierno. Y empezaron las consabidas conspiraciones. Aquellos conspiradores se reunían en una quinta habitada por un ex-oficial del Ejército (Juan J. Mariscal) que había tenido una activa participación en la “guerra de los 4 días”, mientras se tildaba de “traidor” al Inspector General del Ejército y Comandante en Jefe de las fuerzas que sitiaron Quito en Agosto. “Se le hacen cargos de haber traicionado a los Conservadores —dice un Informe Diplomático consultado— porque se asegura que antes de producirse el movimiento armado... este jefe ofreció su adhesión a la causa del Bonifacismo... a pesar de lo cual, a última hora, se olvidó de lo prometido y fue uno de los principales dirigentes de ataque a Quito. En vista de estos antecedentes, mucho se rumora que los soldados que han sido licenciados y que pertenecieron a las unidades derrotadas, tratan de ejercer venganzas en contra del jefe aludido”. Y en medio de este caldeado ambiente los Conservadores iniciaron una campaña en contra de la masonería a la que se acusaba de ser la responsable de la descalificación de Bonifaz, y habían circulado hojas volantes en contra de la “Plaga Judaica”. Ver Informe del 27-XII-1932. A. Genaro Estrada. “Asalto a la Legación en Ecuador”.

16. Ver *El Comercio*, 13-IX-31. Hemos notado también que la CON acreditó representantes en aquellas mesas electorales donde el PC tenía también representantes (v. g. en la parroquia San Sebastián en Quito). *El Comercio*, 21-X-31. Además de su actividad represiva contra el PC, la CON consideraba a los masones elementos “disolventes”, e incluso seguía los pasos de los miembros de la única Logia en Quito, de la cual era miembro el Ministro Mexicano. En diciembre 15 de 1932 apareció una hoja suelta titulada “El Consejo Judaico de los 15” en la que aparecían retratados los miembros de la Logia Masónica de grados superiores, y en la cual se soliviantaba el sentimiento del pueblo quiteño contra los retratados. A los pocos días el pasquín “*La Bomba*” (Año I, N° 18 del 24 de diciembre de 1932) dirigido por el Conservador Lizardo López Moreno en Guayaquil reproducía la hoja suelta. Todos esos documentos reposan en A.G.E.-México. Ver Informe Político de 31-XII-32, N° 362, México.

mente el papel de mandarán anticomunista y a continuar la vocación anticomunista de la CON.¹⁷ El anticomunismo era entonces como es hoy la monomanía de una Derecha coaligada.¹⁸

Y son esos factores sociales que hemos nosotros rescatado en este libro los que permiten entender los orígenes del llamado “Velasquismo”. Pero quienes han puesto la monta sobre el “carisma velasquista” no se tomaron jamás la molestia de averiguar cómo se formó ese consenso favorable a la candidatura de Velasco. Pero de esa manera, como lo he señalado en un artículo escrito en 1977, el apoyo recibido por José María Velasco Ibarra no se explica a través de las fuerzas sociales, *económicas y políticas que estuvieron detrás de la creación orgánica de dicho respaldo popular, y ni siquiera se lo explicita con referencias a su ideología, planes, programas y acciones, que como sabemos nunca son aislados*. Pero: ¿Por qué hacerlo si se considera “absurdo” negar que Velasco Ibarra ha descollado en la vida política por sus “cualidades de verdadero líder” y por todas aquellas “peculiaridades de su personalidad” tan “típicamente carismática”?¹⁹ Es decir, Velasco habría “descollado” en la vida política ecuatoriana debido a su magnetismo personal: *de esta forma el dirigente político estudiado no aparece como una figura central de un proceso de aglutinación de un determinado electorado, detrás del cual encontraríamos siempre a ciertas fuerzas económicas y políticas bien delimitadas como los verdaderos protagonistas sociales de “sus” triunfos*. El cinco veces presidente del Ecuador aparece entonces, con toda justificación, como algo “fuera de lo normal”,²⁰ y no como el intelectual orgánico de la Derecha coaligada, como en realidad lo fue.

17. Las posiciones anticomunistas de Velasco, tan frecuentes en sus libros, aparecieron desde un comienzo, en el periódico *El Comercio* donde este personaje escribía con seudónimo. En su campaña electoral Velasco con frecuencia atacó al comunismo. Véase *El Universo* 19-XI-33 y *El Comercio* 5-XI-33. Sobre el anticomunismo de Velasco Ibarra véase también, Marcelo Ortiz, op. cit., pág. 47.

18. En 1931 el Partido Conservador en campaña había mostrado sus tesis anticomunistas. Véase L. F. Borja, “El Comunismo en el Ecuador”, *El Comercio*, 8-V-1931; Manuel Bustamante “Preocupa la influencia comunista en la Universidad”, *El Comercio*, 18-X-34; Editorial, “La Cuestión Social y el Comunismo”, *El Comercio*, 6-IX-31; Editorial, “El Comunismo en el Ecuador”, *El Comercio*, 12-IX-31; Editorial, “El Socialismo de Estado”, *El Comercio*, 29-IX-31.

19. Según Esteban del Campo, op. cit.

20. Según Lautaro Ojeda, op. cit.

Ahora bien, desde el punto de vista metodológico no basta con que mostremos la unilateralidad del concepto weberiano de *Carisma* tan en boga en la sociología subjetiva latinoamericana cuando esta intenta describir “fenómenos sociales” tales como el “peronismo”, el “varguismo” o el “velasquismo”.²¹ El problema que necesitamos enfatizar aquí se refiere a que *el término “carisma” tal como lo hemos visto empleado no accede a la dignidad de un objeto de conocimiento científico*. En la ciencia social no basta el señalamiento de características tomadas de la realidad social o de la experiencia real (v.g. como todas las características y rasgos de la relación líder-arrastré de masas que se atribuyen a propósito del *carisma* de determinado dirigente) para tener entre manos un objeto de conocimiento. Y ello no por lo acotado o reducido que parezca el objeto de investigación, cuando se circunscribe al individuo, sino porque la construcción de un objeto de conocimiento científico *sólo* es posible cuando dicha elaboración se halla inserta en una teorización que nos permita entender, y dar cuenta a su vez, *de todos los aspectos y problemas que pueden ser vistos y planteados al objeto en cuestión*.

En ese sentido, tal como lo hemos analizado en este libro, a través del “carisma velasquista” (e igual cosa podría decirse del ‘carisma peronista’ o de Getulio Vargas) no podemos someter a un análisis los aspectos de la realidad social que dicen relación con los problemas que nos inquieta conocer respecto del movimiento político que aparece dirigido por el individuo portador del “carisma”. Es decir, el término “carisma velasquista” resulta ser únicamente una denominación lingüística específica, construida con el nombre de un personaje real, que no construye —en el pensamiento— ningún nuevo objeto del saber. Por esta razón metodológica es necesario descartar completamente del discurso sociológico aquellos seudoconceptos que conllevan indudablemente consecuencias epistemológicas nefastas.

21. Como lo he realizado ya en mi artículo antes citado en el cual avancé una crítica a la Sociología Weberiana ecuatoriana que glorifica a Velasco empleando el seudo-concepto de “carisma”. Véase “Preliminares a una crítica sobre el llamado ‘Velasquismo’”. Revista *Cultura*, N° 2, Quito 1978. págs. 188-206.

2. Segunda Tesis: Los triunfos de Velasco se debieron a la votación en los barrios suburbanos de las ciudades ecuatorianas; siendo Guayaquil, la “plaza fuerte del velasquismo”.

El mismo Agustín Cueva afirma: “...el baluarte de Velasco en Guayaquil han sido los barrios suburbanos... Lo mismo ha ocurrido en otras ciudades del país...”²² Esta proposición se desprende de que, en el caso de Guayaquil “plaza fuerte del velasquismo, (su) hipótesis de que la situación de masas se constituyó en razón de las migraciones es *fácil todavía de verificar*”²³. *Ya anteriormente el mismo Cueva había anotado refiriéndose al primer triunfo electoral de Velasco que “la votación que tuvo... en Guayaquil... fue más decisiva aún” (que la de Quito).*²⁴

Esta “tesis” de Agustín Cueva se ha convertido en una premisa demostrada para los analistas políticos. “No hay que olvidar —afirma Pablo Cuvi refiriéndose al triunfo de 1933— que el caudillo convierte a Guayaquil en la base de su campaña y de su triunfo”.²⁵ Oswaldo Hurtado no ha olvidado esa premisa y dice textualmente en su reciente estudio: “En los hasta ahora cuarenta años de velasquismo, su caudillo ha contado con la permanente y leal adhesión de amplios sectores populares representados principalmente por los marginados. En efecto, los bastiones electorales del velasquismo han sido las ciudades de la Costa que han sufrido procesos de urbanización y ciertos campesinos semi-integrados a la vida urbana”.²⁶ El mismo Velasco Ibarra ha alimentado esta tesis. En una entrevista reciente afirmaba: “...el cuerpo electoral mío siempre ha sido Guayaquil... mis campañas siempre han tenido como base a Guayaquil”.²⁷

Hemos analizado ya *in extenso* la procedencia de la masiva votación que obtuvo Velasco Ibarra en 1933, y a la luz de ese análisis he demos-

22. Op. cit., pág. 718.

23. Ibid., pág. 717. El subrayado y paréntesis son nuestros.

24. Ibid., pág. 710.

25. Op. cit., pág. 230.

26. Op. cit., pág. 198. Comparten esta misma premisa otros autores que han escrito ensayos específicos sobre el “movimiento velasquista”. Véase Del Campo, op. cit., y Ojeda, op. cit.

27. Entrevistado por Pablo Cuvi; en Cuvi, op. cit., pág. 137. Véase también páginas 140-141 de esa obra. Nota del Editor: la obra citada es Velasco Ibarra; el último caudillo de la oligarquía, Ins. Inv. Económicas, U. C., Quito, 1977. .

trado la total falsedad de esta reiterada tesis sobre los principios del “Velasquismo”. Se ha revelado así que el “baluarte” del triunfo electoral de Velasco en 1933 no fueron los “barrios suburbanos” de Guayaquil y *ni siquiera de todas las ciudades ecuatorianas juntas!* En el país la “plaza fuerte” del triunfo electoral de Velasco no sólo que fue la votación de distritos electorales rurales (a secas), sino fundamentalmente, como queda plenamente demostrado, del altiplano andino.

He señalado ya que en la mantención de esa tesis revelada ahora como errónea, y difundida por nuestros “velascólogos”, ha contribuido incluso el mismo Dr. Velasco... claro está con la ayuda de la sociología subjetiva. El caso más palmario de esto se encuentra en el libro del sociólogo Pablo Cuvi, *Velasco Ibarra: el último Caudillo de la Oligarquía*. Como se sabe dicha obra contiene, en buena medida, una serie de entrevistas realizadas por Cuvi en Buenos Aires, con el “último caudillo”. En determinado momento hablan de la campaña y victoria electorales de 1933. Velasco se detiene entonces a relatarle al entrevistador su campaña en el Carchi y particularmente en Tulcán. Cuvi que supone (con Velasco) y todos los “velascólogos” la propiedad de la “tesis” de Cueva que comentamos, acepta como válida la respuesta de su interlocutor a una pregunta que le hace de inmediato. Reprodúzcamos aquí la parte pertinente de dicha entrevista, por el interés que comporta:

Pablo Cuvi: “¿Y recuerda Ud. qué resultados tuvo en esas votaciones en Tulcán?”

Velasco Ibarra: “Probablemente he de haber perdido, señor”.

Pablo Cuvi: “¿Había mayoría Liberal ahí?”

Velasco Ibarra: “Probablemente he de haber perdido. Yo gané abrumadoramente, pero en Tulcán he de haber perdido”.

Pablo Cuvi: “¿Y cuando fue la primera vez a Guayaquil, en esta campaña, sintió allí, fue allí cuando descubrió la esencia del Velasquismo?” (sic).

Velasco Ibarra: “Sí, señor, sí, señor, sí!”²⁸

28. Véase Pablo Cuvi, op. cit., pág. 90. Más adelante en su libro Cuvi, portador del Mito, no puede sino reafirmarlo y seguirlo difundiendo: “No hay que olvidar –nos dice– queriéndonos recordar algo importante sobre el ascenso de Velasco al poder en 1934, que el caudillo convierte a Guayaquil en la base de su campaña y de su triunfo” (sic) op. cit., pág. 230.

Esta entrevista de Cuví con Velasco no nos dice lo que verdaderamente ocurrió electoralmente en Tulcán, sino solamente lo que Pablo Cuví –sociólogo entrevistador– creyó que había ocurrido, o lo que él (portador del mito) deseaba escuchar que había ocurrido, o acaso lo que él mismo quería creer que había ocurrido. Pues la verdad de la votación en Tulcán en esas elecciones fue la siguiente:

CUADRO N° 1

Votación en el cantón Tulcán y en la ciudad de Tulcán en las elecciones presidenciales de 1933

Parroquias	Velasco I.	%	Otros Cand.	%	Total
Ciudad de Tulcán					
Tulcán	271	79%	74	21%	345
González Suárez	137	71%	56	29%	193
Parroquias rurales					
Huaca	163	98%	4	2%	167
Maldonado	7	23%	24	77%	31
Urbina	140	100%	0	0%	140
El Pun	6	75%	2	25%	8
Julio Andrade	71	93%	5	7%	76
Totales	795	83%	165	17%	960

Elaboración del autor.

Fuente: Actas de los respectivos escrutinios. Archivo del Palacio Legislativo, Quito.

Como se ve, tanto en el cantón Tulcán en su conjunto como en la ciudad del mismo nombre el Dr. Velasco Ibarra no sólo que ganó las elecciones *sino que lo hizo abrumadoramente*. Por cierto que resulta más difícil, y menos atractivo ir a desempolvar los archivos y buscar los datos de esas elecciones para saber lo que ocurrió, que entrevistar al triunfador en Buenos Aires y preguntarle qué piensa él que ocurrió. Al haber escogido esta segunda alternativa, Cuví se inserta como muchos otros en la más fiel tradición de la sociología subjetiva... y sin quererlo! Entregarle a Velasco Ibarra los hechos de sus “velasquismos” puede o no puede ser mucha ingenuidad, y no nos interesa remachar en ello. Lo que me interesa hacer a este respecto es una crítica metodológica. Pues

en realidad, lo que hace Cuví en ese trozo de sus entrevistas reproducido (como también en muchos otros) es suponer que no se puede hacer un poco de sociología si el investigador no llega a establecer un contacto directo con la mente de aquel sobre quién escribe.

Con razón podemos citar aquí un texto que resulta pertinente para revelar el error metodológico de Cuví (y otros) que usaron ciertas técnicas subjetivas para afianzar más el mito que difunden:

“Quizá la maldición de las ciencias del hombre sea la de ocuparse de un objeto que habla.

En efecto, cuando el sociólogo quiere sacar de los hechos la problemática y los conceptos teóricos que le permitan construirlos y analizarlos, siempre corre el riesgo de sacarlos de la boca de sus informantes. No basta con que el sociólogo escuche a los sujetos, registre fielmente sus palabras y razones, para explicar su conducta y aun las justificaciones que proponen: al hacer esto corre el riesgo de sustituir lisa y llanamente a sus propias premoniciones por las premoniciones de quienes estudia o por la mezcla falsamente científica y falsamente objetiva de la sociología espontánea del “científico” y de la sociología espontánea de su objeto... Todavía más: el sociólogo que niega la construcción controlada y consciente de su distancia a lo real y de su acción sobre lo real, puede no sólo imponer a los sujetos preguntas que su experiencia no les plantea y omitir las que en efecto surgen de aquellas, sino incluso plantearlas, con toda ingenuidad, las preguntas que sus propios propósitos le plantean, mediante una confusión entre las preguntas que surgen objetivamente y aquellas que se plantean conscientemente.”²⁹

Este error de base no es sólo de Cuví, sino que también lo hemos encontrado en otros sociólogos que escribieron sobre Velasco Ibarra. Recuérdesse que el mismo Agustín Cueva, para hablarnos de cómo se había iniciado el “velasquismo” se apoyó en lo que “afirma su propio líder”. Sólo que en este caso, aquello que había supuestamente afirmado su “propio líder” no es producto de ninguna entrevista con “El Profeta”, sino que estaba tomado de una “Historia del Ecuador” que evidentemente utilizó acriticamente.

Por cierto entonces cabe interrogarse ¿de dónde surge el mito acerca del “populismo velasquista” basado en el subproletariado?

Hemos dejado sentado ya que la debilidad del esquema analítico de nuestros “velascólogos” con relación a la primera tesis aquí falsificada, radica en no prestar atención a los grupos socio-económicos que respaldaron en 1933 la candidatura de Velasco y que a nuestro enten-

29. Pierre Bourdieu, et. al., *El oficio de sociólogo*, 1975, págs. 57-8.

der se constituyeron en la base material de “su” campaña.³⁰ Si el error fundamental en ese caso está informado por una teoría subjetiva de la realidad, en el presente caso la equivocación se deriva de errores metodológicos graves. En pocas líneas, se deriva de la equivocada asimilación de dos fenómenos que se presenta interrelacionados como causa, el uno, y efecto, el otro. Concretamente: la existencia de una migración rural hacia las urbes se relaciona con la creación de una “situación de masas” “disponibles” y movilizables políticamente. Como “el velasquismo” surgió en los años en que se registra esta existencia, entonces aparece para nuestros sociólogos como el efecto de aquella.

En palabras del más influyente estudioso del “velasquismo”, ese fenómeno “responde a las condiciones objetivas y subjetivas de estos grupos, a los que en adelante denominaremos *subproletariado* (peones de obras, cargadores, personal de servicio doméstico, vendedores ambulantes, desocupados, etc.)”. Y utilizando datos a nivel *Provincial* (incluso para elecciones posteriores!) Cueva llega a afirmar que dichos datos “prueban, de manera fehaciente... la relación entre los marginados y el velasquismo”.³¹ Examinemos brevemente este asunto en el que reposa la llave argumental de las interpretaciones acerca del *populismo velasquista*.

1. Llevados por un método que invierte los términos de la investigación, es decir que se preocupa de arreglar los datos a conclusiones previamente sacadas en base a ideaciones subjetivas, o a comprobacio-

30. Por ejemplo nosotros nos habíamos planteado interrogantes diversos al de nuestros “velascólogos” cuando hacíamos la reconstitución de la misma campaña electoral de Velasco Ibarra. Además de los asuntos ya tratados, nos habíamos planteado la pregunta: ¿Quiénes acompañaron a Velasco en sus giras electorales, dónde hablaba y en que superestructura política encontraban inserta su campaña? Descubrimos en efecto que los personajes que acompañaban a Velasco (o que a su vez se adelantaban a visitar el lugar por él visitado en el objetivo de “preparar el terreno”) eran miembros del Partido Conservador, y a veces eran además parlamentarios representantes de la provincia visitada. Por lo demás, Velasco en algunos lugares de la Sierra dio sus discursos desde la sede misma de los consejos municipales (órgano estatal local), o desde el balcón de alguna “residencia privada” facilitada por el gamonalismo local. El aparato eclesiástico editó estampas en su visita: en una carilla se encontraba alguna virgen (v. g. la del Quinche) y al otro lado la foto del hijo de la Iglesia (en realidad funcionario suyo...) Así el balcón de Velasco no era cualquier balcón, y convenía preguntarse a quién pertenecía la casa.

31. Op. cit., pág. 717. En ésto ha sido repetido por Esteban del Campo en las obras ya citadas y por todos los otros sociólogos que se ocuparon del fenómeno.

nes derivadas de una experiencia histórica diversa (en el tiempo y en el espacio), en lugar de hacer de las tesis el resultado final de una previa pesquisa investigativa, nuestros sociólogos han sobredimensionado la envergadura de las migraciones campesinas a las urbes en el período de la crisis. Y en ello comulgan con quienes, insertos en una óptica evolucionista de la historia del país, han ignorado que la crisis trajo consigo no sólo la descomposición de las haciendas cacaoteras, sino también una *nueva servidumbre* basada en el robustecimiento del régimen hacendatario costeño volcado a la producción de arroz, café y otros productos, como lo hemos demostrado ya en este libro.³² Se muestra así la evidencia cierta de un tal número de peones expulsados de las haciendas cacaoteras, y se supone de inmediato que todos ellos se fueron a la ciudad a abultar el ejército de desocupados, que harían parte del “subproletariado urbano”.

Este abandono de las haciendas que se supone acarreó siempre la expulsión de los trabajadores proletarizándolos, es cotejado también con la existencia de los migrantes campesinos serranos, otro de los ingredientes que habría incrementado el subproletariado urbano en las ciudades de la Costa y en especial de Guayaquil.

Ahora bien, no se trata de negar la existencia de dicha migración, que nosotros mismos hemos reconocido, sino de no sobredimensionarla en el período 1920-1933.

La investigación realizada nos ha revelado que en muchas haciendas los antiguos sembradores de cacao se quedaron en calidad de finqueros, sembradores de arroz y café, entregando al hacendado ausentista una renta en especie a través de su mayordomo. Sabemos también que la misma migración de campesinos serranos *en buena parte no era una migración permanente sino temporal o estacionaria* como lo ha demostrado Julio Estrada Icaza en *Regionalismo y Migración*.³³ Además es necesario considerar que otros productos agrícolas, tales como el tabaco y la tagua, por ejemplo, exhibieron un relativo auge en esos años, requiriendo la mano de obra desocupada de las antiguas haciendas cacaoteras... y retenían consecuentemente a un número considerable de cam-

32. Véase Capítulo IV.

33. Guayaquil: Public. del Archivo H. del Guayas, 1977, Véase en especial las págs. 77-84.

pesinos en el agro. Tal como lo afirma en 1930 un documento, la producción del marfil vegetal se había constituido en “la barrera suprema que contiene, entretenida en la recolección de esta pepa blanca, a *millares de hombres que antes prestaban su concurso en las huertas cacaoteras*”.³⁴

Y más adelante el mismo documento reconocía el aspecto social de esta realidad: “La tagua más que cuestión económica es para el Ecuador su verdadera cuestión social. En esa pepa blanca perdida entre la hojarasca del monte, reside la tranquilidad del Ecuador, porque ella alimenta a millares de familias campesinas de nuestro Litoral en esta hora difícil para la agricultura nacional. Sin la tarea recolectiva de la tagua, el hambre llevaría al seno de esas familias la desesperación...”³⁵

2. Una cosa es que sea “fácil de verificar” la existencia de una migración hacia las ciudades en los años de la crisis (asunto que nadie niega) pero otra cosa es señalar que a partir de ese hecho se haya creado en las urbes una “situación de masa” como asiento electoral de Velasco Ibarra, pues como lo hemos demostrado fehacientemente en el capítulo V de este libro ese subproletariado de reciente formación no tuvo acceso al sufragio en los comicios de 1933.³⁶ Al no haberse planteado adecuadamente el problema investigado, nuestros sociólogos partieron de premisas completamente falsas sobre la realidad de ese subproletariado y hubo quien se permitiera incluso afirmar, en base a experiencias habidas en otros países (que mecánicamente reproducía para el nuestro), que ese subproletariado había sido reivindicado en su condición ciudadana por Velasco Ibarra. Planteadas las preguntas equivocadas, nuestros “velascólogos” no pudieron entonces aprehender adecuadamente la realidad.

34. “La Tagua también está atacada de peste?” artículo publicado en la Revista *El Ecuador Comercial*, Año VIII, N° 79, Enero de 1930, Quito-Guayaquil, pág. 28.

35. *Ibid.*, pág. 29. Por otra parte conocemos a través de los escritos de Italo Paviolo que la producción de tabaco en 1925 era de 1.380.000 kilos y provenía de Daule, Balzar, Santa Rosa y en menor escala de Esmeraldas. Ver “El cultivo y la preparación agrícola del tabaco en la República del Ecuador” (Quito: Talleres Gráficos Nacionales, 1926) pág. 10. Esta obrita de 142 páginas se encuentra en la Sección Nacional de la Biblioteca de la Universidad Central.

36. Véase Capítulo VIII.

3. Por último cabe hacer una anotación que es pertinente a este punto y que no fuera jamás tomada en cuenta por nuestros “velascólogos”. Se trata de un fenómeno aún insuficientemente investigado, pero sobre el cual puede sí avanzarse algunas constataciones.³⁷

En el desplazamiento regional del cuerpo electoral del país hay algo muy importante para poder entender la política del Ecuador en los últimos años, especialmente a partir de los años 50, y por ende para entender los triunfos electorales de Velasco Ibarra en 1952, 1960 y 1968. Se trata de lo siguiente: Contrariamente al llamado “período caacotero”, el llamado “período bananero” *No sólo vuelve a colocar el centro de gravedad económica nacional en el litoral (aunque con connotaciones regionales más amplias) sino que también cambia por entero la configuración global del juego electoral. La mayoría del electorado se irá concentrando en la Costa de manera progresiva, hasta la presente coyuntura en que la Sierra recobra escasamente su antigua mayoría. Ahora bien esa población costeña en su mayor parte (aunque no totalmente) escapa al control de la superestructura de la hacienda a nivel local, y más globalmente, escapa al control de la iglesia católica. Es en ese momento cuando también el abogado Velasco Ibarra cumple su papel, como excelente actor. Pero aquí puede radicar un grave error si se asimila el desplazamiento del juego electoral global hacia la Costa con el apoyo del llamado subproletariado costeño (especialmente guayaquileño) al Dr. Velasco. Pues como todo cientista social debe conocer, una correlación positiva entre dos variables no significa forzosamente una relación de causa y efecto, ya que no pueden haber uno o múltiples factores que “expliquen” dicha correlación!! incluso claro está, dentro de la sociología funcionalista misma que ya advierte sobre estos particulares, por no decir nada sobre aquella conceptualización fundamental de la historia que jamás reduce la explicación a una relación de causa-efecto.*

Más aun ese desplazamiento regional del juego electoral no se había dado aún en 1933, cuando Velasco es por primera vez elegido Presidente de la República. Así la primera elección del abogado Velasco, como la del gamonal Neptalí Bonifaz Ascázubi dos años antes, *siguieron*

37. Véase mi estudio sobre “Región y Elecciones en el Ecuador 1930-1968” que hace parte de un volumen que editará La FLACSO de Quito y la Universidad de York, Canadá, donde se desarrollarán los resultados finales de una investigación en curso. Un adelanto de esa investigación se presentará en FLACSO-Quito en agosto de 1980.

el movimiento electoral del siglo XIX,³⁸ cuando la clase terrateniente controlaba los hilos del juego electoral-representativo por el mismo mecanismo, y en donde el cuerpo electoral se ubicaba en la Sierra. Con la iniciativa tomada por la clase terrateniente y sus partidarios (Conservadores y también Liberales) de extender el voto a la mujer alfabeta, ese movimiento se robusteció y le ayudó a la clase terrateniente a consolidar su triunfo como lo hemos demostrado en este libro.³⁹

Naturalmente las cosas cambiaron en el juego electoral ecuatoriano a partir de la producción bananera.⁴⁰ La Costa se vuelve entonces un competidor electoral por su propio peso (y no sólo por su poder económico —el de la burguesía costeña). Entonces, el Dr. Velasco Ibarra cambia la coloración, como acertado camaleón obligado a seguir las manifestaciones de matices en las alianzas de fracciones y clases dominantes.

3. Tercera Tesis: Sobre la relación del “velasquismo” con los sectores rurales

“El velasquismo no es un fenómeno que tenga relación con los sectores sociales de menor conciencia política del país; en las áreas rurales

38. Véase el Capítulo II de este libro donde ha quedado revelado ese movimiento, y mi estudio sobre “La estructura Institucional de Representación Política en el Estado ecuatoriano del siglo XIX” publicado en la Revista de Ciencias Sociales N° 7-8, 1978, págs. 70-109, donde se ha revelado, por primera vez, esa realidad que tanto esperaba ser investigada.

39. Véase Capítulo VI.

40. La situación sintéticamente expresada es la siguiente:

Cuerpo Electoral en el Ecuador de 1948-1960

Año	Sierra	Oriente	Costa	Galápagos	Totales
1948	187.866	3.075	90.741	122	281.804
1952	215.638	4.338	133.610	191	356.144
1956	381.203	7.949	274.893	382	614.522
1960	397.809	11.019	351.716	609	761.153

Elaboración del autor.

Fuente: Actas electorales originales.

de la Sierra, que son las más atrasadas en éste como en otros campos, la población vota por los conservadores y no por Velasco Ibarra”.⁴¹

Esta tesis, derivada, como las dos anteriores, de una matriz interpretativa única, lo lleva a Cueva a ver en el triunfo de Velasco Ibarra en 1933 una independencia con relación al triunfo de Neptalí Bonifaz: el primero “no triunfó únicamente gracias a” las masas conservadoras del segundo, sino que la votación urbana de Guayaquil (y no la legado del bonifacismo en Quito) fue “más decisiva”.⁴²

Nuestro análisis sociológico de las elecciones de 1931 y 1933 ha demostrado la total falsedad de dicha tesis, al revelar que la base social fundamental del triunfo de Velasco previno precisamente de los “sectores rurales”... y de la Sierra central eminentemente.

Aun más, podemos nosotros hacer una caracterización social del electorado que sufragó entonces por el Dr. Velasco Ibarra en las parroquias rurales del Altiplano Andino, para tener así una visión más profunda de la base social fundamental del “primer velasquismo”, y despejar para siempre los errores comentados.

Es evidente que dado el grado de analfabetismo entonces existente, en el Callejón Interandino quienes sufragaron en las parroquias rurales serranas no fueron los huasipungueros. En efecto esos labriegos o ‘conciertos arraigados’, peones esclavizados por sus deudas con el patrón terrateniente eran en su inmensa mayoría analfabetos. Según un estudio que venturosamente ubica el problema analizado para el año 1933 el sector del campesinado más empobrecido –llamado por ese autor ‘la clase campesina A’– y que incluía a todos aquellos labriegos y jornaleros que trabajaban en comunas, o en las haciendas (siendo éstos los huasipungueros) tenían un ingreso mensual promedio de S/5.60 y eran en un 80% analfabetos, mientras el 20% restante habían asistido a escuelas rurales pero en realidad eran semianalfabetos.⁴³ Estas cifras no parecen exageradas en absoluto, pues para el año 1949 Angel Modesto Paredes calculaba que el analfabetismo del “grupo indígena” (que justa-

41. Agustín Cueva, op. cit., pág. 711.

42. Ibid.

43. Pablo A. Suárez, *Contribución al Estudio de las Realidades entre las Clases Obreras y Campesinas*. Quito: Tipografía J. Fernández, 1934, pág. 35.

mente comprende al sector más pobre del campo entre los tipificados por ese autor) ascendía al 90%. Y a propósito de la participación electoral de este grupo social el autor añade: “El indio hasta ahora ha permanecido casi en lo absoluto indiferente a la política, sin participación en las elecciones públicas que ella despierta”.⁴⁴

Tampoco fueron los electores del capitalino abogado Velasco Ibarra los “indios comuneros”. Esos minifundistas indígenas de las comunidades no sólo que exhibían el alto grado de analfabetismo arriba señalado, sino que además habían sido tradicionalmente los más reacios a participar en actividades ajenas a sus “naciones interiores”, calificativo que un autor ha dado a las comunidades indígenas en 1916.⁴⁵ Según ese autor ‘ningún blanco’ podía entrar a las comunidades sin permiso de sus cabecillas y el ‘odio hacia los blancos’ era más acendrado en ellos. Esto sin embargo parece exceptuar al cura, causa principal para impedir que se ‘civilicen’, según el mismo ensayista. Recordemos además que la ‘indiferencia’ hacia las elecciones públicas señalada por Paredes también se refería a ellos.

Estarían asimismo excluidos de conformar el “electorado velasquista” de las parroquias rurales de la Sierra aquellos minifundistas analfabetos y pobres, los llamados ‘indios libres’ que eran propietarios de una ínfima parcela, que a veces contraían deudas con los hacendados y perdían consecuentemente su libertad personal, aunque el “acarreo” electoral pudo también haberse dado. En todo caso si alguna votación por Velasco se puede imputar a ellos, ésto habría sido a través del “acarreo”. Aun cuando este fenómeno, por cuya constatación posible buscamos evidencia, no fue un fenómeno constatado en toda la investigación realizada. Y si existió dicho fenómeno su existencia no abogaría sino contrariamente a la tesis comentada.

¿Qué características sociales exhibían los electores de aquellas parroquias rurales del Altiplano Andino, que como hemos demostrado ya, constituyeron la base social de apoyo electoral más decisiva del “Primer Velasquismo”?

44. Angel Modesto Paredes, “Estudio de la Clase Media en el Ecuador”, *Revista Mexicana de Sociología*, México, Volumen XI, N° 1, 1949, pág. 9.

45. El Indio en Tungurahua, 1916, op. cit.

Eliminados como votantes el conjunto de contingentes antes mencionado y considerando que los miembros pertenecientes a la clase terrateniente (por más que todos y *todas* hayan votado por Velasco) no pueden por sí solas dar cuenta del relativamente numeroso electorado rural serrano, es claro que ‘el fuerte’ de esa masa rural que sufragó por el Dr. Velasco Ibarra estuvo constituido por *Una Pequeña Burguesía Rural*. Entiéndase ese término en el sentido único que le da la economía política: es decir, para definir a los pequeños productores que operaban bajo el sistema de la economía mercantil, incluyendo por lo tanto a un sector del campesinado serrano como también a los artesanos, pues ambos (tanto ese sector de campesinos y el artesanado) son productores que trabajan para el mercado y “sólo los diferencia un distinto grado de desarrollo de la economía mercantil”.⁴⁶

Los contingentes específicos de esa *pequeña burguesía rural* que sufragó por el ‘doctorcito’ en 1933 en las parroquias rurales (y algunas parroquias ‘urbanas’ pequeñas) de la Sierra serían básicamente dos: una pequeña-burguesía pueblerina, y una pequeña-burguesía rural, que pasamos de inmediato a describir.

La *Pequeña-Burguesía Pueblerina* estaría integrada por aquellos individuos dedicados a la pequeña producción artesanal, es decir por el artesanado pueblerino. Según el estudio antes citado, los artesanos constituían el 10% de la población de las aldeas y pueblos parroquiales serranos en 1933 y eran en un 50% alfabetos. Su ingreso mensual promedio era de 26 sucres y ‘casi siempre’ eran también “terratenientes” (léase pequeños propietarios) y algunos tenían terrenos de entre los cuales la mayoría contrataba a un peón.⁴⁷ También la integraban los pequeños comerciantes de víveres (los llamados ‘tenderos’) y los dueños de humildes fonduchas y chicherías, como aquellos pequeños comerciantes (con o sin tierras) que compraban los productos locales para revenderlos a un comerciante citadino que los recogía localmente. Estos comerciantes de aldeas y parroquias, nos dice Pablo Suárez, eran también a veces propietarios de tierras con animales de transporte y

46. Lenin, V., O. C., Tomo I, pág. 414.

47. Ver lo que Pablo Suárez llama “Clase Campesina B” y “Clase Campesina Manufacturera” para encontrar los rasgos generales antes citados de lo que hemos llamado el artesanado pueblerino.

constituían el 18% de la población pueblerina serrana en 1933, siendo la mitad de ellos alfabetos.⁴⁸ La pequeña-burguesía pueblerina estaría también compuesta por aquellos ‘transportistas’ (los llamados ‘arrieros’ en la Sierra). Y por último la integraban asimismo los empleados del aparato estatal, aunque éstos para 1933 sólo constituían el 3% de los habitantes de las cabeceras parroquiales del Altiplano, eran evidentemente alfabetos. Esos ínfimos funcionarios parroquiales (de juzgados locales y los amanuences) estaban oficialmente adscritos a la burocracia del Gobierno ‘nacional’ (la tenencia política) y eran auxiliados en su ‘función pública’ por ese conjunto de servidores oficiosos del aparato estatal: los tinterillos pueblerinos. Al conjunto de empleados parroquianos debe añadirse los funcionarios del aparato eclesiástico (los curas, monjas y sus empleados de Parroquia eclesial). Y por fin valga mencionar también a ese elemento que atestigua la presencia de aquella forma embrionaria del capital comercial: el capital ururario protagonizado por el ‘chulquero’ pueblerino, que por lo demás era generalmente un pequeño-comerciante, pero podía también ser uno de esos funcionarios del aparato estatal ‘nacional’ o eclesiástico.

El segundo contingente lo constituyó esa pequeña-burguesía campesina propiamente dicha (a diferencia de la pequeña-burguesía pueblerina rural) y con la cual formaba el grueso del electorado que favoreció a Velasco Ibarra en 1933. Esa pequeña-burguesía campesina estaba constituida por aquellos pequeños propietarios independientes (no ligados directamente a la hacienda) que cultivaban personalmente o con su familia su pequeño “fundo” (de pocas hectáreas) y que eran campesinos alfabetos. Para 1933 estos agricultores autónomos, pequeños parcelarios, constituían el 40% de la población campesina serrana y tenían ingresos mensuales promediales similares a los del artesanado.⁴⁹ En su pequeño ensayo sobre la provincia de Tungurahua, otro autor nos dice que, ya para el año 1916, los “indios rurales” de entre los llamados “libres” eran casi todos propietarios y entre ellos “no son muy raros los ricos”. Sus propiedades ocupaban en la referida provincia ‘considerables extensiones de terreno’, siendo su ‘ambición’ más grande la de ser propietarios.⁵⁰ Por su parte, Angel Modesto Paredes, generalizando sobre

48. *Ibid.*

49. *Ibid.*, 1916.

50. *Ibid.*, 1916.

toda la Sierra afirma lo siguiente sobre estos campesinos “ricos”: “...la posesión de las tierras devueltas mediante parcelaciones o por reconocimiento de la propiedad a las comunidades campesinas, y, por una mayor atención prestada por diversos grupos a su ilustración, cuyo resultado inmediato sería el establecimiento de una clase media campesina. Además, añade, hay el caso del “cholo”, propietario que cultiva personalmente o en familia su fundo, para fortalecer el grupo”.⁵¹ Y al referirse a ellos como “cholos leídos” delata ese autor el carácter de alfabetos (y por ello legalmente facultados y facultadas para votar) que tenían esos “campesinos ricos”. En realidad la formación de esta pequeña burguesía campesina estaba ya conformándose antes y en 1916 se podía atestiguar que en la provincia serrana del Tungurahua ya casi no quedaban haciendas grandes y que en ese entonces la mitad del suelo cultivable pertenecía a “pequeños propietarios”.⁵² El autor citado identifica también a una franja de estos pequeños propietarios como “ricos” y (alfabetos) y eran los que pertenecían a la pequeña burguesía que vendía sus productos al “shigrero”.⁵³

En síntesis: estos dos sectores de la pequeña-burguesía rural (la pequeña-burguesía pueblerina y la pequeña-burguesía campesina) constituyen la base electoral fundamental del candidato del Partido Conservador, el Dr. Velasco Ibarra, en 1933.⁵⁴ Lo que se daba entonces en el

51. Op. cit., pág. 10.

52. Op. cit.

53. En 1934, Ernesto Miño de Ambato escribía del “tipo serrano de SHIGRERO, que hace fortunas apreciables, comprando productos agrícolas a los hacendados o campesinos y enviando a Guayaquil”. Véase *El Ecuador ante las Revoluciones Proletarias*, Tesis de Licenciatura, Dic. 1934, Facultad de Jurisprudencia, A.U.C., Quito, pág. 150.

54. Esto significa evidentemente que nosotros no explicamos la presencia del electorado por Velasco a través de un simple “acarreo electoral” de campesinos indiscriminados. Es posible que ese fenómeno se haya dado también, aunque este autor no pudo encontrar evidencias de dicho fenómeno que, como es bien sabido, acontecía en las elecciones, en Sierra y Costa. Ni en las actas electorales se encontraron denuncias de este tipo, ni en los debates parlamentarios que escrutaron los resultados globales, ni en la prensa de oposición a la candidatura de Velasco. Si el fenómeno se dio, cosa probable por cierto, no fue en términos ni significativos ni fue decisivo tampoco, para el triunfo del candidato ungido por los Conservadores del Orden. Si la clase terrateniente coaligada tenía un contingente remozado de votantes rurales, ¿por qué había de acudir entonces al “acarreo electoral”? Es dable pensar que éste fue insignificante y que el grueso de la votación provino de los sectores de la pequeña burguesía identificados.

agro serrano era una alianza entre la clase terrateniente y la pequeña-burguesía rural, alianza que posiblemente estuvo políticamente dirigida en contra de los intereses del campesinado pobre y de los minifundistas indígenas comunales que comenzaban a organizarse ya entonces en torno a sus propias reivindicaciones, en unidad con la clase obrera urbana.

4. Cuarta Tesis: El “velasquismo” surgió en 1933 como un fenómeno ajeno a los partidos políticos, y al contrario significó el debilitamiento de éstos.

Según esta tesis, el aparecimiento del “movimiento velasquista” no sólo que no fue obra de ningún partido político en particular, sino que se operó incluso en detrimento de la organización de partidos modernos en el Ecuador. Esta creencia, que en el Ecuador hace parte de ese *consenso académico* preestablecido para “pensar el velasquismo”, no sólo que ha ganado la calle con una serie de ‘argumentos’ de persuasión dignos de mejor causa, sino que inclusive ha tenido en el mismo Dr. Velasco Ibarra su máximo exponente. Interpretando esa creencia un sociólogo ha escrito recientemente: “En su programa universal debe participar todo el ‘pueblo’ unificado en un solo movimiento: las ‘ideologías’ y los partidos únicamente sirven para sembrar la discordia”. Y añade luego por su propia cuenta: “Aquí ya no se trata del instinto (de Velasco) sino de la experiencia: si él no ha necesitado de partidos para subir al gobierno, ergo, los partidos no son necesarios, peor aun, son los causantes de sus caídas”.⁵⁵

He demostrado en este libro que la base social que *movilizó* la candidatura del Dr. Velasco en la consecución de su primer triunfo electoral, no fue un subproletariado urbano, sino una población eminentemente rural de hombres y mujeres que no se encontraban en absoluto “marginados” sino que, al contrario, se encontraban muy influidos por el Partido Conservador e insertos en las superestructuras políticas controladas por la clase terrateniente, su Partido y la Iglesia. El candidato Velasco hizo campaña electoral en las zonas rurales e inclusive *gastó más* tiempo de campaña en parroquias y cantones rurales que en las dos princi-

55. Véase Pablo Cuví, op. cit., pág. 73, pero iguales criterios podríamos encontrar en toda la literatura sociológica sobre el “velasquismo”.

pales ciudades, pero tampoco creemos que su votación *fundamentalmente* de origen rural se deba *su* campaña en el agro. Lo que sucede es que las bases del poder por él representado estaban compuestas por intereses eminentemente agrarios. De ahí que en su campaña por las parroquias rurales, sus giras se sustentan en los aparatos estatales locales controlados por la clase terrateniente, y sus organizaciones políticas partidistas.

Hemos demostrado también la importancia cierta (aun cuando no podamos fijar en qué proporción) del electorado femenino en los triunfos del Partido Conservador en 1931 y 1933. Este factor totalmente olvidado en las anteriores investigaciones sobre el triunfo de Velasco en 1933 nos ha revelado la capacidad estatal de la clase terrateniente y la creciente sofisticación del Partido Conservador. Pero más importante aun, nos reveló la corrección de nuestra tesis sobre la vía prusiana de desarrollo del Estado burgués en el Ecuador, pues con esas reformas electorales impulsadas por la aristocracia “desde arriba” esa clase se colocaba a la cabeza del proceso de evolución del Estado y de modernización de la escena política por él delimitada.

He mostrado también como esas nuevas formas de organización “democrática” que surgieron en la coyuntura política analizada: clubes, comités, “movimientos”, “juntas”, “periódicos”, “campañas”, “compactados”, “comités de lucha”, etc., etc., etc., no son fenómenos *apartidistas* desligados del control de una clase social fundamental y su partido político, sino (todo lo contrario) que ellas hicieron parte del *marginalismo* de un partido político nada endeble, sino en proceso de robustecimiento. Entendido así, el partido político, se nos revela en su verdadera *esencia* como un agente de hegemonía, como un elemento moderno de un Estado que comenzaba a dejar ese proceso de dominación política calificado por nosotros como *caporalización*, y que por lo tanto sí tiene sentido hablar de gamonalismo, caciquismo, y caudillismo como fenómenos co-existentes con el surgimiento del “velasquismo”, pues esos conceptos expresan una relación atrasada de vinculación entre la base económica precapitalista de la sociedad y su superestructura.⁵⁶ Pero ello no dependía de Velasco, que era el sujeto cautivo de esa realidad.

56. Véase el Acápite VI del capítulo II, páginas 53-65.

Más aun, esas nuevas formas de expresión política analizadas eran orgánicas, y ellas nacieron como respuestas a las necesidades hegemónicas de las clases dominantes. Cueva tiene razón cuando al referirse al “velasquismo” afirma que fue “un elemento conservador del orden social, altamente funcional por haber permitido al sistema absorber transitoriamente sus contradicciones más visibles y superar a bajo costo sus peores crisis, manteniendo una fachada democrática y hasta con aparente consenso popular”.⁵⁷ Pero en este sentido cabría estudiar el papel desempeñado por Velasco como un intelectual orgánico de la derecha coaligada.

El análisis desarrollado en este libro indica que los desplazados del campo a la ciudad, esa masa de campesinos arrojados por la crisis a las urbes y que cambiaron el perfil de la estructura social ecuatoriana, dando inequívocamente lugar al apareamiento de un *subproletariado*, urbano, *no escaparon al control político de las clases dominantes*. Es decir, no quedaron aislados del control político de la clase terrateniente o de la burguesía, ni mantuvieron una “condición marginal” que exhibían con un comportamiento sui géneris.⁵⁸ Al contrario, ese subproletariado urbano que por cierto no estuvo inserto en la estructura institucional de representación política (por las condiciones ya analizadas) y que no tuvo participación relevante en el campo electoral, *sí* estuvo sin embargo *ubicado e inserto* en aquellas novísimas organizaciones “democráticas” y “de masas” creadas por la clase terrateniente en las ciudades ecuatorianas, y que hicieron parte de una red de asociaciones de la sociedad civil a través de las cuales la clase terrateniente por medio de su robustecido Partido Conservador, canalizaba hegemónicamente y controlaba, para los fines coyunturales de sus luchas, la participación de esos sectores sociales subordinados.

Ya hemos analizado la vocación anticomunista de la CON, que por lo menos en buena parte estuvo integrada por “campesinos recién emigrados a Quito y por artesanos”.⁵⁹ Esos “compactados bonifacistas”

57. Op. cit., pág. 720.

58. Ibid., págs. 716-17.

59. Ibid., pág. 716. Sin embargo, Agustín Cueva no demuestra en ninguna parte que el contingente fundamental de la CON haya sido proletariado. Nuestra investigación muestra a la CON como una organización coyuntural constituida principalmente de

(nada apartidistas en esta coyuntura) también sirvieron como fuerza de choque y de movilización contra los intentos de descalificación del candidato de los terratenientes. “Reunido el Parlamento... los asalariados bonifastas hicieron demostraciones de fuerza y cometieron excesos múltiples, como el intento de amedrentar a los congresistas. La “compactación”, como se llamó a la porción de esos mercenarios desgraciados se hizo temible. Las fuerzas de la izquierda, de otro lado, cohibidas por la fuerza pública, realizaban sus manifestaciones valerosamente”.⁶⁰ En 1932, los compactados participarían también como una fuerza represiva en la llamada “Guerra de los Cuatro Días” que sucedió a la descalificación del ciudadano *peruano* elegido Presidente de la República.⁶¹ Por eso, el mismo contingente subproletario de la CON (organización compuesta en su mayoría por obreros y artesanos) no puede ser visto como ajeno al control de los terratenientes, sino integrando también aquella función represiva o de policía que exhibe todo partido político.

obreros y artesanos, aun cuando no descarta la existencia de esos campesinos recién emigrados a la ciudad de Quito. Un estudio de los miembros de la CON caídos en la “guerra de los 4 días” (1932) arrojaría luces sobre este particular.

60. Clotario Paz, op. cit., págs. 74 y ss. Nota del Editor: la cita se refiere al libro Larrea Alba, *Nuestras Izquierdas*. Imp. Tribuna libre, Guayaquil, 1938.

61. Como se sabe los Conservadores aducían lo contrario acerca de la nacionalidad del terrateniente Bonifaz. Ellos aducían que de acuerdo con la doctrina de “Jus Solis”, el Sr. Bonifaz era ecuatoriano pues había nacido en Quito, pero se pasaba sobre acusas sobre el hecho de que el padre de Don Neptalí era el Secretario de la Legación (embajada) peruana cuando ocurrió el nacimiento.

Los partidos contrarios se valían de la teoría del “Jus Sanguinis” para demostrar la “peruanidad” del Presidente Electo. Entre los opositores de Bonifaz se encontraba el Presidente Alfredo Baquerizo Moreno, quien de manera velada dio a entender en su Mensaje al Congreso de 1932 que el Partido Liberal se encontraba en serio peligro y dio a los miembros de dicho Congreso una especie de advertencias, insinuándoles la necesidad de descalificar a aquel representante genuino del más rancio gamonalismo. “Si queréis paz, les dijo, buscadla en los sepulcros, pero nunca en el campo de la política y la acción, en donde los intereses de la Patria están en juego”. (Mensaje del Presidente de la República al Honorable Congreso Nacional, 1932, A.F.L.). Pero el señor Bonifaz que había heredado no sólo tierras sino también las costumbres autoritarias y feudales de sus antepasados, advertía a su vez que “la sangre correría en Quito hasta los tobillos” si era descalificado, pues contaba con 15.000 “obreros” con él. (Según testimonio del Ministro Mexicano en Quito, Informe del mes de agosto de 1932). Pero con la misma autosuficiencia que caracteriza a los gamonales, el señor Bonifaz había lanzado un “Manifiesto a la Nación” en Julio de ese año sobre el controvertido asunto de su nacionalidad. En ese documento declaraba que “debido a su despreocupada juventud” no había parado mientes en la cuestión de su nacionali-

Por otra parte el estudio de ambas elecciones nos ha demostrado el fenómeno de *marginalismo* existente en 1931 y 1933, que revela la no descomposición de los partidos, ni su endebles sino su creciente complejidad. El apoyo a Bonifaz en 1931 y a Velasco en 1933 se basaba a su vez en la estructura partidista entonces existente, y en aquellas organizaciones *funcionales*, y de carácter *táctico* creadas para el objetivo de asegurar el triunfo. Ambos candidatos fueron nominados por el PCE a través de sus organizaciones funcionales ocasionales; ambos recibieron el respaldo de un electorado controlado por la clase terrateniente a través de su Partido y de la Iglesia.⁶² Las mismas giras de Velasco Ibarra eran dirigidas y apoyadas por el PCE y sus representantes.

Hemos demostrado así que el “velasquismo” *no* surgió en 1933 como un fenómeno “ajeno” a los partidos políticos, sino que fue el triunfo del Partido Conservador y ese triunfo significó no sólo el forta-

dad y, por ello, no tuvo reparos en declararse peruano al registrarse civilmente a dos de sus hijos... cuando el Sr. Bonifaz contaba con 34 años de edad. Decía también que “por razones familiares” y “en guarda de sus intereses” había declarado la nacionalidad peruana en algunos documentos relacionados con subpropiedades y bienes de fortuna, pero agregaba que siempre se había sentido ecuatoriano.. sobre todo en los últimos tiempos en que la patria... (por cierto la de sus antepasados terratenientes, para él) le había reclamado a su servicio! Véase *El Comercio*, Julio, 1932.

62. Valga añadir a lo ya revelado en este libro, un hecho que muestra claramente el activo papel de la iglesia en la preparación del triunfo Conservador de 1931. En abril de ese año los Conservadores se aprestaron a conmemorar el llamado “Milagro de la Dolorosa” (cuadro que existía en el Colegio de los Jesuitas de Quito y al cual le atribuían que había llorado de pena en 1906 al contemplar al Ecuador presa de los Liberales). Esa fue la oportunidad hábilmente buscada por el Partido Conservador para combatir abiertamente al Gobierno y tratar de “preparar el terreno” para la futura contienda política. Se habló entonces, en torno a este *Congreso* Mariano, de un “Conservadorismo de avanzada”. Por cierto no se trataba de otro de los milagros de La Dolorosa, sino de una manifestación concreta de la realidad. El entonces Obispo de Guayaquil Carlos María de la Torre (a quien el periódico *El Día* llamara “el von Kluck” del movimiento religioso conservador) era el principal auspiciador del Congreso Mariano. Se quiso traer el Nuncio desde Lima, para atacar, durante todos los días del Congreso referido, a la escuela laica. Véase *El Día* del 24, 25, 26 de abril de 1931, y *El Telégrafo* del 27 de abril de 1931, donde se publicaron extensos comentarios respecto a ese evento que reunió a un gran número de mujeres y aglutinó ideológicamente a sectores subalternos de la ciudad capital. Llegadas las elecciones, el Ministro de Gobierno podía decir en el Congreso Nacional que la totalidad de las mujeres y muchos campesinos habían sido presionados moralmente por los funcionarios del aparato eclesiástico (los curas) para que votasen por Bonifaz, Informe Político, A.G.E. México, Sep. 1932. Con Velasco Ibarra ocurrió cosa similar.

lecimiento a secas del sector serrano de la clase terrateniente y su partido, sino que como lo hemos puntualizado, dicha victoria colocó a la clase terrateniente a la cabeza de una alianza política con sectores costeños de la clase dominante. La clase terrateniente serrana extiende así su influencia a una región donde había sido tradicionalmente derrotada y saca a su Partido Conservador del enclaustramiento serraniero y lo convierte en un partido “nacional”.⁶³ Si en 1931 la clase terrateniente serrana obtuvo una victoria y se trató sin éxito de establecer una alianza con un sector de clase dominante del litoral, en 1933 los hacendados serranos lograron –antes del triunfo electoral– ampliar la alianza de la clase terrateniente hacia un sector de la clase gobernante de la Costa.⁶⁴ Esa alianza tuvo como eje, al sector serrano de la clase terrateniente. Por ello debemos entender que dicho pacto y el sucesivo triunfo electoral del Dr. Velasco Ibarra hace parte del camino prusiano que transitaba el Estado Ecuatoriano. Y saber que de las vicisitudes de dicha alianza y de dicha evolución estatal se derivan algunas de las escenas más ruinosas de nuestra vida política contemporánea.

5. Quinta Tesis: La relación del “Velasquismo” con otros movimientos políticos “populistas”.

El “populismo” de Velasco Ibarra no ha sido el único en el Ecuador. “La Concentración de Fuerzas Populares y otros movimientos menores, pero de igual índole, responden a la misma situación” que el “velasquismo”.⁶⁵ De ahí que se haya planteado, en cierta literatura sociológica y periodística, la reciente pregunta: “¿quiénes serán los herederos de las bases sociales de Velasco cuando este desaparezca de la escena política?” Uno de estos sociólogos consideraba así el problema cuando afirmaba: “Assad Bucaram es el líder del C.F.P., que llega irónicamente tarde a la Historia del populismo. Se constituye en *posible heredero definitivo del Velasquismo* –de sus bases populares (aclara ese autor)– pero en el momento en que el populismo cae en la penumbra”.⁶⁶ Por

63. Recuérdese que algunas de las asociaciones funcionales del PCE actuaron en Guayaquil y en toda la Costa en 1933, como hemos señalado.

64. Ese sector se expresó en el llamado “Comité Liberal Demócrata del Litoral” (CLDL) que no era sino una fracción del Partido Liberal, ese sí debilitado y dividido por los efectos sociales de la crisis.

65. Agustín Cueva, op. cit., pág. 717.

66. Esteban del Campo, *El Populismo en el Ecuador*, op. cit., pág. 34. El subrayado nos pertenece.

cierto hubo quienes no creíamos en la no vigencia del “populismo cefepista” (incluso, claro está, antes del 16 de julio de 1978), pero muchos sí se hacían la pregunta. Después de todo el “populismo” del CFP se debía a la misma base social de aquel dirigido por el “último caudillo de la oligarquía”. Hasta ahí la tesis que examinaremos.

En este estudio sobre la sociedad ecuatoriana y su evolución conducente al apareamiento del “velasquismo”, hemos querido avanzar un tratamiento de alcance general teórico sobre varios aspectos del proceso de dominación política en un país muy poco estudiado en América Latina. En el espíritu del XII Congreso Latinoamericano de Sociología, creo que el estudio de casos nacionales permiten el enriquecimiento del análisis del Estado en América Latina.

Es obvio que nuestro interés sociológico ha estado centrado en el examen de las condiciones socio-económicas sobre las cuales se levantó ese Estado como expresión de dominación de la clase terrateniente (en el siglo XIX) y de la burguesía a partir de 1895. Sin embargo, cerrándole el paso a toda una mitología edificada sobre las especulaciones de una falsa historiografía, hemos querido enfatizar la peculiaridad del Estado ecuatoriano y el carácter muy relativizado de la sustitución de la hegemonía de la clase terrateniente por la burguesía comercial en 1895. Relativizado porque, como hemos demostrado, la clase terrateniente continuó siendo aun después de la Revolución Liberal una clase con capacidad estatal, que incluso se colocará a la cabeza del mismo desarrollo burgués del Estado, particularmente a partir de 1912.

En la Segunda Parte de este libro he comenzado con un tratamiento de la participación político-electoral desde 1930-1933, que muestra el carácter restringido de la escena política democrática en el país. No se trataba de introducirnos al análisis del régimen partidista para un período posterior. Lo que deseo recalcar con esos capítulos es precisamente las limitaciones básicas de nuestro desarrollo democrático, y el persistente poder de la clase terrateniente, reformadora “desde arriba” del régimen de participación electoral en algunas instancias cruciales. Se crea así una perspectiva histórica que nos permite analizar dos expresiones políticas orgánicas del PCE a comienzos de los años 30: el mal llamado “bonifacismo” de 1931 y el primer triunfo del Dr. José María Velasco Ibarra.

Ambos casos revelan la capacidad y vigencia política de la clase terrateniente en las instituciones hegemónicas del Estado. La derrota del PCE no fue en el terreno de las “contiendas democráticas” sino en el campo de batalla. La derrota del PCE con el derrocamiento de Velasco Ibarra en 1935 también fue con la fuerza de las armas y no en el juego democrático de las “elecciones libres”. Nosotros, sin embargo, es necesario enfatizar, no estudiamos el Gobierno Conservador presidido por Velasco Ibarra, sino que nos interesa mostrar al PCE como un agente de hegemonía de la clase terrateniente en la fase triunfal del que sería el primer mandato de Velasco. Mi objetivo al analizar extensivamente una coyuntura tan delimitada en el tiempo se explica por el interés de inaugurar un nuevo tratamiento de cada uno de esos “velasquismos” tan genéricamente y equivocadamente tratados en la literatura ecuatoriana. Como parte del método seguido está el replanteo de examinar la realidad de las votaciones comparativamente en 1931 y 1933.

Otro objetivo de habernos detenido en la realización de un análisis tan concreto en el capítulo VIII es el de plantear prácticamente la necesidad de descartar la tesis generalizada en nuestro medio de que el “velasquismo” responde a situaciones similares dadas también en otros “populismos” tales como el supuesto “populismo cefepista”. Al respecto, dejamos aquí planteada una visión general al respecto.

Las masas proletarizadas de las urbes ecuatorianas expresaron durante toda la fase histórica que va de 1922 al presente su creciente inconformidad en condiciones de poder constituir una fuerza social insurgente en unidad con la clase obrera. Frente a un Estado nacional débil, incapaz de controlar políticamente a esas masas, los sociólogos ecuatorianos hemos o descartado la posibilidad de que el control de esos sectores populares se realice a través de los canales partidarios “tradicionales” —PCE, PLR— o incurrido en la teorización de un “modelo populista” que aglutina a las masas proletarizadas en torno al “velasquismo” y al “cefepismo”, movimientos supuestamente autónomos mediante los cuales las clases dominantes habrían supuestamente resuelto un impasse o la necesidad de “arbitrar” su contienda de intereses diversos.

En verdad, lo común al CFP y al movimiento político acaudillado por Velasco Ibarra, ha disimulado las diferencias de fondo existentes y

que precisamente deben plantearse en relación con las clases, o fracciones de clase que esos movimientos o partidos representan y los fines que persiguen. Entre 1895 y 1979 las clases dominantes han tratado de resolver, hasta hoy mismo, un problema que parece secular a su democracia: el cómo asegurar una forma de Estado que posibilite el escogimiento de los representantes de la variedad de intereses de sus diversas fracciones y/o sectores. Los gobiernos presididos por Velasco Ibarra, a través de los cuales se operó un relativo control de las masas populares, han sido valiosos instrumentos de la clase terrateniente y de un sector de la burguesía intermediaria que lograron en determinadas coyunturas conciliar sus intereses y aglutinar sus bases sociales en torno a ese personaje-instrumento de su dominación, sin plantearse el desarrollo industrial del país y favoreciendo siempre los intereses del capital monopolístico, en especial de EE.UU.

El CFP expresa un carácter esencialmente distinto pues ese partido obedece también en una de sus tendencias a los intereses de la fracción industrial de la burguesía que negocia con el capital monopolístico internacional un modelo de desarrollo más dinámico, y por lo tanto, con otras fracciones de la burguesía y sus partidos. Pero el CFP se opone a la clase terrateniente tradicional y es un partido claramente burgués cuya función de representación política está planteada únicamente para los intereses interburgueses. En síntesis, el movimiento de Velasco Ibarra, que como hemos visto fue en 1933 una parte del PCE, ha servido a los sectores más reaccionarios, antimodernizantes, derechistas e incluso fascistas (recuérdese su alianza con ARNE en 1952-56) y tendió siempre a la permanencia del statu-quo, mientras que el CFP sirve a los sectores modernizantes que naturalmente también buscan la permanencia y la estabilidad del sistema, pero desarrollándolo mediante un control sistemático y “planificado” de las contradicciones inherentes al capitalismo.

Nuestro análisis de la coyuntura 1931-1933 que marcó el surgimiento de un *marginalismo* particular del PCE ha revelado la corrección de esta posición que planteamos en torno a la discriminación necesaria que debe hacerse entre los “movimientos” aparentemente “populistas”, y echa luces sobre la indispensabilidad de estudiarlos como fenómenos distintos que precisamente *no* responden a “la misma situación”.

III. El “Velasquismo”: ¿Avance histórico, “Crisis de la hegemonía oligárquica”, o consumación del pacto oligárquico?

Este conjunto de tesis analizadas se han entrelazado para imprimir la idea de que el surgimiento del “velasquismo” significó un avance histórico en el país en la medida en que habría hecho “crisis” la “hegemonía oligárquica”, tal como habría ocurrido también con los otros *populismos* latinoamericanos. En la sociología ecuatoriana el principal exponente de este mito es el sociólogo Esteban del Campo.⁶⁷ Otros han supuesto también rasgos “positivos” en el surgimiento del fenómeno, afirmando que el “velasquismo” conllevó una mayor participación política en el Ecuador, al haber, según ellos, ampliado la participación electoral y política de las masas. Lautaro Ojeda, considerando las diversas características específicas del “caudillismo velasquista”, señaló esto: “Gran participación, especialmente de los sectores populares urbanos en las elecciones. Entre los efectos positivos que regularmente puntualizan sus críticos, suelen atribuir esta característica como una de las más sobresalientes”.⁶⁸ Todo esto hace ver en el “velasquismo” una ruptura con el pasado.

Y es que el “fenómeno político más importante del Ecuador contemporáneo” no puede ser estudiado *como tal* es decir como único, en 40 años sin caer en una verdadera “reducción” de los tiempos históricos. Al contrario, si como dice Oswaldo Hurtado el “Velasquismo” “ha sido un fenómeno eminentemente electoral”,⁶⁹ no debemos proceder como ha procedido el politólogo Hurtado: es decir, escribir sobre ese “fenómeno” y emitir una serie de criterios sin realizar ningún análisis electoral. Por ello he avanzado un análisis de las elecciones en que triunfó por primera vez el Dr. J. M. Velasco Ibarra en diciembre de 1933. La necesidad de profundizar ese análisis me llevó a examinar también los resultados de las elecciones de 1931, en que ganó el Sr. Neptalí Bonifaz A. En base a una investigación reciente hemos plantea-

67. Véase todas sus obras citadas, en particular “*El Populismo en Ecuador*” y “*Crisis de la Hegemonía Oligárquica...*”

68. ??????

69. Op. cit., pág. 199.

do la necesidad de revisar todas y cada una de las tesis interpretativas del mal llamado “velasquismo” y hemos propuesto junto a la crítica y a la demistificación, explicaciones alternativas. Nuestras conclusiones —por básicas razones metodológicas— *exclusivamente* se refieren al período estudiado. Pero naturalmente ellas echan luz para estudiar los otros triunfos electorales del Dr. Velasco y replantear las explicaciones propuestas, ajustándose a la realidad histórica.

El Dr. Velasco Ibarra subió al gobierno por elecciones en 1933, 1952, 1960 y 1968. En 1944 lo hizo a través de un movimiento consensual que la Asamblea Constituyente de entonces se encargó de ratificar también por vía electiva. Es decir en todos los triunfos de Velasco encontramos vigente el principio de las elecciones: fue el consenso creado en las urnas su fuerza de arrastre.

Ahora bien, ese consenso electoral fue siempre un mecanismo conocido, readecuado y manipulado por las clases dominantes, y en 1933 principalmente por la clase terrateniente. La base material de dicha manipulación fue entonces la existencia de todas aquellas estructuras políticas, ideológicas y jurídicas precapitalistas entrelazadas orgánicamente —por la misma historia de su constitución junker— con el Estado central, y no como producto de un movimiento participatorio desde abajo.

He demostrado asimismo que, muy a pesar del consenso académico existente en el país con relación a la supuesta importancia de los distritos electorales de la ciudad de Guayaquil en el primer triunfo de Velasco Ibarra, esas tesis —mantenidas por todos los que han escrito algo sobre el asunto— son completamente erradas. El más reciente exponente de esa tesis, Pablo Cuví, señalaba nuevamente hace poco que en 1933 “el caudillo convierte a Guayaquil en la base de su campaña y de su triunfo”.⁷⁰ Hemos visto que Velasco no hizo de Guayaquil base de su campaña en 1933, peor aún base de su triunfo, por lo que ambas afirmaciones son totalmente falsas.

Uno de los propósitos del presente trabajo era el de identificar el tipo de alianza que de acuerdo a nuestra investigación se estableció para que surja Velasco Ibarra como Presidente del país. Es evidente

70. Op. cit., pág. 230.

que para nosotros el triunfo del Dr. Velasco en 1933 no representó un punto de ruptura con el pasado. Todo lo contrario. Ese proceso de crisis que comienza en 1912 fue creando las condiciones para el desarrollo de un *Pacto Oligárquico*, determinando así la aparición de una alianza en cuya cúspide se hallaba la clase terrateniente a nivel nacional, pero fundamentalmente los hacendados serraniegos. La importancia decisiva de este descubrimiento, en los acontecimientos públicos que tienen lugar desde esa alianza para el desenvolvimiento del Ecuador contemporáneo, es evidente.

Recapitulemos brevemente esa realidad.

La burguesía de la Revolución Liberal había innegablemente inaugurado una etapa de transformaciones importantes en el Ecuador. El General Alfaro había buscado promover un desarrollo económico dentro de los límites de un proceso capitalista, y favorecer el fortalecimiento de una burguesía nacional que sea capaz de instaurar por sí sola, el dominio del resto de las demás clases. Se iniciaron reformas en este sentido, lideradas por la burguesía. Pero en la base del papel histórico cumplido por la burguesía estaba su condición material como clase, y su relación con la clase terrateniente, como hemos demostrado. Por esto, ella habría de detener su marcha progresista más pronto que las burguesías europeas, pues acá en un país como el Ecuador los límites de su quehacer histórico estuvieron fijados por su propia vía de constitución como clase, por el enorme poder de la clase terrateniente que ella fue incapaz de liberar de sus condiciones materiales de atraso, por la dominación imperialista inaugurada coincidentalmente con el arribo de la burguesía ecuatoriana al poder y, *last but not least*, por el hecho de que el movimiento obrero internacional estaba en pleno ascenso revolucionario y se había instalado ya una Revolución Socialista en el mundo que indudablemente produjo una activación política del pequeño proletariado ecuatoriano.

Hemos demostrado ya que la democracia engendrada por la burguesía en 1895 tenía bases endebles y no había atentado seriamente contra las bases de poder político de la clase terrateniente. Esta seguía usufructuando de muchos privilegios en la dispersión de poder aún existente en esos dominios territoriales que eran verdaderos “pequeños Estados”. Por esto cuando sobreviene una grave crisis económica

como la descrita y estalla la insurrección obrera de 1922, la burguesía ecuatoriana –atrapada en las condiciones de su propio atraso como clase– no vacila en traicionar su propia revolución, sellando con ello el triunfo de la reacción terrateniente.

En las condiciones de esta crisis, la burguesía ecuatoriana, que había acabado muy pronto su vocación renovadora, que había permitido el asesinato del Viejo Luchador, que había –con préstamos del Banco Comercial y Agrícola de Guayaquil y del Banco del Pichincha– pagado y armado al ejército para derrotar a los revolucionarios conchistas, y que nunca había impulsado la realización de la reforma agraria, acentúa su tendencia a dejar en pie los fundamentos del viejo orden, e incluso a abandonar algunas de las conquistas democráticas anteriores y a respaldar los privilegios de la aristocracia terrateniente.

El desarrollo de un capitalismo local dependiente del mercado mundial capitalista se había creado una vulnerabilidad inherente frente a la crisis de sobreproducción. El período de crisis en el Ecuador se extiende así y se acentúa con la depresión capitalista mundial del año 1929, que afectó de manera diferida a las diversas fracciones de la clase burguesa (ya identificadas) y a la clase terrateniente.

El impacto de la crisis económica prolongada y de la depresión capitalista del año 29 recayó en forma inmediata sobre dos fracciones de la burguesía. Por una parte, recayó con toda dureza sobre los intereses de la fracción comercial-bancaria (los exportadores) por cuanto decayeron los precios de algunos productos de exportación reduciéndose las ganancias de las exportaciones. El “crack” del 29 había hecho “que el monto de nuestras exportaciones bajara de 15 millones de dólares obtenidos en 1926, a menos de 7 millones en 1931”.⁷¹ Ello afectó fundamentalmente a la producción agrícola costeña que en excepción hecha de algunos productos alimenticios, era una producción destinada en un 90% al mercado externo y solo un mínimo 10% estaba destinado al consumo interno.⁷² Y los principales productos agrícolas del Litoral sufrieron una baja en su precio, además del cacao. El café, por ejemplo que se había cotizado en 1929 a 70 sucres el quintal bajó en 1930 a 25

71. Cueva, op. cit., pág. 713.

72. Véase José Luis González, *Nuestra Crisis y el Fondo Monetario Internacional*, Quito, Ed. Rumiñahui, 1960, pág. 3.

sucres. Por su cuenta el azúcar descendió a 1.04 centavos de dólar en el mercado mundial, y el precio interno bajó a 21 sucres en enero de 1930 a 16 sucres en noviembre del mismo año.⁷³ “La imposibilidad de colocar su producción, nos dice Rafael Guerrero, hizo que Valdez quemara la cosecha del año 32 y los ingenios no molieran al año siguiente...La caída del precio en el mercado mundial fue más fuerte que en el mercado interno: en el interior el quintal se vendía a 17 sucres y en el mercado mundial valía 5.59 sucres en 1934...”⁷⁴ A esto había que añadir aún la competencia ruinosa del azúcar del Perú y Cuba que exportaban el producto a precios muy bajos. También la crisis del 29 provocó una caída del precio del arroz y una paralización de la modernización en los campos destinados a su producción. Es decir que al año de la crisis mundial en el Ecuador se había producido una rebaja general de los precios de los principales productos de exportación del Litoral, siendo esta la causa principal para el estancamiento del volumen de cartera de los Bancos:

“...con un nivel más bajo de los precios, el mismo total del crédito bancario significaba un relativo aumento de dicho crédito; debido a la baja de los precios también hubo una reducción en el total de los medios de pago a disposición del público”.⁷⁵

Esto afectaba sobre todo a la fracción comercial-exportadora, de manera directa, a los industriales y no amenazaba a la clase terrateniente en sus condiciones sociales de reproducción como tal.

La otra fracción de la burguesía que fue golpeada por la crisis de 1929 era aquella compuesta por los importadores. El alza de los precios de importación, la restricción apreciable del circulante y la merma del volumen de transacciones afectaron a la fracción de la burguesía que controlaba el mercado de importaciones. La disminución de la reserva de oro, la depreciación del sucre,⁷⁶ la reducción del circulante, el retiro

73. Rafael Guerrero, op. cit., pág. 69. Nota del Editor: Se refiere a texto de Andrés Guerrero *Ensayo sobre la acumulación originaria en el Ecuador: Hacendados cacaoteros, banqueros Exportadores y Comerciantes en Guayaquil (1890-1910)* mimeo, 1977.

74. Ibid.

75. Luis A. Carbo, op. cit. Nota del Editor: Se refiere a Historia Monetaria y Cambiaria del Ecuador.

76. El dólar en las operaciones clandestinas había llegado a venderse a 8 y 10 sucres, mientras el cambio oficial era de 5,95. Informe Diplomático Mexicano, junio de 1932. A.G.E.

de los depósitos bancarios, la disminución del crédito no fueron sino manifestaciones de los efectos negativos que la crisis capitalista mundial impuso en la fracción financiera de la burguesía ecuatoriana ligada al comercio importador, efectos que se hicieron totalmente públicos con la liquidación de dos instituciones bancarias.

Pero la fracción comercial-importadora de la burguesía, que como hemos revelado se había robustecido en los últimos años, ligada a La Previsora, no fue en realidad igualmente golpeada por la crisis como la fracción comercial-bancaria. Se puede observar incluso que durante esos años ciertos productos importados, tales como la manteca, la harina de trigo, etc., en lugar de disminuir van aumentando. Y esta importación estaba dirigida a competir con la producción agrícola serrana y sus productos industriales derivados de ella. Por ello también se debía a que la demanda interna no era abastecida por las fábricas nacionales. Como lo decía el mismo Gerente del Banco La Previsora: "En el ramo de alimentos, muy poco se ha ganado en cuanto...a la harina. La Sierra produce trigo suficiente para el consumo de las 2/3 partes de la población",⁷⁷ y el resto tenía que ser importado de los EE.UU. Luego añadía: "Los esfuerzos para producir manteca...en su mayoría fracasaron por falta de fomento de la fuente, es decir, del criadero de cerdos".⁷⁸ Pero los industriales serranos, ligados a la producción hacendataria y a la clase terrateniente del Altiplano andino no gustaban de esa "competencia desleal" para la "industria nacional", y abogaban por una política proteccionista a secas.

Por último cabe interrogarse: ¿Cómo fue afectada por la crisis esa pequeña fracción industrial de la burguesía costeña, ubicada principalmente en Guayaquil?

La crisis de 1929 se inició bajo los signos de la crisis global del capitalismo mundial, cuyos efectos fueron la paralización de los movimientos internacionales de capital que se tradujo en los países semicoloniales como el nuestro en la *posibilidad de iniciar un proceso de desarrollo autónomo*, basado en la industrialización. En nuestro país, a diferencia de

77. Víctor Emilio Estrada, "Las Condiciones Económicas del Ecuador", documento reproducido íntegramente en un Informe Diplomático Mexicano y que aparece fechado al 30 de Junio de 1934. Informe N° 316 de septiembre de 1934.

78. Ibid.

otros países latinoamericanos donde se dio sí un proceso de mayor envergadura signado por la sustitución de importaciones, esto no ocurrió. Se dio sin embargo un cierto estímulo al desarrollo de ciertas industrias como resultado de factores locales. “Industrialmente —exageraba Víctor Emilio Estrada en 1934— el país ha dado un buen paso hacia la independencia económica, en cuanto se refiere a los productos de algodón. Las fábricas algodoneras han aumentado la producción en fuerte competencia con las mercaderías importadas... la industria del cigarro y cigarrillo apenas acaba de ingresar en el marco económico del Ecuador. El consumo local es bien proveído por las fábricas locales... El monopolio de fósforos (estatal) produce este artículo que hasta 1931 fue objeto de importación”.⁷⁹

El mismo Informe de Estrada señala la existencia de 8 fábricas de cerveza en el país, 3 de calzado que operaban en Guayaquil y Riobamba y que llenaban el consumo local dejando un saldo de la producción para la exportación a Colombia, 1 fábrica de cordones de zapatos, algunas manufacturas de perfume que habían “prácticamente sustituido” la importación extranjera y algunas bebidas alcohólicas que antiguamente constituían ramos de importación. Mientras tanto la fábrica de cemento de Guayaquil había sido cerrada durante la depresión y la industria de la construcción dependía del cemento importado, aunque se había establecido otra fábrica que abastecía en 1934 en un 75% al mercado interno.⁸⁰

Sería errado sin embargo pensar que ese moderado desarrollo industrial manufacturero costeño que llenaba los poros no saturados por la industria de los países capitalistas centrales, y que en buena medida se iba imbricando con el mismo capital monopolítico internacional, tuviera una contradicción absoluta con la burguesía comercial-importadora. Y ello por dos razones. 1) Porque algunas industrias *importaban en buena* medida una parte de la materia prima auxiliar para su propia producción. Así por ejemplo cuando en 1931, el Gobierno prohibió la importación de calzado extranjero de toda clase, las dos industrias guayaquileñas entraron en una gran actividad, deseosas de extender su radio de acción, pero los dirigentes de las fábricas de calzado de Guaya-

79. Op. cit.

80. Ibid.

quil querían saber “cotizaciones de precios por suelas de caucho y telas impermeables para plantilla interior del calzado de lona de manufactura mexicana...y solicitaban precios de tacones y suelas de caucho para calzado de cuero”.⁸¹ Por otra parte esas mismas industrias eran importadoras de cueros de los EE.UU. y ya en 1929 pagaron cerca de un millón y medio de sucres a las curtiembres estadounidenses para la fabricación de zapatos.⁸² Ya hemos señalado cosa igual para el caso de la harina cuya producción local era insuficiente para las manufacturas locales, llegándose en 1936 a intensificar dicha importación.⁸³ No desvinculados esos industriales costeños del comercio de importación, ellos no eran partidarios a secas de una política proteccionista y aducían que los productos serranos eran de “mala calidad” y preferían importarlos para sus industrias! 2) En segundo término, algunas de las industrias costeñas muestran una creciente imbricación de intereses con el capital monopolístico y difícilmente puede hablarse de ‘industrias nacionales’. En algunos casos incluso, varias de las empresas de servicio público, anteriormente en manos de ecuatorianos, fueron vendiendo acciones a intereses extranjeros, principalmente norteamericanos.⁸⁴ Lo mismo ocurrió con la fábrica de cerveza de Guayaquil, e incluso “El Estanco” de fósforos fue entregado a una empresa sueca en 1930, causando perjuicio a una fábrica nacional “que daba trabajo a muchas personas”.⁸⁵

El capital monopolístico iba penetrando también en las llamadas industrias extractivas. Es así como la única entidad minera que había exportado tierra mineral en 1930 era la South América Development Co., de Portovelo, en la cantidad de 15.597 kilos por un valor de 7'388.624

81. Informe Consular del 30 de abril de 1931. A.G.E., México.

82. Véase artículo “Lo que pudieron evitar las curtiembres nacionales”, en *El Ecuador Comercial*, op. cit., pág. 36.

83. “Se calcula —reza un Informe mexicano de Dic. 1936— que la producción media de trigo en el Ecuador es de unos 500.000 quintales, producción que se obtiene en las provincias del interior...siendo la superficie de cultivo aproximadamente de 52.500 hectáreas. El consumo del país (costa y sierra) es de 700.000 quintales, por lo tanto harán falta unos 200.000 qq. de trigo con su equivalente de harinas”. A.G.E., México.

84. Véase América Libre, 1934.

85. Informe Dipl. Mexicano, 1930, A.G.E. México. Al decir del Senador Alfredo Coloma, con los millones de esos fósforos se había fundado el Banco Hipotecario, el cual sin embargo había, según él, desvirtuado su finalidad, cobrando a los agricultores intereses usureros. *Ibid.*

sucres.⁸⁶ Y por su parte habían 8 compañías petroleras extranjeras (4 estadounidenses y 4 inglesas) que extraían petróleo, lo destilaban, lo comercializaban y exportaban.⁸⁷

Ahora bien, la demanda que existía en el mercado mundial por esos productos exportables se había dado bajo presión de los países capitalistas centrales que exigían el pago de los préstamos con monedas de compensación que sólo permitían la importación recíproca de productos de sus países.⁸⁸

En síntesis puede afirmarse que la fracción industrial de la burguesía (costeña) no experimentó un robustecimiento significativo como aconteció en otros países latinoamericanos para el mismo período. El raquítico mercado regional, estrechado por la crisis, limitó el crecimiento de sus industrias, mientras que las dificultades financieras del Estado le obligaban a tomar ciertas medidas que afectaban los intereses de los empresarios industriales de Guayaquil, y el proclamado “proteccionismo” del Gobierno de Ayora no carecía de colaboración, pues parecía dictado por el “Partido Azul” en beneficio de sus industriales más poderosos con fábricas ubicadas en la Sierra.

Esto significa que la burguesía costeña como clase, a excepción de una fracción, muy incipiente por cierto, ligada a la producción industrial y carecía de autonomía, se encontraba a principio de los años treinta imposibilitada de restablecer, habida cuenta de la pérdida del control hegemónico a partir de la “Revolución Juliana”, su buscada hegemonía a lo interno del bloque en el poder. Sin embargo esa burguesía que como clase en su conjunto no podía recibir la ayuda de un Estado en crisis financiera,⁸⁹ vería operarse en su seno una mayor concentración de capitales en uno de sus polos de actividad. Y todo ello por obra y gracia de la misma crisis que soportaba ella en su conjunto. En efecto la crisis internacional de 1929 produjo una nueva “oleada de quiebras, embarcos y ventas de propiedades a bajos precios”.⁹⁰ Se fue formando así lo

86. Informe del Ministro mexicano en Quito, Dic., 1931.

87. Ibid., 1936.

88. “La década de los años 30”, Mimeo, Escuela de Sociología, 1970.

89. Mientras la deuda externa e interna aumentó progresivamente a partir de 1929, los ingresos fiscales disminuyeron. Véase U.N. Departamentos of Economic Affairs, Public Dept., 1914-1948. (New York: 1948).

90. Rafael Guerrero, op. cit., pág. 58.

que Rafael Guerrero ha llamado “el grupo San Carlos” propietario, ya para la época, del Banco Comercial y Agrícola. Para el año 1930 nada menos que 30 haciendas fueron adquiridas por ese Banco, a las que se sumaban las compradas por el mismo Ingenio San Carlos, que adquirió, cuatro años más tarde, las más famosas haciendas de la familia Morla, además de las ya compradas anteriormente.⁹¹ Es decir que la misma crisis había permitido un proceso de concentración de capitales que permite que un pequeño sector de capitalistas resista la crisis gracias a su poder financiero, la posibilidad de trasladar sus capitales a la producción azucarera (y bananera) y su actividad especulativa (compra de tierras a los hacendados costeños que estaban en quiebra). Se reconstruye así una fracción comercial-financiera de la burguesía, que si bien es cierto no se encontraba directamente representada en los aparatos centrales del Estado, parece ser la que más se robustece económicamente...Es decir, que si bien en un comienzo ese grupo de empresarios productores de azúcar no estuvieron ligados íntimamente a la burguesía financiera, ni eran protegidos por el Estado (v. g., en 1907 se permitía la libre importación de azúcar en el país), más tarde la industria azucarera se encontrará supeditada al grupo económico más poderoso de la burguesía (la burguesía financiera), y el Estado mantendrá en el mercado interno precios de privilegio para la producción azucarera (el de 17 sucres en 1917 cuando en el mercado mundial el azúcar valía 5.59 sucres).⁹²

Diferentemente afectó la crisis del 29 al conjunto de la clase terrateniente ecuatoriana que producía para un mercado de consumo doméstico que no se restringió y en el cual los precios no cayeron por debajo de límites tolerables, garantizando así su reproducción como clase, y su situación económica que venía siendo favorecida por los Gobiernos

91. Ibid.

92. En 1934 Víctor Emilio Estrada podía afirmar que la reacción que ha tenido la industria azucarera había sido “tan vigorosa que las estadísticas de los primeros cuatro meses de 1934 ya presentaron una cifra de cerca de 35 millones de sucres” por concepto de exportación de ese producto. En el Doc. reproducido en Informe Diplomático Mexicano, op. cit., A.G.E. México.

En 1930 se decreta que de acuerdo con los artículos 2 y 7 de la Ley de Estancos de Alcoholes queda prohibida la introducción de RON al país por tratarse de un producto hecho con la caña de azúcar. Lo cual era un apoyo a la industria azucarera. Ver *El Ecuador Comercial*, op. cit., pág. 54..

a partir de la llamada Revolución Juliana. Gobiernos que habían contado con el apoyo de los terratenientes.⁹³ Como es bien conocido, el golpe de estado de 1925 terminó el control político que conectaba a los Bancos y a los exportadores de cacao de Guayaquil con el Gobierno central de Quito. Es decir, desplazó del poder a la fracción comercial-bancaria de la burguesía guayaquileña. La política económica del principal Gobierno “Juliano” (el de Isidro Ayora) tuvo, en términos globales, el apoyo de la clase terrateniente: la instalación de la Caja Central de Emisión y Amortización, las reformas kemmerianas, la derogatoria de la ley de inconvertibilidad (del año 1914), la estabilización del cambio, la unificación de la emisión y respaldo de los billetes, el establecimiento del Banco Central (cuyo primer Gerente fue Don Neptalí Bonifaz), la expedición de la nueva Ley Orgánica de Hacienda, la creación de la Contraloría, la creación del Banco Hipotecario y de la Prenda Agraria (una institución fundada para ‘justificar el crédito agrícola’), fueron medidas provechosas para que “la agricultura”, en palabras del mismo Ayora, vuelva a ser “no...un elemento de la riqueza sino la base misma de ella”.⁹⁴ Según Agustín Cueva los terratenientes habían obtenido medidas provechosas después de 1925, tales como la ley de protección industrial que les permitió transferir, en condiciones ventajosas, una parte de su renta agrícola a la industria.⁹⁵

93. El dirigente máximo de la Derecha, Don Jacinto Jijón y Caamaño, que se encontraba refugiado en el Perú en 1925 (por haberse levantado en armas contra el Gobierno del Presidente Cordero que derrocó el golpe militar de Julio de 1925) se apresuró a regresar al país en cuanto supo del mismo. “El clero y los elementos conservadores organizaron una recepción muy calurosa habiendo concurrido 30.000 personas a la estación siendo conducido en hombros por los católicos exaltados. Las clases elevadas de esta ciudad le ofrecieron un banquete al que concurrieron prominentes personalidades y los miembros de la Junta civil y militar (del Gobierno Juliano). Se hicieron declaraciones por importantes jefes del Ejército, expresándose... que en el futuro, esa institución no sería el sostén del Partido Liberal, como antes... Las declaraciones expresadas, el aplauso de la prensa clerical al movimiento militar... han provocado un profundo descontento en los elementos avanzados del país”...(textual), Informe, Legación de México en Quito, 1925. Archivos de Concentraciones, S.R.E. de México.

94. En discurso dado con motivo de la fundación del Banco Hipotecario, op. cit., pág. 17.

95. *Proceso de Dominación Política en el Ecuador*. Nótese que las proposiciones que avanzamos nosotros sobre la llamada “Revolución Juliana” son contrarias a las dadas por A. Cueva para interpretar dicho fenómeno.

Esa política proteccionista del Gobierno acentuaba el proceso de capitalización de la renta que dio lugar al fortalecimiento de esa fracción de la clase terrateniente que había avanzado intereses en la producción industrial para el mercado interno y que además había establecido un circuito comercial de exportación de sus productos al sur de Colombia.⁹⁶

Ya desde 1925 podía notarse que los Gobiernos Julianos se encaminaban hacia un sistema proteccionista, para estimular el desarrollo de la producción industrial de la Sierra Central. El Gobierno de Ayora emitió decretos diversos para proteger la “industria nacional”, antes y después de 1929, para favorecer a ese sector de fabricantes que entraron en abierta contradicción con la fracción comercial-importadora del puerto principal.⁹⁷ Como lo ha manifestado correctamente Agustín Cueva: “Un porcentaje elevado de esa producción interna ‘protegida’, contra la cual clamaba la burguesía de la costa pertenecía a la aristocracia serrana que al amparo de la legislación proteccionista de 1929, transfirió una parte de su renta agrícola en la industria. En 1934, por el 91.5% del capital industrial textil del país se hallaba invertido en la Sierra”.⁹⁸

El proteccionismo oficial para la producción de textiles, calzado, harinas, etc., que estaba en manos de aquella clase terrateniente fue impulsado por los llamados “gobiernos julianos” que a nuestro entender hacen parte de lo que hemos llamado vía junker de desarrollo del Estado burgués en nuestro país.

Ahora bien, en las circunstancias de un robustecimiento de la clase terrateniente ante la situación de deterioro sufrido por la burguesía, la reacción derechista contempló incluso la idea de volver al *statuo quo ante* 1895 y no faltaron expresiones de aquello que Marx llamara un socialis-

96. “La primera medida que el Gobierno del Presidente Ayora ha tomado para atajar la crisis, ha sido decretar la prohibición para importar calzado y harinas” informaba el Ministro mexicano en Quito en marzo de 1931, A.G.E. Concentraciones, S.R.E. México. En enero de 1933 hubo una disputa pública entre los industriales serranos y los importadores guayaquileños a quienes los primeros tildaban de proyanquis por preferir importar harinas de E.E.UU. en lugar de comprar la producida en Tungurahua. Véase *El Universo* 18-20 y 21 enero/33 y del 12 y 22 de febrero del mismo año.

97. Véase Agustín Cueva, op. cit.

98. Op. cit.

mo feudal. Sin embargo, el país estaba ya encaminado por los derroteros de un desarrollo capitalista que tampoco atentaba contra los privilegios de la aristocracia y las utopías reaccionarias no progresaron entonces. La clase terrateniente que había también empezado ya a metamorfosearse en burguesía optaría por esgrimir armas “democráticas” en su lucha contra el proletariado y la misma burguesía, y a introducir modificaciones en la estructura estatal tendientes a cambiar a su favor la correlación de fuerzas de las dos clases dominantes en el juego democrático-burgués.

En 1929 se había reformado significativamente la Ley de Elecciones que otorgó el voto a las mujeres alfabetas, introdujo el sistema de representación funcional y entregaba 36 de los 54 curules parlamentarios a distritos electorales del Altiplano Andino. Obviamente las reglas del juego se ajustaban desde lo alto para beneficio del Partido “Azul”, de la clase terrateniente y sus aliados, los “Liberales moderados” de Sierra y Costa. En 1931 los Conservadores, solos, ganaron las elecciones presidenciales pero no pudieron instalar a su hacendado en el Palacio de sus antepasados. Se reponen y en mayo de 1933 las “listas bonifascistas” triunfaban mayoritariamente en las elecciones parlamentarias logrando incluso los puestos de suplentes en todas las provincias del interior. Parecía que la historia se había detenido en la incertidumbre de la prolongada crisis. Pero ella sólo actuaba entonces como la comadrona agobiada de una clase de señores de la tierra que no habían agotado su quehacer histórico.

Es en medio de esa crisis que el Ecuador llega a tener como Presidente a un individuo que si bien no había heredado el lugar (v. g., las haciendas) había asimilado sí las autoritarias costumbres de esos patrones feudales. Y el país llega así al año en que se sellaría un *pacto oligárquico* que signará el desarrollo de su historia hasta 1972; pacto que no será el mismo (en términos de sus componentes sociales) en el transcurso de esos 40 años, pero que, con sus modificaciones y ajustes, delatará sin embargo, la persistencia agobiante del poder de una clase que se resistía a dejar su lugar de mando en la sociedad ecuatoriana del siglo XX. Por ello es dable decir; que si 1895 parece ser la muerte prematura del siglo XIX, 1933 aparece como el nacimiento tardío de un ser engendrado en las entrañas de un organismo social que no había podido extirpar lo viejo, lo arcaico y lo caduco.

¿Cuáles fueron entonces los componentes sociales de ese pacto o alianza de clases dominantes que hicieron posible el triunfo de Velasco Ibarra en 1933?

He aquí los componentes sociales coaligados que permitieron e hicieron posible el “Primer Velasquismo”.

Toda la reconstitución analítica elaborada en este libro nos permite afirmar con absoluta claridad que en la cima de dicha alianza se encontraba la clase terrateniente ecuatoriana. Fue ella la protagonista esencial del triunfo electoral de Velasco. Pensar que los electores que favorecieron al abogado Velasco en el campo serrano (y costeño) hacían parte de un “movimiento político velasquista” que pudiera haber funcionado independientemente y ajeno a la clase terrateniente y su Partido Conservador, es un espejismo. Atribuirle a la oratoria (demagógica o no) del Dr. Velasco Ibarra la creación de ese arrastre electoral agrario es otra quimera construida por la Sociología Subjetiva que hemos criticado. Por ello Velasco no debe ser comprendido como ningún *movilizador* de masas, sino como *aglutinador* de masas movilizadas por la clase terrateniente y su partido. Y en esto la Iglesia Católica de 1933 actuó como centro de reagrupamiento político e ideológico de los sectores más arcaicos de la oligarquía terrateniente. Por todo ello, el triunfo electoral de Velasco se basó en la reafirmación de la “dominación oligárquica” (en el gamonalismo, el caciquismo y el caudillismo) como expresiones concretas de las oligarquías locales y regionales. Es decir, en todo aquello con que (se supone) el “populismo” rompe. Y esto por sí solo significa que el llamado “surgimiento del velasquismo” no fue ninguna “ruptura” con el pasado.

Y no en vano nos hemos entregado al esfuerzo de demostrar la relación estrecha que existió entre el triunfo de Neptalí Bonifaz y del Dr. Velasco Ibarra en 1933. Pero no para afirmar simplemente que el triunfo de este último significó el “restablecimiento” del “bonifacismo” derrotado en 1932, pues se hace necesario identificar también, además de la clase, las fracciones de la clase terrateniente que más dinámicamente estuvieron conduciendo los hilos del inaugurado caudillo, puesto en escena.

En primer término vale identificar que una franja de la clase terrateniente serrana que se había venido metamorfoseando en una fracción comercial-bancaria ligada al comercio interno, jugó un papel acti-

vo en el requerido respaldo a la candidatura de Velasco. No se equivoca Pablo Cuví al señalar que ambos –Bonifaz y Velasco– recibieron el apoyo del *Banco del Pichincha* “eje financiero de los terratenientes serranos” “cuyo Gerente, Acosta Soberón (era) de paso cuñado del caudillo”.⁹⁹ En verdad también el *Banco Hipotecario* (fundado en 1928 y en cuyo Directorio se encontraba el importante accionista Neptalí Bonifaz) también respaldó la candidatura de Velasco. Pero no basta con identificar las instituciones por sus nombres sino se revela sus contenidos. Como lo hemos revelado, esas instituciones financieras estaban ligadas al proyecto histórico de esa fracción comercial ligada al comercio interno y a la exportación de productos agrícolas y manufacturados, *al mercado colombiano*. Esa fracción, en asocio con la clase terrateniente buscaba una modernización “*desde arriba*” de la agricultura serrana. Ella se encontraba también ligada al circuito comercial que realizaba (en el mercado interno) algunos productos traídos del Litoral (comerciantes quiteños mayoristas) y que los exportaban también a Colombia (v. g., arroz). Tener una política estatal de estrecha “amistad” con la República de Colombia hacía parte de su programa local, pues todo cierre del mercado colombiano afectaba sus intereses. En 1931, por ejemplo, habían aumentado las exportaciones a Colombia por vía terrestre, y quienes se beneficiaron de ese comercio con el sur de Colombia fueron los agricultores de las provincias del norte del país “cuyos productos tienen demanda en Nariño sin similares capaces de competirlos”.¹⁰⁰ Dicho comercio con el sur de Colombia también beneficiaba a los industriales en el ramo de algodón, y de zapatería, según la misma fuente.¹⁰¹ Es decir, a esa franja de la clase terrateniente que había avanzado intereses en la producción industrial, y cuyo representante más conspicuo era el mismísimo dirigente del Partido Conservador, Don Jacinto Jijón y Caamaño,¹⁰² hacendado-industrial de tipo junker.

99. Op. cit., pág. 229.

100. Véase artículo de *El Día* del 24 de febrero/1931, titulado “Las Exportaciones a Colombia”.

101. Ibid.

102. Según la *Guía Comercial, agrícola e industrial* de 1934, este señor era propietario, entre muchas otras cosas, de varias fábricas de tejidos. Ellas eran: 1) San Jacinto en Los Chillos; 2) San Francisco en el mismo valle; 3) “Iñaquito” en la ciudad capital; 4) “El Peral” en Ambato. Tenía también en Riobamba una fábrica de elaboración de tagua (juguetería y botones) cuya materia prima era traída de Esmeraldas (Según “Informe Comercial correspondiente a febrero de 1933” Archivo Genaro Estrada).

Que el Banco del Pichincha haya apoyado al candidato del Partido Conservador es congruente con los intereses de esa institución, pues como señala Galo V. Muentes Delgado en su tesis sobre “La Banca Comercial en el Ecuador”:

“El Banco del Pichincha, con sus operaciones de crédito, financia el comercio exterior de la zona norte del país, es decir, promueve el comercio periférico del norte del Ecuador con el sur de Colombia”¹⁰³

No puede tampoco entonces extrañarnos que las denuncias del semanario satírico “Cocorico” (de Vanguardia Socialista Revolucionaria Ecuatoriana) acerca del apoyo financiero de ciudadanos colombianos a la campaña de Velasco, tenga algo de verdad. Esas denuncias fueron hechas después del triunfo electoral de Velasco y pusieron en serios aprietos al Ministro colombiano en Quito. Al menos así se desprende del testimonio serio de su colega mexicano: El Ministro colombiano Pedro Juan Navarro, señala el Informe del mes de Julio de 1934, había salido para Bogotá poco después de las denuncias. “Los motivos de la separación se dice y se ha publicado en el periódico de caricaturas El Cocorico de Guayaquil, que Navarro tuvo una intromisión desmedida en la política electoral a favor de Velasco...que ante el peligro de un conflicto con el Perú, Colombia envió fuertes sumas a su ministro con fines de propaganda; que las cuentas de las inversiones no resultaron muy claras y que en consecuencia Navarro caía en desfavor o cuando menos, por discreción se retiraba. Los artículos del Cocorico fueron muy claros, se citaban nombres, fechas e incidentes. Hasta hoy no ha habido ninguna refutación”. (textual)¹⁰⁴

Tampoco debe extrañarnos el marcado colombofilismo del Dr. Velasco Ibarra (que no puedo explicar simplísticamente por su “origen colombiano”) y que resultó ser un elemento en su política internacional. No olvidemos que invitado a visitar Colombia, en su calidad de Pre-

La otra fábrica de Tejidos (La “San Juan”) ubicada en Los Chillos pertenecía también a un hacendado Don Ricardo Ruiz Calisto para quien trabajaban 400 obreros en 1933.

103. Tesis de Licenciatura en Economía, UNAM, México, 1960, pág. 130. Como se recordará el artículo de Estrada de 1934 dejaba saber que la fábrica de calzado ubicada en Riobamba enviaba también sus productos a Colombia.

104. Archivo de Concentraciones, Sec. RR. EE. México. El libro de Clotario Paz, ya citado, contiene denuncias similares a las de “Cocorico”.

sidente electo, fuera recibido eufóricamente en ella... y que, con sus aseveraciones rotundas y desorbitadas, se convertiría en un indiscreto crítico de los adversarios internacionales de esa nación.¹⁰⁵

Fuera esto como fuese, lo cierto es que esa fracción comercial-bancaria de la clase terrateniente serrana tenía apreciables intereses en la mantención de buenas relaciones con Colombia, pues se había constituido en abastecedora del mercado sur colombiano.

Por otra parte hemos ya revelado que en el Litoral hubo asimismo una creciente afinidad de la clase terrateniente costeña para con el Partido Conservador, que lograría precisamente en esas elecciones de 1933 irradiar su influencia en la región. Se trataba de esos hacendados que, a partir de la crisis, se habían afirmado más en sus relaciones pre-capitalistas y cuyos intereses coincidían con los de la clase terrateniente serrana. También ellos requerían de una política que no desafiara la existencia de las relaciones arcaicas en el agro costeño y que les permita transmutar su renta en especie, en riqueza dineraria, bajo condiciones ventajosas, en el mercado de consumo interno, pues sus productos eran comercializados principalmente en el país, aun cuando destinaban también alguna parte para el mercado colombiano, (v. g., arroz). El Partido Conservador en la Costa tendría en 1933 un dirigente importante en el Sr. Manuel Sotomayor y Luna, que sería el Ministro de RR. EE. en el Gobierno de Velasco y que era algo así como el representante oficial del Partido “Azul” en el Gabinete.

Esa clase terrateniente costeña que había en 1912 mostrado visos de “rebeldía alfarista” en una alianza que significaba su oposición contra la burguesía comercial-bancaria, se había venido refundiendo en posiciones conservadoras después de su fracaso. Asesinado Alfaro y luego de un corto retraimiento, esa franja de los hacendados costeños con producción diversificada, siguieron pugnando por un plan destinado a superar la ampliación del comercio interregional, y se oponía a la inflación que la afectaba en su condición de rentista.

105. Según *El Comercio* de Quito del 26 de julio de 1933, Velasco dijo en un discurso que sería una cosa buena el asesinato del General Juan Vicente Gómez y que éste “se fuera a los infiernos”. Esto le valió que la cancillería venezolana no enviase a ningún representante a su posesión de mando, y retirase temporalmente a su Ministro de Quito. El primer exilio de Velasco Ibarra, transcurrido justamente en Colombia, se nos antoja nada casual, sino explicable por estas relaciones.

Todo esto, claro está, bajo condiciones controladas “desde arriba” que significasen la mantención de los privilegios feudalizantes por ella adquiridos. Al igual que su contraparte serranega, también ella favorecía la estabilidad monetaria, los subsidios del Estado y relaciones crediticias ventajosas. Y a través de sus vinculaciones en la modernización de su producción hacendataria, frente a la creciente demanda de los productos para el consumo interno. Esa modernización parece haberse comenzado a dar de manera más significativa a fines de los años 20.¹⁰⁶ Aunque el precio del arroz sufrió una caída que le afectó, la producción de esa gramínea registró un considerable aumento entre 1930 y 1935,¹⁰⁷ abriéndose la posibilidad real de exportarla a Chile, Perú y Alemania.

Por otra parte, aquellos Bancos guayaquileños que se encontraban también ligados a esa clase terrateniente costeña, sufrieron mucho menos las represalias de la “revolución juliana”, a diferencia de las instituciones financieras supeditadas al control omnímodo de la fracción comercial-financiera de la burguesía (los exportadores).¹⁰⁸ Así el Banco del Ecuador y el Banco ‘Territorial’ fueron mucho menos afectados por aquel “espíritu antibancario” de los “Gobiernos Julianos” cuyos hilos controlaba la fracción serrana de la misma clase.¹⁰⁹ Pero por ligado que se encontraba el Banco del Ecuador a un Gobierno que le hacía

106. El gobierno de Ayora había otorgado préstamos a varios ganaderos de la costa. Véase *El Ecuador Comercial*, op. cit., pág. 60. Se introducía así ganado del exterior para cruces con el ‘criollo’.

107. De 425.000 a 572.000, según R. Guerrero, op. cit., pág. 65.

108. Recuértese que en 1925 se derogó la Ley Monetaria, Francisco Urbina Jado fue exilado, el Presidente del Directorio del B. C. y A., el Sr. Lorenzo Tous, expulsado del país como “extranjero pernicioso”, y Enrique Baquerizo Moreno, el “hombre del Agrícola” en el Senado fue encarcelado, a la par que se ordenaba la liquidación de ese Banco en 1926, institución que duró hasta 1937 cuando sus principales accionistas decidieron incorporarse como “La Sociedad Agrícola e Industrial San Carlos”. Ver Uggen, op. cit., pág. 82.

109. En 1934 el Banco Territorial, que persistió la crisis bancaria, seguía en manos de la clase terrateniente costeña: Sus principales Directores eran Luis Verneza (de familia terrateniente), Vicente Santistevan (hacendado ganadero), Luis A. García (hacendado) y Eduardo Sotomayor S. (hacendado). Ver *Guía...* de 1934, op. cit., pág. 485. Por su parte el Banco del Ecuador solo tuvo que pagar una multa de 21.117,92 sucres impuesta por el Gobierno Juliano “por impuestos no cancelados correspondientes a los años de 1920 a 1925”. Ver Estrada Icaza, op. cit., pág. 148.

concesiones,¹¹⁰ su estrecha ligazón con los hacendados cacaoteros (que más sufrieron de la peste que devastó sus huertas), no pudo resistir la crisis prolongada y el 18 de mayo de 1931 fue liquidado. Como lo revelaremos de inmediato, esa franja de hacendados costeños afectados por la crisis buscará abandonar la política del Partido Liberal y aliarse con quienes mejor representaban entonces sus intereses.

Vinculados al bloque de clases que derrocó en 1985 a la aristocracia terrateniente serrana, los hacendados del Litoral habían quedado contaminados de una postura Liberal que expresó la burguesía de la región, sin que esa ideología sea aceptada cuando desafiaba sus intereses precapitalistas. Por tradición ellos eran también “Liberales”, aun cuando en sus manos llevaban los múltiples hilos que la vinculaban con la clase terrateniente serrana que ella había ayudado a derrocar a fines de siglo. Pero cuando fue desplazada la burguesía del aparato estatal central y se impusieron intereses diversos en el poder del Estado a partir de 1925, se abrió la necesidad de adoptar también una nueva política de las relaciones entre la economía y los corredores del poder, entonces transitados por otras clases y capas sociales que desafiaban abiertamente a las “trincas bancarias que iban consumando el desastre común”.¹¹¹ Había entonces una verdadera impulsividad agresiva en el tono que tuvo el discurso político de las diversas fracciones de las clases dominantes que desalojaron al “Régimen Liberal” con el golpe de estado de 1925. Además el Partido Liberal había surgido en medio de una profunda crisis de desprestigio internacional del Liberalismo como ideología, y en medio de un desarreglo creciente desatado por las luchas entre las diversas fracciones de la burguesía “Liberal”. El mismo organismo partidista tiende a perder su capacidad estatal como tal frente a los ojos de la burguesía en su conjunto, y se puede incluso insinuar la existencia de una crisis de representación prematura. Es necesario notar, por ejemplo, que desde 1895 a 1924, a nombre del Liberalismo primero y luego a nombre del Partido Liberal, se había candidatizado para ocupar la Presidencia de la República a hombres ligados con la burgue-

110. Lo había hecho su depositario fiscal en Guayaquil antes de la fundación del Banco Central.

111. En palabras del Ministro del Presidente Ayora, Julio Moreno, *op. cit.*, pág. 31. Nota del Editor: la obra citada es *La revolución del 9 de julio y el Gobierno de la dictadura*. Talleres Tipográficos Nacionales, Quito, 1928.

sía guayaquileña. Sin embargo, el candidato del Partido Liberal en 1931 era un hacendado quiteño, Don Modesto Larrea Jijón, que simbolizaba la misma ruina del Liberalismo ecuatoriano. Más aún, el mismo eje de decisiones de aquel Partido se había incluso desplazado a la Sierra, dada la ineficacia de los Liberales guayaquileños para justificar las políticas entonces desventajosas a los sectores que recuperaron su dosis de poder en 1925.

La agudización de las contradicciones sociales en el país, entre explotados y explotadores como en el seno de las mismas clases dominantes, influyó de manera significativa en la creación de rivalidades al interior del Partido que mayor heterogeneidad social contenía su reciente historia. Esas rivalidades se reflejaron en la proliferación de las candidaturas Liberales y los diversos y contrapuestos proyectos de alianzas con diversos grupos que cada fracción de la burguesía deseaba imponer a nombre del Liberalismo.¹¹² Eran candidatos “propios” o ajenos, y entre ellos apareció el nombre del Dr. Velasco Ibarra, como el candidato apoyado por uno de aquellos “importantes sectores del Liberalismo”.

Ya en vísperas de las elecciones se habían formado dos posiciones claramente identificables en el seno del Partido Liberal. Unos rechazaban la alianza con los Conservadores que habían candidatizado a Velasco, y proponían seguir con su política de compromiso con los terratenientes serranos, pero no bajo la hegemonía de estos. Esta posición la representaba el Comité Central del Partido Liberal con sede en Quito. El otro sector se escindió coyunturalmente de la posición oficial del Partido Liberal y constituyó en Guayaquil una organización política ocasional llamada significativamente “*El Comité Liberal Demócrata del Litoral pro Velasco Ibarra*”, que lanzó directamente su apoyo al candidato de la clase terrateniente serrana, buscó inmediatamente coordinar sus esfuerzos con el Partido Conservador del Litoral, para enfrentarse juntos a la debilitada burguesía comercial-bancaria. El Partido Liberal se escindía en dos posiciones que correspondían a las dos clases dominantes

112. Véase *El Universo*, *El Telégrafo* y *El Comercio* del mes de Noviembre de 1933. Entre otros candidatos aparecieron propuestos: Atanasio Zaldumbide, Colón Alfaro, Carlos Arroyo del Río, Alberto Acosta Soberón, Manuel Elicio Flor, Pablo H. Vela, Federico Intriago, Modesto Larrea Jijón.

originales que habían gestado en su propio seno: la burguesía y la clase terrateniente cacaotera que había avanzado intereses en otras esferas económicas. Bajo las condiciones anotadas de la crisis, esas clases escinden posiciones con relación a sus intereses contrapuestos.¹¹³

Presidido por el hacendado guayaquileño, Dr. Aparicio Plaza Sotomayor que entonces funge como “el jefe del *velasquismo* guayaquileño”, ese Comité tenía como vicepresidente a Lautaro Aspiazú Carbo, y como vocal a su hermano Francisco, hijos del más grande hacendado cacaotero de la época de oro: Don Lautaro Aspiazú.¹¹⁴ Los hermanos Aspiazú eran entonces conocidos hacendados del Litoral y tenían también intereses en la industria, el comercio y la Banca. Conviene sin embargo hacer la caracterización social del conjunto del “Comité Demócrata Liberal pro Velasco Ibarra” para poder así identificar con absoluta claridad la naturaleza de clase de sus componentes.¹¹⁵

La caracterización social que hemos realizado de 49 (de sus 53 miembros firmantes) arroja los siguientes resultados:

1. Los más influyentes miembros del *Comité* constituían un grupo de 14 terratenientes costeños que habían sido y/o eran hacendados cacaoteros que fueron afectados por la crisis de la pepa de oro al devastarse muchas de sus huertas. En algunos casos hemos podido identificar que hubo pérdidas incluso de algunas de sus haciendas en subastas públicas realizadas por quienes las embargaron. Y en otros casos esos terratenientes, imposibilitados de rehabilitar sus plantaciones habían emprendido en otros cultivos tales como el arroz, café (o habían expandido la ganadería) donde —como hemos ya revelado— se consolidó la estructura precapitalista en las relaciones de producción existentes. Es de notarse también, que en ningún caso encontramos que ellos estuviesen vinculados a la creciente producción e industrialización del azúcar, que como sabemos ya se encontraba en manos de la fracción comercial-financiera de la burguesía. Esto se confirmó además por el tipo de vinculaciones bancarias

113. Ver “Manifiesto a la Nación del Comité Liberal Demócrata del Litoral Pro Velasco Ibarra”. *El Universo*, 17 de Nov. 1933.

114. Véase página 152 de este libro.

115. Trabajo realizado mediante la consulta en todas las fuentes disponibles ya citadas, y complementado con entrevista a un periodista guayaquileño.

que ellos exhibían: ninguno de ellos había tenido intereses importantes con el *Banco Comercial y Agrícola de Guayaquil*, pero sí (y esto es significativo) con el *Banco del Ecuador*: Tres de ellos habían sido miembros de su directorio además de ser accionistas; dos aparecen ligados al Banco de Crédito Hipotecario, y otros al *Banco Territorial*, e incluso al *Banco La Previsora*. Dos de esos hacendados eran miembros de la “Aspiazu Estate Limited”, la principal firma exportadora de cacao, formada con capitales de la familia Aspiazu y capitales de intereses estadounidenses.¹¹⁶ Otro aspecto importante que exhiben estos 14 miembros del Comité, es la vinculación de algunos de ellos con las empresas de servicio público. Por último, era este grupo el que controlaba la Presidencia, la Vicepresidencia del referido Comité, y constituía el núcleo más importante del mismo, desde el punto de vista económico, social y político.

2. En orden de importancia, el segundo componente del Comité Liberal pro Velasco Ibarra estaba compuesto por 7 miembros que eran fundamentalmente agentes de circulación: comerciantes acaudala-

-
116. Esta última información se desprende del Informe Comercial mexicano que con-
signa los siguientes datos sobre la exportación de cacao por el puerto de Guayaquil:

Exportadores de cacao en Guayaquil
(Primer semestre de 1932)

Firmas exportadoras	Sacos	Kilos
1. Aspiazu y Co.	38.388	3'144.253
2. Ultramares Ecuador Trading Co.	33.685	2'754.976
3. Guzmán e Hijos	32.086	2'619.902
4. Reyre y Co.	14.600	1'192.089
5. Guayaquil Agencies	9.300	759.342
6. Daniel Vernaza	5.762	470.467
7. Com. de Intercambio y Crédito	4.580	438.752
8. Otto Salmann	2.250	373.959
9. Luis Vernaza	450	183.711
10. Rhode y Cía.	380	36.742
11. Luis Orrantía	264	31.027
12. Sociedad Continental		20.556

Fuente: Informe Comercial correspondiente a febrero 1933, A.G.E., México.

dos, dueños de almacenes de mercaderías, importadores, y corredores de valores. Lo que debe destacarse en este caso es que ninguno de ellos pertenecía o estaba vinculado a la fracción más poderosa de la burguesía comercial-financiera que se había identificado con el Banco Comercial y Agrícola de Guayaquil. Se trataba de una franja de miembros de la burguesía comercial ubicados casi en su totalidad en una burguesía comercial media. Uno de ellos (Rodolfo Baquerizo Moreno) era un importador acaudalado y representante de varias firmas estadounidenses, pero no hubo identificación posible con una “burguesía importadora” en el grupo como tal. La influencia de este segundo componente en el Comité era menor que la del anterior, pues sus miembros no lo controlaban y solo uno pertenecía a la Directiva, siendo el resto meros vocales.

3. Un tercer ingrediente estaba compuesto por tres industriales: un propietario de fábrica de avena, un armador de lanchas, y otro industrial cuya producción no hemos podido identificar. Todos estos eran simples vocales en el Comité.
4. Un cuarto contingente del Comité estaba compuesto por 15 profesionales. No pudiendo identificar otra actividad económica en ellos, nos interesó ubicar su origen social. Lo cual pudimos hacer para ocho de ellos: 3 provenían de familias identificadas (por los entrevistados) como “pudientes” o “distinguidas” de origen colonial; 1 familia vinculada al Banco de Crédito Hipotecario; 1 con padre juriconsulto vinculado al Banco Territorial; otro de familia terrateniente costeña, y un último era hijo de industrial.
5. El quinto ingrediente estaba constituido por 9 personas claramente ubicadas en la pequeña burguesía. Seis de ellos eran simplemente empleados y oficinistas; dos de estos, aun cuando en 1933 tenían una posición de clase pequeño-burguesa, descendían de familias de la clase terrateniente; y el noveno provenía de una familia “decente” de la Costa. Es decir, su *posición de clase* en 1933 exhibía una condición descendente con relación a sus orígenes de clase. Incluso uno de los seis primeros, a la sazón oficinista, había sido un comerciante medio en su juventud. A este contingente pequeño-burgués debe agregarse tres artesanos que firmaron también el Manifiesto.

Desclasado en dicho comité, firmaba con los arriba mentados un obrero.

Evidente que esa fracción del Partido Liberal de la Costa que se aliaba a la clase terrateniente serrana y consecuentemente apoyaba la candidatura de Velasco Ibarra estaba compuesta por un sector de la clase terrateniente cacaotera que había avanzado intereses en el comercio interno, en la industria local e incluso en el comercio importador y exportador. Y por otra parte esa fracción del Liberalismo se hallaba integrada por una burguesía no desligada de sus raíces agrarias que históricamente provenía de los elementos derrotados en 1912 por la fracción comercial-bancaria de la burguesía que había respaldado a Plaza en contra de Alfaro. Pero desde el punto de vista político se alineaba en 1933 con los sectores más retardatarios de las clases dominantes del país. Al hijo de Don Eloy le extrañó mucho ese “hibridismo de última hora” y con algún asombro había acusado al Partido Liberal de 1933 de una verdadera “desorientación”.

El Partido Liberal apareció entonces dividido en la coyuntura electoral de 1933. Y el mismo respaldo a la candidatura oficial del Partido parecía languidecerse por parte de la fracción comercial-bancaria de la burguesía guayaquileña, ante la consolidación de un pacto que, todos sabían, llevaría al triunfo del Partido Conservador. Después de haber llegado a Guayaquil donde inició su campaña, el candidato del Liberalismo renunció a los cuatro días. El manifiesto de su renuncia es un patético reconocimiento de la impotencia del Partido Liberal, y delata la existencia de una crisis de representación de dicho partido con relación a la burguesía. Don Colón Eloy Alfaro constataba públicamente la existencia de lo que él llamaba “un imperfecto sistema electivo por deficiencias en las leyes del sufragio”, una división y desorientación en las filas del Partido Liberal, y la presencia de una “excesiva ingerencia de las legislaturas en la política interna que ha introducido profundas divisiones en las filas del Partido Liberal Radical”.¹¹⁷

117. El texto de su renuncia se publicó en *El Universo* del 10. de diciembre de 1933. Véase también en *El Comercio* de la misma fecha.

Antes de regresarse a Washington, donde ocupaba el cargo de Ministro Plenipotenciario del Ecuador, el hijo del “Viejo Luchador”, a pedido de sus partidarios guayaquileños, mantuvo una entrevista con Velasco. Ni bien había partido cuando el Directorio del Partido Liberal de Guayaquil plegó formalmente a la candidatura Conservadora del Dr. Velasco Ibarra...dos días antes de las elecciones!¹¹⁸ Y ese sector de Liberales que habían apoyado la candidatura oficial de su partido y ahora se plegaban a la del Partido Conservador no era otro que el representado por la fracción comercial-bancaria (los exportadores) cuyo eje financiero había sido el Banco Comercial y Agrícola de Guayaquil! Calificándolo a Velasco Ibarra de “liberal sincero”, esa fracción de la burguesía costeña criticaba a su vez al Directorio Supremo del Liberalismo por aquellos “acuerdos inconsultos y abstenciones” que no permitirían “mantener” “hegemonía”.¹¹⁹

Consumada tan sui géneris alianza, cundió el desconcierto entre los Liberales de diversas provincias. En Cuenca, Tulcán e Ibarra los Liberales se abstuvieron de votar y en Montecristi, cuna de Don Eloy, hicieron cosa igual pues “los montecristitis no aceptan hibridismos de última hora”.¹²⁰ Mientras en otros lugares, sin conocerse la renuncia de Colón Alfaro algunos Liberales acudieron a votar por él (caso de algunas parroquias de Esmeraldas) y otros, ligados al latifundismo costeño apoyaron al pactado candidato de las derechas.¹²¹

Pero muy a pesar de algunos Liberales consecuentes, se había consumado un *Pacto Oligárquico* entre Conservadores y el grupo del Partido Liberal. Pacto en cuya cúspide se encontraba triunfante la clase terrateniente ecuatoriana...y no la burguesía. Así nacía el mal llamado “velasquismo”: con los auspicios de una alianza que llevaba el signo in-

118. Ver *El Comercio* del 13 de diciembre de 1933.

119. Los Liberales guayaquileños criticaban al Directorio central de su partido por el señalamiento de que Velasco no era ningún Liberal sino un Conservador de buena cepa. Véase el manifiesto “A la Nación. La Asamblea Liberal Radical. El Directorio Supremo y Nosotros”, publicado en el diario. *El Universo* del 12-XII-1933.

120. Véase *El Comercio* del 15 y 16 de diciembre de 1933.

121. Caso de las parroquias rurales de la Provincia de Esmeraldas donde el caciquismo apoyó a Velasco Ibarra en 1933. Después de todo uno de esos caciques había sido el Capitán César Plaza Monzón, que también jugara un activo papel en la Liga Militar que derrocó al Gobierno de Cordero en 1925, y fuera un militar “juliano”.

confundible de un pacto oligárquico, pues en esencia se había erigido para mantener los privilegios de una clase cuyo poder y mando se levantaba sobre la servidumbre. El primer triunfo de Velasco Ibarra tendría así una corriente única y fuerte en el fondo de su lecho, aunque en la superficie de su caudal de última hora hayan existido aparentemente otras de encontradas direcciones.

Pero al igual que acontece con las aguas de los ríos caudalosos, también en la política, las encontradas corrientes producen torbellinos. Y el hecho de haber surgido bajo los auspicios de tales circunstancias había de producir un Gobierno que, en la ruinosa historia del Dr. Velasco Ibarra, aparece como “caótico”. Pero haríamos mal en pensar que ese tan reiterado “caos” que se le imputa a su cortísimo Gobierno haya sido el resultado de una incapacidad del actor principal puesto en escena. Tampoco se debió a algún extravío personal, arbitrariamente atribuido a su carácter o estructura síquica. Ciertas y comprobables fueron su vehemencia torrentosa, sus aseveraciones rotundas y desorbitadas, su afán indiscreto de manejar él mismo las cosas, sus provocaciones innecesarias a los adversarios, sus declaraciones despampanantes, sus disputas estériles de campanario que le hacían perder energía al mismo Gobierno, sus ademanes de vacua teatralidad romántica y su corta visión de los fines políticos del mismo. Pero todo ello no era sino la consecuencia (en el plano individual) de haberse encontrado el Gobierno de Velasco Ibarra, y con el su principal titular, en el centro de aquel torbellino en el cual lo había colocado fatalmente la historia a principios de los años treinta.

En términos sociológicos, el *embarazoso consenso* que acompañó al triunfo de Velasco Ibarra como candidato a la Presidencia de la República no era sino una forma que escondía un contenido menos sospechado: Escondía un *empate de fuerzas* entre los componentes dominantes de la lucha política de entonces. Lo que simplemente queremos dejar planteado aquí es la necesidad de que se estudie su primer intento de gobernar el país, introduciendo en esos análisis la categoría de *Empate Inestable* que es una manera correcta y fructífera de visualizar situaciones como las que se daban en el Ecuador a comienzos de los años treinta, en que la correlación de fuerzas presentes en la escena política producen un “desequilibrio catastrófico”. Según Antonio Gramsci, si la burguesía

de un país ha perdido la facultad de dirigir a la nación en una determinada coyuntura (como sucedió en el Ecuador en 1933-1934), pero en circunstancias en que tampoco la clase obrera ha adquirido ya la capacidad para reemplazarla, se produce un *Empate o Equilibrio Catastrófico* entre aquellas clases o fracciones de clases en pugna que sí pueden disputarse la consecución u obstrucción de un curso de acción estatal. Es en tales circunstancias que se producirían aquellos regímenes bonapartistas o cesaristas. Quienes se interesen en el estudio de su primer Gobierno no deben dejar aparte esa perspectiva, aun cuando sea cierto el hecho de que dichos regímenes pueden únicamente darse, en forma típica, ahí donde el Estado haya adquirido ya previamente (en su evolución) una autonomía relativa, propia del Estado capitalista.

Fuera esto como fuese, en este libro hemos abierto una nueva problemática que incluye esa posibilidad investigativa para futuros estudios de otros cientistas sociales que se interesen en el problema. Y hemos dejado planteada una nueva línea de investigación para este y otros movimientos sociales en el Ecuador contemporáneo.

Nuestro afán aquí ha sido siempre el de comprender el surgimiento del "Primer Velasquismo", con el solo y exclusivo propósito de dominar racionalmente su pasado como una clave para que aquellos que menos saben (en términos de clases) eleven su racionalidad política frente a las consecuencias de ese fenómeno, tanto en el campo del conocimiento como en el ámbito mismo de las luchas por un porvenir que los convierta en los verdaderos protagonistas de su propia historia. Si este objetivo es logrado me sentiré plenamente satisfecho con los esfuerzos que entrañó este trabajo. Y no solamente por lo que este libro ha afirmado, sino también por todo aquello que él ha negado y desmitificado.

Mayo de 1979

**Hacia una interpretación de la naturaleza
del comportamiento electoral urbano en
contextos de precariedad estructural:
propuesta para el caso de Guayaquil**

Amparo Menéndez-Carrión*

*. Capítulo III de la primera parte del libro *La Conquista del Voto. De Velasco a Roldós*. FLACSO-Corporación Editora Nacional, Quito, 1986.

Observaciones preliminares

En este capítulo introduciremos una propuesta para confrontar el tema de la naturaleza del comportamiento electoral de los actores focales que se sustenta en las consideraciones planteadas en los dos capítulos precedentes. La propuesta del estudio desafía la perspectiva convencional sobre los sectores marginados urbanos *qua* electores en el caso del Ecuador. De ahí que, a manera de preámbulo, se examinarán los elementos centrales de dicha perspectiva, cuya utilidad analítica es cuestionada aquí por tres razones, básicamente. Primero, por tomar las preferencias electorales de los sectores marginados urbanos como hecho dado, antes que como tema a indagar. Segundo, por atribuir, apriorísticamente, la existencia de una relación directa entre dichas preferencias y el peso electoral de los contendores “populistas” en el período en consideración en este estudio y, por último, por conferir, también *a priori*, un rol decisivo a presuntos rasgos de la cultura política de los marginados urbanos y/o a las características personales (v.g., “carisma”) de los contendores como factores determinantes del comportamiento de los actores focales en las urnas.

La perspectiva convencional ha sido desafiada anteriormente en lo que se refiere al supuesto específico de la existencia de una relación directa entre una de las manifestaciones más salientes del “populismo” en Ecuador, a saber, las recurrentes victorias de José María Velasco Ibarra en las urnas, y el apoyo de los marginados urbanos. Este desafío es planteado por Quintero (1980). Antes de introducir la propuesta en cuestión se hace referencia, asimismo, al estudio de Quintero desde la

perspectiva de su contribución a la interpretación de la naturaleza del comportamiento electoral de los sectores marginados urbanos. Reconociendo la importancia del estudio de Quintero, y compartiendo los criterios del autor sobre el uso inadecuado de la noción de “carisma” en la literatura para interpretar la naturaleza del poder electoral en Ecuador, se concluye, empero, que dicho estudio dice poco, en realidad, acerca de la *naturaleza* del comportamiento electoral de los sectores marginados urbanos del Ecuador.

En la segunda parte del capítulo se introduce un marco analítico alternativo para enfocar el tema central. A partir de la revisión del “estado de la cuestión” acerca del comportamiento electoral de los marginados urbanos en el caso del Ecuador —operacionalizados aquí como los votantes de las barriadas del suburbio o áreas suburbanas de Guayaquil— se enfatiza la utilidad de la estrategia de indagación seleccionada en este estudio, ya que no sólo el tema central sino también una serie de temas relacionados con éste, tales como la naturaleza de los movimientos y partidos políticos que logran interpelar a los actores focales con éxito en las urnas, no pueden ser confrontados adecuadamente sin antes abordar empíricamente dos cuestiones: (i) el comportamiento electoral de los actores focales (alcance de su participación, preferencias y significado de tales preferencias en términos estrictamente electorales); y (ii) la naturaleza de los nexos, enlaces y vínculos entre los actores focales y los candidatos de su preferencia, a través del tiempo. Nótese, por último, que la perspectiva alternativa que se introduce aquí, se sustenta en los factores estructurales y condiciones sistémicas que, por una parte, dan forma al perfil socioeconómico y de cultura política de los actores focales y, por otra, determinan el rol del clientelismo político como elemento preeminente en la configuración de los vínculos, nexos o enlaces concretos entre los actores focales y los contendores electorales de su preferencia. Finalmente, y dentro de este marco de referencia, se procede a formular los argumentos centrales del estudio y se hacen explícitas sus implicaciones analíticas.

I

Las perspectivas existentes

El comportamiento electoral de los sectores marginados urbanos del Ecuador no ha sido confrontado como tema central de indagación en el pasado.¹ De hecho, durante las décadas de 1960 y 1970 el interés de la literatura que aborda de una u otra forma la cuestión electoral en Ecuador, busca interpretar la naturaleza del Movimiento Nacional Velasquista y de Concentración de Fuerzas Populares, considerados, respectivamente, como los dos estudios de caso más prominentes del populismo ecuatoriano del período en consideración en este estudio.² La existencia de una relación directa entre el peso electoral de los contendores populistas y el apoyo de las masas urbanas pobres de la costa, en general, y de Guayaquil, en particular, aparece en esta literatura como un supuesto de amplia aceptación. Dicho supuesto, sin embargo, no se fundamentaba en análisis riguroso alguno de la realidad empírica. A pesar de ello, los analistas del tema continuaron atribuyendo a los marginados urbanos un rol “decisivo” como bases de apoyo electoral del cinco veces presidente José María Velasco Ibarra, o para dar cuenta del peso electoral de Concentración de Fuerzas Populares (CFP), particularmente en la costa.³

-
1. Hasta la fecha de producción de este capítulo (1984) no aparecían estudios de los marginados urbanos de Ecuador y su comportamiento electoral, específicamente. En mi revisión bibliográfica no pude detectar sino dos breves monografías de curso, ambas interesadas en correlacionar el comportamiento electoral en Guayaquil con los rasgos socio-económicos de la población a nivel distrital para la elección de 1978, en base a datos preliminares de esa elección. En ambos casos, la utilidad de las monografías fue menor para efectos de estudio. Me refiero a Aguirre (1979) y a Universidad de Guayaquil (1979) —autor no citado—.
 2. El carácter de “populista” es atribuido en la literatura también a otros movimientos o partidos políticos del Ecuador de importancia relativamente secundaria. Véase, por ejemplo, la caracterización del Partido Nacionalista Revolucionario en Hurtado (1980).
 3. Velasco Ibarra fue electo presidente del Ecuador en cuatro ocasiones y gobernó cinco veces, ya que fue instalado en el poder en 1944 por el movimiento revolucionario que depuso al presidente liberal Carlos Arroyo del Río (véase capítulo 7, y fuentes citadas allí). Algunas fuentes sostienen que el fraude electoral impidió a Velasco Ibarra las elecciones presidenciales de 1940 (véase Hurtado, 1980, al respecto). Velasco Ibarra ocupó la presidencia en los períodos 1934-35, 1944-47, 1952-1956 (el

En 1980 aparece *El Mito del Populismo en Ecuador*, seminal aporte de Quintero que cuestiona frontalmente la perspectiva convencional y los enfoques previos para analizar el fenómeno del “populismo” y su significado en el contexto político ecuatoriano. En ese estudio se analiza pormenorizadamente el primer triunfo electoral de Velasco Ibarra (1933), a partir de lo cual se busca entender las causas, contenidos y coaliciones subyacentes a los llamados movimientos populistas. El foco de atención y las preocupaciones teóricas de Quintero en ese estudio difieren considerablemente de las planteadas aquí.⁴ En todo caso, el estudio de Quintero interesa a la presente indagación en la medida en que los resultados de su investigación proveen una base empírica sólida que permite cuestionar la validez de algunos de los fundamentos básicos de la perspectiva convencional acerca de la naturaleza del comportamiento electoral de los marginados urbanos, sus preferencias y la relación directa atribuida a los recurrentes éxitos de Velasco Ibarra en las urnas y el apoyo de los primeros. Si bien el aporte de Quintero apareció, por primera vez, hace cinco años, la perspectiva convencional continúa informando a los analistas y observadores de la política ecuatoriana.⁵ A continuación, se describe y analizan los planteamientos básicos de ambas perspectivas.

único período en que pudo culminar su mandato), 1960-61 y 1968-1972. Es decir, ocupó la presidencia sólo once de los veinte años que hubieran correspondido al mandato constitucional.

4. Mientras que Quintero busca detectar las fuerzas que promovieron a Velasco Ibarra en la elección de 1933 y su significado, yo parto aquí de una preocupación por detectar patrones de comportamiento de una fracción del electorado urbano a través del tiempo, independientemente de los contendores que éstos hayan apoyado en las urnas. Los puntos de convergencia entre las preocupaciones analíticas de Quintero, los de la perspectiva convencional acerca del populismo ecuatoriano y los del presente estudio se hacen explícitos en páginas subsiguientes.
5. Como es evidente por las caracterizaciones sobre el fenómeno del populismo en Ecuador de Martz (1980), Faletto (1983), y Borja (1983), entre otros, así también como por la reciente aparición de la tercera edición (1981) del estudio de Cueva (1973) donde no se introduce modificación alguna con respecto a ediciones anteriores a fin de confrontar el serio desafío de Quintero a los planteamientos del autor. Nótese que si bien el ensayo de Faletto data de abril de 1980, y el libro de Quintero apareció a fines de ese año, la línea de argumentación de Quintero ya era conocida entre los analistas de la sociedad y política ecuatorianas antes de la publicación del libro en cuestión, ya que los argumentos centrales de Quintero habían sido introducidos anteriormente en la tesis de Ph.D. de éste último (1978). El caso más notorio de omisión intelectual, sin embargo, es el de Martz (1980), quien en su artículo sobre CFP menciona el trabajo de Quintero, pero luego desarrolla su argumentación sobre la

La perspectiva convencional

Las razones por las cuales la validez de la perspectiva convencional es cuestionada en este estudio, se enunciaron al comienzo del capítulo. Vale al pena enfatizar algunos puntos. Consideramos que la perspectiva en cuestión es inadecuada. ¿Por qué? Primero, porque se sustenta en consideraciones impresionistas (ya superadas por el avance de la reflexión en sociología política) que no parten de la observación sistemática de la realidad y que no habiendo sido sometidas a prueba se plantean como verdades “auto-evidentes” antes que como “nociones”, “ideas”, o hipótesis más o menos informadas dignas de indagación posterior. En segundo lugar, la perspectiva convencional se basa en una concepción un tanto “parroquial” de los fenómenos políticos, en la medida en que enfoca al proceso político como si este fuese contingente en los atributos personales de los actores —contendores políticos y masas de apoyo (tal cual estas eran concebidas en la literatura comparativa de la década del setenta)—, una perspectiva que no toma en cuenta la naturaleza del sistema en que los fenómenos políticos que se intentan describir y explicar se inscriben. En tercer lugar, en la perspectiva convencional se confunden, en la mayoría de los casos, consideraciones de tipo “moral” con criterios analíticos, una estrategia de indagación difícilmente conducente a una comprensión parsimoniosa de estructuras, actores y procesos políticos.

Pasemos revista a los cuatro supuestos básicos en los cuales de manera explícita o implícita, se sustenta la perspectiva convencional.

Primer Supuesto. Los marginados urbanos constituyen la base de apoyo “decisiva” de los contendores electorales “populistas”.

Como Quintero (Ibid.) anota, la noción —introducida primero por Cueva (1973)— de que el éxito recurrente de Velasco Ibarra en las urnas se debía a los votos de los barrios suburbanos de las ciudades, siendo Guayaquil “la plaza fuerte” del Velasquismo, se convierte, a partir de su

naturaleza populista de CFP sin tomar en cuenta, en ningún momento, los desafíos teóricos de su ex-alumno de cátedra universitaria a la perspectiva convencional, y sus planteamientos acerca de los problemas conceptuales en torno a la noción del populismo en general y la aplicabilidad a la política ecuatoriana en particular. Curiosamente, Martz advierte en ese artículo que “se ha vuelto frecuente notar la confusión conceptual con respecto al populismo”, mas no hace referencia alguna a los planteamientos de Quintero sobre la noción en cuestión.

enunciación, en “hecho dado” para los analistas locales y extranjeros de la política ecuatoriana.⁶ La perspectiva convencional también vincula el rol preeminente de los votantes marginados urbanos a CFP. Así, por ejemplo, comentando acerca de la ausencia de una política laboral en la doctrina cefepista Hurtado (1980) observa que esto se debe probablemente a que el cefepismo, “al igual que el velasquismo” carece del apoyo de una organización laboral propia porque su “clientela electoral” se compone principalmente de “grupos sociales rurales y urbanos marginalizados” (Ibid: 205). Otros autores definen al CFP de la década de 1950 como un “partido populista de reciente formación, basado primordialmente en la clase baja de Guayaquil” (Fitch, 1970: 40). Más recientemente Martz (1980: 310) afirma que los habitantes “económicamente marginales” del tugurio y suburbio de Guayaquil son las fuentes predominantes de apoyo al CFP. Sin embargo no hay indicación alguna en el artículo de este autor de que tal afirmación se base en el resultado de su propia investigación sobre el comportamiento electoral de los votantes del suburbio y tugurio; o que se fundamente en los hallazgos de los estudios que cita como sus fuentes secundarias.

Segundo Supuesto: La “ignorancia política” de los marginados urbanos los hace susceptibles al liderazgo carismático y los lleva a apoyar a candidatos populistas en las urnas.

A fines de la década del setenta, Cuvi (1977) advertía acerca de la carencia de indagaciones sistemáticas sobre la ideología de los sectores populares en su relación específica con movimientos personalistas, explícitamente “caudillistas” en Ecuador. Esto no ha sido óbice para que la literatura convencional plantee una serie de argumentos acerca de las causas de las presuntas preferencias de los marginados urbanos por los “caudillos populistas”. Estos argumentos son rara vez planteados como nociones tentativas. Tampoco han sido integrados en marcos analíticos más o menos sistemáticos. Sin embargo, son tratados en la literatura convencional como verdades evidentes.

6. El excelente planteamiento crítico de Quintero (1980) acerca de la perspectiva convencional sobre el fenómeno del Velasquismo, no será reiterada aquí. Para un análisis exhaustivo de las nociones de Cueva, así como también de los trabajos de otros autores que se inscriben en dicha perspectiva, incluyendo Hurtado (1977), Del Campo (1977), Ojeda (1971), Morán Murillo (1966), entre otros, véase Quintero (Ibid: 26-42 y 302-329, esp.).

La perspectiva convencional hace explícito su claro escepticismo acerca de la capacidad de las masas para decidir adecuadamente por quién votar. En la perspectiva convencional, los marginados urbanos “no están preparados políticamente”, son “ingenuos”, “ignorantes” o “emocionales” y, por lo tanto, altamente susceptibles al “acarreo” electoral por el caudillo populista y carismático.⁷

Replicando los planteamientos más tempranos de Germani (1964-1966) acerca de los marginados urbanos, la perspectiva convencional interpreta el apoyo de estos sectores a los contendores populistas en términos de la presunta “inexperiencia política” de los primeros, de su “mentalidad tradicional”, de su “incorporación prematura” a la política, y/o a su falta de conciencia de clase, factores cuya combinación arroja formas “atrasadas”, y no “autónomas” de comportamiento político.⁸ De ahí que la imagen según la cual “proviene mayormente (del ámbito rural), donde las instituciones y funciones tienden a estar representadas en las personas concretas que las ejercen”, los marginados “naturalmente” se agrupan en torno al “caudillo con carisma” —una perspectiva expresada en la literatura ecuatoriana hace ya más de una década por Cueva (1973)— continúa siendo ampliamente difundida y aceptada. Martz, entre otros autores, reiteraba no hace mucho tiempo (1980) el argumento “culturalista” en términos similares. Para este autor, la descripción de Sharpless sobre el caso de Gaitán en Colombia “contiene ecos resonantes de la política ecuatoriana”, en el sentido de que “estas masas...desplazadas de su vieja cultura sin haber sido absorbidas completamente por la nueva cultura urbano-industrial”, carecen de “sofisticación política” y son por lo tanto susceptibles al liderazgo carismático. No parece haber duda alguna en este autor de que el “sub-

7. Quintero provee una interesante crítica acerca de la noción de carisma, representada en la literatura ecuatoriana por lo que este autor denomina “la teoría del balcón” —según la cual el poder de Velasco Ibarra en las urnas se basa, fundamentalmente en sus atributos personales y discurso. Nótese que “el balcón” alude a la famosa frase de Velasco: “dadme un balcón en cada pueblo y conquistaré al Ecuador”. La perspectiva del autor sobre la utilidad conceptual de la noción de carisma, aparece en Quintero (1978 y 1980). Véase también el capítulo 10 del presente estudio.

8. El sentido de estas nociones y el papel que jugaron en la conceptualización de los sectores marginados urbanos en la década del sesenta, fueron planteados en el capítulo 1. Para un análisis útil, que enfoca específicamente la perspectiva de la literatura sobre populismo, véase Laclau (1977).

proletariado” que “emergió y creció rápidamente en los cincuenta y sesenta como un sub-producto de la migración rural-urbana”, son sectores cuyas “frustraciones socioeconómicas y políticas reflejaban la cultura católica ruralizada, prevaleciente en los suburbios de reciente asentamiento”, y de que “su misma naturaleza” los ha hecho susceptibles a la movilización electoral “espontánea” por parte de los movimientos populistas (véase Martz, Ibid: 293, 296).

Otras veces, si bien se enfatizan otros factores además de la presunta cultura política de los marginados urbanos, se concluye igualmente, que estos sectores no son capaces de ejercer la facultad de elegir en las urnas adecuadamente. Según Hurtado, adoptando la argumentación de Cueva, y según Correa, que adopta la argumentación de Hurtado, el apoyo de los marginados urbanos al populismo está asociado con la falta de “desarrollo político” de los primeros, que les impide visualizar y, por ende, desafiar, el sistema de dominación.⁹ De ahí su “disponibilidad” para cualquier movimiento político o líder que les ofrezca “satisfacer sus necesidades más básicas” (Correa, 1979: 19). De manera similar, otros autores sostienen que, careciendo de información adecuada sobre los programas políticos y las doctrinas partidarias para poder actuar en política más “en base a la razón que a la emoción”, la participación electoral de las masas ha sido “indudablemente influida mayormente por (su) concepción acerca de la naturaleza buena o mala de los candidatos, su simpatía, personalidad, juventud, o por incidentes específicos o accidentes publicitarios...” (Moncada, 1982: 65-66).¹⁰ Otros autores –como Ortiz Villacís (1977), por ejemplo– también enfatizan la naturaleza “emocional” de los vínculos del “subproletariado” al primer “jefe máximo” de CFP, Carlos Guevara Moreno. La “lógica” de este

9. Véase la caracterización del “subproletariado” en Hurtado (1980: 208-209). Véase asimismo, Correa (1979: 19).

10. El hecho de que aquí citemos a Moncada (1982) no significa que tomemos a este autor como *representante* de la perspectiva convencional. El libro del cual se extrae la referencia versa sobre temas que no son el proceso político ecuatoriano específicamente, sino que abarca temáticas más generales. Hacemos referencia a Moncada como ejemplo de la difusión y amplia aceptación de la perspectiva convencional, que permea el trabajo de muchos autores cuyas obras se centran en otras temáticas, pero que se inscriben en la perspectiva convencional al hacer referencia a temáticas tratadas por otros autores que sí representan dicha perspectiva. Este es el caso de Fitch (1977), entre otros.

tipo de argumentación parece ser clara para quienes la sostienen, y la naturaleza “errática” del comportamiento electoral de los sectores marginados urbanos, “auto-evidente”.

Cabe anotar, además, que en la perspectiva convencional, al tipo de cultura política atribuida a los sectores marginados urbanos corresponde —a nivel de liderazgo— un tipo de personalidad y discurso específicos. Dentro de este marco, el éxito de los contendores populistas entre las masas urbanas radicaría en su habilidad “de hablarles en su propio lenguaje, tratando de apelar a sus sentimientos sin caer en abstracciones de ningún tipo y empleando solo ideas simples, fácilmente inteligibles, frecuentemente reducidas a slogans de amplio consumo” (Hurtado, 1980: 208-209). Esta visión del “liderazgo” político refuerza la concepción de las masas como “subdesarrolladas” políticamente.¹¹

Adoptando este tipo de perspectiva se torna “fácil” entender por qué Velasco Ibarra fue capaz de lograr el presunto “milagro del balcón”¹² en varias ocasiones. Según Drekonja (1978: 297), por ejemplo, Velasco Ibarra triunfa en las urnas o, puesto de otra forma, la gente vota por él, “gracias a una retórica pseudo-revolucionaria, anti-oligárquica y anti-imperialista dirigida hacia la pequeña burguesía y las masas marginales —conocidas como ‘chusma’— que drogaba a su audiencia como si fuese opio”. Similarmente, y según Martz (1980: 310), el “carisma” de Carlos Guevara Moreno es determinante, ya que el “Capitán del Pueblo” supuestamente “suministraba el fervor mesiánico” necesario para articular y personificar “las protestas de los desposeídos en contra de los males de una sociedad profundamente conservadora y tradicional”. Según este tipo de visión, es esto lo que, aunado a ciertas condiciones económicas, le permitía conquistar “legiones de seguidores”.

Una prominente figura política del Ecuador, claramente influenciada en su concepción por Cueva —así también como por la lectura de Hurtado sobre las nociones de Cueva al respecto— afirmaba, no hace mucho tiempo, que las “masas urbanas”, que sufren de “desencanto social” son “muy sensibles” bajo tales condiciones a la “predica redentorista” y caen fácilmente en la “trampa demagógica del populismo” ya que,

11. Véase Correa (1979), entre otros.

12. Esta expresión es de Drekonja (1978), refiriéndose a la habilidad de Velasco para conquistar el apoyo de las masas en base a su poder discursivo.

“hacinadas en las grandes ciudades”, toman conciencia de las causas de su problema y esperan “soluciones mágicas” por parte del “caudillo populista”, una suerte de “hechicero del siglo XX” que promete solucionar sus problemas de un día para otro (Borja, 1983: 128).¹³

Tercer Supuesto. Una vez en el poder, los contendores populistas – personificados en Ecuador por José María Velasco Ibarra –, no son capaces de responder a las expectativas de los marginados urbanos.

Cabe advertir en primer lugar, que no se trata en este caso de determinar la validez empírica de este supuesto, *que se menciona aquí únicamente por la implicación que conlleva sobre la naturaleza del comportamiento electoral de los marginados urbanos*. Lo que este supuesto, acerca de la capacidad de conducción del populismo en el gobierno en la perspectiva convencional, conlleva, es una “corroboración” implícita *de la incapacidad de los marginados para decidir en las urnas*. En otras palabras, los marginados urbanos, debido a su “ignorancia”, falta de “desarrollo político” o “emocionalismo” votan por el caudillo populista con carisma, capaz de seducirlos políticamente, precisamente debido a los presuntos rasgos de las actitudes y cultura política de su base de apoyo; una vez en el poder, el caudillo populista es incapaz de responder a sus demandas y expectativas; pero los marginados presumiblemente siguen votando por él; ¿por qué?: porque el carisma del caudillo actúa sobre la “ingenuidad política” de la masa marginada, lo cual le permite continuar captando su apoyo electoral a pesar de su incapacidad de responder a las expectativas de esta masa una vez en el poder. Nuevamente, la “lógica” de estas nociones es, aparentemente, evidente para quienes las sustentan – como lo sugiere el hecho de que no haya sido cuestionada virtualmente en dos décadas de reflexión acerca del mismo fenómeno, y a pesar de la obvia circularidad de la argumentación en cuestión.

Cuarto Supuesto. El populismo es inherentemente “malo”, lo cual “corrobora” la incapacidad de los marginados urbanos – sus presuntas principales bases de apoyo – para elegir en las urnas.

Tampoco se trata en este caso de pronunciarse acerca de la validez o no de esta “visión” acerca de los gobiernos populistas. Se menciona

13. Me refiero a Rodrigo Borja, candidato del partido Izquierda Democrática a la presidencia en dos ocasiones (1978 y 1984), en un artículo que contribuyera a *Nueva Sociedad*.

aquí porque el supuesto en cuestión refuerza la imagen de los marginados urbanos, como carentes de capacidad para la toma de decisiones “responsables” en las urnas, incapacidad de la cual la perspectiva convencional da cuenta de manera simplista en base a la presunta falta de desarrollo político de los sectores marginados. Se menciona, además, porque revela la combinación cruda de criterios de análisis y consideraciones moralistas que atraviesa a la perspectiva convencional.

Drekonja (1978) ve al populismo ecuatoriano como una “tentación”. Según Ortiz Villacís (1977) el populismo es “contra-revolucionario” y, como tal, “peligroso”. Por su parte Moncayo (1979) lo percibe como “fantasma amenazante”. Este mismo autor observa, además, que el apoyo al populismo es una forma “desarraigada” de comportamiento que el electorado ecuatoriano “debe superar” —como si “superarla” fuese contingente en la *voluntad del electorado* antes que en la naturaleza y estructura de un sistema social y político sobre el cual los electores, en general, no ejercen control alguno. Varas y Bustamante (1978), a su vez, hacen referencia al carácter “disolvente” del velasquismo. Este tipo de nociones, *tal cual están planteadas*, no pueden contribuir a la comprensión sistemática del populismo, el fenómeno que interesa a estos autores, ni de la naturaleza del comportamiento electoral de los sectores marginados urbanos; el fenómeno que interesa al presente estudio.

El clientelismo político: una perspectiva analítica virtualmente ignorada

La interpretación que la perspectiva convencional ofrece acerca de la naturaleza de las relaciones entre contendores y base de apoyo en el contexto del populismo, hace aparentemente innecesaria la confrontación del tema de los mecanismos de articulación electoral. De ahí que la literatura en cuestión solo insinúe, *en passant*, la naturaleza y dinámica del proceso de movilización electoral o mecanismos tales como las redes clientelares o las “maquinarias” políticas.

Hurtado (1980), por ejemplo, afirma que los velasquistas en general constituían una “clientela personal del caudillo” y alude a la existencia de una dirigencia velasquista cuya función específica era la de reclutar nuevos adherentes. Sin embargo, el punto no es elaborado más allá

de esto. En su estudio no se provee definición conceptual alguna de la noción del autor acerca del aludido clientelismo. Las reflexiones de Hurtado acerca de las clientelas personales en cuestión, son precedidas por un comentario acerca de las implicaciones de la incorporación de las masas a la política, en el sentido de que estas se transforman en actores políticos solo “a manera del coro de las tragedias griegas”, cuando el caudillo los escucha, o sus intermediarios los visitan, o cuando concurren a mítines públicos, o son recibidos en audiencias especiales, o cuando ven que sus necesidades son reconocidas y se denuncia la explotación que sufren, o cuando asisten al triunfo de sus candidatos en el momento electoral (Ibid: 207). Estos son, los que el autor define, como “los nuevos instrumentos de reclutamiento y proselitismo político” a través de los cuales el “caudillo populista” conforma su clientela electoral y accede al poder. El autor no provee planteamiento analítico alguno más allá de esto. Abunda en afirmaciones, mientras que la explicitación del carácter meramente preliminar de tales reflexiones está ausente.

Queda claro, en todo caso, que el “subproletariado” es concebido como la “clientela natural” de los contendores populistas y, por implicación, que las relaciones de índole clientelar se intuyen como conectadas, *de alguna manera* con la naturaleza de los vínculos entre contendores y bases de apoyo. Moncayo (1979), por ejemplo, afirma que el populismo es un “mecanismo de movilización”. El autor no procede entonces a definir las características del populismo *qua* mecanismo de movilización, sin embargo, cómo opera, por qué y en qué radica la diferencia entre Velasquismo y Cefepismo a este respecto, a pesar de que alega la existencia de tal diferencia, relacionada a que el uno y el otro responderían a “condiciones económicas, políticas y sociales diversas” (Ibid: 203). Por su parte, Varas y Bustamante (1978), refiriéndose al suburbio de la década de 1940, hacen referencia a la existencia de “agentes” de las élites costeñas que por una serie de razones –que no se hacen explícitas– tienen “contacto” con las áreas suburbanas y que habrían constituido “grupos” que hicieron posible la vinculación entre sectores del capital exportador y el velasquismo, “construyendo verdaderas máquinas electorales dedicadas a la administración y reclutamiento de la masa de votos del pueblo guayaquileño para el caudillo” (Ibid: 92). Los autores aluden, además, a la existencia de “caciques velasquistas” –algunos de

los cuales son nombrados en su estudio— y luego se refieren a CFP, bajo la conducción de Carlos Guevara Moreno y de Assad Bucaram, posteriormente, como el partido que “rompe con las maquinarias caudillistas del velasquismo” y captura la clientela de Velasco. Sin embargo el estudio no provee sustentación empírica alguna de tales afirmaciones. Por otra parte, Varas y Bustamante no hacen explícita su definición de las nociones “clientelismo” y “maquinaria política” en ningún momento. Otro autor (Fitch, 1977), adoptando la perspectiva de Cueva, afirma el carácter “mesiánico y clientelista” del populismo ecuatoriano, a pesar de la potencial contradicción que tal afirmación contiene, aparte de su carencia de sustentación empírica. Y para Martz (1980) el estilo de liderazgo de CFP es “personalista, mesiánico y autoritario”. Nuevamente, no se provee evidencia alguna para fundamentar la afirmación en cuestión. Es oportuno recordar aquí lo señalado por Drekonja (1978) a efectos de que, precisamente, debido a la “brillante” retórica de Velasco Ibarra, la literatura no ha prestado atención a sus mecanismos de movilización durante las campañas electorales, “a las uniones vecinales, a los clubes deportivos, a las fiestas y otros esfuerzos” (Ibid: 298). En conclusión, la revisión de la literatura sobre el tema del populismo y sus bases de apoyo electoral en el caso de Ecuador, demuestra que los mecanismos de articulación electoral han sido tratados superficialmente, en el mejor de los casos. Curiosamente, la percepción del Velasquismo como “movimiento eminentemente electoral” no condujo a la mayoría de autores que han buscado interpretar el fenómeno, a indagar sistemáticamente acerca de la naturaleza misma del reclutamiento del voto de las presuntamente “decisivas” bases de apoyo urbanas de Velasco Ibarra, u otros contendores populistas. Esto no ha impedido, sin embargo, que nociones analíticamente claves como el clientelismo y las máquinas políticas —que han sido abordadas a nivel teórico en la literatura de antropología y sociología políticas desde la década de 1950, por lo menos— sean utilizadas profusa y ligeramente en la perspectiva convencional, como si se tratase de conceptos cuyo contenido se torna evidente por su mera enunciación.

La perspectiva de Quintero

Partiendo de la preocupación de su autor por de-mitificar el fenómeno del Velasquismo, *El Mito del Populismo* cuestiona la (ampliamente

aceptada) noción del surgimiento del populismo urbano en Ecuador en los años treinta bajo el liderazgo de Velasco Ibarra. Quintero demuestra que “las condiciones estructurales no eran conducentes a la emergencia del populismo urbano” en aquel tiempo, y que “las bases históricas de la supremacía política de la clase terrateniente era aún lo suficientemente firme como para dominar el Velasquismo” (Drake, 1982: 194). Como Drake (Ibid) observa, a partir de un escrutinio profundo de los archivos históricos Quintero “demuele la perspectiva convencional sobre el fenómeno del Velasquismo”, procediendo, al mismo tiempo, a cuestionar la utilidad misma de la noción del populismo como marco de interpretación. *El Mito del Populismo* es una obra rica en indagación empírica y perspectivas analíticas y constituye un aporte fundamental a la comprensión de una serie de temas tales como la historia económica del Ecuador hasta la década de 1930 y sus implicaciones políticas. Nótese, en todo caso, que solo aquellos aspectos de la obra directamente relacionados con el tema del comportamiento electoral de los marginados urbanos serán abordados aquí.¹⁴

Partamos señalando las conclusiones de Quintero acerca de las características de la votación velasquista —en términos estrictamente electorales— en la contienda presidencial de 1933. En base a su análisis de los resultados electorales relevantes, Quintero afirma que en la elección de 1933 Velasco Ibarra no es elegido por los marginados urbanos (“subproletariado”) porque la estructura de su votación fue (a) más rural que urbana; (b) más serrana que costeña (c) relativamente débil en su presunta “plaza fuerte” (v. g., Guayaquil); y, además, (d) en 1933 el electorado ecuatoriano era tan reducido que es muy probable que el “subproletariado” ni siquiera haya votado en esa ocasión (Raby, 1982).¹⁵ Ahora bien, el argumento que avanzaremos aquí es que las afirmaciones de Quintero acerca del comportamiento electoral de los marginados urbanos en general, y de Guayaquil en particular, son un tanto ambiciosas, no reflejan necesariamente sus preferencias electorales reales en 1933, y no pueden ser tomadas como indicativas de la naturaleza de sus preferencias en décadas subsiguientes, como la línea de argumentación del autor sugiere.

14. Dos interesantes comentarios al estudio de Quintero (1980) son Drake (1982) y Raby (1982).

15. Véase Raby (1982) en Suplemento Cultural del *Comercio* de Quito, febrero 12, 1983: 4.

En este aspecto, el problema básico del análisis de Quintero, en lo que se refiere a Guayaquil específicamente, es que su base de datos no provee justificación suficiente para detectar el alcance de la participación o la naturaleza de las preferencias electorales de los distintos segmentos del espectro socioeconómico de la ciudad. Por lo tanto, el razonamiento de Quintero con respecto a la ausencia de un vínculo determinado entre los marginados urbanos *qua* votantes y Velasco Ibarra en 1933, si bien es sugerente, no es en modo alguno concluyente.

Que en 1933 los marginados urbanos no podían constituirse en electores “decisivos” para Velasco, ni para ningún otro contendor político, es indudable; como tampoco podían ser “decisivas” las ciudades principales, ni el universo urbano en su conjunto, en una sociedad donde el peso demográfico era predominantemente rural. Asimismo, “tiene sentido” argumentar, como lo hace Quintero, que dada la naturaleza discriminatoria del sistema electoral de entonces, es improbable que los marginados fuesen un elemento significativo del espectro de votantes guayaquileños en 1933. Sin embargo, estos dos argumentos –por demás atractivos– no guardan relación con tres requisitos básicos para fundamentar la perspectiva de Quintero, a saber, (i) si los marginados de Guayaquil realmente votaron, (ii) el alcance de su participación electoral, y (iii) la naturaleza de sus preferencias en la contienda en cuestión. En otras palabras, que los marginados de Guayaquil votaran o no por Velasco Ibarra en 1933, es una conclusión que no puede inferirse de la demostración –aun concluyente– de que los marginados urbanos no fueron “decisivos” al triunfo de Velasco Ibarra en 1933 o de la naturaleza discriminatoria del sistema electoral en ese tiempo.

La sustentación de los argumentos de Quintero con respecto a Guayaquil, específicamente, requeriría una serie de datos sobre la naturaleza del perfil socioeconómico de los distritos urbanos/electorales de la ciudad, de los cuales el estudio carece. De hecho, los datos de Quintero sobre la composición socioeconómica de tales distritos son un tanto imprecisos. No basta afirmar que en aquel tiempos los “distritos centrales” de Guayaquil eran “menos pobres” o “más clase media”, y que los distritos de Ayacucho y Ximena concentraban a los sectores marginados urbanos en la elección de 1933 –o en cualquier otra elección– a partir de información distrital, es necesario examinar el grado

de homogeneidad socioeconómica del universo distrital. Asimismo, a fin de determinar la validez del argumento de que los votos de Velasco Ibarra en Guayaquil no provenían de los “barrios suburbanos”, el peso de tales barrios en la configuración ecológica de la ciudad como polos de concentración de los marginados debió ser establecido.

Si en efecto existían barrios suburbanos en el Guayaquil de 1933, su peso electoral difícilmente podía ser preeminente, ya que aún no concentraban una fracción significativa de la población marginada de la ciudad en ese entonces, como sucedería en décadas posteriores. Es muy probable que ese segmento del electorado de Guayaquil residía en otras partes, disperso entre los varios distritos de la ciudad. Si nuestro análisis de la estructura ocupacional de la población de Guayaquil en base a los datos del Censo Municipal de 1919 es indicativo, los cinco distritos urbanos de aquel entonces (Ayacucho, Bolívar, Carbo, Olmedo y Rocafuerte) eran considerablemente heterogéneos socioeconómicamente. En cifras, 2.8 por ciento de los trabajadores residentes en el distrito de Ayacucho pertenecía al estrato alto, 23 por ciento al estrato medio, 40.4 por ciento al estrato medio-bajo y el 34 por ciento al estrato bajo. En el caso de Bolívar, los porcentajes correspondientes son 2.6, 30.8, 32.12 y 36 por ciento respectivamente. En el distrito de Carbo, el 3 por ciento se ubica en el estrato alto, 25 por ciento en el medio, 39.6 por ciento en el medio-bajo, y 33 por ciento en el estrato bajo. De acuerdo a estas estimaciones los patrones de distribución socioeconómica intradistrital —utilizando categorías ocupacionales como *proxy* para una clasificación cuya crudeza admitimos— eran similares, asimismo, en los casos de Rocafuerte y Olmedo. En ambos distritos, 36 por ciento de los trabajadores se ubicaban en el estrato bajo, 33 y 36 por ciento en el medio bajo, 29 y 24 por ciento en el medio, y 1.2 y 1.9 por ciento en el estrato alto, respectivamente.¹⁶

Los votos de los marginados de Guayaquil difícilmente podían originarse en “barrios suburbanos” aún incipientes en aquel tiempo como modalidad de inserción ecológica de la población de la ciudad. Aun

16. Los datos empleados para elaborar esta nota analítica preliminar están disponibles a todo académico acreditado que tenga interés en revisar los datos censales municipales de Guayaquil (1919) para propósitos de investigación. Adviértase que los porcentajes no suman 100.

cuando hubieren sido una modalidad más o menos generalizada de inserción ecológica de la población marginada de Guayaquil, son virtualmente imposibles de “aislar” para efectos analíticos, dada la considerable heterogeneidad socioeconómica intra-distrital de la ciudad en ese entonces. En todo caso, que en la elección de 1933 los votos de Velasco Ibarra en Guayaquil no provengan de los “barrios suburbanos” no significa *necesariamente* que los marginados de la ciudad, por más minoritarios que fueren como electorado, no votaran por Velasco Ibarra en esa ocasión. Significa, más bien, que su comportamiento electoral es más difícil de rastrear, y nada más. Sin embargo los datos con los que Quintero trabaja en este aspecto no bastan para rastrearlo.

II

Una nueva perspectiva y una propuesta

La preocupación analítica del presente estudio no es la cuestión del populismo ecuatoriano, del velasquismo, del cefepismo, o de los orígenes históricos de la participación electoral de las masas urbanas en Ecuador. No obstante, y en la medida en que uno de los nudos gordianos del debate existente sobre la naturaleza y significado de las preferencias electorales de los marginados urbanos; el resultado de la presente indagación sobre el comportamiento electoral de los votantes suburbanos de Guayaquil en las contiendas presidenciales del período 1952-1978 —en el que Velasco Ibarra participó en tres ocasiones y CFP presentó dos candidaturas y apoyó otras en tres de estas contiendas— deberá proveer una base empírica para explorar la cuestión del populismo ecuatoriano más sistemáticamente en el futuro.¹⁷

La propuesta general que enmarca la presente indagación sobre la naturaleza del comportamiento electoral de los sectores marginados urbanos —operacionalizados como los votantes de los barrios suburba-

17. Velasco Ibarra participó (y triunfó) en las contiendas de 1952, 1960 y 1968. Guevara Moreno participó en la contienda presidencial de 1956. Jaime Roldós Aguilera (1978-1981) fue el candidato de CFP en 1978 y 1979 (ganador de la primera y segunda vuelta electorales). CFP participó en las contiendas presidenciales de 1952, 1960 y 1968 como miembro de las coaliciones de apoyo de tres candidatos ajenos al partido, a saber, José María Velasco Ibarra (1952), Antonio Parra Velasco (1960) y Andrés F. Córdova (1968). Véanse los capítulos 4, 7 y 8 de este estudio.

nos de Guayaquil— fue enunciada anteriormente. En los dos capítulos precedentes se avanzaron los fundamentos teóricos de la propuesta en cuestión. En los párrafos finales de esta Primera Parte del estudio, procederemos a introducir los argumentos centrales y a recapitular su fundamentación teórica, como preámbulo a la Segunda y Tercera Parte, donde se presentan los resultados de la indagación empírica en sí.

Proponemos que el comportamiento electoral de los actores focales (v. g., los moradores de los barrios suburbanos de Guayaquil), independientemente del contendor específico que apoyen en una contienda determinada, representa fundamentalmente (a) *una respuesta utilitaria a su situación concreta*,¹⁸ y (b) *una manifestación de clientelismo en acción*. Esta proposición se sustenta en las siguientes premisas:

- i) Mientras que la tendencia del votante a privilegiar consideraciones de tipo ideológico o los contenidos alternativos de las plataformas programáticas de los distintos contendores requiere una suerte de “orientación de futuro”, la precariedad estructural le obliga a pasar por alto la posibilidad de beneficios de mediano y largo plazo y a tomar decisiones percibidas como relevantes a su realidad inmediata.¹⁹
- ii) En la medida en que la precariedad estructural tiende a “acortar” el horizonte prospectivo de la persona, se maximiza la eficacia electoral de incentivos materiales concretos, de corto plazo, para inducir su apoyo.
- iii) Como corolario, la búsqueda de votos en las barriadas requiere una cierta capacidad de respuesta al tipo de demandas que provienen de los moradores *qua* votantes potenciales.
- iv) En la medida en que las condiciones estructurales propias del contexto barrial no sólo permiten sino que impelen al establecimiento de relaciones clientelares, la conquista de votos en el suburbio implica, inevitablemente, el desarrollo de una capacidad de distribución de incentivos materiales de corto plazo entre clientelas potenciales.

18. Véase, al respecto, el excelente tratamiento de Kenworthy (1973) sobre el peronismo, en estos términos.

19. Véase al respecto Scott (1969), entre otros.

Avanzaremos dos hipótesis específicas para someter a prueba la validez de los argumentos centrales del estudio. Dada una “situación concreta” que se definiera en páginas anteriores en términos de inseguridad o precariedad estructuralmente inducida que (a) transforma los intereses personales estrechos en basamento crucial de la organización política; (b) impide que los vínculos horizontales se tornen preeminentes como formas de organización y comportamiento político; y (c) permite que la capacidad política de “respuesta” se defina en términos de pequeños beneficios o soluciones parciales e inmediatistas a las demandas (actuales o potenciales) de los actores focales.

- 1) Los moradores barriales tenderán a emitir su voto por cualquier candidato, partido o movimiento político que (i) prometa y/o haya dado manifestaciones concretas en el pasado de su “capacidad de respuesta” a sus demandas; (ii) es el único candidato, movimiento o partido que ha cultivado su apoyo en el pasado; o que, alternatively, (iii) logra estalecer vínculos efectivos con redes clientelaress de base barrial para efectos electorales.
- 2) La articulación efectiva del voto en las barriadas de Guayaquil está directamente vinculada a la capacidad del candidato, movimiento o partido político de (i) operar como máquina política; (ii) constituir un “conjunto de acción” (*action-set*); o (iii) combinar ambas estrategias en el momento electoral.

De comprobarse la utilidad analítica de esta perspectiva para interpretar el comportamiento electoral de los actores focales durante un período de tres décadas, se demostrará, a su vez, la escasa utilidad de enfoques que interpretan dicho comportamiento en términos de presuntas actitudes y rasgos de cultura política “típicos” de un segmento del electorado urbano “carente de desarrollo político”, “ingenuo”, “ignorante”, “desarraigado”, etcétera; o en términos de los atributos personales (v. g., “carisma”) de los candidatos que estos apoyan en las urnas. Al mismo tiempo, se confirmará la importancia de enfocar el comportamiento político de los actores focales como respuesta pragmática y “racional” –antes que “emocional”– a condiciones sistémicas dadas, condiciones estas que debido a la modalidad de inserción estructural de los actores focales y la ética de auto-promoción utilitaria que esta modalidad de inserción induce, ellos en general, aceptan como tales. Por úl-

timo, la comprobación de la validez de los argumentos planteados aquí subrayará la importancia del clientelismo como factor preeminente para entender la naturaleza del comportamiento electoral de los actores focales –independientemente de cuales fueren las otras variables intervinientes– y su vigencia temporal dado un contexto sistémico que impele tanto a los actores focales cuanto a los candidatos, movimientos y partidos que buscan su apoyo electoral a adoptar un comportamiento clientelar, de hecho posponiendo, trabando o impidiendo a cada paso la emergencia y/o consolidación de mecanismos alternativos de organización y apoyo políticos.

Las páginas subsiguientes confrontarán un doble desafío. Por una parte, deberemos dar cuenta de las preferencias electorales de los actores focales y analizar su significación y alcance en las contiendas y período en consideración en el estudio. Por otra, deberemos rastrear la modalidad de operación y contenidos de los mecanismos de articulación electoral en Guayaquil a nivel barrial en las décadas de 1950, 1960 y 1970 y establecer el papel que tales mecanismos cumplieron en el proceso de reclutamiento del voto para cada una de las cinco contiendas en consideración (v. g., elecciones presidenciales de 1952, 1956, 1960, 1968 y 1978) y a través del tiempo.

Referencias

- Aguirre, María del Rosario. Comportamiento electoral de los sectores populares urbanos de Quito y Guayaquil en 1978, Mecanografiado, Quito, 1979.
- Borja, Rodrigo. "Democracia y Populismo" en *Nueva Sociedad*, 1983, pp. 126-130.
- Correa, Germán. Lineamientos básicos para la formulación de una estrategia de desarrollo social para el Ecuador y sus relaciones con la estrategia de desarrollo Administrativo. Departamento de Cooperación Técnica para el Desarrollo. *Naciones Unidas*, mimeo, Quito, 1979.
- Cueva, Agustín. *El Proceso de Dominación Política en Ecuador*, Ediciones Crítica, 1973 y Editorial Alberto Crespo Encalada, Quito, 1981.
- Cuvi, Pablo. *Velasco Ibarra: El Ultimo Caudillo de la Oligarquía*. Instituto de Investigaciones Económicas. Universidad Central. Quito, 1977.
- Del Campo, Esteban. El Populismo en Ecuador, mimeo, *FLACSO*, Quito, 1977.
- Drake, Paul. "Populism in South America", en *Latin American Research Review*, XVII-1, 1982.
- Drekonja, Gehard. et. al. *Ecuador: Hoy*, Siglo XXI, Colombia, 1978 a. ----- Ecuador: Ensayo Bibliográfico. En Drekonja et al. Ecuador Hoy, 1978 b.
- Faletto, Enzo. "Notas para el análisis del proceso político ecuatoriano 1968-1979". En *FLACSO, Elecciones en Ecuador 1978-1980*. Oveja Negra, Quito, 1980.

- Fitch, John Samuel. *The Military Coup d'Etat as a Political Process; Ecuador, 1948-1966*. Baltimore y Londres, Johns Hopkins University Press, 1977.
- Hurtado, Osvaldo. *Political Power in Ecuador*. University of New Mexico Press, Albuquerque, 1980.
- Kenworthy, Eldon. "The little know case in theory formation on what Peronism wasn't" en *Comparative Politics*, octubre, 1973, pp. 17-45.
- Martz, John D. "The regionalist expression of Populism: Guayaquil and the CFP 1948-1960". En *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*. Vol. 22, n° 3 (agosto), 1980, pp. 289-314.
- Moncada, José. *Capitalismo y Subdesarrollo Ecuatoriano en el Siglo XX*, Universidad Central del Ecuador, Quito, 1982.
- Morán Morillo, Eloy. "Estudio sociológico de Velasco Ibarra". En *Revista Economía*, N° 66 (mayo, 1976).
- Ojeda, Lautaro. "Mecanismos y articulaciones del caudillismo velasquista", mimeo, JUNAPLA, Quito, 1971.
- Quintero, Rafael. *El mito del populismo en el Ecuador: Análisis de los fundamentos del Estado ecuatoriano moderno: 1895-1934*. FLACSO, Quito, 1980.
- "Los partidos políticos en el Ecuador y la clase terrateniente en las transformaciones del Estado. Ph. D. Dissertation. University of North Carolina, Chapel Hill, 1978 a.
- "Preliminares de una crítica sobre el llamado "velasquismo". En *CULTURA* N° 2 (septiembre-diciembre), Quito, 1978 b..
- Raby, David. "Hace cincuenta años fue Velasco Ibarra". En Suplemento Cultural de *El Comercio* (versión traducida del comentario de Raby al Mito del Populismo en North-South Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies, Vol. VII, N° 14, 1982.
- Scott, James. "Corruption, machine politics and political change". En *American Political Ideology in Malasya*. Yale University Press, New Haven, 1969.

Discursos políticos*

Lautaro Ojeda

*. Parte del capítulo IV de su tesis de doctorado “Mecanismos y articulaciones del caudillismo velasquista”. JUNAPLA, mimeo, 1971.

I. Discursos populares o “lindos”

Un amigo nos contaba esta anécdota: durante una de las campañas electorales del doctor Velasco, escuchó un discurso en la Plaza de San Francisco en Quito. Una vez terminado el discurso se acercó a un hombre, pobre por su apariencia externa, con el ánimo de hacerle algunas preguntas:

¿Qué le pareció el discurso del doctor Velasco?

—El doctorcito Velasco habla lindo...

¿Comprendió, usted, lo que dijo?

—...bueno, para decirle la verdad, no mucho...

¿Cómo dice que habla lindo sino le ha comprendido todo el discurso?

—Mire, señor, si yo comprendiera todo lo que el doctorcito dice, el doctorcito Velasco sería igual que yo, yo que soy un ignorante, que apenas fui a la escuela unos meses. Cómo va a ser presidente una, persona como yo. El doctorcito Velasco habla lindo, dice bonitas palabras...

Una conclusión curiosa surge de esta anécdota. Debe ser presidente aquel a quien no se comprenda.

Esta anécdota contiene en el fondo una de nuestras principales inquietudes respecto de los discursos del doctor Velasco.

¿El lenguaje que Velasco emplea en sus discursos, es un lenguaje popular, es decir, un lenguaje con la sencillez necesaria como para que el pueblo lo comprenda? O sucede como en el caso de la anécdota, de un lenguaje que el hombre del pueblo no lo entiende a pesar de lo cual lo aplaude porque es “lindo”.

Antes de intentar esclarecer estas inquietudes debemos señalar que respecto de los discursos del doctor Velasco hemos podido distinguir dos grandes tipos:

1. Discursos académicos, los que son expresados en circunstancias particulares: una Conferencia Internacional, un Congreso de Cartografía, o ante auditorios “cultos”: médicos, ingenieros, miembros de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.
2. Discursos populares dichos ante públicos “populares”. En adelante, al estudiar los discursos de Velasco, lo haremos refiriéndonos a los discursos populares.

Con el propósito de mostrar el tipo de lenguaje que el doctor Velasco emplea al dirigirse al pueblo y utilizando el mismo esquema que el empleado en el capítulo anterior, sobre la cosmovisión, hemos procedido a extraer de sus discursos, contadas frases en las que trasmite su visión del hombre, su visión del mundo, su visión del cristianismo.

a. Visión del hombre

En la Convención Nacional Velasquista dirá a sus admiradores:

“vosotros os entregasteis a la carpintería, al comercio y a la herrería y a la pintura y a la ebanistería; esos son simples capítulos del hombre ordinario, pero en vosotros duerme el hombre eterno, el hombre profundo, el hombre que toma sus raíces en la tierra y sube con su mente al cielo, en vosotros está el hombre eterno, que sólo es grande por intuición de la verdad; por la intuición de la justicia. Sois los representantes del eterno y grande misterio de la Patria (aplausos)”.^{1**}

Al pueblo de Portoviejo les hablará del hombre como complejidad integral, del principio de individuación, del hombre como materia en estado de espiritualización, pero... dejemos al mismo doctor Velasco que hable:

“El hombre es una complejidad integral, cada hombre es una complejidad integral. Esto que llamamos cuerpo, esto que llamamos materia nuestra, no es más que un aspecto del espíritu, un principio de la individualización. Nada más sabio que el organismo del hombre, nada más sabio que esa complejidad interna que actúa y nutre, se alimenta, se defiende, lucha, produce. El hombre es materia en estado de

1. *Obra doctrinaria*. t. II op. cit., p. 495.

** . Nota del Editor: por razones de edición se ha cambiado la numeración de las notas; en el original aparecen numeradas correlativamente hoja por hoja.

espiritualización y por último cuando llega la función central al máximo, estalla el poder del espíritu, con toda la amplitud del artista, con toda la grandeza del sabio, con toda la visión del filósofo. Tenemos pues que cultivar la materia, para tener un espíritu fuerte”.²

b. Visión del mundo

A los artesanos, a los velasquistas, al pueblo de Sangolquí, al pueblo de Latacunga, les hablará del caos, de la inmoralidad, de la corrupción del mundo actual.

En al Asamblea Nacional de artesanos expresa:

“Jamás un caos igual de ideas, jamás una mayor confusión, jamás ha habido menos amor por la verdad, menos sinceridad, todo es verdaderamente un caos, todo es una confusión...”³

A los maestros:

“En esta hora tan crítica para la humanidad, en que la humanidad no sabe a donde va ni que es lo que quiere, en esta hora en que se leen libros como el del ilustre Bertrand Russell en donde se dice que la técnica moderna, la automatización, la maquinaria, la rapidez, en el movimiento moderno de las máquinas va a crear una nueva especie humana, que el hombre va a cambiar de especie espiritual, que vamos a asistir a nuevos cambios de la especie, en este momento...”⁴

Por último a los choferes, les hablará de las deformidades pavorosas que el mundo produce, del mundo sin conciencia y negociante:

El mundo moderno nos está dando una serie de deformidades pavorosas, tremendas ¡qué cruel es el mundo moderno, qué calculador es, sin conciencia es! ¡qué negociante es el mundo moderno, como vive de la engañifa, como vive del interés, como vive muchas veces mal comprendido!⁵

c. Visión del cristianismo

Hablando a sus coidearios utiliza una complicada idea pascalina. Para decir que él está en el Evangelio:

-
2. Discurso pronunciado en Portoviejo, el 18 de octubre de 1968. Talleres Gráficos Nacionales, Quito, noviembre 1968. p. 14.
 3. *Obra doctrinaria* t. II *op. cit.*, p. 541.
 4. Discurso pronunciado el 13 de abril de 1956 *Ibidem* p. 558.
 5. Discurso pronunciado en el sindicato de Choferes de Pichincha, el 24 de mayo. *Ibidem* p. 596.

“Yo estoy en el Evangelio. Y digo por dos conceptos porque si la verdad estuviera en contra del Evangelio, yo estoy con el Evangelio y no con la verdad”.⁶

Dirigiéndose a los artesanos les dirá:

“La religión es la cosa más augusta en el hombre. La religión es el gran vehículo que une el espíritu del hombre con el infinito misterio; es tan augusto el espíritu del hombre y es tan trascendental el espíritu del hombre que el valor religioso es lo más excelso que existe en el hombre y en la tierra, no es moneda para comprar sino sentimiento para adorar dentro del cuarto a Dios”.⁷

Lenguaje como el que ha sido transcrito nos permite establecer dos conclusiones:

1. Se puede ver como la cosmovisión de Velasco es anterior a la lectura que él hace de la realidad. Un hombre, una idea, una cosa, un acontecimiento es situado negativa o positivamente, de acuerdo a su cosmovisión.
2. El lenguaje que el doctor Velasco emplea –al menos cuando se trata de transmitir conceptos– no es un lenguaje sencillo, no es un lenguaje que pueda ser fácilmente comprendido por el “pueblo”.

De allí que planteamos las siguientes preguntas:

¿Por qué el “pueblo”, aplaude, alaba discursos que no los entiende?

¿Qué mecanismos sociológicos explican esta paradoja?

Es necesario encontrar un marco teórico que permita la comprensión y explicación de estos fenómenos.

El mito, como sistema de comunicación nos proporciona los elementos comprensivos y explicativos del funcionamiento de esta paradoja.

Detengamos nuestra atención en los elementos teóricos del mito.

6. Discurso ante la Convención Nacional Velasquista. *Ibidem*.

7. Discurso pronunciado en la Asamblea Nacional de Artesanos el 28 de marzo de 1956. *Obra doctrinaria y práctica del gobierno ecuatoriano*. t. LL, op. cit., p. 543.

II. Elementos teóricos del lenguaje mítico

¿Qué es el mito?

Barthes nos propone una respuesta no por simple, menos profunda: "El mito es un sistema de comunicación es un mensaje"⁸ pero también es una significación.

Al referirse a la formación del mito Barthes propone dos sistemas o cadenas semiológicas (nosotros llamaremos a estas cadenas fases).

Primera cadena o fase:

La primera cadena está constituida por lo que él llama lenguaje-objeto, porque es el lenguaje del que se apodera el mito para construir su propio lenguaje.

Se trata de un propio lenguaje que tiene sentido en sí mismo, indeterminado como mito, determinado como lenguaje.

Es un lenguaje con racionalidad, significación y sentido literal suficientes como para ser comprendido por sí mismo.

Es, en fin, un lenguaje con un sistema de valores, con una historia determinada.

Segunda cadena o fase:

El lenguaje-objeto constituye la materia prima del mito. ¿Cómo se produce el mito?

Según Barthes el mito se apodera de ese lenguaje-objeto, vacía su sentido propio, instante en el cual nace una nueva significación, un segundo lenguaje, una especie de meta lenguaje.

Pero, ¿qué sucede con el lenguaje-objeto?

El mito no suprime el sentido literal del primer lenguaje, simplemente lo empobrece, lo aleja, lo manipula, en fin lo convierte en parasitario.

8. Barthes R., *Mythologies*. op. cit., p. 193.

El sentido que tenía el primer lenguaje pierde su valor, pero guarda la vida, es decir, su sentido literal, de la cual va a alimentarse.

Aunque parezca paradójico, el mito no oculta nada, su función es la de formar, no la de hacer desaparecer.

Al reflexionar sobre el lenguaje mítico, ya no es necesario interrogarse sobre el lenguaje-objeto, porque éste ha perdido su sentido original, el mismo que se encuentra inmerso, formando parte, del lenguaje global que ha nacido: el lenguaje mítico.

El mito va a llamar a la existencia, no a la inteligencia. Sus receptores no lo vivirán en cuanto a concepto sino existencialmente.

Aplicación de algunas categorías teóricas del lenguaje mítico a los discursos políticos del doctor Velasco.

En la Metodología, explicamos, cómo no es el método de Barthes el que tratamos de aplicar a los discursos políticos del doctor Velasco, sino ciertas categorías. Esas categorías se refieren a las cadenas o fases del lenguaje mítico.

¿Cuáles serían esas cadenas o fases en los discursos del doctor Velasco?

La primera cadena o fase nos viene de las obras teóricas del Doctor Velasco, más concretamente de su cosmovisión. Creemos que la cosmovisión reúne todas las características teóricas del lenguaje-objeto.

Así, la cosmovisión tiene un lenguaje con sentido, racionalidad y significación suficientes para que sea comprendida por sí misma. Tiene en sí un sistema de valores y una historia determinada.

La segunda cadena o fase está constituida por los discursos políticos que el doctor Velasco dirige al pueblo. El lenguaje-objeto, cosmovisión al ser transmitida a través de los discursos políticos al pueblo, adquiere otra significación, se transforma en discurso mítico.

En esta segunda cadena o fase, surge la gran pregunta de esta transformación:

¿Por qué, gracias a qué, se produce esta transformación?

El sistema cerrado de Barthes, no nos permite llegar al quién, peor aún a la intencionalidad, se queda en el cómo, se produce el mito. Es en este momento en el que dejamos a Barthes para buscar la explicación fuera del lenguaje.

Nuestra búsqueda de sujeto, de factores que producen la transformación alcanza su objetivo al encontrarse con dos actores principales de este discurso: la persona del doctor Velasco y el pueblo. En una visión más englobante de la formación del mito hubiéramos podido recurrir al psicoanálisis y encontrar en el inconsciente colectivo, en los arquetipos (Yung) el sujeto más mediato de este proceso. Un grupo humano condicionado por una realidad social, económica, cultural que hace de él un grupo ignorante, pobre, analfabeto, he ahí el elemento original de esta transformación.

Pero de otra parte tenemos el sujeto activo de los discursos: Velasco Ibarra, evidentemente que él juega un gran papel en esta transformación; ¿Por qué? porque él dice los discursos “lindos”, incomprensibles para el pueblo, es él, quien, como se verá al hacer el análisis de las categorías formales del discurso, el que efectúa una constante evacuación de la realidad en las universalizaciones que utiliza.

En esta forma decimos que el pueblo, (contexto social, económico, político, cultural) y la personalidad carismática de Velasco Ibarra son los que efectúan la transformación de una cosmovisión, lenguaje-objeto dicha en el discurso político, en discurso mítico.

III. Categorías formales de discurso mítico

Es tal la multitud de los discursos, su variedad, las diversas circunstancias en las que han sido pronunciados, que es imposible analizarlos de una manera puramente inductiva y más aún irlos leyendo a través de la realidad circunstancial de cada uno de los discursos.

Una primera aproximación a todos ellos nos fue mostrando ciertas constantes que se repetían a lo largo de todos los discursos.

Estas constantes aparecieron como propias de todos los discursos de tal forma que nos llevaron a pensar en la existencia de ciertas estructuras propias de los discursos del doctor Velasco.

En esta forma nos vimos obligados a pensar en un modelo formal, por ser la única manera de abordar el conjunto de los discursos.

Nuestro modelo formal debía incluir el mayor número posible de características significativas y universales que se estructuren de una forma constante.

A través del modelo formal hemos hecho una relectura de los discursos populares de Velasco.

A través del modelo formal

Esta relectura nos revela la fecundidad del modelo formal en tal forma que podemos afirmar que las estructuras formales se repiten en todos los discursos aunque el contenido y las circunstancias varíen.

El análisis de los discursos nos reveló además que, todas estas estructuras están ligadas entre sí por los valores universales que vienen de la cosmovisión del doctor Velasco, de tal suerte que estos valores son como la tela de fondo de sus discursos.

Generalmente es un juego metafórico constante el que liga la realidad, las circunstancias, y los valores universales.

Hay temas como: la patria, pueblo, liberalismo que irrumpen en los discursos del doctor Velasco bruscamente, sin mayor coordinación lógica con el resto del discurso y sus circunstancias. A veces se articulan en torno a estos conceptos un conjunto de ideas abstractas.

En nuestro modelo formal las categorías aparecen en forma ordenada, lo que puede dar pie a que se pensara que en el mismo orden aparecen en los discursos políticos del doctor Velasco. En los discursos en orden varían, pero las categorías se mantienen en su logicidad interna.

Nuestro permanente empleo de la palabra categoría nos obliga a decir cuál es el sentido que para nosotros tiene dicha palabra. Entendemos como categoría un juego de relaciones lógicas que se llenan de un contenido.

Modelo Formal

A. Primera categoría: Velasco y su auditorio

Velasco Ibarra atribuye a su auditorio ciertos valores universales que responden a los valores de su cosmovisión, sea identificándolas con estos valores, sea partiendo de una circunstancia política donde –según él– estos valores han sido vividos.

El auditorio puede entenderse bajo la categoría moral “buenos”. Por contraposición los “malos” serán aquellos que encarnan los antivalores en el primer caso y en el segundo los opositores políticos. Los antivalores siempre estarán concretizados en algo o en alguien.

a. El auditorio es considerado como portador de valores universales.

Oasis de patriotismo:

“...tenemos aquí un oasis de patriotismo, de sentimientos desinteresados, de algo profundo, de algo creador, de algo permanente y este oasis lo habéis hecho vosotros, distinguidos trabajadores del volante, lo habéis hecho homenaje a la Patria...”⁹

En una manifestación popular:

“Vosotros tenéis en cuenta la sublimidad de la gloria, la grandeza del ideal, porque para mi concepto no vale la pena vivir si no se dignifica la idea. Vosotros, señores, estáis resueltos al sacrificio por el triunfo del ideal, por la igualdad de los hombres, por la justicia y por eso aplaudo una vez más este gesto vuestro”¹⁰

Discurso al pueblo después de un desfile patriótico:

“...rendían también homenaje a otra unidad, a la unidad de la Patria ecuatoriana; y militares y civiles; sacerdotes y estudiantes y hombres y mujeres no tenían sino una gran causa: la afirmación, de la formación de su personalidad patriótica, la afirmación de Manabí y la afirmación de la gloria de la Patria ecuatoriana”¹¹
“esta mañana vosotros fuisteis hombres y mujeres del cielo, conquistadores de la gloria para la Patria y conquistadores de la gloria para la individualidad de cada uno de vosotros”

-
9. Discurso (Nº 1) pronunciado en el Sindicato de Choferes el 24 de mayo de 1956; *Obra doctrinaria* t. II op. cit.; p. 590.
 10. Discurso (Nº 2) pronunciado el 1º de mayo de 1935. Crónica de “El Comercio” del 2 de mayo de 1935. *Un momento de transición política*. Talleres Gráficos Nacionales/Quito, 1935. p. 158.
 11. Discurso (Nº 3) pronunciado ante el I Congreso Cantonal de Portoviejo el 18 de octubre de 1968. Talleres Gráficos Nacionales. Quito, p. 3.

A los alumnos del Colegio Vicente Rocafuerte:

“Son los jóvenes los que llevan dentro de sus almas el futuro de la Patria, los que llevan dentro de su espíritu las virtudes que hacen a los pueblos inmortales, a las naciones invencibles y esas virtudes son las virtudes afirmativas. La novelaría por las causas grandes, el amor a los nobles y elevados valores, el idealismo, la pureza de alma, el fervor por romper la injusticia, el anhelo por lo grande, son virtudes afirmativas que hacen a las naciones poderosas. Es la juventud la que lleva en potencia todas esas virtudes y vosotros alumnos del colegio “Vicente Rocafuerte”, en los últimos incidentes demostrasteis que lleváis en vuestro sentimiento, en vuestras almas, en potencia o en acto esas grandes virtudes...”¹²

Al pueblo de Latacunga:

“...hay en el hombre una tendencia hacia lo alto hay en el fondo del hombre un anhelo de universalidad, de excelcitud y de pasión general a todo lo bueno y a todo lo grande y estas cualidades estallan de una manera especial en un pueblo como el Cotopaxi...”¹³

b. Los “malos” son aquellos que no tienen esos valores ideales

Parlamentos demagógicos

“Amad, señores, y respetad el dolor; respetad la justicia amando a los hombres. He allí tres frases que significan orgullo. Eso es la justicia y ello debe reinar en los parlamentos que no son demagógicos sino centros de representación y que no se convierten en obstáculo para la acción creadora”¹⁴

Articulejos:

Al pedir que se sigan las huellas de los antepasados, dice de ellos: “Hicieron las cosas a fondo; no vieron el pequeño interés, la pequeña maniobra, la viveza disolvente, el articulejo que lleve a la huelga de los empleados públicos, el articulaje que incita al tumulto y a la anarquía. Eso disolvería a nuestra Patria. Ya tenemos experiencia en esos últimos años nos ha pasado, ya sabemos lo que han producido estos últimos años de caos y de desorden”¹⁵

12. Discurso (Nº 4) pronunciado en Guayaquil el 12-23-55. *Obra doctrinaria* t, II, op. cit., pp. 440-444.

13. Discurso (Nº 5) pronunciado en Latacunga el 6 de noviembre de 1956. *Ibidem*, pp. 160-161.

14. Discurso (Nº 2) p. 159.

15. Discurso (Nº 3) p. 8.

FEUE* *corrompida y decadente*

“La FEUE es la vejez y la decrepitud y la amargura y la decadencia. Vosotros sois la juventud de la Patria”.¹⁶

Política:

“En este colegio rectorado por Alfaro, ni se hace ni se puede hacer política. La política circunstancial, la política de los partidos es siempre tan pequeña, tan mezquina, de tal manera deforma la vida, deforma la Patria, que muchas veces no es sino la máscara de ambiciones, incapaces de despertar la emoción de la Patria... como en el colegio Vicente Rocafuerte... puede haber una cosa tan pequeña como la política circunstancial”.¹⁷

Grupos de conspiradores:

Manifiesta que hay una conspiración contra la Patria: “no podéis vosotros jamás aceptar que haya un pequeño grupo de ambiciosos que a fuerza de intrigas, agrandando muchas veces lo infinitamente pequeño, haciendo eterno, interminable, aquello que se puede acabar en 24 horas, pretenda mantener al país en la inquietud, en la zozobra, en el desasosiego”.¹⁸

El análisis de esta primera categoría nos revela que si los auditorios son identificados a los valores absolutos; por tanto es un mecanismo que no permite el análisis de la realidad concreta.

B. Segunda categoría: Universalización y materiales de la cosmovisión

Los valores generales frente a los cuales Velasco Ibarra sitúa y con los que identifica, son los valores de la cosmovisión.

Hay una lógica de transformación de los valores universales tomados de la cosmovisión, esta lógica lleva a, hacer que estos valores se diluyan, al límite, en lo infinito, en lo mítico, en el sentido propio, transformación que se siente en el vocabulario.

Es evidente que la ligazón con la realidad se haga por un proceso de metaforización.

Patria: valor místico.

“La patria es un valor místico,...la patria es un misterio, la patria es un claro-oscuro, por eso nos levanta, por eso nos exalta”.¹⁹

*. Federación de Estudiantes Universitarios Ecuatorianos.

16. Discurso (Nº 4) p. 443.

17. Discurso (Nº 4) p. 445.

18. Discurso (Nº 5) p. 163.

19. Discurso (Nº 1) p. 592.

Pueblo, cosa sentimental:

“...el pueblo es una cosa sentimental, como con el pueblo no rige la razón razonante que puede ser perfecto sofisma, como en el pueblo rige la espontaneidad de la vida...hemos asistido a esta excelsa ceremonia en que hemos vivido la Patria”²⁰

Transfiguración mundial:

“Fijáos bien en la transfiguración mundial de estos últimos tiempos donde se ha impuesto y ha llegado a tener su supremacía el trabajo; en corto tiempo las masas se han impuesto porque se han movido y por eso sois considerados todos los trabajadores que domináis la naturaleza”²¹

Partidos políticos:

“Aquí en el Ecuador lo que existe es partidos políticos desorientados que no saben lo que dicen y lo que hacen... Allí está el partido socialista que lo que hace es practicar la concupiscencia de los bienes materiales”.²²

Hombres y mujeres del cielo:

“Esta mañana fuisteis hombres y mujeres del cielo, conquistadores de la gloria de la Patria y conquistadores de la gloria para la individualidad de cada uno de vosotros... Este himno universal de personalidades que se vinculaban por algo grande; por una ciudad; por una provincia; una Patria, una bandera, ha sido coronado esta tarde”.²³

Hombre complejidad integral:

“El hombre es una complejidad integral... esto que llamamos materia nuestra, no es más que un aspecto del espíritu, un principio de individualización...”²⁴

Calidad-cantidad:

“Lo que importa al Ecuador, lo que importa a todos los pueblos no es tanto la cantidad cuanto la calidad, lo que regirá a los hombres no es la cantidad sino la calidad. Qué nos importa una juventud engañada, arrastrada por la FEUE. Cantidad ¡Qué nos importa la cantidad!

Lo que nos importa es la calidad y vosotros al haber quedado solos en el Ecuador contra la huelga... demostrasteis la calidad de vuestras almas, de la nobleza moral...”²⁵

20. Discurso N° 1 p. 593.

21. Discurso N° 2 p. 159.

22. Discurso N° 2 p. 160.

23. Discurso N° 3 p. 5.

24. Discurso N° 3 p. 14.

25. Discurso N° 4 p. 441.

Soledad:

“No importa que la cobardía o la traición vil os dejen solos. Qué cosa más grande que estar orgullosos con la justicia, con la amistad y con la lealtad”.²⁶

Del dolor físico a la grandeza moral y a la gloria:

“...poco os ha importado que el frío, la distancia, el tiempo y el dolor físico. Vosotros sólo tenéis en cuenta la sublimidad de la gloria, la grandeza del ideal”.²⁷

Política y caos mundial:

“¡Cuánta inmoralidad! mientras un policía víctima del caos mundial actual gana de 500 a 600 sucres; ‘mientras un soldado’ raso gana 500 o 600 sucres—eso cuando le pagan—. Los grandes señores de los presupuestos especiales, que se financian con sus entradas particulares, el que menos, 20.000 sucres...”²⁸

La soledad política solidaria con Velasco Ibarra es transformada en soledad metafísica:

“Vosotros y vuestro rector, solos, solos en la lucha, solos aquí en el Guayas como estuvo solo Rocafuerte en el año 33... Solos, solos estuvisteis pero acompañados por las virtudes juveniles, lealtad...”²⁹

C. Tercera categoría: Historia

Velasco realiza en sus discursos políticos, una lectura circunstancial de la Historia; de una historia que según él debe ser normativa.

Los personajes históricos son leídos a través de las categorías de su cosmovisión y de la transformación que hemos mostrado en la categoría anterior que sufren los valores de su cosmovisión.

También, el personaje histórico se conecta con la realidad por medio de un proceso metafórico:

Aviadores discípulos de Sucre:

“Estos hombres del volante comprendieron que la Batalla del Pichincha no es un tema de eruditos es ante todo un modelo de heroísmo... el general Sucre expuso su honor... hoy no sacamos nada con repetir eruditamente la historia... lo que nos in-

26. Discurso N° 1 p. 597.

27. Discurso N° 2 p. 158.

28. (Nota del editor). En el original falta la referencia.

29. (Nota del editor). En el original falta la referencia.

teresa es la Batalla del Pichincha en cuanto a norma... si no hay el sentimiento heroico de la vida... y eso justamente han hecho estos muchachos aviadores: Estos son los discípulos de Sucre, estos son los que hacen vivir la Historia".³⁰

Desprendimiento de joyas en el tiempo de la Independencia es trasladado metafóricamente al caso de un hombre que se desprende de su casa para una biblioteca:

"Cuando se preparaban las grandes hazañas, las grandes batallas de la Independencia; los hombres y las mujeres se desprendían de sus joyas, de sus intereses, hoy hemos presenciado cosas análogas, guardadas, por cierto, las debidas proporciones. Un profesor ilustre... que el mundo ordinario no comprende, se desprende de sus bienes para que aquí, en Portoviejo, haya una biblioteca, haya un museo de arte..."³¹

Rocafuerte:

"Solos aquí en el Guayas como estuvo Rocafuerte en el año 33 cuando la Patria se descomponía en sus manos y cuando su coraje y su corazón supo dar la unidad orgánica de la que hoy disfruta la República".³²

Un genio de Latacunga:

"Os olvidáis que aquí nació Ignacio Flores, uno de los pocos genios que ha tenido el Ecuador. Hoy nosotros concedemos el título grande a todo el mundo, hoy en el Ecuador todos son grandes. El otro día se proclamó que por allí había un gigante del pensamiento; en Guayaquil se proclamó otro gigante del pensamiento, no conozco a estos gigantes. Yo lo que veo es que en la Historia del Ecuador hay pocos genios y uno de ellos fue Flores..."³³

D. Cuarta categoría: Comunión y don

Hay un momento de identificación entre Velasco Ibarra y su auditorio, sea porque los dos participan de los mismos valores absolutos o del mismo universo mítico; sea porque han estado unidos en similares circunstancias. Comunión.

Objeto de amistad y simpatía:

"Soy objeto de vuestra simpatía merezco vuestro aprecio por mi conducta moral; soy el objeto de vuestra amistad y la merezco por mi conducta moral".³⁴

30. Discurso N° 1 p. 594.

31. Discurso N° 3, p. 5.

32. Discurso N° 4, p. 444.

33. Discurso N° 5, p. 166.

34. Discurso N° 2, p. 162.

Lealtad al maestro y soledad:

“Solos, solos estuvisteis pero fuertes y acompañados por las virtudes juveniles: la lealtad al amigo, la lealtad al maestro que dio a esta Casa quietud y reposo, la lealtad al maestro que supo conducirlos y guiarlos, la lealtad al maestro que construyó cuatrocientos locales escolares en cuatro meses, la lealtad al maestro que supo orientar la pedagogía de la República, la lealtad al maestro que fue vuestro amigo, la lealtad al maestro leal y comprensivo. Por lealtad al maestro os quedasteis solos, por lealtad al maestro se os insultó”. Ser leales al maestro, estar con el maestro en el momento que los ingratos lo proscriben ¡esto es ser hombre!³⁵

Interposición de tiempos:

“...Yo soy amigo de la juventud, donde quiera que he estado en Sudamérica he tratado con toda clase de jóvenes, con generaciones de jóvenes; he sido profesor en distintas y variadas universidades y, creedme, siempre la juventud ha sido bondadosa y benévola conmigo. Jamás ha hecho lo que la FEUE. Todavía no tenía yo un mes de haber subido al poder y los estudiantes de la FEUE, cuando yo pasaba al Palacio Presidencial, me silbaban en las calles de Quito ¡Esta es la educación juvenil de la famosa FEUE! Siempre he amado a la juventud y la juventud siempre ha comulgado conmigo”.³⁶

Don:

Este proceso de identificación se simboliza en algunos gestos: una condecoración, un ofrecimiento dilatado un ofrecimiento concreto que se hará efectivo en el tiempo o que lo entregará directamente.

Del ofrecimiento a la recta intención:

“Tened paciencia, señores, y sed generosos... Verdad que el gobierno no os ha dado todo lo que os ofreció, pero ello se debe a las circunstancias, pero confío en que sois generosos, y lo que sólo reclamais es la recta intención esperando en la idea y en el trabajo, en la transformación que es lo único que triunfará en fin de fines y no palabra hueca”.³⁷

Ofrecimiento diferido:

“Nosotros haremos todo, absolutamente todo. Claro que no podemos dar 20 millones si estamos debiendo al ejército, a la policía, de dónde doy yo los 20 millones? Pero día a día con toda eficacia proveeremos para que al centro de restauración no le falte dinero...”.³⁸

35. Discurso N° 1, p. 611.

36. Discurso N° 4, p. 444.

37. Discurso N° 2, p. 161.

38. Discurso N° 3 p. 19.

Promesa de dinero:

“Se me han pedido, y este pedimento me honra, 400 mil sucres, si no me equivoco para reparar la casa doblemente donada por el Señor Ecuador Solórzano. Yo prometo que no faltará el dinero necesario hasta llegar a los 400 mil sucres. No los prometo de golpe porque estamos en una pobreza franciscana...”³⁹

Entrega inmediata:

Recibid, pues, señor Rector, en primer lugar –para ir de lo más a lo menos– una contribución para que termineis las obras que os interesan –en beneficio del colegio Vicente Rocafuerte. Esta suma de 500 mil sucres que os entrego es obra de la manera docta y hábil con que el doctor Gerardo Gonzales supo financiar las construcciones escolares...

Recibid Señor Rector esta suma y podréis terminar vuestras obras en bien de estos muchachos que saben quedarse solos. (Aplausos)”.⁴⁰

*E. Quinta categoría: Escatología**

Se produce en este momento una reestructuración de los elementos del discurso: reestructuración que se hace en torno al yo de Velasco y al papel del auditorio en el futuro de la patria.

Reencuentro de los ecuatorianos:

“Yo realmente quiero practicar el reencuentro de los ecuatorianos. Claro que la orientación política, el rumbo político, yo no lo puedo ceder a nadie. Yo pretendo, en cuanto me dan mis débiles fuerzas, tratar por lo menos de comprender el dolor del pueblo ecuatoriano”.⁴¹

Una forma de agradecimiento: el servicio:

“Señor Gobernador, mi caballero y patriota colaborador, Señor senador Bustamante, Señor alcalde de la ciudad y todos cuantos habéis hablado esta mañana recibid, os ruego, mi gratitud más sincera... ¡Qué haré para pagar moralmente, ya que materialmente es absurdo deciros esto, para pagar moralmente tanta benevolencia, tanta esperanza!...¡Recordad a vuestros próceres, esperad y soñad, luchad y trabajad y yo os juro que estaré en el servicio a la altura de vuestros ideales!”.⁴²

39. Discurso N° 3 p. 26.

40. Discurso N° 4 p. 447.

*. Entendemos por alusión escatológica toda alusión a un futuro de la Patria indeterminado en el tiempo y en la forma.

41. Discurso N° 3 p. 27.

42. Discurso N° 5 p. 169.

Conclusiones

Los análisis de los discursos de Velasco Ibarra nos revelan la lógica interna de su “discurso”.

1. La situación del auditorio la hace Velasco en referencia a los valores universales. Como consecuencia de estos tenemos los valores positivos aplicados sin más al auditorio (buenos) y la reducción de la oposición como portadores de los antivalores absolutos.
2. Los elementos universales de la cosmovisión se absolutizan tanto que pasan hacia lo infinito y lo mítico.
3. A través de estos valores “absolutos” y de su transformación hacia lo infinito Velasco Ibarra hace una lectura de historia, siempre considerada como norma moral en la que se da también una reducción de los personajes históricos a los valores de su cosmovisión.
4. Se da luego un momento de comunión, sea por participación en el clima mítico, afectivo, creado por la transformación de estos valores.

La comunión se simboliza en un don que de una parte se concretiza en algo o es una promesa.

El don simbólico evacúa también las necesidades reales, pero intenta solucionar una necesidad circunstancial.

5. Hay un momento escatológico, donde Velasco Ibarra proyecta los valores absolutos, el pueblo que comulga con ellos y con su persona en un futuro ideal.

Todos estos elementos, como lo exige la lógica interna del discurso, están ligados entre sí por un proceso permanente de metaforización.

El lenguaje-objeto sería la totalidad de estos discursos, como “inocentes”, como transcripciones fieles de un análisis de la realidad.

El segundo lenguaje o mítico, donde debemos reinscribir toda la totalidad explicativa, es el lenguaje que se ancla más allá del sentido literal del primer lenguaje; lo que hemos llamado el lenguaje “lindo” —base de la comunicación mítica— creado y recreado como tal por el pueblo.

2. La continua vigencia del populismo en el Ecuador

Crisis económica, pobreza urbana y populismo*

Iván Fernández y Gonzalo Ortiz

*. Capítulo IV del libro *¿La agonía del populismo?* Editorial Plaza Grande, Quito, 1988.

Hablar de la crisis económica que vive el Ecuador es hoy un lugar común, tanto o más que hablar del populismo. ¿Simple coincidencia? No, si ambos han llegado a ser términos de moda en este año de 1988 se debe a que precisamente existe una relación muy cercana entre la situación de crisis por la que atraviesa la economía ecuatoriana y la emergencia del populismo.

1. La crisis económica y sus efectos

La economía y la sociedad ecuatorianas están atravesando en la actualidad uno de sus periodos históricos más difíciles y complejos. Luego de casi una década de crecimiento económico, expansión de la producción e importantes transformaciones espaciales y sociales, a partir de 1981 la economía ecuatoriana entró en un proceso de recesión prolongada de la cual aún no se recupera. Más todavía: durante el último año y medio se han producido dos acontecimientos (la caída violenta de los precios del petróleo y el sismo del 5 de marzo de 1987), que han hecho profundizarse aún más la crisis, la cual no ha podido ser ni siquiera paliada con las políticas neoliberales y fondomonetaristas del gobierno del Ing. León Febres Cordero.

Así, la década de los ochentas viene siendo para el Ecuador una década de retroceso en su desarrollo, de agravamiento de las condiciones sociales de vida de la población y, concomitante y paradójica realidad, de concentración de la riqueza en pocas manos. Por el momento, tampoco se vislumbran condiciones de recuperación en el corto plazo.

En la crisis económica se vive la combinación de una serie de contradicciones, tanto de orden interno como externo. Bien se puede afirmar que las causas de la crisis son fundamentalmente dos: la dependencia estructural del capitalismo ecuatoriano frente a la economía mundial y los desequilibrios internos de nuestra matriz económico-social, causas que, en una especie de “círculo vicioso de la pobreza” se reproducen y ahondan cada vez más.

La dependencia se expresa en una cada vez mayor subordinación de nuestra economía al capital monopolítico internacional y al mercado capitalista mundial. Esta es una de las debilidades más graves de nuestro modelo de desarrollo: la dinámica de nuestra economía y del Estado dependen de la venta al exterior de petróleo, banano, café, cacao y camarones, productos que se caracterizan por tener una demanda muy variable en el mercado mundial, lo que produce una constante variación de precios, con una obcecada tendencia a la baja que erosiona constantemente el poder adquisitivo de las exportaciones del país frente a los precios en alza de los productos que debe importar. Si algo ha caracterizado la crisis mundial de los ochentas, además del drama de la deuda externa, ha sido precisamente el deterioro de los términos de intercambio para los países en vías de desarrollo.

En el caso ecuatoriano ello ha sido dramático, pues la estructura de su demanda requiere que, para mantener en funcionamiento sus industrias y satisfacer necesidades suntuarias de los grupos de altos ingresos, el país tenga que gastar los dólares de las exportaciones en una gran cantidad de productos provenientes de los países industrializados. El gasto en divisas adquirió una velocidad mucho mayor en la década petrolera, pues las divisas provenientes de las exportaciones de hidrocarburos pronto resultaron insuficientes. Esos desajustes se los ha venido “solucionando” temporalmente con endeudamiento externo, lo que a su vez llevó a la paralización de los flujos de financiamiento cuando, a comienzos de la década, se hizo patente que el Ecuador, igual que lo que había pasado con otros países de América Latina en los años anteriores, estaba imposibilitado de atender el servicio de la deuda que había contratado con los bancos extranjeros. Esto, a su vez, llevó al país

a constantes turnos en el carrousel de falta de pago: renegociación de la banca-convenios de ajuste con el Fondo Monetario Internacional-visto bueno del FMI-reescalonamiento de pagos.

El otro ámbito de fenómenos que agravan la crisis es producto de nuestro subdesarrollo histórico: son los desequilibrios y contradicciones de nuestro estilo de desarrollo concentrador y excluyente. Entre ellos están el bajo nivel de productividad, el atraso científico y tecnológico, la fragilidad y dependencia de la industria, la concentración de la propiedad, la persistencia de latifundio y la multiplicación del minifundio, la pobreza rural, la marginalidad urbana, la fuga de capitales, etc.

La explosiva combinación de esta serie de desequilibrios externos e internos, que se venía acumulando en la década del setenta, detonó a inicios de los ochentas cuando su mecha fue encendida por dos hechos: la abultada deuda externa y la caída de los precios del petróleo en el mercado mundial.

Los resultados ya son conocidos: desequilibrio en la balanza de pagos, caída de la reserva monetaria internacional, déficit fiscal creciente, desorden monetario, devaluaciones, inflación, desaceleración de las tasas de crecimiento y deterioro de las condiciones generales de vida de los trabajadores por la caída de sus ingresos reales, creciente desempleo y subempleo y mayores condiciones de explotación.

En efecto, la deuda externa del país comenzó un vertiginoso crecimiento desde fines de los años 70s, precisamente cuando se evidenciaron las contradicciones del modelo de modernización-industrialización vigente de esa década. Las cifras del Cuadro N° 1 nos muestran su proceso de evolución.

Cálculos conservadores preveen que para 1988 la deuda externa del país se ubicará entre los nueve mil quinientos y diez mil millones de dólares, nivel impagable por nuestra economía en las condiciones de crisis actual.

En todo caso la deuda externa fue el detonante del círculo vicioso de la pobreza y la dependencia, pues sus pagos, renegociaciones, nuevos préstamos, etc. terminaron en mayor endeudamiento, mayor déficit, más pobreza y mayor dependencia.

CUADRO N° 1
Evolución de la deuda externa total
(En millones de dólares)

Período	Saldo Anual
1970	241.5
1971	260.8
1972	343.9
1973	380.4
1974	410.0
1975	512.7
1976	693.1
1977	1.263.7
1978	2.974.6
1979	3.554.1
1980	4.651.8
1981	5.868.2
1982	6.185.8
1983	6.690.2
1984	6.949.2
1985	7.439.7
1986	8.159.0
1987	8.500.0
1988	9.500.0

Fuente: Banco Central.

Vinculado a este problema está el de la inversión extranjera directa, pues el modelo de desarrollo en general y el de industrialización en particular, han demandado permanentemente del capital extranjero.

En estas condiciones se producen las negociaciones con el FMI y los gobiernos se someten a esquemas monetaristas de reactivación económica con las consecuentes “políticas de ajuste”, con las conocidas medidas de política económica, que terminarán agravando las condiciones sociales de vida de la mayoría de la población.

Precisamente, en términos sociales, la crisis económica y las políticas económicas aplicadas, tienen uno de sus más graves efectos en el empleo. En los últimos diez años las tasas de desempleo abierto pasaron del 5,1% al 13% de la población económicamente activa. Ello quiere decir que en la actualidad 400.000 ecuatorianos están en la desocupación.

Pero junto con ello, también el subempleo ha crecido como consecuencia de la crisis y de las políticas ortodoxas aplicadas a la economía. Como es sabido, el subempleo consiste en el fenómeno por el cual la población activa para sobrevivir trabaja en actividades de muy baja remuneración, la cual no alcanza ni siquiera a un monto equivalente al salario mínimo vital, o que realiza trabajos temporales, generalmente en el sector servicios. Se estima que el subempleo afecta al 52% de la población económicamente activa, es decir, más de un millón y medio de ecuatorianos, lo cual, a su vez, quiere decir que por lo menos un millón de ecuatorianos jefes de hogar y sus respectivas familias, viven en una situación de pobreza crítica, de miseria total. Agréguese a estos los desempleados arriba anotados y se tiene el gravísimo cuadro actual: dos millones de ecuatorianos que estando en capacidad de ser productivos han sido marginalizados de los beneficios del progreso social y económico del país y que son doblemente explotados por un sistema que no ha sido capaz de asegurar a los habitantes del país ni siquiera un mínimo para sobrevivir como personas.

2. Los escenarios de la pobreza urbana

Ahora bien, ¿dónde se encuentra esa masa de ecuatorianos desempleados y subempleados? o, en otros términos, ¿cómo se halla distribuido espacialmente este subproletariado en el Ecuador?

A la fecha del último censo de población —noviembre de 1982—, el Ecuador contaba con 8,7 millones de habitantes se estima que para 1987 tenía 10 millones. De esa población, un 48,9 por ciento se encontraba ubicado en la Costa, un 47,1 por ciento en la Sierra y apenas un 3,3 por ciento en el Oriente. La población de Galápagos no constituye sino el 0,1 por ciento del total.

Esta primera aproximación indica ya el grado de desigualdad que existe en el reparto poblacional entre las diferentes regiones del país, ya que en la región amazónica, que posee casi la mitad del territorio nacional, residen solamente un poco más de 300.000 personas, esto es, menos de la cuarta parte de la población que tiene una sola de las dos ciudades más grandes del país.

En las regiones de la Sierra y la Costa la distribución poblacional es también bastante dispar. En 1982, sólo tres de las 20 provincias que comprende el país, Guayas, Pichincha y Manabí, albergaban a más de la mitad de los habitantes (53 por ciento), lo que confirma además una tendencia concentradora, pues en 1950 esas tres provincias daban cabida a sólo el 43 por ciento. Por el contrario, el caso de pérdida poblacional más relevante, en términos relativos, es el conjunto de provincias serranas, excepto Pichincha, si se tiene en cuenta que esas provincias representaban en 1950 el 47 por ciento de la población, mientras que en 1982 ese porcentaje se había reducido al 30 por ciento.

Este proceso concentrador es también patente en lo que se refiere a la distribución entre las áreas urbana y rural. En primer término, cabe anotar que el Ecuador ha venido viviendo en las tres últimas décadas un acelerado proceso de urbanización, al pasar la población urbana del 28,5% en 1950, al 35,3% en 1962, al 41,4% en 1974 y al 49% en 1982. Hoy, en 1988, más del cincuenta por ciento de la población reside en áreas urbanas. Pero, a su vez, las disparidades regionales se han ido acrecentando; así se tiene que en la Sierra solamente Pichincha tenía

una población mayoritariamente urbana; todas las demás provincias, sin excepción, eran predominantemente rurales. Cabe indicar que entre estas últimas existían diferencias que iban desde poco más del 60 por ciento de población rural en Azuay, Imbabura y Tungurahua, hasta más del 80 por ciento en Bolívar, Cotopaxi y Cañar.

Por el contrario, la Costa registraba índices más elevados de urbanización. Si bien sólo dos provincias mostraban una mayoría de población urbana (Guayas y El Oro), otras dos presentaban altos porcentajes (Esmeraldas y Manabí) y solamente Los Ríos tenía un índice relativamente elevado de ruralidad (67 por ciento).

En el caso del Oriente, todas las provincias mostraban bajos porcentajes de población urbana, aunque en grados diferentes.

Si bien el proceso de urbanización en el Ecuador se ha concentrado, en cifras absolutas, en los dos conocidos "polos de desarrollo" (Quito y Guayaquil), no por esto se puede ignorar el importante crecimiento de las ciudades medianas a nivel nacional: si en 1950 existían sólo 5 ciudades de más de 20.000 habitantes (Quito y Guayaquil incluidas), 1 en la Costa y 4 en la Sierra, las que juntas albergaban el 19,4 por ciento de la población, en 1982, ese número de ciudades ascendió a 24; 15 de ellas localizadas en la Costa, como testimonio del mayor desarrollo económico y urbano y 9 en la Sierra. La población de esas ciudades era igual al 42,5 por ciento del total.

Contrariamente a lo que se puede esperar, las mayores tasas de crecimiento no las han experimentado Quito y Guayaquil, cuyos promedios han sido próximos a los de sus respectivas regiones, sino las ciudades pequeñas como Huaquillas, Quevedo, Santo Domingo de los Colorados, Machala, Portoviejo, Libertad y Durán, que constituyen los casos más relevantes.*

En síntesis, se ha producido una distribución desigual de la población que se concentra (53%) en las provincias de Guayas, Manabí y Pichincha, es decir, dos provincias de la Costa. En términos urbanos, más

*. Información tomada de: CONADE, *Política de Población de la República del Ecuador* (Quito, 1988), 25 - 27.

del 50% de la población reside actualmente en ciudades y, de éstas, se destacan Guayaquil, Quito, más de 15 ciudades intermedias en la Costa y 9 en la Sierra.

Si asociamos el problema de la concentración urbana de la población, fundamentalmente en la Costa, con sus características ocupacionales de empleo, desempleo y subempleo, no hay duda que las ciudades que agrupan al mayor número de población y consecuentemente a la PEA desocupada o subocupada, se han convertido en escenarios de *pobreza urbana* y aun de miseria urbana. Si a esto agregamos las condiciones de la crisis económica actual, que han agravado el desempleo, el subempleo y las migraciones campo-ciudad, estamos entonces en presencia de un grave fenómeno de “marginalidad urbana” que ha terminado por conformar un amplio subproletariado con características específicas, propias del capitalismo ecuatoriano y de ninguno más y que, visto como un fenómeno social, histórico, de las últimas cuatro décadas, ha constituido el *caldo de cultivo* del populismo.

La concentración de la pobreza urbana se evidencia en la formación, en todas las ciudades y particularmente en las de la Costa, de verdaderos “cinturones de miseria” que las rodean. Los suburbios y tugurios son los espacios urbanos donde reside esta masa de población “flotante”, subempleada o, como se los debe llamar con mayor precisión, subproletaria. Conforman los conocidos “barrios marginales”, periféricos, “espontáneos”, o clandestinos, que, carentes de todo equipamiento o servicios urbanos, constituyen un submundo con características culturales específicas.

El subproletariado urbano, por esa posición o situación particular que ocupa en la estructura socio-ocupacional, no es ni mucho menos un sector homogéneo. Si bien presenta un conjunto de características que le son propias a la mayor parte de sus integrantes, a su interior hay una compleja diferenciación social que está dada por los diferentes tipos o formas de acceso al mercado de trabajo (vendedores ambulantes, estibadores, cargadores, albañiles, lustra botas, “minadores” de desperdicios, artesanos, etc.), por el nivel de educación y por el monto de sus ingresos, lo que le convierte en un sector sumamente heterogéneo, con empleo intermitente y con un nivel de ingresos muy bajo.

Recientes investigaciones han demostrado que como “estrategia de supervivencia” para su reproducción, las unidades familiares de este amplio sector social combinan diferentes formas de obtener ingresos, de manera que uno o varios de sus integrantes (padre, madre, hijos y otros pacientes que comparten el precario techo familiar y los recursos) reciben salarios por un trabajo eventual o estable en el sector moderno de la economía, mientras ellos mismos u otros miembros de la familia complementan sus ingresos con diversas actividades de autoempleo. Es decir, el subproletariado viene a ser un sector que se mueve fluidamente entre el mercado del trabajo asalariado y el subempleo.

Algunas interpretaciones subjetivas o dualistas, como la del sociólogo peruano Hernando de Soto en su libro “El otro sendero”, han identificado al subproletariado como “sector informal urbano” y a los trabajadores estables bajo remuneración y con los beneficios de ley como “trabajadores formales”. Estos últimos serían, supuestamente, parte de la economía “moderna”, y los primeros estarían articulados a una economía “tradicional”, “informal” o “subterránea”. Incluso se ha llegado a sostener que los “informales” son verdaderos “microempresarios” y que una salida a la crisis actual y al problema del desempleo sería que el Estado les reconozca legalidad y les brinde ayuda financiera.

Lo cierto es que no hay en la realidad esa supuesta división entre una economía “moderna” y otra “informal”. La estructura productiva capitalista es una sola; que exista un desarrollo desigual, contradictorio, desequilibrado, que genera desempleo y expulsa mano de obra a la desocupación o subocupación es precisamente consustancial al sistema capitalista dependiente. La existencia de ese llamado sector “informal” es una condición necesaria para el “formal” y esto se lo hace bastante formalmente a través de la explotación directa y con el aprovechamiento del gigantesco mercado de consumo que, a pesar de su marginalidad, representa el subproletariado.

Ello da pie, precisamente, para reflexionar sobre el conjunto de características en el ámbito social, cultural y político que posee el subproletariado, que explicarán mejor por qué dicho sector es la base social del populismo ecuatoriano.

3. La base social del populismo

Desde el punto de vista social es fácilmente perceptible el hecho de que los sectores marginales o subproletarios tienen un bajo nivel de organización estable. Ello es lógico pues, por su propia heterogeneidad, es muy difícil que conformen organizaciones clasistas o gremiales o que articulen una conciencia social propia, al estilo de los trabajadores fabriles, que por la forma en que participan en el proceso productivo, la reflexión y la práctica les permiten reconocer más fácilmente la explotación de que son objeto y el sistema que hay que cambiar. De allí que los obreros se organicen en sindicatos, y que estos se unan a escala nacional y por ramas de actividad (por ejemplo: textiles, eléctricos, madereros, etc.) ya que defienden intereses comunes. Por ello, en el subproletariado la única organización en que sus miembros suelen participar es en la barrial o vecinal, la cual generalmente es muy inestable; y, en el caso de que la unidad familiar todavía no tenga una vivienda que pueda llamar propia, la organización en que participan es una de las conocidas “cooperativas de vivienda”, las cuales, una vez lograda su reivindicación principal (el terreno), se diluyen o terminan divididas, precisamente por la acción política populista (como, por ejemplo, aconteció con el “Comité del Pueblo” en Quito).

Por estas circunstancias, la conciencia social de los sectores subproletarios es muy primitiva. Es decir, no alcanzan a descubrir o a comprender el papel histórico que pueden desempeñar en la sociedad como grupo o como clase, no distinguen quiénes son sus aliados o sus enemigos de clase, no son portadores de ningún proyecto político y caen fácilmente en la manipulación política. Es justamente aquí que entra el líder que ofrece una vía de solución a sus necesidades más sentidas y más inmediatas: es justamente el inicio de la red clientelar que llega a reducirse a la fórmula “ofertas por votos” que se traduce finalmente en un caudal electoral tras un líder populista.

De nuevo en este aspecto hay que señalar una precaución: no se podrá entender el populismo en su plenitud si es que no se comprende que los mecanismos clientelares que pone en movimiento un exitoso candidato populista tienen, como condición esencial, su credibilidad, sea por experiencias pasadas, sea por confianza en el futuro, y que ello,

a su vez, se debe, básica y decisivamente, a la calidad de los intermediarios en cada una de las barriadas suburbanas, es decir, al conocimiento y experiencia demostrada por ese intermediario en la obtención de pequeñas conquistas parciales para su zona.

Por otro lado, en la medida en que la mayoría del subproletariado urbano es de origen rural, o mantiene fuertes vínculos familiares con las zonas campesinas —dado el continuo flujo de migraciones campo-ciudad acaecidas en el Ecuador moderno—, el proceso de adaptación social a la ciudad sufre una suerte de “catarsis”, de transculturación, de redefinición de sus normas de conducta, de sus pautas culturales del mundo rural en el mundo urbano. Este difícil y complejo proceso de socialización en conflicto produce como resultado final una subcultura de la pobreza urbana, una mezcla del pasado rural con el presente urbano, que lo rechaza, que lo margina. Una conciencia mágico-religiosa que lo lleva a ser presa fácil del nuevo “mesías” que apareció en el suburbio a ofrecerle el paraíso terrenal, sea como “profeta”, como “capitán del pueblo”, como “patán de noble corazón” o, por qué no, en esta nueva cultura de revistas “cómic” y de dibujos animados por televisión, como “Batman”, contra los representantes del mal.

En esta mixtura, el carisma del líder es un ingrediente básico. Pero carisma no en el sentido de que en realidad se posea cualidades extraordinarias y únicas, sino en el sentido de que se posee las cualidades y las técnicas para convencer al pueblo de que se tiene dichas condiciones extraordinarias y únicas. Así, el candidato populista sabrá aprovechar adecuadamente el confuso mundo de la conciencia del suburbano, utilizar los recursos más precisos y comunicarse con la masa, sea a través de la utilización de brillantes imágenes y un diálogo con la masa como del profesor en clase, como era el caso de Velasco Ibarra o de Roldós; sea a través de un discurso fogoso y el despliegue de símbolos, afiches, carteles, colores y consignas, como era el caso de Guevara Moreno; sea, como en el caso de los dos Bucaram, a través del lenguaje populachero,¹ de la representación de la indignación, la ira, el odio, el llanto y, en el caso del más reciente vástago de esta familia populista, con un uso de

1. Populachería: Popularidad alcanzada entre el vulgo halagando sus pasiones. Halagar al populacho con el discurso. Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española.

la televisión a través de videos musicales sentimentaloides. Desde luego todo esto se adoba con el recurso a la conciencia mágico-religiosa del subproletariado para lo que es necesario nombrar y jurar por Dios a cada instante, inclusive ofreciéndole milagros para terminar destruyendo al “enviado del diablo” como Abdalá ha identificado a su oponente.

Un ejemplo notable del discurso populista, y que contrasta también con los que emplean los populistas de finales de los años ochentas, es el de Velasco Ibarra, cuando, el 31 de mayo de 1960, se dirigía así a sus partidarios concentrados en la Plaza de San Francisco de Quito:

“Vosotros, los hombres que estáis aquí, vosotros, los fuertes brazos que ya los quisiera para sí don Galo Plaza, el momento que sois velasquistas sois la despreciable chusma velasquista, pero yo os diré lo que el Presidente Alessandri, un grande hombre de Chile, decía en ocasión análoga: ¡Querida chusma, con vosotros cuento para levantar la grandeza internacional del pueblo...! Solemne insolencia: “chusma”, “chusma”. En esta chusma hay artesanos beneméritos, de gran corazón y noble espíritu; en esta chusma hay mujeres abnegadas que sacrifican su existencia para salvar a sus hijos de la pobreza, por educarlos, por redimirlos, por darlos a la patria; en esta chusma hay brazos esforzados, grandes almas, nobles espíritus, hombres que saben morir por su ideal, hombres que saben luchar y vencer por dar al país la libertad electoral; sí, ¡esta chusma es el alma de la patria, esta chusma es la que redime a la República de la corrupción, del estancamiento egoísta, calculador y corrompido en que hoy está; si, esta chusma es la que nos purifica, nos da fuerza y nos levanta! ¡Pobres señores del gamonalismo estrecho y miserable!”²

La crisis económica actual ha agravado el problema de la marginalidad urbana, ha generado una masiva pobreza urbana que ha devenido, sin solución de continuidad en el escenario social del populismo. Las masas desorientadas, explotadas, marginadas, excluidas del sistema político tradicional han continuado encontrando en líderes populistas de distintas pelambres válvulas de escape a su desesperanza, mientras que la incapacidad de los partidos políticos tradicionales de ser verdaderos medios de expresión democrática, han reabierto el camino al populismo como fenómeno político. Así el populismo viene a ser una nueva forma de dominación política, en la medida que absorbe las contradicciones más visibles de la crisis y termina siendo un elemento de conservación del sistema que lo generó.

2. J. M. Velasco Ibarra, *Obras completas* (Quito, Ed. Santo Domingo, 1974, tomo XII B), cit. por Osvaldo Hurtado, *El Poder Político en el Ecuador*, 196.

Para otras referencias al discurso populista, véanse los anexos de esta obra.

Pero no sólo el subproletariado urbano es la base social del populismo. Ya se ha visto que el populismo tiene entre una de sus características el ser un movimiento político pluriclasista, es decir, que en él no se expresa una sola clase o sector social a través del líder populista, sino más bien un conjunto diverso de clases sociales o fracciones de clase que, amalgamados, cohesionados por la ideología y el líder populista, articulan el movimiento social en cada coyuntura concreta en que éste se manifiesta. Por lo tanto, existen otros “actores sociales” al interior de los movimientos populistas. A los diversos sectores populares que son su base social fundamental, y dentro de los cuales el subproletariado urbano es el de mayor magnitud e importancia (esto quiere decir que también integran el movimiento populista sectores del campesinado, pequeña burguesía urbana y rural, trabajadores fabriles y artesanos), hay que agregar a los sectores medios o capas medias de la sociedad y, desde luego, a determinados representantes del capital en sus diversas formas (industrial, comercial o financiero).

En cuanto a las clases o capas medias de la sociedad, por su propia situación intermedia en la estructura de clases, asumen posiciones ideológicas diversas. Dependiendo de su situación social, status, ingresos, estabilidad, etc. pueden desplazarse de la izquierda a la derecha con facilidad, pero en situaciones de crisis económica son precisamente los sectores medios los más afectados, porque se les presenta la posibilidad real de proletarizarse y eso les produce gran inseguridad o, como bien se ha dicho, “incongruencia de status”; en esas condiciones pueden buscar refugio en la derecha política o en los movimientos populistas más aún cuando estos presentan ciertos rasgos de autoritarismo que les confiere seguridad a la pequeña burguesía en crisis. Ciertos cuadros dirigentes del populismo generalmente provienen de estos sectores medios pauperizados o en potencial peligro de serlo.

En cuanto a los sectores de la clase dominante que se integran al proyecto populista, depende de cada situación concreta y de los momentos históricos en que se produce el fenómeno. Ya se vio cómo, en el caso del velasquismo, alternativamente participaron en sus gobiernos sectores de la oligarquía agroexportadora de la Costa o terratenientes serranos. Sin embargo, su participación y presencia en los populismos es no sólo cierta, sino imprescindible, pues el líder, por más carismático

que sea, no actúa en un vacío social y el contenido económico del populismo debe sustentarse, y de hecho se sustenta, en poderosos intereses económicos que deben financiar el movimiento social, la propaganda, las imágenes, las concentraciones, el “show”, etc. y, en términos de la acumulación capitalista, como hemos dicho, ésta no está en discusión. Por lo tanto, de parte y parte (líderes populistas y representantes del capital) entran en las negociaciones pertinentes para ser más o menos beneficiarios del proyecto populista.

La expresión regionalista del populismo Guayaquil y el CFP, 1948-1960*

John D. Martz**

*. Este artículo, tomado del Journal of Interamerican Studies and World Affairs, Vol. 22 N° 3, Agosto de 1980, fue traducido por Cecilia Falconí y Carlos de la Torre.

**. Nota del autor: Esta investigación fue financiada por el Joint Committee on Latin American Studies of the Social Science Research Council y el American Council of Learned Societies.

En todo análisis general del populismo, América Latina constituye la mosca blanca (Hennesey, 1969: 28).

Una revisión, inclusive apresurada, de los escritos recientes acerca de la política latinoamericana sugiere que muchos se han inclinado a terminar, de una vez por todas, con el concepto de populismo. O la definición es tan amplia que es inútil, o se relega el fenómeno a una época histórica que probablemente no se verá nunca más en la región. Sin embargo, a pesar de las redefiniciones y revisiones periódicas, el término muestra una vitalidad y una tozuda resistencia al rehusar desaparecer. Esto no ocurre únicamente con los latinoamericanistas. Según afirmaron un par de autoridades europeas de manera más general:

“A la presente no pueden existir dudas acerca de la *importancia* del populismo. Pero nadie está muy claro de lo que este es. Como doctrina o movimiento, es elusivo y proteico. Golpea en donde quiera, pero en muchas y contradictorias formas. Tiene una unidad subyacente, o es que un nombre cubre una multitud de tendencias desconectadas?” (Ionescu y Gellner, 1969: 1).

Si este sentimiento de frustración e incertidumbre es aceptado, el único recurso sería seguir el pervertido consejo de otro estudioso interesado, que sugirió: “a cada uno su propia definición de populismo, de acuerdo con el hacha política que empuñe” (Wiles, 1969: 166). Sin embargo, no se lo debe dejar así.

Los estudiosos de la política ecuatoriana se ubican entre aquellos que encuentran más difícil escapar de los tentáculos del populismo, como quiera que se lo defina. Del Ecuador se nos cuenta, entre otras cosas, que dos tendencias populistas han sido dominantes desde 1934 (del Campo, 1977: 3-4); que desde hace mucho tiempo, el populismo ha seducido y nutrido a las masas (Hurtado, 1969: 229); que constituye el

primer esfuerzo en elaborar una ideología nacional en respuesta a las condiciones objetivas del país (Hurtado, 1977: 208); que debe ser estudiado con relación al semiproletariado y a los movimientos caudillistas (Cuvi, 1977: 183); que tales movimientos buscan la incorporación activa de las masas populares a la vida política (Ortiz, 1977: 213); o que las fuerzas populistas están destinadas históricamente a fallar al arbitrar equitativamente diversos intereses sectoriales y de clase (Quintero, 1978: 271). ¿Cómo, entonces, puede descartarse el populismo?

Sean cuales fueren sus puntos de vista filosóficos o predisposiciones ideológicas, los analistas, generalmente están de acuerdo en que dos movimientos deberían ser denominados populistas: el Velasquismo y el Cefepismo. El primero refleja la extraordinaria carrera de José María Velasco Ibarra, quien fue cinco veces presidente y dominó la escena política desde principios de 1930 hasta su muerte en Marzo de 1979 a la edad de 86 años. El segundo, emana de Concentración de Fuerzas Populares (CFP) que controló Guayaquil y la costa desde 1948 hasta 1960, declinó por algunos años, para luego seguir de las cenizas en una batalla por el poder que culminó en su triunfo electoral en Abril de 1979. Lo que aquí nos concierne es el primer período histórico del CFP, que constituye una manifestación especial y poco común del populismo a nivel local y regional. Pero primero, es necesario una consideración más amplia sobre el populismo latinoamericano. El espacio disponible exige que la revisión sea selectiva antes que exhaustiva.

Perspectivas sobre el populismo

La fuente más citada es Di Tella (1965: 47), que define el populismo como “un movimiento político con fuerte apoyo popular, con la participación de actores de clases no obreras con importante influencia en el partido, y sustentador de una ideología anti-*status quo*”. Considerando las potenciales fuentes de apoyo, identifica cuatro tipos de partidos populistas: integrativos, policlasistas, *aprista*, nasseristas o reformistas militaristas y social revolucionarios. Di Tella, al hacer esto, une en una rúbrica general a organizaciones que van desde el PRI mexicano hasta Acción Democrática de Venezuela y Liberación Nacional de Costa Rica, desde el ANAPO colombiano y la Unión Odriista en el Perú al

Castrismo en Cuba. Tal amplitud terminológica, aún cuando garantiza una tipología cuadripartita, fija una guía limitada al estudioso. Problemas similares produce el tratamiento de Hennessy. Basándose en Di Tella, describe tres formas de populismo: urbano, rural antiguo y nuevo populismo rural. De nuevo se designa un ejército de partidos y movimientos, y una categoría —en éste caso rural antiguo— contiene movimientos tan dispares como el *peronismo*, la Revolución Mexicana, Acción Popular del Perú, y el Movimiento Nacionalista Revolucionario de Bolivia (Hennessy, 1969: 36-47).

Otros estudios han colocado el populismo latinoamericano dentro de etapas históricas explícitas. El concepto es entonces elevado a una mayor generalidad, y sirve más bien diferentes propósitos heurísticos. Malloy es un exponente agudo y articulado de esta postura. Describe la emergencia del populismo como producto de la encrucijada histórica de los años treinta y cuarenta, sugiriendo una respuesta generalizada de la región a la primera crisis del “desarrollo dependiente tardío”. Con el agotamiento del modelo de desarrollo primario exportador orientado hacia afuera y el colapso de la autoridad oligárquica, el populismo “fue la modalidad que miembros de la clase media, que buscaban el cambio social, usaron para construir alianzas multiclasistas que tengan el poder suficiente como para controlar el estado y emprender un programa de transformaciones estructurales” (Malloy, 1977: 9). Debido a su fracaso en resolver las necesidades contemporáneas, el populismo ha permitido una penetración económica más profunda por parte de las corporaciones multinacionales. Eventualmente, “al confrontar esta segunda crisis de desarrollo dependiente atrasado, gran parte de latinoamérica ha pasado del corporatismo potencialmente democrático del populismo, al corporatismo autoritario actual de los tecnócratas y militares” (Malloy, 1977: 17).

Otros se han unido a elevar el populismo desde el nivel de movimiento partidario al de una etapa de desarrollo histórico. La mayoría se ha basado en las experiencias de los países más avanzados, particularmente Argentina y Brasil. Así Wynia (1978: 133-148) describe los esfuerzos por atraer el apoyo de las clases trabajadoras en ambos países, luego de la expansión económica causada por la industrialización post-depresión de las décadas de los treinta y cuarenta. Un estudioso del Brasil entiende al populismo como “movimientos políticos nacionalis-

tas que surgen por el cambio social brusco causado por la industrialización incipiente” (Erickson, 1979: 157). Basándose en el mismo sistema político, Mendes (1977: 29) anota que “el populismo latinoamericano... buscó sustituir el proceso dinámico de demandas sociales y presiones colectivas con el uso extendido de mecanismos estatales para la colocación de recursos”. Esbozando una definición del populismo mientras describe y justifica los cambios del populismo al “postpopulismo”, comparte la perspectiva histórica macro estructural de desarrollo latinoamericano.

Esta orientación es cualitativamente distinta de aquella que considera el populismo como un tipo de organización política discreta e identificable. Su potencial contribución descansa en un plano analítico que busca una comprensión proteica en términos globales y universalistas. Para poder analizar la especificidad de los partidos y movimientos electorales, se requiere de una conceptualización menos general y amplia. Por ejemplo, considérese el estudio de Dix acerca del gaitanismo y el ANAPO en Colombia. Citando a Di Tella, pero siguiendo líneas menos ambiciosas, define el populismo “como un movimiento político que desafía a las élites establecidas en nombre de la unión entre el líder y “el pueblo” (no diferenciado por grupo o clase)” (Dix, 1978: 334). Estudia y compara cuatro aspectos del fenómeno: base de apoyo, composición del liderazgo, organización y liderazgo, y programa e ideología. De esto concluye que el gaitanismo y el ANAPO constituyeron desafíos populistas al orden político tradicionalmente establecido, que surgió como respuesta frente a la frustración con el sistema por parte de una población cada vez más movilizadora, y que fueron fundamentalmente reformistas antes que revolucionarios.

Una biografía reciente de Gaitán, al tiempo que reconoce su deuda con Di Tella, sin embargo sigue líneas más compatibles con Dix. Las bases de apoyo populista, organización y apelaciones programáticas del caudillo, son tratadas extensivamente, así como se enfatiza la personalidad del caudillo civil. Como ingrediente primario del populismo colombiano, Jorge Eliécer Gaitán simbolizó el movimiento en una forma que sugiere contrapartes en otros países.

“Las masas fueron desplazadas de la vieja cultura sin haber sido absorbidas totalmente por la nueva cultura urbana e industrial. No tenían instituciones autónomas de autodefensa, tales como sindicatos independientes, ni una ideología cohe-

rente basada en su nuevo ambiente económico y social, o los mecanismos para articular sus intereses. Su falta de sofisticación política las hizo susceptibles a la combinación de personalismo y técnicas de movilización de masas” (Sharpless, 1978: 115).

Tal afirmación contiene ecos resonantes de la política ecuatoriana, donde como describe Hurtado (1977: 208-209), los caudillos populistas buscan la movilización política del subproletariado, empleando su propio lenguaje y evitando las abstracciones, al tiempo que presentan ideas fácilmente entendibles y reducen las ofertas políticas a slogans diseñados para el amplio consumo popular.

Para nuestros propósitos presentes, aceptaremos la descripción de Jaguaribe del populismo como un movimiento político caracterizado por una apelación carismática directa a las masas urbanas.

“La apelación se hace más por las acciones personales del líder que a través de la mediación de un partido, y da la idea a las masas de que pueden tener fuertes esperanzas de una mejora relativamente rápida de su condición si el líder puede obtener suficiente poder como para realizar reformas socioeconómicas importantes, promover el desarrollo nacional del país (eliminando la influencia abusiva de grupos extranjeros), y llevar a cabo programas de beneficencia y medidas redistributivas substanciales” (Jaguaribe, 1973: 441).

Al considerar el populismo regional del CFP durante el período de 1948 a 1960, se resaltarán tres aspectos: base de apoyo, estilo de liderazgo y organización y doctrina política. A estos deben añadirse el peculiar impacto del regionalismo, pues la literatura es escasamente rica en estudios de movimientos políticos a nivel subnacional, sean populistas o de otro tipo. Algunas preguntas requieren ser examinadas: ¿existen características locales únicas?; ¿cuál es la relación con la arena política nacional?; y ¿qué factores favorecen o conspiran contra la extensión de los sucesos regionales al conjunto del país? Para enmarcar estas preguntas dentro del contexto ecuatoriano, sería instructiva una corta digresión sobre las tradiciones locales y regionales.

El regionalismo y Guayaquil

La fragmentación regional y subregional del Ecuador ha marcado divisiones culturales, socioeconómicas y políticas que persisten a través de la historia del país. Aunque dividido geográficamente en costa, sierra y oriente, la escasa población de la última región, ha significado que

la rivalidad costa-sierra sea capital (Martz, 1972: 1-41). No existe manifestación más difundida que la tozuda resistencia de la ciudad más grande de la costa, Guayaquil, a la autoridad nacional y a las aspiraciones hegemónicas de Quito, la capital en la sierra. Ya en 1820 la provincia de Guayaquil emitió una declaración de independencia y desde entonces los guayaquileños se han opuesto al centralismo, al tiempo que predicán la autonomía local y los patrones federalistas de gobierno. Así, esta lucha contra la dominación de la sierra ha sido incansable, aunque Guayaquil “empezó a hacer un avance significativo contra las pretensiones de Quito sólo a principios del siglo veinte, cuando la prosperidad comercial creó una aristocracia de nuevos ricos cuyos miembros eran con frecuencia mucho más ricos que las élites de la capital” (Pike, 1977: 74).

No es exagerado decir que los residentes del puerto han visto tradicionalmente a los serranos como ligeramente menos extraños e incompatibles que los colombianos (Hurtado, 1977: 147). Otro ecuatoriano ha explicado:

“La tradición no es la médula y el alma como en la sierra. La costa está abierta al mundo exterior, a lo que es nuevo, extranjero, y está en boga. Debido a su localización la función de la costa es económica. Le agita una perpetua inquietud, un perenne cambio de ideas y entusiasmo” (Pérez Guerrero, 1960: 62-63).

Tales actitudes han ganado una creciente persuasión en tanto que Guayaquil ha superado y despojado progresivamente a Quito. Sobrepasándolo en población en 1880, el puerto aumentó un 30% de 1890 a 1930 (de 45.000 a 116.000), y la explosión urbana posterior a la Segunda Guerra Mundial lo impulsó aún más lejos. Quizás los mayores ímpetus vinieron con el boom bananero de la década del cincuenta y con la intensificación del proceso de industrialización por sustitución de importaciones.

Desde 1950 a 1974 la población se triplicó y para inicios de los ochenta había alcanzado el millón. De 1962 a 1974 el índice anual de crecimiento había sido del 5.9%, mientras que durante el período intercensal de 1950 a 1962 —los años alrededor de los cuales se mueve este estudio— estuvo entre los más altos de América Latina con un 7.3%. De particular significación fue el crecimiento descontrolado de las zonas marginales periféricas de Guayaquil, conocidas colectivamente como

suburbio. Constituyendo sólo un 12% de la población en 1950, un cuarto de siglo después el suburbio contenía el 57% de los moradores de Guayaquil. El período entre 1950 y 1962 fue el más dramático, con un índice anual de crecimiento del 15%; de 1961 a 1974 registró un 9.1%. Más aún, a las demandas y requerimientos de los residentes del suburbio, se sumaron las de los pobres del centro de la ciudad (cuyas covachas se conocen como tugurio). Como consecuencia, los frutos de la nueva prosperidad económica, aunque irregulares, incluyeron la pronunciada ola de migración nacional hacia las ciudades —especialmente a la costa y más significativamente a Guayaquil—. En términos relativos, fue el puerto el que aparentemente prometió las mayores oportunidades de empleo y los sueldos más altos.¹

Como observó un prominente sociólogo ecuatoriano, un subproducto de este fenómeno *subproletariado* marginal que proveyó la base a la emergencia regional del populismo —un populismo personalista, mesiánico y clientelista que se presentó como la voz del pueblo. Las frustraciones socioeconómicas y políticas de la clase baja marginal, se reflejaban en la cultura política rural y católica prevalente en los suburbios recientemente establecidos. La participación política dejó de ser propiedad exclusiva de las élites, y el subproletariado urbano por su misma condición fue susceptible a las movilizaciones espontáneas electorales de los movimientos populistas (Cueva, 1972: 81 ff). Un estudioso norteamericano coincide en un lenguaje similar:

“Los partidos populistas, responden periódicamente de manera personalista, carismática, y por lo tanto comprensible al descontento y demandas de las masas económicamente marginadas, que empiezan a participar, pero también logran que las presiones sociales bajen de nivel. Cuando la participación política de las masas aumenta, los índices populistas —que prometen trabajos, servicios públicos y un gobierno que responda a las gentes olvidadas de la sociedad— llegó a dominar la arena electoral a expensas de los partidos tradicionales, y de los partidos con orientación ideológica”. (Flitch, 1977: 170).

Este era el medio y la oportunidad de Guayaquil a mediados de siglo. La respuesta fue organizada y articulada por Carlos Guevara Moreno, que a través de Concentración de Fuerzas Populares, dominaría Guayaquil y gran parte de la costa por una década. En años recientes, el

1. Muchos de los datos de este párrafo provienen de Moore (1978). Para un acceso fácil a más material demográfico, consúltese Martz (1972).

movimiento negoció el salto a la prominencia nacional, y en 1979, al control del gobierno central bajo un nuevo presidente, el cefepista Jaime Roldós Aguilera. Estos eventos van más allá de nuestros límites actuales, sin embargo, la experiencia de 1948-1960 provee antecedentes esenciales para la historia más contemporánea del CFP. Los orígenes y la fase inicial del partido bajo Guevara Moreno comprenden un fenómeno histórico discreto que es pertinente a la variante regionalista del populismo. El lugar de actividad política fue Guayaquil, donde en ese entonces al igual que ahora, el problema básico –predominantemente urbano– era “la integración incompleta del suburbio a la vida de la ciudad” (Moore, 1978: 200). Hacia una prometida resolución de los problemas urbanos el CFP encaminó abiertamente sus energías.

El ascenso y caída del CFP

El personalismo y los orígenes del partido.

El 29 de Mayo de 1944 un sinnúmero de manifestaciones derrocaron al gobierno y provocaron la segunda presidencia de José María Velasco Ibarra. Los años precedentes fueron notoriamente inestables: catorce presidentes gobernaron entre 1931-1940 y ninguno completó su mandato durante el período de 1924 a 1949. Velasco se mantuvo en el poder hasta Septiembre de 1947, gobernando primero como presidente provisional y luego bajo las constituciones de 1945 y 1946. El último período del gobierno *velasquista* se caracterizó por una serie de medidas represivas decretadas e implementadas, por el joven Ministro de Gobierno, Carlos Guevara Moreno. Desde esta posición de visibilidad nacional en corto tiempo él fundó el CFP.

Nacido en la ciudad de Riobamba en una familia de modestos recursos, Guevara Moreno fue criado en Guayaquil, donde su padre fundó y dirigió el Liceo Ecuador. Estudió química en la Universidad de Guayaquil, donde se convirtió en un líder estudiantil de izquierda² y fue expulsado por participar en una huelga universitaria. Viajando por

2. Se le unieron Pedro Antonio Saad y Rafael Coello Serrano. El primero fue Secretario General del Partido Comunista del Ecuador por mucho tiempo, mientras que el segundo luego de militar por algunos años en el Partido Socialista, se unió a Guevara Moreno en la fundación del CFP.

Europa, se unió a las Brigadas Internacionales en la Guerra Civil Española, por esta participación sus oponentes después lo atacaron de simpatizante marxista. Después de enseñar temporalmente en un colegio secundario de Bogotá, regresó al Ecuador y pronto se dedicó a la política. Luego de ser por corto tiempo Secretario General de la Administración de Velasco Ibarra, en 1945, fue nombrado Ministro de Gobierno en un período de creciente turbulencia política caracterizado por protestas estudiantiles y manifestaciones obreras. Para el presidente, que culpaba de la agitación social a los comunistas, y que consideraba a Guevara Moreno como comunista, fue una jugada política maestra.

Recordando el momento tres décadas más tarde, Velasco dijo a un entrevistador “desde el primer momento, pues, fue de gran entusiasmo... Todo el mundo: “¡Le felicitamos por el Ministro comunista!” Telegramas de todas partes festejándome el Ministro comunista” (Cuvi, 1977: 103). A Guevara Moreno se le otorgaban todos los poderes para suprimir la oposición, trabajo que realizó concienzudamente. Las protestas fueron sosegadas a la fuerza sin considerar los derechos civiles y los partidos Comunista y Socialista fueron proscritos. “Se extirpa de la Administración a los “bolcheviques”; se apalea y encarcela a estudiantes de la Universidad: se golpea y se castiga sangrientamente a los obreros de las fábricas; se destruyen los talleres y ediciones del diario socialista *La Tierra*... se amedrenta, se insulta o se encarcela o se da de latigazos a los periodistas o locutores de radio que critican o rezongan” (Reyes, 1960: 790). Con la izquierda casi liquidada y los sectores centristas y conservadores en antagónica, Velasco pidió la renuncia a Guevara Moreno. El 12 de Agosto de 1946, Guevara Moreno aceptó la embajada en Chile.³

Esta temprana experiencia fue instructiva. Guevara Moreno demostró pocos escrúpulos en el uso de tácticas violentas, que luego serán repetidas en el CFP. También fue evidente su oportunismo político que ignoró sus simpatías izquierdistas de juventud para ganar los favores del presidente. Algunos años más tarde, Velasco Ibarra caracterizó

3. Velasco Ibarra planificó con cuidado que la fecha de renuncia coincidiera con la apertura del Congreso que iba a redactar una nueva Constitución en 1946. Guevara Moreno, negando la motivación política de esta jugada, declaró que estaba “convencido de la utilidad y el buen sentido en la renovación de hombres y deseos en nuestro Gabinete” (El Año Ecuatoriano, 1971-1972: 65).

a Guevara Moreno como uno de sus dos “magníficos” ministros de sus cinco administraciones.⁴ Una nueva oportunidad se presentó a Guevara Moreno, quien luego de la caída de Velasco, organizó la creación de un partido político. El vehículo que se presentó a mano fue la Unión Popular Republicana (UPR), organizada en 1947 por Rafael Mendoza Avilés y un grupo de profesores reformistas de la Universidad de Guayaquil. Mendoza había perdido por poco la elección de alcalde de Noviembre de 1947 (Blanksten, 1951: 166-168),⁵ y él y sus colegas se alegraron de la llegada de una figura política en ascenso.

En una concentración en la Plaza Victoria en Octubre de 1949, un UPR que había crecido, fue bautizado como Concentración de Fuerzas Populares, con Guevara Moreno como *Director Nacional*. En poco tiempo impuso férreo control en la estructura jerárquica naciente. A pesar de que la II Convención Nacional adoptó una doctrina de diez puntos que describe al partido como democráticamente constituido –“las masas son deliberantes en lugar de ser meramente obedientes”–, también se reconoce el rol del líder. De acuerdo al Punto 9:

“El Cefepé y su ideología no es un movimiento personalista o caudillista, pero está profundamente impregnado por el sentimiento popular ecuatoriano. Por eso reconoce la importancia del líder o caudillo como motor histórico y factor humano, porque en el último análisis esos hombres simbolizan corrientes espirituales... ellos personifican la fe de las mayorías ecuatorianas en la redención de la Patria” (CFP, s.f.: 9).

Cualquiera haya sido el impacto del personalismo de Guevara, la fuerza del partido no fue suficiente para controlar Guayaquil. En las elecciones del 6 de Noviembre de 1946, Mendoza Avilés perdió frente al disidente Liberal Rafael Guerrero Valenzuela. En todo caso, el margen fue pequeño (42.3% frente a 41.4%), y el CFP ganó uno de los cinco puestos para el Consejo Municipal. En Noviembre de 1950, el partido ganó dos de los seis puestos, y se diseñaron planes para que Guevara Moreno sea el candidato para las elecciones municipales de Noviembre de 1951. En este lapso, se fortalecieron las bases organizativas y se captó apoyo popular.

4. El otro fue Camilo Ponce Enríquez, quien ocupó el cargo de Ministro de Gobierno de Velasco antes de ganar las elecciones de 1956. (Cuvi 1977: 129).

5. El ganador fue Rafael Guerrero Valenzuela, hijo de un presidente provisional y popular locutor de radio. Derrotó a Mendoza con un margen de 6.085 (21.5%) a 5.227 (18.5%) votos en una elección con varios participantes.

Organización, movilización y protesta

A pesar de la retórica prestada a la supuesta influencia decisiva de los miembros de base, el *Director Supremo*, como lo describen los estatutos de la organización, era en realidad supremo. Pese a que nominalmente tenía que rendir cuentas a la convención nacional (artículo 24), el *Director* a través del *Comando Nacional*, decretaba decisiones que ataban a los miembros (artículo 11). Aunque la Convención estaba designada como la “Autoridad Suprema” del CFP (artículo 3), en la práctica estaba sujeta a los deseos del caudillo del partido. También los asesores asentían a los deseos de Guevara Moreno; claro que estos eran hombres de talento e ingenio.⁶ Dada la decisión de apelar al lumpenproletariado, la directiva desarrolló una estructura organizativa celular en Guayaquil, construyendo comités de *barrio* que se juntaban a nivel parroquial, y luego municipal. Con el crecimiento de unidades fuera de la ciudad, fue creado el *Comando Provincial*, que reportaba sus actividades al Comando Nacional, y a Guevara Moreno (Galarza Arízaga, 1963; 138). El financiamiento se lo recibía de un pequeño, pero influyente, grupo de empresarios costeños. El camino al poder estaba listo.

Proclamándose desde un principio como un movimiento insurgente en contra de los grupos privilegiados, el partido se impuso una serie de puntos programáticos reformistas. Cuando se fundó el partido en la Plaza de la Victoria, el Director Supremo definió la acción popular cefepista como “la incorporación activa de las masas populares a la vida política y al control de los servicios públicos para impedir que estos degeneren en simple usufructo de las oligarquías influyentes; porque sólo revertiendo la acción del Estado hacia el servicio público y el servicio social, se puede colocar al pueblo en las condiciones de un pueblo sa-

6. Sus colaboradores más cercanos fueron: el antiguo socialista Rafael Coello Serrano; Miguel Macías Hurtado, quien colaboró con Carlos Arroyo del Río; Amalio Puga Pastor; el gran orador y brillante parlamentario, Luis Robles Plaza; el representante de la comunidad comercial *Turca* de Guayaquil, José Hanna Musse; Gonzalo Almeida Urrutia; el aspirante a alcalde, Mendoza Avilés; Alejandro Castro Benítez y Rafael Dillon Valdez, director del semanario del partido, *Momento*. Guevara Moreno también atrajo las simpatías de un sinnúmero de artistas e intelectuales, entre ellos Agustín Vera Loo, Alfonso Zambrano Orejuela, Elías Gallegos, Hugo Maldonado Dueñas, y —asombrosamente— del internacionalmente famoso autor de Huasipungo, Jorge Icaza.

tisfecho y seguro” (Ortiz, 1977: 213). Guevara Moreno y sus lugartenientes probaron ser diestros propagandistas y manipuladores de las pasiones públicas en el proceso de movilizar a las masas.

Por primera vez en el Ecuador se utilizaron técnicas modernas de movilización masiva. Guevara Moreno demostró gran maestría en el uso de slogans, panfletos, marchas y símbolos políticos. Características fueron las proclamas denunciatorias del seminario del partido *Momento*, cuya portada mostraba a un hombre con un martillo y un látigo luchando contra “la reacción, la demagogia, y la corrupción”. Por ejemplo, considérese la audacia absoluta y la vehemencia verbal del número que celebraba el primer aniversario. El editorial principal del 28 de Octubre de 1950, titulado como siempre, “Comentarios del Momento”, enfocaba a Galo Plaza el presidente electo. Una parte del editorial decía:

“Membrete S.A. (el apodo de Galo Plaza) es una persona nacida y educada en el exterior, sin el más mínimo contacto con nuestros elementos populares...sin una personalidad vigorosa como para crear bajo su iniciativa directa una verdadera tiranía de las castas u oligarquía, sin ninguna concepción político-ideológica, no es más que una medusa gelatinosa de pálido miedo en cuyo nombre otros gobiernan. Las dos palabras “Galo Plaza” no son más que un letrero bajo el cual un grupo de deformidades de alto vuelo operan. No persiguen otra cosa que no sea el robo, drenando de abundantes fondos a la Tesorería, *tráfico en influencias políticas* y financiado por las privilegiadas castas antinacionales de los terratenientes, propietarios semif feudales que poseen una pátina conservadora y fosilizada”.

Estos porrazos verbales, acompañados de provocativos incidentes antigubernamentales del CFP, penosamente abrumaron a Plaza, representante de la burguesía agraria *serrana*, quien estaba profundamente comprometido a mantener el orden constitucional del proceso democrático. Fue inevitable que Plaza eventualmente se desquite, como Guevara Moreno sin lugar a duda lo buscaba.

Luego de que el gobierno perdió las elecciones del congreso de 1950, Guevara Moreno emprendió una revuelta popular. Una fuerza irregular de civiles y cefepistas se unieron a un batallón rebelde para tomarse el aeropuerto de Guayaquil y los sistemas de radio y de teléfonos. Líderes militares locales fieles a Plaza acabaron con la revuelta en 24 horas. Fuerzas de seguridad ocuparon el local del CFP, suspendieron la publicación del semanario *Momento* y callaron a la radio del partido: Ra-

dio Continental. Guevara Moreno fue arrestado, y enviado al Penal García Moreno de Quito, donde permaneció por catorce meses. Los oficiales rebeldes fueron dimitidos sin honores y sentenciados a un año de prisión. Guevara Moreno luego usó la fecha de la rebelión –15 de Julio– como la ocasión simbólica para celebrar convenciones del partido, y para prorrumpir en invectivas contra la “oligarquía”. Plaza, hablando frente a una audiencia norteamericana a favor de la democracia ecuatoriana, describió así el episodio:

“Un grupo que tenía el apoyo de los elementos más bajos de la ciudad, a quienes los venían aterrorizando por meses, se tomó una noche el palacio municipal y transmitió la noticia a todo el país de que la guarnición local se había rendido; pero tan pronto como me puse en contacto con el primer militar, ellos estaban listos para derrotarlos y arrestarlos”.

Venganzas personales similares fueron provocadas a Velasco Ibarra cuando este sucedió a Plaza en 1952 y empezó su tercera presidencia. Guevara Moreno en su rol de Alcalde de Guayaquil apoyó la candidatura de su viejo caudillo. El apoyo cefepista en la costa fue fundamental en el triunfo velasquista. La armonía entre los caudillos, sin embargo, duró poco. Como anotó un contemporáneo, “El cefepismo aportó una de las más eficientes contribuciones al triunfo de Velasco Ibarra, pero no obtuvo su cuota de influencia, al contrario, fue perseguido hasta el punto en que ostentosamente desplegaron su halo de mártires” (Maldonado Estrada, 1954: 135). Velasco Ibarra defensivo frente a la aparición de un posible sucesor, celoso de la popularidad de Guevara Moreno y preocupado de la autoridad incontestable de éste en Guayaquil, en apenas tres meses acusó al CFP de conspiración y mal manejo de fondos en Guayaquil. Cuando el CFP en las elecciones municipales de 1952, conquistó siete de las once plazas municipales, la suerte estaba echada.

A principios de septiembre, el *Jefe Máximo*, su esposa, y cuatro altos jefes cefepistas fueron exilados a Colombia. El Presidente anunció, “el Sr. Guevara trajo al Ecuador todo el cinismo y oportunismo de totalitarismo... Había el peligro inminente de que se derrame sangre y de ruina” (Linke, 1955: 43). Un año más tarde, en otro esfuerzo por desmantelar el CFP, Velasco canceló las elecciones de Guayaquil, nombró una

nueva mayoría al Consejo Estatal del Guayas, e impuso a un ardiente velasquista, a Pedro G. Menéndez Gilbert como alcalde. Hablando frente a la prensa, el 13 de octubre de 1953, Velasco dijo en parte:

“Para mí el CEFEPÉ es uno de los peores demonios que sobreviven en el Ecuador. Es un partido de gente totalmente inmoral... un partido sin programa, sin posiciones programáticas... un partido que dirige las pasiones más viles del hombre: venganza y concupiscencia económica. Este partido pretende inaugurar el terrorismo a gran escala en el Ecuador” (Maldonado Estrada, 1954: 206).

Velasco, como Plaza anteriormente, fue incapaz de disminuir el ascenso cefepista al poder; además, no podía negarse la lealtad de sus seguidores. Pero antes de describir la cronología electoral del partido, se deben examinar su orientación y perspectiva. ¿Cuáles eran las apelaciones que resistieron al embate de dos presidentes popularmente electos? En la base, eran clamores fundamentalmente antisistémicos en contra del creciente malestar social del Guayaquil de los años cincuenta.

Doctrina y programa

La orientación básica cefepista, como lo indican los “Diez Puntos Doctrinarios”, subraya enfáticamente su carácter “puramente ecuatoriano”. Hay un repudio inmediato a las “doctrinas foráneas o ideologías... que no son más que verbalismos o la simple repetición teórica de postulados filosóficos que forman la médula de tendencias europeas y en general internacionales” (Punto 1). Además, la doctrina partidista es descrita como específicamente ecuatoriana. En el lenguaje del Punto 8:

“La ideología del *CEFEPE*... no es ni conservadora, ni totalitaria, ni liberal, ni socialista, ni comunista: es decir, no se funda en una colección de principios filosóficos abstractos e importados, desvinculados de nuestra realidad; la ideología del *Cefepé* es popular, porque mira al pueblo como conjunto y fenómeno nacional e histórico; y ecuatoriana, porque su razón de ser es el pueblo ecuatoriano, que vive en el territorio ecuatoriano y con la tradición histórica. Por esto su esencia es profundamente democrática, progresista, antifeudal, contraria al caciquismo de trinchera... El *cefepismo* es un movimiento político totalmente nuevo en la tradición ecuatoriana, porque habla con la tradición de los líderes políticos, e incorpora a la plebe (en el sentido de la antigua Roma, es decir, al pueblo activo en comicios) a las decisiones políticas trascendentales” (CFP, s.f.: 8-9).

Unida a esta caracterización de las perspectivas específicamente ecuatorianas, estaba el llamado para cambiar las relaciones de poder dentro del país. El punto 4 hablaba de una gran encrucijada histórica

que demandaba destrozarse a las oligarquías que representaban a los elementos más atrasados de la estructura feudal de la nación. Los “latifundistas semicoloniales feudales” y los “plutócratas usureros comerciales” fueron denunciados por negar la igualdad frente a la ley. Dentro del mismo espíritu, el punto siete enfatizaba la necesidad de honrar las normas jurídicas para borrar la inmoralidad y corrupción del sistema. Si bien se honraba al espíritu de libre empresa, se reconocía la necesidad de que sea tutelado por el estado. En resumen, el mensaje básico de los principios doctrinarios era una apelación populista a los pisoteados, más que una exposición filosófica de una ideología.

Las tendencias doctrinales fueron mejor articuladas en el prefacio a los principios y estatutos del partido: “CFP: Conciencia de un Pueblo”, incluido en ediciones posteriores. Se autodescribía como que había nacido de los corazones del pueblo de Guayaquil —“la capital de la rebelión popular en defensa de nuestra nacionalidad”—. El CFP hablaba de buscar la verdad y un orden socioeconómico más justo para la dignidad del hombre. Para servir y entender a la verdadera comunidad moral de los ecuatorianos, el partido buscaba “una transformación radical y profunda de los métodos y metas del Estado Ecuatoriano...una espiritualización de la gente, su elevación cultural, la maduración de su conciencia política y de sus perspectivas morales” (CFP, s.f.: 3). La declaración concluía con una florida retórica sobre el bienestar de la patria. El requisito no era “una fórmula de libro ni un secreto poseído por el vanidoso, tampoco la ocupación de una trinchera brutal de caciques insensibles al sufrimiento humano. Es el trabajo del pueblo en su intuición magnificente y en su heroísmo” (CFP, s.f.: 4).

A pesar de que la orientación cefepista era provocativa y agresiva en su tono, los objetivos programáticos específicos eran reformistas más que revolucionarios. Capítulos individuales del programa versaban sobre temas tales como: finanzas, crédito y comercio; agricultura e industria; comunicaciones y transportes; trabajo y bienestar social; los sistemas tributario y administrativo; defensa nacional y policía; política internacional; educación y cultura; las elecciones y garantías democráticas. El partido proponía una imprecisa descentralización administrativa para extender los recursos del gobierno a todos los ciudadanos. La imagen básica del estado era la de un estado poderoso y activo. El gobierno tiene la obligación de controlar el sistema bancario, mientras

que la planificación agrícola deberá establecer cooperativas, mecanizar la producción, reformar el sistema legal rural, y nacionalizar las tierras no cultivadas por sus propietarios. La actividad industrial debería ser guiada por el Estado y las actividades extractivas tendrán que manejarse con criterios científicos y de productividad. Se proponía la tecnificación de los sectores económicos más importantes.

O sea que el partido combinaba ataques radicales, muchas veces desenfundados, en contra del sistema existente, con un programa de reformas estatales dirigidas a fortalecer más que a suplantar el sistema. Desarrollado y articulado por Guevara Moreno y unos pocos colaboradores cercanos, el programa político estaba unido a la hábil manipulación de símbolos políticos y a métodos de movilización, bajo la dirección incuestionable del Jefe Máximo. Ahora nos toca rastrear el recorrido electoral del partido en los años cincuenta.

La persecución electoral

Carlos Guevara Moreno apenas dos meses después de salir de la prisión del gobierno de Plaza, vestido con el manto de mártir perseguido, ganó las elecciones de alcalde de Guayaquil de Noviembre de 1951. Obteniendo el 47.4% de los votos frente a tres oponentes, también dio al partido cinco de los once puestos del consejo municipal.⁷ Un año después el CFP obtuvo siete puestos en el consejo municipal, evento que fue seguido por la orden de expulsión dictada por Velasco Ibarra contra los directores cefepistas y la intervención del gobierno en la ciudad de Guayaquil. Cuando Guevara Moreno regresó al país, a principios de 1954, movilizó sus fuerzas y presidió la lista provincial al congreso. En Junio de 1954, los cefepistas alcanzaron el 46.8% de los votos.⁸ Velasco no permitió a Guevara ocupar su puesto en el congreso, aludiendo que su ausencia del Ecuador (a pesar de ser decretada por su régimen) le descalificaba de los requisitos de residencia.

7. Mendoza Avilés, el antiguo aspirante apoyado por el CFP a la alcaldía corrió con el apoyo Liberal y terminó en un distante segundo lugar. Los miembros cefepistas electos al consejo fueron: Robles Plaza, Pablo Estrada Valle, y J. Febres Cordero. Se le unieron Macías Hurtado y Trujillo Monlís, que fueron electos en 1950.

8. La delegación liderada por Guevara incluía a Robles Plaza, Puga Pastor, Simón Cañarte Barbero, Julio Acevedo Vega, Manuel Villavicencio y Salvador Lofiedo Rodríguez.

Para detener la influencia del CFP en Guayaquil, Velasco Ibarra arrojó fondos e influencia en la arena electoral local, pero con pocos resultados. En las elecciones de Noviembre de 1954 el partido fue el primero, alcanzando el 42.6% del voto. Un año después, una mayor intervención velasquista, agrandada por la polémica alianza con los liberales, permitió al candidato oficialista ganar por un pequeño margen. El candidato que ganó la alcaldía fue Emilio Estrada Icaza con 30.172 votos, frente a Guevara Moreno con 28.783 votos. En todo caso el CFP al ganar tres puestos al consejo municipal, adquirió cinco puestos en el mismo. Los cefepistas habían alcanzado nuevamente su momento, el escenario estaba listo para que el Jefe Máximo aspire a la presidencia de la república en las elecciones de 1956. Las elecciones fueron combativas, calientes y amargas (ver la tabla 1).

TABLA N° 1
Votos válidos en las Elecciones Presidenciales para
Guayaquil, Guayas y Ecuador, 1952-1960

Año	Guayaquil	Votos válidos		Votos válidos %		
		Guayas	Ecuador	A	B	C
1952	40.000	59.000	357.000	69	11	17
1956	104.000	141.000	614.000	74	17	23
1960	120.000	170.000	767.000	71	16	22

Fuente: Consejo Supremo Electoral (1952 a 1960). Las cifras están redondeadas en mil. A = % de los votos de Guayaquil dentro del Guayas; B = % de votos de Guayaquil dentro del Ecuador; C = % de votos del Guayas dentro del Ecuador.

Tres candidatos compitieron con Guevara Moreno. Camilo Ponce Enríquez, ex Ministro de Gobierno de Velasco Ibarra, representaba a los Conservadores y a su personalista Movimiento Social Cristiano (MSC); los Liberales nominaron a Raúl Clemente Huerta Rendón, un guayaquileño prominente y el portador del estandarte liberal, el ex alcalde de Quito, José Chiriboga Villagómez, corría solo. Los tres candidatos esperaban el respaldo de Velasco Ibarra, quien luego de dudar, optó por Ponce. Luego de que tardaron dos meses en los escrutinios

electorales, la victoria se otorgó a Ponce sobre Huerta con un margen de 3.000 votos (29% frente a 28.5%), Guevara Moreno les seguía con una diferencia de 30.000 votos y con el 24.4%. Debido al peso de la influencia oficialista, y al debate nunca resuelto sobre si hubo fraude electoral, Ponce debió su triunfo a Velasco. El carácter regional del CFP se manifestó en el triunfo de Guevara Moreno en el Guayas con el 52.6% y su triunfo en tres de las cuatro restantes provincias costeñas. A pesar de la fuerte presencia Liberal en la región, Guevara ganó el 41.8% de los votos de la costa frente al 36.3% de Huerta. En la sierra, Guevara Moreno alcanzó únicamente el 10.6% de la votación, terminando en un lejano cuarto lugar en Quito. Queda por verse si el CFP luego negociará su salto del poder regional al poder nacional.

Retrospectivamente, a pesar de que en ese momento no había razones para pensarlo, las elecciones de 1956 marcaron la cima de la carrera política de Guevara Moreno. Este había sedimentado su control en la costa y, dada la estructura fragmentaria del partido, no había razones para que no aspire a movilizar a las masas serranas. Además, la costa le permaneció fiel. El 4 de Noviembre de 1956, el CFP ganó seis plazas más del consejo municipal de Guayaquil con el 50.7% de los votos, obteniendo ocho de los once puestos. Un año después vino la gran victoria, cuando Luis E. Robles Plaza, persona cercana por mucho tiempo a Guevara Moreno, arrasó en las elecciones de Guayaquil con el 72.5% de los votos frente a tres contrincantes. Robles inició un nuevo y extenso programa de obras públicas que al principio se pronosticaron favorables para la ciudad y el partido (Orellana, 1957: 147-154). Si a esto se añade la debilidad del gobierno de Ponce, los prospectos aparecían muy favorables para 1960. Sin embargo, los eventos probarían lo contrario.

La administración de Robles fue terriblemente escandalosa. El alcalde fue incapaz de controlar el voraz deseo de poder del partido, ni los fondos públicos obtenidos luego del arrasador triunfo electoral de 1957. Tampoco pudo manejar una huelga de trabajadores sanitarios y de la salud que se prolongó por más de siete meses. Las presiones para acciones positivas se incrementaron, pero los proyectos de obras públicas en lugar de mostrar un progreso material demostraron contratos inflados y sobornos. Al mismo tiempo, la retirada relativa de Guevara

Moreno del liderazgo del partido abrió la puerta a una serie de disputas y riñas internas. Como se ha anotado, Guevara Moreno construyó el CFP “con disciplina enérgica y con un eje de escalones rigurosamente jerárquicos de arriba hacia abajo, manteniendo en la cumbre de la jerarquía la autoridad indisputable del Jefe Máximo a pesar de que las principales decisiones políticas se las tomaba con la aparente participación de los líderes sectoriales y las declaraciones de los miembros de base” (Galarza Arízaga, 1963: 137-138). Sin la constante presencia de Guevara Moreno, fue imposible mantener la unidad interna del partido.

La apelación carismática al liderazgo personal no era transferible, y la lealtad de las bases cefepistas disminuyeron cuando la administración de Robles se fue a pique. En las elecciones para el congreso de junio de 1958, el voto cefepista en el Guayas bajó más de diez puntos, pero en todo caso consiguieron cinco de los doce puestos.⁹ Para Noviembre, el partido bajó a sólo el 32.6% del voto municipal, reduciendo su representación en el consejo municipal a dos puestos. En esta coyuntura, Robles reemplazó a Guevara Moreno como jefe del partido reduciendo aún más la vitalidad cefepista. Guevara Moreno regresó tardíamente de su inexplicable aislamiento en su hogar de las peñas, para competir en las elecciones municipales de 1959 con Robles. Entre seis candidatos, Robles terminó cuarto con menos del 3% de la votación. Por su parte, debido a que el dividido partido no podía repararse instantáneamente, Guevara Moreno quedó segundo frente al ex-alcalde velasquista Menéndez Gilbert. En la que fue su última candidatura, el Jefe Máximo consiguió 36.5% de los votos frente al 50.4% del ganador. Las pérdidas en el consejo municipal, dejaron al CFP en la minoría.

El temprano empuje de Guevara Moreno hacia el poder disminuyó y luego sus correrías en la política fueron incidentales y quijotescas. Cuando se aproximaban las elecciones presidenciales de 1960, inesperadamente firmó un acuerdo en Riobamba con los partidos Socialista y Comunista. Los antiguos enemigos suscribieron la Unión Democrática Nacional Anticonservadorista (UDNA); la alianza produjo un movimiento electoral apoyando la candidatura del marxista Antonio Parra.

9. Listado cuarto en la delegación cefepista estaba Assad Bucaram, el caudillo del partido en la era post-1962.

Al principio Guevara Moreno demostró gran optimismo, e hizo campaña en favor de su antiguo rival, pero luego, ignorando las urgentes pérdidas de sus seguidores, se retiró totalmente del proceso. La UDNA obtuvo menos del 6% de la votación y la antes fuerte delegación cefepista al congreso se redujo a dos representantes. Guevara Moreno renunció al puesto de Director Supremo y dejó el país en exilio voluntario. Los restos del partido quedaron en manos de José Hanna Musse, bajo su dirección los últimos suspiros del guevarismo como fuerza política alcanzaron el 18.5% de la votación y dos puestos de seis para el consejo municipal en las elecciones del 6 de Noviembre de 1960.

A finales de 1961 Guevara Moreno regresó al país e intentó controlar el partido. Pero para esa coyuntura, el partido empezaba su dramático renacer bajo el liderazgo de Assad Bucaram y los guevaristas liderados por Hanna Musse eran un pequeño grupo disidente. De nuevo, el antiguo Jefe Máximo se retiró a las peñas. En 1968, luego de cinco años de exilio, trató de reunificar el partido con los guevaristas, pero pronto reconoció la imposibilidad de lograrlo. Su último acto político fue apoyar la candidatura presidencial de Velasco en ese año: "Tengo la confianza de que esta vez el Dr. Velasco Ibarra gane las elecciones y mantenga su contacto dinámico con el pueblo, y no se deje engañar por las mismas trincas y oligarcas" (*El Año Ecuatoriano*, 1968-1969: 51). De esta manera, dio un círculo completo a sus actividades de ministro velasquista en los años cuarenta.

Hasta 1979, Hanna Musse continuó con su escisión: el "CFP guevarista", pero desde los años sesenta había dejado de ser una fuerza política importante; el CFP de ahora es el de Bucarám y Roldós. La abrupta caída del movimiento bajo la dirección de Guevara Moreno, aunque precipitada por la mala administración de Robles en Guayaquil, se debe a la pérdida del apetito feroz de poder del caudillo del partido. A pesar de que las causas permanecen oscuras, el resultado da testimonio de la centralidad de su personalismo en el CFP. El resurgimiento posterior del partido, bajo la dirección de Bucaram, también dependió de su liderazgo carismático. Como anteriormente, las condiciones de vida subproletaria permanecieron, así como la susceptibilidad de sus residentes a las apelaciones populistas y a la dirección autoritaria.

Conclusiones: El populismo regionalista en el Ecuador

La historia de Concentración de Fuerzas Populares bajo el liderazgo de su fundador, coincide con las características de los movimientos populistas latinoamericanos. Ciertamente son consistentes con el énfasis de Jaguaribe en la apelación directa a las masas urbanas, en el ofrecimiento de programas de bienestar social, en la redistribución de bienes y servicios y en la rápida mejora de las condiciones humanas de los desposeídos. Además, la base de apoyo cefepista fue predominantemente las masas de los marginados económicos, los nuevos actores políticos, los habitantes del suburbio y tugurio de Guayaquil. El liderazgo fue personalista, mesiánico y autoritario. Guevara Moreno y su camarilla de lugartenientes fueron, con pocas excepciones, miembros descontentos de la pequeña burguesía rebelde contra las tradicionales élites económicas y políticas. La organización fue celular y jerárquica, de rigurosa disciplina y con brigadas de choque que servían de punta de lanza para los ataques contra los enemigos. El movimiento carecía de auto-definición ideológica clara y a pesar de su retórica en contra del sistema, representaba al nacionalismo reformista. Los puntos más importantes del programa cefepista invocaban fortalecer el rol del estado, mas no dentro de un contexto de cambios revolucionarios.

El componente regionalista no era necesariamente *sui generis*, pero constituía una manifestación exagerada de las cualidades comúnmente asociadas con el populismo. La etapa de desarrollo del Ecuador, sin ser bajo ningún concepto similar a la de Argentina y Brasil en los años treinta y cuarenta, sí tenía algunos parecidos superficiales. El desarrollo económico después de la Segunda Guerra Mundial y el impresionante flujo de migraciones a Guayaquil, crearon las condiciones propicias para que florezca y crezca un movimiento populista. Fueron los desempleados y subempleados —en realidad el subproletariado— quienes proveyeron la base de apoyo y votos. El carácter incipiente de las organizaciones obreras en Ecuador, negó un rol significativo a los sindicatos. A su vez, el retraso del Ecuador rural mitigó el impacto del campesinado, que en algunos países ha sido significativo en el populismo. La prohibición tradicional del voto de los analfabetos, fue un corolario de la falta de participación campesina.

Debido a la naturaleza demográfica del Ecuador a mitad del siglo, el corazón del populismo fue Guayaquil. La tradición histórica de la ciudad de agitación continua, rebelión y resistencia a la autoridad central, acrecentó las condiciones en las que el CFP pueda organizarse y crecer. Dada la debilidad de un fragmentario sistema de partidos, y la falta de cohesión de sus miembros, la oportunidad se presentaba favorable para un movimiento bien organizado y disciplinado. Siendo Guayaquil y el Guayas la ciudad y provincia más pobladas del país, y la Costa adquiriendo más peso demográfico que la Sierra, las bases electorales del cefepé eran evidentes. El ascenso del CFP fue tan rápido que su fracaso en alcanzar la presidencia en 1956, ocurrió apenas una década después de su fundación. Si hubiera concentrado su esfuerzo en extender las bases organizativas a la sierra después de 1956, habría llegado a la presidencia de la república. El que no se haya realizado este esfuerzo, permanecerá como un misterio eternamente encerrado en la enigmática figura del Jefe Máximo.

En alguna otra ocasión, sería interesante comparar la era de 1948-1960, con la época del CFP bucaranista, que luego de diecisiete años alcanzó un arrasador triunfo electoral. Por lo menos, un factor adicional fue la presencia del populismo velasquista hasta hace poco tiempo, —el “Gran Viejo”— de la política nacional, ganó las elecciones de 1960 y 1968 alcanzando su cuarta y quinta presidencia. Luego de ser depuesto en 1972, debido a su avanzada edad, Velasco dejó de ser un gran actor en la política nacional. Sea como sea, la era guevarista del CFP presenta un ejemplo muy claro de populismo a nivel regional. Sus características sin ser diferentes a la de los otros populismos de la región, reflejaron las realidades demográficas y socioeconómicas del Ecuador en los años cincuenta. Guayaquil proveyó la legión de seguidores; las condiciones económicas favorables para la movilización del subproletariado y Carlos Guevara Moreno el fervor mesiánico para personificar y ser el vocero de la protesta de los desamparados en contra de los males prevalentes de una sociedad profundamente conservadora y tradicional.

Bibliografía

- Blanksten, G. I. *Ecuador: Constitutions and Caudillos*. Berkeley and Los Angeles: Univ. of California Press, USA, 1951.
- CFP, ¿Qué es el CFP?, Guayaquil, s.f.
- Consejo Supremo Electoral, *Informes. Boletines Anuales*. Quito, Gaceta Oficial, 1952-1960.
- Cueva, A. *El Proceso de dominación política en Ecuador*. Quito, Ediciones "Crítica", 1972.
- Cuvi, P. *Velasco Ibarra: el último caudillo de la oligarquía*. Quito, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Central del Ecuador, 1977.
- Del Campo, E. *El Populismo en Ecuador*. Quito, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1977.
- Di Tella, T. "Populism and reform in Latin American", en C. Veliz (ed) *Obstacles to Change in Latin America*. London, Oxford Univ. Press, 1965.
- Dix, R. H. "The varieties of populism: the case of Colombia". *Western Pol. Q.* 23 (September), 1978.
- El año Ecuatoriano Yearbook. Guayaquil, 1971-1972.
- Yearbook. Guayaquil, 1968-1969.
- Erickson, K. "Brazil: corporatism in theory and practice", en H. Wiarda y H. Kline (eds) *Latin American politics and Development*. Boston, Houghton Mifflin, 1979.
- Fitch, J. A. *The Military Coup d'Etat as a Political Process: Ecuador, 1948-1966*. Baltimore, MD, Johns Hopkins Press, 1977.
- Galarza, Arízaga, R. *Esquema político del Ecuador*. Guayaquil, Editorial Alborada.

- Hennessy, A. "Latin America", en Ionescu y Gellner (eds.) *Populism*. New York, Macmillan, 1969.
- Hurtado, O. *El Poder Político en el Ecuador*. Quito, Universidad Católica del Ecuador, 1977.
- *Dos Mundos Superpuestos*. Quito, INEDES, 1969.
- Ionescu, G. y E. Gellner (eds.) *Populism*. New York, Macmillan, 1969.
- Jaguaribe, H. *Political Development: A general Theory and a Latin American Case Study*. New York, Harper and Row, 1973.
- Linke, L. *Ecuador, Country of Contrasts*. London, Royal Institute of International Affairs, 1955.
- Maldonado Estrada, L. *Una etapa histórica en la vida nacional*. Quito, Editorial Rumiñahui, 1954.
- Malloy, J. (ed) *Authoritarianism and Corporatism in Latin America*. Pittsburg, PA, Univ. of Pittsburg Press, 1977.
- Martz, J. *Ecuador: Conflicting Political Culture and the Quest for Progress*. Boston, Allyn & Bacon, 1972.
- Mendes, C. *Beyond populism* (L. Gray Cowan, trans.) Albany: Graduate School of Public Affairs, State University of New York en Albany, 1977.
- Moore, R. "Urban problems and policy responses for metropolitan Guayaquil", en W. Cornelious y R. Kemper (eds) *Metropolitan Latin America: The Challenge and the Response*. Beverly Hills, CA: Sage, 1978.
- Orellana, J. G. *Resumen histórico del Ecuador; apuntes cronológicas complementarias 1947-1957*, vol. 3. Quito, Editorial Fray Jodoco Riche, 1957.
- Ortiz, V. *La ideología burguesa en el Ecuador*. Quito (s.e), 1977.
- Pérez Guerrero, A. *Ecuador*. Quito, Publitécnica; 1960.
- Pike, F. B. *The United States and The Andean Republics, Perú, Bolivia, and Ecuador*. Cambridge, Harvard University Press, 1977.
- Plaza, G. *Problems of Democracy in Latin America*. Chaptel Hill, Univ. of North Carolina Press, 1955.
- Quintero, R. "Los partidos políticos en el Ecuador y la clase terrateniente en las transformaciones del Estado". Ph. D. disertación, Universtiy of North Carolina, USA, 1978.
- Reyes, O. *Breve Historia General del Ecuador*. Quito, Editorial Fray Jodoco Riche, 1960.

- Sharpless, R. *Gaitán of Colombia: A Political Biography*. Pittsburgh, Univ. of Pittsburgh Press, 1978.
- Van Niekerk, A. *Populism and Political Development in Latin América*. Rotterdam, Universitaire Pres Rotterdam, 1974.
- Wiles, P. "A syndrome, not a doctrine: some elementary theses on populism" en Ionescu y Gellner. *Populism*. New York, Macmillan, 1969.
- Wyania, G. *The Politics of Latin American Development*. Cambridge, Univ. Press, 1978.

**Estructura y dinámica de la articulación
electoral en las barriadas de Guayaquil,
1949-1978: el nivel local***

Amparo Menéndez-Carrión

*. Capítulo Siete de la tercera parte del libro *La Conquista del Voto*. De Velasco a Roldós.

Observaciones preliminares

Este capítulo da cuenta de las principales estructuras de reclutamiento electoral que operaron en las áreas suburbanas de Guayaquil en el período 1949-1978, y que atañen a las cinco contiendas presidenciales en consideración.¹ No se trata aquí de proveer un recuento histórico acerca de los “reclutadores” y sus movimientos, o una especie de histo-

-
1. La estrategia de indagación empírica utilizada para rastrear los mecanismos de reclutamiento electoral en las barriadas de Guayaquil, que condujera a la identificación de tres redes principales, es descrita en el Anexo Metodológico del estudio. El contenido de los capítulos 7 y 8 se basa en las siguientes fuentes: *Primero*, en los testimonios de actores políticos importantes, la mayoría de los cuales aún ocupa un lugar preeminente en el escenario político nacional. De estos doce actores políticos, cinco fueron miembros prominentes de CFP, en algún momento u otro; cuatro estuvieron vinculados, en algún momento u otro, a la Federación Nacional Velasquista; otro de los entrevistados es, aún hoy, miembro importante del Partido Liberal; otro de los entrevistados es ex-miembro del Partido Liberal, trabajó muy de cerca con Assad Bucaram a fines de la década de los sesenta, y lideraba su propio partido en el momento de la entrevista; en otro caso, se trataba del candidato a la presidencia del frente anti-conservador que CFP apoyara en la elección de 1960. Estos testimonios fueron recogidos en más de 50 horas de entrevistas en-profundidad. Los nombres de los entrevistados que accedieron a ser identificados públicamente aparecen en los *Reconocimientos*; véase, además el Anexo B. *Segundo*, el contenido de los capítulos 7 y 8 se basa en el testimonio de seis dirigentes barriales, cinco de los cuales habían sido activos en el barrio Santa Ana (en el distrito *Febres Cordero*), la comunidad residencial que por las razones expuestas en el Anexo Metodológico, fue seleccionada para el análisis de la naturaleza del reclutamiento electoral de los moradores. La mayoría de estos dirigentes estuvieron vinculados tanto a CFP cuanto a otras estructuras de reclutamiento durante el período 1952-1978; uno de ellos no había trabajado exclusivamente en su barriada, o en el distrito *Febres Cordero*, sino que tenía un amplio conocimiento acerca de los mecanismos de reclutamiento electoral en las barriadas de la ciudad, en general, debido a su gran experiencia como cuadro

clave, sucesivamente, para Guevara Moreno, Assad Bucaram, Jaime Roldós, Marta Bucaram de Roldós y —en el momento de la entrevista— para el partido Izquierda Democrática. Los testimonios de estos seis dirigentes barriales fueron recogidos en más de 40 horas de entrevistas en profundidad en sus lugares de residencia. *Tercero*, el contenido de los capítulos 7 y 8 se basa en los recuentos de otros once residentes del Barrio Santa Ana, la mayoría de los cuales había observado la evolución del barrio y podía testimoniar acerca de las actividades de reclutamiento electoral en la barriada desde su surgimiento en 1947 hasta el momento de la entrevista. Los testimonios de estos vecinos fueron recogidos en unas 30 horas más de entrevistas en su lugar de residencia.

El contenido de los testimonios de políticos, dirigencia barrial y bases, resultó ser extraordinariamente complementario, lo cual confirma su grado de confiabilidad (si no se indica lo contrario en el texto, todos los testimonios incluidos han sido confrontados entre sí por la autora para determinar su confiabilidad). Estos testimonios, la fuente primordial de los capítulos 7 y 8, fueron complementados mediante el examen de las colecciones completas de las principales revistas políticas de la época (a saber, *Comentarios de Momento*, *La Calle*, *Mañana*, y en menor medida, *Vistazo y Nueva*) y los principales diarios de Quito (*El Comercio*) y Guayaquil (*Telégrafo*, *Universo*, *La Nación*, *Expreso*), como también la excelente colección de noticias de prensa de Don Julio Estrada Ycaza sobre el suburbio de Guayaquil, en el Archivo Histórico del Guayas. Cuatro informantes calificados adicionales fueron entrevistados formalmente, quienes si bien no estuvieron vinculados necesariamente a la actividad política o de reclutamiento en las barriadas, tenían un amplio conocimiento de la naturaleza de las barriadas de Guayaquil (tres de ellos habían trabajado o trabajaban aún en la Municipalidad; uno de ellos había dirigido el Departamento de Planeamiento Urbano de la Municipalidad; y otro caso de trataba de un conocido historiador local).

La autora pasó un total de 15 semanas en el barrio Santa Ana, en interacción cotidiana con un grupo-eje de vecinos, compartiendo sus comidas, acompañándoles en sus visitas a sus amigos del barrio, participando de sus quehaceres de todos los días en sus hogares. En el total de 23 semanas que duró el trabajo de campo en Guayaquil, visitamos además, todos los distritos de la ciudad, y nos familiarizamos especialmente con los distritos *suburbio* y con aquellos donde también habían barriadas. Interactuamos informalmente, además, con los moradores de otras barriadas, en las que las condiciones de vida eran similares, al momento de la entrevista, a las del barrio Santa Ana en sus comienzos.

La información que las personas entrevistadas formalmente tuvieron a bien compartir con nosotros, se identifica con un Número de Código a lo largo del texto, mas no se atribuye explícitamente a su fuente a fin de proteger su confidencialidad, condición bajo la cual, en la mayoría de los casos, se compartió dicha información con nosotros. Los números de código designan, en la mayoría de los casos, partes *citadas* de las entrevistas, lo cual no significa necesariamente que esta fuese la única fuente de ese ítem de información específico. Las 120 horas de entrevistas en las que se basa el contenido de los capítulos 7 y 8, pueden ser consultadas por académicos acreditados para efectos de investigación, mediante solicitud a la autora.

ría política de los “reclutados”.² Los procesos de reclutamiento en sí, constituyen el eje del capítulo. No haremos, por ende, más que breve referencia a los antecedentes de los reclutadores locales y sus movimientos. Nuestro enfoque tiene el propósito central de mostrar cómo se establecieron los nexos entre los actores focales y los contendores y movimientos que estos apoyaron en las urnas, durante el período en análisis, su dinámica operativa y su evolución en el tiempo, lo cual, a su vez, constituye el antecedente necesario para enfocar el tema de la articulación del apoyo electoral en el momento mismo de la elección, tema que se aborda en capítulos subsiguientes.

Las tres redes de reclutamiento que examinaremos en este capítulo están encabezadas por (1) Carlos Guevara Moreno, (2) Pedro Menéndez Gilbert y (3) Assad Bucaram, respectivamente. La primera y la tercera están secuencial e inextricablemente vinculadas a Concentración de Fuerzas Populares (CFP), el partido que Carlos Guevara lidera en un primer momento y que Assad Bucaram “captura” eventualmente.

Las actividades de reclutamiento de la red guevarista son relevantes en las elecciones presidenciales de 1952, 1956 y 1960; las de Bucaram, en las contiendas de 1968 y 1978, mientras que en el caso de Menéndez Gilbert coexisten, en algún momento u otro, con las dos anteriores y son relevantes en las elecciones de 1956, 1960 y 1968, respectivamente.

2. Al momento de la producción de este estudio aún no aparecían publicaciones de análisis académico acerca de CFP o de otros movimientos que han apelado electoralmente a las masas urbanas del Ecuador, en general, o de Guayaquil, en particular. El estudio de Quintero (1980) constituye un excelente aporte al análisis de los orígenes del velasquismo; dicho estudio no enfoca, sin embargo, el período 1952-1978. Caracterizaciones breves acerca de CFP aparecen en Hurtado (1980), Martz (1972, 1980), y Fitch (1977). Véase también Varas y Bustamante (1978), Villavicencio (1980) y Ortiz Villacís (1977). No existía tampoco una biografía política de Carlos Guevara Moreno, o de Pedro Menéndez Gilbert, ni de ningún otro reclutador de apoyo electoral importante a nivel de las barriadas. Poco después de la muerte de Jaime Roldós Aguilera y de Assad Bucaram, respectivamente, aparecieron recuentos biográficos periodísticos acerca de ambos (El Conejo, Quito: 1981a y 1981b) si bien su interés para efectos de este estudio, es marginal. Se carecía, asimismo, de análisis sistemáticos de comportamiento electoral de los actores focales del estudio. Posibles razones se plantearon en el capítulo 2. Hay dos artículos en los que se examina el comportamiento electoral de Guayaquil en las elecciones de 1978, Martz

El hecho de que hayamos seleccionado estas tres estructuras de reclutamiento para efectos de análisis, no significa que no se hayan dado otras redes de modalidades de reclutamiento en las barriadas de Guayaquil, durante el período en consideración. En efecto, existieron tanto otras redes, como otras modalidades, como se verá más adelante, si bien su incidencia fue menor. Lo que justifica enfocar exclusivamente el caso de estas tres estructuras de reclutamiento es su preeminencia en el contexto barrial, durante el período 1952-1978, lo cual subraya, a su vez, la preeminencia del clientelismo político como modalidad de articulación electoral y su importancia como marco de referencia para comprender la naturaleza de la relación entre los actores focales y las candidaturas presidenciales de su preferencia.³

I

Carlos Guevara Moreno y Concentración de Fuerzas Populares: la emergencia de un “patrón” político y una máquina electoral.

Antecedentes relevantes: Se inicia una amistad y carrera políticas.⁴

...Guayaquil, 1929: Un grupo de estudiantes, activistas de izquierda, es expulsado de la Universidad de Guayaquil por su rector, Carlos Arroyo del Río. Carlos Guevara Moreno, a la sazón un joven de dieciocho años, está entre ellos. Su padre, un maestro de escuela, lo envía a Europa para que prosiga sus estudios universitarios. Carlos Guevara Moreno estudia biología química en Francia y eventualmente viaja a España donde se plega a la lucha por la República Española en las filas de la Brigada Internacional.

(1980) y Aguirre (1979, manuscrito no publicado), si bien el propósito y/o alcance de ambos trabajos difiere de los del presente estudio.

3. Este capítulo no contiene sino referencias escuetas a los vínculos entre las tres redes de reclutamiento electoral en cuestión y las candidaturas presidenciales del período, vínculos que son objeto de tratamiento detenido en el capítulo 8.
4. Carlos Guevara Moreno (1911-1971) es una de las figuras políticas más interesantes de la escena política ecuatoriana de las décadas de 1940-1970. Su personalidad, antecedentes y carrera política no comienzan y terminan en su rol de “patrón político” y reclutador electoral relevante al voto barrial, aunque esto sea el aspecto que nos interesa aquí. La carrera política de Guevara Moreno; en todos sus aspectos, merece ser objeto de indagación sistemática en futuros estudios. Este capítulo solo enfoca el

aspecto de su papel político que tiene que ver con el reclutamiento del voto, haciendo virtual abstracción de los demás (excepto en aquellos que tienen que ver, en alguna medida u otra, con su rol *qua* patrón político y reclutador electoral).

Cabe advertir, además, que los primeros ocho-nueve párrafos de esta sección del capítulo, no buscan sino proveer un recuento narrativo sumario de algunos elementos que consideramos de interés *qua* antecedentes para introducir la figura de Guevara Moreno en el capítulo. La mayor parte de la información que aparece en este recuento narrativo, en lo que respecta a Guevara Moreno, se basa, fundamentalmente, en los elementos recogidos en la *Entrevista N° 6*. Los hechos históricos a los que se hace alusión en tal recuento narrativo, son de amplio conocimiento público. Recuentos históricos acerca de la revolución de 1944 se proveen en Hurtado (1980), Blanksten (1951), y Martz (1972), entre otros. Para efectos referenciales, los principales eventos que enmarcan el escenario político ecuatoriano durante el período 1920-1948, son los siguientes: 1925: Oficiales militares de rango medio, apoyados por un grupo de civiles "progresistas" deponen al gobierno del liberal Gonzalo Córdova (julio 9, 1925), cerrando así el período de hegemonía del Partido Liberal (1895-1925) y signando el principio del declinamiento de la época del bi-partidismo Liberal-Conservador. Comienza un período de inestabilidad política que no se cerrará hasta 1948. 1925-1929: Una junta provisional reformista (civiles y militares) gobierna el país hasta 1926. 1926-1929: Discrepancias internas entre las fuerzas armadas y la junta llevan a la disolución de esta última. Isidro Ayora, representante del reformismo de los sectores medios, asume la presidencia provisional. 1929-1931: Ayora es elegido Presidente Constitucional. 1931-1932: Ayora es depuesto por su Ministro de Gobierno. El Presidente del Senado asume la presidencia provisional y se convoca a elecciones presidenciales. Fracasan los intentos de restablecer la hegemonía del Partido Liberal, cuando es elegido el conservador serrano Neptalí Bonifaz, jefe de la Compactación Obrera Nacional. El Congreso rehusa reconocer su victoria. La Compactación toma las armas y logra controlar Quito por algunos días ("Guerra de los Cuatro Días"). Los Compactados son derrotados y el nuevo presidente del Senado se hace cargo del gobierno. Se forma una coalición liberal-socialista en contra de los conservadores. 1932-1933: El candidato liberal Juan de Dios Martínez Mera gana en una elección fraudulenta. Se disuelve el frente anti-conservador. Emerge en la escena política el congresista José María Velasco Ibarra. 1933-1934: Insurrección anti-liberal instigada por Velasco Ibarra. Se convocan nuevas elecciones. 1934-1935: José María Velasco Ibarra es electo presidente. Intenta disolver el Congreso; fracasa y es depuesto. 1935-1937: Presidencia interina de Federico Páez, Ministro de Gobierno de Velasco Ibarra. Sigue un período de dictadura civil, hasta el golpe militar del General Alberto Enríquez. 1938-1940: Enríquez renuncia. Luego de la presidencia interina de Manuel María Borrero, el Congreso elige presidente a Aurelio Mosquera Narváez quien gobierna con el apoyo de liberales y socialistas. Mosquera muere en la presidencia y es reemplazado por Carlos Arroyo del Río. Arroyo del Río renuncia a la presidencia poco después para participar en las elecciones de enero de 1940. Presidencia interina de Andrés F. Córdova, Presidente del Senado y futuro candidato presidencial (1968). Arroyo del Río gana las elecciones. Se alega un resultado fraudulento. 1940-1944: Breve presidencia interina de Julio E. Moreno y presidencia de Arroyo del Río. Guerra con el Perú. Revolución del 28 de Mayo. La Junta Provisional de gobierno dirigida por la Alianza Democrática Ecuatoriana transfiere la presidencia a Velasco Ibarra en junio de 1944.

En 1939 regresa al Ecuador, donde pasa a formar parte de los círculos bohemios de la época y renueva su amistad con intelectuales de izquierda, entre ellos, Pedro Saad y Rafael Coello Serrano. Las próximas elecciones presidenciales estaban previstas para 1940 y Carlos Arroyo del Río, presidente interino luego de la muerte del Presidente Aurelio Mosquera (1938-1939) renuncia a la presidencia a fin de participar en la elección como candidato de los liberales. El expresidente José María Velasco Ibarra (1933-1934) también participa en la contienda.

Velasco Ibarra pierde la elección. Arroyo del Río es el candidato triunfador, en una contienda alegada fraudulenta.⁵ Guevara Moreno no conoce a Velasco personalmente, no obstante lo cual se presenta ante él y le ofrece planear una revuelta en su favor.

El intento de cuartelazo orquestado por Guevara Moreno en conjunción con algunos de sus amigos de la Fuerza Aérea fracasa. Tanto Velasco como Guevara se exilan en Colombia. Eventualmente Velasco regresa a Buenos Aires, desde donde mantiene una continua correspondencia con Guevara. La amistad de Carlos Guevara Moreno y José María Velasco Ibarra había comenzado; y con ella, la carrera política de Guevara.

Durante la presidencia de Arroyo del Río se produce la invasión peruana al Ecuador (1941). Desde Buenos Aires, Velasco Ibarra denuncia la responsabilidad de Arroyo del Río. La ocupación peruana de territorio ecuatoriano cesa en enero de 1942, con la firma del Protocolo de Río de Janeiro.

Las próximas elecciones presidenciales, previstas para mayo de 1944, iban a tener lugar bajo condiciones de derrota y un sentimiento

Se convoca a una Asamblea Constituyente y Velasco es elegido Presidente Constitucional. 1944-1947: Gobierno Constitucional de Velasco Ibarra. En 1946 Velasco rompe con los socialistas y comunistas y se proclama dictador. Es depuesto en agosto de 1947 por su Ministro de Defensa. El presidente del Congreso, el conservador Mariano Suárez Veintemilla gobierna por unos días y es reemplazado por Carlos Julio Arosemena Tola. Se convoca a elecciones presidenciales para junio de 1948. El candidato liberal Galo Plaza Lasso gana las elecciones. (Véase "Cronología Política", en Varas y Bustamante, 1978).

5. Es ampliamente aceptado que Velasco Ibarra perdió la elección de 1940 ante Arroyo del Río debido a un fraude electoral. Véase Hurtado (1980: 340, nn.7) y Fitch (1977: 196, nn. 12).

generalizado de frustración en la ciudadanía por la humillación sufrida a manos del Perú. En tales condiciones, se galvanizan las fuerzas de la oposición en contra del impopular gobierno de Arroyo del Río. Hay un temor compartido en la oposición de que las próximas elecciones serán fraudulentas. Se forma la Alianza Democrática, coalición política que incluye a todos los miembros de la oposición: conservadores, liberales independientes, socialistas y comunistas. Se organiza una conspiración en contra del presidente...

En mayo de 1944 se produce una insurrección popular en Guayaquil, que resulta exitosa. Velasco Ibarra, máximo símbolo del anti-arroyismo, y como tal, factor primordial de convergencia entre las heterogéneas fuerzas de la victoriosa Alianza, es traído de Buenos Aires para encabezar el gobierno revolucionario de “La Gloriosa”. Velasco, a su vez, envía por Carlos Guevara Moreno para que ocupe las funciones de Secretario de la Administración. Poco después, Guevara es designado Ministro de Gobierno.

Como Secretario de Gobierno Guevara Moreno procede a la persecución de la izquierda —cuya influencia se expandía “inconvenientemente”— y, eventualmente, ordena el encarcelamiento de su (ex) amigo Pedro Saad, luego de que este organizara una huelga de trabajadores ferroviarios. El 30 de marzo de 1946 Guevara Moreno organiza un golpe en favor de Velasco Ibarra, y en contra de los elementos de izquierda de la Alianza. La Constitución progresista de 1944 es puesta a un lado, y se procede a la purga de los líderes de izquierda.

Inmediatamente después del golpe, Guevara Moreno convoca a su amigo Rafael Coello Serrano, por entonces alejado de la izquierda local, para mantener conversaciones acerca de la posible organización de una base de sustentación de apoyo popular a la presidencia de Velasco. Coello Serrano revelaría años más tarde, que Guevara Moreno consideraba que la mejor manera de organizar un partido político era desde el poder.⁶ Guevara no procedería aún a la formación de un partido. En todo caso, y como Secretario de Gobierno, trabajaría muy cerca a la Unión Popular Republicana, UPR, establecida en Guayaquil a partir de la revolución de 1944 por Rafael Mendoza Avilés, Alcalde de Guaya-

6. Véase el capítulo 8.

quil y ferviente partidario de Velasco. Las actividades conjuntas de Guevara y UPR fueron, sin embargo, breves, ya que poco después de haber asumido el cargo de Secretario de Gobierno fue nombrado Embajador del Ecuador en Chile.⁷

Velasco Ibarra es depuesto en agosto de 1947. Luego de un intento fallido de regresar del exilio para “apelar al pueblo” —a instancias de Guevara Moreno—, Velasco regresa a Buenos Aires. Guevara Moreno regresa a Colombia y eventualmente se casa, por poder, con Doña Norma Dezcalzi —joven y atractiva ex-esposa de un banquero— a quien había conocido, cuando Secretario de Gobierno, en el exclusivo Club de la Unión de Guayaquil. Poco después, Doña Norma se reunirá con Guevara en el exilio.

En septiembre de 1947, en sesión extraordinaria del Congreso Nacional, se designa presidente-interino a Carlos Julio Arosemena Tola, quien procede a convocar elecciones generales. Galo Plaza Lasso, candidato de los liberales independientes, ganaría la primera elección presidencial del interludio democrático de 1948-1960. Entre sus partidarios es conspicua la figura de Rafael Guerrero Valenzuela, primo lejano del presidente y Alcalde de Guayaquil...

7. Según algunas fuentes, es Guevara Moreno quien concibe la Unión Popular Republicana, UPR, y quien ubica a Mendoza Avilés al frente de la misma. (*Entrevista N° 6* y Proaño Maya, 1980, entre otros). Según otras, la UPR es creada, en realidad, por Mendoza Avilés como base de apoyo para Velasco Ibarra en Guayaquil, y Guevara intenta posteriormente manipularla para sus propios fines. (*Entrevista N° 16*). Según una tercera versión, la UPR data de la campaña de 1949 para la Alcaldía. Independientemente de que fuese Guevara Moreno o Mendoza Avilés quien establece la UPR, el punto de interés aquí es que para 1946, cuando Guevara logra orquestar con éxito un golpe en favor de Velasco Ibarra y llama o Coello Serrano “para que le ayudara a formar un partido para apoyar a Velasco” (*Entrevista N° 6*), ya existía en Guayaquil un movimiento político laxamente estructurado, que gravitaba en torno al Alcalde Mendoza Avilés, y cuyas actividades databan de 1944, por lo menos. Haya Guevara Moreno sido o no el mentalizador de la UPR, el movimiento no trascendería el mendocismo hasta 1949, al margen de los designios de Guevara, especialmente en vista del hecho de que poco después del golpe en favor de Velasco Ibarra, Guevara partiría a Chile como Embajador del Ecuador, desconectándose temporalmente de la escena política local. Según la información recogida por nosotros, la partida de Guevara a Chile fue decidida conjuntamente por Guevara y Velasco y se debió a la difícil relación del primero con los conservadores y la necesidad de apoyo conservador por parte del segundo, que aparentemente los conservadores hicieron contingente en la salida de Guevara Moreno del Ministerio de Gobierno. (*Entrevista N° 6*).

Una oportunidad clave: Las elecciones municipales de 1949 en Guayaquil

Actores principales

Guayaquil, 1949: las elecciones municipales tendrían lugar en noviembre de ese año. Los dos candidatos “más fuertes” para Alcalde son un ex-Alcalde, Rafael Mendoza Avilés y el titular, Rafael Guerrero Valenzuela.

Mendoza Avilés es el candidato de la Unión Popular Republicana. Carlos Guevara Moreno es el hombre detrás de la campaña electoral de Mendoza.⁸ En palabras de uno de sus asociados más cercanos de entonces, Guevara Moreno

...tenía una idea ‘correcta’ acerca del mundo moderno. Mientras que Velasco Ibarra era un pensador, Guevara era un militante, un agitador, que conocía las ideas políticas de la Europa de los años cuarenta, sabía de las tácticas del fascismo y del comunismo, y estaba en mucho mejor posición que otros políticos para comprender la movilización política, porque su experiencia era fresca y su visión contemporánea...(Entrevista N° 16).

Mendoza Avilés, cirujano de profesión, es definido (agudamente) a la autora como “un buen hombre...con un gran corazón” (*Entrevista N° 16*). Como partidario entusiasta de Velasco Ibarra, había participado en la revolución de 1944, en una posición secundaria. Ese mismo año pasa a ser miembro del Consejo Cantonal de Guayaquil y es elegido Presidente del Consejo por sus colegas miembros. Con la caída de Velasco Ibarra, cesa su presidencia del Consejo. En la confusión que se produce en el Consejo a raíz de la caída de Velasco, Rafael Guerrero Va-

8. Rafael Mendoza Avilés había sido presidente del Concejo Cantonal de Guayaquil (como se le llamaba al Alcalde en ese entonces) entre 1944 y 1947. Guerrero había sido su sucesor, en 1947. En 1949 Guerrero postula como “candidato de un grupo de ciudadanos independientes”. Hay dos candidaturas más: la de Francisco Illingworth Icaza (Partido Conservador) y la de Manuel Arenas Coello, (Alianza Popular Republicana). (Véase *El Telégrafo*, Guayaquil, 1949: noviembre 6, p. 1). Nótese que estas eran elecciones múltiples (Para Alcalde, y para consejeros cantonales y consejeros provinciales, elegidos por representación proporcional). Estas elecciones locales fueron llevadas a cabo cada dos años hasta 1959. Advuértase que en 1953 no hay elección a Alcalde por circunstancias que se mencionan más adelante en el capítulo. En 1949, Luis Robles Plaza es oficialmente el jefe de campaña de la UPR. En todo caso, es Guevara Moreno quien, en realidad, conduce la campaña. (*Entrevistas N° 5 y 16*).

lenzueta, un joven locutor radiofónico, de programas deportivos y hombre “astuto”, de “inclinaciones liberales”, “hijo de un abogado prominente”, no “una persona popular pero con un nombre popular, que tenía buenas conexiones” (*Entrevista N° 16*) logra obtener una mayoría de votos en el Consejo y pasa a presidirlo...⁹

Los Comités Electorales

Los comités electorales de Guerrero Valenzuela eran de corte tradicional: buscaba el apoyo de la “gente de pueblo” en base a “la distribución de cerveza y sandwiches...en base a las ofertas (de campaña)...” (*Entrevista N° 17*). En todo caso, Guerrero Valenzuela podía exhibir antecedentes políticos de “solidaridad” con la situación de los marginados. Como Presidente del Consejo, y ejerciendo control sobre una maquinaria municipal que contaba con el apoyo de un gobierno central amigo, había incursionado personalmente en los (aún incipientes) barrios suburbanos de la ciudad, tratando de responder —mediante una política de “cuenta-gotas”— a las demandas de los moradores. Como resultado de los contactos entre Guerrero y las barriadas, habían aparecido unas cuantas “piletas” (fuentes públicas de agua potable) en los barrios suburbanos y sus residentes habían obtenido algún “cascajo” (relleno). En reciprocidad, muchos moradores estaban dispuestos a apoyar la candidatura de Guerrero. En efecto, algunos decidieron organizar comités en sus barriadas “para moverle la elección” entre el vecindario.¹⁰

9. Los resultados oficiales agregados de las elecciones municipales de 1947 en Guayaquil aparecen en Blanksten (1951: 167). En 1947, votaron 28.000 personas, de una población inscrita de aprox. 50.000 electores. El resultado de la elección de Alcalde muestra que la preferencia guerrerrista (6.085 votos) no es mucho más alta que la menendista (5.227 votos). Aurelio Carrera Calvo, Jefe del Departamento de Bomberos del Cantón también figura como candidato. Su candidatura, auspiciada por el Partido Conservador, obtuvo 4.894 votos. Carrera Calvo postularía como candidato a la Alcaldía del velasquismo en la elección municipal de 1962.

10. Para 1947 aparecen los primeros moradores de la zona que sería conocida más tarde como barrio Santa Ana. Estos primeros moradores se asientan por ocupación gradual (*accretion*; véase capítulo 1); y son, a la sazón, unas 20 familias desparramadas en el área en sus precarias “covachitas” instaladas en el agua sobre estacas de madera. Como uno de los fundadores del barrio recuerda: “Guerrero era un hombre bueno. El venía y nos visitaba, todo el tiempo. Nos preguntaba qué necesitábamos...Necesitábamos todo. El nos dio un poco de cascajo y una pileta, en la 8ava. y Gómez Rendón. La pileta estaba a cinco cuadras del barrio pero, bueno, ya era algo...” (*Entrevista N°*

Por su parte, los comités electorales de Mendoza Avilés no sólo atraían personas que se “identificaban” con Velasco Ibarra, el símbolo de la revolución del 44, y estaban dispuestos a votar por el ex-Presidente del Consejo porque era considerado como “uno de los favoritos de Velasco”, sino también a “gente de pueblo” que se “identificaba” con Doña Josefina de Mendoza Avilés, su esposa.¹¹ He aquí una mujer que, en palabras de uno de nuestros informantes, a la sazón vinculado con Mendoza,

...con mucho más ‘sentido político’ que él (Mendoza), había hecho algo que nunca nadie había hecho antes (como esposa de un jerarca político de Guayaquil): durante la presidencia del Consejo de Mendoza, ella había ido personalmente al suburbio, todos los días, al principio para ‘explorar’, quizás...como benefactora

y, eventualmente, como verdadera reclutadora de apoyo político, estableciendo relaciones de compadrazgo con la gente del barrio, llevando a sus ‘compadres’ a visitar al Presidente del Consejo para buscar, y obtener, pequeñas concesiones de su parte, tales como piletas, relleno, o un empleo...cosas pequeñas como estas pero que mostraban que una relación entre esta pareja y la gente del suburbio, iniciada por Doña Josefina, se estaba desarrollando... (*Entrevista N° 16*).

Esta “relación” entre “la pareja” y los moradores había continuado, de manera “informal”, luego de que Mendoza Avilés cesara en su gestión. Los comités electorales de Mendoza también atraían gente que, si bien no eran parte de la “red” de Doña Josefina, “sentían que el ex-Presidente del Consejo se preocupaba personalmente de ellos, los visitaba con frecuencia y les daba lo que le pedían...” (*Entrevista N° 16*).

36). Como recuerda otro de los primeros moradores del barrio: “Cuando ya vino la elección pensamos formar un comité de Guerrero, entre los poquitos que habíamos aquí, *porque ya había dado prueba de que era posible contar con él*”. (*Entrevista N° 37*; el énfasis es nuestro). Aparece entonces un comité para elegir a Guerrero, compuesto por unos quince miembros. El comité, conformado por una peluquera, una costurera, un dependiente de un establecimiento comercial local, un pescador y un albañil, entre otros, no intervino en actividades de campaña propiamente dicha, ya que no se les pidió ir de puerta en puerta en el vecindario para solicitar votos para Guerrero. Su cometido principal durante la campaña es participar en los mítines pro-Guerrero en el centro de la ciudad y, naturalmente, votar por él. Se les provee de transporte en ambos casos. Este pequeño comité sería capturado eventualmente (circa 1950) por Guevara Moreno. (*Entrevista N° 36*).

11. Estas tres fuentes de atractivo fueron mencionadas en la *Entrevista N° 16* y confirmadas en la *Entrevista N° 1*. Aparentemente, no se dan enlaces entre los residentes de Santa Ana y Mendoza Avilés. (Téngase en cuenta que los primeros moradores de Santa Ana aparecen en 1947, cuando Guerrero Valenzuela es Alcalde).

La elección y su resultado

El resultado de la elección reveló que las preferencias de los votantes porteños estaban distribuidas en forma pareja entre Guerrero y Mendoza. En todo caso, el primero emerge como el favorito, con 11.731 votos a nivel cantonal, una ventaja, de 64 votos más que Mendoza, “determinada” por la votación obtenida por Guerrero en un par de distritos rurales del Cantón.

El Tribunal Electoral anula los resultados de la elección en los distritos rurales de La Victoria y Taura. Mendoza pasa a aventajar a Guerrero con 11.652 votos, contra los 11.609 votos de este último. Se decide, sin embargo, proceder a repetir la elección en varios distritos en el mes de diciembre.¹² Las circunstancias en torno a esta elección proporcionarían una oportunidad ideal a Guevara Moreno para acometer la tarea de formar el partido político que había querido formar desde los inicios de su carrera política. (*Entrevista 5 y 16*).

-
12. Según *Momento*, el presunto fraude electoral no ocurre en los distritos urbanos del cantón, donde Mendoza Avilés capta 10.153 votos y Guerrero Valenzuela 8.743. El número del 19 de noviembre de la revista contiene cargos de fraude por parte del grupo de Guerrero en el distrito rural de *La Victoria*. En un artículo titulado “Coerción al Empleado Municipal”, se alega en *Momento* que la cedulación doble y tácticas de intimidación se utilizaban en algunos distritos rurales para obtener el margen de votación que Guerrero requería para ganar la elección. Los cargos levantados allí sugerían las maniobras de caciques rurales vinculados a Guerrero Valenzuela, para ayudarle a ganar la elección. El siguiente texto es ilustrativo: “El teniente político de La Victoria, Enrique Decker, hermano de Otto Decker, un dirigente guerrerrista, ha coaccionado a la ciudadanía para que vote a favor de (Guerrero)”. Además, se alega que “el conteo fue conducido a la 1 a.m. en casa de Decker”, (*Momento* N° 4, noviembre 19 de 1949: 4). *La Victoria* es el distrito que da a Guerrero, en efecto, el margen de votos que este requería para ganar la elección. El Tribunal Supremo Electoral anula los resultados en los distritos rurales de *La Victoria* y *Taura*, con lo cual Mendoza pasaría a aventajar a Guerrero (con 11.652 votos vs. 11.609 votos). Se efectuaron nuevas elecciones en varios distritos rurales en el mes de diciembre siguiente. Guerrero gana finalmente la elección, por 310 votos. Lo que cabe enfatizar aquí es que Mendoza es más popular que Guerrero en la ciudad, si bien su peso electoral es casi el mismo. De los 50.000 votantes inscritos en el Cantón Guayaquil, 56 por ciento votó; es decir 28.000 electores, de los cuales 23.000 correspondían a los distritos urbanos. El *ex-city boss* había obtenido 43% del TVV de la ciudad. La preferencia por las candidaturas restantes fue marginal (12% y 8% para Arenas e Illingworth, respectivamente). Véase *El Telégrafo*, Guayaquil, noviembre 17, 1949: 1.

Nace un partido político

...Todo era 'trincas' en aquel tiempo: la 'trinca' de los médicos, de los abogados, de los ingenieros... En esas 'trincas' nadie podía entrar... toda esa gente de clase media que no podía entrar se resentía...Se sentían capacitados, entrenados, pero no tenían acceso... (Un miembro fundador de CFP. *Entrevista N° 5*).¹³

...La idea que nos llevó a formar un partido político era la de abrir un espacio para la clase media... *Nosotros hicimos la clase media del Ecuador*... Porque antes no existía...La clase media era una clase esclava de una clase alta de solo ochenta familias...Nosotros empujamos a la clase media a ser clase media...a atreverse a decirle a la oligarquía: 'ustedes no valen nada'...(Un miembro fundador de CFP. *Entrevista N° 7*; el énfasis es nuestro).

En términos electorales, sin embargo, el acceso político de la clase media al sistema no se podía lograr a menos que se obtuviera el apoyo del grueso de las masas urbanas, particularmente en el caso de un movimiento político cuya base de acción era Guayaquil.

...En todo caso, el Partido emerge en base a un grupo de personas que se sentían frustradas porque su candidato a Alcalde no había sido declarado ganador. (Un miembro fundador de CFP. *Entrevista 16*).

Mendoza Avilés era una figura respetada y popular que podía, convenientemente, ser “usada políticamente”. Si la opinión de un miembro fundador de CFP es indicativa de la opinión prevaleciente entre las principales figuras del futuro cefepismo guevarista, Mendoza era considerado por Guevara y algunos de sus asociados más cercanos como

...un hombre insignificante...sin gran inteligencia...bueno con la gente de pueblo porque esa era su clientela (política) ...una de esas personas que pueden ser manejadas como marionetas en la política... Por eso, estaba bien para nosotros hacer campaña por él. Estábamos casi seguros que iba a perder, porque el otro candidato, Guerrero, tenía todo en sus manos...tenía el gobierno de su lado...(Entrevista N° 7).

Más importante aún, un movimiento para apoyar la candidatura de Mendoza no tenía que ser creado “de la nada”: podía constituirse en base a las redes clientelares que Mendoza había iniciado y cultivado, encarnadas en la Unión Popular Republicana. Concomitantemente, las circunstancias en torno al resultado electoral de las elecciones de no-

13. “Trinca” deriva de “trincar”, que significa “atar”. La noción connota un grupo cerrado de personas que colaboran entre sí para defender sus intereses en contra de quienes no pertenecen a él. El término en otros países latinoamericanos es “rosca” o “argolla”, y *panelinha* en Brazil.

viembre de 1949 favorecían los designios de Guevara Moreno (v. g., crear un partido político), en la medida en que proveían “un motivo de resentimiento popular” y un mes entero para activar ese resentimiento políticamente. (*Entrevista N° 16*).

Es entonces cuando Guevara concibe un plan “que nunca se le habría ocurrido al propio Mendoza”: presentar a Mendoza como “la víctima”, y los presuntamente fraudulentos resultados electorales “como una afrenta a la dignidad de pueblo por parte de una ‘trinca’ que usaba el poder con prepotencia, violando el ‘espíritu’ de la revolución del 44” (*Entrevista N° 16*).¹⁴ El futuro “Capitán del Pueblo” procede a organizar una serie de marchas populares dirigidas a propagar esta idea. En las semanas subsiguientes, Guayaquil sería sede de “marchas espectaculares, con pancartas, con antorchas y parlantes”, como no se había visto en el Ecuador hasta entonces. (*Entrevista N° 16*).¹⁵

Aparte de contar con un motivo, una figura aglutinadora, y su propio talento como organizador, Guevara Moreno contaba con el apoyo de un excelente equipo, y una tribuna propia. Cuatro personas eran claves en el —heterogéneo— equipo de Guevara.¹⁶ Primero, Rafael Coello Serrano, abogado e intelectual marxista de orígenes humildes, alejado por ese entonces del Partido Comunista por una razón ajena a consideraciones de tipo ideológico; un problema personal con el Secretario General del Partido, Pedro Saad, que llevó a Coello a guardar un gran resentimiento personal contra el propio Partido Comunista. Como ideólogo y estrategia político de reconocido talento, le cabría la responsabilidad de elaborar las bases de la primera plataforma de CFP, y jugaría un rol preeminente en la concepción del esquema organizativo que

14. La adopción de mecanismos para prevenir el fraude electoral data del gobierno de “la Gloriosa” (1944). El Tribunal Supremo Electoral data de ese entonces.

15. Véase también Hurtado (1980: 342, nn. 19), entre otros. Como recuerda un testigo presencial, “en una de esas marchas, Guevara, que iba encabezando la marcha confronta a la policía que intentaba dispersarla, y...en un gesto bien estudiado y de mucho dramatismo dijo: ‘Maténme a mí, si desean, pero no a mi gente...’ ” (*Entrevista N° 16*).

16. Había otros miembros connotados del equipo, tales como el reconocido pintor Eduardo Kingman. En todo caso, el equipo básico inicial se componía de Guevara Moreno, Coello Serrano, Robles Plaza, Macías Hurtado y Norma Descalzi de Guevara. José Hanna Musse, si bien vinculado a CFP desde sus inicios, se tornaría en miembro preeminente a partir del encarcelamiento de Guevara Moreno, en 1951.

llevaría al posterior desarrollo del partido, en el que permanecería hasta 1952.¹⁷ No siendo un gran líder (aun los más fervientes partidarios de Guevara admitían que la oratoria suya era fuerte) Guevara requería el concurso de otros para dirigirse con elocuencia a las masas en los foros públicos (*Entrevistas Nos. 1, 16, 19*). Dos hombres serían claves aquí: Miguel Macías Hurtado y Luis Robles Plaza. Miguel Macías Hurtado era a la sazón, un joven abogado, brillante, apuesto y excelente orador, quien tenía además buenas conexiones en los círculos del *establishment*, al que pertenecía en virtud de su origen social. Macías Hurtado “nunca había pensado en hacer política” pero es reclutado por Guevara a raíz de su excelente papel en la defensa de la causa de Mendoza Avilés ante el Tribunal Electoral. Permanecería en el partido hasta 1956 (*Entrevista N° 16*). Luis Robles Plaza, por su parte, es un “gran simpático”, con capacidad para dirigirse al público, y que años más tarde, como Alcalde de Guayaquil, jugaría un rol preeminente en los eventos que llevarían a la caída política de Guevara Moreno, a finales de la década del cincuenta y principios del sesenta.

Guevara Moreno contaba, además, con el concurso de una militante de primer orden a su lado: su esposa y leal partidaria, Doña Norma Descalzi, mujer atractiva y sofisticada, “de gran astucia”, “arrojada”, con grandes energías, dedicada enteramente a “la causa” de su marido y quien, se alega, “no conocía límites en la prosecución de sus fines” (*Entrevista N° 19*). Por último, hay otro miembro del equipo de Guevara que merece mención, en la medida en que su presencia subraya la heterogeneidad del equipo en cuestión. Nos referimos a Rafael Dillon Valdez, un piloto *amateur*, descrito a la autora como “un play-boy”, un “dandy”, que “se sentía marginado por su familia, que se negaba a tomarlo en serio como escritor” (*Entrevista n° 7*). Dillon Valdez sería instrumental en la obtención del préstamo bancario con el que la revista “*Comentarios de Momento*” se inicia.¹⁸

17. En su (amarga) carta de renuncia a CFP, Coello Serrano se atribuye la formación del partido a sí mismo (véase capítulo 8). Muchos observadores atribuyen a “Coello Serrano un rol clave como “ideólogo” del partido. Si bien es innegable que Coello juega un rol importante en la formación del partido, su papel como reclutador y movilizador, específicamente, fue secundario, afirmación que basamos en el resultado de nuestra indagación.

18. Según la *Entrevista N° 7*, “en aquellos días la oligarquía quería monopolizarlo todo... Víctor Emilio Estrada (futuro Alcalde de Guayaquil) era el dueño del poderoso Ban-

El primer número de *Momento* aparece en octubre de 1949, un mes antes de las elecciones municipales. Rápidamente se convierte en la tribuna semanal en la que se lanzan feroces ataques en contra de los enemigos de UPR, es decir, en contra de Guerrero Valenzuela y “su camarilla” entre los cuales se incluía a la persona del propio presidente, Galo Plaza.¹⁹

Se producen las elecciones, con los resultados mencionados. Pasa un mes. El Tribunal Supremo Electoral confirma el triunfo de Guerrero. En palabras de uno de los miembros del equipo de Guevara,

Naturalmente, parte de la gente que se había reunido en torno a ‘la causa’ pierde interés y se va a su casa. Pero hay otros que habían encontrado un nuevo sentido a la vida, en los mítines, en las reuniones...en la participación que Guevara les había dado...Porque he aquí un hombre que les decía: ‘en la unidad de ustedes está su futuro’... (*Entrevista N° 16*).

una “unidad” supervisada muy de cerca por el propio Guevara.

co la Previsora. El señor Prado, un hombre de clase media, era también un banquero en Guayaquil; él odiaba a Víctor Emilio Estrada, a quien consideraba su enemigo”. *Momento* se funda con un préstamo otorgado por el Señor Prado. El contacto con el Señor Prado se hace a través de Rafael Dillon Valdez. Es interesante anotar, adicionalmente, que el estilo de vida de Dillon Valdez, que denota a este miembro del “partido del pueblo” como miembro “de la clase alta” no es ocultado en las páginas de *Momento*. Véase “Rafael Dillon Valdez, caballero del aire, es el primer candidato principal de la Lista C de CFP para el Ilustre Consejo Cantonal de Guayaquil”, en *Momento* N° 1: 18.

19. El primer número de *Momento* aparece el 24 de octubre de 1949, bajo la dirección del propio Guevara. Entre los contribuyentes hay algunos escritores de primer orden, tales como Jorge Diez, Mendoza Avilés, Coello Serrano, Robles Plaza, Alfredo Ceballos Carrión, Leonardo Carvajal, Enrique Noboa Arízaga, Miguel Serrano Hidalgo, Cristóbal Flores Zabala. La revista, que llegó a alcanzar una circulación de 20.000 ejemplares, se presenta a sí misma como “guardián de los intereses morales del pueblo” en contra de la “corrupción” y el “abuso” por parte de sus enemigos, que incluyen virtualmente a toda la oposición, figurando prominentemente entre los más frecuentes blancos de su ataque el Alcalde Guerrero, la izquierda local y el propio presidente de la república, Galo Plaza Lasso. Los artículos de *Momento* proveen una visión maniqueísta del escenario político local y nacional, en el que los enemigos de CFP y, por ende, “del pueblo” son invariablemente perfilados como “malos” y/o “corrompidos”. Los artículos evidenciaban, además, el relativamente alto calibre intelectual de sus escritores—al margen de los feroces epítetos lanzados por ellos en contra de los “enemigos” de CFP—y no eran escritos ciertamente, para una audiencia de lectores “marginados”. La mayoría de los artículos tienen un promedio de 1.000 palabras, por ejemplo. Cuando mencionamos este punto a un ex-miembro de la cúpula, expresando nuestra sorpresa ante el hecho de que *Momento* no fuese una revista de fácil lectura por el grueso de los partidarios de CFP, la respuesta fue la siguiente:

En todo caso, muchos se quedan en el movimiento, y comienza a conformarse un equipo de “segundones” (mandos medios).²⁰ Al mismo tiempo “y con gran capacidad de maniobra”, Guevara comienza gradualmente a reemplazar la figura de Mendoza quien “al principio no se da cuenta de lo que estaba ocurriendo”. Cuando finalmente lo comprende, ya es demasiado tarde, ya que para entonces Guevara se encuentra en pleno control de la maquinaria del naciente partido (*Entrevista n° 16*). Eventualmente, Mendoza desaparece de la escena política local.

Los primeros años del partido

La primera convención del partido tiene lugar en julio 9 de 1950.²¹ Hasta ese momento, se hacía referencia al movimiento en *Momento* como UPR o como “CFP, Partido del Pueblo Ecuatoriano”, indistintamente. En la primera convención se decide que el nombre del partido, de allí en adelante, sería “el Partido del Pueblo Ecuatoriano, Concentración de Fuerzas Populares”.

Elementos Doctrinales

Mucho se ha dicho acerca de los elementos doctrinales que pueden haber inspirado a CFP en sus primeros años. Brevemente, notemos

“Esto en realidad no importaba. La revista podía ser leída por la clase media y la clase media chiquita, por aquellos que tienen influencia en el barrio: el dueño de la tienda de abarrotes, el empleado medio, el artesano. Ellos podían leer la revista y comentársela a los demás. Ellos eran quienes podían decirle a la gente ‘más de pueblo’: únámonos a este movimiento que ataca la corrupción; ‘formemos un comité’... y ellos (estos “influyentes” de la barriada) podían a su vez volverse jefes, presidentes de estos comités”. (*Entrevista N° 5*).

20. Los cuadros del partido son referidos como “segundones” por nuestros informantes de la cúpula. (*Entrevista 1 y 7, esp.*).
21. Exactamente 25 años después de la revolución (“progresista”) Juliana (véase n. 4, *supra*). Las delegaciones participantes no son exclusivamente guayaquileñas. CFP quiere ser un partido nacional desde su iniciación. En la primera convención del partido participan delegaciones de todas las provincias del país (con la única excepción de Cotopaxi y Azuay). Adviértase que también asisten delegaciones de estudiantes universitarios y de estudiantes de secundaria, del Colegio Vicente Rocafuerte y el colegio (municipal) César Borja Lavayen, y una delegación de la (reaccionaria) Compactación Obrera Nacional, capítulo del Guayas. Participan, asimismo, cerca de 200 delegados de organizaciones de base (v. g., organizaciones barriales). Véase “La Convención del Partido del Pueblo”, en *Momento* N° 38, 15 de julio de 1950.

aquí que hay quienes lo percibían como “partido de izquierda” ya que, en palabras de uno de los más leales colaboradores de Guevara, el partido “era estrictamente popular y dirigido por ex-militantes comunistas... Guevara era comunista...” (*Entrevista N° 16*). Según algunos observadores de la época,

...No es necesario discutir la posición ideológica del cefepismo. Evidentemente, CFP no está a la derecha, o a la izquierda, o en el centro de modo definido. Es una organización política de nuevo cuño que (ya) puede establecer una alianza con Ruperto Alarcón (un político conservador) como adoptar una postura anti-conservadora; que puede lanzar una campaña anti-comunista violenta, o adoptar una postura pseudo-revolucionaria en contra de...la dominación feudal. (*La Calle*, 1957).²²

Según un miembro fundador de CFP,

...Mientras que tanto Guevara como Coello tenían una cierta formación de izquierda...ya habían superado esa etapa (cuando se funda CFP). Lo que trata CFP es de personificar el descontento nacional... cerrar la brecha (socioeconómica) un poco. Eso es todo. Aquí, entre usted y yo, no era realmente más que eso... (*Entrevista N° 2*).

En todo caso, la frase atribuida a Guevara Moreno en el sentido de que “lo que este pueblo necesita son caudillos y programas de corto plazo” es indicativa del papel jugado por las consideraciones de índole doctrinal en el esquema de acción del “líder máximo” de CFP.²³

Oficialmente, el partido rechaza, en sus inicios, ser membretado como “de izquierda”, “de centro”, o “de derecha”, ya que “estos son términos abstractos y vagos que...no corresponden a la naturaleza de la política del país”. La naturaleza “democrática” del partido se enfatiza en *Momento*, así como su rechazo al “totalitarismo” representado por ARNE, “falangista y reaccionario” y “el comunismo...que debería ser declarado ilegal”. El partido se auto-define como “progresista” y “nacionalista”, empeñado, además, en la prosecución “de las aspiraciones de las revoluciones del 9 de julio y 28 de mayo”, siguiendo la inspiración

22. Véase “Debate sobre la Unidad Anticonservadora”, por Alfredo Vera, en *La Calle* N° 17, julio de 1957: 8-9.

23. Expresión atribuida a Guevara Moreno en “CFP Embotellado”, *La Calle* N° 36, noviembre 9: 1957.

de García Moreno, Eloy Alfaro y Velasco Ibarra.²⁴ Explícitamente se identifica con “el bajo pueblo”, si bien su concepción del “pueblo” es claramente pluralista.²⁵

-
24. La primera convención del partido aprueba una resolución que condena “Todos los totalitarismos, de la derecha (el conservadurismo, ARNE y otras organizaciones falangistoides), o de izquierda (el comunismo internacional soviético, y sus agentes nacionales y subnacionales: la banda del sarraceno Saad” –refiriéndose al ex-amigo de Guevara Moreno y futuro, 1960, aliado político del “Capitán del Pueblo”– y sus “cómplices”, y reiteraba sus “ideas democráticas” (véase *Momento* N° 34, junio 17, 1950 - 20-23). El “profundo contenido nacional” del partido era igualmente enfatizado, así como su respeto “por los derechos del hombre...el hogar y la familia...(el derecho) del individuo, libertad de conciencia...libre empresa”, si bien afirmando el convencimiento del partido de la importancia de “la acción reguladora del Estado...para impedir abusos en contra de la colectividad social...”, etc. *Momento* N° 38, julio 15, 1950). Cabe anotar que “el contenido doctrinario del partido” no era sino una reiteración de la “Primera Declaración de Principios” que aparece en *Momento* N° 16, febrero 11, 1950: 20. Por lo tanto, y si bien se afirma en *Momento* que el contenido doctrinario del partido “fue intensamente examinado y discutido en la convención”, ostenta el sello de la pluma de Coello Serrano, quien había escrito la declaración, en su primer lugar. Adviértase, adicionalmente, que muchas veces *Momento* rinde tributo en sus artículos a los “pocos estadistas ilustres del país” entre los que incluye a García Moreno, Eloy Alfaro, Vicente Rocafuerte y Velasco Ibarra, “quienes...representan las diversas corrientes de las fuerzas progresistas que han luchado por la construcción de la insurgente nacionalidad ecuatoriana”. *Momento*, N° 30, mayo 20, 1951: 11). El culto a la personalidad es frecuente, también, en otros números de *Momento*.
25. Comenzando en el número 20 del 11 de marzo de 1950, la contra-portada de *Momento* contiene anuncios políticos que leen “El obrero, el empresario, el pueblo unido, en marcha hacia la formación de un Ecuador grande y respetable”. La concepción del “pueblo” en las páginas de *Momento* no es solo pluralista, sino también paternalista, como se evidencia en el siguiente texto: “La Concentración de Fuerzas Populares se enorgullece de ser el partido del bajo pueblo. Es la esperanza de los descamisados, de los desheredados, de los parias, que suspiran por una patria mejor, donde tengan el derecho a una vida decente. Es el partido que...lucha... para llevar la civilización al campo, redimiendo millones de indios y montuvios de la barbarie y la ignorancia. Es el partido que reúne a las masas que no pueden seguir tolerando tanta inmoralidad, corrupción...y robo cínico... En (este movimiento) los obreros, los intelectuales honestos, los hombres de comercio y empresarios patriotas... esto es, el conglomerado activo y progresista del país, están firmemente compactados. El partido del pueblo, CFP, partido del bajo pueblo, rechaza la demagogia. Es un partido para el progreso, de lucha ferviente, pero es un enemigo del caos y la anarquía”, que busca una “democracia viva” y no “libresca”, “genuinamente ecuatoriana y no extranjerizante”. Su emblema es “proclamar la verdad...” (“El Partido del Bajo Pueblo”, en *Momento* N° 35, junio 24, 1950).

Al año siguiente a la creación formal del partido, y con *Momento* como su foro semanal, continuaron los ataques en contra de la Alcaldía de Guerrero Valenzuela y abundaron las denuncias de corrupción y peculados, las cuales se tomaron el telón de fondo de la eventual renuncia del Alcalde.²⁶

La lucha del partido en contra del gobierno de Galo Plaza, presentado en *Momento* como “señor feudal”, “solidario con cualquier trínca antiplebeya” es igualmente encarnizada.²⁷ Se escenifican marchas espectaculares, en las que las “trincas gubernamentales” y “los señores” son despiadadamente atacados. Con frecuencia, las manifestaciones organizadas por CFP son disueltas a bala y con gases lacrimógenos.²⁸ Concentración de Fuerzas Populares logra, en definitiva, un espacio político propio, y Guevara Moreno, como su editor, consolida su posición como contendor político preeminente.

La confrontación con el gobierno de Plaza incluiría un intento de golpe, en julio de 1950, que resultaría en el encarcelamiento de Guevara Moreno, junto con otros miembros de la cúpula del partido, así como también la intervención a *Momento* y la destrucción parcial de sus equipos de impresión y la confiscación de los equipos de Radio Continental, de propiedad de un miembro de CFP visto, por ende, como un brazo del partido. Tanto miembros prominentes del partido como simpatizantes son apresados o perseguidos.²⁹ *Momento* reanudará su publica-

26. Una columna semanal de *Momento* llamada “Boletín de ‘Actividades’ Municipales”, proveía cargos detallados de corrupción municipal, en los cuales aparecían los nombres de los acusados, “agentes” del Alcalde Guerrero. Uno de tales “boletines” lee de la siguiente manera: “Ha empezado una campaña en contra de los vendedores ambulantes que simpatizan con nuestro movimiento. Los comerciantes de caramancheles, fruteros, carretileros, dulceros, cualquier persona humilde que vende en las calles está siendo victimizada por la ...policía municipal. Las víctimas son citadas, ilegalmente, por cualquier razón (y llamadas a la municipalidad) para ver si de esta forma pueden ser atraídas políticamente hacia la nefasta banda gubernamental...Lástima que Guerrero tendrá que sancionar a todos los vendedores de la ciudad”. (*Momento* N° 29, mayo 13, 1950: 15-16).

27. Véase, por ejemplo, “Pueblo vs. Potentados” en *Momento* N° 45, octubre 21, 1950.

28. Véase *La Nación*, Guayaquil, octubre 8, 1951.

29. El número 39 de *Momento* (que reinicia la publicación de la revista luego de una suspensión de dos meses que siguiera al abortado intento de golpe) se refiere al intento

ción tres meses después, esta vez bajo la dirección de Gonzalo Almeida Urrutia, un socialista que acababa de romper con su partido en vista de la decisión tomada por este de colaborar con el gobierno de Plaza, y que decide asistir a CFP “en calidad de amigo personal de Guevara”. (*Entrevista N° 19*). Por su parte, Doña Norma se dedica a la administración de la revista y “se las ingenia” paralelamente para llevar los artículos que su marido escribe en prisión, a las máquinas de *Momento*. Asimismo, Doña Norma asume a su cargo los esfuerzos de movilización del partido, ahora con el concurso de un dinámico joven, José Hanna Muisse, uno de los pocos miembros del CFP guevarista que permanecería fiel al “Capitán del Pueblo” hasta el final. (*Entrevista 1, 7, 19, 31*).³⁰

Guevara Moreno permanece en prisión por un año. Mientras tanto se consolida el apoyo de masas. Se organizan frecuentes asambleas callejeras y marchas en las que participan contingentes que, según lo reportado, oscilan entre 1.000 y 15.000 personas, dependiendo de la oca-

como falso. Según la versión de *Momento*, se habían propalado rumores falsos a mediados de mayo sobre la existencia de un plan subversivo y un intento de golpe que tendría lugar el 14 de julio, con la participación del comando de CFP. Guevara Moreno, Coello Serrano y Dillon Valdez, quienes en la madrugada del sábado 15 estaban preparando el número de *Momento* que saldría al día siguiente, se acercan a la gobernación a las 5 a.m., acompañados por el Capitán rt. Luis Jácome, para disipar los rumores e impedir una “provocación”, relata la revista. Cuando llegaron, fueron presurosamente interceptados por tropas comandadas por un mayor Horacio Sevilla, que procede a detenerlos. (Véase “Bajo el Signo de la Farsa”, *Momento* N° 9, septiembre 9, 1950). Guevara Coello, Dillon, Mendoza Avilés y Puga Pastor son encarcelados por un año. Un ex-miembro prominente del partido admitió a la autora que la conspiración en contra del gobierno de Plaza fue real: “Se llegó a un punto en el Gobierno de Plaza que comenzamos a conspirar para deshacernos (políticamente) de Galo. La conspiración fracasó. Teníamos hasta militares comprometidos. Capturamos la ciudad...estuvo en nuestras manos. Alguien nos traicionó y Carlos, Coello y otros terminaron en la cárcel.” (*Entrevista N° 7*). Es interesante anotar que según otro (ex) miembro prominente de CFP, Guevara tenía una inclinación personal “hacia aventuras de ese tipo”. En palabras de nuestro informante, “Guevara nunca creyó que podía llegar a la presidencia por elección popular. El solía decirlo. El siempre pensó que ocurriría una suerte de ...*putsch*, de ‘Marcha sobre Roma’. El pensó que...un día las masas lo llevarían cargado en sus hombros y que los militares dirían: ‘Señor la (presidencia) es suya’. La idea de un golpe era algo que lo obsesionaba”. (*Entrevista N° 16*; también *Entrevista N° 19*).

30. Uno de los colaboradores de Guevara Moreno de entonces, comentó a la autora que “cuando Guevara estaba en la cárcel, Norma impedía que los dirigentes segundones ‘se comieran el bocado’...intrigaba mucho” (*Entrevista N° 19*).

sión. El “lugar de honor” es, invariablemente, ocupado por Doña Norma siendo Macías Hurtado, Robles Plaza y Hanna Musse los principales oradores.³¹ Las confrontaciones entre los manifestantes y la policía son, asimismo, frecuentes.³²

En junio de 1951 el nuevo Ministro de Gobierno haría declaraciones a efectos de que “CFP no es sino un grupo de cuatro malcriados” que podían ser puestos en orden “con una buena fuerza policial”.³³ Por su parte, *Momento* afirmaría que

Las masas populares de Guayaquil están fuertemente politizadas. Quienes no quieran ver en ellas más que un pueblo ignorante o un rebaño de ovejas, fáciles de manipular, se equivocan... El pueblo de Guayaquil está enteramente consciente de sus metas políticas y comprende la naturaleza de la lucha de la CFP. Puede afirmarse que el pueblo de Guayaquil y el pueblo cefepista ya son uno y el mismo.³⁴

La elección del primer alcalde cefepista

Las próximas elecciones locales darían la oportunidad de comprobar la validez alternativa de tales afirmaciones.³⁵ En las elecciones municipales de noviembre de 1951, Carlos Guevara Moreno, recientemente fuera de prisión, es el candidato de CFP a la Alcaldía. La presencia de

31. “Noticiero Cefepé: Juntas Barriales de la Ciudad”, en *Momento* N° 63, febrero 24, 1951. Véase también *Momento*, junio 8, 1951: 3.

32. Textos como los siguientes son reveladores: “El martes 20 tuvo lugar otra gran asamblea para pedir que los dirigentes en prisión sean liberados. Más de 3.000 personas se hicieron presentes y su combatividad fue tan grande que cuando terminó, grupos compactados se lanzaron a las calles para manifestar su repudio al gobierno. Gentes de pueblo espontáneamente lanzar piedras al venal periódico El Universo...ninguno de los atacantes eran parte de la organización... La represión policial no se hizo esperar...” (*Momento* N° 63, febrero 24, 1951; el énfasis es nuestro). Otras veces, *Momento* enfatizaba el control que CFP ejercía sobre sus manifestantes: “Así como en la marcha del 30 de marzo último ocho mil (partidarios) demostraron la más brillante iniciativa, jugando con una fuerza policial... descontrolada, el 5 de junio dieron una lección diferente: de la más perfecta organización y disciplina. Y mañana, recalamos, si se agravan las condiciones de lucha, ellas pueden dar una lección triunfal en las barricadas callejeras”. (*Momento*, junio 8, 1951: 3).

33. Véase “Quince Mil Manifestantes... de Cefepé”, en *Momento*, junio 8, 1951: 3. El ministro de Gobierno era, a la sazón, el ex-presidente interino (1940) y futuro candidato presidencial (1968), Andrés F. Córdova, quien recibiría el apoyo de CFP en las elecciones presidenciales de 1968.

34. Véase “Quince Mil Manifestantes...”

35. Nuevamente, las próximas elecciones locales incluían dignidades que no era únicamente la de Alcalde. En este capítulo enfocamos las contiendas locales desde el punto de vista de las elecciones a la Alcaldía, exclusivamente.

Rafael Mendoza Avilés es conspicua entre los contendores, representando, esta vez, la candidatura del Partido Liberal.³⁶ Guevara Moreno obtiene el 48,5 por ciento de la votación (TVV) y gana la elección. El nivel de la preferencia electoral guevarista sugiere que, en realidad, CFP no había “crecido”, en términos estrictamente cuantitativos, desde 1949, cuando Mendoza Avilés, apoyado por el entonces incipiente movimiento, obtuvo 48,3 por ciento de la votación.³⁷ En todo caso, CFP había logrado consolidar una base de apoyo político, dándole una estructura y organización de la que esta carecía en el pasado. Los vínculos laxos e informales que Mendoza Avilés había establecido originalmente con una clientela política que es posteriormente “capturada” por Guevara Moreno, estaban ahora incorporados a una máquina partidista que podía “contar” con ella para efectos de apoyo.

La administración municipal de Guevara Moreno

El *Programa Popular* del Alcalde Guevara prometía, entre otras cosas, lo siguiente:

1. Revisar las actividades de las últimas autoridades municipales y llevar a juicio a los culpables de corrupción, fraude y despilfarro...

36. Para fines de 1950, el alejamiento de Mendoza Avilés de las filas del partido comenzaba a trascender. El siguiente extracto de una carta publicada en un periódico de la oposición, y tratada en *Momento* como una fabricación, es sugerente de la dinámica de la relación entre las clientelas de Mendoza y Guevara a la sazón: “Un numeroso grupo de partidarios del Dr. Mendoza, en vista de que el uperrismo se niega a incluir en sus listas (electorales) los candidatos que el mendocismo, desea (elegir) al concejo (municipal) tales como el señor Avilés Tabares, el Dr. Raúl Clemente Huerta, o la propia esposa del Dr. Mendoza Avilés...pide a todo el pueblo mendocista que vote por...la...coalicción liberal-socialista...Nosotros sabemos que la docena de gangsters y matones que rodean al uperrismo lanzarán una serie de amenazas en contra nuestra, pero no podemos permitir que los intereses del pueblo auténtico de Guayaquil sean (ignorados)”; firmado “mendocistas”. (*Momento* N° 46, 28 de octubre, 1950: 14; el énfasis es nuestro). Advuértase que tanto “guevarismo” como “mendocismo” eran términos explícitamente rechazados en *Momento*.

37. Esta vez Mendoza Avilés es el candidato auspiciado por el Partido Liberal, en oposición a Guevara. Mendoza obtiene aproximadamente el 24% del TVV de Guayaquil. El Candidato de la “Coalicción Democrática”, una “coalicción de partidos de izquierda”, obtiene 18% del voto. Manuel Arenas Coello, candidato de la Unión Nacional Ecuatoriana obtiene 10%. Nótese que la participación electoral no había crecido significativamente desde la elección de 1949 (votos emitidos = 28.000, aprox.). Véase *El Telégrafo*, noviembre 4, 1951: 1.

2. Suprimir los puestos innecesarios y las prebendas que aquellas autoridades han otorgado generosamente para recompensar a sus cómplices, rufianes, asesinos y explotadores profesionales que ocupaban puestos municipales creados especialmente para ellos.
3. Reorganizar el camal y los mercados municipales para prevenir la especulación y el robo en la venta de alimentos al pueblo.
4. ...Vivienda barata y decente para el pueblo y la clase trabajadora.
5. ...Saneamiento, agua potable y pavimentación...
6. (Un programa de) extensión cultural...más escuelas...más educación...textos gratuitos...³⁸

En el breve lapso que ocupa la Alcaldía, Guevara Moreno ejerce completo control de la maquinaria municipal, y demuestra en su accionar su solidaridad con la condición de los marginados y lealtad a los miembros del partido,...muchos de los cuales llenarían los cargos municipales dejados vacantes por la purga conducida por Guevara en contra de las clientelas de anteriores alcaldes.³⁹

Poco después de que Guevara asumiera la Alcaldía, aparece un artículo en uno de los principales periódicos del país, que ilustra la naturaleza de su gestión. Adviértase que al mismo tiempo que informa acerca de lo que el autor del artículo en cuestión considera manipulación arbitraria por parte del Alcalde, reconoce –si bien con renuencia– la “sensibilidad” de Guevara hacia los moradores:

La cancelación de cien empleados municipales en Guayaquil es un problema serio. Los grupos directamente afectados preparan una huelga general, con el apoyo de organizaciones de trabajadores. Esta movilización de trabajadores intenta contrarrestar los métodos fascistas de Guevara y su irrespeto a la ley y la estabilidad laboral...

38. Véase *Momento* N° 103, noviembre 30, 1951: 7.

39. Como señalara uno de mis informantes: “El partido con Guevara se encargaba de su gente”. Si bien este informante no estuvo nunca asociado al CFP durante época guevarista, tenía un conocimiento de primera mano acerca de cómo el partido “se encargaba” del “bienestar” de sus miembros. En sus propias palabras: “Mi padre, que era cefepista, fue Director del Museo Municipal (a principios de los cincuenta). Guevara lo quería hacer miembro del Concejo. Pero mi padre le dio las gracias y declinó. ‘No es una candidatura; es un nombramiento lo que te estoy ofreciendo’, le dijo Guevara. ‘Justamente’, le dice mi padre. ‘Yo soy Director del Museo Municipal y como concejero no puedo mantenerme en ese puesto, y necesito el sueldo’. Carlos Guevara no aceptó su negativa y lo nombró. Y llegó el primer canasto de comida a la casa. ‘Te equivocabas ‘le dijo mi padre a Guevara. ‘Yo soy el concejal de cultura; no soy concejal de abastos’. Y pocos días después, renunció”. *Entrevista* N° 12).

...No todo es desesperanza...El nuevo Alcalde ha ido a los barrios suburbanos. En uno de ellos ha inaugurado algunas piletas, construidas en menos de veinticuatro horas...También ha prometido visitar las urbanizaciones del Seguro Social, que (en el plazo de) tres meses estarán pavimentadas y servidas con alcantarillado. El doctor Guevara se está convirtiendo en un mago prodigioso...si continúa así dejará al Doctor Chiriboga Villagómez de Quito muy detrás.⁴⁰

Algo más de tres décadas más tarde, uno de los ex-miembros de la cúpula del partido definiría la Alcaldía de Guevara como “una época de realizaciones prácticas”. (*Entrevista N° 28*).⁴¹

Las páginas precedentes dan cuenta del escenario en el cual el enlace entre CFP, bajo el liderazgo de Guevara Moreno, y los moradores *qua* votantes emerge y se desarrolla. Los esfuerzos de reclutamiento de apoyo político y electoral de Guevara habían comenzado a fines de la década de 1940. Para comienzos de 1950 CFP había logrado construir una máquina electoral. Pasemos ahora a la identificación de los mecanismos mediante los cuales se establecen los nexos más tempranos y su desarrollo posterior.

40. Véase “Cancelación en Masas”, en “Revista de Noticias de la Semana” (*El Comercio*, Quito, Edición del Domingo, enero 13, 1952). Las respuestas (en *Momento*) a las acusaciones de “tácticas fascistas” y “conducta arbitraria” por parte de CFP son, en sí mismas, muy reveladoras del estilo político de CFP bajo el liderazgo de Guevara: “Es necesario admitir que CFP actúa con la fuerza de un partido de masas, y eso ofende...a otros partidos...que no las tienen. (Es cierto que) organizamos grandes manifestaciones que nuestros enemigos califican de agresivas (porque) ellos no pueden hacerlas, y (por esa razón) nos llaman fascistas. (Ciertamente) que Guevara ha sacado a los socialistas y comunistas fuera de la Municipalidad para colocar cefepistas. Pero ¿no es eso lo que los propios socialistas y comunistas han hecho cuando han controlado puestos o presupuestos burocráticos? Consecuencia: Aquellos que plantean el estado totalitario y la economía al servicio del Estado no son fascistas. Fascistas son quienes logran hegemonía en un presupuesto (público) y cancelan a quienes no pertenecen a su partido. Corolario: todos los partidos y partiditos del Ecuador son fascistas”. (“CFP y el Fascismo”, por Martín Arellano, en *Momento* N° 126, Mayo 9, 1952, : 6-7).

41. En palabras de uno de los principales opositores de Guevara: “Para 1952 ya había una maquinaria (en CFP). Para entonces ya conocíamos de los comités de CFP, de los concursos de belleza, de las reinas del sector en los barrios que presidían los desfiles hacia la tribuna...participación popular organizada, definitivamente”. (*Entrevista N° 19*).

Estableciendo los enlaces

Los barrios marginados o barriadas de Guayaquil habían sido objeto de esfuerzos de reclutamiento electoral en época anterior. Redes clientelares informales *qua* estructuras de reclutamiento habían operado en el pasado. Asimismo, los intermediarios o *brokers* barriales habían actuado a manera de engranaje para los propósitos electorales, “transfiriendo” a una candidatura determinada, los votos que eran capaces de reunir a partir de la “relación especial” que tenían previamente con residentes barriales. En el pasado, este tipo de esfuerzos habían sido de carácter esporádico, y no se dio intento exitoso alguno para “institucionalizar” ese tipo de vínculos o para enlazarlos a una estructura partidista hasta la aparición de Guevara Moreno y su movimiento en la escena política local. Las siguientes citas son reveladoras:

...Cuando el Doctor Guevara funda el partido, no habían comités políticos en Guayaquil. Habían comités electorales. Había un cacique de barrio...un 'oligarca de overol' que reunía en una gran fiesta a los treinta, cincuenta o sesenta matones del barrio, nombraba el comité así conformado con el nombre del candidato o la mamá del candidato, y después de recoger sus cédulas electorales... iba al candidato para venderle esos votos...Muchas veces, así como vendía esos votos a un candidato, se los vendía también a otros...(Un miembro fundador de CFP. *Entrevista N° 16*).

...Los comités electorales eran grupos de personas que tenían como domicilio la casa de uno de sus miembros. El candidato iba allí a conocerlos. Por ejemplo, por cualquier razón usted es mi partidaria...y usted es una persona que en su cuadra tiene muchos amigos...usted es más activa...más habladora...más persuasiva que otras mujeres del barrio. Y usted dice: “Mire, compadre; mire, vecino, el Doctor X es candidato a alcalde, o presidente...El va a venir a mi casa...Yo lo voy a recibir. Vengan y hablen con él”. Entonces usted hace trabajo político para mí en un área pequeña. El candidato llega y tiene allí treinta o cuarenta personas que usted ha reunido para él. Eso era el comité electoral (Un miembro fundador de CFP. *Entrevista N° 18*).

Usualmente los comités electorales tenían que ser comprados. Guevara cambió todo esto. Convirtió a la membrecía. El hizo lo opuesto. El hizo pagar un suкре a los miembros. *Creó una mística en la organización de comités sin elecciones por delante*. (Un prominente miembro del Partido Liberal. *Entrevista N° 28*; el énfasis es nuestro).

En palabras de un ex-miembro de CFP, “en una época en que las elecciones se hacían a base de licor, comida y dinero, Guevara lanzó el *mono*: “bebida, alcohol, comed su comida, disfrutad su dinero, y votad por nosotros””. (*Entrevista N° 32*).

De hecho, la estrategia de reclutamiento electoral de Guevara lo demuestra como uno de los pocos políticos de la época que comprende la naturaleza del contexto social en el que opera, conformado por contingentes cada vez más vastos de votantes marginados, cuya condición requería ser tomada en cuenta políticamente y cuya continua expansión hacía la “compra” (liberal) del voto ni posible –a tal escala– ni “funcional” –teniendo en cuenta, además, la naturaleza de la cultura política de este segmento del electorado en general. Más bien, los votos debían “ser conquistados” y “aseguraba” la “solidaridad” política de los marginados urbanos. De allí los esfuerzos de este político, eminentemente “pragmático”, por “crear una estructura que correspondiera a la organización y condiciones sociales específicas que encontró.” (*Entrevista N° 32*).

¿Cómo se logra esto? En palabras de un ex-Jefe de Agitación y Propaganda del Partido, esto se hace en el comienzo “yendo a la gente y convenciéndolos de su necesidad de tener un partido político, o por lo menos un grupo de amigos, que los apoyara”. (*Entrevista N° 31*; el énfasis es nuestro). De hecho, “en un medio en el que la marginalización era tan aguda, esto podía ser hecho de manera muy sencilla...estábamos tratando con gente que no tenía seguridad...que no tenía a nadie que los protegiera en contra de los poderosos...” (*Entrevista N° 31*). Ahora bien, en el caso de los moradores específicamente, los nexos entre Guevara y el partido, por una parte, y sus partidarios potenciales, por otra, no serían iniciados exclusivamente porque CFP fuese en su búsqueda. Los moradores, a su vez, buscarían activamente establecerlos. Lo que es más importante aún, en la práctica se daría un calce *quasi* perfecto entre la naturaleza de los vínculos o nexos ofrecidos por los “reclutadores” y los perseguidos por los mismos “reclutados”.

Los primeros contactos

Se emplearon dos mecanismos, paralelos y de refuerzo mutuo, para establecer los primeros contactos con las bases. Estos mecanismos consistieron, básicamente, en (1) la integración de los nexos informales ya existentes (v. g., los asociados a la UPR de Mendoza; así como también los que Guevara había logrado establecer siendo Secretario de la Administración y luego Ministro de Gobierno de Velasco Ibarra; y los

que otros miembros del comando —directorio— del partido pudiesen contribuir); y/o (2) en la contactación directa de la gente para solicitar su apoyo, dando inmediatamente a los contactos exitosos una estructuración bien afincada en el lugar de residencia de los “contactados”. (*Entrevistas 7 y 16*).⁴²

Estos esfuerzos de contactación implican tanto a los mandos medios o “segundones” (como nuestros informantes de la cúpula se refirieron a ellos invariablemente), como al comando del partido directamente. En los primeros esfuerzos de *canvassing* (literalmente, soliciación de votos) no se enfatiza, en particular, zona alguna de la ciudad. El objetivo es lograr cobertura total de la ciudad. (*Entrevistas 4, 16, 1*). Sin embargo, una suerte de “selección natural” comenzaría a operar desde un comienzo, y la respuesta a estos esfuerzos de reclutamiento sería mayor en aquellas zonas de la ciudad en los que la necesidad de contactos, enlaces, vínculos o nexos con un partido político como mecanismos de “compensación” a la precariedad fuera también mayor, es decir, en las áreas marginadas de la ciudad y, en particular, en los barrios suburbanos o barriadas.⁴³

42. Ciertamente, no todos los esfuerzos de reclutamiento eran llevados a cabo en esta forma u orientados exclusivamente a unidades de base barrial. Como lo sugiere, por ejemplo, la diversidad de delegaciones que asistieron a la primera convención del partido (véase nn. 21 *ut supra*) no estuvieron ausentes los intentos de penetrar en las organizaciones de trabajadores y estudiantes. Se realizaban actividades proselitistas también en los clubes deportivos, en los que los miembros de la cúpula o los “segundones” del partido tenían contactos. Obsérvese, además, que muchos números de *Momento* contienen exhortaciones a sus lectores 33, 41 y 42, de junio 10, septiembre 16 y octubre 14 de 1950, respectivamente). Tales esfuerzos, sin embargo, no fueron ni equiparables en su alcance, ni tan sistemáticos, ni tan exitosos como los que analizamos en este capítulo. De hecho, adviértase que merecieron una mención secundaria por parte de nuestros entrevistados. Más importante aún, su relevancia fue menor en lo que a los actores focales del estudio respecta.

43. Las condiciones de precariedad que tipifican a las barriadas de la ciudad han sido ampliamente descritas en el capítulo 1. Si bien hacia fines de la década de los setenta, y a medida que las barriadas más antiguas se consolidaban, muchas comenzaban a adquirir los rasgos típicos del tugurio de la ciudad, (con implicaciones para el reclutamiento del voto que serán analizadas en el capítulo 9), la homogeneidad en términos de sus rasgos eran la regla, aun, antes que la excepción. En la época que estamos examinando en esta sección del capítulo, la modalidad-barriada de inserción ecológica había recientemente comenzado a adquirir importancia en la ciudad. El comentario de un vecino fundador del barrio Santa Ana a efectos de que en ese tiempo “todavía necesitábamos todo” es aplicable a las barriadas de la ciudad, en general, en esa época. (*Entrevista Nos. 34, 36, 39, 42*).

Los testimonios de miembros claves del partido, que participaron personalmente en los primeros esfuerzos ilustra la mecánica operativa del proceso. En palabras de uno de ellos;

...Una vez que ya habíamos organizado el partido, es decir, el comando—habíamos cuatro o cinco de nosotros—y los segundones, hicimos un mapa con los diferentes sectores (distritos) de la ciudad. Cada miembro del comando tomaba un sector—habían cinco en aquel tiempo—. Entonces yo iba allí, por ejemplo, (en compañía de) un grupo de segundones. Yo hacía tres cuadras en la mañana, tres en la tarde...Algunas personas ni nos escuchaban. Aquellos que sí nos escuchaban yo les preguntaba si querían pertenecer a nuestro movimiento: 'Este es un movimiento de clase media', les decía... 'de la clase que los que están arriba no la dejan surgir...' 'Hay que levantar la cabeza'..." (*Entrevista N° 7*).⁴⁴

Otro miembro de la cúpula de entonces, cuyo testimonio fue extremadamente similar, enfatiza, adicionalmente, otro elemento: "...les decíamos a la gente: 'Somos un partido nuevo, y no hay razón para que desconfíen de nosotros; pueden creer en nosotros'." (*Entrevista N° 16*). Y un tercero dice lo siguiente:

Al comienzo algunos desconfiaban y nos decían: 'No somos muchos aquí; somos una familia chica', a lo que nosotros respondíamos: 'con su familia es suficiente. Vamos a formar un comité con su familia y sus amigos más cercanos'. En realidad, no nos importaba si el comité tenía veinte miembros o menos, se da cuenta? Lo importante era organizarlos... (*Entrevista N° 4*).

Luego del primer contacto "puerta a puerta", y ubicada la "militancia potencial", se les invitaba a la central del partido "donde ellos tenían la oportunidad no solo de mezclarse con nosotros (el comando) sino de ver toda la organización; se iban impresionados y entusiasmados." (*Entrevista N° 35*). Muchos regresaban a su barrio y formaban un comité político. "Eventualmente", recuerda un ex-miembro del comando, "tuvimos que pedirles que no vinieran tan a menudo...habíamos crecido tanto!..." (*Entrevista N° 35*).

El comité político

El siguiente paso al establecimiento de los primeros contactos era la formación de los "comités políticos", desde el punto de vista del par-

44. La interpelación directa de los moradores como "clase media" antes que "pobres" no es de importancia menor. Nótese su congruencia con la "ética" de los moradores en los términos planteados en el capítulo 3. Véase también el capítulo 9 en referencia a este punto.

tido, o los “comités barriales de base”, desde la perspectiva de quienes los conformaban. El comité político era, básicamente,

...una especie de club de barrio...un club de esquina, que tenía como sede la casa de un vecino o vecina; un lugar en el que familia y vecinos se reunían, *como siempre lo habían hecho*, pero ahora no solo para conversar, para hacer visitas, para jugar a las cartas, sino para hablar de política...y donde los miembros del partido venían frecuentemente a socializar con ellos y ‘a hacer política juntos’... (*Entrevista N° 28*; el énfasis es nuestro).⁴⁵

Desde el punto de vista del partido, estos comités constituían la célula básica de CFP, la base de una estructura-en-cadena de tipo piramidal, conformada por la agregación horizontal de comités barriales enlazados piramidalmente con comités de nivel parroquial o distrital que eran parte de juntas zonales de la ciudad, enlazadas, a su vez, a la central del partido.⁴⁶

La diferenciación básica entre el comité electoral y el comité político como se definiera en páginas anteriores, era que el segundo es concebido como una estructura permanente, en que la presencia del partido, sus líderes y cuadros no se limitan a las actividades de campaña, *stricto sensu*, en época electoral. En palabras de uno de los reclutadores más prominentes de ese entonces, “...nosotros estábamos trabajando con los comités todo el tiempo.” (*Entrevista N° 11*). Agrega otro: “Hacíamos política a toda hora del día y todos los días del año” y, lo que más

45. Tanto los reclutadores de apoyo político, cuanto los reclutados, se refieren indistintamente al comité político barrial como “comité de familia”, “comité de base” y “comité barrial”.

46. Nuestro tratamiento aquí se refiere exclusivamente a las estructuras de reclutamiento del partido. Obviamente, la estructura organizativa interna del partido como tal, va más allá de la descrita. Había, por lo menos en el papel, una organización interna un tanto elaborada, compuesta en su cúpula por un comando (el cuerpo al cual se le encomendaba “ejecutar la línea política del partido y resolver cuestiones tácticas”). Sus miembros eran el Director Supremo (el representante del partido y el encargado de supervisar y dirigir sus actividades) y otros nueve miembros (un subdirector, un director ocasional, un secretario, un tesorero y tres jefes -de prensa, acción política, y de acción sindical-, así como un jefe general de control). Debajo del comando se encontraban los jefes de provincia, cantonal y distritales. Para mayor referencia, véase “Vida Política”, en *Momento* N° 86, agosto 3, 1951. Estas estructuras internas del partido y su funcionamiento no conciernen a la presente discusión.

importante aún, “con una permanente demostración de preocupación por la gente”. (*Entrevista 28*).⁴⁷

Consistiendo la estrategia trazada *en dar contenido político* a un conjunto de personas cuya constitución grupal antecedía los esfuerzos de reclutamiento político del partido, no se hacía violencia a los patrones espontáneos de estructuración social de las bases. Deliberadamente, se evitaba la superimposición de estructuras “artificiales” a la barriada. El partido no iba allí a abrir una oficina del partido; trabajaba con lo que encontraba en cada caso. Las redes espontáneas de solidaridad grupal permanecían intactas.

Las bases quedaban en plena libertad para definir por sí mismas el alcance de la célula barrial del partido, según el caso. Ciertamente, “no había un número fijo de miembros de comités o de comités; había tantos como pudieran formarse dentro de una parroquia; había comités más grandes y más pequeños en algunos sectores había comités en cada cuadra, en otros no” (*Entrevista N° 35*).⁴⁸ Nótese, sin embargo, el comentario de este informante a efectos de palabra “para 1956, no había calle en el suburbio sin alguien del partido...” (*Entrevista N° 35*).⁴⁹

47. Adviértase que “Guevara hizo de la política la única actividad de su vida”, como enfatiza uno de sus opositores. (*Entrevista N° 28*).

48. La “organización a nivel de manzana” de CFP se ha tornado un supuesto de amplia aceptación entre quienes han hecho referencia a CFP en sus escritos (tanto periodistas cuanto analistas académicos de la política ecuatoriana), lo cual sugiere una rigidez de estructuración de las bases que es totalmente ajena al *modus operandi* real del partido. Como nuestra investigación revela, los moradores *qua* reclutadores de apoyo o *qua* militantes, quedaban en entera libertad de definir el alcance de su comité barrial, una vez que los primeros contactos con el partido se habían establecido. El mensaje que se les imparte, en palabras de uno de nuestros informantes que participa activamente en actividades de reclutamiento barrial y confirma en su testimonio los recuentos de otros dirigentes barriales y de los propios moradores entrevistados, es: “Si puedes organizar un comité con cualquier número de gente que puedas reunir, es suficiente”. (*Entrevista N° 23*). En la medida en que hemos podido establecer, en Santa Ana, *circa* 1951-1952, cuando habían aprox., 5 o 6 comités cefepistas operando, su cobertura oscilaba de los vecinos de una cuadra, a grupos de residentes de 2 o 3 manzanas, y la membrecía iba de 20 a 60 personas. Adviértase, además, que el concepto de “manzana” es un tanto inapropiado para hacer referencia al patrón de asentamiento de las barriadas en su primera época por lo menos, ya que muchos de los moradores se asientan en un comienzo de manera dispersa en áreas en las cuales la regularización de calles y cuadras aún no tenía lugar.

49. Sea esta afirmación exagerada o no, es sugerente, en todo caso, del alcance que las actividades de CFP habían logrado para entonces.

De modo similar, los comités a nivel distrital (“centrales distritales”) no eran más que el conjunto de los presidentes de comité barrial, que con frecuencia se reunían “en una atmósfera de club social”, para “discutir la política y la estrategia del partido” en casa de uno de los jefes distritales. En palabras de un miembro de la cúpula a cargo de uno de los sectores de la ciudad, “para ellos (los presidentes de comité) era una diversión hacerlo...” (*Entrevista N° 6*).⁵⁰

Vínculos estructurales con la organización del partido

Nuevamente, en términos de estrategia de organización, la constitución de las micro-estructuras descritas en párrafos anteriores, no era casual. De hecho, facilitaba el control vertical, esencial para el mantenimiento de la organización, tal cual estaba concebida:

Operábamos por medio de células. Había un jefe de familia, un miembro activo del barrio, de la cuadra, que era el jefe de la célula. Esta persona tenía a su cargo el trabajo de obtener apoyo para nosotros. A su vez, la célula estaba encadenada a un movimiento mucho más amplio, a través de estructuras cada vez mayores (más incluyentes) piramidalmente, de manera que era más fácil controlar todo esto arriba...una vez que la cosa está organizada... (*Entrevista N° 16*).

En los primeros tiempos hay únicamente dos instancias en la estructura del partido, en lo que se refiere a sus vínculos con la base: la central del partido y el comité barrial, que reporta directamente a la primera. Una vez que el partido comienza a crecer, se establecen tres juntas sectoriales (norte, centro y sur) para agrupar los comités de las áreas del norte, sur y centro de la ciudad, respectivamente. Surge así una organización de cuatro peldaños: “el conjunto de comités de base forma un distrito, el conjunto de distritos conforman un sector, y el conjunto de sectores, una estructura”. (*Entrevista N° 16*).

50. La idea de “diversión” asociada a las actividades del partido en la barriada está invariablemente presente. Por una parte, era en cierta forma “una diversión”, una actividad amena concurrir a las sesiones regulares de los comités de barrio, donde los vecinos podían conversar, comer juntos, o jugar a las cartas durante las tardes, regresando de su trabajo. Por otra, las visitas de Guevara, u otros miembros del comando eran motivo para reunirse y “hacer fiesta” en no pocas ocasiones. En palabras de un morador de Santa Ana: “Guevara venía a mi covachita... y hacíamos baile...pagábamos la comida entre todos...Algunos dábamos para la pierna de cordero, otros pagaban lo tragos. Hacíamos la gran fiesta” (*Entrevista N° 36*). Recuerda otro morador: “Cuando terminaban las obras (se refiere a la pavimentación de la calle en este caso) hacíamos una gran fiesta...Invitábamos a los comités vecinos...Unos daban para el café, los otros para el seco de gallina. Nos amanecíamos...” (*Entrevista N° 23*).

Si bien el intercambio de recursos que fluían de arriba hacia abajo, y viceversa, operaba invariablemente a través de estructuras de intermediación —que existían con ese fin—, el contacto directo entre cúpula y base de la pirámide era frecuente. No se trata, entonces de un esquema rígido en que tales contactos fueran meramente ocasionales. El contacto “cara a cara” entre comando y bases era un proceso inherente a la estructura en cuestión. Por una parte, las visitas tanto de Carlos Guevara Moreno como de Doña Norma a las barriadas y a los comités políticos barriales, eran frecuentes. Además, ambos guardaban una —cuidadosamente orquestada— política de “puertas abiertas” en la central del partido. “(Entrevistas 1, 5, 16, 35, 22). Por otra, el contacto “cara-a-cara” entre los principales miembros del partido y las bases, en el lugar de residencia de estos sectores era también frecuente. En palabras de un ex-miembro del comando cefepista.

...íbamos a casa de los presidentes de comité barrial a almorzar todo el tiempo. Nos quedábamos en su casa y nos mezclábamos con la gente del barrio...Íbamos al bautizo de sus hijos...íbamos con ellos a la Iglesia...íbamos a caminar por el barrio...Tengo miles de ahijados...Alguna vez íbamos a veinte bautizos en una noche. Naturalmente, hay escalas entre la vecindad. Los más capaces del barrio eran usualmente los presidentes de comités o jefes de distrito...Nosotros les prestigiábamos con nuestras visitas... (Entrevista n° 1).

El contacto directo con los presidentes de comités se daba en la central distrital, en reuniones semanales en las que, casi siempre, participaba un miembro del comando o su representante personal. Estas reuniones “no eran improvisadas; todo estaba programado, nada se dejaba librado a la suerte”, recuerda un ex-miembro de la cúpula (*Entrevista N° 1*).⁵¹ Además de la satisfacción que reportaba a la base la presencia de los miembros de la cúpula, los contactos directos entre el liderazgo del partido, por una parte, y los presidentes de comités y las bases en general, por otro, permitían a la cúpula (a) “controlar si en verdad los comités estaban funcionando”; (b) “darle su cuota de liderazgo, protección y apoyo a los presidentes de comités” y, por último, (c) “asegu-

51. *Entrevista 51*, reforzada por los testimonios recogidos en las entrevistas Nos. 6, 16, 22, 35.

rar que, en cualquier momento, los miembros de los comités pudieran ser fácilmente movilizados”. (*Entrevista N° 31*).⁵²

La base también requería, y obtenía, acceso directo al comando en la central del partido. Como recuerda un prominente ex-cefepista,

Sí, era una cosa piramidal. Ahora bien, es obvio que los líderes de barrio no querían ir con sus problemas exclusivamente al jefe distrital. Algunas cosas las delegábamos, sí. Otras las atendíamos nosotros directamente, precisamente afin de man-

-
52. También las entrevistas 22, 25, 36, 39. “Muchas veces, en menos de 45 minutos, nos comunicábamos con varias zonas de la ciudad, para organizar lo que llamábamos mítines relámpagos. En esa época habíamos dividido la ciudad en tres sectores: norte, centro y sur. Cada uno de estos tres sectores tenía una persona a su cargo, que estaba en permanente contacto con un buen grupo de colaboradores. La orden venía de la cúpula, directamente, que en ese tiempo estaba bajo mi dirección y la de doña Norma. Me comunicaba con los tres jefes de sector. Ellos, a su vez, llamaban a los jefes de distrito. Estos, a su vez, llamaban a los dirigentes barriales. Los mítines relámpago estaban dirigidos a producir aglomeraciones de 20 o 30 personas. En un círculo, un orador arengaba a la gente por un par de minutos, y entonces emprendían en carrera tirando piedras a los almacenes, tratando de causar tanta conmoción como fuera posible, con el menor daño a la gente. Nunca tuvimos muertos o heridos (en los mítines relámpago). La idea era producir un impacto, y nada más; hacer que las tiendas cerraran sus puertas. Esto no era muy difícil en aquel tiempo”. (*Entrevista N° 35*). Otro prominente movilizador del partido recuerda lo siguiente: “Había un jefe en cada distrito. Esos estaban bajo mi mando. Entonces queríamos poner diez mil, quince mil personas en las calles; yo les decía a esos jefes que en un momento determinado, a tal hora, nos encontraríamos en la Plaza Victoria, por ejemplo, para marchar hacia la Plaza del Centenario. Ellos, a su vez, corrían a llamar a los presidentes de comités. Nosotros estábamos en un estado de alerta todo el tiempo. ‘Esta noche, a tal hora’. El jefe de sector llamaba al jefe de comité; usted puede convocar cincuenta en una hora, no es cierto?; personas que estaban regresando a sus casas del trabajo, a las cinco o seis de la tarde. Los presidentes de comité entonces convocaban a su gente.” (*Entrevista N° 7*). “Podíamos movilizar hasta 20 mil personas siguiendo este sistema”, agrega otro. (*Entrevista N° 1*). En palabras de un ex-dirigente barrial, esto era posible porque “todo estaba...supervisado como en un campamento militar. Todos nosotros teníamos nuestros jefes. Y todo estaba controlado”. (*Entrevista N° 22*). Ahora bien, que la organización y control que existían, eran esenciales para el éxito de las actividades de movilización del partido no era la única razón para que los dirigentes estuvieran dispuestos a “acatar”. Movilizar a la gente para participar en los mítines del partido y en demostraciones callejeras era el resultado del acuerdo no escrito, del acuerdo tácito que ligaba la estructura de intercambio que el CFP representaba. Además, proveía una oportunidad para que cada dirigente demostrara su “fuerza”, su capacidad de reclutamiento y realizara su *status* como tal: “Los jefes del sector nos hacían saber a nosotros, los jefes de comité, ‘Hay un mitin en tal y cual lugar’. ‘Tenemos que hacernos presentes, porque si no van a decir que este comité pide pero no se le ve’. Entonces, yo iba y convencía a mi gente para ir. Yo iba encabezando el grupo, al frente. Cada uno de nosotros demostrábamos nuestro poderío con su personal. Algunas veces nos envia-

tener contacto directo con la base. Era así de simple. Y entonces, claro, este líder nos traía directamente a nosotros los problemas de su barrio... (*Entrevista N° 5*).

En suma, la estructura orgánica del CFP bajo el liderazgo de Guevara es eminentemente flexible, en forma tal que da a las bases posibilidades reales de acceso directo a la cúpula, si bien cuidadosamente controlada desde arriba.

Estructuras de intermediación relevantes a la barriada

Los presidentes de comités barrial representan las estructuras de intermediación del partido en la barriada. Algunos son ex-activistas de la Unión Popular Republicana; otros habían conocido a Guevara cuando era Ministro de Gobierno, habían recibido algún tipo de favor personal de su parte y “le tenían devoción”. (*Entrevista N° 5*). Otros, habían sido ubicados a través de las actividades de reclutamiento “puerta-a-puerta” del partido y seleccionados como “sustancia” por ser “los más activos”, los más “populares” o los más “entusiastas”. (*Entrevista N° 6*). En este sentido, además, el partido capitalizaba en ellas heterogeneidad socioeconómica interna de la barriada. En palabras de un prominente ex-miembro del partido, con responsabilidades de reclutamiento en la época, “aún en los lugares más pobres encontrábamos siempre una persona que sabía leer y escribir...que tenía una profesión o un oficio...que tenía un trabajo estable y era admirado por sus vecinos”. (*Entrevista N° 6*), y era, por lo tanto, “seleccionado” como intermediario político potencial en la barriada. (*Entrevistas 6, 39, 25, 33*).

Algunos de estos *brokers* barriales eventualmente se vinculaban más formalmente al partido y se les daban responsabilidades que iban más allá de la tarea de reclutamiento de apoyo a nivel barrial. En algunos casos, llegaban a formar parte del comando del partido.⁵³ Otros, si bien

ban transporte desde el comando. Otras veces yo mismo lo conseguía...*Uno siempre puede encontrar un amigo que le debe un favor...*” (*Entrevista N° 22*; el énfasis es nuestro).

53. Como se verá en páginas subsiguientes, el caso del propio Assad Bucaram es el ejemplo más saliente. También fue el caso de uno de nuestros informantes. (*Entrevista N° 39*). Algunos dirigentes, si bien no integrándose a los cuadros formales del partido en consecuencia, eran encargados de misiones que iban más allá del reclutamiento de apoyo, ocasionalmente. Por ejemplo, visitar los mercados públicos de la ciudad para “ayudar a la administración y supervisar cómo se portaban los inspectores de mercado”. Este tipo de misiones, reforzaba el sentido de participación y control de la dirigencia de base sobre las obras municipales. (*Entrevista N° 35*).

miembros del partido, permanecían vinculados a CFP más laxamente, en su única capacidad de presidentes de comité barrial, otorgando al partido un apoyo que podía tornarse altamente contingente, a veces, ya que “le movían las cosas” a Guevara entre su gente tal como lo habían hecho por otros políticos que habían buscado su apoyo en el pasado, o que lo buscarían en el futuro—a partir del debilitamiento político de “El Capitán del Pueblo”—.

Los intermediarios barriales tenían un elemento: en común, a saber, el hecho de que sus enlaces con la base era directo y bien afinado en su lugar de residencia. Como tales, representaban el principal mecanismo a través del cual los moradores establecían relaciones electoralmente relevantes.⁵⁴

El reclutamiento de los intermediarios barriales: un estudio de caso

El siguiente es un testimonio de la modalidad de reclutamiento del liderazgo de base barrial, como también de la naturaleza de los nexos que se daban entre la dirigencia barrial y los actores (contendores políticos y bases) que vinculaban para efectos políticos.

Pregunta: ¿Usted siempre ha vivido en el mismo barrio...?

Respuesta: Sí, en la parroquia de Ayacucho...

Pregunta: ¿Cómo así entró en la política?

Respuesta: Bueno, mi madre era velasquista...El pueblo ya empezó a movilizar cuando el 28 de mayo (“la Gloriosa”) ...Mi madre era presidenta de un comité del barrio. Ella era cocinera, y trabajaba con otros vecinos del barrio para el progreso del barrio...Entonces Velasco manda alguien al barrio para hablar con mi mamá y ella y su gente se hicieron velasquistas...el interés de ella era el progreso del barrio. Ella trabajó para que lo eligieran en 1940...

Entonces, cuando cumplí dieciocho años algunos amigos de mi madre vinieron y me dijeron: ‘Mira, Rosa, sabemos que te gusta la política’. Y yo dije: ‘sí, porque mi madre me enseñó a trabajar para lo que necesitamos...para que nuestra calle tenga pavimento ...para el progreso del barrio’. Ellos dijeron: ‘Bueno, si te gusta la política vente con la uperra’. Entonces me llevaron allá, al comité central. Ahí mismo me gustó...porque vi tanta gente allí, gente como yo, tanta unión! Todas esas mujeres, tan varoniles, tan va-

54. No estamos sugiriendo, en modo alguno, que estos fuesen representativos de un único tipo de *broker* ligado a las actividades del partido. En todo caso, no nos interesa detenernos en el caso de otro tipo de intermediario político, en tanto en cuanto sus actividades no tengan que ver con los mecanismos de reclutamiento a nivel de la barriada. Adviértase, en todo caso, que la importancia de los intermediarios relevantes al contexto barriada es subrayada por el hecho de que CFP, de hecho, no desarrolló estrategias exitosas para penetrar las organizaciones laborales o estudiantiles como tales, por ejemplo. Si esto fue deliberado o no, es un tema que no nos concierne aquí.

lientes...Me gustó el doctor Mendoza, que me vino a hablar, estilo camiseta, sin ninguna pretensión. Se llevaron mi cédula, y me quedé (con la UPR)...

Pregunta: ¿Conoció algún otro político importante en la central de la uperra en aquella época?

Respuesta: Bueno, primero venía el doctor Mendoza. Después (comenzaron a venir) el doctor Carlos, doña Normita, 'Perro Tierno' y otros...Primero el doctor Carlos no era un militante. Solo venía a conversar con nosotros. Después cuando el doctor Mendoza se fue me quedé con el doctor Carlos...*porque él era el más fuerte allí...* (Entrevista N° 39).⁵⁵

Rosa, nuestra interlocutora, no fue una militante potencial seleccionada al azar por los “uperristas” y posteriormente distinguida por Guevara como una de sus dirigentes barriales preferidas “porque sí”. Su militancia fue buscada primero y cultivada después, por ser ella una de las vecinas “mejor vistas” y “más activas” de su comunidad barrial. Muchos vecinos dependían de la “buena voluntad” de Rosa, quien se las ingeniaba para cuidar por sí sola de sus cinco hijos, trabajando como costurera, y también “para ayudar a sus vecinos” a través de los contactos que había logrado establecer trabajando, en un comienzo, con su madre “por el barrio”: abogados –a quienes conoce durante las campañas electorales– y “que podían ayudarme cuando necesitaba algo para mí o mis amigos” (recomendaciones para un empleo, escribir un petitorio para la Alcaldía, solucionar problemas de matrícula escolar para la hija de una vecina, etcétera). Gracias a ello Rosa logra establecer una excelente reputación en el barrio como “Mama Rosa”, la vecina servicial y activa “con los contactos”...

Los favores que “Mama Rosa” logra obtener para sus amigos y vecinos no sólo le reportan sentimientos de satisfacción personal. También le reportan beneficios personales concretos. Treinta años después del inicio de su “carrera política” nos diría:

Porque ayudé al barrio pude formar (después) mi propio comité (político) cuando me lo pidieron. Formé un comité en mi cuadra. Convencí a mis vecinos diciéndoles que teníamos que hacer algo para que nos arreglen la calle, para que nos dieran agua, alcantarillado...No teníamos nada. Por eso existe la política: para poner a alguien allá arriba que pueda hacer que los poderosos no nos cierren las puertas... (Entrevista N° 39).

55. Por “Perro Tierno” se está refiriendo a Miguel Macías Hurtado, cuyo rostro juvenil inspiró la generalización de este apodo afectivo.

Tanto Rosa cuanto otros dirigentes barriales entrevistados opinaron que “Guevara ganó con nuestros votos”.⁵⁶ Guevara compensaría a Rosa por su apoyo con un nombramiento de recaudadora de muelles para la Municipalidad –puesto que mantendría hasta 1960, cuando Pedro Menéndez-Gilbert, el entonces Alcalde de la ciudad, la reemplazaría con otro dirigente que, a su vez, había “trabajado la elección” para él. (*Entrevista N° 39*). El caso de Rosa no es una excepción, y su observación a la autora de que su actividad política en sí, más que su apoyo por candidato alguno en particular, era lo que le permitiría “progresar en la vida”, refleja los sentimientos expresados por su contra-partes de otras barriadas también. En palabras de Rosa, “con el partido (léase, “con mi actividad política”) yo he ido subiendo, subiendo...” (*Entrevista N° 39*).⁵⁷

Si bien Rosa *qua* intermediara es “utilizada” políticamente por CFP y, eventualmente, por otros partidos políticos, la naturaleza misma de sus actividades políticas la lleva, a su vez, a la manipulación deliberada de la gente que contribuye a reclutar para efectos de apoyo, es decir, de “su gente”. Durante las campañas electorales, por ejemplo, Rosa visita a sus vecinos –algunos de los cuales no saben leer o escribir– no sólo “para enseñarles a firmar” sino también, y en sus propias palabras, “para enseñarles cómo votar y para quién” (*Entrevista N° 39*).⁵⁸ Después de todo, son consideraciones de índole eminentemente utilitarias las que la inducen a “hacer política” en primer lugar...

56. Esta frase se repite, casi invariablemente, y *verbatim* por los dirigentes barriales cefepistas entrevistados.

57. Nótese que la expresión “Con el partido yo he ido subiendo, subiendo”, hace eco del comentario de la mayoría de los dirigentes barriales con los cuales conversamos. Al margen de las compensaciones financieras que puedan haber resultado directa o indirectamente de su participación en actividades partidistas como movilizadores de base, el comentario quería enfatizar, en todos los casos, el acceso para sí y “su gente” que resultara del contacto con personas de importancia, el cual se traducía no solo en beneficios para los miembros de la comunidad barrial como tal, sino para los moradores *qua* individuos, y lo que es aún más importante, en la adquisición o reforzamiento de *status* y prestigio entre la comunidad local a consecuencia de tales actividades.

58. En palabras de un prominente ex-miembro del partido, “en el suburbio había mucha gente que nos apoyaba pero que no podía votar porque eran analfabetos y no podían sacar su cédula. A aquellos que no tenían la cédula les decíamos: ‘Así que no tienen su cédula electoral; entonces ustedes no son nadie; ustedes no existen’. Entonces ellos nos pedían que les enseñáramos a firmar, y lo hacíamos, para que pudieran sa-

Modalidades alternativas de enlace: solicitando ser reclutados al partido

Cabe una observación adicional aquí con respecto a cómo se originan los vínculos entre la dirigencia barrial *qua brokers* y el partido en algunos casos. Algunos dirigentes y “su gente”, o simplemente un grupo de vecinos a instancias del “más activo” del barrio, buscan deliberadamente relacionarse con el partido...una vez que su capacidad de respuesta es manifiesta. Tres de los líderes barriales entrevistados por la autora habían sido “seleccionados” por los “segundones” del partido que habían logrado establecer contactos barriales con éxito. Otros tres, sin embargo, habían tomado ellos mismos la iniciativa para vincularse a CFP. Dos de los testimonios del segundo grupo son reveladores. El testimonio que extractamos en las líneas siguientes evidencian moradores “pragmáticos” profundamente conscientes de su necesidad de establecer vínculos con el partido “que manda en la municipalidad”, a fin de obtener acceso a la única oportunidad percibida como disponible para atender a sus demandas, así como una clara habilidad para manipular el contexto político inmediato para ese fin. En un testimonio, la respuesta a nuestra pregunta: “¿por qué ‘se metió’ en política?”, es la siguiente:

Yo me había posesionado de un solarcito, aquí nomás, en la 13 y Alcedo, donde hice mi covachita, temporalmente, hasta que pudiera hacer algo mejor...Pero la

car sus papeles...” (Entrevista N° 6). Para esta tarea el partido podía contar con la cooperación de los presidentes de comité, quienes de hecho, manipulaban a “su gente” a fin de que pudieran volverse “aptos” para inscribirse y, fundamentalmente, “para que votaran por quienes tenían que votar”. Como uno de los dirigentes barriales entrevistados recuerda: “Ah, las reuniones! Teníamos reuniones todo el tiempo, para que la gente estuviera preparada. Durante las campañas yo hablaba con mis vecinos y los llevaba al comité, que era en mi casa, y ensayábamos: ‘Mire, compañero, aquí es donde tiene que marcar. Hágalo con cuidado. Usted ya sabe quién es el candidato... a algunos de ellos tenía que enseñarles como en una clase’.” (Entrevista N° 39). En palabras de otro de nuestro entrevistados: “Escribíamos los nombres del candidato en la pared, como en una pizarra, con sus números y les decíamos ‘Por este no voten, es de oligarcas y todo eso. Tienen que votar solamente por este, porque solo él es del pueblo’...Así les decía...” (Entrevista N° 23). En palabras de otro: “Algunas señoritas venían al comité. Ellas venían de voluntarias y les enseñaban a los miembros del comité cómo tenían que firmar, ‘para que no se dejen engañar’, les decían. Pero (en realidad) hacían eso para que la gente pudiera votar. ‘Ustedes tienen estos terrenitos, y se los van a quitar porque no saben firmar’, les decían. Entonces a la gente le venía el miedo...Y practicaban, y practicaban, y aprendían a firmar. Entonces les podíamos sacar los papeles para que votaran”. (Entrevista N° 22).

covachita en donde vivíamos con mi señora y mis tres hijos estaba en el agua. *Es por eso que yo ya tenía el interés (de 'hacer política')*. Yo ya había visto lo que Guevara había hecho por otros barrios...para la gente del barrio Garay y de otros también. Entonces formamos un comité en mi casa que estaba en el agua pero en la mejor de la zona porque era la más sólida. Me junté con algunos vecinos —yo era el más activo de todos— y los convencí. Yo mismo empecé a llamar a la gente de por aquí, entre lo que hoy es las cuadras 11 a la 27 (del Suburbio). Esa misma noche éramos como cincuenta. *Claro que yo no estaba solo*. Ya tenía amistad de antes con Don Lucio, que era jefe del sector Febres Cordero de la cefepé. El era a migo de la familia, de mi papacito y mío, y me dice: 'Si tu quieres, adelante, forma tu comité; yo te voy a respaldar...' (*Entrevista N° 22*, el énfasis es nuestro).

En otro de los testimonios recogidos, tenemos un morador que decide, junto con otros moradores del barrio, “complotar” en contra de un comité del vecindario —ya vinculado a Guevara y CFP— forzando al Alcalde a “desviar” su comitiva y visitar su zona del barrio, antes que la adyacente donde se encontraba situado el comité que estaba esperando la visita de Guevara y su comitiva, programada de antemano. En palabras de quien a raíz de esta exitosa maniobra pronto se constituiría en dirigente barrial y *broker* político entre el partido y la barriada,

...por allí, por la (calle) 15 ellos (la municipalidad de Guevara) habían rellenado la calle hasta la casa de la presidenta (de un comité cefepista). Un día conocimos que el Alcalde Guevara Moreno iba a ir para allá. Entonces yo le digo a mi compadre y a un otro amigo: 'Bueno, dejen nomás que venga Guevarita, pero (hagamos) que venga *para acá*. No seamos tontos.

...Qué noche pasamos...Como le digo...compré unas cuantas varas de arpillería (para hacer un letrero) y le puse a nuestra cuadra 'Avenida Norma del Carpio de Guevara', el nombre de la señora de Guevara. Puse el letrero justo a la entrada de la cuadra, de la Gómez Rendón para arriba. Fuimos al manglar y cortamos unas cuantas esteras y las pusimos ahí para formar la avenida. Debajo de las esteras pusimos unas bancas de madera y sentamos los niños, los que teníamos, para simular la avenida. Ahí yo le digo a mi compadre: 'En vez de dejar que Guevara Moreno vaya para allá (hacia el comité vecino) lo hacemos venir para acá. Yo voy a salir a esperarlo (cuadras abajo). Que pise *nuestro* lodo. Yo les aviso cuando veo que llega la comitiva, con unos camaretés'. Resultó que la comitiva vino para acá porque pensaron que era acá que tenían que venir para la bienvenida. Y Guevara llega y yo le digo: 'Doctor, tenga la bondad de bajar del carro'. Y ahí está el letrero con el nombre de su señora...No sabía quien era yo, pero qué podía hacer? (Risas). Así que se bajó del carro. Empezamos a caminar y para suerte nuestra empezó a llover y el lodo se le pegaba a los zapatos y los pantalones...Estaba impresionado, y se dio vuelta al secretario y le dijo: 'Yo quisiera que los muchachos ricos de la Nieve de Octubre, que se orinan en la calle, pudieran ver el ejemplo de este barrio. Y ustedes, qué quieren? Qué necesitan acá?. 'Agua!', gritó uno. 'Muy bien; mañana tendrán el agua. Anote, secretario'...

...Y para qué, al otro día *mismito* pusieron los grifos y un poco de cascajo en los bordes para que no hiciera lodo y todo. Y puso la pileta. Y ahí formamos el comité. (Entrevista N° 25).⁵⁹

El intercambio: modalidad y recursos

Se ha dicho, y se mencionó en páginas anteriores, que Guevara Moreno, pensaba que “la mejor forma de iniciar un partido es desde el poder”. Haya o no sido esto cierto, sus acciones *qua* reclutador de apoyo político revelan una clara comprensión de la naturaleza de las demandas expresas y concepción de lo político por parte de los moradores en general, al mismo tiempo que reflejan su aparente convicción de que responder a tales demandas, en los términos de los propios moradores, y para efectos políticos, requería el control sobre recursos materiales para su distribución a cambio de apoyo.

Si bien a los inicios del movimiento Guevara carece de mayor control sobre ese tipo de recursos, sí cuenta con una coyuntura política ideal —cuyo recuento hiciéramos en páginas anteriores— y con su capacidad personal como reclutador de apoyo político. Paralelamente, la virtual ausencia de competidores de su calibre, en el contexto en el que actúa, es otro factor a su favor. Si el despliegue de su papel como *city boss* tendría que esperar la captura eventual de la Alcaldía, en la primera época cuenta tanto con la oportunidad como la habilidad de cumplir el papel de intermediario político para sus partidarios actuales o potenciales en general, y en particular para los moradores, secundado por el formidable equipo que logra conformar, la mayor parte del cual comparte su comprensión de la naturaleza del electorado concreto hacia el cual sus esfuerzos de reclutamiento debían orientarse.⁶⁰ En efecto, desde un primer momento, el movimiento operaría como estructura de intermediación hacia la cual los afiliados pueden acudir a efectos de obtener acceso a mecanismos de compensación de sus carencias inmediatas. Como recuerda un prominente ex-miembro del partido, “en aquellos primeros tiempos CFP tenía una central que funcionaba como lo hacía cualquier otra oficina de Guayaquil. Los miembros del partido tenían

59. En ambos casos la vinculación fue buscada una vez que Guevara ya había demostrado su voluntad y capacidad de “respuesta” (circa 1951, durante su Alcaldía, en el primer caso; y circa 1956, cuando se preparaba su candidatura a la presidencia de la república en el segundo).

60. Véase el capítulo 8.

sus sitios e iban allí a llevarnos todas sus quejas y problemas”. *Entrevista N°6*). Del mismo modo, otro importante ex-miembro del partido recuerda:

La gente venía a la central y hacía cola para entrar en contacto con nosotros. Usted no tiene idea de lo que era aquello...la cola era larga, pero no se alteraba según (el tipo de) gente que llegaba. Si habían diez hombres de condición humilde que venían a hablar con uno de nosotros y llegaba alguien de mejor posición, aun si se trataba de alguien relativamente conocido, tenía que hacer cola como todos los demás... (*Entrevista N° 1*).

El partido suministraba algún tipo de servicio a la gente “en todo momento”, por ejemplo, medicinas, ya que “muchos médicos estaban con nosotros y esto nos permitía conseguirles medicinas, cuartos de hospital y ese tipo de cosas”. Un hermano de Guevara Moreno era jefe de la clínica ambulatoria del Hospital General en aquel entonces, “y nuestra militancia no tenía que pagar por la visita”. (*Entrevista N° 6*).⁶¹ Recuerda un ex-miembro de la cúpula:

Alguna vez alguien venía a quejarse de que el comisario le había quitado sus chanchos o las gallinas. Nos asegurábamos de que se los devolvieran...Siempre podíamos encontrar alguien que pudiera ejercer alguna presión sobre el comisario, comprende? Si era necesario (para responder a las demandas de la gente) hacíamos que uno de nuestros abogados les ayudara...Les demostrábamos que estábamos preocupados con su causa. Eso era. Alguien ‘más grande que ellos’ los molestaba? Bueno, enviábamos nuestro abogado. Que la matrícula de uno de sus hijos no salía? Bueno, les dábamos una mano... (*Entrevista N° 1*).⁶²

61. Confirmado por moradores barriales que utilizaron estos servicios. (*Entrevistas Nos. 36 y 39*).

62. Anuncios de abogados que ofrecían sus servicios a los miembros del partido aparecen frecuentemente en la revista *Momento*. En palabras de uno de nuestros entrevistados: “...Supongamos que yo soy el jefe de la célula en mi barrio. Usted vive al lado, y es mi amiga. Nos reunimos con diez otros vecinos, a jugar a las cartas. Conversamos sobre nuestros problemas comunes. El partido se pone en contacto conmigo. Continuamos reuniéndonos pero ahora somos un comité de base. Poco después se me invita a la central del partido. Allí conozco al jefe de mi sector. Yo sé que les puedo llevar allí los problemas de mi gente, y sus quejas y preocupaciones al jefe de sector porque los representantes del partido me lo han dicho. Necesitamos un policía en nuestro barrio, por ejemplo. El jefe de sector se moviliza, va al comité central y presenta el problema. Un abogado del partido va al superintendente de policía o a la gobernación (de la provincia) y presenta la queja. Es posible que logre hacer que la demanda se cumpla, por lo menos por unos días: ‘Si quieren un policía, ténganlo por lo menos un día allí, caminando por el vecindario’. Entonces usted por lo menos tiene la sensación de que la demanda ha sido satisfecha”. (*Entrevista N° 2*).

No importa cuán pequeña fuera la demanda, y la consiguiente respuesta, el hecho que el partido liderado por Guevara representaba la apertura de mecanismos de procesamiento de sus demandas, de disponibilidad continua, estaba llamado a demostrar a los sectores populares en general, y a los moradores en particular, los réditos concretos que reportaba apoyarlo políticamente, particularmente dada la ausencia de otras estructuras alternativas.

Si bien al comienzo el comando cefepista trabajaba como equipo, y Guevara Moreno era visto por los miembros de la cúpula, en palabras de uno de ellos, como “un primero entre iguales” (*Entrevista N° 16*), la imagen del Director del Partido se cultivaba como la del principal “patrón”, secundado por su esposa Doña Norma. En el testimonio de un ex-miembro del comando,

Carlos iba a la central todos los días desde las ocho de la mañana hasta la una de la tarde, como si se tratara de una oficina, a trabajar a puertas abiertas. La gente llegaba, una por una, a contarle sus problemas personales y sus necesidades. Regresaba a las tres y trabajaba hasta las nueve...El podía resolver veinte cosas al mismo tiempo. Además, siempre teníamos a alguien que estaba en una posición de poder: miembros del Concejo (Municipal), diputados o contactos...Así él podía resolver las cosas... (*Entrevista N° 7*).

También Doña Norma recibía gente a diario, para todo tipo de consultas, “incluyendo problemas matrimoniales”. Adicionalmente, ambos visitaban las barriadas, “dos o tres veces por semana”. (*Entrevista N° 7*).

En las dos ocasiones en que CFP, bajo el liderazgo de Guevara, obtiene control de la Municipalidad (1951-1952 y 1957-1959), el partido funciona como máquina política, distribuyendo incentivos materiales entre su clientela política. En ambas instancias, y si bien en la segunda ocasión de las mencionadas es Robles Plaza quien ejerce el control formal de la Alcaldía, el rol de Guevara es el de *city boss*, o “patrón N° 1” —del partido y la ciudad—. El testimonio de Luis Cornejo Gaete, quien fuera secretario privado de Guevara durante la campaña electoral de 1956 es revelador:

...Cualquiera que quería obtener empleo en la municipalidad tenía que ir a la oficina del doctor Guevara en la central del partido...En los primeros meses miles de personas hacían cola, lo que requería el establecimiento de turnos...⁶³

Una vez que la persona lograba llegar hasta el despacho de Guevara, “tenía que probar su cefepismo”. El “mensaje” era claro: debía estar activamente vinculado al partido si esperaba gestionar con éxito algún problema personal. La índole de estas gestiones personales ante el “Capitán del Pueblo”, sugiere, asimismo, el poder que ejercían los líderes barriales, a través de quienes se obtenía la cita con Guevara, y quienes debían certificar, además, que el portador de la tarjeta del partido era, en efecto, miembro activo del comité.⁶⁴

63. Esto dio lugar, agrega Cornejo Gaete, “a la compra de turnos o a compensar con algo al que estaba a cargo de la línea”, si bien Guevara no tenía conocimiento de esto, indica. Véase “Anarquía Cefepista en el Municipio”, por Luis Cornejo Gaete, *La Calle*, N° 98, entre enero 24, 1959: 25.

64. De hecho, “...El carnet del partido no era suficiente. Se requería el certificado de su trabajo partidista extendido por un miembro de la jerarquía cefepista: presidente de comité, jefe de familia, jefe de sector, jefe de estructura, si se trataba de un residente de Guayaquil, o de la jerarquía de la respectiva provincia, cantón, distrito rural o recinto, ya que venían cefepistas buscando empleo de diferentes partes del país...El doctor Guevara revisaba la documentación con la que él poseía, porque en su escritorio tenía listas interminables de sus partidarios y merecedores de empleos, listas elaboradas por los cuadros del partido”. (*La Calle*, N° 98, enero 24, 1959: 25). El testimonio que sigue, de un intermediario barrial, provee un revelador recuento de las actividades de intermediación a nivel barrial en operación, la naturaleza manipuladora de estas actividades y los resultados “positivos” que podían obtenerse para todas las partes interesadas: la base (en este caso, un empleo), el patrón (una confirmación ante la base de su “solidaridad” y capacidad de “respuesta”), y el *broker* (un realce de su condición de tal). El episodio ocurre *circa* 1957, en momentos en que se acercaba la época de campaña para las elecciones de Alcalde y Robles Plaza ya había sido declarado candidato: “Estábamos en plena campaña para Robles Plaza. El partido ya dominaba en el Concejo Cantonal. Había una señorita que yo había afiliado al partido. Una noche viene a mi casa, acompañada por el Secretario de su comité y dice: ‘Disculpe, Señor C..., he venido a hablar con usted. Estoy aquí para molestarlo con un favor. Se me ha notificado que estoy cesante en mi empleo.’ Y yo le digo ‘¿Y yo qué tengo que ver con eso? En primer lugar, yo no fui quien le consiguió ese empleo para usted; yo no tengo nada que ver con eso; no hay nada que yo pueda hacer allí’. ‘Pero sí lo hay’, me dice ella. ‘Quiero que usted me ayude porque yo soy miembro de su comité’. ‘Sí’, le digo, ‘bien, es cierto; yo fui y la visité a usted, pero usted no vino a visitarnos después de eso’...Yo estaba aclarando las cosas...’ En cualquier caso, yo le agradezco que se haya afiliado a mi comité, aunque eso es todo lo que usted ha hecho. Yo tengo muchos miembros en mi comité. Hay algunos que trabajan con nosotros; hay otros que no trabajan. Solo los que trabajan me interesan. Pero, a ver, y qué quieren de usted?’ Y ella dice, ‘Quieren que yo les muestre que soy activa en el partido’ ‘Pero usted

Ahora bien, Guevara era el principal, mas no el único, “patrón” del partido. Estructuras de patronazgo, vinculadas a su vez a otros importantes miembros del partido, operaban simultáneamente y, de hecho, eran esenciales para maximizar la cobertura de la máquina política:

El Alcalde (como también) los miembros del Concejo, algunos jefes de departamento de la municipalidad, y algunos amigos personales de Guevara (podían) obtener empleos para sus recomendados. Una vez que la parte interesada obtenía la aprobación del Jefe Supremo, Guevara le daba su tarjeta personal, dirigida al Secretario del Concejo Municipal, donde se indicaban el nombre de la (persona) y el empleo que iba a tener. Si ese puesto estaba ocupado tenía que ser declarado vacante, quienquiera fuese que lo ocupaba...⁶⁵

Procedimientos similares regían en caso de las concesiones de relleno, equipos para efectuar mejoras de la infraestructura barrial, y también otros tipos de beneficios materiales, como consta en los documentos que se reproducen abajo.

Ahora bien, no todos los beneficios derivados de la relación eran materiales. La frecuente presencia en el barrio y en los hogares de los moradores, de miembros de la cúpula del partido, y en particular, la presencia de Guevara Moreno y Doña Norma, la valentía demostrada por Guevara en confrontar la adversidad, la naturaleza de la lucha política que lideraba -que los moradores podían asociar mentalmente con su propia lucha de supervivencia cotidiana- son elementos que estaban llamados a despertar en ellos un sentido de “solidaridad” y “pertenencia” al movimiento. He aquí un movimiento que no sólo interpe-
laba al “bajo pueblo”; he aquí un movimiento que el “bajo pueblo” podía considerar “de sí”.⁶⁶

no lo es’, le digo. Entonces ella me cuenta que Guevara le había dado el empleo, pero que habían habido historias en contra de ella, de otros miembros del partido. Entonces yo le dije que si prometía trabajar con nosotros, yo la iba a apoyar; y si no, no; que no podía. Ella dijo que sí. A la mañana siguiente, a las diez, me fui a ver a Guevara. Esperé como una hora -el jefe de sector me había conseguido la cita pero había mucha gente haciendo cola-. Allí estaba ella, al lado mo. Cuando llegamos a la oficina de Guevara, ella dice: ‘Mire, doctor, aquí he venido con el Señor C..., yo trabajo por el partido en su comité’. ‘Muy bien, entonces, qué es lo que usted me tiene que decir’, me dice Guevara. Y yo le digo: ‘Doctor, esta persona está afiliada a mi comité. Está activa desde tal y tal fecha’. ‘Ah, ya veo’, dice Guevara. ‘Su palabra es suficiente, señor C...’. Me dio la mano y nos despedimos; y no le quitó el empleo”. (*Entrevista N° 22*)..

65. *La Calle*, N° 98, enero 24, 1959: 25.

66. En palabras de un ex-miembro prominente del partido: “Esa mística que teníamos... En otros partidos los cuadros ganan sueldo. Nosotros no podíamos darles sueldo.

Es sólo en este marco de referencia en donde el significado de la contribución pecuniaria mensual requerida de la base (v. g., el “sucre cefepista”) puede ser entendido. Al margen de la importancia que el sucre cefepista haya podido tener como fuente de financiamiento para las actividades del partido, la idea básica aquí era despertar en la gente un sentido de participación y pertenencia. La exigencia, como tal, significaba que los contribuyentes estaban siendo tomados en cuenta. De hecho, el “sucre cefepista” se puede ver como la representación material de la noción de reciprocidad. En palabras de un ex-miembro de la cúpula cefepista:

Había algo que el doctor Guevara nos había explicado desde un comienzo: ...era imperativo que creáramos en la gente un sentido de responsabilidad que los hiciera sentirse parte de nuestro movimiento. Y entonces, qué mejor responsabilidad

Pero se habían sentido tan marginados antes, que ahora sentían esa mística que nosotros les inculcábamos a través del contacto humano y dándoles el ejemplo”. (*Entrevista N° 6*) Doña Norma Descalzi era clave en este sentido. En lo que a reclutamiento y movilización se refiere, Doña Norma representaba uno de los principales recursos políticos de Guevara Moreno. Uno de nuestros entrevistados recuerda que en una ocasión el “jefe de agitación y propaganda del partido (entró) en la central del Partido Comunista en Guayaquil junto con la señora Norma y algunos otros, y sustrajo los archivos del partido...” (*Entrevista N° 35*). Otro de los ex-miembros prominentes del partido recuerda cómo “Norma, para protestar por mi encarcelamiento organizó una vez una especie de huelga de hambre femenina en el Palacio de la Gobernación”. Como señala mi informante, “no era frecuente que una dama de su condición encabezara ese tipo de acciones y mucho menos que lo hiciera en compañía de cocineras, lavanderas, costureras y artesanas”. (*Entrevista N° 31*). Un dirigente barrial recuerda, con gran respeto y admiración, que “la Señora Normita nos llevaba a Tres Cerritos, en el Guasmo, para practicar tiro, para que aprendiéramos a usar el revólver. Nos traía aquí, a mí, a ‘la Managua’, a ‘la Segura’, a la ‘Huatuco’, a la Esperanza P., sus mujeres. Nos llevaba a pegar las propagandas políticas en las paredes de noche...La ‘brocha fantasma’ nos llamaba. Ella peleaba como cualquiera de nosotras. No le tenía miedo a nada...Se le plantaba a la policía, y los hacía agacharse. Se paraba con su revólver; parecía una vaquera, con un revólver de cada lado...Una gran mujer...Visitábamos los comités con ella hasta las dos o tres de la mañana”, (*Entrevista N° 39*). En esencia, sin embargo, la naturaleza de los vínculos entre liderazgo y bases era pragmática y contingente, al margen de los ribetes sentimentales que hayan caracterizado algunos de estos vínculos: *Pregunta.* - ¿Por qué la gente del barrio se unió al comité que usted estaba organizando para el CFP? *Respuesta.* - “Bueno, veré, algunos venían • porque querían mejoras en el barrio. Otros venían por intereses más personales, para resolver su situación, para conseguir empleo... Esto era lo que hacía activos a los presidentes de comité y los jefes de sector. Cada uno buscaba su acomodo. Y les decíamos a la gente que cada uno de nosotros iba a sacar ventaja de formar el comité, porque el partido nos necesitaba también, para poder surgir ellos mismos”. (*Entrevista N° 23*, ex-dirigente barrial).

que algo que no es la invención del doctor Guevara pero del clero, quizás... Usted cree que hay algo que crea más responsabilidad entre los menesterosos que la limosna que esa persona da en la iglesia en la misa del domingo? Nada, pues. Entonces, esa donación era pedida por nosotros, simbólicamente. El hombre que da un sucre no solo se siente con derecho a plantear sus demandas: siente que tiene derecho a 'pertenecer', porque ese sucre —que realmente no significaba nada (monetariamente), representa su contribución... (Entrevista N° 28).⁶⁷

La estructura de apoyo que hemos examinado en páginas anteriores es altamente dinámica. Lo que la hace operativa son las actividades

miembro del partido (esto era el equivalente de U.S.\$ 0,28 en aquel tiempo). El "sucre cefepista", era, ciertamente, contribución de la base, si bien no necesariamente en forma mensual. El tema de cómo el partido financiaba sus actividades no concierne al presente estudio. Si bien el tema en cuestión no fue explorado de manera sistemática en el transcurso de la indagación, los siguientes extractos sugieren los ribetes de la controversia existente. En una de las afirmaciones recogidas, que ilustra la visión de algunos observadores: "Algunos de los que financiaban (las actividades de CFP en época de Guevara) eran gentes vinculadas al contrabando. Michel Achi Iza, por ejemplo, que era un 'oligarca' económica pero no socialmente. Mucho se habló también de otro mecanismo, la llamada 'protección cefepista' mediante la cual algunas empresas habrían contribuido a las finanzas del partido para evitarse 'problemas'; también se alega que se usó el chantaje en la época de *Momento*, cuando el partido podía publicar cosas embarazosas sobre ciertas personas... De tal modo que puede decirse que habían dos fuentes de financiamiento: voluntario e inducido". (Entrevista N° 12). Ninguno de los ex-miembros de CFP entrevistados admitieron que ese tipo de actividades hayan existido. Cuando inquirimos acerca de cómo hacía Guevara Moreno para subsistir, en vista de que trabajaba en el partido a tiempo completo, un ex-miembro de la cúpula del partido respondió que la esposa de Guevara era de "condición económica acomodada" y podía proveer los recursos que él requería para poder dedicarse de lleno al partido. (Entrevista N° 5). Además, nuestro informante comentó que "las fábricas, los industriales nos daban apoyo financiero... *La Universal*, por ejemplo. Pero, por cierto, nosotros éramos pobrísimos comparados con las campañas que otros partidos podían organizar. La diferencia estaba en la fuerza de nuestra organización... No necesitábamos tanto, después de todo... Los 'comités de brocha', por ejemplo, que pintaban nuestra propaganda en las noches, estaban formados por pintores de brocha gorda que durante el día pintaban casas para subsistir... y que en las noches trabajaban gratis para el partido. Teníamos todos los recursos (humanos) necesarios para compensar nuestra falta de recursos financieros. Como tanta gente nuestra eran empleados por cuenta propia o subempleados, no trabajaban una jornada completa, o trabajaban tres horas en el puerto de madrugada, cuatro horas durante el día como guardianes, tres horas en las tardes como vigilantes... y siempre se las arreglaban para tener tiempo para las actividades del partido porque tenían horarios de trabajo que podían acomodar, casi siempre". (Entrevista N° 5).

67. También *Entrevista N° 1*. En la medida en que hemos podido establecer, el requisito sistemático de que la base pagara un sucre mensual a CFP, es otro de los mitos en torno al *modus operandi* del partido. Algunos de nuestros entrevistados nunca pagaron, si bien uno de ellos recuerda haber pagado 5 o 6 sucres (circa 1955) para hacerse

que lleva a cabo, consistentes en el permanente intercambio de recursos entre el partido *qua* máquina política, bajo el liderazgo de Guevara *qua* patrón, los dirigentes barriales *qua* intermediarios, y las bases barriales *qua* clientela política. Los recursos que fluyen de arriba hacia abajo no son solo materiales sino que también incluyen beneficios menos “tangibles” –mas no por ello menos “efectivos”. Los recursos que se mueven de abajo hacia arriba son invariablemente materiales y consistentes en apoyo político. Durante un tiempo, el intercambio efectuado a través de esta estructura específica, beneficia a todos los actores participantes. Una vez que cesa de hacerlo, lo cual eventualmente ocurre, como veremos en páginas subsiguientes, la estructura se derrumba y emergen otras en su reemplazo. En la medida en que todas estas redes de intercambio y estructura que las contiene respondían a las condiciones propias del mismo contexto socioeconómico, las que vendrían después compartirían las mismas características de la primera, si bien operarían ya no bajo el liderazgo de Guevara sino de otros patrones políticos...

El interludio

Para 1952, Concentración de Fuerzas Populares ya era una máquina electoral en pleno ejercicio, “la participación popular estaba definitivamente organizada” y decidiera o no Guevara Moreno participar en las próximas elecciones presidenciales, era claro que “su movimiento estaba en posición de efectuar una formidable contribución electoral”. (*Entrevista N° 19*).⁶⁸

68. Este capítulo enfoca exclusivamente el rol de Bucaram *qua* reclutador de apoyo político. Bucaram, es también una de las figuras más interesantes del escenario político ecuatoriano de las décadas de 1950-1980. Su carrera política, sin duda, merece ser analizada sistemáticamente en trabajos futuros. El perfil trazado por Hurtado (1980) es altamente sesgado en contra de Bucaram y no hace justicia a su rol como político que tuvo una comprensión aguda de las complejidades inherentes a la política ecuatoriana, en el contexto urbano. Una perspectiva más ecuánime, si bien de índole periodística, es el perfil biográfico que aparece en la publicación de *El Conejo* (1981), editada poco después de su muerte. Es aparente que tanto Guevara Moreno como otros tempranos miembros de la cúpula del partido (de “educación superior”, en sentido convencional, y de costumbres “refinadas” en algunos casos) veían a Bucaram con un cierto desprecio. Como uno de ellos notara, “Guevara nunca trató a Bucaram como lo trataba a Miguel Macías Hurtado, o a Dillon, o a Robles Plaza. Mucha gente venía a casa de Guevara a almorzar...o a tomar un trago, gente del partido en el Guayas o dirigentes que venían de Quito, por ejemplo, Yo vi a Bucaram en casa de

Cuando se crea oficialmente el partido, Guevara, quien según uno de sus colaboradores más cercanos, “no se sentía maduro como líder todavía” (*Entrevista N° 5*), invita a Velasco Ibarra a regresar al Ecuador “para dirigir el partido”. Velasco había declinado: “Usted es joven...continúe luchando” había sido su respuesta, según nuestro informante.⁶⁹ Es claro, en todo caso, que para 1951 Guevara Moreno se siente lo suficientemente fuerte políticamente como para hacer lo posible, sutilmente, para que su figura sea desasociada en la imagen pública, de la figura de Velasco. Aparece, a la sazón, un artículo en *Momento* que enfatiza las diferencias entre ambos, describiendo a Velasco como la “figura mítica” cuya efectividad política requiere de “la mano de un constructor, fuerte y poderoso”, un “hombre moderno, a tono con sus tiempos”: Carlos Guevara Moreno.⁷⁰

En las elecciones presidenciales de 1952, CFP apoyaría la candidatura de Velasco Ibarra, quien había regresado al país cuatro meses antes —luego de cinco años de ausencia—, para participar en la contienda. Tal apoyo, como se verá en páginas subsiguientes, sería otorgado a pesar de los reparos de Guevara Moreno. Factores de conveniencia política inmediata así lo dictaron, finalmente. Como se verá más adelante, una serie de eventos en torno a la elección de 1956 marcarían el fin de la amistad entre Velasco Ibarra y Guevara Moreno.⁷¹ La ruptura sería tan profunda que poco después de asumir la presidencia, Velasco Ibarra enviaría al exilio a Guevara y Doña Norma, acusados de complotar en su contra. (*Entrevista N° 5*).⁷²

Se procedería entonces a la persecución de los miembros de la cúpula y de los mandos medios, purga “que llevó a muchos cefepistas a

Guevara muchas veces, sí, cientos de veces. Pero nunca lo vi sentado a su mesa. Guevara lo tenía en otra categoría...Y esas cosas tienen que haber causado un gran resentimiento en él...” (*Entrevista N° 43*).

69. Este entrevistado, uno de los más cercanos colaboradores de Guevara, agrega que “a Carlos no le gustaba ser candidato. No era como Assad Bucaram. Lo que le gustaba era manejar el partido...manejarlo todo...dirigir. Pero no quería tener las manos atadas. Le gustaba tener libertad de acción para poder maniobrar...Eso es la política, esa es la esencia de la política...” (*Entrevista N° 5*).

70. Véase “El 30 de marzo, Jalón Histórico Ecuatoriano”, en *Momento*, N° 60, 30 de marzo, 1951.

71. Véase el capítulo 8.

72. Véase también “CFP, Breve Historia de una Bancarrota”, en *La Calle* N° 90, 29 de noviembre, 1958: 1.

negar públicamente a Guevara y a esconderse por temor a las retaliaciones por parte de Velasco". (*Entrevistas 5 y 35*).⁷³ En última instancia, las maniobras de Velasco Ibarra en contra de CFP y su liderazgo, no contribuyeron sino al fortalecimiento de la imagen de Guevara, su "víctima" política. Durante la ausencia de Guevara, muchos guevaristas "se dedicaron a hacer de él un '*Petit Absente*', y cuando el Capitán del Pueblo regresó al país, la reconquista sería cosa fácil".⁷⁴

Guevara Moreno es reemplazado en la Alcaldía por Pedro Menéndez Gilbert. Si bien el sucesor de Guevara no iguala su calibre *qua* agitador y organizador político, comparte con el primero una comprensión aguda de la naturaleza de la pobreza urbana y sus implicaciones políticas —en términos electorales—, y contando con el apoyo de un gobierno amigo comienza a construir vínculos políticos informales con los sectores marginados de la ciudad en general, y con los moradores en particular —que resultarían instrumentales a su elección como Alcalde de Guayaquil siete años más tarde. En todo caso, Menéndez Gilbert renuncia a la Alcaldía en diciembre de 1952 para ocupar la cartera de Defensa del Gabinete de Velasco. Es reemplazado por Emilio Estrada Ycaza, arqueólogo y banquero que asume la Alcaldía interinamente...

El momento cumbre de la máquina electoral de Guevara

Las siguientes elecciones municipales tendrían lugar en noviembre de 1955. Hay dos candidaturas: la del titular y la de Carlos Guevara Moreno. Estrada, apoyado por la maquinaria oficial, aglutina la oposición a Guevara. Si bien Guevara aventaja a Estrada en los distritos urbanos del Cantón Guayaquil (por 2.000 votos). Estrada obtiene una ventaja de 3.500 votos aprox., en el cantón (distritos urbanos + rurales) y gana la elección. Sin embargo, la fuerza electoral de Guevara Moreno en la ciudad es innegable.⁷⁵ En la elección de 1951 había obtenido el 48

73. *Entrevistas N° 5 y 35*. También La Calle, N° 90: 1.

74. Velasco Ibarra fue aludido como "Gran Ausente" en vísperas de la revolución de 1944. "Guevara se volvió más héroe desde la cárcel". (*Entrevista N° 5*). Guevara fue electo al Congreso durante su permanencia en el exilio. Camilo Ponce, a la sazón Ministro de Gobierno, lo descalificó. "Este tipo de cosas contribuían a que su imagen creciera". (*Entrevista N° 35*).

75. En la medida en que (a) sólo se presentaban dos alternativas a los votantes en esta contienda específica en Guayaquil, y (b) Estrada aglutinaba el voto de oposición a la

por ciento de la votación; en 1955, luego de casi tres años de ausencia y de la purga de los miembros de la cúpula del partido y de los mandos medios, Guevara logra obtener el 51 por ciento del TVV de la ciudad. De hecho, la preferencia guevarista había crecido, tanto en términos absolutos como relativos, en 4 de los 5 distritos urbanos de la ciudad, permanecía estable en un distrito y declina únicamente en un solo caso.⁷⁶ Con los puestos obtenidos en el Concejo Municipal, CFP lanza una oposición frontal a la administración de Estrada, que instiga la eventual renuncia del Alcalde.⁷⁷

Con los resultados de las elecciones presidenciales de junio de 1956 en Guayaquil, la popularidad de Guevara Moreno en la ciudad se tornaría incuestionable. Si bien haremos referencia detenida a la contienda en el capítulo subsiguiente, caben aquí un par de puntualizaciones al respecto. Primero, que la campaña electoral de 1956 en Guayaquil sería combativa, asumiendo visos violentos: las fuerzas guevaristas, por una parte, y las del Frente Democrático por otra se confrontarían frontalmente. Nótese que las redes de reclutamiento menendistas serían prominentes en las fuerzas del Frente que apoyaba la candidatura de Raúl Clemente Huerta. La campaña electoral incluiría un esfuerzo masivo de inscripción electoral por parte de CFP, particularmente en vista de los cambios en la delimitación distrital que habían ocurrido poco antes, la expansión de los distritos urbanos de la ciudad (de 6 a 14)

controvertida figura de Guevara, esta contienda provee una oportunidad para evaluar la fuerza electoral de éste último. Nótese, además, que esta es la primera elección en la que la figura de Guevara Moreno está disociada de Velasco Ibarra. Guevara capta un poco más de la mitad del TVV de la ciudad (51% del TVV aprox.). Estrada gana la contienda porque logra captar aprox. 51% del TVV cantonal (distritos urbanos+ rurales).

76. Estrada gana solo en dos distritos urbanos (*Rocafuerte y Ximena*), por 52% del TVV distrital. El electorado de la ciudad se había doblado, virtualmente, desde la elección municipal de 1951 (TVV= 45.948). El apoyo a la candidatura también se duplica, en términos absolutos, con respecto a la elección de 1951 (23.507 votos en la ciudad). Véase *El Telégrafo*, Guayaquil, sábado 5 de noviembre, 1955: 1.
77. Estrada renuncia inmediatamente después de la elección presidencial de 1956. Es reemplazado por Mosquera Ferrés y subsiguientemente por Puga Pastor, cefepista, ambos interinamente. Durante la alcaldía de Puga Pastor, Guevara "...asumió el control de la municipalidad, particularmente en cuanto al nombramiento y remoción de empleados municipales...Cuando Robles Plaza llegó...no pudo o no quiso actuar (autónomamente)...y...se adhirió al procedimiento establecido", según una fuente informada. "Véase "Anarquía Cefepista en el Municipio", por Luis Cornejo Gaete, *La Calle* N° 98, enero 24, 1959: 25.

y los cambios domiciliarios que se producen en un contexto en el cual el desplazamiento inter-distrital de los actores focales era altamente dinámico.⁷⁸ En segundo lugar, cabe recalcar que la elección de 1956 —que Guevara gana en Guayaquil por 58 por ciento del TVV— signa el momento culminante de su trayectoria política y la del partido, bajo su liderazgo. Si bien a nivel de cúpula se producirían algunas defecciones importantes poco después, el partido *qua* máquina política se había consolidado para entonces, y la imagen de Guevara como su principal “patrón” estaba en su ápice. El siguiente extracto de un artículo que aparece poco después de la elección presidencial del 56 en una de las principales revistas de opinión de la oposición es sugerente:

...Fue difícil para mí abrirme paso entre las filas de más de doscientas personas que esperaban para ser recibidas por Carlos Guevara Moreno, y llegar a su despacho...en la central de CFP. La central del partido está ubicada en un modesto edificio de madera y zinc en la parte norte de Guayaquil. Una gran...foto del líder máximo del partido ocupa casi la totalidad de la media pared que separa la sala de sesiones de la oficina principal...Guevara es un hombre joven, con un físico notable, y de personalidad brillante. Viste una sencilla camisa blanca de lino con pantalones y zapatos del mismo color...Habla con facilidad y elegancia.⁷⁹

Para mediados de 1950 la máquina electoral de Guevara se ha consolidado. Luis Robles Plaza, candidato del partido a la Alcaldía en las elecciones de noviembre de 1957, gana la contienda con una votación del 73 por ciento, “sin haber hecho campaña personalmente” (*Entrevista N° 1*).⁸⁰ No requeriría hacerlo, sin embargo, ya que, en palabras de un protagonista clave de los hechos, “la campaña ya estaba hecha... Vivíamos en estado de campaña permanente. Teníamos...obras públicas que mostrar...y el partido estaba detrás” de Robles Plaza; la campaña fue dirigida “por el propio Guevara” ...“con su foto, mayormente”. (*Entrevista N° 1*).

El triunfo electoral de Robles Plaza representa el comienzo del fin del liderazgo político de Guevara, sin embargo; y el preludio a una crisis municipal que llevaría al eclipse —temporal— de Concentración de Fuerzas Populares *qua* máquina política.

78. Véase el capítulo 8.

79. Véase “La Honradez Conservadora es un Estribillo, Dice Guevara”, en *La Calle* N° 7, mayo 4, 1957.

80. Advértase que Robles Plaza está en el Congreso en ese momento.

La caída de la máquina guevarista

Alcaldía de Luis Robles Plaza y crisis subsiguiente

Robles Plaza asume la Alcaldía de Guayaquil en circunstancias particularmente difíciles. Por un lado, las bases del partido habían crecido. Por otro, el aplastante triunfo de la candidatura cefepista de 1957 había elevado las expectativas que el propio partido había fomentado desde sus inicios. En efecto, el partido había crecido electoralmente en base a tres elementos, fundamentalmente: (a) sus promesas de defender la causa de los sectores populares en general, y de los marginados en particular; (b) una administración municipal que, si breve, había dado pruebas de voluntad y capacidad de respuesta a las demandas concretas del grueso de su base de apoyo; y (c) permanente solidaridad con los problemas del “bajo pueblo”, manifestada en la relación que CFP bajo el liderazgo guevarista había logrado desarrollar con los moradores de los suburbios de la ciudad, como también en el comportamiento de los miembros del Consejo, en el Congreso y bajo un liderazgo infatigable cuyo ostracismo no hizo sino contribuir a la consolidación de la imagen cultivada por él.

Tanto la población de Guayaquil como el conjunto de electores a interpelar, habían experimentado un crecimiento considerable desde los inicios del partido.⁸¹ Concomitantemente, la administración municipal se había tornado más compleja. El grueso de electores porteños, entre los cuales el apoyo de los marginados cobraba creciente importancia, había apoyado la candidatura de Guevara para presidente de la república. La fuerza electoral del Capitán del Pueblo era incuestionable; y en el año siguiente a la elección nacional la presencia de partido en la ciudad, y en los barrios suburbanos en particular, se había consolidado.

El estado en que Robles Plaza encuentra las finanzas municipales es crítico. En efecto, “la situación de la municipalidad había sido difícil por algún tiempo”; simplemente dicho, se trataba de que “las necesidades municipales eran mayores que las rentas” (*Entrevista N° 2*).⁸² El hecho de que Robles Plaza difícilmente podía esperar apoyo por parte del

81. Véase el capítulo 1.

82. “Breve Historia de una Bancarrota”, en *La Calle* N° 90, noviembre 29, 1958.

gobierno central del social-cristiano Camilo Ponce para confrontar la crisis financiera que encontró al asumir la Alcaldía agudizaba el problema (*Entrevista N° 2*).

Al mismo tiempo, el Alcalde Robles no quiso, o no pudo, oponerse a la determinación de Guevara de que la administración municipal se enfocara como en el pasado, *qua* máquina política. El testimonio de un miembro del partido, que abandona sus filas durante la crisis que se generaría durante la administración municipal de Robles Plaza, es ilustrativo de la naturaleza y consecuencias inmediatas de que haya predominado la resolución de Guevara en cuestión:

Todos (nosotros) en CFP aplaudimos la decisión de Guevara de que solo cefepistas debían ser ubicados en la burocracia municipal. El doctor Guevara estaba decidido a traer a la municipalidad a sus seguidores de muchos años. Naturalmente, las exigencias eran mayores que las posibilidades...La gente se le 'resentía' (si no era 'ubicada'). Optó por una medida extrema: inflar en unos miles el número de empleados municipales y jornaleros. (Las consecuencias) para la extremadamente débil economía de la municipalidad fueron fatales...Pero él estaba interesado en quedar bien con sus partidarios...Justificaba la medida argumentando que era deber del partido dar oportunidades mínimas de supervivencia a sus afiliados, en su gran mayoría pobres y sin recursos.⁸³

Mientras tanto, la oposición a la administración municipal cefepista (el gobierno central, por un lado, y, localmente, los liberales radicales y los socialistas) unida en su determinación de "neutralizar" el control político que CFP y Guevara ejercen sobre Guayaquil, monta un ataque frontal en su contra, bajo condiciones altamente favorables al "ataque".

La crisis es precipitada por una huelga de trabajadores municipales que paraliza por seis meses los servicios municipales de limpieza de calles, suministro de agua potable, obras públicas y plantas procesadoras de leche. La huelga comienza a mediados de enero de 1958 y dura hasta julio de ese año.⁸⁴ Los huelguistas, cuyo abogado es, incidental-

83. Adviértase que este artículo, escrito por un ex-cefepista, no plantea objeción alguna a las actividades del partido *qua* máquina política. La objeción del autor radica, en cambio, en que CFP continuara operando *qua* máquina en vista de la *carencia de un nivel adecuado de recursos* para sustentar el tipo de actividades típicas de la misma. Véase "Anarquía Cefepista en el Municipio", por Luis Cornejo Gate, en *La Calle*, N° 98, enero 24, 1959.

84. La huelga implicaba el cese de actividades de 2.000 trabajadores. *La Calle*, N° 45, enero 25, 1958.

mente, un liberal radical (Jorge Zavala Baquerizo)⁸⁵ busca la obtención de un contrato colectivo, estabilidad laboral y un alza salarial para compensar el alto costo de la vida.

La huelga en cuestión, y al margen de la legitimidad de las demandas planteadas por los huelguistas, debe ser vista en el contexto de una reacción de “los de afuera” a la máquina política liderada por Guevara, cuya manipulación —tanto de los recursos municipales como de los propios trabajadores— para fines electorales, es expresamente citado como el principal factor que impedía la “estabilidad laboral” y la obtención de “salarios adecuados” por parte de los trabajadores municipales en general.⁸⁶ En medio de la crisis, la denuncia de casos como al que se hace referencia en la siguiente cita, que reforzaba al alegato de los huelguistas, se volvieron cotidianas:

En el Departamento (Municipal) de Educación, un cefepista designado por Guevara para el puesto de inspector de escuelas rurales, nunca, en más de un año en el que teóricamente ocupó el cargo, visitó una sola escuela dentro de su jurisdicción, alegando como excusa que él era Jefe de Sector (de GFP) y que no podía dejar sus obligaciones (políticas) desatendidas, porque el grupo así lo demandaba. Actualmente, este ex-inspector ocupa un curul en el Concejo de la ciudad.⁸⁷

Asimismo, el texto del petitorio de los huelguistas alude a las acciones arbitrarias de la administración municipal cefepista, tales como que “algunos cefepistas que, bajo la mirada aprobadora e inclusive la cooperación de dirigentes empleados en la municipalidad, les quitaron algunos terrenos municipales que habían sido cedidos a los trabajadores hace mucho tiempo...”⁸⁸

Eventualmente, cesa la huelga municipal; pero la crisis financiera continúa; el presupuesto sigue aumentando y los recursos se tornan

85. Futuro candidato a la vice-presidencia del Frente de Izquierda Democrática en 1968 y futuro vice-presidente de Velasco Ibarra (1968-1972).

86. *La Calle* N° 98, enero 24, 1959: 25.

87. Según *La Calle* (N° 45, enero 25, 1958) los trabajadores alegaban, además, que “si el Concejo (Municipal) no pusiera sus recursos y trabajadores a hacer tareas de propaganda política en época electoral para el grupo que tiene mayoría en el Concejo (v. g., GFP), si no hubiera tantos pipones mantenidos para complacer a sus fieles... la estabilidad y mejoramiento de salarios sería una realidad”. Advuértase que diez de los once miembros del Concejo Municipal eran cefepistas. Por lo menos siete de ellos “eran guevaristas ciegos” según *La Calle*, N° 36, noviembre 9, 1957: 14.

88. *La Calle*, N° 45, enero 25, 1958.

más exigüos aún. Se produce una segunda huelga, de maestros municipales esta vez, a quienes se les adeudaba cuatro meses de sueldo. Las denuncias de la oposición en contra de la administración cefepista, incluyendo alegatos de malversaciones para enriquecimiento personal por parte de Guevara Moreno y otros cefepistas, continúan.⁸⁹

Las denuncias por parte del ex-alcalde Rafael Guerrero Valenzuela en su programa de radio llamado “A Dios Rogando y con el Mazo Dando”, son conspicuas. El programa de este acérrimo enemigo de Guevara Moreno denunciaba, dos veces por semana, los presuntos malos manejos y corrupción de la administración municipal. La campaña radial de Rafael Guerrero Valenzuela sería uno de los factores que contribuiría a precipitar la convocatoria de un cabildo ampliado para revisar la gestión de Robles Plaza en la Alcaldía.⁹⁰

La máquina falla; comienzan las deserciones

En el contexto de la crisis, la resolución de Guevara de que la administración de Robles debía continuar operando *qua máquina política*, sin importar las consecuencias, no solo agravó el problema sino que, además, condujo a una anarquía sin precedentes en la conducción de la municipalidad porteña. El siguiente testimonio ilustra la dinámica operativa de la política de máquina, al mismo tiempo que subraya sus limitaciones, particularmente cuando se ve confrontada a la carencia de un nivel de recursos adecuados para su sustentación:

Aquello de inflar el número de empleados...(municipales) además de causar enorme daño a una economía ya sub-financiada, provocó la anarquía. Algunos de los favorecidos no trabajaban. Otros, la mayoría, no tenía donde trabajar, por la simple razón de que el Concejo cefepista nunca estuvo en capacidad de realizar extensas obras municipales. Se produjo el caos, y aun dentro del cefepismo la situación privilegiada de cientos de ‘pipones’ comenzó a criticarse...La ubicación de empleados, elegidos en su mayoría más que por su capacidad, por su cefepismo, produjo anarquía en la administración municipal. Muchas veces oí quejas de miembros del Concejo y jefes de departamento porque tenían que (trabajar) con subordinados incompetentes. También fui testigo de algunas ratificaciones por parte de Gueva-

89. *La Calle*, N° 90, noviembre 29, 1958: 12. Alegatos de malos manejos por parte de Guevara y sus leales del partido abundan en la prensa de la época. Véanse por ejemplo, *El Telégrafo*, *El Universo* y *La Calle*, números de 1958, en general.

90. En palabras de un (ex) miembro fundador de CFP, “a través de ese programa radial Guerrero Valenzuela estaba llevando a cabo su *vendetta* personal en contra nuestra por los años horribles que le habíamos dado”. (*Entrevista N° 1*).

ra que, en general, apoyaba y defendía a quienes había designado...(de esa forma) la autoridad del Alcalde, miembros del Concejo y jefes de departamento de la municipalidad era socavada...⁹¹

“El Reinado del Capitán Llega a su Fin”, se anunciaría en la prensa poco después.⁹² Se agudizaron las reyertas internas entre los propios cefepistas, y comenzaron las deserciones. Algunos de los principales miembros del partido culpaban a Robles Plaza de que el apoyo popular estuviera declinando,⁹³ acusándolo de que “habiéndose desviado de la línea del partido” había cerrado las puertas de la Alcaldía “a jefes de sectores que venían a interceder por la gente humilde” (v. g., “su” gente), precipitando la pérdida de apoyo al CFP.

El partido pierde todo órgano de prensa, además. *Momento* había dejado de existir en 1952, cuando Guevara parte al exilio. Desde entonces, los diarios *La Nación*, y *la Hora*, de propiedad de Simón Cañarte Barbero, quien no militaba en el partido mas era “amigo personal de Guevara”, habían constituido las tribunas de prensa del partido. Cañarte rompe con Guevara en 1958. Su alejamiento tiene que ver con un incidente que se produce en el parlamento a raíz de una orden y posterior contra-orden de Guevara para que se votara por, y luego en contra, de una determinada moción.⁹⁴ Otra de las deserciones notorias es la de Luis Cornejo Gaete, periodista y profesor de literatura que participa en CFP desde sus inicios y quien sería secretario privado de Guevara Moreno posteriormente, durante la campaña electoral de 1956. Cornejo Gaete era director del Departamento Municipal de Educación cuando presenta su renuncia, a raíz de la huelga de maestros municipales. Mientras que la huelga es considerada en el partido como una acción básicamente política, instigada conjuntamente por el gobierno central de Camilo Ponce “y el comunismo”, Cornejo Gaete considera la falta de pago la única causa del conflicto.⁹⁵

91. “Anarquía Cefepista...”, en *La Calle* N° 98, enero 24, 1959: 25.

92. *La Calle* N° 90, noviembre 29, 1958: 4.

93. Como lo reflejan los resultados de las elecciones parlamentarias de 1958, según “Hablemos Claro en CFP”, (*La Calle*, N° 101, febrero 14, 1959).

94. Nótese que inmediatamente después de su rompimiento, la siguiente noticia de prensa apareció en un periódico de Guayaquil: “CFP, Sector urdaneta. El Comité Simón Cañarte Barbero, por dignidad y respeto a la Patria y al pueblo de Guayaquil, se ha reunido y decidido cambiar su nombre a ‘Libertador de América’...” (*El Universo*, edición del domingo, septiembre 7, 1958: 4).

95. *La Calle*, N° 77.

El partido rompe oficialmente con el Alcalde Robles el día siguiente de la convocatoria a Cabildo Ampliado. Posteriormente, el propio Guevara Moreno decide abandonar la dirección del partido temporalmente. Norero de Luca, “un comerciante rico” asume entonces la dirección ocasional de CFP, no teniendo reparo alguno en afirmar: “Guevara fue un autócrata en CFP”, declarando, además, que

...todos aquellos que son culpables de la festinación de los fondos municipales deben ser castigados. Robles Plaza y ...tres concejales dejaron CFP porque Guevara los traicionó ...cuando él era el más culpable de ellos, por ser el verdadero jefe de la municipalidad.⁹⁶

El rompimiento de Guevara y Robles Plaza es un hecho consumado

No interesa aquí detenerse en el tema de la presunta inocencia o culpabilidad de Guevara Moreno en la crisis municipal, o en la crisis del partido.

Lo que importa destacar aquí es que la naturaleza de las deserciones —al margen de los factores inmediatos que las causan— no puede ser entendidas adecuadamente a menos que se interprete en el contexto de una máquina política cuya crisis hacía visible, más que nunca, el estilo personalista de liderazgo de Guevara, suministrando a sus enemigos (de fuera y dentro del partido) la oportunidad de hacer de un patrón político, cuyo poder se debilitaba, el blanco principal del ataque.

Algunos de sus enemigos internos y “pragmatistas del partido”, ven la crisis como la oportunidad de “deshacerse” de Guevara y “capturar” CFP. Otros preferirán alejarse del partido e ir en búsqueda de otros vínculos políticos —más auspiciosos de los que CFP podía representar, por lo menos en el corto plazo—. La descripción hecha en un artículo periodístico de la época de uno de los “segundones” de CFP, a raíz de la crisis del partido, es indicativa de la precariedad que la “lealtad” a Guevara y CFP podía adquirir en un contexto de crisis. El segundón en cuestión es descrito como “ex-boloñista ex-guerrerista, ex-mendista, ex-extradista, ex-mendocista y futuro ex-cefepista”.⁹⁷

96. “‘Guevara era un Autócrata en CFP’, dice Norero de Lucca”, *La Calle*, N° 97, enero 17, 1959.

97. *La Calle* N° 43, enero 11, 1958.

Mientras el control de Guevara sobre el partido declina y la máquina política establecida bajo su liderazgo se quiebra, surge la figura capaz de asestar al líder y máquina “el golpe de gracia”. Su nombre: Pedro Menéndez Gilbert. Su oportunidad: las próximas elecciones municipales, previstas para noviembre de 1959. Menéndez Gilbert, cuyas calificaciones para cumplir la misión habían sido ampliamente demostradas durante su previa administración municipal, tenía probada habilidad en el manejo del tipo de mecanismos utilizados por CFP para reclutar apoyo político, particularmente en lo que a los sectores marginados se refiere. De ahí que tanto los liberales como los “independientes” vieran en Menéndez “el único capaz de vencer a Guevara con las mismas armas, en su propio terreno.”⁹⁸

Las elecciones municipales de 1959

Pedro Menéndez Gilbert figura como candidato independiente, auspicado por la Federación Nacional Velasquista. El candidato de CFP es Carlos Guevara Moreno. Luis Robles Plaza también participa en las elecciones municipales de 1959. Su candidatura a la alcaldía es apoyada por un grupo de disidentes cefepistas que se da en llamar “CFP Democrático”. El resultado de la contienda en la que participan 5 candidatos, demostraría que la abrumadora mayoría de votantes de Guayaquil apoya las candidaturas de Menéndez y Guevara, en virtual exclusión de los otros tres contendores, incluyendo a Robles. Menéndez, quien obtiene 48 por ciento del voto válido (TVV) en la ciudad, es el ganador. La preferencia guevarista no es superior al 38 por ciento en esta ocasión. Es importante notar aquí que en cuanto a las preferencias observadas en los distritos *suburbio*, la distribución del voto entre Menéndez y Guevara, es pareja. En *Urdaneta* la preferencia guevarista exhibe una ligera ventaja sobre la menendista (45 y 43 por ciento, respectivamente). Similarmente, en *Febres Cordero*, Guevara obtiene 45 por ciento del TVV; Menéndez, 44 por ciento. En *Letamendi*, Menéndez gana con 46 por ciento del TVV; Guevara obtiene 44 por ciento. Solo en un distrito (*García Moreno*) Menéndez es definitivamente el favorito para la

98. *La Calle*, sin número, septiembre 19, 1959.

gran mayoría del electorado distrital, ya que obtiene el 58 por ciento del TVV distrital, mientras que Guevara Moreno no capta más del 33 por ciento.⁹⁹

El epílogo

Las próximas elecciones presidenciales tendrían lugar tan solo siete meses después de la victoria electoral de Menéndez sobre Guevara. En las elecciones de junio de 1960 Menéndez apoya la candidatura de José María Velasco Ibarra. El CFP apoya la candidatura de Antonio Parra Velasco, como veremos en el capítulo siguiente. El enlace político de Velasco y Menéndez es beneficioso para el primero; Menéndez es clave para “moverle” la elección al “Gran Ausente” en Guayaquil. Parra Velasco, en cambio, no obtiene los réditos esperados de su nexa con

99. Pedro Menéndez Gilbert, apoya la candidatura presidencial del Frente Democrático en la campaña de 1956 en Guayaquil, pero su candidatura no es auspiciada por los liberales esta vez, quienes presentan su propia candidatura, de último momento. El Frente de Izquierda del Guayas auspicia la candidatura de un hombre de prestigio, de avanzada edad (Dr. Carlos Puig Vilazar). Véase *La Calle* N° 106, marzo 21, 1959. La tasa de participación representa, aprox., 54% de los electores inscritos de la ciudad, tanto en la elección municipal de 1957, cuanto en la de 1959. Dado el crecimiento de la ciudad, el TVE aumenta en 78% con relación a la contienda de 1955. Aprox. 11.000 votantes más participan en esta contienda municipal que en la anterior (1955). En relación a la elección de 1955, la preferencia guevarista había aumentado de 4.000 votos, a 31.000 votos. En relación a la elección de 1957, sin embargo, el apoyo al partido había declinado en términos absolutos, en 21.000 votos, aproximadamente. Según observadores de la época, 7.000 de los votos captados por CFP en 1957 podían ser atribuidos al propio Robles (Robles había recibido 7.000 votos más que la lista del partido para concejales ese año). Se alega que Robles atraía el apoyo de acérrimos anti-guevaristas, en su mayoría de inclinaciones liberales, que veían en la presencia de Robles la posibilidad de que el control guevarista del partido disminuyera, lo cual haría a CFP un aliado más plausible en futuras misiones electorales en contra de los conservadores (véase *La Calle*, N° 36, noviembre 9, 1957: 17). Sea como fuere, y aun suponiendo que dicha estimación fuese plausible, es claro que CFP habría ganado la elección municipal de 1957 en cualquier caso. También es claro que el alejamiento de Robles del partido no explica, en términos estrictamente electorales, el hecho de que Guevara perdiera la elección. Para 1959 Robles Plaza era un político electoralmente marginal, como lo sugieren los 3.000 votos que obtiene, que no habrían sido suficientes para cerrar la brecha de aprox., 10.000 votos entre Menéndez y Guevara, que permite al primero ganar la elección. CFP había disminuido sustancialmente su arrastre en todos los distritos urbanos del cantón. Su popularidad era relativamente más alta, todavía, si bien a menor nivel, en los distritos *suburbio* de la ciudad, como lo sugiere el Cuadro referencial que sigue:

CFP y Guevara.¹⁰⁰ Inmediatamente después de las elecciones, Guevara renuncia a la dirección del partido. José Hanna Musse, el colaborador que había sido instrumental, junto con Doña Norma, para el mantenimiento del control guevarista sobre el partido durante la prisión de un año a principios de los cincuenta, asume la dirección de CFP.

Hanna, quien había estado fuera del país por ocho años, y acababa de regresar, encontró que “había ocurrido una burocratización completa en los cuadros del partido”; encontró “un partido en que la mística había sido reemplazada por la prosecución de intereses personales, con consecuencias fatales para (su) disciplina y el mantenimiento de una relación consistente con la base...” (*Entrevista N° 31*). A la base “no

Preferencia Cefepista a Nivel Distrital Urbano, Guayaquil, 1957 y 1959
(TVV Distrital = 100%)

Distrito	1957	1959
Ayacucho	75%	34%
Bolívar	71%	38%
Carbo	67%	35%
Febres C.	83%	45%
García M.	74%	34%
Letamendi	80%	44%
Nueve de O.	78%	38%
Olmedo	68%	37%
Roca	71%	40%
Rocafuerte	63%	38%
Sucre	71%	45%
Tarqui	69%	30%
Urdaneta	81%	45%
Ximena	72%	27%

(Este cuadro se incluye para efectos referenciales, exclusivamente. Las fuentes no son oficiales, si bien adecuadas para efectos comparativos. Se refiere a resultados electorales de la ciudad y no del cantón Guayaquil. Fuente: *El Telégrafo*, Guayaquil, noviembre 2, 1959: 1 y noviembre 4, 1957: 1. Elaboración: de la autora).

100. Véase el capítulo 8.

le interesaban, en realidad, las peleas internas del partido”, no obstante lo cual los conflictos internos de índole personalista, dentro de la jerarquía del partido, tenía forzosamente que afectar la relación de CFP con la base de apoyo. Esto, en la medida en que las querellas internas implicaran intentos de afirmación de liderazgos personales, a través de confrontaciones entre la dirigencia de base, en torno a la obtención de empleos y beneficios para “su gente”. El problema fue sintetizado a la autora en los siguientes términos:

Los intereses de la base eran claros: la tenencia de la tierra, la legalización de su propiedad, la obtención de relleno, pavimentación, y los servicios que necesitaban. Los dirigentes barriales no se presentaban a la base como candidatos a nada sino como coordinadores entre ellos y el factor de poder representado por la municipalidad. En lo que a la masa se refiere, las luchas internas del partido eran un problema de ‘allá’, entre blancos’. Ahora, debido a que dentro de la jerarquía del partido los peores enemigos de cada cefepista eran otros cefepistas, cada uno luchando no para ser el mejor militante sino para asegurar garantías burocráticas para sus seguidores, usted encontraba altercados entre la élite del partido y altercados también entre los dirigentes de base. Aún se podía encontrar unidad en las bases, pero en su apoyo al partido esa unidad era frágil...y la base (forzosamente) se desorientaba (debido a los conflictos internos)...(Entrevista N° 31).

Adviértase que, si tal “unidad” era frágil es porque esta “era elemental en su cimentación”, según la opinión de nuestro entrevistado, un ex-miembro de la cúpula del partido. (*Entrevista N° 31*).

Velasco Ibarra es depuesto en 1961, a raíz de lo cual Menéndez Gilbert se ve forzado a abandonar la Alcaldía. Velasco es reemplazado por su vicepresidente. Carlos Julio Arosemena. A su vez, Menéndez es reemplazado por Otto Montero Rumbela, un “independiente”.¹⁰¹ CFP se mantiene presente en el Concejo Municipal a través de tres concejales: José Hanna, Jaime Aspiazú, hijo político de Doña Norma, y...Assad Bucaram.

Recuerda un dirigente de base: “Don Jaime no tenía contacto con las bases... Don Pepito (Hanna) había estado fuera mucho tiempo... pero Don Assad, ese sí que (los) tenía”. (*Entrevista N° 39*). La “relación

101. Velasco Ibarra es depuesto en noviembre de 1961 y reemplazado por su vicepresidente, Carlos Julio Arosemena Monroy, quien es depuesto, a su vez, en julio de 1963. El recuento más completo de los antecedentes, dinámica y consecuencias de golpe militar de 1963 hasta la fecha de producción de este estudio lo hace Fitch (1977).

especial” que Assad Bucaram, un ex “coordinador” del partido, había logrado desarrollar con la base, sería factor decisivo para su eventual captura de la máquina del partido, una posibilidad de Guevara ciertamente no previó cuando lo “forzó”, virtualmente, a ser candidato a Alcalde del partido en las elecciones municipales de 1962. (*Entrevista N° 43*). Elecciones que Bucaram ganaría con el respaldo del 45 por ciento de los votos. Las especificidades en torno a este proceso electoral y lo que este revela acerca de la naturaleza de las fuerzas contendientes se examina en páginas subsiguientes. Lo que cabe notar aquí es que poco a poco Guevara iría perdiendo su preeminencia en el partido, siendo Bucaram el beneficiario directo del debilitamiento interno y eventual pérdida de control sobre el partido.¹⁰² Un importante ex-miembro de CFP recuerda:

Coello Serrano se había ido (en 1952), Macías Hurtado también (en 1956) y después Robles...esa jerarquía de primer orden con la que Guevara podía contar. Cuando cae de la jerarquía del partido solo Pepe Hanna y unos otros pocos estábamos con él... Guevara estaba solo. Bucaram se quedó con toda la estructura del partido...y la fortaleció desde la Alcaldía. (*Entrevista N° 43*).

Ciertamente, las condiciones estructurales propias del contexto de precariedad socioeconómica que yacían en la raíz misma del éxito de Guevara y su partido, persistirían más allá de la presencia de protagonistas temporales. Dadas tales condiciones, y la capacidad de Bucaram para comprenderlas y manipularlas para efectos políticos, su liderazgo prosperaría.

Cuando Guevara Moreno, luego de siete años de ausencia (en México) regresa a Ecuador y participa en las elecciones municipales de 1970 como candidato del movimiento que José Hanna había creado para él luego del rompimiento con CFP, no obtendría sino el 4 por ciento del voto.¹⁰³ El “Capitán del Pueblo”, se había convertido en contendor electoral de importancia marginal...

102. Con referencia al hecho de que Guevara Moreno no anticipó la amenaza potencial representada por Assad Bucaram a su declinante control del partido; nótese que según algunos de los colaboradores más cercanos de Guevara, las habilidades políticas del Capitán del Pueblo en áreas ajenas a la movilización y reclutamiento políticos eran limitadas. (*Entrevistas 13 y 16*). Véase el capítulo 8 para mayor referencia.

103. El CFP-Guevarista, posteriormente APRE (Alianza Popular Revolucionaria Ecuatoriana) que lanzaría, con éxito, la candidatura de Antonio Hanna Musse, hermano de José Hanna, en la elección municipal de 1978. Véase el capítulo 8.

II

Pedro Menéndez Gilbert y la dinámica política de una red clientelar informal

...Menéndez era un 'hecho electoral'...un hombre sin mayor relevancia pero que fue lanzado políticamente como el principal elemento para oponerse a Guevara...Logró adquirir fuerza política por ser el elemento utilizable para algo en contra de otra cosa. (un prominente partidario de Guevara. *Entrevista N° 31*).

...Perico Menéndez Gilbert era un hombre que pertenecía a familias distinguidas de Guayaquil, conectado con sectores de la clase alta pero con una vocación de pueblo que yo creo auténtica...

Surge como una determinación velasquista de rescatar para ellos una ciudad que había sido de ellos. Buscaban en él el elemento que pudiera penetrar más...Fue capaz de organizar comités populares, cuadros activos...Trepó y logró llegar...con pueblo auténtico, desencantado con la administración (municipal) de Robles. (Un prominente ex-miembro del Partido Liberal. *Entrevista N° 12*).

El resultado de la elección municipal de 1959 demostró que, en efecto, Menéndez Gilbert era el contendor capaz de dar el "golpe de gracia" a Guevara Moreno. Se trataba de un hombre —el único, según observadores políticos de la época— capaz de enfrentar a Guevara y su movimiento con sus mismas armas, en sus propios términos, y en el mismo ruedo. (*Entrevista N° 12 y 28*).¹⁰⁴ Esto había logrado probar desde su aparición en el escenario político local a principios de la década del cincuenta, cuando por designación del gobierno de Velasco Ibarra pasa a ocupar la Alcaldía, luego de la expulsión de Guevara Moreno.

Los nexos de Menéndez Gilbert con las bases suburbanas son, desde un primer momento, de índole clientelar. Actuando como patrón político, "Don Perico" visita las barriadas con frecuencia, buscando su apoyo, estableciendo y cultivando sus contactos a nivel de la barriada, y gradualmente conformando "cuadros" políticos laxamente estructurados, que respondían directamente ante él antes que a una estructura partidista y que podían "mover a la gente" en las barriadas en el momento electoral.¹⁰⁵ El carácter informal y flexible de su modalidad de

104. También, véase *La Calle* N° 106, marzo 21, 1959.

105. Los moradores entrevistados del barrio de Santa Ana recuerdan la presencia de Menéndez en el barrio, como Alcalde y candidato. Sus recuerdos acerca de las actividades específicas de Menéndez en el barrio eran menos vividas que sus recuerdos acerca de CFP en época de Guevara y Bucaram. Todos los moradores con quienes conversamos, (a excepción de dos dirigentes leales a CFP que habían tenido expe-

reclutamiento político, permitiría a Menéndez ampliar su base potencial de apoyo electoral a medida que la máquina cefepista se desmoronaba. Ciertamente, a fines de la década de 1950 y principios del 60, muchos líderes barriales, cuadros e importantes miembros de CFP se volverían menendistas, por lo menos temporalmente, mientras Menéndez representara primero una carta política clave en contra de un Guevara en curva descendente *qua* patrón político y posteriormente, en su cali-

rencias personales amargas debido a las guardias de choque de Menéndez) lo definieron como “un buen señor, ese Menéndez, que hizo obra por aquí”. (*Entrevistas* 20, 23, 25, 29, 30, 34, 36, 43). Solo uno de los dirigentes entrevistados (un ex-guevarista) admitió haber trabajado para Menéndez en 1959 “moviéndole la elección en el barrio” y subsiguientemente para Velasco Ibarra en 1960, el candidato apoyado por Menéndez. (*Entrevista* N° 30). Este dirigente, así también como el hijo de un modador entrevistado, formaron comités electorales para trabajar por la candidatura de Menéndez en el barrio. (*Entrevistas* Nos. 30 y 36). Uno de ellos había conocido a Menéndez a principios de la década del cincuenta, cuando Menéndez visitara la barriada como Alcalde, y había recibido una respuesta verbal positiva de Menéndez cuando él y una delegación de vecinos se habían acercado al despacho del alcalde a pedirle que hiciera algo con respecto a la titulación de sus terrenos. Menéndez también había provisto algo de relleno en el barrio. En 1959 Menéndez había contactado a este dirigente para pedirle su apoyo. Otro dirigente había buscado espontáneamente vincularse a la red menendista *circa* 1959, durante la crisis de CFP, a instancias de su empleador, un prominente empresario local que era amigo personal del propio Menéndez y lo convenció de hacerlo. (*Entrevistas* Nos. 30 y 36). En uno de los casos, las exigencias planteadas al dirigente barrial se limitaron a las actividades de sollicitación del voto en el barrio entre sus amigos y vecinos. En otro caso, también se mencionó la tarea de movilizar a la gente del barrio para participar en ceremonias públicas en honor del Alcalde o de otros actores políticos a los cuales Menéndez estaba vinculado. En un caso, no se obtuvieron beneficios, aparentemente, para él o su gente como resultado de estos esfuerzos. En el otro, nuestro entrevistado comentó que “Menéndez hizo lo que pudo por nosotros. Les consiguió empleo a mis compadres en la Municipalidad, y en la oficina de un amigo de él que necesitaba un mensajero. Puso una capa de asfalto en mi calle, después de la elección”. (*Entrevista* N° 30). Tres de los dirigentes entrevistados dicen no haber “trabajado por nadie” en 1959, pero votaron por CFP, de todas maneras, si bien dejaron a la gente de sus comités libres “para votar por quien ellos quisieran”. Otros dos continuaron vinculados a CFP a pesar de la crisis, y trabajaron por la candidatura de Guevara en 1959, subsiguientemente vinculándose a la red de “Don Assad”. Uno de quienes dice haberse retirado temporalmente de “la política” cuando el “rompimiento del partido” en 1959, nos indicó que cuando Guevara y Robles “se pelearon”, los jefes de sector en diferentes distritos del suburbio buscaron el apoyo de los dirigentes barriales en favor de uno u otro: “Estamos con la bandeja a sus órdenes”, fueron las palabras de los emisarios de Guevara, según recuerda, agregando que “algunos presidentes de comité aceptaron, pero yo dije ‘no, por ahora me retiro, hasta que las cosas se normalicen otra vez’”. (*Entrevista* N° 23).

dad de Alcalde, el nuevo *city boss*... y *protégée* del Presidente Velasco Ibarra.¹⁰⁶

La “flexibilidad” es clave en el estilo político de Menéndez. Sus acciones lo revelan como un contendor político para quien las consideraciones partidistas si en algo importantes, son secundarias. Sus “convicciones liberales” no le impiden colaborar estrechamente con Velasco Ibarra desde la Alcaldía y posteriormente como Ministro de Defensa del tercer velasquismo (1952-1956). Del mismo modo, su relación con Velasco no le impediría “mover la elección” para Raúl Clemente Huerta, candidato presidencial del Frente Democrático (1956) y acérrimo enemigo de Velasco. Haber “trabajado por el Frente”, en la campaña electoral de 1956, tampoco es óbice para que acepte posteriormente el auspicio del velasquismo para su candidatura a Alcalde, en las elecciones municipales de 1959, –luego de que los liberales retiraran su apoyo a la candidatura en cuestión.

A fin de conquistar el apoyo del suburbio, y contacto con un gobierno central amigo, recurre a mecanismos similares a los utilizados por CFP bajo el liderazgo de Guevara. La diferencia es que en ningún momento confiere a los vínculos resultantes, porque no quiso o no pudo, una estructura permanente. En todo caso, los enlaces que Menéndez logra establecer con los moradores son eminentemente utilitarios. Su base de cimentación la constituye la voluntad y capacidad de Menéndez *qua* patrón político de responder a las demandas de la base. Como Alcalde de Guayaquil opera dispensando bienes y servicios a la red de amigos y partidarios que encabeza localmente, con rasgos similares a los observados en la máquina política precedente.¹⁰⁷ La observación de un ex-Alcalde de Guayaquil en respuesta a nuestra pregunta sobre el tipo de mecanismos utilizados por Menéndez para conquistar y mantener una base de apoyo político es sugerente:

106. “Cuando vino la pelea entre Guevara y Robles, entonces ya toditos se hacían menendistas. Unas personas de Menéndez vinieron aquí al barrio a hablar con nosotros para la elección. Nosotros veíamos que la pelea en CFP era a muerte y que esto nos podía poner a nosotros en problemas si nos dejábamos. Así que apoyamos a Menéndez...qué más nos quedaba?”. (*Entrevista N° 36*).

107. En la medida en que hemos podido establecer, las demandas de Menéndez sobre sus reclutados fueron eminentemente electorales. Sus comités estaban laxamente estructurados, y eran estrictamente electorales.. Visitaba las barriadas con frecuen-

...Bueno se decía que el verdadero nombre de Menéndez era 'Menéndez construye', 'Menéndez rellena'... A sus amigos les daba contratos, y comisiones de contratos... (*Entrevista N° 12*).

La siguiente cita de prensa complementa la observación anterior, sugiriendo, además, el carácter eminentemente “pragmático” de su gestión municipal:

...En medio de un formidable programa de obras públicas (Menéndez Gilbert) prepara su candidatura presidencial para 1964... Está eliminando los suburbios de Guayaquil. Los grandes medios financieros que se le concedieron (para realizar su gestión) están siendo usados espectacularmente: docenas de escuelas construidas con cemento aparecen en los barrios de la ciudad portaña cada mes; kilómetros de relleno, que pronto serán seguidos de pavimentación, están reemplazando los sucios y fangosos caminos de los barrios suburbanos con modernas calles; (las obras de) drenaje hacen visibles a barrios que antes eran sitios de pobreza y suciedad; miles de postes eléctricos están apareciendo a los lados de las anteriormente oscuras y siniestras calles del suburbio. La obra de urbanización y rescate del hombre popular en una ciudad es causa de... admiración y solo se ve empañada por la curiosa y desafortunada circunstancia de que el propio Menéndez es el propietario o por lo menos accionista importante de la compañía de construcciones que recibe la mayor parte de sus contratos para la realización de esas... obras.¹⁰⁸

Los moradores, organizados en comités barriales vinculados al Alcalde Menéndez reciprocaban. Es frecuente la realización de testimonios públicos de aprecio en las barriadas, orquestados por los dirigentes de base, tales como el descrito en el siguiente texto:

El jueves 18 de este mes, el pueblo tributó un público homenaje al Alcalde por su vigorosa (gestión) pública... Numerosos comités barriales se hicieron presentes en el acto, en el distrito urbano de García Moreno, en gran número, y portando una diversidad de pancartas con palabras de elogio... para hacer saber al Alcalde que el pueblo reconoce su obra. ...El acto fue ofrecido por el coordinador del distrito García Moreno... quien enfatizó la dedicación infatigable del señor Menéndez... y expresó el reconocimiento de la gente por las soluciones prácticas que le está dan-

cia. En un típico recuento, en respuesta a la pregunta: “¿Y que hizo Menéndez aquí en el barrio para que la gente votara por él?”, la respuesta es: “No sólo en mi barrio; en todos los otros barrios. Daba fiestas, con baile y todo eso. El venía a las fiestas. Daba buenos regalos en Navidad. Conversaba con nosotros. No andaba (por aquí) ‘que esto me apesta’, ni nada.. Era muy vivo el señor ese”. (*Entrevista N° 40*). Claramente, los contactos de Menéndez a nivel barrial no fueron tan sistemáticos como los de Guevara Moreno o Bucaram: carecía de una estructura partidista de apoyo, y el cultivo de los contactos que había logrado establecer, dependía cuando no estaba de Alcalde, de su propia presencia en el barrio, fundamentalmente.

108. “Hombres del Año 1960”, *La Calle*, N° 200, enero 7, 1961. (También Menéndez figuró en la lista de “Hombres del Año”).

do a los problemas de relleno, saneamiento, pavimentación, construcción escolar. Se refirió especialmente al desayuno escolar como una demostración elocuente del servicio social y humano en favor de la niñez que el Alcalde de Guayaquil realiza.¹⁰⁹

Cerrando el acto en su honor, Menéndez Gilbert dijo lo siguiente:

...Me siento orgulloso de estar aquí, entre gente humilde.

Cuando una multitud como esta se junta para demostrar su satisfacción y amistad, me siento seguro con el apoyo del pueblo...¹¹⁰

Las tácticas intimidatorias no son ajenas al estilo político de Menéndez Gilbert. En este aspecto, recuerda uno de nuestros entrevistados que

...Cuando (Menéndez) fue Alcalde en los setenta, tenía un grupo de mujeres llamadas 'garroteras menendistas', una especie de guardia de choque femenina...Las mandaba a que golpearan a sus oponentes, haciendo la cosa muy difícil a las 'víctimas', como podrá imaginarse...La mayoría de estas garroteras eran empleadas de la municipalidad, pero no tenían un trabajo real allí como empleadas municipales...(Entrevista N° 12).¹¹¹

La "institución" de los "pipones", es decir, de personas que figuraban en los roles de pago de la municipalidad, pero a quienes no se les asignaba tarea alguna como empleados municipales, continuó vigente durante la administración de Menéndez.¹¹²

109. Como se reporta en *La Calle* (revista política favorable a Menéndez en ese momento), en agosto de 1960 Menéndez convocó una conferencia de prensa para anunciar un ambicioso programa de obras para Guayaquil que incluía obras públicas, como también programas culturales y de entretenimiento para "el pueblo". Menéndez lo llama "Un plan Ciclópeo", e incluía los distritos *suburbio de Urdaneta, Letamendi y Febrés Cordero* donde, declaraba Menéndez, "camino de penetración a través de las principales zonas están siendo pavimentados; inmediatamente después, relleno para las calles y luego tuberías de agua y pavimentación será provisto. Para fines de 1961, las redes de agua y la pavimentación servirá estas áreas completamente hasta la calle 11ava". (*La Calle*, N° 179, agosto 13, 1960: 9; véase también *La Calle* N° 20, 26 de mayo, 1961: 12).

110. Ibid.

111. Uno de los ex-miembros prominentes de CFP admitiría, durante la entrevista que CFP también recurría al uso de "guardias de choque", agregando, sin embargo, que "no teníamos alternativa. Teníamos que defendernos". (*Entrevista N° 5*). Véase además, el capítulo 8.

112. *La Calle*, enero 19, 1962. Nótese que al explicar la victoria electoral de Bucaram en las elecciones municipales de 1967, los observadores políticos comentarían que "la presencia de Menéndez, los recuerdos de sus crímenes y las consecuencias del desastre económico que causó, llevando a la Municipalidad a la bancarrota, jugó un papel importante" en la decisión de una mayoría de los electores de apoyar la candidatura de Bucaram. Véase *Mañana*, N° 109, junio 22, 1967.

El hecho de que Menéndez Gilbert en ningún momento confiere a los enlaces que logra establecer con las bases una estructura permanente, representa un elemento que limitaría su capacidad de reclutamiento electoral futura en Guayaquil, particularmente teniendo en cuenta que “el bajo pueblo”, descrito en un artículo de la época como “esa masa desarticulada pero efectiva que siguió a Menéndez hasta su caída y...ahora derrama lágrimas de pesar cuando lo recuerda”¹¹³ pronto sería “buscado” por otros contendores, capaces de articular su apoyo para efectos electorales. De hecho, cuando cae Menéndez de la Alcaldía a raíz del golpe a Velasco Ibarra, ya había surgido en Guayaquil una formidable alternativa potencial: Assad Bucaram, quien logra establecer y desarrollar el mismo tipo de vínculos con el “bajo pueblo”, pero quien, a diferencia de Menéndez, integra los enlaces en cuestión a una estructura partidista, bajo su férreo control personal.

Menéndez Gilbert volvería a reflotar en el escenario político local en 1967, como candidato velasquista a la Alcaldía de Guayaquil. Entre sus (cuatro) contendores se destaca la presencia de Assad Bucaram y José Hanna. Bucaram gana esta contienda por mayoría absoluta (57 por ciento del voto). Estimamos que no menos del 56 por ciento del total de votos obtenidos por Bucaram provenían del “bajo pueblo”. Menéndez, quien habría conducido una campaña “agresiva” y “pomposa” y quien se decía, representaba un voto “sobornado”¹¹⁴ termina en un (distante) segundo puesto, ya que no obtiene más del 20 por ciento del voto. En todo caso, menos de la mitad del TVV de Menéndez proviene de los distritos *suburbio*. Hanna no logra sino obtener una preferencia marginal (4 por ciento). En los distritos *suburbio*, el predominio electoral de Bucaram es claro: en *Letamendi* obtiene 69 por ciento de la preferencia distrital, mientras que Menéndez no capta sino el 16 por ciento del TVV distrital. En *Urdaneta* Bucaram capta alrededor del 65 por ciento, mientras que Menéndez no obtiene sino el 16 por ciento del TVV distrital, aprox. En *Febres Cordero* la preferencia bucaramista es del 64 por ciento; la menendista no es mayor al 20 por ciento del TVV distrital. Nótese que *García Moreno* es el único distrito *suburbio* en el cual

113. *La Calle* N° 257, febrero 9, 1962.

114. *Mañana*, N° 109, junio 22, 1967: 13.

Bucaram obtiene menos del 60 por ciento del TVV distrital, si bien gana en el distrito por mayoría absoluta (58 por ciento), mientras que Menéndez obtiene el 25 por ciento del TVV distrital.¹¹⁵

Los resultados de esta elección revelan que si bien Menéndez ya no era un contendor electoral preeminente, aún podía lograr una presencia electoral, a pesar del incuestionable predominio de Bucaram. Sugiere, además, que Menéndez Gilbert no había perdido totalmente su capacidad de reclutamiento electoral entre el “bajo pueblo”, y podría eventualmente operar como *broker* político de contendores nacionales de así decidirlo, tal como haría por Velasco Ibarra en la elección presidencial de junio de 1968. Independientemente de las acusaciones de corrupción y malos manejos levantados contra él y, más importante aún, a pesar de la formidable presencia electoral de Bucaram, Menéndez aún podía “ingeniárselas” para reunir algunos votos a nivel de las barriadas, particularmente en el distrito de García Moreno.

En el quinto velasquismo (1968-1972) Menéndez Gilbert sería Ministro de Agricultura. Se alejaría entonces de la escena política porteña. Aún así, y según la opinión de uno de nuestros entrevistados, “se puede hablar de la presencia del menendismo en Guayaquil hasta la muerte de Menéndez...él siempre mantuvo su grupo femenino de gente muy de pueblo: ‘El Corazón de Menéndez’...” (*Entrevista N° 12*). ¿Su principal cometido? La movilización eventual de apoyo político en caso de que “Don Perico” así lo requiriese...

III

Assad Bucaram: la captura de una estructura partidista y el resurgimiento de la máquina cefepista

En primer término, y desde la perspectiva de este estudio, interesa destacar que la crisis interna de Concentración de Fuerzas Populares en el período 1958-1963, crea las condiciones favorables a la caída de un patrón político —Guevara Moreno— y el surgimiento de otro, del

115. Véase n. 132, *ut infra* (resultados de las elecciones municipales de 1967 en Guayaquil).

mismo calibre *qua* reclutador de apoyo; Assad Bucaram, ex-“lugarteniente” de CFP, cuya asociación con Guevara Moreno estuvo invariablemente signada por consideraciones de “pragmatismo político”, pero a quien el “jefe máximo” nunca consideró su amigo.

El talento político de Bucaram le permitiría capitalizar en las oportunidades que las peculiares circunstancias de la política local de aquel momento abrirían, como también en los errores tácticos de Guevara en la conducción de la política interna del CFP y eventualmente capturar y utilizar la estructura de reclutamiento que el partido había establecido bajo la conducción de Guevara, para reconstruir, con esa base, la máquina electoral cefepista bajo nuevo liderazgo: el propio.

Un patrón incipiente deviene en candidato cefepista a la alcaldía de Guayaquil

Cabe señalar, ante todo, que los vínculos de patronazgo establecidos por Assad Bucaram a nivel barrial, así como su reputación a nivel nacional como hombre honesto, por su “batalla implacable en contra de la corrupción”, por el “coraje” y “tenacidad” demostrados en su calidad de congresista y concejal municipal, anteceden a su primera candidatura a la Alcaldía. Bucaram pudo carecer de “elocuencia pulida”; pero era capaz de decir “lo que los ciudadanos comunes querían oír”. El hecho de que una revista política de la época, sin vinculaciones al partido, lo declarara “Hombre del Año” en los primeros meses de 1962, testimonia la visibilidad nacional que Bucaram ya había logrado adquirir para 1962.¹¹⁶ Para entonces era claro, además, que Bucaram se sentía lo suficientemente seguro políticamente como para confrontar públicamente a sus correligionarios de lealtad guevarista. Los ribetes violentos que tales confrontaciones adquieren, sugieren la emergencia de un

116. Véase “Hombres del Año 1961”, en *La Calle*, N° 252, enero 5, 1962. Assad Bucaram fue electo al Congreso Nacional como diputado provincial en 1956 y 1958. Entre 1958 y 1960 ocupó un curul en el Congreso Provincial del Guayas. Fue director ocasional de CFP en 1960. Electo diputado provincial al Congreso, nuevamente en 1961. Alcalde de Guayaquil en 1962. En 1966 fue diputado a la Asamblea Constituyente y electo vice-presidente de la Asamblea. Alcalde de Guayaquil por segunda vez en 1967, y Prefecto Provincial en 1970. En 1979 fue electo al Congreso, que presidió por un año. Falleció en noviembre de 1981. Durante su carrera política fue encarcelado 17 veces y exiliado en cinco ocasiones. (Véase Proaño Maya, 1980).

nuevo patrón político ya en control de una clientela propia, que se siente capaz de enfrentar a las redes clientelares de Guevara, cuyo control sobre las mismas estaba declinando. La intervención de Bucaram en una asamblea que se reúne para revisar alegatos de malos manejos en la segunda administración municipal de Menéndez Gilbert, es reveladora, como reporta el siguiente texto:

...El violento discurso de Bucaram irritó inclusive a algunos de sus coidearios, a quienes censuró en varios pasajes. Las barras estaban con él, aun cuando atacaba a guevaristas. Acusó al Concejo Municipal de politizar su obra y especialmente a algunos miembros del Concejo por hacer (la distribución de recursos tales como) el suministro de agua potable a los barrios suburbanos contingente en su respaldo electoral. Bucaram pidió la aprobación de una resolución mediante la cual algunas instituciones...deberían contribuir diez por ciento de sus ingresos fiscales a la municipalidad para obras en los barrios suburbanos. También pidió que (se proceda) a delimitar (adecuadamente) a la ciudad para impedir que el barrio suburbano continúe siendo utilizado como plataforma electoral, evitando así el vergonzoso comercio de terrenos municipales por parte de caciques barriales...Hubieron incidentes entre...Aspiazu (hijo político de Doña Norma Descalzi) y Bucaram, entre Solórzano, también guevarista, y Bucaram...El griterío era ensordecedor...Finalmente, se aprobó la moción de censura a Menéndez...¹¹⁷

A pesar de estos antecedentes de antagonismo a la red propiamente guevarista del partido, Guevara Moreno escoge a Bucaram como candidato de CFP a la Alcaldía para las elecciones de 1962. ¿La razón? Un prominente ex-miembro del partido, y colaborador cercano de Guevara, testimonia lo siguiente:

Los ataques que se habían levantado contra Guevara incluían alegatos de malos manejos que yo creo infundados pero que, en todo caso, era una difamación tan bien planeada, tan repetida, que caló muy hondo. Se aproximaban las elecciones municipales de 1962. Conversando un día conmigo, Guevara dijo, refiriéndose a Assad Bucaram: 'Este turco tiene reputación de hombre honesto y debemos usarlo en este sentido. Si nuestro candidato a Alcalde fueras tu —había algunos en CFP, entre ellos Bucaram, que querían que fuera yo el candidato del partido— ...tu estás muy cerca mío, y como han levantado esta guerra en mí contra por malos manejos, van a decir que tu vas a robar por mí. Pero este Bucaram se ha hecho una reputación de hombre honesto que hay que utilizar'. Es interesante que Bucaram no quería ser candidato a Alcalde: él simplemente quería participar en las elecciones parlamentarias y permanecer en el Congreso... (Entrevista N° 43).¹¹⁸

117. "Robles y Bucaram: Los Puntos Sobre las Ies", en *Mañana*, N° 109, marzo 1, 1962: 12, 13, 22.

118. Otros miembros del partido en la época coinciden en señalar que "Bucaram es forzado por Guevara a postular a la Alcaldía; él no quería". (Entrevista 14; también *Entrevista N° 32*).

En suma, la candidatura de Bucaram a la Alcaldía se decidiría “en contra de sus propios deseos” y el electorado “sorprendentemente”, en palabras de nuestro informante, “respondió y lo eligió”. (*Entrevista N° 43*). Bucaram ganó, si bien por pluralidad simple, con aprox. 43 por ciento del TVV. Aurelio Carrera Calvo, candidato “apolítico” que representaba “las aspiraciones de venganza del velasquismo y los planes de retorno del menendismo”, como lo pone un observador de la época, obtuvo 32 por ciento del TVV. Adviértase, en todo caso que Bucaram logra obtener una mayoría absoluta del TVV *en todos los distritos del suburbio*, excepto en *García Moreno*, donde obtiene 43 por ciento del TVV distrital. Carrera, por su parte, no obtiene más del 25 por ciento del voto en esos distritos, excepto en *García Moreno*, donde el 37 por ciento del voto apoya su candidatura.¹¹⁹

119. Según la Ley Electoral vigente en ese momento, las elecciones para la Cámara Nacional de Diputados y las elecciones locales para la Alcaldía, concejales municipales y Consejeros Provinciales se realizaron simultáneamente en junio de 1962, por primera vez (*El Telégrafo*, Guayaquil, junio 3, 1962: 1). La predicción en cuestión probó falsa. De los 79.656 votos emitidos y válidos en la ciudad de Guayaquil (88.584 a nivel cantonal), Bucaram capta, aprox. el 43%. El candidato auspiciado por el “mendocismo” y el “velasquismo” (Aurelio Carrera Calvo), quien también estaba apoyado por “independientes”, el partido conservador del Guayas y un movimiento llamado Unión Democrática Revolucionaria, obtiene 32% del TVV, y Guillermo Cubillo Renela, un miembro del Concejo Municipal, apoyado por el “arosemenismo”, los liberales y socialistas, y auspiciada por el “Movimiento de Tecnificación Municipal” obtiene 24 por ciento del TVV. Nótese que la tasa de participación a nivel cantonal (electores inscritos = 200.000 aprox.) es del 44% aprox. (estimaciones de la autora en base a los resultados electorales que aparecen en *El Universo*, junio 2, 1962, p. 20; *El Universo*, julio 4, 1962: 3; y *El Telégrafo*, junio 14, 1962: 2). Esta elección sugiere la naturaleza efímera del apoyo electoral en el suburbio. La relación entre Bucaram y Carrera en términos cuantitativos se encuentra a niveles similares a los que se observa entre Guevara y Menéndez en la elección anterior, si bien el candidato de CFP esta vez capta la pluralidad simple más alta. Tres años después, de que el candidato auspiciado por la red electoral velasquista había ganado, en todos los distritos de la ciudad, esta vez el candidato favorecido por Menéndez y Velasco no fue un contendor del calibre de Bucaram. La naturaleza contingente del apoyo electoral en el caso del *suburbio* es subrayada por el hecho de que Bucaram había captado una mayoría absoluta del voto en tres distritos *suburbio* (52%, 54% y 52% aprox., en *Urdaneta*, *Letamendi* y *Febres Cordero*, respectivamente), y ganó la pluralidad simple en uno (*García Moreno*, 43% del TVV distrital). Carrera, por su parte, obtiene 27%, 26% y 25%, aprox., en los tres primeros distritos mencionados, y 38% en *García Moreno*, el anterior “bastión” de Menéndez a nivel distrital en la elección de 1959. (Estos porcentajes son aproximaciones calculadas en base a resultados parciales presentados para efectos referenciales, únicamente; las fuentes no son oficiales. Véase *El Universo*, junio 4, 1962: 8). Nótese que Carrera Calvo había

La primera alcaldía de Assad Bucaram y el rompimiento con Guevara Moreno

Una vez en la Alcaldía, y desde un primer momento, Bucaram procede a moverse en contra de las estructuras de patronazgo guevaristas. Guevara Moreno no está en condiciones de salir airoso de tal “confrontación”. Las acciones de Bucaram demuestran su determinación de ejercer control total sobre los recursos requeridos por la máquina del partido, a cualquier costo. Tal es así que si Guevara le “ordena” “ubicar” a “cientos de cefepistas” en la municipalidad, Bucaram responde que las finanzas municipales se lo impiden. Sin duda, la situación financiera de la municipalidad era crítica; se adeudaba, por ejemplo, cuatro meses de sueldo a los trabajadores municipales, incluyendo a los maestros.¹²⁰ En todo caso, la determinación de Bucaram de ignorar las demandas de Guevara estaba llamada a una agudización del debilitamiento de la red clientelar guevarista.

A raíz de la crisis interna del partido, se producen reuniones de dirigentes de base para revisar la situación. Los dirigentes leales a Guevara recriminan ácremente al Alcalde Bucaram por su negativa a “echar a andar” la máquina en favor de la clientela propiamente guevarista. En algunos casos, se llega a la violencia física y balaceras. La dirigencia de base vinculada al partido eventualmente decide “quedarse con Don Buca”, (*Entrevista N° 39*), en su mayoría. Ciertamente, es Don Buca quien detenta el poder municipal y está en capacidad real de ejercer un patronazgo “efectivo”.

Para 1963 el rompimiento de Guevara y Bucaram se torna irreversible. La causa aparente del rompimiento es la diferencia de opinión entre ambos acerca de la actitud que el partido debía asumir ante la nueva junta militar de gobierno que asume el poder una vez que Carlos

postulado a la Alcaldía en 1947 bajo los auspicios del partido conservador (véase nn. 9 *ut supra*). Velasco había sido depuesto, recientemente, y la candidatura de Carrera Calvo se había decidido de la manera más curiosa, como revelara en el curso de una de las entrevistas un leal partidario de Velasco Ibarra: “Carlos Julio (Arosemena) me había enviado a la cárcel. Desde la prisión, junto con algunos otros amigos, yo decidí lanzar la candidatura de Carrera Calvo; como nadie quería ser candidato a Alcalde de Guayaquil yo me dije: un bombero puede conseguir algunos votos, no es cierto?” (*Entrevista N° 14*).

120. *Mañana*, N° 146, noviembre 22, 1962.

Julio Arosemena es depuesto. La causa fundamental, sin embargo, era “el volumen que estaba tomando Bucaram”. (Entrevista N° 44). Las circunstancias en torno al rompimiento, y su desenlace, fueron relatadas a la autora por un testigo de los hechos, de la siguiente manera:

Yo estaba con Guevara en Ambato, donde habíamos ido a participar en la convención del partido que era al día siguiente. De repente se anunció que Carlos Julio Arosemena había sido depuesto. Allí y en ese momento Guevara tomó el teléfono, llamó a Bucaram y le dijo: ‘Salga a la calle a respaldar la Constitución’. Bucaram lo hizo; y seis horas más tarde estaba fuera de la Alcaldía...en la cárcel. Guevara quería adoptar una actitud de espera con respecto a la nueva junta militar e iniciar una oposición después. Bucaram, amargado por haber perdido el poder político que estaba construyendo desde la Alcaldía, quería una confrontación frontal...Este es el motivo de la fricción inicial...Luego Guevara decidió tomarse un corto descanso de las actividades del partido y comete el error de dejar a José Hanna, que había sido un enemigo personal de Bucaram por años, a cargo de la dirección del partido. Pepe...un hombre brillante...pero cometió el error fatal de promover la expulsión de Bucaram...en ese momento, sin haberse consolidado él todavía en el partido. Bucaram tenía todas las cartas de su lado. Fue una expulsión formal que no llevó a nada, excepto a eliminar a Guevara en la práctica, y a que perdiera el control sobre la maquinaria del partido. (Entrevista N° 43).

Estos eventos marcan “los inicios del apogeo de Bucaram” y “la declinación definitiva de Guevara...” (Entrevista N° 43).

Amigos y enemigos de Bucaram coinciden en opinar que Bucaram “hace una buena Alcaldía”, en su primera administración. Su capacidad de “gran administrador” es reconocida ampliamente. (Entrevistas Nos. 10, 14, 16, 28, 34, 43). Conduce la municipalidad “ahorrando al centavo”, con mentalidad de “ama de llaves”. Su actitud hacia quienes violan las disposiciones municipales que él deseaba hacer cumplir, es implacable. Uno de sus más acérrimos enemigos dice:

Bucaram hizo una buena Alcaldía...Tenía un gobierno amigo de su lado (Carlos Julio Arosemena). Era la primera vez, en realidad, que el partido contaba con un gobierno amigo...Los recursos municipales aumentaron. Además, buscó reactivar rentas que se debían (a la municipalidad) hacía veinte años, algo que nunca nadie más hubiera hecho... (Entrevista N° 34).

En palabras de otro,

Bucaram era un excelente administrador. Puede que haya sido un salvaje, un patán, pero no se puede negar su condición de hombre honesto y que su Administración fue limpia. Y, bueno, actuó con lo que tal vez sea un elemento indispensable en nuestra ciudad; no con el criterio de un gran administrador sino con el de un gran capataz. (Entrevista N° 43).

Según el testimonio de un político liberal,

Bucaram tenía dos cualidades básicas: honestidad total y lealtad a su gente, al pueblo. No es simple demagogia lo que le llevó a buscar terrenos y servicios para ellos. El realmente cree en eso...Combativo como Guevara, denunciaba la especulación y la corrupción que otros silenciaban. Compensaba su falta de cultura con una gran intuición. Conducía la Alcaldía como un mayordomo, en el sentido de que al alba estaba supervisando cómo las calles estaban siendo pavimentadas, pateando a los trabajadores que no estaban haciendo las cosas correctamente o al que entraba en la calle en su carro y dañaba el pavimento fresco. Un verdadero mayoral, economizaba al extremo...Era muy eficiente...(Entrevista N° 28).

Las palabras de un dirigente barrial que frecuentemente acompañaba a Bucaram en sus recorridos diarios de supervisión de obras municipales en ejecución, complementa los recuentos precedentes:

Don Buca hacía muy bien su trabajo. Nosotros le dábamos una manito. El compañero... (nombre omitido) de CFP nos venía a ver en su carro y nos llevaba donde estaban haciendo las obras para supervisar. Si estaban pavimentando una calle nos asegurábamos de que los obreros no se roben el cemento. El mismo Don Buca iba por la ciudad hasta las dos y tres de la mañana, viendo qué calles necesitaban reparaciones y supervisando las obras, más que nada en el suburbio. Al otro día estaba tempranito en su despacho, a las siete de la mañana. (Entrevista N° 39).¹²¹

Su estilo personal de administración también creaba enemistades. Se aseguraba, por ejemplo, del cumplimiento de sus ordenanzas: “si una gasolinera no debía estar ubicada en el malecón, y Bucaram encontraba que había una allí, mandaba un tractor a que la arrazara en un plazo de treinta días”. (Entrevista N° 28). También utilizaba tácticas “que otro alcalde no se atrevería a emplear para salirse con la suya”.¹²²

121. Los moradores entrevistados recuerdan a Bucaram con gratitud y afecto. “El pavimentó nuestras calles...”; “nos dio los títulos de nuestros terrenos...”, manifestaron nuestros informantes, casi invariablemente. “Bucaram era un gran hombre. El era como del barrio. Venía y nos preguntaba ‘ustedes qué necesitan?’ Y nos daba”. (Entrevista N° 42). En palabras de otro vecino, “Bucaram, el alma bendita, era una gran persona, porque cuando íbamos a la Alcaldía nos recibía, nos daba la mano, nos donó los terrenitos...” (Entrevista n° 38). “Bucaram...yo lo conocí aquí, en el comité de Don Manuel...El venía aquí todo el tiempo. Se quedaba hasta que amanecía”. (Entrevista N° 29). “El compañero Bucaram...era tan bueno. Venía aquí a vernos. Mandaba comida a las escuelas. Les daba desayuno y almuerzo a nuestros hijos. Y qué almuerzos. Si usted viera. Gallina, bastante carne. También mandaba colada con leche y pan a la escuela nocturna”. (Entrevista N° 36).

122. Una anécdota que revela la medida en la que el estilo de resolución de problemas de Bucaram puede ser considerado único, es uno en el que Bucaram presuntamente

Assad Bucaram gana la elección municipal por segunda vez

Durante la dictadura militar del período 1963-1966, Bucaram se las “ingenia” para mantener su presencia vigente entre sus partidarios, particularmente en las barriadas, como se verá más adelante. En la Asamblea Constituyente de 1967, que marca el retorno al gobierno civil, Bucaram participa activamente. En junio de ese año gana la elección de Alcalde por segunda vez; ahora por mayoría absoluta (58 por ciento del voto válido).¹²³ Los resultados de esta elección revelan que una mayoría absoluta de votantes lo apoya *en todos los distritos de la ciudad*, siendo Tarqui, un distrito *cuello duro*, la única excepción. En Tarqui obtiene, sin embargo, una importante pluralidad simple (46 por ciento del TVV distrital).

Bajo la conducción de Bucaram, CFP continúa apelando a diversos sectores del espectro socioeconómico local. Como señala uno de sus aliados políticos ocasionales:

Bucaram se cuidaba mucho de tener alguna interacción con todos los sectores (del espectro social). Si uno se fija, en sus listas electorales hay casi siempre la constante de un apellido más o menos oligárquico o aristocrático en el primer puesto, como por ejemplo, César Amador Baquerizo, Efrén Baquerizo, Rodolfo Baqueri-

“resolvió” una huelga de maestras municipales que se habían encerrado en el Departamento de Educación “haciendo que unos salvajes entraran en el edificio por las alcantarillas para manosearlas”. Las maestras “salieron a la carrea, desesperadas; abrieron la puerta y evacuaron el edificio. Terminó la huelga”. (*Entrevista N° 43*).

123. Bucaram es el candidato de la Coalición Liberal-Cefepista. Hay otros cuatro candidatos, dos de los cuales no tenían posibilidad de ganar, a saber, Enrique Gil Gilbert y Enrique Baquerizo, candidatos de la “derecha” y la “izquierda”, respectivamente. Otros dos candidatos eran viejos enemigos de Bucaram: Pedro Menéndez Gilbert y José Hanna Musse (véase *Mañana*, N° 109, junio 22, 1967). La tasa de participación fue de 54%. Bucaram gana por 56% del TVV en el cantón, y con 58% del voto en la ciudad. Menéndez obtiene 20% del TVV de la ciudad; Hanna un marginal 4%. La preferencia bucaramista a nivel distrital oscila entre 41% del TVV en *Ximena* (un distrito socioeconómicamente heterogéneo) a 75 en el distrito *tugurio de Sucre*. Capta mayorías absolutas en todos los distritos de la ciudad, excepto en *Ximena* y *Tarqui* (46%) y por sobre 64% en todos los distritos *suburbio* (64% 66% y 69% en *Febres Cordero*, *Urdaneta* y *Letamendi*, respectivamente), excepto en *García Moreno*, donde capta sin embargo 58% del TVV distrital. En los distritos *tugurio de Bolívar* y *Sucre* obtiene 59% y 75% del TVV distrital, respectivamente. La preferencia bucaramista en los distritos restantes va de 54% en Rocafuerte a 64% en Ayacucho. (Estimaciones de la autora en base a resultados parciales reportados en *El Telégrafo*, Guayaquil, julio 6, 1957: 1 y *El Universo*, Guayaquil, junio 11, 1967: 1).

zo...hasta hay una repetición de un mismo apellido. Esto trae contacto con sectores que de otra forma no votarían por Bucaram. Por eso es que él gana en todos los distritos. El es complementamente pluralista. (*Entrevista N° 12*).

Comparando a Bucaram con Guevara Moreno en este sentido, nuestro interlocutor agrega:

Los comandos guevaristas eran elitarios en alguna medida, intelectual, social o profesionalmente: Macías, Aspiazu, Puga Pastor, Coello, Kingman, etcétera. Los de Bucaram eran mucho más pueblo, pero siempre manteniendo esa misma multiplicidad de contactos. (*Entrevista N° 12*).

En todo caso, el apoyo electoral a Bucaram, como el resultado de la elección municipal de 1967 revela, es claramente más sólido en los distritos *suburbio* y *tugurio* de la ciudad. En los distritos *suburbio* la preferencia bucaramista varía de un máximo de 69 por ciento a un mínimo de 58 por ciento del TVV distrital. Incidentalmente, en esta elección la preferencia bucaramista es más fuerte en un distrito *tugurio*, a saber, *Sucre*, donde el candidato obtiene 75 por ciento del TVV distrital.¹²⁴

Más allá de los factores que hicieron de sus distintas candidaturas invariablemente atractivas para los sectores marginados de Guayaquil, consideramos que el recientemente aprobado decreto N° 151, promulgado por el gobierno merced a las presiones ejercidas por Bucaram y su partido, tiene que haber jugado un rol fundamental, coyunturalmente, reforzando su capacidad de reclutamiento electoral. El decreto en cuestión había sido promulgado “ostensiblemente para proteger los intereses de la municipalidad y para regularizar los valores de la tierra, reafirmando los derechos de la municipalidad sobre tierras compradas, adquiridas y anexadas previamente”.¹²⁵ El decreto afectaba áreas

124. Véase n. 123, *supra*.

125. Moore (1977: 245) y Moser (1981), entre otros, proveen una discusión acerca de la naturaleza del decreto en cuestión. Advuértase que este decreto había sido iniciativa de Bucaram (Proaño Maya, 1980), quien como vicepresidente de la Asamblea Constituyente de 1967 podía ejercer considerable presión para obtener su aprobación. El decreto fue aprobado el 2 de mayo de 1967, un mes antes de las elecciones municipales. Entró en vigencia en julio de ese año (véase Calle Saavedra y Chang-Loqui, 1976: 147-148). Moore observa que este decreto estaba llamado a causar confusión en la medida en que “en un solo decreto el gobierno nacional había cedido el derecho sobre los terrenos a la municipalidad, requería que (la municipalidad) los vendiera a un precio menor que el precio de compra original, y requería además la cesión de terrenos a los actuales moradores sin costo alguno...” (Moore, 1977: 245). Nótese, en todo caso que estos temas no eran relevantes en la perspec-

adyacentes a, o sobre las que los asentamientos espontáneos de la ciudad continuaban apareciendo. Al margen de los méritos o desventajas reales del decreto, el punto es que la disposición estaba llamada a tener, por lo menos a corto plazo, un impacto favorable en la imagen de Bucaram como paladín de los desposeídos. En lo que a muchos residentes de la ciudad respecta, y al margen de la eventual confusión que el decreto pueda haber significado para la municipalidad y para los propios beneficiarios potenciales, este significaba, en términos inmediatos, que “se estaban dando terrenos” en Guayaquil, gracias a Bucaram y CFP. Desde la perspectiva de los moradores barriales, se trataba de terrenos que podían comprar a la municipalidad a precios nominales. En lo que a los moradores prospectivos respecta, se trataba de terrenos que podían ser obtenidos “gratuitamente” para construir un hogar para ellos y sus familias (*Entrevista N° 35*).¹²⁶

En todo caso, Bucaram asume la Alcaldía por segunda vez en circunstancias favorables a la re-instauración de la máquina política cefepista. Su antecesor en la Alcaldía había elaborado un plan para la emisión de S/.3'000.000 en bonos que permitiría consolidar la deuda municipal y rescatar sus rentas básicas, plan que la Asamblea Constituyente

tiva de los electores, potencialmente beneficiados con el decreto, cuando se efectúan las elecciones municipales de 1967, ya que el decreto en cuestión entraría en vigor en julio de ese año y aún no existía bases para evaluar cuál sería su impacto real. En lo que respecta a los moradores de las áreas afectadas, la zona de la Isla San José y, los distritos *suburbio de Febres Cordero, Letamendi, Urdaneta y García Moreno*, el decreto quería decir por lo menos en ese momento, una perspectiva inmediata para la adquisición de seguridad de tenencia. Si la “confusión” a la que hiciera alusión Moore, se dio posteriormente, su impacto electoral “negativo” en lo que a candidatura de Bucaram respecta, no fue mayor en las elecciones subsiguientes. Adviértase que el barrio Santa Ana, una zona consolidada del suburbio actualmente, todos los moradores con quienes conversamos reportan haber adquirido seguridad de tenencia como consecuencia del “decreto Bucaram”. De hecho, uno de los elementos que era parte de una evaluación favorable de Bucaram en el momento en que se llevaron a cabo las entrevistas (1982-83) es que “el nos donó los terrenitos”. Otros moradores reportaron haber podido “comprar” sus terrenitos gracias al Decreto 151. La “confusión” que resultó de la implementación compleja del Decreto 151, en lo que a los residentes suburbanos respecta, tiene que haber afectado a las áreas más recientes y menos consolidadas del *Suburbio*. En todo caso, dicha “confusión” recalcamos, no se traduce en una disminución de apoyo electoral a Bucaram en futuras contiendas, de lo cual colegimos que el impacto negativo para el grueso del electorado suburbano fue de menor incidencia.

126. En referencia al rol de los políticos en el proceso de asentamiento urbano espontáneo en Guayaquil, véase el Anexo A.

promulgó como Ley de la República cuando Bucaram asume la Alcaldía. Además, el ex-Alcalde Serrano Rolando había llevado a cabo, asimismo, una reforma legal e impositiva que traduciría en la promulgación de una docena de ordenanzas que “sin afectar (negativamente) a los sectores populares... (permitiría) incrementar los ingresos de la municipalidad”.¹²⁷ Estos recursos, de hecho, proveían una base para establecer una “bien aceiteada” máquina política.¹²⁸

Al margen de las confrontaciones que Bucaram mantendría con diversos sectores sociales y políticos de la ciudad, durante su controvertida segunda administración municipal, la próxima elección local demostraría que el poder electoral de “Don Buca” en Guayaquil se había consolidado, particularmente entre los moradores barriales.

Como Alcalde, Bucaram confronta tanto a poderosos sectores de la banca local, como a empresarios, organizaciones laborales y estudiantiles, como también a vendedores ambulantes y a los medios de comunicación. Para fines de 1967 había roto con toda la prensa y radioemisoras de Guayaquil. Otro elemento característico de su administración municipal es el recurso a tácticas de intimidación física. Organiza y mantiene una agresiva policía municipal sin uniforme, los ‘pelados’, así llamados por sus cabezas rapadas. Cuando el Alcalde así lo ordenaba, ‘los pelados’ se lanzaban a las calles para confrontar violentamente a quienes intentasen interferir con las disposiciones de Bucaram. Los diversos sectores afectados por los embates del Alcalde se unirían en su contra hacia fines de ese año, planteando una seria confrontación con Bucaram, quien permanecería inmovible. (*Entrevistas 35 y 41*).¹²⁹

127. “El Mito de Bucaram”, en *Mañana*, N° 343, junio 18, 1970.

128. Esto fue sugerido en las *Entrevistas Nos. 35 y 41*.

129. Para octubre de 1967 la confrontación alcanzó proporciones críticas, como resultado de la decisión de Bucaram de expulsar a un grupo de estudiantes del Colegio Municipal “Borja Lavayen”, por haber asaltado el “Centro Ecuatoriano Norteamericano” de Guayaquil y la confrontación que siguió con la policía municipal (v. g., “los ‘pelados’.”), enviados por Bucaram para remover a los estudiantes del edificio, lo cual llevó al cierre del Colegio. Los estudiantes, apoyados por la oposición en su totalidad, pidieron la renuncia de Bucaram. El gobierno central y el gobernador del Guayas permanecieron neutrales, en un primer momento. Se llegó a una solución de compromiso, finalmente, y Bucaram permaneció en el cargo. (“Tempestad sobre Don Buca”, en *La Calle*, N° 522, 1967: 22).

Las elecciones presidenciales tendrían lugar solo seis meses después de los serios disturbios que caracterizaron la confrontación en cuestión.¹³⁰ El rol de Bucaram y su partido, en la elección presidencial de junio de 1968, es materia de examen en otra parte del estudio. Cabe señalar aquí, en otro caso, que esta elección marca el comienzo de una alianza política entre el partido liberal y CFP, en el cual el rol de este último, bajo la conducción de Bucaram, sería instrumental para el primero, en tanto en cuanto (a) reportaría el grueso del apoyo que Córdova logra obtener en los distritos *suburbio* de la ciudad—en la más débil de las cuatro victorias electorales de Velasco; y (b) sería determinante para el triunfo electoral del liberal Francisco Huerta Montalvo en las elecciones municipales de 1970—al menos en lo que a los distritos *suburbio* respecta, como algunos protagonistas (liberales) de la coyuntura admitirían a la autora años más tarde. (*Entrevistas Nos. 12 y 28*).¹³¹

Cuando la segunda administración municipal de Bucaram llega a su fin, en 1970, su reputación como defensor de la moralidad, “que no se casa con nadie ni se les canta todas” (Entrevista N° 12), es incuestionable. También lo es su palabra? para confrontar a los “señorones” que se negaban a pagar los impuestos, a los “comunistas” que trataban “de subvertir el orden establecido”, a los vendedores ambulantes que “invadían” las calles centrales de la ciudad, y a “la gran prensa”, por igual. Haciéndolo, había demostrado que en su gestión “siempre había algo” para complacer, en algún momento u otro, a casi todos los sectores del espectro social de la ciudad. El respaldo electoral que lograría captar en las elecciones de 1970, como candidato a prefecto, es un indicador de la validez de esta observación. Lo que es más importante aún, desde la perspectiva de este estudio para 1970 Bucaram era “el líder indiscutido del suburbio” de Guayaquil.

El epílogo

En las elecciones municipales de 1970 el (entonces) miembro del partido liberal, Francisco Huerta Montalvo, es el candidato a Alcalde por la Coalición Liberal-Cefepista. Hay siete candidaturas en la con-

130. El impacto que dicha confrontación puede haber tenido en cuanto al papel de Bucaram en la elección presidencial de 1968 se discute en el capítulo 8.

131. Véase el capítulo 8.

tienda, entre ellas la de Guevara Moreno. Bucaram, por su parte, es el candidato a Prefecto de la coalición. Huerta gana la elección de Alcalde con el 60 por ciento del voto válido. Bucaram gana la prefectura con una votación del 67 por ciento. A nivel distrital, la preferencia por Huerta va de un máximo de 71 por ciento (en *Letamendi*, un distrito *suburbio*) a un mínimo de 51 por ciento (en *Tarqui*, un distrito *cuello duro*). El margen de variación inter-distrital de la preferencia bucaramista es más amplio (en la ciudad): con un máximo del 78 por ciento a un mínimo del 56 por ciento del TVV distrital, también en *Letamendi* y *Tarqui*, respectivamente. Una correlación simple de rango a nivel distrital revela un comportamiento de apoyo altamente consistente para ambas candidaturas: la preferencia de Huerta es más fuerte donde lo es la de Bucaram; correspondientemente, el nivel de preferencia por Huerta es menor donde también lo es el de Bucaram.¹³²

La Alcaldía y prefectura de Huerta y Bucaram, respectivamente, sería breve –no más de cuatro meses. En septiembre de 1970 Bucaram es removido de sus funciones y deportado a Panamá. En abril del año siguiente regresa secretamente al país pero es arrestado y deportado al Paraguay dos meses después. La Alcaldía de Huerta termina tan abruptamente como la prefectura de Bucaram, y por las mismas razones: su oposición del auto-golpe de Velasco Ibarra.

En 1972 un golpe militar depone a Velasco Ibarra. El golpe dejaba truncas la esperanza de Bucaram de intentar la presidencia en las elec-

132. Siete candidatos participaron en la contienda esta vez: Francisco Huerta Montalvo, por la coalición Liberal-Cefepista; Carlos Guevara Moreno, por el CFP-Guevarista; y Miguel Salem Dibo, candidato del velasquismo, son los principales contendores. Huerta y Salem eran vistos como los posibles ganadores. A su vez, Assad Bucaram es candidato a Prefecto provincial; otros tres candidatos participan en la contienda. El electorado guayaquileño había crecido en 100% desde las elecciones locales de 1967, a 200.000 votantes (véase *Mañana*, N° 338, mayo 14, 1970), de los cuales 80% votó en las elecciones de Alcalde, y 85% en las elecciones de Prefecto. De los 167.000 votos (aprox.) que fueron emitidos en la elección de Alcalde, Huerta capta 61% y Salem no más del 23%. Todos los demás candidatos obtienen menos del 10% del TVV, incluyendo a Guevara Moreno (3.5%). De los 170.000 votos (aprox.) emitidos para Prefecto, Bucaram capta 67%, “aventajando” la votación de Huerta en la ciudad en unos 13.000 votos, aprox. (La segunda preferencia en la contienda a Prefecto no capta más del 28% del TVV). El Cuadro que sigue, introducido a efectos referenciales, fue elaborado por la autora a base de los resultados *parciales* reportados en *El Universo*, junio 9, 1970: 1 y julio 9, 1970: 10. Los porcentajes son aproximados.

ciones de 1972, una posibilidad ampliamente reconocida como uno de los factores intervinientes en la intervención militar.¹³³ Durante los próximos siete años Bucaram permanecería tan activo políticamente como las circunstancias se lo permitieran. En todo caso, se mantendría en contacto con sus bases barriales a lo largo del período de gobierno militar (1972-1978). La naturaleza de la relación entre Bucaram y los moradores es el tema de los párrafos que siguen.

Estableciendo los enlaces

A mediados de la década del cincuenta, Bucaram es “detectado” por la cúpula cefepista como “un hombre que podía ser utilizado políticamente”.¹³⁴ Adviértase que aún antes de que se produjera su vincu-

**Apoyo electoral a Bucaram y Huerta a nivel distrital. Correlaciones de rango,
nivel distrital, 1970, Guayaquil (distritos urbanos)**
(TVV Distrital = 100%)

Bucaram		Huerta	
1. Letamendi	78%	1. Letamendi	71%
2. Febres Cordero	77%	2. Febres C.	70%
3. Urdaneta	75%	3. García Moreno	64%
4. García Moreno	71%	4. Urdaneta	63%
5. Sucre	66%	5. Sucre	60,5%
6. Roca	64%	6. Ayacucho	60%
7. Ayacucho	63,5%	7. Roca	58%
8. Olmedo	63%	8. Bolívar	57%
9. Bolívar	62,5%	9. Ximena	56%
10. Ximena	62%	10. Olmedo	55,5%
11. Nueve de Oct.	59%	11. Nueve de Oct.	55%
12. Rocafuerte	58,5%	12. Rocafuerte	54%
13. Carbo	58%	13. Carbo	51,5%
14. Tarqui	56%	14. Tarqui	51%

133. El rol que una posible victoria electoral de Assad Bucaram en las próximas contendas presidenciales (previstas para junio de 1972) pudiera jugar como variable interviniente en el golpe militar de febrero de 1972, lo examina Fitch (1977). Véase, asimismo, Hurtado (1980) y capítulo 8 de este estudio.

134. El extracto que sigue describe el “descubrimiento” de Bucaram, tal cual nos fuera relatado por su “descubridor”, y provee un ejemplo sugerente de los factores en juego en la decisión de la cúpula de reclutar a los cuadros del partido:
“Yo soy el descubridor de Bucaram. Yo fui su ‘padrino político’. Se le incluyó en la

lista de CFP de candidatos al Congreso como suplente, bajo mi protección. Cuando le pedí a Guevara Moreno que incluyera en esa lista el nombre de Bucaram, créame, se lo ruego, yo ni siquiera sabía su nombre y el Dr. Guevara no sabía de quién estaba hablando. ¿Por qué quise que se le incluyera en la lista? ¿Cómo lo identificaba? Las razones son las siguientes: Yo era miembro de la Federación Deportiva del Guayas y en el Federación había un dirigente deportivo de un club de basketball, el Club Atlético, que se destacaba por su habilidad para 'el amarre', por su agresividad en la política de la federación. Este hombre atrajo mi atención porque me di cuenta de que tenía gran capacidad de destrucción, era belicoso,....tenía encono en el corazón. Entonces yo me dije: 'a este hombre podemos usarlo' ...Cuatro meses después tuve que visitar el Club Atlético como concejal de deportes y lo vi. El siempre se mostraba deferente conmigo: se 'identificaba' con CFP; él trabajaba espontáneamente por nosotros. Yo había llegado a comprender en ese momento, que después de doce años de lucha...era necesario renovar el equipo, con nuevos cuadros a los que pudiéramos delegar ciertas actividades que no eran propias de nosotros, los miembros de la cúpula. Entonces, cuando llegó el momento de elegir suplentes al Congreso, pensé en él. Una mañana, lo recuerdo muy bien, el Dr. Guevara y yo estábamos en el balcón de su casa en 'Las Peñas', frente al río Guayas, y él me dijo: 'Doctor, ¿a quién ponemos de suplente? Y yo le respondí que tenía el hombre que reunía tales y cuales condiciones y que yo pensaba que él era el hombre para eso. Guevara entonces me pregunta: ¿Y quién es él?' Y yo le respondí: 'No sé'. Guevara se rió y me dijo: 'Pero Doctor, ¿cómo puede recomendarme a alguien que ni siquiera conoce?'. 'Bueno', le respondí, 'porque yo creo que lo menos importante aquí es el nombre de ese hombre. Es fácil localizarlo y preguntarle quién es' ...De pronto me dí cuenta de que, en realidad, yo sabía su apellido. 'Doctor Guevara' le dije, 'él es el hermano de ese hombre que juega como centro delantero en el quinteto de basketball de la Liga Deportiva Estudiantil'. Guevara pensó por un momento y dijo: 'Entonces, usted se refiere a Jacobo Bucaram'. 'Ese mismo, precisamente', le dije. 'El hombre del que le estoy hablando es el hermano de Jacobo Bucaram' ¿Y cómo nos ponemos en contacto con él?', preguntó Guevara. 'De la manera más simple', le dije; 'lo manda llamar a través de su hermano. Conózcalo, y si su opinión coincide con la mía, ese es el hombre.' A las 4 de la tarde ese mismo día Assad Bucaram se puso en contacto con Guevara, y comenzó su carrera política". (*Entrevista N° 16*). Como epílogo apropiado al "pragmatismo" que caracteriza este tipo de relaciones políticas, uno de los primeros actos de Assad Bucaram en el Congreso sería su participación en el intento de secuestro político de su (ex) "padrino", quien se rehusaba a obedecer una orden de Guevara de retirar una moción que le había instruido previamente apoyar. (*Entrevista N° 16*). Nótese, adicionalmente, que según un miembro de la familia de Bucaram, el hombre que en realidad Guevara quería contactar era Jacobo Bucaram, y no Assad. "Jacobo Bucaram fue el líder del suburbio de Guevara, y Guevara estaba ansioso por conocerlo. Cuando pidió conocerlo alguien dijo 'Aquí está el Señor Bucaram', y lo confundieron con Jacobo. Guevara pensó que Assad era ese Señor Bucaram que 'le movía' el suburbio, y Assad no le explicó que no era él sino su hermano a quien Guevara buscaba. Ese fue el nacimiento de Bucaram en política" (*Entrevista N° 41*). La *Entrevista N° 44* confirma la versión del "descubridor" de Bucaram, en la cual las identidades de los dos hermanos eran claras tanto para Guevara como para su interlocutor. Ambos sabían quién era Jacobo Bucaram.

lación formal al partido, se le había visto “haciendo campaña, *espontáneamente*, por el partido”, una de las razones por las cuales es “auscultado” como cuadro potencial. Sus primeras misiones partidistas requieren el establecimiento de contactos directos a nivel de base. Algunos exmiembros de la plana mayor del partido lo recuerdan como “un lugarteniente de tercera categoría” en aquel tiempo. (*Entrevista N° 43*). Por su parte, los dirigentes barriales vinculados a CFP desde esa época, lo recuerdan desde siempre como “una persona importante”.¹³⁵ Importante lo era, ciertamente, en lo que a los dirigentes de base vinculados a CFP respecta, ya que las funciones más tempranas de Bucaram son de “coordinador” entre la dirigencia barrial y “los profesionales”, como llamaban los primeros a los miembros de la alta jerarquía del partido. (*Entrevista N° 40*). Como “hombre de relación” entre la dirigencia barrial y el partido, Bucaram canaliza las demandas de las bases a la cúpula; también las “respuestas” son procesadas a través de sus oficinas. El acceso simultáneo que Bucaram tiene desde un comienzo a comités barriales y estructura del partido, es clave para los intereses de las cuatro partes del intercambio: las bases, su dirigencia, el partido, y el propio Bucaram.

Una vez que la máquina guevarista entra en crisis y el desmembramiento del partido comienza a producirse, muchos dirigentes barriales continúan ligados a sus “hombres de relación”, más que al partido como tal.¹³⁶ Otros buscan el establecimiento de nexos más convenientes a sus intereses inmediatos. Y otros hacen ambas cosas simultánea-

135. Como indicara uno de los dirigentes barriales entrevistados, “Don Assad se volvió conocido por nosotros porque lo enviaban a vernos...lo hicieron coordinador del partido y tenía que venir a conversar con nosotros. Usted sabe, nosotros los presidentes de comité somos los ejes para el pueblo. Uno tiene que ir de puerta en puerta enamorando a la gente para que se unan al partido. Nosotros íbamos y escribíamos el nombre de la persona y su número de cédula, si tenían. Entonces teníamos que llevar la lista con esos nombres a Don Assad, *qué ya se fue haciendo como de nosotros*. Don Assad se llevaba las listas entonces mandaba a los profesionales a visitar a la gente que estaba en la lista. Entonces enviaba a Perro Tierno, Don Simón Cañarte Barbero, Norero de Lucca, Freire Potes, Michel Achi. Venían a mi comité a hacer visitas; yo tenía la casa llena para ellos”. (*Entrevista N° 40*; el énfasis es nuestro).

136. “Y cuando se fue el Doctor Guevara, Don Pepito (José Hanna) y el compañero Bucaram empezaron a pelear. Nosotros nos quedamos con Don Assad porque, imaginé, el doctor Guevara ya no venía más, porque estaba enfermo, y muy pocas personas sabían quién era Don Pepito, pero todos conocíamos a Don Assad...que venía por aquí todo el tiempo. El siguió con los comités. Y yo seguí con mi comité, en mi

mente, lo cual no es necesariamente disuadido por los propios “hombres de relación”, uno de los cuales, en tales circunstancias, dice a un dirigente barrial de su red lo siguiente:

A mí no me importa por quién vas a votar...Yo no soy el candidato. Vota por quien tú quieras; yo no me voy a enojar. Cuando sea candidato, sé que vas a votar por mí. (*Entrevista N° 40*).

Este “permiso” lo consigue un dirigente barrial de su “hombre de relación” –un miembro de CFP– para trabajar con Menéndez “para moverle la elección a Velasco en el suburbio”, en las elecciones presidenciales de 1960, contienda en la cual CFP apoya otra candidatura. El “hombre de relación” en cuestión, no es otro que...Assad Bucaram.¹³⁷

En todo caso, Bucaram permanece como “hombre de confianza” para muchos en la barriada, a lo largo de la crisis interna del partido. Bucaram va a la barriada y visita a los vecinos para saber cómo están, y representa una fuente de apoyo, solidaridad y acceso para aquellos con quienes establece relaciones clientelares que continúa cultivando posteriormente como congresista y miembro del Concejo Municipal.¹³⁸ Cuando Bucaram se convierte en candidato a Alcalde en 1962, muchos moradores ya saben que ellos también pueden “usarlo políticamente”: ya ha demorado su voluntad y capacidad de respuesta.

Es posible que Guevara Moreno haya pensado en Bucaram como candidato a Alcalde del partido, por considerar que CFP podía capitalizar su imagen de “hombre honesto”. La victoria electoral de Bucaram en esa ocasión debe ser vista, sin embargo, en el contexto de la ausencia de competidores que pudieran exhibir antecedentes comparables de contactos, nexos y enlaces, a nivel de base. Las relaciones que Bucaram había logrado establecer a nivel de base, primero como “reclutador espontáneo para CFP” y, posteriormente, como congresista y miembro

cas, haciéndolo cada vez más grande. Imagínese que algunas veces venían hasta cien personas”. (*Entrevista N° 39*). (Nótese, incidentalmente, que aparentemente durante la crisis de 1962 del partido, las bases fueron informadas que Guevara Moreno se había ido porque estaba enfermo).

137. En palabras de un ex-dirigente barrial. Véase también el capítulo 8.

138. Tanto los dirigentes barriales como los moradores habían recibido la visita de Don Assad antes de 1960. Algunas veces llegaba acompañando a Guevara, o a otros miembros del partido. Otras veces venía solo, “para ver a los amigos” en el barrio. (*Entrevistas 20, 23, 27, 37, 42*).

del Concejo, la consolida como Alcalde. Para 1963, cuando cae de la Alcaldía, las credenciales de Bucaram como patrón político, en lo que a los sectores marginados de la ciudad respecta, estaban bien establecidas.

Naturaleza de los enlaces

Las relaciones que Bucaram logra establecer con los moradores del suburbio y los enlaces que Guevara había desarrollado al mismo nivel anteriormente, comparten las mismas características. Se trata de relaciones asimétricas de intercambio de recursos y servicios, entre el líder *qua* patrón y la base *qua* clientela política. Al igual que Mendoza, Guerrero Valenzuela, Guevara Moreno y Menéndez Gilbert, Bucaram es consciente de la naturaleza eminentemente “pragmática” de la base suburbana:

Bucaram era muy listo y cumplía. Sabía que a la gente hay que darle cosas, que no entiende otro lenguaje que el de las promesas cumplidas, y él les da cosas, a nivel de oportunidades de verdad. Había visto la emergencia de los barrios suburbanos, los esfuerzos de Cefepé, del propio Velasco a través de sus dirigentes locales; había visto los esfuerzos de Menéndez. ‘Menéndez cumple’. Y el hecho es que Bucaram, por convicción o demagogia, el hecho es que cumplía sus promesas. Tenía que actuar como una especie de Papá Noel político, y lo hacía. (*Entrevista N° 12*).

Bucaram comprende, asimismo, la importancia del contacto directo con la base y lo buscaba “en formas que podían mostrar la ‘autenticidad’ de sus intenciones”. En palabras de uno de sus aliados ocasionales,

Es de Bucaram que yo aprendí la importancia del contacto directo y la cercanía a las bases. Un empresario que llama a sus trabajadores por su primer nombre, que les pregunta como están sus hijos, etcétera, tiene una mejor relación con ellos porque les hace saber que los ve como gente, no como entes. Bucaram cultivaba esto de aquí al punto de ir a las casas de la gente del suburbio y preguntarle si le podían prestar una hamaca por un rato. Uno puede tratar de imitar esto, pero no funciona. La gente tiene que saber que el procedimiento es auténtico. Esto no se compra como en botica. Es innato... (*Entrevista N° 12*).¹³⁹

En general, los contactos de Bucaram con los vecinos de las barriadas de la ciudad son informales. Sin embargo el éxito de Bucaram *qua*

139. Debido al clima, las hamacas paraguayas son un rasgo característico de las casas de Guayaquil, al margen de la condición socioeconómica de sus residentes.

reclutador de apoyo político deriva del carácter sistemático de sus acciones. En palabras de nuestro interlocutor anterior,

Una fuerza política detrás de un líder no es un milagro. Es trabajo duro...trabajo político muy duro de organización de esa masa. (*Entrevista N° 12*).

Los canales de interacción entre el liderazgo y la base son en este caso los mismos del CFP de Guevara, es decir, enlaces verticalmente estructurados, vinculados a una organización partidista, pero ajustados a las exigencias de una ciudad entonces más extensa: una central, catorce jefaturas sectoriales (v. g., distritales), divididas a su vez en sub-sectores, cuyo número y tamaño variaba de acuerdo al alcance electoral del partido en cada distrito y el peso poblacional mismo del distrito en cuestión. Los comités barriales están, a su vez, ligados a los correspondientes sub-sectores y a sus jefes. Algunos distritos podían tener cinco sub-sectores (*Febres Cordero*, por ejemplo), otros cuatro (*Letamendi*), otros solo uno (*Rocafuerte*). Se requería una estructuración flexible para dar cuenta no solo de variaciones en el tamaño de las redes sociales pre-existentes —comités políticos barriales potenciales— sino también de variaciones inter-distritales en cuanto a tamaño poblacional e importancia electoral del partido, como también de otras contingencias, tales como la neutralización de conflictos horizontales potenciales entre jefes de sector, sub-sector o comité barrial, cuyas redes competían entre sí. Así, algunos distritos “podían tener más de un comando, como por ejemplo Febres Cordero A y B, por el tamaño de la militancia en ese distrito; o para impedir en ocasiones los conflictos entre liderazgos emergentes, por ejemplo, con los más viejos, ya establecidos en la zona”, observa un prominente ex-miembro de CFP. (*Entrevista 41*).

La membrecía en esta red de enlaces verticales, reporta a la base y a su dirigencia inmediata, un sentido de “participación” y “pertenencia”, que permite al mismo tiempo que “realza” la auto-percepción de status personal a través de los contactos con gente de “condición social superior”; y a través de la reafirmación del rol de liderazgo de base que conlleva, desde la perspectiva de la dirigencia barrial. En efecto, “el presidente de un comité barrial es un líder; también lo es el jefe de sub-sector, como lo es el jefe de distrito, y así sucesivamente... cada cual en

su propio nivel". (*Entrevista N° 41*). La estructura de reclutamiento del partido acoge y refuerza los enlaces y estructuras sociales verticales potenciales o existentes a nivel barrial.

El aumento constante de la masa de electores—concomitante al crecimiento de la ciudad—, particularmente en el caso de las barriadas, no detrae de la capacidad de Bucaram *qua* patrón político. Durante sus dos administraciones municipales, y contacto con el apoyo de un gobierno amigo en la primera, y respaldado por una deuda municipal financiada en el segundo, obtiene acceso a los recursos necesarios para demostrar su capacidad de respuesta a los marginados en general, y a los moradores en particular, a través de la concesión del tipo de recursos que constituyen la materia prima de la política de máquina: relleno, pavimentación, agua potable, desayunos y almuerzos escolares, recomendaciones de empleo, provisión de servicios legales, una actitud de “caso omiso” a las ocupaciones de terrenos y la concesión de propiedad *de facto o de jure* de un trozo de tierra en el que los moradores pudieran construir su hogar, etcétera; medidas que, aun cuando “inmediatistas” o “antitécnicas”, eran compatibles, no obstante, con el tipo de beneficios que los sectores precarios demandaban en su lucha cotidiana por aliviar su condición.

Los intermediarios de Bucaram

La creciente complejidad inherente a la continua expansión del ámbito barrial, lleva a Bucaram a tener que descansar, cada vez más, en el rol de los intermediarios para mantener su presencia vigente entre los moradores. En todo caso, Bucaram logra ajustarse a las exigencias planteadas por un ámbito suburbano en constante expansión. El propio Bucaram es un ex-intermediario, quien comenzó a consolidar su base propia de apoyo a medida que el control del partido por parte de su máximo patrón político se debilitaba. Bucaram es consciente, por lo tanto, de la importancia de trabajar con y a través de un equipo de intermediarios, cuyas actividades de contacto con la base debían ser seguidas muy de cerca por él mismo, y cuya lealtad necesitaba asegurar tanto cuanto fuera posible.

Tal como Guevara había hecho en el pasado, Bucaram trabaja políticamente con lo que encuentra en el contexto local en el que actúa.

Así, evita superimponer estructuras de enlace político artificiales en las barriadas de la ciudad. Trabaja fundamentalmente, a través de redes sociales y/o políticas pre-existentes a nivel barrial, vinculando a los dirigentes barriales claves al partido y a sí mismo directamente. Los enlaces resultantes entre moradores y partido se efectúan con “facilidad” reforzando las estructuras informales de intermediación que encuentra y haciéndolas “políticas”.

¿Qué rasgos definen el perfil de la dirigencia barrial de “Don Buca”? En palabras de uno de sus colaboradores ocasionales, la dirigencia barrial es reclutada entre

...Aquellos que tenían una condición un poco superior en el barrio, o los que tenían cualidades para volverse dirigentes de base: el dueño del quiosco de la esquina o del almacén, que puede dar crédito a la militancia. ‘Llévese nomás, compañero, me paga cuando pueda’; el dueño de taller de reparación de automóviles que puede hacer favores a los choferes, el ‘pequeño protector’, el ‘padrino’. Se trataba en cierta forma de una cuestión de mover la motivación política de aquellos que conocen que la gente necesita un protector, alguien arriba...y porque no lo tiene arriba, tienen que recurrir a uno en el medio que tenga acceso... Esta es la habilidad del partido populista. (*Entrevista N° 13*).

Estos dirigentes de base,

pertenecían a veces a una clase media económica que no es una clase media social, por su apellido, por su nivel de educación. Pero que continuaban siendo pueblo. Podían tener medios económicos superiores a muchos entre la clase media social. Pero eran pueblo, en todo caso, si bien con medios superiores, lo que los hacía protectores en los ojos de sus vecinos. Lo que es más importante, tenían ‘vocación de ser pueblo’ que hacía su presencia más auténtica: jugar fútbol en la vereda, comerse un sánduche de perrito en la calle, ir a beber con los vecinos en la cantina de la esquina... (*Entrevista N° 13*).

Sus casas funcionaban como comité barrial del partido. Omitiremos describir aquí las características de estos comités, ya que comparten los mismos rasgos de los comités políticos descritos en conexión con las estructuras de reclutamiento de apoyo de Guevara Moreno.

Ahora bien, mientras que en tiempos de Guevara la supervigilancia y control sobre la dirigencia de base, es una función compartida en mayor o menor medida por la mayoría de los integrantes del comando cefepista, si no todos,¹⁴⁰ el control directo sobre las estructuras de apo-

140. Como señala un ex miembro de la cúpula en referencia al papel de Guevara desde la perspectiva de la alta jerarquía del partido, “Guevara era primero entre iguales”. (*Entrevista N° 16*).

yo a nivel barrial es ejercido en este caso por Bucaram directamente. En palabras de un prominente ex-miembro de CFP que trabaja muy de cerca con Bucaram durante un tiempo, “en el CFP el liderazgo del suburbio estaba en manos de Don Buca. El era la única persona que lo tenía”. (*Entrevista N° 41*).¹⁴¹

A fin de asegurar que la estructura de apoyo del partido funcionara adecuadamente y su control permaneciera intacto, y dado además la creciente necesidad de contar con estructuras de intermediación enteramente “confiables” para tales fines, la vigilancia que “Don Assad” ejercía sobre las actividades de sus intermediarios barriales era permanente. Tenía, además, “un gran olfato para elegir a su gente”; buscaba “autenticidad y lealtad en la relación” y, además, hacía la entrega de beneficios a las bases vinculadas a los respectivos intermediarios barriales, contingentes en la lealtad y apoyo comprobados de estos últimos. Un excolaborador de Bucaram recuerda:

Bucaram era cosa muy seria. Insistía en la obligatoriedad del funcionamiento permanente de las estructuras de base del partido. Porque al comienzo de su carrera política se le había confiado vigilar cómo funcionaba la operación de todos los días de las estructuras de base del partido, tiene que haber sido parte de su experiencia el presentar la corrupción y poca confiabilidad de algunos dirigentes suburbanos. Ofrecen poner diez mil votos y le piden a usted ‘tanto’ para garantizar esos votos. Uno les dice: ‘Bueno, está bien: pero primero queremos ver a la gente’. Y uno se encuentra ante comités fantasma, ante una estructura que no existe; y uno también puede enterarse de que (la persona) es un dirigente barrial pero odiado...por como oprime a la gente del barrio. Es por eso que Bucaram quería asegurarse al máximo de vincularse a liderazgos barriales genuinos.¹⁴²

141. El siguiente comentario, de un aliado político circunstancial de Bucaram, es revelador: “Nosotros hacíamos lo que podíamos para visitar el suburbio: organizábamos eventos que pudieran ponerme en contacto con los moradores. A veces esto no le gustaba a Bucaram, si bien en ese tiempo yo era solamente concejal. Recuerdo que una vez organicé una campaña de Navidad para recolectar juguetes para los niños del suburbio. Cuando Bucaram se enteró de esto, se rió, pero cuando comprendió que la campaña era en serio dijo que quería estar presente cuando se repartieran los juguetes. Entretanto, llamó a un amigo mío, un cefepista que trabajaba en el Departamento de Desarrollo de la Comunidad (de la Municipalidad) que a veces me acompañaba en este tipo de cosas y lo reprendió por hacerlo. Le pegó una insultaba de esas que Don Busca sabía pegar. El elemento de control estaba siempre presente”. (*Entrevista N° 12*).

142. Claramente, elementos de liderazgo en servicio propio, con ribetes de corruptela, pueden estar presentes en las relaciones entre la dirigencia barrial y “su gente”. Esto no debe ser movido de sorpresa, dado un contexto socioeconómico que incentiva estrategias individualistas para la resolución de los problemas. En el transcurso

Assad Bucaram recurre a la aplicación sistemática de estrategias de “recompensa” y “castigo” para asegurar tal lealtad. Estimula la competencia entre la dirigencia en el reclutamiento de apoyo, y distribuye beneficios—y status—correspondientemente. La dirección de jefaturas de sector (nivel distrital) por ejemplo, es distribuida entre la dirigencia en base a su trabajo político: “Cuántos comités me ha formado fulanito”; ‘Tantós’. ‘Bueno: lo hacemos jefe de sector...’ (*Entrevista N° 13*).

Como se sugiriera en páginas anteriores, Bucaram

...comprendía que se necesitaba interlocutores reales entre la masa y las autoridades. Por eso en las listas del partido habían personas que aparentemente merecían la burla de mucha gente de Guayaquil pero que representaban las posibilidades de acceso del pueblo a sus autoridades municipales. Es decir, ‘a través de este puedo tener acceso...porque es miembro del comando’. (*Entrevista N° 13*).

Estas posiciones eran también distribuidas entre la dirigencia de acuerdo a sus “méritos”, es decir, de acuerdo a la efectividad de los servicios prestados al partido. (*Entrevistas Nos. 13, 26, 30*).

La “traición” era castigada muchas veces retirando el acceso de beneficios para “su gente”, lo cual debilitaba la posición del dirigente ante

de nuestras conversaciones con los moradores y reclutadores barriales, las historias de intentos por parte de los *brokers* barriales de sacar dinero de la base en provecho propio, abundaron. En un caso, un jefe de sector quería que cada uno de los 50 comités barriales de su sector le pagaran S/. 200 (aprox., U.S.\$ 11,00 en ese momento, circa 1956) para financiar el costo de un “centro de sesiones” más grande para los comités del sector. En realidad, “el centro de sesiones” y la casa de este jefe de sector, eran uno y el mismo. En efecto, lo que el jefe de sector en cuestión buscaba era hacer mejoras en su casa a expensas de “su gente”, como una de las víctimas potenciales del intento señalara. (*Entrevista N° 22*). Además abundaron los relatos de intermediarios distritales que pedían a los intermediarios barriales que les diesen dinero a cambio de conseguir empleos para “su gente” en la municipalidad (por ejemplo, *Entrevista N° 26*). En la medida en que pudimos establecer, estos intermediarios “corruptos” permanecieron activos, y siguieron teniendo “éxito” en tanto en cuanto, a pesar de sus intentos de abuso, continuaron siendo mecanismos claves de “respuesta” para la base. Por una parte, muchos de quienes buscaban compensación pecuniaria por su intermediación ideaban todo tipo de justificaciones que “salvaban su honor” ante los que tenían que pagar por sus buenos oficios: “Usted comprende, no es cierto? Tengo que ganarme el transporte... Tengo que pasarme toda la tarde haciendo sus papeles... Tengo que darle algo al licenciado para que su jefe me reciba...y tengo que faltar a mi trabajo en la tarde”. (*Entrevista N° 22*). Por otra, aquellos quienes siguieron acudiendo a la intermediación de estos dirigentes carecían de otras alternativas aparentes como mecanismo de acceso para obtener compensaciones a su condición de precariedad.

los moradores: “Hay un traidor que se cambió de partido. Su calle no la pavimentamos.” ‘Hay amigos (léase, partidarios) aquí en este barrio. A este sí le pavimentamos la calle.’¹⁴³

Si Don Assad es capaz de aplicar estas estrategias de recompensa y castigo con “eficacia”, ello es porque tiene conocimiento directo de la membrecía de la estructura de intermediación y reclutamiento barrial en su totalidad. De acuerdo a un testimonio,

El, y también ‘su hombre de confianza’ –usualmente el jefe de estructura del partido– tenían amplio conocimiento de todos y cada uno de los dirigentes de base. Su hombre de confianza podía ser enviado por Don Assad a casa de fulanito, por ejemplo, para que le dijera de su parte que ‘Don Assad se ha enterado de que un dirigente de otro partido estuvo a visitarlo; cuidado se nos vaya a virar, si no ya sabe lo que le pasa’... Cuando ocurría un vacío temporal en la estructura de dirigentes de base, porque uno había migrado a Estados Unidos, por ejemplo, él sabía a quien promover para reemplazar esa persona. (*Entrevista N° 33*).

La “lealtad genuina” también se daba entre los líderes de base de Bucaram, como anota uno de los ex-colaboradores: “Había una mística entre los líderes barriales y los jefes de sector. ¿Cómo lograba esto Bucaram? Bueno, a través de la enorme capacidad de intuición que él tenía para elegir a sus dirigentes...” (*Entrevista N° 41*).

Consecuencias de un contexto crecientemente complejo

La continua expansión de las áreas suburbanas y su población, con el crecimiento de la base barrial de apoyo, real y potencial, significaba para el partido que cada vez era más difícil la interacción “cara-a-cara” entre patrones políticos y clientela, actual o potencial, en la barriada. Al mismo tiempo la vigencia del clientelismo político en por lo menos dos décadas en la ciudad, demostraba a los moradores la importancia operativa de tener contacto y vinculaciones a redes de patronazgo como mecanismo de compensación inmediata de la precariedad.

143. Uno de los políticos entrevistados observó que tanto Guevara Moreno como Assad Bucaram recurrían a lo que el llamó “prácticas fascistoides”. En sus propias palabras: “Alguien que se atrevía a hablar mal de Guevara o de Don Buca en la municipalidad, y también dirigentes barriales de otros partidos, recibían golpizas”. Nuestro interlocutor dijo ignorar hasta qué punto tales prácticas eran utilizadas. (*Entrevista N° 12*). En palabras de un ex-miembro de CFP: “En cierto modo, si no utilizábamos prácticas terroristas, sí usábamos, sin embargo, la instigación del miedo en alguna gente...” (*Entrevista N° 33*).

Debido a la conjunción de estos dos factores, la naturaleza de los vínculos de los moradores a los políticos locales *qua* patrones y a los movimientos políticos *qua* máquina, tendería a volverse cada vez más utilitaria.

Para la época en que la Coalición Liberal-Cefepista lanza, en las elecciones locales de 1970, las candidaturas de Francisco Huerta para Alcalde de Guayaquil y de Assad Bucaram para Prefecto, los moradores comienzan a formular sus preferencias electorales en los términos más pragmáticos. Muchos dicen, por ejemplo, ser miembros registrados de la coalición en sí, antes que partidarios de CFP o del Partido Liberal. En palabras de un candidato de la coalición a una de las dignidades locales en contienda,

Con la conformación de la coalición liberal-cefepista, surge una gran confusión entre la base. Hasta empezaron a aparecer ‘carnets de afiliación’ a una condición política que no existía: la ‘Coalición Liberal-Cefepista’. Algunos decían que eran miembros de la coalición: ‘Yo no soy cefepista; tampoco soy liberal; yo soy de la coalición’, decían. (*Entrevista N° 12*).

Sin embargo, la idea de formular sus preferencias electorales en tales términos más que “confusión”, denotaba la expectativa –por demás “racional”– de los votantes, de que al hacerlo aumentaban sus posibilidades de asegurar la buena voluntad del Alcalde prospectivo –que pertenecía a la coalición en cuestión y no a un partido específico–. Por propia admisión de nuestro interlocutor. “Esto de tener el ‘carnet’ de la coalición era visto como un mecanismo de acceso al futuro Alcalde...”. (*Entrevista N° 12*).

Los moradores habían ciertamente aprendido “la lección” que enseñaba la experiencia del pasado. Y por ello, en la elección de 1970 “gran número de moradores” se acercan a la oficina de campaña para pedir “día y hora” para “formar un comité”. Queda claro que “la gente tenía la certeza de que este era su mecanismo de interacción y acceso”. (*Entrevista N° 12*). La “respuesta” de la alta jerarquía de la coalición ante estos intentos espontáneos de acercamiento, denota su plena conciencia de la necesidad de asegurar que la aceptación de tales ofertas no causara fricción con los dirigentes de base barrial, ya vinculados a la red del movimiento, a fin de no arriesgar el funcionamiento efectivo de la máquina electoral. De ahí que la alta jerarquía de la coalición, incluyen-

do los propios candidatos a Alcalde y Prefecto, se cuidaran de que estos “voluntarios” cuadros prospectivos entendieran que tendrían que tratar estos asuntos directamente con quienes deberían ser sus “hombres de relación” de allí en adelante, antes que con los propios candidatos, a efectos de organización. En palabras de un protagonista de los hechos,

...Los enviábamos a nuestros jefes de base. ‘Hable con fulanito. El es el jefe de su zona. ¿Lo conoce? Primero hable con él, porque yo no quiero que se me vaya a resentir, y dígame que quiere formar un comité y que quiere tener un mitín en su barrio, y que él debe decirle cuándo’...” (*Entrevista N° 12*).

La tarea misma de responder a las demandas de las bases suburbanas se estaba tornando crecientemente compleja, particularmente desde la perspectiva de las autoridades que intentaban incorporar criterios básicos de eficiencia y programación técnica en la administración municipal (ausentes en previas administraciones, como regla general), en tanto en cuanto corrían el riesgo de alienar a su base de apoyo al hacerlo. En palabras de un ex-alcalde de Guayaquil,

Guevara Moreno alguna vez ofreció pavimentar una calle en un día y lo hizo. Surge entonces el mito de que lo que Guevara podía hacer, otros alcaldes no son capaces de hacer. Por supuesto que era antitécnico hacer cosas de ese tipo, pero para mí era una lucha de todos los días hacerle entender a la gente: ‘Mire, compañero, usted trabajó por nosotros en la elección y yo se lo agradezco, pero tiene que entender que si usted vive en la 48 y Portete, yo no puedo pavimentar su calle, porque no puedo hacer llegar el relleno a la 48 y Portete, si los trabajos de pavimentación no llegan todavía a la 28. Tenga un poco de paciencia; ya le va a llegar’. Después de esta explicación la reacción casi siempre era: ‘Pero yo pertenezco a su partido! Yo voté por usted!’ (*Entrevista N° 12*).

El resurgimiento de CFP

Durante los períodos 1963-1967 y 1972-1978, de gobierno militar, los esfuerzos de “desarrollo comunal” (particularmente durante el período 1973-1977 bajo el marco del Programa Nacional de Desarrollo que hacía énfasis explícito en la “participación organizada” como mecanismos para lograr la integración socioeconómica de los “sectores marginales”) son impulsados oficialmente. Al pasar la política de partido a receso temporal, las organizaciones de base a nivel barrial –juntas vecinales, pre-cooperativas, cooperativas y similares– adquieren preeminencia como mecanismos a través de los cuales las demandas de las comunidades son canalizadas a las autoridades locales, y procesadas las

respuestas.¹⁴⁴ Se hayan o no hecho intentos de socavar el control político de CFP sobre las barriadas, o de “penetrar” las organizaciones barriales políticamente, por parte del aparato oficial o miembros específicos, durante los períodos de régimen militar, y para propósitos partidistas futuros, los resultados de las elecciones presidenciales siguientes demostrarían que el poder de CFP en los suburbios de la ciudad permanecería intacto. Como veremos más adelante, no se trata de que intentos de “penetrar” las barriadas políticamente estuvieran ausentes en el período militar. Se trata en cambio, de que el alcance e impacto de tales esfuerzos fue limitado y de que las estrategias seguidas para “neutralizar” el control de CFP sobre sus bases barriales, fueron de impacto marginal.¹⁴⁵

La continua relevancia del clientelismo político

Hemos sugerido, en páginas anteriores, que la estrategia de trabajar con y a través de micro-redes de interacción social pre-existentes, firmemente ancladas en las barriadas asegurando su apoyo político a través de la integración del liderazgo de estas redes a la estructura del partido, fue clave para el éxito electoral de CFP entre los moradores. En tanto en cuanto la existencia de tales redes clientelares no era contingente en la existencia de un gobierno democrático o *de facto*, los comités políticos barriales podrán haber sido desmantelados durante los períodos de régimen militar, pero las redes informales en cuya base se asentaban dichos comités, continuarán operando. Los dirigentes barriales *qua* intermediarios entre base y partido, permanecieron formalmente inactivos durante los períodos de gobierno militar. Sin embargo su función de intermediación continuó vigente, y en la medida en que continuaron llevando a cabo actividades de enlace con relativo éxito, su rol como líderes barriales permaneció firme. Mientras que antes conectaban a “su gente” con políticos y movimientos partidistas, durante los gobiernos militares vincularon a su base con los civiles, nombrados por el gobierno militar como administradores locales y con las estructuras del gobierno local a su cargo. En tanto en cuanto nuevas estructuras

144. Véase Moore (1977), Moser (1982) y Villavicencio (1980), entre otros en referencia a este punto. Véase, asimismo, el capítulo 3.

145. Véase el capítulo 8.

partidista de patronazgo no podían emerger durante el período del gobierno militar en reemplazo de las preexistentes, las estructuras barriales de apoyo vinculadas a CFP pudieron permanecer en estado “latente”, prestas a ser reactivadas cuando resurgiera la ocasión, es decir, con la reanudación de la política de elecciones. En palabras de uno de nuestros entrevistados, “cuando nadie nuevo está compitiendo, solo aquello que existía antes puede resurgir”. (*Entrevista N° 41*).

Nótese, además, que en lo que a los *brokers* vinculados anteriormente a CFP y Bucaram, respecta, si la represión se dio durante los gobiernos militares, su impacto no fue eficaz en disuadir sus nexos. En palabras de uno de estos intermediarios, “lo peor que podía pasar es que la policía viniera y se llevara los letreros...” (*Entrevista N° 39*). Era fácil acatar este tipo de órdenes, simplemente guardando los letreros, sin que ello significara rompimiento alguno de los nexos preexistentes. Tanto el partido como el propio Bucaram, logran mantenerse en contacto más o menos permanente con los intermediarios barriales, con quienes habían desarrollado una “relación especial” en el pasado: a través de emisarios leales, e “ingeniándoselas” ocasionalmente para encontrarse personalmente con ellos. Estos emisarios leales, quienes habían cumplido el rol de “visitadores” (coordinadores del partido) anteriormente, se ponían en contacto periódicamente con los dirigentes barriales y organizaban encuentros clandestinos cuyo único propósito era “para ver cómo estaban y mandarles saludos de Don Buca”. (*Entrevista N° 12*). En palabras de un dirigente barrial que permanece vinculado a CFP tanto durante el período 1963-1967 como 1972-1978:

Nosotros, los presidentes de comités, nos veíamos a escondidas para que nos nos dieran bala. Nos juntábamos aquí en mi casa, o en la casa de otro compañero y teníamos nuestra reunión como siempre. Los visitadores venían a las reuniones como si vinieran a visitar a un amigo, a jugar a las cartas y todo eso. Entraban rápido. Dos o tres de nosotros nos quedábamos afuera, viendo lo que pasaba en la calle. Cuando nos decían que venía un carro nos quedábamos callados...Después de la reunión todos se iban uno por uno. Era como en una película.¹⁴⁶

146. Como porcentaje de los electores aptos.

Ocasionalmente, llegaba la oportunidad de ver al propio Bucaram:

Ibamos al domicilio privado a ver al compañero Bucaram. El entraba como si viniera del mercado, con una bolsa de comida. Y hablábamos...y el decía 'tengan paciencia compañeritos, ya nos levantaremos de nuevo y todo va a ser como antes. (Entrevista N° 39).

Muchos estaban dispuestos a esperarlo:

...Bueno, y allí estábamos nosotros, esperando que el compañero Bucaram nos dijera 'adelante'. (Entrevista N° 39).

De hecho, los dirigentes barriales esperaban "ansiosamente" la reanudación de la política de elecciones, ya que el alcance del intercambio posible bajo gobierno militar, tal como operaba en Guayaquil, era más limitado y por ende menos satisfactorio, desde su perspectiva, que los réditos que la alternativa de gobierno civil podía reportar. En palabras de un connotado político, con amplio conocimiento de las barriadas y experiencia directa en los suburbios:

Para muchos moradores *la participación es elecciones*. La participación electoral les da la única oportunidad que se les presenta de recibir beneficios personales de las autoridades...(Entrevista N° 12).

La razón, en su perspectiva, es que

Las dictaduras tienen la paradoja de que para institucionalizarse requieren de una fuerza política orgánica que la sustente...Mientras que los líderes de las cooperativas barriales pueden obtener mejoras y beneficios de sus relaciones con las autoridades municipales durante gobierno militar, otro tipo de beneficios que son esenciales para mantenerlos contentos a ellos y a su gente, como ser los beneficios burocráticos, a estos solo pueden acceder a través del trabajo de partido. En su mayoría las dictaduras congelan la movilidad burocrática. Esto no les interesa, simplemente...

Ahora, la obtención de respuesta positiva a las demandas de la comunidad justifica la presencia de los líderes barriales; pero ellos también quieren tener acceso a puestos públicos para ellos y su gente. Sin esto, no pueden hacer nada. No hay mucho que pueda hacer un líder barrial para satisfacer las demandas personales si no puede conseguirle empleo a su gente. Y la municipalidad bajo gobierno civil era una fuente directa de empleo, ocasional o permanente... (Entrevista N° 12).

En síntesis, si CFP *qua* máquina política no puede funcionar como tal durante los períodos de gobierno militar, en la medida en que las relaciones con la base barrial se sustentaban en (a) estructuras sociales

clientelares que permanecieron operativas independientemente de quién gobernara, y (b) no fueron reemplazadas por otras redes partidistas; y (c) el vínculo con intermediarios claves para conservar “latente” el contacto con la base fue mantenido a lo largo de los dos períodos de gobierno militar; fue posible reactivar las estructuras de apoyo a nivel barrial una vez que se reanudó la política de elecciones. Por ello, el comentario de uno de nuestros entrevistados a efectos de que

Nunca se sabe dónde están los mosquitos y los grillos en el verano. Pero si bien llueve, salen de nuevo. Tan pronto como hay elecciones, todo se puede montar otra vez. (*Entrevista N° 12*).

Para fines de 1970 los distritos *suburbio* representaban aproximadamente la mitad del electorado de la ciudad.¹⁴⁶ Las actividades de reclutamiento electoral, en barriadas en continua expansión, se tornaban cada vez más complejas. Partidos y movimientos que no habían operado tradicionalmente en el suburbio lo habían “descubierto” finalmente, y comenzaban a hacer intentos para conquistar el apoyo político de los moradores. Los resultados de las elecciones presidenciales de 1978 sugieren la naturaleza incipiente de dichos intentos.¹⁴⁷

Assad Bucaram nunca logró ser candidato a la presidencia. En cambio su partido sí vería a su candidato acceder a la presidencia. Assad Bucaram iba a compartir el poder en el seno del partido; empero las circunstancias en torno a la elección de 1978 le impidieron ser el candidato cefepista y forzaron a renunciar su postulación a favor de Jaime Roldós Aguilera. Así como Guevara Moreno había desafiado con éxito el liderazgo de Mendoza Avilés en las incipientes barriadas de entonces; y como Assad Bucaram había desafiado, a su vez, el liderazgo de Guevara Moreno posteriormente, esta vez el liderazgo de Bucaram sería desafiado por Jaime Roldós Aguilera, un ex-coordinador del partido, quien con el apoyo de Martha Bucaram, su esposa y sobrina de Don Assad, y de su familia política, había ido estableciendo redes de patronazgo propias dentro de CFP y eventualmente se torna, en lo que a vastos contingentes de moradores guayaquileños respecta, en el ápice

147. Véase los capítulos 5 y 8.

de una nueva pirámide clientelar: un patrón político que, a diferencia de los patrones cefepistas anteriores, accede a la presidencia del país.¹⁴⁸

148. Que Assad Bucaram era renuente a compartir el poder se refleja en las fricciones que surgieron entre él y Roldós, una vez que la voluntad del segundo de actuar autónomamente se volvió manifiesta, factor que eventualmente contribuyera al desmembramiento del CFP en tres partidos: Concentración de Fuerzas Populares, Pueblo Cambio y Democracia (Jaime Roldós Aguilera), y Partido Roldosista Ecuatoriano (Abdalá Bucaram) luego de la prematura muerte del Presidente Roldós en un accidente de aviación en 1981.

Referencias

- Aguirre, María del Rosario "Comportamiento electoral de los sectores populares urbanos de Quito y Guayaquil en 1978". Mecanografiado. (septiembre), 1979.
- Blanksten, George, I. Ecuador: Constitutions and Caudillos. University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1951.
- Calle Saavedra, Eduardo y Letty Chang Loqui. Estudio de la Legislación de Desarrollo Urbano del Cantón Guayaquil. GRAFEC, Guayaquil, 1976.
- Editorial EL CONEJO. Bucaram: Historia de una lucha. Quito, 1981a.
- (varios autores) ¿Viva la Patria!, Quito, 1981b.
- Ficht, John Samuel. The Military Coup d'Etat as a Political Process; Ecuador, 1948-1966. The John's Hopkins University Press, Baltimore y Londres, 1977.
- Hurtado, Osvaldo. Political Power in Ecuador. University of New Mexico Press, Albuquerque, 1980.
- Martz, John D. "The Regionalist Expression of Populism: Guayaquil and the CFP, 1948-1960". *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*. Vol. 22, N° 3 (agosto), 1980, pp. 289-314.
- Ecuador: Conflicting Political Power and the Quest for Progress. Allyn y Bacon, Boston, 1972.
- Moore, Richard J. "Assimilation and Political Participation among the Urban Poor in Guayaquil, Ecuador". PH.D. Dissertation, University of Texas, Austin, 1977.

- Morse, Richard, M. "Trends and Issues in Latin American Urban Research, 1965-1970". *Latin American Research Review*, Parts I y II, (primavera y verano), 1971.
- Ortiz Villacís, Marcelo. *La Ideología Burguesa en el Ecuador. Interpretación socio-política del hecho histórico en el período 1924-1970*, (s.e.), Quito, 1977.
- Proaño Maya, Marco. *Yo*, CFP. s.e., Quito, 1980.
- Varas, Augusto y Fernando Bustamante. *Fuerzas Armadas y Política en Ecuador*: Universidad Central, Quito, 1978.
- Villavicencio, Gaitán. "Democracia, Populismo y Luchas reivindicativas urbanas: el caso de Guayaquil, la Lucha por la Tierra y la Vivienda en Guayaquil. Compilación, Universidad de Guayaquil, Facultad de Ciencias Económicas, Guayaquil, 1980.

Clientelismo y política en sectores urbanos

Jorge León*

*. Artículo publicado en *Ecuador Debate*, N° 13, Quito 1987.

Caciquismos y clientelas

El conocido tríptico de la dominación en las poblaciones seculares de la Sierra —cura, teniente político, patrón— nos remite a la imagen de una jerarquía de agentes de la dominación en todos los ámbitos de la vida (trabajo, ideas, coacción, etc.) y a todos los niveles de autoridad. La dinámica de la dominación resultaría, sin embargo, incomprensible sino se develaran las múltiples relaciones de dependencia, de las comunidades indígenas y los pueblos con el ámbito de la hacienda y que torna la imagen de este poder absoluto.

En estos pueblos emergen notables locales y tinterillos que, con compadrazgo o sin él, realizan diversas mediaciones entre los agentes principales de la dominación y/o el poder central y las poblaciones rurales étnicamente diferenciadas. (No es comprensible el sistema político que se forma en el Ecuador sino se hace referencia al corte étnico.) La mediación pueblerina, sin embargo, no es nunca simple; otras relaciones, fenómenos e intereses acaecen con ella. El patrón emergía por encima de todos con su capacidad de influencia y decisión generales. Además de su poder socio-económico disponía de la coacción que solía complementar con múltiples relaciones de intercambio jerarquizadas (compadrazgo, mediación con las autoridades centrales...) “donaciones” públicas y/o rituales (fiestas, priostazgoss, etc.) que ratificaban su poder, siendo este personaje quien otorgaba o recibía bienes y ritos. Así emergen caciques y gamonales, es decir, esta múltiples faceta del patrón, no siempre señorial, a la vez protector, padre y autoridad cuya influencia, en ciertos casos, rebasaba su región y la de muchos de su con-

dición. Su influencia local o regional y su relación con el poder central eran los dos ejes de su poder. Podría así a través de las dependencias y las lealtades creadas, por servicios interpuestos (clientelismo), movilizar gente y/o obtener su apoyo.

De esta manera los pueblos hicieron a los políticos del país, alimentando el padronazgo y el caciquismo, los cuales implicaban intercambio de bienes o servicios (influencias, contactos) a cambio de lealtades. El poder del cacique patrón-gamonal era tal que más valía contar con él. En el sistema estamental y definido por la exclusión social y étnica del Ecuador, el que no tenía “contactos” se “marginaba” aún más. No es necesariamente un poder omnímodo pero no habían alternativas.

Aquí, como probablemente en muchas sociedades, la ciudadanía y la conformación de tendencias políticas han implicado cierto distanciamiento de este orden de tutelaje y control. Pero el clientelismo no desaparece necesariamente con el decreto o con las prácticas de mayor igualdad para todos. Al contrario, el clientelismo que se opone formalmente a la norma de igualdad, implica ventajas para unos cuantos, pero puede ser el modo de organizarse de los dominados (o de otros) para exigir y obtener derechos, que en la práctica siguen siendo propios de una minoría. Existen niveles diferentes de la práctica clientelar (de la abiertamente organizada hasta la camuflada) que persisten en la vida política. Las tendencias políticas y doctrinarias inclusive se han formado generalmente a partir de viejas o nuevas redes clientelares, sin que éstas desaparezcan íntegramente.

El Partido Laborista en Inglaterra aparece como una continuidad de las prácticas corporativas con más de un componente clientelar sindicales y su oposición pública fue, precisamente, de defensa de esta clientela sin que ello se limite a la política económica). Igual cosa puede decirse del Partido Comunista en Francia o en Italia, por ejemplo, para mencionar corrientes consideradas opuestas a la práctica clientelar.

En suma, el análisis de las prácticas clientelares en los procesos de dominación son su eje central para la comprensión de la vida política.

Vida moderna y clientelismo

Pero ¿cuál es, precisamente, su existencia y su incidencia en el mundo urbano, sobre todo en ciudades que se forman bruscamente con el aporte de migrantes diversos (incluidas otras zonas urbanas) y que efectivamente en muchos casos se encuentra en “disponibilidad” o desligados de sus lealtades anteriores, como ciertos análisis, funcionalistas lo han señalado?¹ Más, precisamente, ¿cómo se construyen las lealtades y a qué responden las redes clientelares de un mundo urbano? ¿Cómo incide este fenómeno en la política?

Aparentemente la obligación de reciprocidad entre aquél que ofrece un servicio y la adhesión política del que la recibe no tendría razón de ser en un mundo pluralista. Además el patrón ya no es necesariamente el político; se conoce en efecto una especialización o profesionalismo del político frente al cual no existe, en general, dependencias estructurales.

El estudio de M. Lesser, sobre un barrio en formación en Quito, nos ha ofrecido pistas sobre procesos de redefinición o más bien de construcción de clientelas políticas en los nuevos sectores urbanos.² La búsqueda de servicios públicos, en principio, ofrecidos por el municipio, es el acicate. En este caso las necesidades resultan apremiantes y provocan una mayor cohesión entre los moradores del barrio, con el objetivo de lograr servicios u otras ventajas comunes. Para el político la respuesta a estas necesidades en esas condiciones le permite construir clientelas políticas. Pero dependiendo de la dimensión de la población y del nivel de apoyo buscado por ejemplo, (hay diferencia entre buscar ayuda para ser consejero municipal o para presidente) la situación se vuelve más compleja para obtener tal apoyo y mantener cierto control. En efecto, la contraparte del mismo es garantizar el acceso a servicios o aun a bienes, salvo que aquí, a diferencia del patrón que tiene una in-

-
1. Es clásico ya el análisis de Gino Germani: *Política y ciudad en una época de transición*, (Buenos Aires, Ed. Paidós, 1965) y “El surgimiento del Peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos”, *Desarrollo Económico*, N° 51, (Oct.-Dic. 1973).
 2. Lesser, Mishy: *Conflicto y Poder en un Barrio Popular de Quito*, (Quito, Editorial El Conejo y CEDIME, 1987).

fluencia socio-económica estructurada, se trata de encontrar una salida en el aparato de Estado. Más aún, el juego de los 70 se vuelve más complejo en cuanto todos los habitantes se consideran con los mismos derechos y todas las organizaciones políticas tienen iguales discursos y similares prácticas para captar estos votos. ¿Por qué entonces apoyar a unos y no a otros?

Desde los cincuenta, pero sobre todo avanzado los sesenta, hemos asistido a la organización de la participación política bajo la forma de ciudadanía, junto a la ampliación del rol distribuidor del Estado condición al parecer necesaria para una construcción más anónima del clientelismo en corriente política y no en simple caciquismo. Esta posibilidad de distribución funciona si el Estado dispone de recursos, si no el clientelismo político decae y/o tiende a favorecer formas más autoritarias y tradicionales de ejercicio del poder o influencia.

El hecho importante que se puede ver, tanto en los barrios nuevos, en el estudiado por Lesser como lo que se sabe del Comité del Pueblo en Quito, es que se trata de poblaciones que se organizan y redefinen todo su mundo, creando dirigentes, nuevas entidades y referencias, relaciones de influencia y servicios. El contexto es el de la precariedad pero ésta sola, sin la situación anterior, no explica las acciones barriales que pueden ser captadas como clientela política. Hay condiciones que hacen que una población sea clientela política.

Lo singular de estas situaciones es el predominio de algunos de los aspectos clientelares. Aquí —a diferencia de otros contextos y períodos (como aquél indicado del clientelismo con el patrón)— no se busca tan sólo ventajas materiales para los individuos activos (puestos, servicios personales) sino beneficios colectivos (agua, pavimento, trazado de caminos, en suma servicios públicos). Este es un modo de acceso a una forma de ciudadanía en la que se troca servicios por apoyo electoral, el cual resulta frágil y circunstancial. Las elecciones se convierten en un medio de presión para lograr el acceso a estos servicios, lo cual puede ser también visto como el acceso a mayor igualdad o a la realización de derechos formalmente decretados.

Esta práctica ha estado asociada a la corriente “populista” en la cual persiste la importancia del líder (como era la del patrón cacique) mediador. En este sentido las diversas y confusas corrientes populistas (vo-

luntariamente o no), se las puede percibir como las que han favorecido este acceso a la participación política con el voto. Recordemos que la obligación del voto no ha universalizado la participación (diferencia entre votos posibles y votos emitidos). La búsqueda para obtener servicios a cambio del apoyo electoral resulta más bien un medio que incita mucho más a la participación electoral aunque ésta no sea una opción ideológica sino más bien una práctica utilitaria del voto. Son las corrientes populistas las que más han buscado este apoyo y con abundantes promesas y prácticas de mutua lealtad utilitarias han convertido a estos sectores en apoyos políticos. Inclusive la importancia ulterior de estos sectores, los han incitado a proponer como candidatos a ciertos puestos a personas más cercanas a las condiciones populares. O sea se ha operado una redefinición del personal político.

Está claro que no se pueden ver estos fenómenos estudiando las políticas económicas y sus connotaciones de clase en regímenes "populistas". Lo que interesa en el juego político es la constitución de estos actores y sus lazos con los dirigentes, al igual que sus efectos en los mecanismos del poder.

Los intermediarios y la captación del voto

Sobre este aspecto y ciertas interrogantes anteriores hemos logrado avanzar en profundidad gracias al sistemático estudio de Menéndez-Carrión.³ Las elecciones de 1952 a 1978, sobre todo en Guayaquil y en particular en sus "suburbios", analizadas tanto en relación a las tendencias políticas que muestran las estadísticas electorales como en relación al funcionamiento de las campañas electorales, permiten resaltar la importancia de los intermediarios y de ciertos circuitos clientelares. Este estudio aborda además diversos aspectos de las elecciones y se centra en los sectores urbanos, lo que nos permite establecer una comparación con aquéllos mencionados anteriormente para Quito. Podemos disentir sobre su caracterización como marginales o aún sobre si los espacios analizados tiene la homogeneidad social con que se les califica (so-

3. *Menéndez-Carrión*, Amparo: *La Conquista del voto: De Velasco a Roldós*. Quito, Corporación Editora Nacional-FLACSO, 1986.

bre todo en el período anterior y a mediados de los 60), pero se trata precisamente de poblaciones en formación y, por supuesto, también en lucha contra la precariedad.

En este ámbito, C.F.P. desde su nacimiento, promueve a la vez la valorización de los derechos para todos y la organización de estos sectores para su consecución.⁴ Esta actividad se completa con una práctica clientelar (oferta de servicios y puestos) sobre todo por su director y fundador, (Guevara Moreno), desde diferentes puestos públicos pero sobre todo desde el municipio. Es así como C.F.P. se convierte en el principal organizador —históricamente novedoso— de los sectores populares y añadiremos por nuestra cuenta, en aquel que formaliza, organiza y legitima el clientelismo a partir de los aparatos de Estado, lo cual ya fue iniciado por Velasco Ibarra. C.F.P. adquiere o se convierte así en un aparato político (máquina política) de masas, sustentada en elementales comités —muchos familiares— en los barrios que le dotan de una nomenclatura de activistas o de intermediarios entre la dirigencia política y las bases. Podemos subrayar con la autora, en consecuencia, que el comportamiento electoral de estas poblaciones es racional y pragmático: “tú nos das servicios, te ofrecemos apoyo”. Pero ¿por qué se hace este trueque con unos y no con otros?

En el caso de los suburbios, Menéndez-Carrión aporta un convincente análisis de la estrecha correlación (que ella ve como preeminente) entre la existencia de estos intermediarios y su apoyo pragmático, (reclutamiento de votos) a una candidatura que puede responder a una efectiva relación clientelar. Añadiríamos, pues a la larga, ya no es tanto el aparato político el que predomina sino estos intermediarios que pueden aportar sus “votos” a uno u otro candidato, inclusive en detrimento de las opciones de la organización que las creó (C.F.P.). Sobresale entonces, por un lado, esta organización “populista”, formada sobre una práctica clientelar y por las campañas electorales (“action set”) que conforman organizaciones y frentes circunstanciales paralelamente a la captación de estos intermediarios a diversos niveles (“city-boss”, dirigente local que es similar al “coronel” y al “cabo” electoral en Brasil o al

4. Este estudio resulta a la vez ser uno sobre C.F.P., lo cual suscita tantas interrogantes, pero sobre lo cual igualmente poco sabemos. Es otro vacío que se llena en parte.

“puntero” en Argentina).⁵ De ahí la importancia de estos intermediarios que aparecen como los que lideran la vida clientelar en un sistema en donde el acceso a las instituciones y sus servicios no conoce (¿aún?) universalización.

Podríamos decir en otros términos que la precariedad crea necesidades las cuales ante un sistema político excluyente y estructuras sociales que “marginan” incita a la búsqueda individual e inmediata de beneficios para sí a través de la mediación clientelar en la cual predomina la relación directa. Esta situación favorece la relación de la clientela política. A su vez la organización promovida por el C.F.P. y su práctica distributiva de prebendas y servicios (puestos, cascajo, agua, etc.) para sus reclutadores de voto, permite la preeminencia del “populismo” como tendencia política.

Lo que aporta Menéndez-Carrión es convincente respecto del C.F.P. y sobre todo para el período de Guevara y de Assad Bucaram. Científicamente es legítimo el asociar estas dos constataciones (intermediarios y prácticas clientelares) encontrados al momento de la realización de un comportamiento (electoral) y su resultado (porcentaje de votos adquiridos por el apoyado). Los testimonios y datos aportados por Menéndez-Carrión permiten ser concluyentes en estos casos de elecciones (aunque sobre todo municipales).

Otras investigaciones y más preguntas

La relación del electorado y de los distintos tipos de “intermediarios” con Velasco, especialmente si comparamos la situación electoral en condiciones similares a las del suburbio, nos llevaría a la necesidad

5. Greenfield, Sidney. “Charwomen, cesspools, and road build ding: an examination of patronage, clientage and political power in southeastern Minas Gerais”, in *Structure and process Latin America: patronage, clientage and power systems*. Albuquerque, University of New México, Press, 1972). “ El cabo electoral y la articulación de la comunidad local y la sociedad nacional brasileñas anteriores a 1968” en Hermite, E. y Bartolomé L. (comp); *Procesos de articulación social*, (Buenos Aires, Amorrortu ed. 1977). Weffort, F. C.: *O populismo na política Brasileira*. (Río de Janeiro, Paz e Terra, 1978).

de estudios suplementarios para lograr cierta generalización del fenómeno; es decir, para encontrar constantes explicativas que nos permitan estas generalizaciones.

Consideramos que:

- La relación clientelar estuvo presente de modo general en todo el país; y sobre todo para este caso.
- En zonas como en las “marginales”. Al mismo tiempo recordemos que no predominan las mismas tendencias políticas en estas zonas.
- El CERG, por ejemplo, acaba de recordarnos que el “populismo” sigue siendo predominante en la región de Guayaquil y no así en la Sierra.⁶ Los partidos más importantes (en votos) en una región no son los mismos en la otra y vice-versa.
- Conviene entonces preguntarse cuáles son los componentes que nos permiten establecer estas diferencias de tendencias, partiendo por lo menos de ciertos elementos comunes: las prácticas clientelares, la existencia de intermediarios y condiciones similares de precariedad.

Este no es, evidentemente el objeto de trabajo de Menéndez-Carrión. Subrayamos la necesidad de realizar análisis de investigaciones.

Esta autora señala que una de las variables explicativas para lograr el apoyo en votos es que la candidatura debe ofrecer las posibilidades de concretarse en prácticas clientelares. Convendría ver si este fenómeno es general y si —en similares condiciones— se ratifica la importancia (determinante) de los intermediarios. Como insinuamos anteriormente, y sin que dispongamos de datos suficientes, podemos sugerir que para que las propuestas explicativas para los suburbios de Guayaquil funcionen, es necesario considerar el hecho que se trata de poblaciones que están estableciéndose, en donde se forman espacios, relaciones y racionalizaciones. Ahí, insistimos, existe una multiplicidad de necesidades y requerimientos urgentes, además es donde pueden más fácil-

6. El Voto Ecuatoriano 1986 (Guayaquil, CERG, 1986). En este libro diferentes artículos subrayan la importancia del populismo como corriente a ser analizada y considerada, a diferencia de otras categorizaciones que esconden este fenómeno por maleable que sea. Cf.: Elecciones en Ecuador 78-80, (Quito, FLACSO-Oveja Negra, F.F. Naumann, s.f.) y varios autores, Ecuador en las urnas 1984, (Quito, Ed. El Conejo, 1985).

mente construirse nuevas redes de relaciones y de dependencias ya que son incipientes o no se definen aún. Al respecto son más que sugestivos los datos (entrevistas) mencionados por Menéndez-Carrión sobre los cambios que se van produciendo en los asentamientos más antiguos. Aquí, la presencia de estos intermediarios y del reclutamiento disminuyen. Igual fenómeno puede verse al considerar que en los barrios de más antiguo asentamiento en Quito no se crean los comités para cuestiones “barriales” (servicios) ni adquieren predominio otras organizaciones con gente del barrio (vgr. clubes deportivos).

Velasco Ibarra, como bien lo subraya el trabajo indicado, no gana únicamente en Guayaquil ni en la Costa, gana igualmente en regiones serranas. ¿A qué podemos atribuir este hecho? ¿Al sistema clientelar o más precisamente a prácticas de prebendas y servicios? Muy probable.

Es del conocimiento de todos que las organizaciones de choferes, (estos personajes claves en un país donde el transporte teje relaciones entre zonas) fueron uno de los principales artífices de las campañas velasquistas. Pero en este caso, la función de intermediarios es diferente y más que nadie los choferes no son redistribuidores para otros de prebendas y servicios. En suma hacían propaganda.

Menéndez-Carrión rehusa generalizar sus explicaciones a otras regiones y contextos y con justeza. A su vez, luego de un insistente rechazo a otras explicaciones (como carisma) concluye que a lo mejor éstas funcionan en otras condiciones. Una pregunta surge entonces: ¿por qué el populismo puede ser explicado y + x componentes en un sitio “p” y en otro lugar “p” no lo sería?

O, ¿la explicación tiene que ser más desglosada? o; ¿a su vez son otros los factores que inciden? Necesitamos otros estudios como éste sobre Guayaquil para profundizar la cuestión. Es uno de los aspectos alentadores que suscita este estudio.

Conviene insistir, desde ya, la importancia de indicar el paso o transferencia de un apoyo clientelar o un apoyo político clientelar. Un sistema clientelar o sus componentes no necesariamente transfieren su apoyo a nivel del voto o de la vida política. Igual fenómeno acontece en relación al personal político; por ejemplo, un personaje público y reco-

nocido inscrito en un sistema clientelar y reconocido no necesariamente recibe el voto de los suyos. (Recordemos por ejemplo lo acontecido con el dirigente sindical José Chávez en 1984). Y es que la constitución de un personal político o su reconocimiento sigue otras pautas que aquellas del defensor corporativo o del protector.

No es objetivo de estudio, en el trabajo sobre las poblaciones marginales de Guayaquil, el conocer las motivaciones que llevan al voto, sin embargo, por necesidades de control heurístico las utilizaremos como referencia.

La elección del 60, puede ser considerada como un claro ejemplo de una campaña basada en los sistemas de intermediarios mantenidos por relaciones clientelares que se convierten en aparatos reclutadores de votos. “Ex-post” se constata que el voto para Velasco es más importante en donde existen estos circuitos clientelares. Una vez más resulta legítimo científicamente establecer una correlación causal entre los resultados electorales y el trabajo de los intermediarios-reclutadores insertos en el clientelaje. Pero si consideramos los datos (prensa y entrevistas) que Menéndez-Carrión presenta sobre la dinámica que permite la puesta en marcha de la campaña electoral —sin aparato del partido— en favor de Velasco podemos percibir otros fenómenos suplementarios.

Lo que llama la atención son los testimonios generalizados de grupos o de personas en Guayaquil para erigirse en promotores o defensores de la Candidatura de Velasco. En realidad Velasco es “ganador” desde antes y los circuitos clientelares y los notables que quieren “subir” organizan sus grupos de presión para ser reconocidos por el “líder” (Velasco) y tomar —como en relación de fuerzas— un sector del electorado en la campaña. El político guayaquileño Pedro Menéndez Gilbert fue acaso el único en disponer de una estructura de reclutamiento del voto establecido. La acción de Nebot, Raffo, Arosemena, Martínez, era constituida en ese momento, aunque queda claro que todos seguían una pauta clientelar de acción (ver segunda cita sobre Nebot en la pág. 385). En suma, Velasco era considerado ganador sin ellos.

En la campaña del 68, en la cual Velasco obtiene menos votos, sólo tenía el apoyo de Menéndez y gana en estos sectores. Se podía constatar

ahí el peso del apoyo a Velasco fuera de estos apoyos clientelares. No queremos negar la importancia de los reclutadores de voto, pero en el caso de Velasco nos parece que hay otras explicaciones suplementarias, o dicho de otra manera reclutadores y práctica clientelar no explican del todo el apoyo recibido en el suburbio mismo.

Recordemos inclusive que esta práctica clientelar tiene sus límites, no incide en todos, pero juega en cambio un gran efecto de demostración. Es decir, a pesar de lo abultado que podía haber sido el personal del Municipio en puestos reales y ficticios, creados por el C.F.P. (padrino-benefactor) a pesar de haber ofrecido servicios médicos u otros puestos en las empresas privadas, la capacidad de protección de un patrón clientelar tiene sus límites aún con cascajo y agua que afectan a más personas. En suma, hay gente que no recibe directamente los beneficios del clientelismo, pero en cambio se ve asediada por la presencia organizada de los reclutadores. Entonces pasamos a otro nivel explicativo que el de clientelismo-intermediarios.

Cuando nosotros afirmamos que Velasco era “ganador”, también lo eran Guevara y Bucaram. No queremos con ello indicar que se trate de una simple adhesión cultural al ganador, una motivación exclusivamente subjetiva. Ellos cumplieron con el clientelismo. La situación es más compleja.

En una encuesta que realizamos en 1984 sobre cultura política y para comprender la dinámica del voto indicábamos que una buena mayoría de votantes lo hacía “por el que va a ganar” y colegimos que la mayoría de los ecuatorianos —de los sectores populares— en Quito, Guayaquil y Cuenca, consideraba que la política era un modo de acceder a puestos claves para disfrutar de un botín para sí y para otros.⁷ Es decir, votar por el “ganador” no es una negación del clientelismo y de éste como un factor explicativo del reclutamiento del voto, se trata más bien de un proceso social de complementación del mismo. De igual manera que las clientelas políticas se vuelven más políticas conformando tendencias ideológico políticas (y vaya que existen...!) la práctica clientelar

7. Solamente hemos publicado unas cuantas conclusiones en “Padre, patrón y voto o cómo buscar un Mesías”, *Elé*, septiembre 1984. En ellas por lo demás, se encuentra al nivel de cultura política confirmaciones sobre varias conclusiones de Menéndez-Carrión.

conoce también procesos de mayor complejidad abstracta. En suma, votar por el ganador es votar por el que tiene acceso al botín, es decir a la distribución de prevendas y servicios.

Limitémonos aquí a subrayar que este componente de la cultura política, en este caso al igual que la valoración de las personas en detrimento de los partidos, no es el fruto de una simple creación abstracta; al contrario es la creación de condiciones objetivas como es el clientelismo.

Así la lucha política logra otros niveles de complejidad en ciertos sectores sin que esto niegue la existencia de un oportunismo utilitario en otros medios como lo señalábamos en el artículo indicado. Es en este sentido que se puede igualmente ver los cambios en los apoyos a candidatos propuestos por el C.F.P. (vgr.: Parra que no se logra gran votación) sin necesidad de recurrir a aplicaciones “ad-hoc” y circunstanciales.

Lo que sugerimos en suma es que el mediador puede funcionar porque ya existe este “substrato” cultural, por lo menos parece existir en el caso de Velasco. Y los reclutadores mencionados en el trabajo de Guayaquil son elocuentes:

“mi hijo trabajó por todos esos políticos. En el momento de las elecciones él hablaba con sus amigos de barrio y formaba comités para el candidato que el creía que iba a ganar y había venido a verlo. (CF.: pág. 436, ver igualmente segunda cita de pág. 437).

El rol de mediador es decisivo en el hecho de captar votos, pero no necesariamente en sus demostraciones de ofrecer bienes y servicios, sino por su rol de propaganda. No se tratará en consecuencia siempre de un intermediario clientelar, sino de otro orden. En nuestra encuesta encontramos que el desconocimiento sobre partidos y candidatos era muy fuerte en los sectores populares. Esta ignorancia sin embargo no es contradictoria con un comportamiento racional y pragmáticamente definido de apoyo al que se cree cumplirá con la promesa.⁸ Pero para

8. En los suburbios de Guayaquil encontramos al menos dos casos en que los moradores del barrio habían decidido entre ellos formar y repartirse en dos comités: uno por Abdalá Bucaram y otro por Cecilia Calderón; era la lucha municipal que se priorizaba. “Quién sabe quien ganará”.

Es decir, más vale estar situado en el buen canal del ganador; pero al menos 3 personas de estos comités pensaban que estos dos candidatos no debían llegar a la alcaldía. La condición de ganador era decisiva.

ello, el candidato debe al menos hacer acto de presencia, esa es la función del reclutador y no necesariamente el efectivizar el acto clientelar de prebendas y servicios. Estas conclusiones vienen de observaciones de campo nuestras y de las cortas revelaciones en las entrevistas presentadas por A. Menéndez-Carrión. Convendría un estudio que nos revele el funcionamiento de estas relaciones y de las prácticas clientelares al interior de los barrios y no únicamente de éste hacia el exterior.

Por lo tanto, existiría una predisposición hacia el “ganador” en cuanto podría permitir el acceso a medios de distribución. De aquí que esas mismas masas, más bien conservadoras podrían (sin estos intermediarios) conocer cierta “radicalización” y “politización”⁹ en una coyuntura dada,¹⁰ de modo que se volverían por ejemplo puntas de movilizaciones “socialistas”, como ha acontecido en otros lugares y transformarse otra vez en otra tendencia.

En fin, la encuesta a la que nos referimos, nos sugiere igualmente que el fraccionamiento del voto a los diferentes niveles (no se vota por la misma tendencia o lista a nivel municipal, provincial y nacional) estaba ligado a concepciones diferentes sobre la función a desempeñar. Es decir, la visión clientelar o de la práctica clientelar varía también por niveles, en los que se sitúa el elegido. A lo mejor estos aspectos también permitan sino explicar casualmente, al menos comprender las no transferencias de votos del voto municipal al provincial y nacional y vice-versa. La ausencia de transferencia de un nivel a otro es algo que exige igualmente una explicación general, no “ad-hoc”. ¿Estamos ante procesos que configuran definiciones más complejas de la política y de los aparatos de Estado?

9. Goldrich, Daniel: “political organization and the politicization of the pol Comparative Political Studies, VI, julio de 1970-176-202.

10. En estas condiciones la coyuntura se torna decisiva.

SECCION III

Bibliografía

- Arízaga Vega, Rafael *Velasco Ibarra: El Rostro del Caudillo*, Ediciones Culturales UNP, Quito; 1985.
- Blanksten, George, I. *Ecuador: Constitutions and Caudillos*. University of California Press, Berkeley; 1951.
- Borja, Rodrigo *Populismo y Democracia*. Ponencia presentada en el Seminario Política, Democracia y Desarrollo de América Latina en los años 80. Guayaquil; 1982.
- Carrasco, Alfonso "Estilo e Ideología en el Discurso Populista" *Pucará*, Cuenca, N° 3; 1977.
- Cueva, Agustín "Interpretación Sociológica del Velasquismo", *Revista Mexicana de Sociología*. Vol. 32, N° 3 (Mayo-junio); 1970.
- El Proceso de Dominación Política en Ecuador. Ediciones Solitierre, Quito; 1973.
- "El Ecuador en los años treinta" en *América Latina en los años treinta*. UNAM, México; 1977 a.
- "Ecuador: 1925-1975" en *América Latina: Historia de Medio Siglo*, UNAM, México; 1977 b.
- "El populismo como problema teórico y político" en *Las Democracias Restringidas de América Latina*, Planeta, Quito; 1988.
- Cuvi, Pablo *Velasco Ibarra: El Último Caudillo de la Oligarquía*. Instituto de Investigaciones Económicas, Universidad Central del Ecuador, Quito; 1977.
- Del Campo, Esteban "Introducción al Velasquismo". *Revista Procontra* N° 1; 1971.
- "El Populismo en el Ecuador", *FLACSO*, Mimeo, Quito; 1977.
- "El Populismo en el Ecuador. (Notas Complementarias)". En (varios autores) *Ecuador Hoy*, Siglo XXI, Colombia; 1978.

- Editorial El Conejo *Bucaram: Historia de una Lucha*. Quito; 1981.
- Egas, José María "Algunas consideraciones e hipótesis sobre la democracia populista en Ecuador". En *Memorias del II Congreso de Facultades y Escuelas de Sociología del Ecuador*. Vol. 1; 1981.
- Faletto, Enzo "Notas para el análisis del proceso político ecuatoriano 1968-1979" en FLACSO, *Elecciones en Ecuador 1978-1980*. Oveja Negra. Bogotá; 1983.
- Fernández, Iván y Ortiz, Gonzalo *¿La Agonía del Populismo?* Editorial Plaza Grande. Quito; 1988.
- Fitch, John Samuel "Class Structures, Populism and the Armed Forces in Contemporary Ecuador". *Latin American Research Review*, Vol. XIX, N° 1.
- Hurtado, Osvaldo *El Poder Político en el Ecuador*, Universidad Católica, Quito; 1977.
- Ibarra, Hernán "De por qué ganó el "maestro Juanito". *Revista Elé*, N° 1; 1984.
- León, Jorge "Padre, patrón y voto, o cómo buscar un mesías" *Revista Elé*, N° 1; 1984.
- "Clientelismo y política en sectores urbanos". *Ecuador Debate*, N° 13; 1987.
- Maier, George *The Impact of Velasquismo on the Ecuadorean Political System*. PHD Dissertation, Southern Illinois University; 1965.
- José María Velasco Ibarra: A case Study of Personalism and the Skilfull Management of Political Alienation in Ecuador; s.f.
- Maignashca, Juan y North, Liisa "Los orígenes y el significado del velasquismo: una contribución al debate Cueva-Quintero". En *Representación Política y Región en Ecuador*, Corporación Editora Nacional. (En prensa), Quito.
- Martz, John *Ecuador: Conflicting Political Culture and the Quest for Progress*. Allyn and Bacon. Boston; 1972.
- "The Regionalist Expression of populism: Guayaquil and the CFP, 1948-1960". *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*. Vol. 22, N° 3; 1980.
- Menéndez-Carrión Amparo *La Conquista del Voto en el Ecuador: de Velasco a Roldós*. Corporación Editora Nacional. Quito: 1986.
- "El análisis del proceso político en el Ecuador contemporáneo: algunos comentarios a propósito de las reflexiones existentes". En

- (varios autores). *Estado, Política y Democracia en el Ecuador*. El Conejo, Quito; 1988.
- Moncayo, Patricio *¿Reforma o Democracia?*. El Conejo, Quito; 1982.
- Moreano, Alejandro "El discurso de la sociedad y la cantaleta del poder". En (varios autores) *Viva La Patria*. El Conejo, Quito; 1981.
- Moore, Richard J. "The Urban Poor in Ecuador: Modes, Correlates and Context of Political Participation". En Mitchell A. Seligson y John A. Booth, eds., *Politics and the Poor Political Participation in Latin America*. Vol. II. Holmes and Meier. Nueva York; 1979.
- "Assimilation and Political Participation Among the Urban Poor in Guayaquil, Ecuador". Ph.D. Dissertation. University of Texas, Austin; 1977.
- Moser, Caroline "A home of one's own: Squatter Housing Strategies in Guayaquil Ecuador" En A. Gilbert, J. E. Hardoy y R. Ramírez, eds, *Urbanization in Contemporary Latin America*, John Wiley & Sons; 1982.
- "The experience of poor women in Guayaquil". En Archetti, Eduardo et. al. *Latin America*, Monthly Review Press. Nueva York; 1987.
- Moran Morillo, Eloy "*Estudio Sociológico de Velasco Ibarra*" *Revista Economía*. N° 66; 1976.
- Ojeda, Lautaro "Mecanismos y Articulaciones del Caudillismo Velasquista". *JUNAPLA*. Mimeo. Quito; 1971.
- Ortiz Crespo, Gonzalo "Los límites del populismo" *Revista Economía y Desarrollo* N° 5; 1981.
- Ortiz, José Luis "Populismo y Democracia". En (varios autores) *Ecuador 88: Elecciones, Economía y Estrategias*. El Conejo. Quito; 1988.
- Ortiz Villacís, Marcelo *La Ideología Burguesa en el Ecuador. Interpretación Socio-Política del Hecho Histórico en el período 1924-1970*. Quito (s.e); 1977.
- Pacheco, Lucas "Notas sobre el populismo". *Economía y Desarrollo* N° 7; 1983.
- Quintero, Rafael "Preliminares de una crítica sobre el llamado "velasquismo". Quito. *CULTURA* N° 2., (septiembre-diciembre). pp. 188-206; 1978.
- El Mito del Populismo en el Ecuador*. FLACSO. Quito; 1980.

- Raby, David "Hace Cincuenta Años fue Velasco Ibarra". *Suplemento Cultural de El Comercio*. (versión traducida del comentario de Raby al Mito del Populismo en North-South Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies, Vol. VII, N° 14; 1982.
- Vega Ugalde, Silvia *La Gloriosa de la Revolución del 28 de Mayo de 1944 a la Contrarrevolución Velasquista*. El Conejo, Quito; 1987.
- Villavicencio, Gaitán "Democracia Populismo y Luchas Rein vindicativas Urbanas: El Caso de Guayaquil, La Lucha por la Tierra y la Vivienda 1978- 1979. En *Explotación y Miseria Urbana: La lucha por la Tierra y la Vivienda en Guayaquil*. Compilación. Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Guayaquil. Guayaquil; 1980.
- "Las ofertas electorales y los límites del clientelismo" En (varios autores) *Ecuador 88: Elecciones, Economía y Estrategias*. El Conejo. Quito; 1988.